En busca de las fuentes del Nilo



TIM JEAL

En busca de las fuentes del Nilo es una excepcional obra del novelista y biógrafo Tim Jeal que nos invita a acompañar a siete grandes exploradores que arriesgaron sus vidas en una carrera por encontrar las fuentes del Nilo. Los descubrimientos realizados por estos héroes desvelaron secretos que habían permanecido ocultos durante siglos, pero también tuvieron consecuencias posteriores para el continente africano que el libro aborda de forma detallada.

A mediados del siglo XIX, en plena era de la máquina de vapor, la pila galvánica, las comunicaciones telegráficas y los cronómetros de precisión, el Nilo seguía guardando secretos que habían fascinado a personajes históricos como Nerón, Herodoto o Alejandro Magno y que hasta ese momento no habían sido desvelados. Enigmas como la localización de sus fuentes o por qué la inundación se producía en verano y no en invierno, permanecían sin ser desvelados.

A lo largo de las páginas del libro descubriremos las razones por las que el misterio de las fuentes del Nilo había permanecido durante siglos sin poder ser descubierto. Eran muchos los obstáculos que había que superar para poder llegar a conocer la verdad, fiebres y todo tipo de enfermedades tropicales que diezmaban las expediciones, un terreno accidentado, bestias de carga que caían víctimas de la mosca tsé-tsé, un clima adverso y conflictos por el tráfico de esclavos que provocaban el rechazo de los jefes locales hacia los extranjeros. Todas ellas eran razones de peso para disuadir a cualquiera de adentrarse en esas inhóspitas tierras, pero no fueron suficientes para amedrentar a siete héroes que entre los años 1856 y 1876 consiguieron desvelar los secretos del Nilo Blanco.



Tim Jeal

En busca de las fuentes del Nilo

ePub r1.0
Big Bang 1.11.14

Título original: *Explorers of the Nile*
Tim Jeal, 2011
Traducción: Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda, 2012
Diseño de cubierta: Jaime Fernández

Editor digital: Big Bang
ePub base r1.2





A mis hijas, Jessica, Lucy y Emily.

Introducción

A mediados del siglo XIX la localización de las fuentes del Nilo seguía siendo el secreto más elusivo del planeta, como venía siéndolo desde los tiempos de los faraones. Cuando enseñaron a Alejandro Magno el templo de Amón en Luxor, se dice que lo primero que preguntó fue: «¿Qué causa la crecida del Nilo?». En efecto, el deseo de hallar una respuesta a los dos misterios, el de la localización de las fuentes del río y por qué la inundación se producía siempre en verano y no en invierno, había atraído a Alejandro hacia Egipto casi tanto como cualquier motivo de carácter militar, comercial o político. A partir del año 30 a. C. Egipto fue gobernado por Roma. En la Europa del siglo XIX seguía siendo válido un proverbio latino —*Facilius sit Nili caput invenire* («Sería más fácil encontrar la fuente del Nilo»)— para rebatir de un plumazo las utopías de los soñadores de todo tipo. En 66 d. C., el emperador Nerón —que, curiosamente, era muy aficionado a la geografía — envió una expedición río arriba, al mando de dos centuriones, con órdenes de encontrar la legendaria cabecera del río. A más de tres mil kilómetros del Mediterráneo (a medio camino entre su desembocadura y sus ignotas fuentes), los centuriones cayeron derrotados por un pantano inmenso que se extendía a lo largo de cientos de kilómetros. Se trataba del Sudd, infestado de mosquitos, donde un laberinto de canales que cambian constantemente su curso bajo un sol abrasador se ve bloqueado por islas flotantes de papiro y plantas acuáticas entrelazadas.

Durante milenios el misterio del Nilo siguió sin resolverse. ¿Cómo es posible —se preguntaba la gente— que el río fluya indefectiblemente todos los días del año a lo largo de casi dos mil kilómetros a través del desierto más grande y más seco del mundo conocido sin recibir ni un solo afluente

que incremente su caudal? No es de extrañar que la inundación anual del delta del Nilo durante el mes más caluroso del año causara respeto y no poca ansiedad por si un día sus misteriosas fuentes se agotaban y Egipto perecía. Pero, a pesar de la apasionada curiosidad de sucesivas generaciones, pasarían dos mil años sin que se realizara ningún descubrimiento significativo acerca del Nilo Blanco. Al sur de los 9,5.º de latitud norte (posición del Bahr el-Ghazal y del Sudd), los mapas de mediados del siglo XIX seguían mostrando su canal principal adelgazándose hasta quedar reducido a una línea de puntos suspensivos cada vez más incierta.

El río más largo del mundo tiene dos grandes ramales: el Nilo Blanco, que discurre a lo largo de unos seis mil setecientos cincuenta kilómetros desde sus fuentes más remotas en África central hasta el Mediterráneo, y el Nilo Azul, que nace en las alturas de la meseta etíope y recorre más de dos mil trescientos kilómetros antes de unirse al Nilo Blanco en Jartum. Para entonces el Nilo Blanco ya ha recorrido casi cuatro mil kilómetros.

Durante las primeras dos décadas del siglo XVII, dos jesuitas españoles, Pedro Páez y Jerónimo Lobo, llegaron a la cabecera del Nilo Azul. El escocés James Bruce se saltó a la torera este descubrimiento y publicó un popular relato de su propio «hallazgo», que tuvo lugar ciento cincuenta años después. Desde entonces se sospecharía que la crecida anual del Bajo Nilo entre julio y octubre se debía a las lluvias monzónicas que caen sobre el macizo etíope y se precipitan con una fuerza espectacular a lo largo de una sucesión de rabiones hacia la cuenca madre a través del Nilo Azul y otros ríos.

Pero sobre el Nilo Blanco propiamente dicho no se hicieron descubrimientos semejantes, aunque este río, mucho más largo, llevaba agua a lo largo de todo el año, incluso durante los meses de invierno y de primavera, cuando el Nilo Azul y el Atbara se convertían en cauces secos. Pese a la total dependencia de Egipto de la continua afluencia de caudal del Nilo Blanco, a comienzos de la década de 1850 ni uno solo de la larga serie de comerciantes y aventureros griegos, italianos, malteses y franceses que llevaban dos décadas intentando localizar sus fuentes había conseguido

llegar más al sur de la actual ciudad de Juba, a unos mil kilómetros al sur de Jartum.

A primera vista parece increíble que en la era de la máquina de vapor, la pila galvánica, las comunicaciones telegráficas y los cronómetros de precisión, el Nilo siguiera guardando sus secretos. Pero había muy buenos motivos para esa falta de progresos en la resolución de aquel gran enigma: las «fiebres» y otras enfermedades tropicales sin explicación diezmaban las expediciones, las cataratas bloqueaban el paso río arriba, la mosca tse-tse mataba a las bestias de carga y hacía imposible el transporte rodado, los porteadores desertaban, la estación de las lluvias convertía en lodazales regiones enteras, y los conflictos locales atizados por el tráfico de esclavos hacían que muchos jefes locales recibieran a los extranjeros con una lluvia de lanzas y flechas envenenadas en vez de cubrirlos de regalos.

Pero entre 1856 y 1876, el Nilo Blanco revelaría por fin sus secretos a un peculiar grupo de exploradores británicos excepcionalmente valerosos que resolverían paso a paso el misterio de las fuentes, a pesar de las enfermedades, entre otras la pérdida de la vista y del oído y, en un caso, el uso de ambas piernas, al menos temporalmente. Sufrieron también los estragos de úlceras necróticas, malaria, hemorragias gastrointestinales y heridas profundas de flechas y lanzas. Curiosamente, al término de sus viajes, casi todos discreparían profundamente acerca de cuál de ellos merecía la corona de vencedor.

Hace cincuenta años se publicó el *best seller* internacional de Alan Moorehead acerca de la búsqueda de las fuentes del Nilo. Aunque durante las décadas posteriores a la aparición de *El Nilo Blanco* ha salido a la luz, tanto en forma manuscrita como impresa, una multitud de hechos desconocidos en torno a esta empresa, no se ha llevado a cabo ningún intento a gran escala de escribir otro libro sobre el tema, en el que se usaran los nuevos materiales para profundizar en los caracteres de los primeros exploradores del Nilo y las relaciones que mantuvieron entre sí, para ofrecer una nueva imagen suya, estudiar una vez más sus viajes, y hacer una nueva evaluación de las perennes y trágicas consecuencias de la exploración de la cuenca del Nilo desde el siglo XIX hasta nuestros días. Existen nuevas informaciones que arrojan luz sobre todos los asuntos arriba

citados, pero también sobre otras cuestiones más personales, que irían desde la supuesta traición de Speke a Burton, la forma en que Baker se echó la amante que luego llevó consigo a África, la posible aventura amorosa de Speke con una mujer de la corte de Uganda, y si el Livingstone y el Stanley reales se parecen efectivamente al retrato que de ellos ofrece *El Nilo Blanco*. Al final del presente volumen, en las páginas 521-526 ofrezco una relación exhaustiva de libros que tienen que ver con el tema y de mis propias investigaciones.

Hoy día, suele darse por hecho que la motivación de los exploradores de mediados del siglo XIX eran la avaricia y el deseo de explotar África y a los africanos para obtener beneficios comerciales, o la dudosa satisfacción de ejercer el poder sobre los más débiles. En realidad, diez años antes del descubrimiento de diamantes en Kimberley y casi veinte años antes de que se encontrara oro en el Witwatersrand, las motivaciones de hombres como Burton, Speke y Grant eran muy distintas de las que tenían los administradores, militares y comerciantes europeos que fueron al continente negro en las décadas de 1880 y 1890, cuando ya estaba en marcha el reparto de África. En las décadas de 1850 y 1860 lo que impulsó a aquellos hombres a arriesgar sus vidas con el fin de hacer «descubrimientos» tendría mucho más que ver con el deseo de aventura que con el afán de abrir nuevos mercados. En efecto, fue el deseo de escapar de lo que Stanley llamaba «esa vida superficial de Inglaterra, donde no se permite al hombre ser auténtico y natural» lo que atrajo a África tanto a él como a los demás.

Sólo el «continente negro» y otros lugares salvajes parecían ofrecer a los individuos fogosos de los países industrializados la oportunidad de escapar de las fábricas, los despachos y las oficinas de las ciudades en expansión. Muchos se habrían identificado con el lamento de Rimbaud, tantas veces citado, antes de marchar de Europa con destino a Harar en Etiopía: «¿Qué vida es esta? La verdadera vida está en otro sitio». Samuel Baker hablaba en sus escritos de su deseo de ser «un espíritu errante» y zambullirse «en lo desconocido». Cuando a Speke le concedían algún período de permiso mientras prestaba servicio en el ejército de la India, viajaba a las montañas del Tíbet o a Somalia, en vez de regresar a las insulsas tazas de té y el cotilleo social de Inglaterra. Y uno de los primeros

misioneros en Nyasalandia (Malawi) señalaba un elemento esencial del atractivo de África. «El sentimiento de individualidad es el principal aliciente. En la incesante vorágine de la civilización el elemento personal se ha perdido de alguna manera en la masa. En las selvas de África eres el hombre en medio de todo lo que te rodea».

Burton se hacía eco de esos mismos sentimientos, pero daba un paso nietzscheano más: «El hombre quiere viajar —afirmaba— y debe hacerlo o morirá». Como es bien sabido, decía a un amigo: «Después de empezar el viaje en un tronco hueco y tras haber recorrido varios miles de kilómetros río arriba, con unas perspectivas mínimas de regresar, me pregunto: "¿Por qué?" y sólo se oye un eco: "¡Maldito loco! […] Te lleva el diablo"». Hubo muchos otros exploradores que disfrutaron viviendo al filo de la navaja y que a menudo sufrieron profundas depresiones cuando regresaban a casa después de pasar largos períodos expuestos al peligro.

Para un hombre que había vivido su infancia en un asilo como Henry Morton Stanley, África ofrecía la oportunidad de transformarse a sí mismo y de asumir otra identidad con una misión nueva en la vida. Galopando por la sabana a lomos de su corcel blanco en busca del Dr. Livingstone, era un hombre literalmente reconstruido, una vez abandonadas su antigua personalidad y su antigua nacionalidad, que no deseaba (lo mismo que su nombre). En África, declararía, el espíritu humano «no es reprimido por el temor, ni humillado por el ridículo y los insultos […] [sino que] renace libre y sin limitaciones […] [e] imperceptiblemente cambia al hombre en su totalidad».

Estaba además la sed acuciante de descubrimientos que sentían todos estos hombres, una manifestación exacerbada de la curiosidad innata en todo ser humano. «Los descubrimientos son mi principal obsesión», confesaba Burton. Esa «obsesión» parecía relegar a veces a los exploradores a una especie distinta, separada del resto de sus congéneres por una resolución extrema y una capacidad extraordinaria de sufrir y arrostrar peligros. Pero dicha «obsesión» no tenía siempre un carácter masoquista ni tampoco era puramente egoísta. Speke describe cómo su determinación de convertirse en explorador lo «condujo de dedicarme a cazar, coleccionar cosas, confeccionar mapas y recorrer el mundo en

general» hasta un punto en el que se sintió «gradualmente casado con la investigación geográfica». «Casado» era un término bastante fuerte, y desde luego Speke estaba firmemente decidido a realizar observaciones científicas precisas aun cuando ello requiriera permanecer despierto toda la noche con un tiempo de perros hasta que se abriera un claro en las nubes que le permitiera calcular la posición de la Luna. También Stanley estaba dispuesto a confeccionar sus mapas con exactitud, fueran cuales fueran los costes personales que ello comportara.

Junto con los indudables sueños de gloria personal a través del éxito de sus libros y la promoción social, los exploradores del Nilo abrigaban en su mayoría una auténtica fe en que estaban llevando a cabo descubrimientos geográficos en beneficio del género humano en su conjunto y no sólo de sí mismos. Independientemente de que alcanzaran o no la fama, la hazaña de llegar hasta un lago, un río o una fuente buscados durante largo tiempo proporcionaba un gozo que era casi religioso. Convencido de que tenía ante sus ojos el principal depósito de agua del Nilo, Baker, por lo general tan arrogante, dio gracias a Dios diciendo: «Había sido el humilde instrumento al que se ha permitido desentrañar esta parte del gran misterio […] Lo consideraba demasiado serio como para dar rienda suelta a mis sentimientos con vanos gritos de triunfo». Entre todos los exploradores, David Livingstone es el que, al parecer, menos afectado se vio por el deseo de alcanzar la gloria personal. Según escribió, «cuando se viaja con el objetivo específico de mejorar la situación de los nativos todos los actos de uno quedan ennoblecidos […] el sudor de la frente deja de ser una maldición cuando se trabaja para Dios». Pero hasta Livingstone deseaba «quitar de en medio» a sus rivales encontrando la fuente del Nilo y restableciendo su reputación como el mayor explorador del mundo.

Cuando Baker vio a Speke y Grant salir de África central en el Alto Nilo, consumidos y quemados por el sol, con las ropas hechas jirones después de tres años de viaje, exclamó espontáneamente: «¡Hurra por la vieja Inglaterra!». El mero patriotismo era sin duda un gran incentivo para estos exploradores en una época en la que Gran Bretaña era dueña y señora de los mares y la indiscutible «fábrica del mundo». Speke contó a un amigo que había vuelto a África porque «preferiría morir cien veces» antes que

levantarse un día y enterarse de que «cualquier extranjero había arrebatado a Inglaterra el honor del descubrimiento». Pero eso no quería decir que quisiera conquistar territorios para la Gran Bretaña. Lo que lo enorgullecía era ser el primero, según creía, en hacer un determinado descubrimiento, por delante de los exploradores de otros países.

No obstante, con el paso del tiempo las motivaciones de los exploradores sufrirían cambios y modificaciones. Al tiempo que el misterio del Nilo fue resolviéndose entre 1856 y 1877, la presencia de los defensores de las causas humanitarias, de los deportistas y los aventureros iría aumentando a lo largo del río y en toda el África ecuatorial. Luego vendrían los intereses políticos, que acabaron constituyendo el factor predominante. Samuel Baker regresó a África para combatir el tráfico de esclavos, pero también para expandir el territorio del jedive de Egipto, y Henry Stanley viajó al África occidental para introducir los barcos de vapor en el río Congo y construir una carretera y diversos centros comerciales para el rey Leopoldo II de Bélgica. Mientras tanto, los viajes de Hermann von Wissmann y Karl Peters serían utilizados por Alemania para justificar sus pretensiones sobre la mayor parte de África oriental. Para entonces la rivalidad entre De Brazza y Stanley había llevado al gobierno francés a apropiarse de un vasto territorio a lo largo de la margen derecha del río Congo.

El primer «presidente vitalicio» de Malawi, el Dr. Hastings Banda, sugirió que la idea que tenían los exploradores europeos de que habían realizado «descubrimientos» era insultante y absurda. «No había nada que descubrir», decía el Dr. Banda. «Nosotros ya estábamos allí desde siempre». Y efectivamente, los ojos de los africanos habían contemplado todos aquellos grandes lagos y ríos durante incontables generaciones antes de que ningún explorador europeo pudiera jactarse de haber hecho lo mismo. Sin embargo, ningún africano conocía la extensión de las cuencas del Nilo, el Congo o el Níger, ni sabía cómo estaban comunicados entre sí los lagos y ríos de África. Las distancias que había que recorrer antes de sacar ninguna conclusión sobre estos asuntos ascendían a miles de kilómetros, y los mismos problemas que hacían que los viajes resultaran tan difíciles para los europeos los tenían también los africanos, que, aunque

supieran dónde estaban situadas las fuentes del Nilo o del Congo, no habrían tenido acceso a los cronómetros, los sextantes o los horizontes artificiales necesarios para situar la cabecera de dichos ríos en un mapa preciso.

Cuando Livingston le preguntó por la dirección que seguía un río de la zona y dónde estaba su fuente, el jefe Kasembe le respondió: «Dejemos que las corrientes sigan su curso, y no preguntemos dónde nacen ni adónde van». Otro jefe se negó a hablar acerca de un lago situado en las inmediaciones alegando que «sólo era agua, y no había nada que ver en él». Las preguntas sobre este tipo de cosas chocaban a muchos africanos, que las encontraban sospechosas o absurdas. En el caso de los lugares que todavía no habían sido visitados, la mayoría de los indígenas juzgaban que probablemente hubiera razones sobrenaturales de que así fuera y que lo mejor que cabía hacer con dichos lugares era evitarlos.

Bien es cierto que fueron pocos los exploradores europeos que expresaron debidamente en sus libros algún reconocimiento por las informaciones geográficas obtenidas de los traficantes de esclavos árabo-swahili o por el papel esencial desempeñado por los africanos que los acompañaron y posibilitaron sus viajes portando las mercancías usadas para comprar comida por el camino y pagar a los jefes por permitirles el paso a través de sus territorios. Los africanos actuaban además como intérpretes, guardianes y guías. Algunos exploradores, sin embargo, *sí* que les dieron el crédito que se merecían. Livingstone a menudo elogió a sus hombres, a pesar de las deserciones y los robos constantes. Speke se puso de parte de sus porteadores frente a Burton en el curso de una larga disputa sobre supuestos malos tratos, y Stanley a menudo rindió tributo en sus libros a sus hombres. «Sus nombres deberían escribirse con letras de oro», dijo a propósito de los valerosos tripulantes que se ofrecieron voluntariamente a acompañarlo en una pequeña barca por las aguas inexploradas del lago Victoria. Los guías africanos más famosos, como por ejemplo Sidi Mubarak Bombay y Abdullah Susi, adquirieron su pericia y sus conocimientos a lo largo de muchos viajes. Bombay estuvo en dos ocasiones al servicio de Speke, antes de trabajar para Stanley, y Susi fue liberado de una caravana de esclavos por Livingstone, tras lo cual trabajó para él ocho años, antes de

ponerse al servicio de Stanley en el Congo. La mayoría de los exploradores debían su vida a sus porteadores, que en muchos casos los salvaron más de una vez, pero suponer que esos hombres, en circunstancias distintas, hubieran arrostrado peligros equivalentes por su cuenta con el único fin de llevar a cabo descubrimientos geográficos similares es pura fantasía.

Richard Burton se queja en una ocasión en los siguientes términos:

El viajero angloafricano en este momento del siglo XIX es un profesional que tiene demasiado trabajo […] pues se espera de él que revise y observe, que registre datos meteorológicos y trigonométricos, que cace y diseque pájaros y otros animales, que recoja muestras y teorías geológicas […] que haga avanzar los estudios todavía en pañales de la antropología, que lleve las cuentas, que haga dibujos y escriba un diario extenso y legible […] y que envíe largos informes para que los miembros de la Royal Geographical Society no se queden dormidos durante sus sesiones.

Todo ese trabajo había que hacerlo en un escenario realmente muy peligroso. A mediados del siglo XIX, cuando eran pocos los viajeros europeos que se adentraban en el África oriental, tres fueron asesinados, justo en la época en la que Speke y Burton realizaron su expedición al lago Tanganica y cuando Livingstone emprendió su último viaje. Los buscadores de las fuentes del Nilo no tenían más que fijarse en la suerte de los primeros exploradores del África occidental para saber que expediciones enteras habían perecido a consecuencia de la malaria. Durante la expedición de Mungo Park en 1805, cuarenta de los cuarenta y cuatro europeos que la integraban perdieron la vida, empezando por el propio Park, que fue asesinado. Treinta años después, en el curso de la expedición de Richard Lander a lo largo del mismo río sucumbieron treinta y ocho de los cuarenta y siete hombres que la integraban, y Lander murió a causa de las secuelas de una herida de bala. Entre 1853 y 1856, Livingstone demostró que la quinina reforzaba la resistencia a la malaria, aunque todos los compañeros blancos de Stanley murieron durante sus sucesivos viajes, y la misma suerte corrieron dos colegas europeos de V. L. Cameron.

La valentía y la iniciativa de los exploradores del Nilo y su capacidad de superar las limitaciones de los hombres corrientes quedaron demostradas una y otra vez a lo largo de los veinte años de su épica búsqueda de las

fuentes. En 1861 Speke, en el curso de su magnífico viaje desde Unyanyembe hasta Buganda, tuvo que hacer frente a diversas enfermedades, a interrupciones forzosas que duraban meses, a los robos y a la deserción en masa de sus porteadores. En 1868, David Livingstone fue abandonado por todos sus hombres, menos por tres, y aun así tuvo la temeridad de salir en busca del lago Bangweulu en plena estación de lluvias. En 1877, cuando muchos de los hombres de Stanley se hallaban medio muertos de hambre en el Bajo Congo y habían perdido ya las ganas de vivir, él mismo se encargó de darles ejemplo y animarles a seguir adelante, sorteando los rápidos y logrando la salvación.

En aquella decisión audaz de llevar a cabo estas empresas que suponían un verdadero desafío a la muerte resonaban los ecos de la pasión que sentían los victorianos por la caballería medieval y de la idea cristiana de redención por el sufrimiento. De ese modo, la tendencia moderna de calificar a hombres como David Livingstone y Henry Stanley de autodestructivos o perversos habría causado grandísimo estupor a sus contemporáneos, para quienes el descubrimiento de las fuentes del Nilo supuso un acontecimiento tan trascendental como lo sería un siglo más tarde la llegada del hombre a la Luna. Tampoco se debe estigmatizar a aquellos hombres extraordinarios y acusarlos de tener los vicios expoliadores de la siguiente generación de aventureros y colonos europeos. (Ese cambio de actitud durante el último cuarto del siglo XIX es el tema de otros capítulos de mi libro).

Vista retrospectivamente, la búsqueda de las fuentes del Nilo podría considerarse la última manifestación del espíritu de aventura antes de que la competición de las «grandes potencias» y el «reparto» de las colonias quitaran de en medio a aquellos personajes extraordinarios y los sustituyeran por expediciones gubernamentales que avanzaban cada vez más deprisa por la senda de patrioterismo que, al término del viaje, conduciría a la muerte de la aventura en los barrizales del frente occidental.

TIM JEAL
Londres, 2011

Primera parte

RESOLVIENDO EL MISTERIO

1

Sangre en el río de Dios

En marzo de 1866, David Livingstone, tocado con su característica gorra de plato, desembarcó en la bahía de Mikindani, en la costa de África oriental, y enseguida se encaminó al interior del país seguido por treinta y cinco porteadores y una curiosa colección de animales de carga, compuesta por cuatro búfalos, seis camellos, cuatro asnos, y seis mulas. El día era calurosísimo y el Dr. Livingstone y su séquito políglota de africanos de la costa, cipayos indios y esclavos liberados educados por los misioneros empezaron a avanzar con rapidez, no sin dificultad, por un valle poblado de hierba abundantísima que se levantaba por encima de sus cabezas y que les producía una extraña sensación de asfixia. En un singular caso de mala suerte, daba la casualidad de que el doctor había bajado a tierra en uno de los pocos lugares de la costa en los que había una densa jungla que se extendía hasta el interior del país. La maleza no tardó en volverse cada vez más espesa y sus hombres se vieron obligados a utilizar los machetes para abrir una senda lo suficientemente ancha para que pudieran pasar los camellos bamboleantes. Al cabo de unas horas los animales, abrumados por la imponente carga, habían sido picados por la mosca tse-tse. Cada vez más debilitados, empezaron a aminorar el paso y los porteadores tuvieron que pegarlos para devolverles los ánimos. Cuando Livingstone protestó, se levantaron contra él las primeras voces de rebeldía. Sus problemas no habían hecho más que empezar.

Apenas un año antes —pese a ser como mínimo una década más viejo que sus principales rivales—, con los cincuenta y tres cumplidos, el médico misionero convertido en explorador había recibido de la Royal Geographical Society, el principal organismo patrocinador de exploraciones del mundo, el encargo de llevar a cabo la extraordinaria misión de resolver el misterio geográfico más grande que aún quedaba por aclarar, es decir, el descubrimiento de la cabecera del Nilo. Durante los últimos años, otros exploradores, y en particular John Speke, Richard Burton y Samuel Baker, habían asegurado que habían alcanzado la fuente del río, o al menos su principal depósito hídrico; pero los geógrafos no habían llegado a un consenso sobre si alguna de esas afirmaciones había quedado debidamente demostrada o no. Así pues, *sir* Roderick Murchison, el anciano presidente de la RGS, había decidido, parafraseando la expresión de autocomplacencia de Livingstone, «adoptar la verdadera forma científica de solucionar el problema» invitándolo a él a «localizar la cabecera del río». Si *sir* Roderick hubiera escogido a otro y no a él, el Dr. Livingstone, que se jactaba de haber «viajado más lejos que cualquier otro hombre», no lo habría considerado precisamente «la verdadera forma científica» de proceder. Para ser justos, ningún otro explorador había vivido en África ni de lejos los veintiún años que había pasado él allí, ni habría igualado la enormidad de miles de kilómetros que él había recorrido.

Pero si bien nunca padeció de falsa modestia, Livingstone, que de niño había empezado a trabajar en una fábrica textil de Escocia y había vivido en un piso de una sola habitación con sus padres y sus cuatro hermanos, no había dado su elección por segura. Los acaudalados miembros de la RGS eran una pandilla de esnobs, que consideraban a los que habían sido misioneros no conformistas socialmente indignos —aunque por cualquier milagro uno de ellos hubiera alcanzado el título de doctor en medicina—, de modo que el Dr. Livingstone se sintió conmovido por la lealtad de *sir* Roderick. Aunque los dos hombres eran amigos desde hacía diez años y pese al apoyo prestado por Murchison al viaje realmente épico a través de toda África realizado por Livingstone —había sido el primer europeo en cruzar de punta a punta el continente—, este último era dolorosamente consciente de que la fama y la adulación de las que había gozado en la

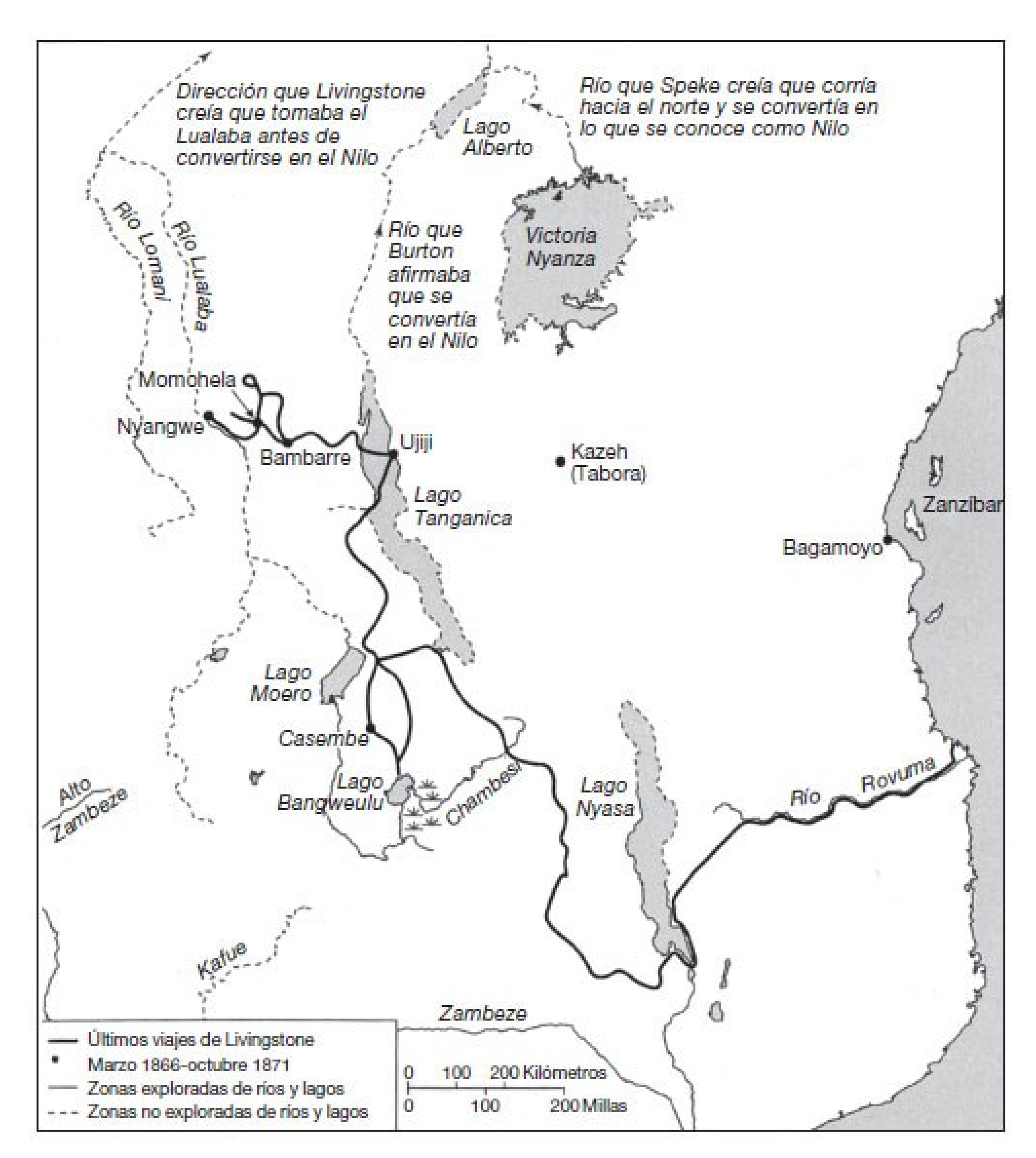
década de 1850 no habían resistido a las muertes y a las calamidades que habían acompañado a su reciente expedición al Zambeze. Su objetivo en esta última ocasión había sido demostrar que los comerciantes y misioneros europeos podían navegar por el río Zambeze en barcos de vapor, y vivir y trabajar con seguridad cerca de las cataratas Victoria, «descubiertas» por él en 1855. Pero a pesar del enorme gasto de dinero, tiempo y esfuerzos que supuso, esta desafortunada expedición no vino más que a subrayar la absoluta impracticabilidad de sus objetivos. Lejos de ser la «carretera de Dios» hacia el interior de África «para el cristianismo y el comercio», como había prometido Livingstone, el Zambeze resultó ser un laberinto palúdico de bancos de arena fluctuantes que desembocaba en una sucesión de cataratas cuyo nombre local, «Kebrabassa», que significa «Allí donde acaba la obra», no podía ser más adecuado. Cuando la desilusión se convirtió en cólera, la mayoría de los compañeros de expedición de Livingstone acabaron presentando su dimisión o se pelearon públicamente con él. Varios de ellos murieron de paludismo, lo mismo que su propia esposa, Mary, junto con cinco misioneros, las esposas de dos de ellos y tres de sus hijos. Más desastrosa incluso a ojos de la prensa había sido la muerte del primer obispo anglicano que había situado su campo de acción al sur del África central, como consecuencia del apasionado llamamiento del Dr. Livingstone invitándolo a desplazarse hasta allí.

Tras su triunfal viaje a través de África, Livingstone había sido elogiado en la prensa no sólo como explorador sublime, sino también como gran misionero, «santo predicador verdaderamente apostólico de la verdad cristiana». Después de la expedición al Zambeze, «santo» sería el último calificativo que a un periodista se le habría ocurrido aplicarle. Pero si algo podía ayudar al doctor a expiar sus fracasos pasados era una empresa que exigiera de él demostraciones extremas de abnegación y coraje, como sin duda ocurriría con la búsqueda de las fuentes del Nilo. El hecho de que probablemente muriera en África si aceptaba la invitación de Murchison no iba a disminuir su ardiente deseo de aceptarla. En realidad, encontrar esas fuentes significaba para él más que la rehabilitación de su prestigio, por deseable que fuese, como sin duda lo era. Aunque tenía muchas debilidades humanas —y la vanidad no era la menor—, David Livingstone amaba

África y a los africanos, y pensaba que la exploración geográfica le ofrecía una oportunidad irrepetible de prestar un servicio al continente y a sus habitantes.

«Puede que los hombres piensen que ansío la fama —dijo a un amigo —, [pero] las fuentes del Nilo son valiosas sólo como medio que me permita hablar con energía ante los hombres. Y es esa energía la que espero aplicar para remediar un mal enorme». Ese «mal» era el tráfico de esclavos de África oriental que estaba experimentando una fuerte expansión por obra de los árabo-swahilis de la costa y los colonos portugueses de Mozambique. Pero si lograba sobrevivir y regresaba como descubridor de la fuente del Nilo, Livingstone pensaba que su proyecto sería adoptado por los políticos y, en consecuencia, se llevaría a cabo un bloqueo naval de la costa de África oriental y el cierre del mercado de esclavos de Zanzíbar. Pero la obsesión de Livingstone con el Nilo tenía también otras dimensiones, como, por ejemplo, su significación histórica y bíblica.

«Durante más de mil seiscientos años —decía a su hija mayor, Agnes —, emperadores, reyes y filósofos —todos los grandes hombres de la Antigüedad— desearon saber dónde nacía el famoso río y lo desearon en vano». Pero las resonancias bíblicas de esa búsqueda lo impresionaban más incluso que su antigüedad: «Un ansioso deseo de descubrir alguna prueba de que el gran Moisés había visitado esas zonas me tenía embelesado, hechizado, cabría decir, pues si puedo sacar a la luz algo que confirme los sagrados oráculos, no me turbaré lo más mínimo por muchos esfuerzos que me exija». Como explicaba a su hija Agnes, si conseguía el éxito, «[habré] demostrado que soy un fiel servidor de Aquel que me ha concedido los dones necesarios para ser explorador». Semejante afirmación de su utilidad para Dios ensombrecería su fama mundana.



La cuenca del Nilo en África central, como creía Livingstone que era a finales de la década de 1860.

En junio de 1870, más de cuatro años después de abandonar la costa, Livingstone se hallaba en el mismísimo centro de África, en la pequeña aldea de Mamohela, que, a vista de pájaro, se encuentra a unos mil quinientos kilómetros de la costa este y a otros tantos de la costa oeste del continente. Nunca se había sentido tan cerca de conseguir su objetivo: «Durante los tres primeros años tuve el presentimiento de que nunca llegaría a sobrevivir a la empresa, pero esa sensación fue debilitándose a

medida que se acercaba el final del viaje». Realizó esta afirmación sorprendentemente optimista acerca de la próxima finalización de su trabajo a pesar de que había tardado un año en recorrer unos cuatrocientos kilómetros desde la ribera occidental del lago Tanganica hasta Mamohela. Pero ahora, según creía, los retrasos y las decepciones se habían acabado. Menos de cien kilómetros lo separaban de las orillas del poderoso río que las gentes del lugar llamaban Lualaba. Su anchura, decían, era de unos tres kilómetros o más, y estaba salpicado de islas cubiertas de árboles. Para Livingstone resultaba sumamente tentador. Teniendo en cuenta sus dimensiones y su situación en el corazón de África, y como se decía que discurría hacia el norte a lo largo de cientos de kilómetros, *tenía que ser el Nilo*. La única alternativa era que fuese el Congo. Pero esto parecía muy poco probable. Los más de setecientos kilómetros del río Congo que habían sido remontados hasta la fecha en barco desde el Atlántico habían llevado a los exploradores no al sureste, sino al *noreste*, lejos del río en el que esperaba adentrarse próximamente. A menos que el Congo cambiara por completo de rumbo, no podía tener nada que ver con el Lualaba.

Dos años antes, Livingstone había estado explorando una zona situada más de setecientos kilómetros al sur de su actual posición, y había investigado un lago hasta entonces «desconocido» (el Bangweulu), del que estaba seguro que salía el Lualaba. «El descubrimiento [de la fuente del Nilo] es indudablemente mío», había comunicado a Agnes por entonces. Ahora, para demostrar que el Lualaba era realmente lo que él decía que era, tenía que recorrerlo por completo río abajo hasta Sudán y Egipto, en un viaje de más de ocho mil kilómetros. Ahora que había comprado las barcas y que se encontraba ya remando río abajo, la corriente se encargaría de hacer la mayor parte del trabajo. ¿Qué podía, pues, detenerlo ya, cuando deseaba con todo el ardor de su ser finalizar la tarea que se había impuesto? Pues, a la hora de la verdad, muchas cosas.

En junio de 1870, justo cuando pensaba que sus problemas empezarían a disminuir, lo que hicieron fue multiplicarse. En África, todos los exploradores dependían de los porteadores que cargaban con las mercancías necesarias para la compra de comida y el pago de los peajes que permitían atravesar los territorios de los distintos jefes. De hecho, sin esas mercancías,

un viajero en África estaba condenado a muerte o, si deseaba ir a algún sitio, estaba obligado a depender de la caridad de los traficantes de esclavos árabo-swahilis, que con toda probabilidad no irían adonde él quería ir. A mediados de 1870, la mayoría de los primitivos treinta y cinco porteadores de Livingstone y la totalidad de los otros veinticuatro que reclutó en el interior del continente habían muerto o habían desertado. De modo que la dependencia de los árabes parecía inevitable.

El 26 de junio anotó en su diario: «Con sólo tres servidores, Susi, Chuma y Gardner, partí hacia el noroeste en busca del Lualaba». El número de sus acompañantes se había visto reducido de un modo tan patético porque ese mismo día seis de los nueve hombres que habían seguido con él hasta ese momento habían desertado, llevándose la mayor parte de las mercancías. Pero ochenta kilómetros no eran gran cosa, de modo que quizá lograra recorrer esa distancia con sus tres «leales» y sin ayuda de los árabes.

Durante los primeros días de su viaje le sorprendió encontrar unos nativos tan amistosos, aunque pasó cerca de algunos poblados que habían sido incendiados por los traficantes de esclavos árabo-swahilis. Era la temporada de lluvias y muchos arroyos inundaban la senda que él seguía, haciendo que pareciera un pequeño río. Una especie de palmera, cuyas hojas tenían un peciolo largo y grueso, había colonizado el valle en el que se había adentrado, obligándolo a seguir una senda abierta por elefantes y búfalos. En consecuencia, sus hombres y él a menudo se hundían hasta el muslo en las huellas dejadas por los elefantes. La marcha era tan dura que Livingstone, naturalista de afición, no fue capaz de anotar ni una sola descripción de los numerosos pájaros y monos que veía por primera vez.

Obligado a pasar a la intemperie horas y horas bajo una lluvia torrencial, cada noche debía quitarse toda la ropa y secarla junto a un fuego humeante en cualquier choza que pudiera conseguir de los aldeanos a base de ruegos para sí y para sus hombres. Otra neumonía como la que había padecido dieciocho meses antes probablemente hubiera significado su fin. La malaria lo había tenido postrado varias veces, pero ahora le preocupaba más el empeoramiento de sus problemas intestinales y digestivos. Cuando tomaba comidas fuertes y rudimentarias, como era el caso, sufría terriblemente de hemorroides sangrantes. Su mala dentadura hacía tan poca

mella en el maíz verde y en la carne de elefante, que su estómago tenía que trabajar demasiado. El resultado era una acidez constante. Se le movían muchas muelas, hasta el punto de tener que efectuar extracciones empleando «un hilo fuerte atado con lo que los marineros llaman un ballestrinque» y luego «pegarle al hilo un buen pistoletazo».

Al cabo de unos días de viajar por su cuenta, se las vio y se las deseó para seguir avanzando y entonces fue cuando se encontró con unos traficantes de esclavos que sospecharon que estaba en Maniema con la única intención de espiarlos. Livingstone se deshizo de las cuentas y las telas que le quedaban en sus arcas medio vacías y consiguió la ayuda de unos cuantos porteadores más, y, aunque a regañadientes, obtuvo también de los jefes de la caravana permiso para unirse a ella. «Me odiaban —reconocía—, e intentaron escapar […] Pero yo seguí adelante, y al cuarto día pasamos por nueve poblados destruidos por aquellos gerifaltes, que no querían que siguiera viendo lo que hacían». Uno de los árabes del grupo fue apuñalado por la noche por un africano en venganza por la esclavización de sus parientes. Por fortuna, Livingstone se encontró con Muhammad Bogharib, un traficante de esclavos menos brutal, con el que había viajado a menudo en otro tiempo. Bogharib le avisó de que nunca llegaría al Lualaba si se dirigía al noroeste. Por el contrario, debía girar hacia el suroeste para dar con el recodo que hacía el río.

Livingstone se esforzó cuanto pudo por seguir a Bogharib hacia el oeste, pero la densidad del fango hacía que cada paso que daba supusiera una prueba insuperable. Cuando no resbalaba y caía en medio de la lluvia, tenía que vadear pequeños ríos «con el agua hasta el cuello». En muchos lugares «habían caído árboles en medio de la senda formando una muralla que llegaba hasta la barbilla y había que trepar a lo alto para seguir adelante». Después, se encontró con todo el país inundado. Livingstone intentó continuar a marchas forzadas unos cuantos días más, y entonces, ya a mediados de julio, anotó con desesperación en su diario: «Por primera vez en mi vida me han fallado los pies […] En vez de curárseme tranquilamente como hasta ahora cuando se me llagaban los pies debido a la dureza del viaje, me salieron unas úlceras necróticas irritables en ambas extremidades». Echó la culpa a la imposibilidad de secarse los zapatos. Al

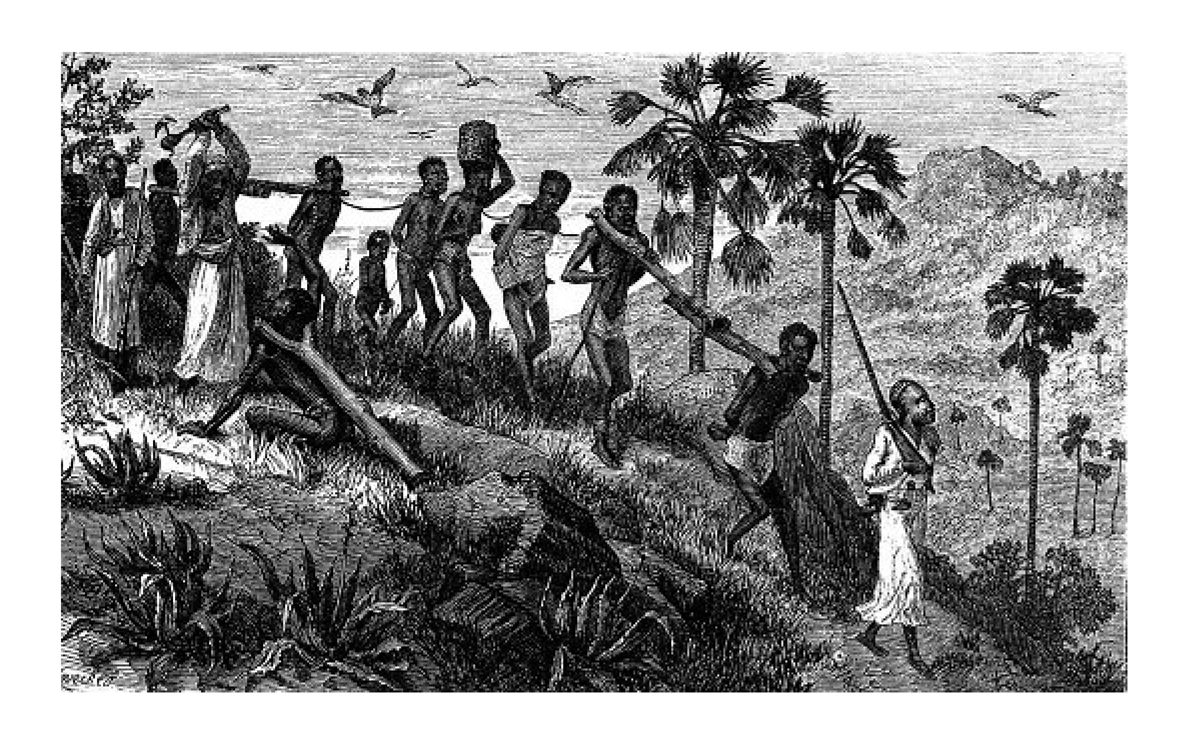
disponer sólo de tres servidores, Livingstone sabía que no podía pretender que lo llevaran en brazos. De modo que no tuvo más remedio que volver renqueando a Bambarre (Kabambare), la ciudad mínimamente significativa de Maniema que tenía más cerca y que además era un centro del tráfico de esclavos de los árabo-swahilis. Livingstone entró en Bambarre el 22 de julio de 1870, lleno de abatimiento por no haber sido capaz de alcanzar el río.

Durante varias semanas no pudo dormir por las noches debido al dolor de las úlceras, así como a «las quejas de los esclavos torturados por esas mismas llagas». Las úlceras, escribe, «se lo van comiendo todo, el músculo, el tendón y el hueso, y a menudo te dejan lisiado para siempre, cuando no te matan». Tenía buenos motivos para temer no recuperarse nunca. Cuando apoyaba un pie en el suelo «manaba una descarga de icor [*sic*] sanguíneo». Los árabes usaban malaquita machacada para tratar las úlceras, o una pomada a base de cera de abejas y sulfato de cobre. Después de múltiples aplicaciones parece que la malaquita, aunque no lo curó, detuvo al menos la expansión de las llagas.

El lugar en el que se encontraba era una colonia árabe. Por tanto es una cruel ironía que, a pesar de todo lo que odiaba el comercio de esclavos, Livingstone se viera obligado a mantener buenas relaciones con los esclavistas, que habitualmente mataban a todo aquel que opusiera resistencia a su captura. Un día fueron asesinados cuarenta maniema; otro, nueve, y al siguiente, cien. Y siempre igual. A menudo Livingstone veía humo procedente de los poblados incendiados y oía disparos en la lejanía. Su único consuelo era pensar que los relatos que escribía de toda aquella barbarie obligarían un día al gobierno británico a actuar contra el comercio de esclavos. La inhumanidad de semejante actividad dio lugar a algunas de sus descripciones más evocadoras, elaboradas mientras se hallaba inmovilizado en Bambarre, cerca de muchos hombres, mujeres y niños recién capturados. «La peor enfermedad que he visto en este país es en realidad, a mi juicio, el descorazonamiento que se ceba en los hombres libres que son capturados y esclavizados». Interrogó a muchos cautivos que se consumían día a día sin que, en apariencia, hubiera una causa física. «Atribuyen su dolor únicamente al corazón y saben llevarse la mano

precisamente a su sitio, aunque muchos creen que este órgano se encuentra más arriba, debajo del esternón».

El hecho de que Livingstone se hiciera amigo de un hombre como Muhammad Bogharib se debió en gran medida a que se dio cuenta de que el trato que dispensaban los árabes a los esclavos domésticos era relativamente benigno. De ese modo, aunque el proceso que llevaba a los africanos a ser arrancados de sus hogares era absolutamente brutal, y a pesar de las terribles penalidades que tenían que soportar durante los viajes por tierra y por mar hasta Zanzíbar y el Golfo Pérsico, Livingstone veía cierto alivio en el hecho de que el trato que se les dispensaba a su llegada era a menudo mejor que el que recibían los trabajadores en las fábricas de Gran Bretaña. La explicación que daba a esta paradoja era que los árabes todavía no estaban enteramente dominados por el afán de lucro, como les ocurría a los dueños de las plantaciones del profundo sur de Estados Unidos. «Cuando la sociedad progresa, quiere más y más novedades; y para suministrárselas, el destino de los esclavos se agrava. La distancia entre amo y esclavo aumenta a medida que se desarrolla el deseo de ganancia».



Traficante de esclavos árabo-swahili asesina a un esclavo enfermo (tomado de los *Last Journals of Livingstone*).

A su alrededor podía ver en Maniema cómo los elefantes eran abatidos a tiros y los jefes de las tribus obligados a entregar el marfil. El tráfico de esclavos iba inseparablemente unido al comercio del marfil, y Livingstone sabía que la pasión de los europeos por el marfil con el que fabricaban las teclas de sus pianos o los mangos de sus cuchillos había dado lugar a un incremento enorme del número de esclavos necesarios para transportar los colmillos hasta la costa. Así que, en su opinión, la responsabilidad de lo que ocurría en Maniema no era achacable sólo a los árabo-swahilis. Y tampoco veía que le desagradaran todos los árabes. Unos meses antes, cuando había estado gravemente enfermo, Muhammad Bogharib lo había cuidado y le había salvado la vida.

Los árabes justificaban los malos tratos que infligían a los maniema diciendo que eran caníbales. Poniéndose de parte de los africanos, como siempre hacía, Livingstone siguió mostrándose escéptico ante aquellos pretextos. Incluso tras sorprender a un maniema llevando un dedo humano cortado envuelto en una hoja de árbol, siguió sin convencerse de que mataban deliberadamente a las personas por razones relacionadas con la magia o con la alimentación. Pensaba que los maniema eran «una raza hermosa» y afirmaba: «Apostaría contra toda la Anthropological Society que una compañía de hombres maniema es muy superior en la estructura de su cabeza y también en general en su forma física». Los hombres de Bogharib —y desde luego los suyos— se sentían aterrorizados ante la idea de ser asesinados y devorados cada vez que veían reunirse a un gran número de maniema. «¡Pobrecillos!», escribía Livingstone refiriéndose a este pueblo. «No hay que pensar en ataques, como no sea que los empecemos nosotros». En cuanto al canibalismo, no veía que hiciera ninguna falta. «En el país abunda la comida: cabras, ovejas, aves de corral, búfalos y elefantes; maíz, sorgo… y otros farináceos comestibles». Pero cuando James, uno de sus seis desertores, fue asesinado y devorado cerca de Bambarre, no hubo forma de negar la suerte que había corrido.

Livingstone se dio de manos a boca con otras pruebas irrefutables, sin necesidad de buscarlas. Los esclavos que morían de hambre o de enfermedad eran desenterrados y después cocinados y comidos. Aunque a regañadientes, no tuvo más remedio que admitirlo: «Creo que son caníbales, aunque no de una forma ostentosa». Pero las plumas rojas de papagayo que muchos hombres lucían en su pelo eran desde luego bien «ostentosas»; en un principio le habían sorprendido gratamente, hasta que se enteró de que un guerrero no tenía derecho a lucir una hasta no haber matado a su primer hombre. No obstante, incluso cuando se dio cuenta de que los maniema se vendían unos a otros a los comerciantes de esclavos, Livingstone no perdió nunca el convencimiento de que «seguían teniendo una amabilidad de ánimo natural» y no eran nunca «feroces sin causa», a no ser que sufrieran los «abusos de los de Ujiji» o de otros intrusos. (Los de Ujiji, población situada a orillas del lago Tanganica, eran traficantes de esclavos).

Mientras permanecía confinado en su cabaña, Livingstone ansiaba obtener noticias de la patria, pero nunca recibió cartas a través de Ujiji con la llegada de las sucesivas caravanas. A veces perdía las esperanzas de poder salir en busca del Lualaba. «Es el retraso más doloroso que he tenido nunca», anotó en su diario, y eran muchos los que había tenido que sufrir en el pasado. Su amigo Muhammad Bogharib se ofreció a acompañarlo al río cuando se encontrara mejor, pero Livingstone necesitaba algo más que una escolta temporal. Le urgían hombres nuevos con los que sustituir a los desertores. Y como Bogharib podía perder dinero en el comercio del marfil si se iba sin sus porteadores, Livingstone le ofreció una suma equivalente a doscientas setenta libras, que era una cantidad enorme. Pero aquello era hacer planes a muy largo plazo: hasta que se le curaran los pies, tendría que resignarse a seguir siendo durante muchos meses un mero objeto de curiosidad para los habitantes de Bambarre. Aunque se mostró notablemente paciente con los aldeanos que se le quedaban mirando, no tuvo más remedio que trazar una línea divisoria cuando los nativos empezaron a «venir y a abrir la puerta de mi choza con un palo mientras yo estaba descansando, como haríamos nosotros con una fiera salvaje enjaulada». De vez en cuando, había momentos auténticamente cómicos

que le divertían muchísimo: como cuando se lavó el pelo y los mirones salieron corriendo asustados al creer que la espuma del jabón eran sus sesos, que se había sacado del cráneo para lavárselos.

El año 1870 fue pasando y Livingstone se zambulló en la Biblia, que leyó de cabo a rabo un total de cuatro veces. Meditaba asimismo durante días y días sobre las teorías griegas acerca de las fuentes del Nilo. Homero había dicho del río que era la «fuente llovida del cielo de Egipto», y que discurría a lo largo de dos mil kilómetros por el desierto más grande y más seco del mundo en la época más calurosa del año sin necesitar ni un solo tributario que lo reabasteciera de agua. Livingstone también lo consideraba un don de Dios y un verdadero milagro. Durante los largos meses de su enfermedad, en ocasiones vivía como en una especie de estado de trance, en el que el Nilo ocupaba por completo lo que él denominaba sus «ensueños sonámbulos». Se consolaba repitiendo la lista de los antiguos que habían «reseñado su ardiente deseo de conocer sus fuentes». Ellos también habían tenido que soportar la frustración:

Alejandro Magno, que fundó una famosa ciudad en la desembocadura del río, lo remontó con el mismo deseo de conocer sus fuentes, y lo mismo hicieron los emperadores romanos. Lucano hace decir al gran Julio César que habría puesto fin a la guerra civil si hubiera podido contemplar las fuentes de este famoso río. Nerón César envió a dos centuriones a examinar el *caput Nili*.

Los centuriones, según Séneca —otro de los nombres de la lista de Livingstone— remontaron el Nilo con sus doscientos soldados hasta más allá de donde llegó nadie antes de mediados del siglo XIX, viajando río arriba hasta el Bahr el-Ghazal (un afluente del Nilo Blanco, que por algún tiempo se pensó que era el curso principal) y los pantanos del Sudd. Desafiando los ataques de distintas tribus, superando el calor y las nubes de mosquitos, y atravesando la deslumbrante bruma llegaron por fin hasta «unas ciénagas inmensas, cuyos confines no conocían los nativos ni es posible que nadie espere conocer nunca». Hasta 1841 —casi dos mil años después— el gobernador de Egipto, Mohammed Alí, no enviaría una expedición que logró penetrar en el laberinto de canales del Sudd, plagados de papiro, de casi seiscientos kilómetros de extensión. Sólo uno de los

exploradores del siglo XIX que posteriormente logró a base de esfuerzo remontar la corriente atravesando Sudán y Ecuatoria consiguió del riguroso Dr. Livingstone algo más que un pequeño elogio:

Nadie ha llegado más alto en mi estimación que la señorita Tinné, quien tras sufrir las más duras aflicciones domésticas, perseveró noblemente aguantando todo tipo de dificultades. Remontó el río hasta más allá de donde llegaron los centuriones enviados por Nerón César [fue más allá de Gondokoro y alcanzó Rejaf], y mostró un valor tan indómito que dio honra a su raza.

Alexine Tinné, la heredera más rica de Holanda, perdió a su madre y a su tía, víctimas de las fiebres, cuando navegaba por el Bahr el-Ghazal. En el momento en el que Livingstone redactaba su elogio, no podía saber que la acaudalada joven ya había muerto despedazada por los tuaregs, en el curso de un valeroso intento de llegar hasta las fuentes del Nilo cruzando el Sahara, y luego doblando hacia el este atravesando el Chad hasta dar con el río —o al menos eso esperaba— cerca de su cabecera. Respecto a otros rivales británicos como Livingstone, Richard Burton, John Speke y Samuel Baker, el doctor no escribió mucho acerca de ellos, como no fuera para criticarlos. Pues ¿por qué elogiar a unos exploradores que parecían inequívocamente «eclipsados» por sus fuentes del «Nilo» en el Bangweulu, situadas mucho más al sur de donde ellos habían desarrollado sus actividades?

La seguridad que tenía Livingstone de que el Lualaba era el Nilo recibió un inesperado impulso cuando se hallaba confinado en su oscura y caliginosa choza de Bambarre. A mediados de agosto llegaron dos mercaderes árabes de marfil después de un largo viaje que los había llevado hasta Katanga e incluso más allá. Sus nombres eran Josut y Moenpembé y lo que contaron electrizó al enfermo. Según sus informaciones, el lago Bangweulu no era la única fuente del Lualaba. Era en un manantial cercano, al oeste del lago, donde nacía el río, que, tras unirse al caudal procedente del Bangweulu, fluía hacia el norte convertido en el Lualaba. Así pues, el Lualaba tenía *dos* fuentes. Los árabes le comunicaron también que cerca de esas fuentes orientadas al norte había otros dos manantiales cuyas aguas fluían hacia el sur. Lo que tenía en vilo a Livingstone era el extraordinario

parecido de su relato con el que a propósito de la fuente del Nilo había escrito Heródoto, el historiador más famoso de la antigua Grecia.

En 457 a. C., Heródoto visitó Egipto y remontó el Nilo hasta la primera catarata, deseoso de descubrir todo lo que pudiera acerca de los orígenes del río. Se encontraría con una gran decepción. A través de diversos viajeros egipcios y griegos, se había enterado de que el río probablemente venía de muy lejos, al oeste, del país que hoy día llamamos Chad, pero no logró obtener ningún detalle convincente. Al regresar a Grecia, escribió: «Ninguno de los egipcios, libios o griegos que entraron en conversaciones conmigo pretendió estar informado, a excepción del escriba del tesoro sagrado de Atenea en la ciudad de Sais en Egipto». Pero este único escriba compensó la vaguedad de los demás informadores del historiador. «Las fuentes del Nilo, que carecen de fondo, manan entre dos montañas; y mientras que la mitad del caudal corre en dirección norte, hacia Egipto, la otra mitad lo hace en dirección sur». Aunque Heródoto había tenido la sensación de que «el escriba no sabía con certeza lo que decía», Livingstone creía que sí lo hacía. Y pensaba así porque su versión coincidía perfectamente con la de Josut y Moenpembé. Había una sola diferencia. El escriba había hablado de dos montañas entre las cuatro fuentes, mientras que los árabes habían aludido a «un montículo entre ellas, el más notable de África». Pero, a juicio de Livingstone, la diferencia era demasiado pequeña para preocuparse por ella. Cabía suponer que ese montículo notable fuera un elemento geográfico colosal: tal vez toda una cadena de montañas. Tampoco iba a ser tan ingenuo como para creer a los árabes. Los relatos orales de los viajeros a menudo resultaban al final ciertos, y ya sabía que las fuentes del Zambeze y el Kafu estaban a menos de doscientos kilómetros de Bangweulu, así que en realidad había dos ríos que discurrían en dirección sur.

La presencia de unas montañas cerca de las fuentes del río que fluía hacia el norte interesaba a Livingstone por otro motivo. Aproximadamente en 150 d. C., el astrónomo y geógrafo griego Claudio Ptolomeo —Ptolomeo, como solemos llamarlo de forma abreviada— había afirmado en su *Geografía* que, después de veinticinco días de marcha hacia el interior desde un punto indeterminado próximo a Mombasa, un viajero llegaba «a la

nevada cordillera en la que el Nilo tiene sus dos fuentes». Ptolomeo había obtenido esta información de las noticias suministradas por un mercader griego, Diógenes, quien, un siglo antes, a su regreso de un viaje a la India, había desembarcado en la costa de África oriental, donde aseguraba que había llegado a las fuentes después de veinticinco días de marcha. Eso significaba que no podía haberse adentrado mucho en el interior del país. Con toda probabilidad los traficantes árabes dirían a Livingstone que, mientras estaban en el interior de África, se habían enterado de que las fuentes estaban cerca de las nevadas cumbres de los llamados montes de la Luna. Livingstone encontraba esta noticia fascinante:

Lo que los modernos podemos reivindicar es un redescubrimiento […] Las fuentes del Nilo se juntan en dos o tres ramales, más o menos como las describía Ptolomeo […] [Este autor] no fue creído porque las fuentes de las que hablaba se situaban entre los 10 y los 12.º de latitud norte.

Allí era, naturalmente, donde Livingstone había encontrado el lago Bangweulu y donde acababan de estar Josut y Moenpembé. El explorador convaleciente consideraba maravillosamente tranquilizador este ulterior respaldo griego a su teoría acerca de las fuentes del Nilo.

El 10 de octubre, las úlceras de Livingstone habían empezado a curarse y por primera vez desde el 22 de julio pudo abandonar su choza. Justo cuando empezaba a hacer planes de ponerse en marcha, se enteró de que el jefe de una caravana de mercaderes de Ujiji había dicho que venía camino de Maniema una segunda expedición «con cartas y quizá hombres para mí». Evidentemente debía aguardar a que llegara antes de ponerse en marcha hacia el río. Y en efecto, aguardó, aunque a regañadientes, hasta el 4 de febrero del año siguiente. «Espero ansiosamente noticias de casa; de lo único que estoy seguro ahora es de que mis amigos querrán que termine mi trabajo». El mismo día 4 llegaron diez hombres enviados desde la costa por el Dr. John Kirk, cónsul británico en funciones en Zanzíbar. Livingstone se enfadó muchísimo cuando descubrió que los recién llegados eran esclavos y no hombres libres. Estos individuos, propiedad de unos mercaderes indios de la costa (los llamados *banian*), le dijeron que no pensaban moverse si no era a cambio de salarios más altos y afirmaron que el cónsul Kirk les había ordenado obligarlo a regresar a Zanzíbar lo antes posible. Sólo cuando el

doctor amenazó a los cabecillas de aquellos individuos a punta de pistola accedieron a emprender la marcha.

Incluso tras leer las noticias acerca de las discusiones públicas en torno a la expedición al Zambeze, a los contemporáneos del reverendo doctor Livingstone les habría sorprendido saber que a veces amenazaba a los africanos con pegarles un tiro. De hecho en una ocasión disparó a Susi, uno de los tres criados que más tiempo estuvieron a su servicio, pues llevaba con él desde 1863 y en aquellos momentos seguía a su lado. El delito de Susi había sido coger bruscamente de la mano a Livingstone y negarse a soltarla. De ahí que el doctor le disparara, aunque por suerte para él falló el tiro. Este incidente sería expurgado debidamente de la versión de los *Últimos diarios* de Livingstone que publicó un clérigo nombrado al efecto por la familia, lo mismo que muchos otros pasajes que mostraban a sus «leales» bajo unas luces poco halagadoras.

No habiendo ley ni magistrado superior a mí mismo, nada frustrará mis propósitos si puedo evitarlo […] Les gustaría que me quedara aquí y que les pagara por fumar el *bange* [cannabis], y cubrir a sus prostitutas con los abalorios que les doy regularmente a cambio de comida.

A pesar de la reputación de conducta entregada de la que gozarían luego en Gran Bretaña, sus servidores eran tan diferentes de los miembros de una escuela dominical como cabría imaginar.

No está claro que ninguno de sus servidores entendiera por qué su señor estaba dispuesto a emprender el viaje en plena temporada de lluvias, arriesgando su vida y la de ellos mismos. ¿Por qué era tan importante la dirección que seguían los ríos? ¿Por qué no podía el doctor quedarse a descansar más tiempo disfrutando de la vida? No hay pruebas de que Livingstone intentara explicárselo alguna vez. Antes de abandonar Bambarre, dos de sus favoritos, Chuma y Gardner, lo pusieron al borde de la desesperación participando en un ataque árabe contra los maniema del lugar. De hecho, Gardner regresó arrastrando tras de sí a una mujer a la que había capturado. Chuma llegó «caricoleando [*sic*] al frente del grupo […] haciendo gestos como si disparara un rifle». Chuma era un niño de apenas diez años cuando había sido liberado por Livingstone de una banda de traficantes de esclavos cerca del lago Nyasa (Malawi) en 1861, y, lo mismo

que Gardner, había pasado varios años en la Nassick Mission School de Bombay, en la que Livingstone lo había dejado en 1864. «A unos niños cristianos de Nassick —les dijo a los dos a gritos el doctor— no haría falta decirles lo de "No matarás"». Chuma replicó que en 1863, en los montes del Shire, el propio Livingstone había luchado contra los ajawa (yao) y había disparado contra ellos. «Sí —respondió el doctor—, para liberar a los esclavos, pero lo que tú pretendes es esclavizar a los que son libres». (Los yao eran aliados de los traficantes de esclavos portugueses).

Cuando se preparaba para abandonar Bambarre, varios hombres que lo habían abandonado el pasado mes de junio le pidieron que volviera a contratarlos. A Mabruki (que también había sido alumno de Nassick) le permitió quedarse, pero a Ibrahim y a Simon les dijo que «se fueran o les pegaba un tiro». Simon había reconocido ser el autor de dos asesinatos e Ibrahim admitió haber cometido numerosos robos, de modo que la cólera de su amo con ellos era comprensible. Livingstone salió en busca del Lualaba el 16 de febrero de 1871 con la caravana de Muhammad Bogharib y sus catorce hombres.

La hierba y el barro me causan dolor, pero mis hombres me llevan en volandas sobre el agua […] El país es hermoso y ondulado por doquier: una hierba de color verde claro lo cubre todo, excepto en los arroyos […] La hierba hiere las manos y moja las extremidades.

Durante los primeros días del viaje, Katomba, socio de Bogharib en el comercio de esclavos, regaló a Livingstone una hembra de gorila de casi medio metro de altura. El doctor emitió el siguiente juicio sobre el simio huérfano: «El mono más inteligente y encantador que he visto en mi vida. Te da la mano para que la levantes y la cojas en brazos y si no lo haces, pone una cara que [parece] la de un humano triste y lloroso». Livingstone sintió muchísimo no poder llevársela consigo. «Temo que se me muera […] a causa de lo que pueda atosigarla la gente». Las lluvias todavía no habían terminado, pero a veces también hacía sol y, como en tantas ocasiones con anterioridad, Livingstone disfrutaba de la alegría de los poblados situados entre las colinas cubiertas de arbolado. Poco después del amanecer, le encantaba ver a la gente sentada a la puerta de su choza alrededor del fuego, cuando empezaban a aparecer los primeros rayos de sol.

Las hojas de variados formatos de la selva que rodea el poblado están salpicadas de miríadas de gotas de rocío. Los gallos cantan vigorosamente y se pavonean y miran desafiantes; los chivos retozan y brincan a espaldas de sus madres […] Las casadas ahorrativas a menudo cuecen sus nuevas ollas de barro en una hoguera hecha con un montón de raíces de hierba […] La hermosura de esta escena matutina de alegría pacífica es indescriptible.

Pero Livingstone iba en compañía de unos hombres que podían cambiar en un instante este panorama tan pacífico y convertirlo en un cuadro de muerte y de dolor. Unos días más tarde, el médico misionero daba las gracias por viajar de nuevo por su cuenta. Katomba le prestó siete hombres a cambio de su pistola de doble tambor. Como Bogharib lo había dejado para seguir buscando esclavos y marfil, aquellos hombres extra iban a resultarle indispensables. El principal problema de Livingstone era la carencia de canoas, que empezaba a preocuparle seriamente ahora que estaba a menos de cien kilómetros del río. Se decía que las embarcaciones más próximas estaban a unos cinco días de viaje por una región cruzada en todas direcciones por ríos poco profundos. El 11 de marzo, otro traficante de esclavos, Amur, le dijo que no tenía sentido intentar avanzar por el Lualaba si no podía disponer de doscientas pistolas. Todo el mundo, en una extensión de muchos kilómetros a la redonda, odiaba a los extranjeros y «tenía ganas de comerse a un blanco». Naturalmente Livingstone no hizo caso de esta advertencia. Sabía demasiado bien que la mayoría de los traficantes de esclavos quería que se volviera al este, lejos de su lucrativa nueva frontera esclavista.

Mientras cruzaba innumerables riachuelos que desembocaban en el Lualaba —ahora a poco más de cinco kilómetros de distancia—, se deprimió muchísimo al encontrarse a una banda de traficantes que llevaba ochenta y dos cautivos y veinte colmillos de elefante. Recorrió los últimos kilómetros antes de llegar al río en compañía de los jefes de esta banda, Abed bin Selim y Hassani, que, ante sus insistentes preguntas, juraron que «nunca eran ellos los que rompían las hostilidades». «Por supuesto que las rompen», anotó en su diario. «La perspectiva de conseguir esclavos es más fuerte que cualquier otra consideración, y la sangre ha corrido a mares».

Aunque el último día de marzo sería inolvidable para Livingstone, en su diario efectuó una descripción clínica del río, carente por completo de emoción:

Bajé a echar una buena ojeada al Lualaba aquí [en la ciudad de Nyangwe]. Es más estrecho de lo que es más arriba, pero con todo es un río majestuoso, de casi tres mil metros de ancho por lo menos, y siempre profundo; no puede vadearse en ningún punto […] Tiene muchas islas grandes […] La corriente fluye a unos tres kilómetros por hora en dirección al norte.

Durante los tres días que siguieron a esta primera contemplación de la vasta extensión de agua tranquila y lenta, de color pardo, realizó numerosos intentos de comprar canoas a las gentes de la zona, pero todos fueron infructuosos. Cuatro días después, un jefe maniema accedió a venderle una embarcación construida con un tronco hueco, lo bastante grande, según dijo, para que cupieran él y todos sus hombres. Pero la que le presentaron a la hora de la verdad resultó que sólo podía dar cabida a tres personas. La negativa de los maniema a venderle canoas y piraguas era completamente razonable. Temían que si los extranjeros cruzaban el río extenderían el tráfico de esclavos a la margen izquierda del río. Pero Livingstone se dio cuenta de que tanta renuencia había empezado ya a inducir a los esclavistas a quitarles las canoas por la fuerza. Sólo al Dr. Livingstone, hombre de paz, se le negaba lo que con tanta desesperación necesitaba. Según cuenta, estaba «harto y ansioso de tanto esperar [mientras] los propietarios de las canoas dicen: "Sí, sí; las traeremos", pero no se mueven». La falta de progresos obligó a Livingstone a pedir a sus hombres que construyeran una casa de madera para él, para poder salir de la choza infestada de bichos que le habían prestado.

Los diez hombres llegados últimamente de Zanzíbar —y que, para su sorpresa, resultó que eran esclavos— empezaron a hacer la vida cada vez más difícil a su señor diciendo a los maniema del lugar: «No quiere esclavos ni marfil, sino una canoa para matar a los maniema». Livingstone no tardó en descubrir que los traficantes de esclavos, por ejemplo Hassani y Abed, habían «ayudado a [sus] hombres a propagar esas falsas acusaciones». No es de extrañar que los árabo-swahili quisieran impedir

que el explorador inglés los espiara y viera cómo extendían sus actividades al norte y al oeste de Nyangwe. En cuanto a sus acompañantes, resultaba fácil entender su actitud. Ningún árabe ni africano había seguido nunca la corriente del Lualaba más de doscientos kilómetros al norte de Nyangwe, y a todos los hombres de Livingstone les espantaba la idea de aventurarse en una región desconocida, habitada por tribus que tenían buenos motivos para odiar a los recién llegados. Es comprensible que aquellos individuos desearan volver a su casa de inmediato, y no morir en aquel lugar apartado y espantoso.

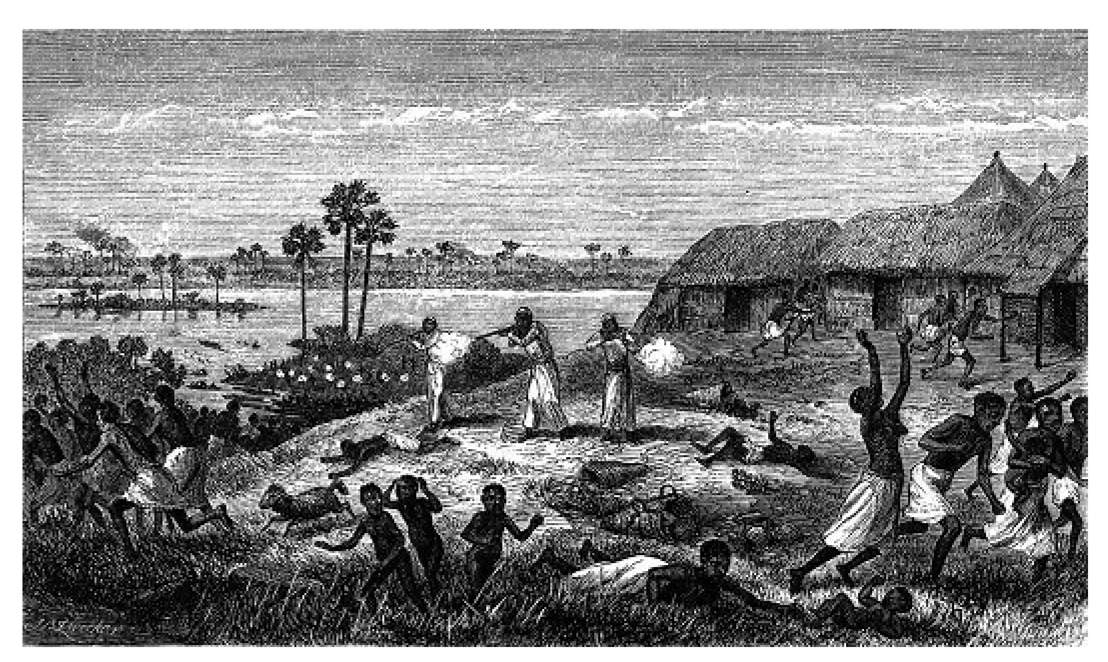
A mediados de mayo, Livingstone seguía sin canoas y Abed aumentó todavía más su angustia diciéndole que había oído decir a sus hombres —los recién llegados de Zanzíbar— que se habían conjurado para matarlo. «Me advirtió encarecidamente que dejara de fiarme de ellos». Como los individuos en cuestión reconocieron que habían matado a tres hombres y que se dedicaban a capturar y a vender esclavos, el médico misionero comprendió que se trataba de un buen consejo. Pero sin aquellos diez esclavos, ¿cómo iba a poder finalizar su tarea? Difícilmente le sería posible viajar miles y miles de kilómetros con cuatro hombres. Como de costumbre, siempre que tenía preocupaciones, su vientre empezaba a darle quebraderos de cabeza.

Su siguiente plan fue comprar canoas a los wenya, que vivían en la margen izquierda del río. Pero los árabes escogieron precisamente ese momento para comprar todas las embarcaciones de los wenya que hasta entonces habían estado a la venta, «nueve canoas grandes […] y no he podido hacerme con ninguna». Por fin, el 5 de julio, cuando ya empezaba a desesperar, ofreció a Dugumbé, un destacado traficante de esclavos de Nyangwe, cuatrocientas libras para que le proporcionara diez porteadores con los que reemplazar a los esclavos levantiscos que le había enviado el cónsul Kirk de Zanzíbar. Pero ni siquiera una suma tan elevada indujo a Dugumbé a ayudar a un hombre que, según sabía perfectamente el mercader árabe, no dudaría en hacer público su sangriento historial en cuanto se le presentara la ocasión. A mediados de mes, Livingstone no tuvo más remedio que ponerse a suplicar: «Tengo mercancías en Ujiji […] Llévatelas todas y dame hombres para que pueda acabar mi trabajo […] No

hagas que me vea obligado a regresar ahora que estoy tan cerca del final de mi empresa». Pero Dugumbé se limitó a decir que consultaría a sus socios y que ya le daría noticias. El árabe todavía no había dado ninguna respuesta el 15 de julio, fecha en la que tuvo lugar en Nyangwe un acontecimiento que lo cambiaría todo.

Uno de los pocos lugares en los que Livingstone se había sentido capaz de olvidar sus preocupaciones era el mercado de Nyangwe, donde llegaban a reunirse a diario tres mil personas que acudían a comprar y a vender. Aquel día había sólo la mitad de esa cifra, pero al explorador le gustaba de todas formas observar a las mujeres del mercado, tanto a viejas como a jóvenes, riendo y bromeando mientras trapicheaban y se cambiaban ollas de barro por mandioca, aceite de palma, sal, pimienta y especias para la comida. También se vendían pescados de múltiples variedades locales, y Livingstone se sentía encantado con todo aquel bullicio: niños cargados con aves de corral cacareando y graznando sin parar, un cerdo que se soltaba y salía corriendo, vendedores que levantaban las manos al cielo tras no lograr convencer a un potencial cliente del valor de una cabra o una oveja. Hacía tanto calor y tanto bochorno que no se quedó más tiempo de lo habitual. Cuando se marchaba, le sorprendió ver entrar en el mercado a cinco árabo-swahilis vestidos con sus largas túnicas blancas y armados con fusiles. Hasta aquel momento, siempre que Livingstone había estado allí, los árabes habían respetado la costumbre local de no entrar en el mercado armados. Al explorador le extrañó comprobar que tres de aquellos hombres trabajaban para Dugumbé; pero mientras pensaba si debía o no recriminarles su actitud, ellos empezaron a disparar contra la muchedumbre, matando a varias personas a quemarropa. Al cabo de un instante, mientras el eco de los gritos retumbaba a su alrededor, otros árabes se pusieron a disparar contra una multitud aterrorizada que huía hacia el fondeadero donde tenían amarradas sus canoas. Se produjo un auténtico pandemónium, con hombres y mujeres arrojándose a las piraguas, hundiendo las embarcaciones o impidiendo que la gente pudiera remar. La aglomeración de gente en el fondeadero no tardó en impedir que las canoas pudieran salir al río y ponerse fuera del alcance de los fusiles. De ese modo, los heridos, tanto hombres como mujeres, se olvidaron de las barcas y se lanzaron de manera

caótica al agua, con la esperanza de ponerse a salvo nadando contra la corriente en una isla situada a más de un kilómetro de distancia. Livingstone observó horrorizado cómo las canoas se hundían debido al exceso de carga y la larga fila de cabecitas que se dirigía a la isla empezaba a disminuir, a medida que los nadadores se ahogaban. El tiroteo había sido tan intenso en las proximidades del fondeadero que los árabes mataron de hecho a varios de los suyos. Posteriormente se calculó que habían perecido tiroteadas o ahogadas cuatrocientas personas. Livingstone sospechaba que esos cálculos se habían quedado cortos. «Nadie sabrá con exactitud cuántas vidas se perdieron aquella mañana luminosa y agobiante; me dio la impresión de estar en el infierno».



Matanza de mujeres maniema en Nyangwe (tomado de los *Last Journals of Livingstone*).

Mientras aún había gente que se ahogaba, llegó al fondeadero Dugumbé y «metió a muchos en una de las embarcaciones abandonadas para salvar a los que se habían tirado al agua». Pero como habían sido sus hombres los

que habían comenzado a disparar, Livingstone no se dejó impresionar por aquellas muestras de humanidad. Sabía que los ataques habían sido pactados de antemano «para impresionar a todo el país y hacerle ver la importancia y la grandeza de los recién llegados». Incluso mientras Dugumbé se dedicaba a salvar a la gente que se había tirado al agua, los hombres a las órdenes de Tagamoio, uno de sus socios, imponían el reinado del terror «disparando a diestro y siniestro como demonios». Aunque Dugumbé afirmara que había dicho a Tagamoio que parara, la matanza continuó hasta el día siguiente, y fueron incendiadas veintisiete aldeas de los alrededores de Nyangwe. Livingstone escribió escandalizado:

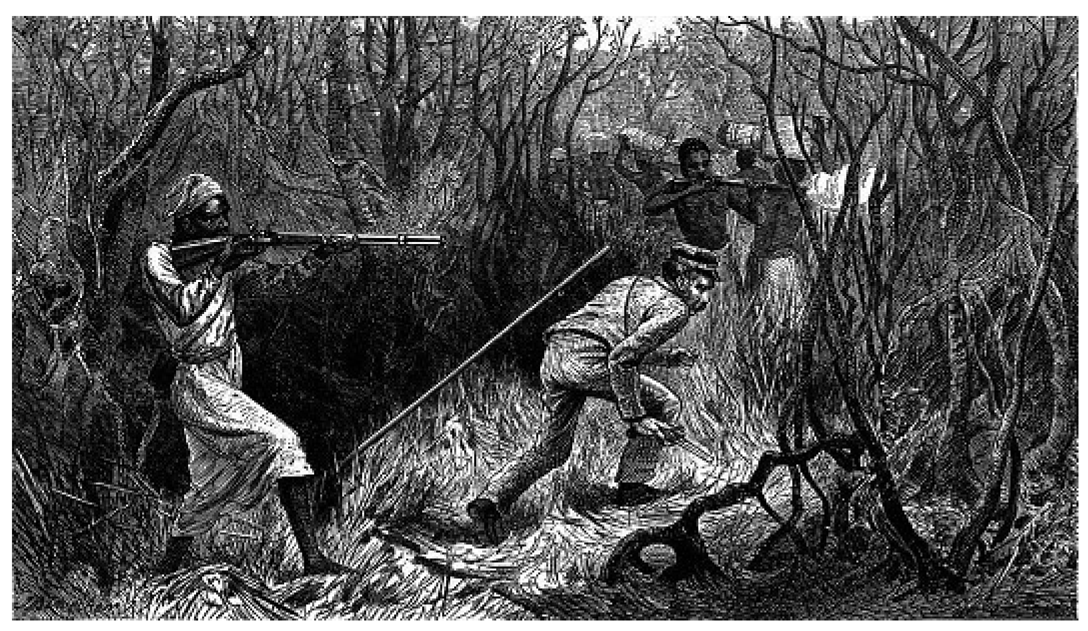
¿Quién podía ir en compañía de los hombres de Dugumbé y Tagamoio […] y estar libre de culpa de aquellas muertes? El asesinato descarado de cientos de mujeres desprevenidas me llena de un horror indecible.

Para él estaba ya fuera de toda discusión ir a ninguna parte en compañía de los árabes. ¿Pero podía confiar en que sus diez esclavos y sus cuatro leales continuaran a su lado en un viaje de miles de kilómetros siguiendo la corriente del Lualaba, teniéndose que enfrentar a cataratas y a gentes hostiles un día sí y otro también? Cuando a la mañana siguiente los esclavos venidos de Zanzíbar le dijeron que preferían seguir a Tagamoio y dedicarse a capturar esclavos, Livingstone comprendió que su situación era desesperada.

Las terribles escenas de la inhumanidad del hombre con el hombre me provocaron un terrible dolor de cabeza […] Ayer por la tarde permanecí acostado, deprimido por tanto derramamiento de sangre […] No puedo permanecer aquí lleno de angustia.

El 20 de julio David Livingstone emprendió la marcha hacia Ujiji con sus catorce hombres y un número desconocido de mujeres. En el último momento la partida se retrasó por culpa de uno de sus esclavos, que fingió estar enfermo; de ese modo, tanto él como sus compañeros pretendían «ganar tiempo para negociar a favor de las mujeres con las que habían estado cohabitando». Asqueado de sus servidores y traumatizado por las matanzas, Livingstone tuvo que dar la espalda contra su voluntad al río que se llevaba consigo todas sus esperanzas. Cuando estaba a punto de llevar a cabo una proeza más asombrosa que todas sus pasadas hazañas juntas, se le

escapaba todo de las manos. Lo mejor que le podía pasar era llegar al lago Tanganica y Ujiji en tres o cuatro meses, y desde allí mandar cartas a Zanzíbar pidiendo que le enviaran desde la costa víveres y nuevos hombres escogidos con más cuidado que los anteriores. Con suerte, llegarían diez meses después de que alguna caravana partiera llevándose sus cartas. Después tendrían que transcurrir otros seis meses o más antes de que pudiera volver a Nyangwe. En total veinte meses o dos años; y su edad y su salud le decían que probablemente no tuviera tanto tiempo.



«Una enorme lanza […] se clavó firmemente en el suelo» (tomado de los *Last Journals of Livingstone*).

Una vez más tuvo que abrirse paso a viva fuerza por una selva inmensa e impenetrable, en la que la luz del sol se filtraba a través de aquel dosel de ramas convertida en un tenue haz. En la penumbra, la sensación de aislamiento era abrumadora, lo mismo que el miedo constante. Livingstone tenía la impresión de participar en una carrera de baquetas, con lanceros escondidos a uno y otro lado del camino dispuestos a arrojar contra él sus dardos, y convencidos de que «si [lo] mataban, vengarían la muerte de sus

parientes». ¡Menuda ironía si el hombre que ansiaba denunciar a los traficantes de esclavos moría al ser confundido con uno de ellos!

En cada hueco que se abría en aquella intrincada maraña buscábamos una lanza; y en todo momento esperábamos oír un silbido que nos hablaba del lanzamiento de un arma mortal. Empecé a hartarme de la tensión constante del peligro y —como supongo que les ocurre a los soldados en el campo de batalla— a sentirme no ya valeroso, sino completamente indiferente al hecho de que me mataran o no me mataran.

Entonces, una mañana, mientras intentaba abrirse paso a través de «una estrecha senda con un muro de espesa vegetación a cada lado, una enorme lanza casi [le] rozó la espalda y se clavó firmemente en el suelo». Otra lanza cayó a menos de medio metro delante de él. Sus hombres y él se pusieron a disparar contra el follaje, pero no dieron a nadie.

Aunque tenía intención de hacer todo cuanto estuviera en su mano para regresar a Maniema, Livingstone temía no volver a ver nunca más el Lualaba. Mientras tanto, los geógrafos del mundo se enterarían de que, en el corazón de África, había un río inmenso que fluía hacia el norte, la última dirección en la que se les habría ocurrido pensar.

2

Un casamiento poco conveniente

En noviembre de 1853, dieciocho años antes de que el Dr. Livingstone, profundamente abatido, se viera obligado a alejarse del río Lualaba, un individuo al que el famoso doctor acabaría detestando por lo que él denominaría «su brutal inmoralidad», se registraba en el Shepheard’s Hotel de la ciudad de El Cairo. Era el teniente Richard Francis Burton, quien tenía la intención de trabajar en un libro de viajes sumamente innovador. Tenía la esperanza, incluso la expectativa, de que este tema lo hiciera realmente famoso. Mientras contaba por escrito su reciente aventura árabe, Burton ni siquiera sospechaba que antes de abandonar El Cairo los objetivos geográficos de su «obsesión por los descubrimientos» —como él mismo describía su ansia de ver mundo— iban a experimentar un cambio decisivo.

A los treinta y dos años, durante un permiso de doce meses recibido mientras prestaba servicio en el 18.º Regimiento de Infantería Nativa de Bombay, el joven oficial había completado el peregrinaje a La Meca disfrazado de buhonero musulmán dedicado a la venta de productos medicinales y horóscopos. No podemos asegurar que su vida hubiera corrido peligro de haber sido desenmascarado, por mucho que Burton así lo dé a entender. Su libro deja entrever que habría podido ser decapitado en una ejecución pública o recibir una puñalada por la espalda. Antes de ponerse en marcha, Burton no sólo había decidido adoptar la identidad de un sufí afgano, sino que, para evitar correr riesgos innecesarios, se había circuncidado. El hecho de que se sometiera voluntariamente a una práctica

tan dolorosa no impediría que surgieran voces críticas que calificaran su peregrinaje de farsa teatral.

En honor a la verdad, apenas cuarenta años antes el *hajj* ya había sido completado con éxito por el explorador suizo Johann Ludwig Burckhardt, que había entrado en La Meca vestido como un mercader musulmán y había publicado ni más ni menos que cuatro gruesos volúmenes contando su aventura. A lo largo de los siglos, numerosos conversos al islam reconocidos habían realizado tranquilamente el viaje sin ocultar sus orígenes occidentales. Pero la pasión de Burton por los disfraces, facilitada por su talento para las lenguas, era muy profunda. Mientras prestaba servicios en la sección de inteligencia del general Napier en Sindh, en la India, ya había adoptado una identidad falsa: la de un vendedor itinerante de tejidos iraní. Para un individuo que se sentía alejado de sus orígenes británicos, las misiones que exigían asumir distintas identidades habían permitido que pudiera reinventarse como «Dick el Rufián», un tipo eternamente independiente e inconformista. Aseguraría que durante su estancia en el Shepheard's Hotel de El Cairo se vestía con indumentos árabes para provocar a los demás huéspedes europeos que pensaban que convivían bajo el mismo techo con un árabe. Su desaprobación habría sido mayor de haber sabido que «el árabe» era en realidad un inglés, que acababa de realizar una visita a un burdel de la zona, donde, como él mismo dijo a un amigo, había participado en «una maravillosa escena de depravación […] que había superado de lejos cualquier cuento de las mil y una noches».

Aunque había nacido en la respetable localidad costera de Torquay, en el sur de Inglaterra, Burton había pasado buena parte de su infancia y adolescencia viajando por Francia, Italia y Sicilia, siguiendo los deseos de su hipocondríaco padre, quien, tras retirarse pronto del ejército británico con el grado de teniente coronel, había decidido abandonar Inglaterra por el bien de su salud. A ello contribuyó además el hecho de que sus dos hijos adolescentes comenzaran a frecuentar los burdeles locales y a mantener relaciones con mujeres casadas. En varias ocasiones la amenaza de un escándalo dio lugar a traslados de residencia repentinos, dejando atrás localidades sumamente plácidas.

Richard, segundogénito de Joseph Burton, fue enviado a Inglaterra durante un breve período de tiempo: al principio a una escuela privada bastante mediocre de Brighton, y más tarde al Trinity College de Oxford, donde contribuyó de manera deliberada a su expulsión de este centro universitario para impedir que su padre lo obligara a tomar el hábito. En su país natal Burton se había dado cuenta de que nunca iba a sentirse a gusto entre sus paisanos. En la India se había sentido igualmente a disgusto junto con los funcionarios de la Compañía de las Indias Orientales y de sus esposas, y describía con desdén la «sociedad» de clase media del subcontinente, a la que comparaba con la de «una pequeña ciudad rural que de repente se ha visto encaramada a lo alto de un árbol, perdiendo en consecuencia la cabeza».

Debido a sus conocimientos del indostánico, el maratí y el gujarati, pudo conocer bien las costumbres de las poblaciones locales, y se vio favorecido asimismo por los ascensos en el seno de su regimiento. Estudió con *munshis* (maestros indios), y no le desagradaba el hecho de que sus visitas a las casas de estos instructores provocara que lo llamaran el «negro blanco». Le gustaba exasperar a la gente respetable, siempre y cuando su actuación no supusiera una verdadera ofensa para sus superiores militares. La mayoría de los oficiales —y él no era una excepción— tenían amantes indias pero, mientras no se hiciera alarde de ello en público, esta circunstancia no acarreaba estigma alguno. Burton aborrecía los actos ostentosos de piedad y deploraba el hecho de que los misioneros pretendieran convertir a los pueblos colonizados. Pero no era en absoluto un liberal, y su respeto por la cultura india no impedía que tratara a patadas a los criados y se jactara de propinar «palizas bien merecidas». En realidad, creía en la superioridad británica y era un imperialista convencido.

Aparentemente seguro de sí mismo, sus opiniones resultaban a menudo contradictorias o ambivalentes. De hecho, Burton lamentaba que los numerosos cambios de domicilio y de lugar de residencia que habían caracterizado su infancia y juventud lo habían convertido en un hombre sin raíces ni vínculos. Pensaba que, de haber sido enviado por su padre a Eton, su vida habría sido mucho más fácil y placentera.

Como me crie en el extranjero, nunca llegué a comprender verdaderamente a la sociedad inglesa, ni la sociedad me comprendió a mí […] Es una verdadera ventaja pertenecer a algún lugar […] Cuando no se da esta circunstancia, te conviertes en un huérfano, en un descarriado; te conviertes en un haz de luz sin foco.

Encontró su «lugar» y su «foco» cuando se adentró en el mundo árabe y en viajes peligrosos como el de su peregrinaje a La Meca.

Sin embargo, a pesar de sus buenos conocimientos del árabe, el persa y el sánscrito, y de su orgullo justificado por ser un excelente arabista, nunca logró sentirse —ni interior ni exteriormente— un verdadero beduino. Por mucho que le gustara el desierto y vestirse como un árabe, lo cierto es que este placer no hacía más que mermar su naturaleza inglesa, pero sin sustituirla. No se convirtió al islam y tampoco abandonó su carrera militar, a pesar de su continua necesidad de huir de la «vida civilizada» y de las convenciones sociales de su clase. Todo esto dio lugar a una insatisfacción de sí mismo que sólo se vería apaciguada visitando lugares salvajes.

«El hombre quiere ir de un lugar a otro, y debe hacerlo; de lo contrario, morirá», escribió durante su estancia en El Cairo. Como se sentía consternado por no tener en perspectiva ninguna nueva aventura, estalló de gozo cuando un viejo amigo, el Dr. John Stocks, oficial médico que había coincido con él en Sindh, llegó al Shepheard's Hotel con la noticia de que la Real Sociedad Geográfica estaba dispuesta a financiar una expedición a Somalilandia (en la actual Somalia). Inmediatamente, Burton escribió al Dr. Norton Shaw, secretario de la RGS, al que ya conocía después de que dicha sociedad hubiera subvencionado su viaje a La Meca, comunicándole su disponibilidad a dirigir cualquier futura expedición a Somalilandia. A modo de comentario, Burton mencionaba en su carta que el año anterior el gobierno de Bombay hubiera enviado una misión para explorar África oriental de no haber sido porque en el último momento el hombre encargado de dirigir la expedición optó por «no arriesgarse a perder el escroto». Se contaba que los somalíes tenían «la costumbre de arrancarlo y colgarlo como ornamento alrededor del brazo». Burton aseguraba a Shaw que este alarmante rumor no le preocupaba, y como esperaba estar plenamente repuesto de su enfermedad en unos pocos meses, podría partir

para Somalilandia a comienzos de 1854, una vez terminada la estación de mayor calor. Pero había más. Decía que también quería ir a Zanzíbar desde Somalilandia, para luego dirigirse al este, hacia el interior de África.

«Se preguntará por qué ahora prefiero Zanzíbar a Arabia», comentaba en su misiva, antes de explicar que un misionero alemán llamado Krapf acababa de «llegar (a El Cairo) de Zanzíbar, y se habla de los descubrimientos que ha realizado sobre [el nacimiento de] el Nilo Blanco, el Kilimanjaro y los montes de la Luna que recuerdan los de un "de Lunatico". No lo he visto», admitía Burton, «pero no pienso perderme el espectáculo». A pesar del tono sarcástico de sus palabras, Burton se sentía absolutamente entusiasmado por los comentarios y observaciones de Krapf. Como Livingstone, conocía perfectamente la información proporcionada por Ptolomeo sobre la declaración de Diógenes, quien aseguraba haber localizado «los montes de la Luna, de los que los lagos del Nilo reciben las nieves». Y en aquellos momentos un misionero alemán, el Dr. Johann Ludwig Krapf, afirmaba que en mayo de 1848 un colega suyo, el misionero Johann Rebmann, había sido el primer europeo en ver una cima nevada en el África subsahariana. Su nombre local era Kilimanjaro, y se encontraba en el interior del continente, a unos doscientos ochenta kilómetros de la costa. Al año siguiente, Krapf pudo observar desde la distancia el monte Kenia, otra cumbre nevada situada a unos ciento sesenta kilómetros más al noroeste. Luego Burton se enteró de algo realmente sorprendente que iba contando Krapf. «En Ukumbani [la región de los dos picos] me hablaron de un enorme mar interior, cuyo extremo opuesto sólo puede alcanzarse tras viajar un centenar de días». Así pues, como ya había indicado Ptolomeo, en África oriental había dos cumbres nevadas y también un lago —o tal vez dos—, alimentado posiblemente por aguas glaciares procedentes de los aún no descubiertos «montes de la Luna», situados por el geógrafo griego justo al sur de dichos lagos. Según decían los misioneros, ni en el Kilimanjaro ni en el Kenia nacía río alguno, pero la presencia de cumbres nevadas al sur del ecuador parecía indicar la probable existencia de otras montañas, tal vez de toda una gran cordillera.

Burton decía a Shaw que esos últimos descubrimientos podían convertir a Krapf en su «Juan el Bautista». Esta blasfemia de compararse con Cristo

probablemente divirtiera a Burton, de la misma manera que tal vez lo hiciera su arrogante subtexto afirmando que ahora iba a poder completar lo que el misionero se había limitado a empezar. Krapf se detuvo poco tiempo en El Cairo, y es harto improbable que al final Burton lo conociera. De modo que pasarían varios años hasta que tuviera conocimiento de que en territorio masai, Krapf, con su colega Rebmann, se había librado por los pelos de morir a manos de un grupo de guerreros de esa tribu que había asesinado prácticamente a la totalidad de sus porteadores africanos. Pero, en aquellos momentos, Burton sabía por lo menos que en 1844 un joven oficial francés, el teniente M. Maizan, durante un viaje hacia el interior desde la costa, había sido capturado, atado a un árbol, mutilado y luego degollado por los hombres de una tribu: otro claro indicio de que intentar alcanzar las fuentes del Nilo desde Mombasa o Zanzíbar, en lugar de remontar directamente el Nilo desde Egipto, constituía evidentemente una empresa no exenta de peligros.

¿Y por qué no remontar directamente el Nilo? La historia escrita contaba que quien tomaba esa ruta se veía bloqueado por los pantanos del Sudd. Pero en 1841, el virrey de Egipto, Muhammad Ali Pachá, un francófilo modernizador, había enviado una expedición formada por varias barcazas a las órdenes de Selim Bimbashi, un corpulento capitán de origen turco, quien, acompañado de su concubina favorita y un eunuco, había logrado abrirse paso entre las islas flotantes de vegetación acuática, y a continuación había puesto rumbo a Gondokoro, a unos mil doscientos kilómetros al sur de Jartum en línea recta. El Alto Nilo había quedado, pues, transitable para comerciantes, misioneros, cazadores y aventureros. De modo que, durante dos décadas, un grupo variopinto de individuos realizó de manera no coordinada una serie de intentos para llegar al nacimiento del río. Algunos de ellos, como carecían de los fondos necesarios, tenían que adecuar sus exploraciones a unos objetivos comerciales determinados; y otros simplemente se limitaban a desarrollarlas hasta satisfacer sus aspiraciones aventureras. Andrew Melly, un hombre de negocios de Liverpool, tenía mucho dinero, pero realizó su viaje por el Nilo por puro placer en compañía de su hijo, su hija y su esposa. Sus latas de salmón, su champán y otras muchas de sus provisiones habían sido

adquiridos en Fortnum & Mason, y ningún miembro de esta familia estaba dispuesto a poner en peligro la vida. No obstante, Melly falleció debido a unas fiebres en Shendi, cerca de Jartum, en 1850.

La mayoría de los europeos que se dirigían al sur por aquel entonces eran de origen francés e italiano, y esperaban enriquecerse con el comercio del marfil. Sin embargo, casi todos murieron de malaria. Más éxito tuvo un decidido mercader maltés, técnicamente súbdito británico. En 1851, Andrea De Bono, un tipo con un espléndido bigote que nunca dejaba su bastón, contrató a cuatrocientos hombres para trabajar como porteadores y como tripulantes de las embarcaciones de su compañía dedicada al comercio del marfil. De vez en cuando capturaba un león, y vendía el animal a un zoológico o a una casa de fieras. Los enemigos de De Bono juraban que él y su sobrino se dedicaban al tráfico de seres humanos y de animales exóticos. Por aquel entonces De Bono trasladó su cuartel general al sur, de Jartum, la ciudad del comercio de esclavos, a Gondokoro, localidad descrita por un viajero como «aquella Babilonia de prostitución». Desde ese conglomerado de campamentos apestosos e infestados de ratas, dedicados al tráfico de esclavos y marfil que se levantaban junto al Nilo, De Bono y sus amigos y socios comenzaron a remontar el río. Pero una combinación de malaria cerebral, cataratas y africanos hostiles acabó por derrotarlos. En 1853, mientras Richard Burton escribía su libro en El Cairo, sin que él se enterara De Bono volvió a remontar el Nilo y cruzó el país de los bari y los obbo hasta llegar a un punto situado a apenas unos ciento treinta kilómetros del lago Alberto. Unos años después, Julio Verne rendiría homenaje a la hazaña del comerciante maltés en una de sus novelas de aventuras, *Cinco semanas en globo*, haciendo que uno de sus personajes localizara con la ayuda de sus prismáticos las iniciales de De Bono que el intrépido maltés había grabado en una roca de una isla próxima a Fola Rapids. «¡Es la firma del viajero que más se ha acercado a las fuentes del Nilo!». Aunque no tardaron en realizarse otras expediciones —algunas de las cuales tuvieron un trágico final—, nadie llegaría más lejos que De Bono hasta 1860, cuando el extraordinario erudito italiano Giovanni Miani, autor de varias óperas y tallador profesional de madera antes de iniciarse en el comercio del marfil, fue mucho más al sur, alcanzando la moderna Nimule, junto a la actual

frontera con Uganda, antes de verse obligado a dar media vuelta tras contraer una enfermedad y sufrir los ataques de la tribu Madi. Miani moriría en 1872, a los sesenta y un años de edad, mientras seguía explorando en la región del Alto Nilo y sus afluentes. Las últimas palabras que escribió fueron: «Adiós a tantas grandes esperanzas: los sueños de mi vida». Como ni De Bono ni Miani sabían con precisión lo cerca que habían estado de realizar importantísimos descubrimientos, el mundo siguió ignorando sus notables hallazgos.

Burton, desconociendo totalmente los acontecimientos que habían tenido lugar en el Alto Nilo, continuó llevando una vida de placer y ocio en El Cairo durante tres meses, hasta abandonar la capital egipcia a mediados de enero de 1854. Tras llegar a la India a mediados de febrero, esperó hasta abril para presentar al gobierno de Bombay su solicitud de un permiso y de la pertinente autorización para explorar Somalilandia, desde donde pensaba dirigirse luego hacia el sur y adentrarse en el interior de África a través de Zanzíbar. Como no era un hecho insólito que los oficiales más privilegiados pudieran recibir permisos remunerados para emprender viajes que podían contribuir a mejorar los conocimientos de la compañía de las tierras que lindaban con sus territorios, Burton no se extrañó cuando la solicitud presentada recibió la aprobación oficial de la Compañía de las Indias Orientales en Londres, la cual prometió financiar la misión con la suma de mil libras esterlinas. Pero quedó consternado cuando supo que sólo iban a concederle un permiso de un año, pues esto le impedía cumplir su segundo objetivo, tan importante para él: viajar al corazón del continente desde Zanzíbar para hallar la fuente del Nilo. Es fácil comprobar su decepción cuando se lee la siguiente declaración en la solicitud que presentó al gobierno de Bombay. A pesar del exasperante estilo ampuloso de la nota, en ella se aprecia claramente su deseo de resolver el antiquísimo enigma:

Espero que me permitan puntualizar que no puedo contemplar sin entusiasmo la posibilidad de llevar mi brújula para orientarme en el Jebel Hamar, esos «montes de la Luna» […] una blanca cordillera con nieves eternas incluso en pleno verano africano, la supuesta madre del misterioso Nilo […] un territorio revestido de todo el romanticismo de las fábulas fantásticas y de la antigüedad más remota, y que hoy sigue siendo el asunto

[más] loable al que el hombre pueda dedicar su energía. Durante siglos y siglos, los exploradores han tratado de alcanzar las ignotas fuentes del «Río Blanco», desplazándose y viajando literalmente contra la corriente. Seré el primero que intentará tomar un camino mucho más factible para llegar a la cabeza del río.

La idea de encontrar las fuentes del Nilo se convirtió entonces para Burton en «el *mot de l'enigme*, la manera de conseguir que un huevo se quede de pie, de correr el velo de Isis», y, por supuesto, la manera de alcanzar una fama mucho mayor que la que jamás podría otorgarle su viaje a La Meca. Pero para lanzarse a esta aventura tendría que esperar hasta que lograra convencer a quien le pagaba el jornal de que le concediera más tiempo. No obstante, un año podía ser lo suficientemente largo para acumular una gran cantidad de información nueva sobre Somalilandia y sus gentes; suficientemente largo, tal vez, para persuadir a los magnates de la Compañía de las Indias Orientales de la conveniencia de enviarlo en busca de las fuentes del Nilo.

Con el fin de prepararse para su expedición, Burton llegó al puerto de Adén, en la costa meridional de Arabia, antes que los hombres que había elegido como acompañantes. Más tarde afirmaría que fue simplemente por consejo del cauto general James Outram, ministro residente británico, por lo que decidió viajar sin sus compañeros oficiales hasta el sureste de Etiopía para visitar Harar, por aquel entonces considerada la cuarta ciudad más santa del islam, después de La Meca, Medina y la Cúpula de la Roca de Jerusalén. Pero lo cierto es que nunca tuvo la intención de ir con ningún colega, pues su idea era reclamar para él toda la gloria por haber sido el primer europeo en entrar en aquel lugar fanáticamente religioso, del que se decía que estaba prohibido a los visitantes extranjeros, y al que, por lo tanto, era sumamente peligroso acceder. El hecho de que Burton deseara eclipsar a sus compañeros en una repetición de su aventura a La Meca poco habría importado si uno de ellos no hubiera estado destinado a convertirse en su acompañante en el siguiente y más importante de sus viajes por África oriental en busca de las fuentes del Nilo.

Burton había querido llevar a Somalilandia a su amigo John E. Stocks, cirujano militar, que, según se cree, fue quien lo circuncidó antes de

marchar a La Meca. Pero el Dr. Stocks había tenido una vida muy intensa —«un muchacho excelente, pero chalado y desmadrado», según su amigo — y murió repentinamente de una hemorragia cerebral, de modo que Burton tuvo que buscar en el último minuto un sustituto. Eligió a los tenientes William Stroyan, de la Marina India, y G. E. Herne, que ya habían trabajado con él en sus misiones en el Sindh. Luego, la pura casualidad puso en su camino al hombre que sería su castigo, y cuyo merecidísimo lugar en el panteón de los grandes exploradores del mundo Burton trataría de ocultar más tarde. En el momento preciso, el teniente John Hanning Speke —«Jack» para los amigos— desembarcó un caluroso día de mediados de septiembre de 1854 en Steamer Point, Adén, de un vapor de la P&O procedente de Calcuta. Uno de los casamientos menos convenientes de la historia estaba a punto de tener lugar, sin que ninguna de las partes sospechara los grandes problemas y dificultades que se avecinaban.

3

Un torrente de hombres como un viento tempestuoso

La mayoría de los numerosos biógrafos de Richard Burton han visto en John Hanning Speke un individuo inferior en casi todos los sentidos al personaje objeto de sus estudios, caracterizado por la complejidad y la variedad de sus talentos. Pero el propio Burton no cometió ese error. Casi veinte años después de que se conocieran —para entonces Burton había llegado a detestar a la persona y su memoria—, seguía recordando vivamente la favorable impresión que Speke le había causado.

Hombre de constitución esbelta, delgada, de aproximadamente un metro ochenta de estatura, ojos azules y pelo rubio; el viejo tipo escandinavo, lleno de energía y vitalidad, dotado de un temperamento muy nervioso, prueba de su capacidad de aguante, de miembros largos, fibrados, pero no musculosos, que le permitían recorrer un buen trecho con gallardía.

La figura airosa de Jack Speke, su apostura, que resaltaban su piel clara y rostro agradable, y su actitud segura, pero reservada, contrastaban de manera chocante con la imagen morena, casi oriental, de Burton y su rostro melodramático, de ojos oscuros. Tan alto como Speke, pero más ancho de hombros, Burton, de pómulos marcados, cabello negro y poblado bigote, tenía un aspecto exótico, casi extranjero —agitanado—, aunque había nacido en el seno de una familia inglesa de clase media alta, lo mismo que su nuevo compañero. El rostro de Burton mostraba a veces una expresión de fiero cinismo, que uno de sus biógrafos más recientes ha atribuido al resentimiento hacia sus superiores en la India por no haber sabido apreciar

sus méritos. Sus pobladas cejas y su ceño fruncido hicieron que algunos conocidos e incluso amigos suyos dijeran que tenía una apariencia satánica. Pero fue el Richard Burton sociable y no su feroz y combativo *doppelgänger* el que saludó a Speke al pie de las oscuras laderas del volcán extinguido de Adén.

Jack Speke acababa de visitar al general Outram, quien, en su calidad de residente político de esta avanzadilla británica recientemente conquistada, la gobernaba con un celo paternal y había negado estrictamente al joven oficial permiso para cruzar el golfo de Adén e irse de cacería a Somalilandia y Etiopía, aduciendo que «los somalíes son los más salvajes entre los salvajes de África» y que con toda probabilidad lo habrían matado. Pero si el teniente Speke lograba convencer al teniente Burton de que lo llevara consigo a su expedición, Outram estaría encantado de cambiar de idea e incluso de pedir a la Compañía de las Indias Orientales que le permitiera prestar servicio cobrando toda la paga.

Más tarde Burton afirmaría que en 1854 Speke era un novato sin experiencia, que había llegado sin ninguna preparación, sin conocimiento alguno de Somalilandia ni de su lengua. Se burlaría además del joven (a sus veintisiete años, Speke era seis años menor que él) por haber traído consigo «toda clase de cachivaches baratos e inútiles, pistolas y revólveres, espadas y cuchillería variada, cosas todas que “los negros de África debido a su simpleza” habrían rechazado con desdén». A continuación Burton se burlaría del intento de Speke de contratar como guías a «los primeros ignorantes […] melenudos» que encontrara. Pero en realidad, lejos de aceptar la compañía de Speke por compasión, como luego diría que había hecho, Burton deseaba ardientemente llevarlo consigo en la expedición, y solicitó a Outram que «[le] permitiera enrolar al teniente Speke».

Cuantas más cosas conocía de él, más cuenta se daba Burton de que su actitud inocente y entusiasta ocultaba la férrea autosuficiencia de un solitario. Había además otra cosa que le llamaba la atención en aquel oficial de trato aparentemente fácil. Aunque bromeaba diciendo que era un *masti Bengali* («un bengalí engreído»), a pesar de toda esa humorística modestia, «tenía una manera de ser y una voluntad propias» después de ser «durante años su propio señor». Cuando había tenido una temporada de permiso

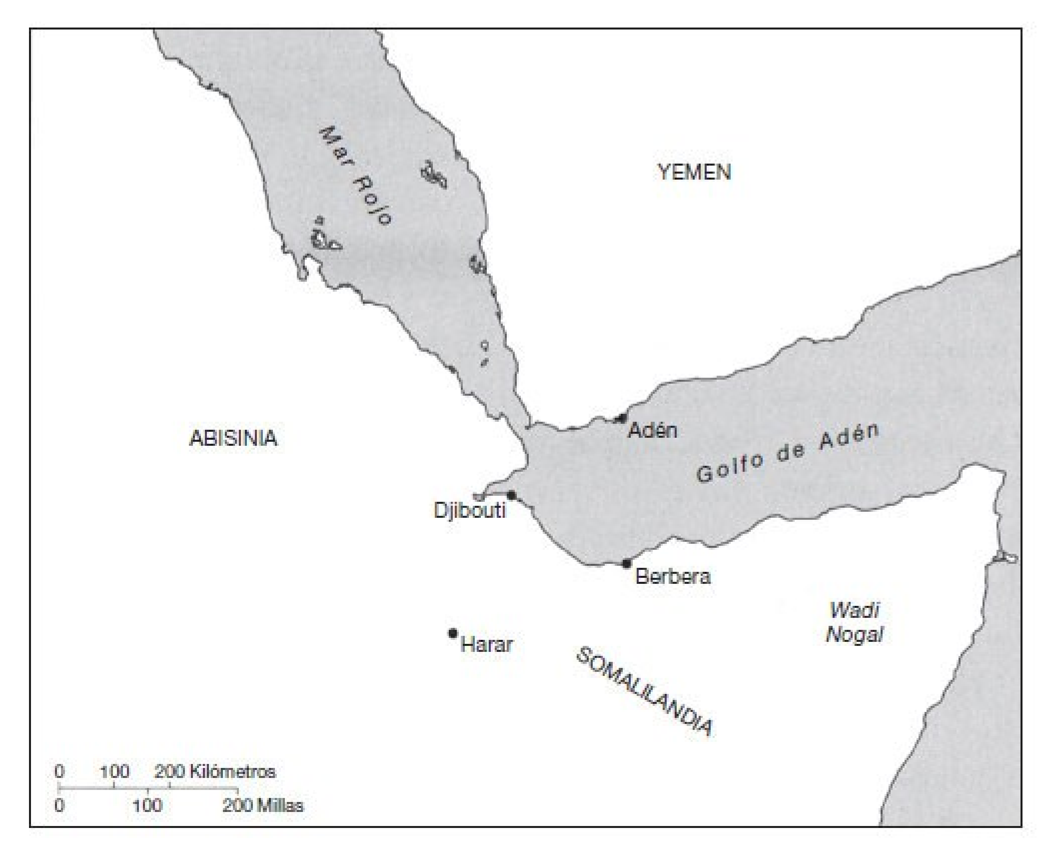
mientras servía en el 46.º Regimiento de Infantería Nativa de Bengala, Speke no había querido regresar a Inglaterra, sino que había preferido viajar a las montañas inexploradas del Tíbet con un par de criados, confeccionando mapas del país y coleccionando ejemplares de la fauna local para el museo que había creado en la casa de su padre. Era un tirador excepcional y un soldado muy capacitado, pues había prestado servicio en la brigada del general *sir* Colin Campbell durante las guerras Sikh. A diferencia de Burton, bebía poco alcohol, y en sus viajes al Tíbet se había levantado «al amanecer con un frío glacial, había caminado bajo un sol abrasador durante todo el día, matando el gusanillo con el pan de los nativos y cebollas silvestres, y había pasado la noche en la más pequeña de las tiendas "rowtie" (de dos palos)». Como el propio Burton reconocía, Jack Speke poseía unas raras dotes de «singularísima agudeza visual para el país, que no es ni mucho menos un rasgo habitual ni siquiera entre los topógrafos profesionales».

Cuando todavía estaban en Adén, Burton y el nuevo miembro de su expedición mantuvieron una conversación que tendría unas consecuencias trascendentales. El tema fue las «montañas nevadas de Krapf». Burton confió a Speke que dentro de un año o dos pensaba viajar desde Zanzíbar al interior de África para encontrar la fuente del Nilo. Aunque a Speke le sorprendió la noticia de que su jefe tenía en cartera un plan tan ambicioso, declaró que él también estaba interesado. Desde que había visto los montes de la Luna representados en una reproducción del famoso mapa de Ptolomeo, dijo que había deducido que aquellas cumbres nevadas debían de ser las que alimentaban al Nilo, del mismo modo que los glaciares del Himalaya alimentan al Ganges. Pero aunque a Burton debieron de chocarle las palabras del recién llegado, el descubrimiento de que las ideas de ambos iban por los mismos derroteros hizo que no invitara a Speke a acompañarlo a la misteriosa ciudad de Harar. A partir de ese momento, sin embargo, Speke tuvo bien claro que para ser escogido como integrante de una futura expedición a las fuentes del Nilo iba a tener que parecer que mantenía unas relaciones amistosas con Burton, al margen de los sentimientos que abrigara en secreto hacia él.

Mientras tanto, a Speke le sacaba de quicio no tener nada que hacer mientras Stroyan y Herne eran enviados a Berbera con órdenes de arrestar a la caravana del emir de Harar si Burton era hecho prisionero en la «ciudad prohibida». Así que, en vez de quedarse de plantón, Speke «solicitó permiso para viajar en cualquier dirección que [su] comandante considerara oportuno que tomara». Burton decidió mandarlo a una región llamada Wadi Nogal, donde debía recoger ejemplares de la fauna y la flora locales, y comprar camellos para el viaje a Zanzíbar. Como recoger ejemplares era precisamente lo que habría hecho si el general Outram le hubiera permitido ir a Somalilandia solo, Speke se sintió tranquilo, hasta que Burton ordenó a Herne, Stroyan y a él mismo ponerse ropas de árabe. El enorme turbante y la larga túnica ceñida de Speke daban un calor insoportable, y como vestido con aquel atuendo tenía un aspecto estrafalario, era probable que su disfraz contribuyera más a poner su vida en peligro que a protegerla. Burton, sin embargo, estaba convencido de que no le permitirían nunca entrar en Harar si no iba enmascarado, así que «creyó más conveniente», escribió irónicamente Speke, «que nosotros pareciéramos sus discípulos».

Burton se había reído con eso de los ignorantes de Speke; pero por mucho que fuera este quien los contratara, difícilmente habrían hecho peor las labores de guía que Sumunter y Ahmed, los dos escogidos por Burton para que hicieran para él las funciones de *abban*. En Somalilandia los guías de los extranjeros recibían desde tiempo inmemorial el nombre de *abban*, que significa «protector» además de «guía». Como la única lengua en la que Speke podía comunicarse con Sumunter era el indostaní, que ninguno de los dos hablaba ni siquiera con moderada fluidez, la comunicación entre ambos era muy discontinua. Sumunter intentó de inmediato engañar a Speke de forma tan descarada que el joven oficial se vio obligado a plantarse y defender «sus bolsas de dátiles y arroz a punta de pistola». Varios nativos se animaron entonces a unirse para robarle. Speke se dio cuenta enseguida de que no iba a llegar nunca al Wadi Nogal. Pero, consciente de que la misión que se le había encomendado era en realidad una prueba de su idoneidad para ser elegido como acompañante de Burton en la futura expedición al Nilo, Speke continuó escribiendo su diario y siguió adelante con su colección de objetos, y llegó a reunir una nueva especie de serpiente,

algunos fósiles raros y numerosas cabezas de antílope y ejemplares de aves indígenas.



Somalilandia y el Cuerno de África.

Al cabo de dos meses de lo que Speke llama «este viaje inútil», se reunió con sus compañeros en la costa y zarparon rumbo a Adén para volver a aprovisionarse de cara a la segunda fase de la expedición, que además era la más importante. Aunque Speke estaba ansioso por olvidar la humillación infligida por la insubordinación de su *abban*, Burton decidió que Sumunter fuera procesado, pues había tratado de la misma manera a otros viajeros. El *abban* fue juzgado debidamente y, habiendo sido hallado culpable, fue condenado a dos meses de cárcel. Después del juicio, Burton se manifestó en público en contra de los *abban* diciendo que el sistema

estaba ya maduro para su abolición. Tanto el juicio del *abban* como los comentarios de Burton causaron gran indignación entre los somalíes de Adén y las noticias acerca de la conducta vengativa de los oficiales británicos no tardaron en propagarse a Berbera y a la costa de Somalia. El coronel R. L. Playfair (el asistente político de Outram) diría luego que las críticas al sistema de *abban* vertidas por Burton fueron «la *termini causa* de todos los contratiempos que se abatieron sobre la expedición».

Pero por el momento, lo único que preocupaba a Speke era no haber podido llegar al Wadi Nogal. Y se sentía todavía peor porque Burton había logrado entrar en Harar y había vuelto para contarle la historia a todo el mundo, o por lo menos todo lo que de ella considerara pertinente para dar de sí mismo una imagen heroica. Lo que no sabía Speke era que Harar había decepcionado a su comandante desde el punto de vista arquitectónico y cultural y como «ciudad prohibida». Lejos de sufrir amenazas y de ser encarcelado, Burton había podido abandonar aquel lugar decadente con tanta libertad como había tenido para entrar en él. Si Burton hubiera hecho saber a Speke que consideraba su misión un fracaso, este mismo no se habría molestado tanto con los comentarios despectivos de su superior acerca de su incapacidad para llegar al funesto Wadi Nogal.

Speke tampoco sabía que las experiencias de Burton en su viaje a Harar habían destruido una parte importante de la imagen que tenía de sí mismo, concretamente su fe en su talento para disfrazarse de «nativo». En esta ocasión, sus criados somalíes lo habían calado fácilmente y habían declarado su identidad a todos los extraños que habían encontrado por el camino. Antes que convertirse en un hazmerreír, Burton había preferido quitarse el turbante. Si no podía hacerse pasar por somalí, menos iba a poder pasar desapercibido entre los africanos de piel más oscura, de modo que tuvo claro que en adelante tendría que viajar como oficial inglés. Unos años más tarde reconocería con insólita honestidad que había ido a Harar principalmente «para hacer ostentación de *savoir faire* a la hora de viajar», pero que en realidad había «demostrado» lo contrario.

«Privadamente y *entre nous* —dijo a Norton Shaw, de la RGS, pensando en el viaje épico que esperaba que seguiría al que acababa de realizar—, quiero zanjar de una vez por todas la cuestión de Krapf y de las "nieves

perpetuas”. No cabe la menor duda de que el Nilo Blanco está por allí cerca. Y estará usted encantado de saber que existe una ruta abierta a través de África hasta el Atlántico. He oído hablar de ella en Harar».

Burton llegó a Berbera el 7 de abril de 1855, a tiempo para unirse, junto con sus compañeros, a la caravana del Ogaden antes de que esta emprendiera la marcha hacia el sur desde Berbera la segunda semana de abril. Pero para mayor desgracia, poco después de llegar al citado puerto somalí cambió de idea, y prefirió correr el riesgo de dirigirse al sur solo. El motivo que alegó para permanecer acampado a las afueras de Berbera fue que era preferible quedarse allí el tiempo suficiente para recibir los «instrumentos y otros artículos necesarios [que debían llegar] a mediados de abril en el correo procedente de Europa». Pero también influyeron otras consideraciones, acaso más profundas. Entre ellas estaba su deseo de «asistir a la clausura de la feria de Berbera», acontecimiento memorable, a decir verdad, al que asistían miles de compradores y vendedores de esclavos, camellos, marfil, telas, metales, abalorios y cuernos de rinoceronte, aunque no era un espectáculo por el que valiera la pena arriesgar la vida o sufrir cualquier lesión.

De ese modo, mientras la inmensa caravana del Ogaden se alejaba serpenteando hacia el sur —con varios millares de camellos, quinientos esclavos encadenados, y tres mil cabezas de ganado—, los cuatro oficiales británicos permanecieron en sus tiendas, alineadas una detrás de otra en el pequeño poblado marinero de Kurrum, a las afueras de Berbera. Allí permanecieron haciendo tranquilamente los preparativos necesarios para su eventual partida. Tras una amabilidad aparente, la población local ocultaba una profunda antipatía hacia ellos. A su juicio, los ingleses habían venido a recoger información acerca del tráfico de esclavos, probablemente como medida previa a su abolición, consecuencia que indudablemente habría causado el empobrecimiento de toda la región. Muchos lugareños estaban todavía dolidos por las críticas vertidas públicamente por Burton contra el sistema de *abban*. Pero ni él ni ninguno de sus oficiales sospechaba que estaban en peligro. Speke sabía perfectamente que los somalíes que visitaban Adén eran considerados tan peligrosos que las autoridades los desarmaban habitualmente, pero lo curioso es que ni Burton ni él creyeron

oportuno poner más que dos centinelas de vigilancia por la noche. Les parecía inconcebible que la gente de la localidad se atreviera a atacarlos y atraer sobre sí un bloqueo naval del puerto de Berbera. ¡Qué equivocados estaban los jóvenes ingleses!

Aproximadamente a las dos de la madrugada del 19 de abril, su campamento fue invadido por unos doscientos somalíes armados. «Al oír aquel torrente de hombres, como un viento impetuoso», Burton saltó de la cama y gritó a su sirviente que le pasara el sable. Mandaron a Herne salir en la oscuridad a investigar y volvió a entrar en la tienda como una flecha tras disparar con su Colt unos cuantos tiros contra los atacantes que se acercaban. En la tienda que ocupaba él solo, Speke oyó a Burton mandar a Stroyan que se levantara y sintió también los tiros, pero al principio pensó que iban dirigidos contra unos intrusos imaginarios por los centinelas, demasiado aficionados a apretar el gatillo. Pero al oír pasos en las proximidades de su tienda, saltó de un brinco de la cama y salió corriendo hacia la de Burton. Mientras intentaba hacer lo mismo, Stroyan recibió una herida en la cabeza con un sable y luego murió de una sola lanzada en el corazón.

En la tienda que compartían, Burton y Herne tuvieron que pelear a brazo partido para salvar sus vidas mientras los somalíes disparaban a través de la lona y arrojaban pesadas picas por la puerta de entrada. Aunque Burton era un extraordinario espadachín, el sable no servía de nada allí, de modo que cuando llegó Speke con su revólver, le tocó a él defender la tienda. A Herne se le acabó la pólvora y no consiguió encontrar ni el frasco en el que la guardaba ni ninguna otra arma alternativa.

En aquel momento, Speke, que había mantenido a raya a los atacantes impidiéndoles acercarse con su revólver Adams de cinco balas, fue herido en la rodilla de una pedrada. Como el dosel de la entrada de la tienda le molestaba la vista, se agazapó debajo de este resguardo para ver con más claridad a los asaltantes. Burton no entendió el significado de aquel movimiento repentino y gritó: «¡No retroceda o creerán que nos retiramos!». Furioso por lo que pensó que era una velada acusación de cobardía, Speke, según su propia versión, dio «un paso temerario hacia delante y disparé a quemarropa al primer hombre que encontré ante mí».

Hizo lo mismo, afirma, con otros dos individuos con los que se topó en su camino, y a continuación puso el cañón de su pistola «al pecho del hombre de más talla que encontré y apreté el gatillo, pero en vano; el tambor había dejado de girar». Entonces recibió un golpe de porra en el pecho que lo hizo caer al suelo. «Al cabo de un instante […] tenía a quince somalíes encima».

Burton pensó que Speke había sido presa del pánico, sin saber que había avanzado valerosamente disparando en todas direcciones en respuesta a aquellas palabras suyas dichas de manera impulsiva. A aquellos dos hombres les aguardaban todavía cosas terribles, pero para Speke el reproche de Burton sería el recuerdo más doloroso. Mientras los somalíes intentaban derribar la tienda, con la intención de atrapar a Burton y Herne entre sus pliegues, los dos ingleses salieron precipitadamente; Burton blandía su sable a diestro y siniestro. En la oscuridad, confundió con un atacante al somalí que hacía de factótum para él y a punto estuvo de acuchillarlo si el grito de alarma del buen hombre no hubiera hecho temblar a su señor. «La vacilación de aquel instante permitió a un lancero abalanzarse sobre mí y clavarme su arma en la boca». La lanza penetró por una mejilla y salió por la otra, partiéndole el velo del paladar y arrancándole dos muelas. Intentando vencer la debilidad cada vez mayor causada por el dolor y la pérdida de sangre, Burton logró llegar no se sabe cómo a la orilla del mar, donde seguía amarrada una embarcación, precisamente aquella cuya tripulación le había traído el correo de Adén dos días antes. Allí al menos pudieron arrancarle la jabalina de la boca y vendarle la herida.

En el suelo, respirando ansiosamente, Speke sintió que unos hombres le ataban las manos a la espalda y que unos dedos exploraban sus genitales:

Noté que se me ponían todos los pelos de punta; y no sabiendo quiénes eran mis adversarios, temí que pertenecieran a la tribu llamada de los eesa, famosos por las crueles mutilaciones que gustan practicar. Mi alivio fue indecible cuando descubrí que en realidad aquellos hombres estaban registrándome, a ver si llevaba un puñal entre las piernas, al modo de los árabes…

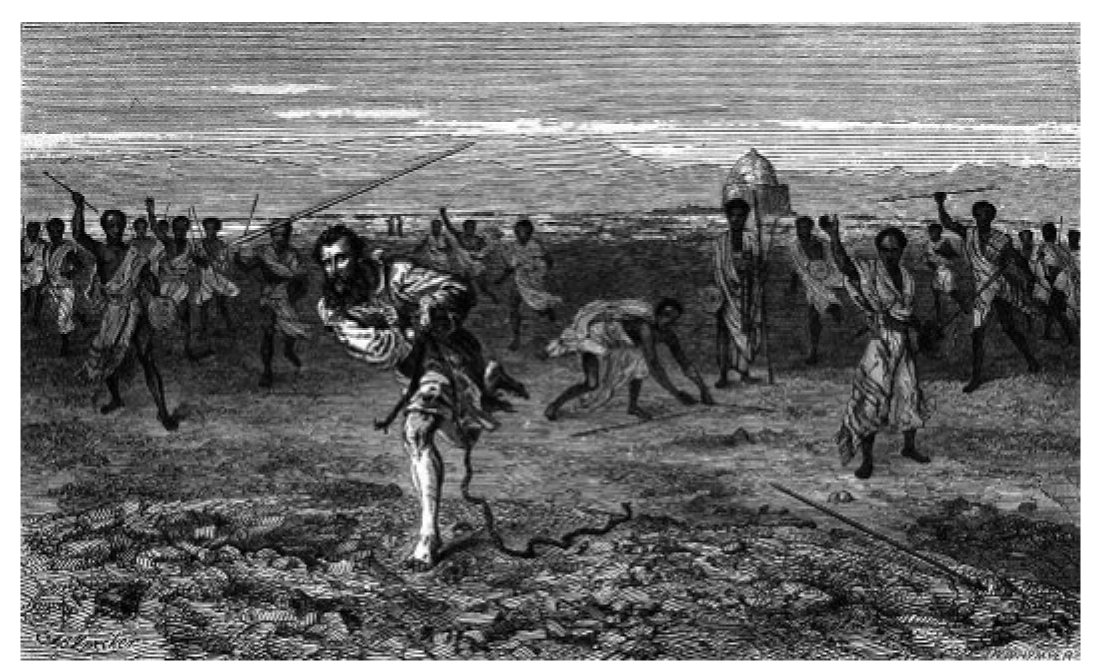
Al amanecer, los somalíes saquearon el campamento, mientras Speke permanecía amarrado a una cuerda. Luego, según cuenta, de improviso, el hombre que lo mantenía atado «se acercó a mí y me pinchó fríamente con

su lanza». Después recibió otros pinchazos en el hombro, uno de los cuales estuvo a punto de darle en la yugular. Se libró de recibir una lanzada en el corazón parando el golpe con las muñecas atadas, en las que sufrió profundas cortaduras hasta el hueso, al chocar con el cual se rompió la punta del arma. El siguiente puyazo fue dirigido a sus muslos, y pudo oír cómo la punta de la lanza rechinaba al dar en el hueso. Para salvarse, Speke agarró la lanza con sus manos, pero un fuerte golpe en el brazo asestado con una porra lo hizo caer con estrépito al suelo. Entonces pudo ver a su captor:

[Arrojó] el cabo de la soga, retrocedió diez o doce pasos, se precipitó sobre mí con una furia salvaje y hundió la lanza en el suelo atravesando la parte más carnosa del muslo; la hoja pasó entre el fémur y el gran tendón situado debajo […] Viendo que mi muerte era inevitable si permanecía allí tumbado por más tiempo, me puse de pie de un salto y propiné al infiel un revés tan fuerte en la cara con los dos puños juntos, que perdió la presencia de ánimo y por un instante me dio la oportunidad de salir huyendo […] Yo iba medio desnudo y prácticamente descalzo, pero corrí sobre los guijarros de la playa hacia el mar como una exhalación. El hombre me siguió durante un trecho, pero viendo que era más rápido que él, arrojó la lanza como si fuera una jabalina, aunque no llegó a darme […] Entonces cesó en su persecución. Todavía tenía que pasar por lo menos ante cuarenta hombres, diseminados por todo el lugar, buscando qué podían robar […] No obstante, logré regatearlos a todos y escabullirme […] agachándome cada vez que arrojaban sus lanzas contra mí, hasta que llegué a la orilla.

Burton calificaría la huida de Speke de «asombrosa por todos conceptos», y efectivamente lo fue. Los tres oficiales supervivientes (Herne fue el único que salió ileso) zarparon rumbo a Adén al día siguiente en el pequeño barco de vela al que habían logrado subir después del ataque. Durante la travesía, el cadáver de Stroyan empezó a oler tan mal que la tripulación convenció a Burton de que lo enterrara en el mar en vez de llevarlo de vuelta a Adén, como era su deseo. La muerte de aquel colega, que había sido amigo suyo en la India, resultó muy dolorosa para Burton. Entre otras cosas porque quedaba claro ante todos que, si se hubiera atenido a su plan original de unirse a la caravana del Ogaden, Stroyan seguiría vivo y ni Speke ni él yacerían heridos en la cubierta de popa de la embarcación.

Cuando Speke llegó a la colonia, el cirujano civil examinó la profundidad de las heridas y lesiones de sus miembros, que en aquellos momentos se habían contraído y asumido una postura grotesca, y anunció que tardaría tres años en recuperarse por completo. El mismo cirujano expresó sus esperanzas de que Burton se curara más deprisa. A la hora de la verdad, Speke caminaría ya apoyándose en un bastón cuando tomara el barco de regreso a Inglaterra tres semanas más tarde, y Burton se quedaría inválido varios meses.



Speke huye de sus captores (frontispicio del libro del propio Speke, *What Led to the Discovery of the Source of the Nile*), [«Qué llevó al descubrimiento de la fuente del Nilo»]).

El resentimiento de Speke contra Burton por suponer que había reculado en el momento culminante del ataque no era el único motivo de queja que tenía contra su superior. Como jefe de la expedición, se había apropiado del diario del joven oficial y, aunque Speke no pudo poner ninguna objeción a que enviara una copia a las autoridades de Bombay,

sabía que Burton era un escritor y sospechaba que podría hacer un uso personal de la copia que se había quedado. También se sorprendió mucho cuando Burton le dijo que estaba obligado, según las órdenes recibidas, a enviar al Museo de Historia Natural de Calcuta todas las cabezas de animales y demás especímenes que había recogido. Speke abrigaba la esperanza de enviar al menos algún duplicado al museo privado que tenía en casa de su padre. No obstante, cabría decir a favor de Burton que al menos intentó hacer cuanto estuvo en su mano por devolver las quinientas diez libras que había perdido Speke, junto con otras mil perdidas por otros miembros de la expedición durante la destrucción del campamento. Speke fue consciente en todo momento de la necesidad de seguir manteniendo buenas relaciones con su superior para que lo invitara a acompañarlo en su próxima expedición. Así que no hizo ningún reproche a Burton por no negociar con la Compañía de las Indias Orientales una compensación, por mínima que fuera.

Durante su estancia en Kurrum, Speke había oído hablar de la existencia de un gran lago en el interior que «los somalíes decían que era igual en extensión que el golfo de Adén». Esta noticia hizo que sintiera aún más deseos de seguir en contacto con Burton, aunque era innegable que la expedición a Somalilandia había sido «un error de inexperiencia tan notable» que probablemente hubiera perjudicado demasiado las reputaciones de ambos e hiciera que subvencionar un nuevo viaje se considerara poco práctico como pla36 Pero al menos Burton había llegado a Harar, de modo que su credibilidad no había quedado arruinada del todo. Sin embargo, aun suponiendo que Burton lograra obtener apoyo de las fuentes necesarias, Speke dudaba que su anterior jefe quisiera volver a África con un hombre que no había escrito ningún libro, que no sabía árabe y que no había sido capaz de llegar al objetivo que se le había asignado.

4

Un verdadero sinvergüenza

Cuando Richard Burton llegó a Inglaterra en 1855 tras recibir un permiso por enfermedad, los dos volúmenes de su *Personal Narrative of a Pilgrimage to El-Medinah and Meccah* estaban en las librerías y gozaban de ese tipo de prensa que generalmente hace que se conozca bien a un autor de por vida. Pero las circunstancias distaban mucho de la normalidad, pues el interés de la opinión pública se centraba en la guerra de Crimea y el cólera, el hambre, la disentería y la incompetencia del estado; elementos que, juntos, estaban acabando con la vida de más soldados británicos que el propio enemigo. Gran Bretaña y Francia estaban en guerra con Rusia para defender a una Turquía amenazada y sus intereses en el Mediterráneo oriental. Aunque Burton había regresado de África marcado de por vida por una notable cicatriz en el rostro, quería marchar para combatir. Ese patriotismo no justificaba plenamente todo su ardor.

Acababa de recibir una severa reprimenda del nuevo gobernador británico de Adén, el general William Coghlan, por su «temeridad e irresponsabilidad» como jefe de la expedición de Somalia. Burton temía que el informe de Coghlan pudiera frustrar sus aspiraciones de regresar a África, y pensó que si pasaba un tiempo en Crimea tal vez lograra que el gobierno de Bombay lo viera con otros ojos más favorables. Lo mejor que pudo conseguir fue un puesto en la Beatson's Horse, una anárquica brigada de soldados irregulares turcos. Sin embargo, antes de que pasaran tres meses, durante los cuales Burton no entraría en acción, él y los demás

oficiales británicos de la unidad no pudieron impedir que sus indisciplinados hombres (turcos, sirios y albanos) se enfrentaran a sus aliados, las tropas francesas. El general Beatson fue obligado a presentar la dimisión, y Burton, que era su jefe de estado mayor, no tuvo más remedio que seguir los pasos de su superior. Sin embargo, en aquel momento aparentemente desastroso, la suerte acudió en su ayuda de una manera harto curiosa e inesperada.

El doctor James Erhardt, un misionero colega del Dr. Krapf y de Johann Rebmann, envió el mapa de un enorme lago centroafricano con forma de babosa al secretario de la Church Missionary Society (CMS, «Sociedad Misionera de la Iglesia»), quien a su vez lo entregó a la Royal Geographical Society, donde fue estudiado y analizado en las reuniones celebradas a finales de noviembre y comienzos de diciembre de 1855, justo cuando Burton acababa de regresar a Inglaterra. Aunque la opinión general de los geógrafos era que el mapa en cuestión (trazado de acuerdo con los testimonios de los traficantes de esclavos árabo-swahilis) unía erróneamente un lago del sur con otro lago, o tal vez dos, situado más al norte, las implicaciones que podía tener para la búsqueda de las fuentes del Nilo eran electrizantes. Como Burton conocía al secretario de la RGS, el Dr. Norton Shaw, estaba perfectamente al corriente de los proyectos que preparaba la sociedad, de modo que gozaba de una posición sumamente favorable para ser el primero en solicitar la gestión de una nueva expedición a África oriental. De hecho, la carta con la solicitud de Burton llegó a la sede de la RGS dos días antes de que su Comité de Expediciones decidiera, el 12 de abril de 1856, enviar una misión de exploración «para comprobar […] los límites del lago o mar interior […] [y, a ser posible,] determinar las fuentes originales del Nilo Blanco». Cuando Burton volvió a ponerse en contacto por escrito con la sociedad, una semana después de la reunión del comité, era evidente que ya había sido informado en secreto de que la RGS estaba dispuesta a apostar por él. En cualquier caso, lo cierto es que se sentía lo suficientemente seguro para discutir con los miembros de la sociedad sobre una cuestión fundamental: debía ir solo o acompañado. Burton prefería lo segundo, pues «no sería inteligente que el éxito dependa

de una sola persona […] Por lo tanto, propongo que me acompañe el teniente Speke del ejército de Bengala».

Si Speke hubiera tenido la ocasión de enterarse de que Burton había pronunciado su nombre como primera opción para la gran empresa en aquel momento histórico, habría quedado más que sorprendido. Pero estaba aislado en Crimea, en aquellos momentos destinado en Kertch en calidad de segundo al mando del contingente turco del 16.º Regimiento de Infantería. Pero, como dijo a un amigo por aquel entonces, la guerra no le interesaba y «moría por regresar e intentarlo de nuevo [en el Nilo]», aunque tenía serias dudas de que le dieran otra oportunidad. Tanto era así que, cuando recibió de Norton Shaw la buena noticia, estaba ya planeando una expedición de caza en los montes del Cáucaso.

Aunque seguía dolido por las acusaciones de cobardía y el robo de sus especímenes, Speke aceptó la invitación de Burton sin vacilar. Como bien sabía, su antiguo comandante «no sabía nada de observaciones astronómicas, de geografía física o de reunir especímenes y muestras de historia natural», por lo que estaba convencido de lo valiosos y necesarios que iban a ser sus conocimientos prácticos.

No es fácil determinar qué pensaban estos dos hombres el uno del otro antes de que comenzara su segundo viaje. Esto se debe al hecho de que, una vez concluida la misión, todo lo que escribieron (que no fue poco) está impregnado del resquemor provocado por su drástica ruptura. La versión de Burton de por qué eligió a Speke como acompañante resulta harto sospechosa:

La historia de nuestra relación es simplemente la siguiente: como en 1855, en Berbera, habíamos padecido juntos tantas penalidades desde el punto vista personal y económico, pensé que debía ofrecerle la oportunidad de intentar adentrarse de nuevo en África. Esa fue la única razón. No podía esperar que me fuera de gran ayuda; él no era un lingüista —no sabía ni árabe ni francés— ni un hombre de ciencias; tampoco era un buen observador astronómico. 9Sus palabras se contradicen de plano con el posterior reconocimiento de Burton de que Speke poseía «muy buen ojo, increíblemente agudo, para el país, una característica en absoluto habitual ni siquiera en el observador profesional». Resulta, por supuesto, inconcebible

que Burton hubiera elegido a alguien como acompañante en el viaje más importante de su vida por el simple hecho de que el individuo en cuestión había tenido mala suerte anteriormente. De haber habido un hombre mejor cualificado, Burton habría optado por él sin vacilar. Pero Speke tenía mucho que ofrecer. Incluso después de romper su amistad, Burton seguiría sintiéndose obligado a elogiar las «nobles cualidades de energía, arrojo y perseverancia» de Speke, y a alabar sus conocimientos de «geodesia», demostrados por su manera de utilizar un reloj, el sol y una brújula para determinar la posición de los diversos elementos geográficos en un mapa. Burton también sabía que Speke era capaz de calcular la posición de la Luna en relación con otras estrellas para establecer la longitud de un lugar concreto, lo cual resultaba sumamente útil. Pero lo que más le había impresionado de Speke tal vez fuera la manera en la que este logró escapar de lo que parecía una muerte segura. Esta hazaña exigía una excelente forma física y una voluntad inquebrantable.

Pero, al margen de estas cualidades, ¿qué pensaba Burton de su antiguo camarada como persona? Ni que decir tiene que Jack Speke no era un hombre tan cultivado como él, pues no había estudiado en la universidad, no había escrito ningún libro y tampoco dominaba un gran número de lenguas extranjeras. Aunque habrían podido costear la matrícula de su hijo en una de las principales escuelas privadas, los padres de Speke optaron por ponerlo interno en un colegio bastante mediocre de Barnstaple, a unos ochenta kilómetros de su finca de Somerset. Como muchos de sus coetáneos en escuelas famosas, Speke se esforzaba muy poco, se saltaba a menudo las clases y prefería las actividades en el campo al estudio de las lenguas latina y griega. Aunque sus travesuras de la adolescencia no pueden compararse con los amoríos de Burton durante la juventud, los dos compartían una importante experiencia formativa, pues ambos habían crecido en el seno de un hogar donde la madre era la que llevaba los pantalones.

Aunque era rico y patriarca de una familia propietaria de tierras en Somerset desde los tiempos de los normandos, William, el solitario padre de Speke, se había negado siempre a presentarse a las elecciones de diputado del Parlamento, incluso cuando se lo pidió el primer ministro

William Pitt, terrateniente como él y vecino suyo. Todo lo que quería era que lo dejaran en paz para poder encargarse de su finca como habían hecho sus antepasados —amantes también de la vida hogareña— durante generaciones y generaciones. Esta familia rural y un poco gris no era precisamente una de la que pudiera esperarse que produjera, de repente, un hombre destinado a desvelar el enigma del corazón de África. Jack era el segundo de los cuatro hijos de William, pero sería el único al que su madre favorecería imponiéndole su apellido de soltera, Hanning, como nombre de pila. De hecho, ella siempre se dirigía a él llamándole «Hanning», su segundo nombre, en lugar de John o Jack. Georgina era una heredera con muchas ambiciones para su familia. En años posteriores, cuando «Hanning» marchó al extranjero, sería ella, y no su esposo, quien mantendría correspondencia en su nombre con el editor favorito de su hijo y con la RGS. En una carta dirigida a John Blackwood, su editor, Speke habla de «alejarse de las faldas de mamá […] [para comenzar] la vida de un vagabundo», dando a entender que su viaje era fruto de la necesidad de escapar del control materno.

La madre de Richard Burton, Martha, igualmente dominante, además de ejercer sobre él una influencia mucho mayor que su padre, de profesión inválido, sentía una fascinación especial por los jóvenes un poco golfos como su medio hermano —otro Richard Burton— que vivía del cuento en el extranjero. Su hijo Richard creía evidentemente que sus propias «aventuras temerarias […] dieron lugar a una alianza secreta entre los dos […] Como todas las madres, ella adoraba al travieso de la familia». Por lo visto, Georgina Speke también admiraba en secreto la espontaneidad de los comportamientos poco convencionales. De las pruebas del primer libro de Speke, Blackwood eliminó un curioso pasaje en el que el explorador daba consejos a un monarca africano para aumentar las probabilidades de dejar preñadas a sus esposas. El joven rey, decía, debía limitar el número de veces que mantenía relaciones sexuales y «reprimir los excesos, pues destruyen el apetito en edad temprana». Speke contaba que en Europa y en otros lugares del mundo había muchos jóvenes que, «debido a la estúpida vanidad que tienen sus madres y niñeras de que sean muchachos precoces, sus venas aumentan de tamaño por un exceso de ejercicio, y al final pierden energía».

La descripción habitual de Speke que hacen los biógrafos de Burton, presentándolo como un tipo aburrido, sin ningún interés por el sexo, queda desmentida por infinidad de pasajes subidos de tono que Blackwood eliminó de las pruebas de sus libros. Speke condena estas censuras, calificándolas de «castraciones». «Si sigues castrándome —diría a Blackwood—, te consideraré más bárbaro que a los propios somalíes». No obstante, uno de los biógrafos de Burton más respetados, Fawn Brodie, afirma que «a los treinta y tres años, Speke era un inhibido y un puritano». En realidad, a los treinta y tres años Speke escribió una carta a un oficial amigo suyo, contando con detalles muy gráficos que las vaginas de las somalíes estaban «cosidas para prevenir cualquier intrusión hasta que el novio decida que ha llegado el momento de consumar el matrimonio».

Un biógrafo dice que Speke acusó a Burton de insinuársele sexualmente. Los testimonios son poco sólidos. Es evidente que Burton estaba poseído por una enorme curiosidad sexual, y probablemente había tenido experiencias homosexuales en la India, pero también había disfrutado de la compañía de numerosas amantes indias, y había amado profundamente a una de ellas. Tampoco perdió de repente el interés por las mujeres durante su estancia en África. Cuando llegó a Adén después del desastre de Berbera, el cirujano oficial de inmigración le diagnosticó una sífilis que le habían contagiado las prostitutas de Egipto. Y el comportamiento de Speke con las africanas de Uganda demostrará que él tampoco carecía de una fuerte inclinación heterosexual.

Burton, con más experiencia y notoriedad como viajero, quería un colega que hiciera siempre lo que le mandaran sin rechistar y que nunca lo pusiera en entredicho. En su viaje a Somalilandia, había quedado gratamente sorprendido por la «apariencia peculiarmente apacible y modesta» de Speke y por la «sencillez casi infantil de su forma de actuar». No descubriría hasta más tarde que detrás de esa imagen tímida de Speke se escondía «un acusadísimo amor propio, casi anormal, que, sin embargo, estaba tan bien camuflado que sólo sus amigos más íntimos podían sospechar de su existencia». Speke vería la anormalidad en otros. Como confesaría a Norton Shaw varios años después, «solía ofenderme con tanto desprecio cuando hablábamos de algo, que a menudo prefería estar callado;

Burton es uno de esos hombres que nunca pueden estar equivocados y que jamás reconocerán un error».

Desde el principio, Burton consideró a Jack Speke un tipo dispuesto a correr riesgos como él, alguien que, en vez de regresar a casa de permiso, había preferido viajar solo al Tíbet para cazar osos. La temeridad había arrastrado a Speke hasta Somalilandia, un país sumamente peligroso, como lo era su deseo de ir a la caza de elefantes en Etiopía. Al parecer, los dos compartían el anhelo de escapar de la monotonía propia de una vida cotidiana.

En octubre de 1856, poco después de aceptar la invitación de Burton, tuvo lugar un hecho que cambió la buena opinión que tenía Speke de su líder: en Somalilandia, Burton se había apropiado del diario de su compañero por considerarlo una pertenencia de la expedición, y ahora Speke había visto por fin lo que había hecho con sus anotaciones. El libro de Burton sobre la expedición somalí, *First Footsteps in East Africa: or, An Explorations of Harar* («Primeros pasos en el Este de África»), fue publicado justo cuando los dos exploradores estaban ultimando los preparativos de su viaje. Contenía un apéndice de treinta y siete páginas, con el ofensivo título de «Diary and Observations made by Lieutenant Speke, when attempting to reach the Wady Nogal». «Diario y observaciones realizadas por el teniente Speke cuanto intentaba llegar al Wadi Nogal». Para mayor insulto, Burton comentaba que, aunque Speke había sido «retenido y perseguido por su “protector” [*abban*], y [había] recibido amenazas de guerra, de grandes desgracias y de destrucción, su vida nunca corrió peligro». Aún peor, Burton había impreso para los lectores en general (con un pequeño cambio) las palabras de su advertencia a Speke durante el ataque en Berbera que tanto habían disgustado a su compañero: «No des un paso atrás o creerán que nos estamos retirando». Todo el diario había sufrido importantes modificaciones, y luego había sido redactado en tercera persona, pero sin perder su forma de diario, dando a entender claramente que Speke era tan inculto que había sido necesario reescribir por completo su obra, insinuación que más tarde desmentirían los libros maravillosamente amenos del propio Speke. Las obras de Burton, excesivamente largas y de estilo recargado, aunque contienen muchos

pasajes excelentes, resultan muy pesadas de leer. Para Speke, escribir no era fácil, pero, a diferencia de Burton, logró conseguir —con la ayuda de sus editores— un estilo narrativo fluido y cautivador escribiendo exactamente como hablaba.

Aunque se puso hecho una furia cuando se publicó *First Footsteps in East Africa*, Speke ocultó sus sentimientos heridos. Tampoco consideró ni por un momento renunciar a una expedición que prometía hacerlo famoso tanto a él como a su compañero. Incluso cuando su enfado se reavivó tras leer una reseña sobre *First Footsteps* —que les fue entregada de camino a África—, Speke no dijo a Burton lo que realmente pensaba. Laurence Oliphant, escritor y apasionado de los viajes, miembro del Comité de Expediciones de la RGS y conocido de los dos exploradores, había escrito una crítica del libro de Burton para *Blackwood's Magazine*, destacando la manera caballerosa en la que el autor había tratado los diarios escritos por «un explorador tan profesional como el Sr. Speke». Las observaciones de este explorador tan profesional, decía Oliphant, merecían «una crónica de los hechos más exhaustiva y adoptar una forma que las hicieran más interesantes al lector en general».

Speke no era un vanidoso, pero tenía un sentido muy acusado de la dignidad, y este había sido herido por la condescendencia de Burton. Nunca comprendió que aquellos frecuentes bandazos que daba Burton en sus libros y en sus conversaciones, pasando de la sinceridad al cinismo, y viceversa, eran síntomas de una inseguridad y una necesidad de adoptar una actitud determinada, pues temía hacer el ridículo si se expresaba con sinceridad. Un amigo comentaría que a Burton le encantaba «vestirse, y hablar, con la piel del lobo, para parecer más malo de lo que era en realidad». A Speke jamás se le hubiera ocurrido pensar que pudiera tener algún sentido labrarse una reputación con la excentricidad y los excesos, en lugar de otras características más loables. Cuando los dos exploradores llegaron a Zanzíbar, Speke escribió una carta a su madre, de la que sólo conservamos un fragmento en el que dice: «Me gustaría poder encontrar algo más entretenido que contarte que todas estas tonterías sobre un verdadero sinvergüenza». A continuación le comentaba a su madre que dudaba de que Burton hubiera estado realmente en La Meca y en Harar.

Mientras cruzaban el océano Índico a bordo de un vapor rumbo a Zanzíbar, Burton no le comunicó a Speke que se había prometido antes de partir de Inglaterra. Los padres de la joven probablemente no habrían dado su consentimiento al enlace, por lo que el compromiso debía mantenerse en secreto. Pero si Speke hubiera tenido conocimiento de esta romántica noticia, posiblemente habría visto a Burton con mejores ojos. En realidad, el personaje que se había inventado Burton, «Dick el Rufián», se sentía aislado, incluso vulnerable, cuando estaba a punto de comenzar un viaje del que tal vez no lograra regresar. Su madre había fallecido; su hermano estaba de vuelta en Ceilán; y su hermana estaba dedicada a sus hijos y a su esposo. Los padres de las dos mujeres que había amado —una de ellas prima suya — lo habían rechazado por considerarlo un hombre sin dinero ni futuro. Su fracaso en Somalilandia no había contribuido precisamente a aumentar su autoestima, de modo que, a pesar de la buena acogida por parte de la crítica del relato de su viaje a La Meca, sabía que todo su porvenir dependía del resultado de su nueva aventura africana. Así pues, era una especie de bendición que, en aquellos momentos de extrema ansiedad, Burton abrigara nuevas esperanzas en el terreno personal.

En 1850 había conocido a una joven de diecinueve años, Isabel Arundell, que inmediatamente se enamoró de él. No era una muchacha en extremo hermosa, carecía de fortuna y su pertenencia a una familia aristócrata católica difícilmente podría favorecer la carrera del explorador. Pero cuando tuvieron la ocasión de encontrarse de nuevo, en agosto de 1856, decidieron verse con asiduidad, y a comienzos de octubre Burton le propuso matrimonio. Antes de partir para África, entregó a su amada un poema que había escrito, titulado «Fama», que hablaba más de sus ambiciones personales como explorador que del amor que sentía por ella. De hecho, no hay evidencias de que él se enamorara realmente. En los meses venideros no sería precisamente un hombre casto. Pero no cabe la menor duda de que él no había sido amado nunca con tanta intensidad. Por fin había alguien a quien le importaba saber si estaba vivo o muerto, alguien que, si él moría, veneraría su recuerdo; un pensamiento reconfortante que llevar a África.

Así pues, cuando la pareja de exploradores llegó a Zanzíbar el 2 de diciembre, en realidad no se conocían. Burton ignoraba que su compañero seguía dando vueltas a lo de *First Footsteps*, y Speke no tenía ni idea de las fuertes necesidades emocionales y las inseguridades de Burton. Pero estaban a punto de comenzar una empresa muy peligrosa que la amistad y la comprensión podrían hacer más soportable.

5

Había que arriesgarlo todo por un premio semejante

Contemplando la costa de África desde el mar, Jack Speke, que raras veces manifestaba su entusiasmo ante un paisaje, quedó fascinado por la blancura de las arenas coralinas, el vivo azul del océano, «y los verdes manglares que crecían en medio de las olas de la marea». Los minaretes de las mezquitas de Zanzíbar no tardaron en recortar su silueta por encima del palacio del sultán, semejante a un simple cuartel, y de los consulados de piedra gris. A continuación, podía distinguirse una sutil maraña de mástiles y aparejos de naves, mientras que la brisa arrojaba hacia el mar un aroma a clavo mezclado con el olor menos agradable de la brea, las pieles, la copra y los moluscos en descomposición. Cerca de la playa había un cadáver flotando, que, según observó Burton, no impedía a los «jóvenes negros de ambos sexos nadar y divertirse con un desprecio por el vestido que habría escandalizado incluso a Margate». Poco después descubriría encantado que era muy fácil encontrar prostitutas en Stone Town. Cien mil personas —árabes, *banian*, esclavos, libertos, afro-árabes de piel oscura y lengua swahili, y unos pocos centenares de europeos dedicados a labores consulares y mercantiles— poblaban la isla.

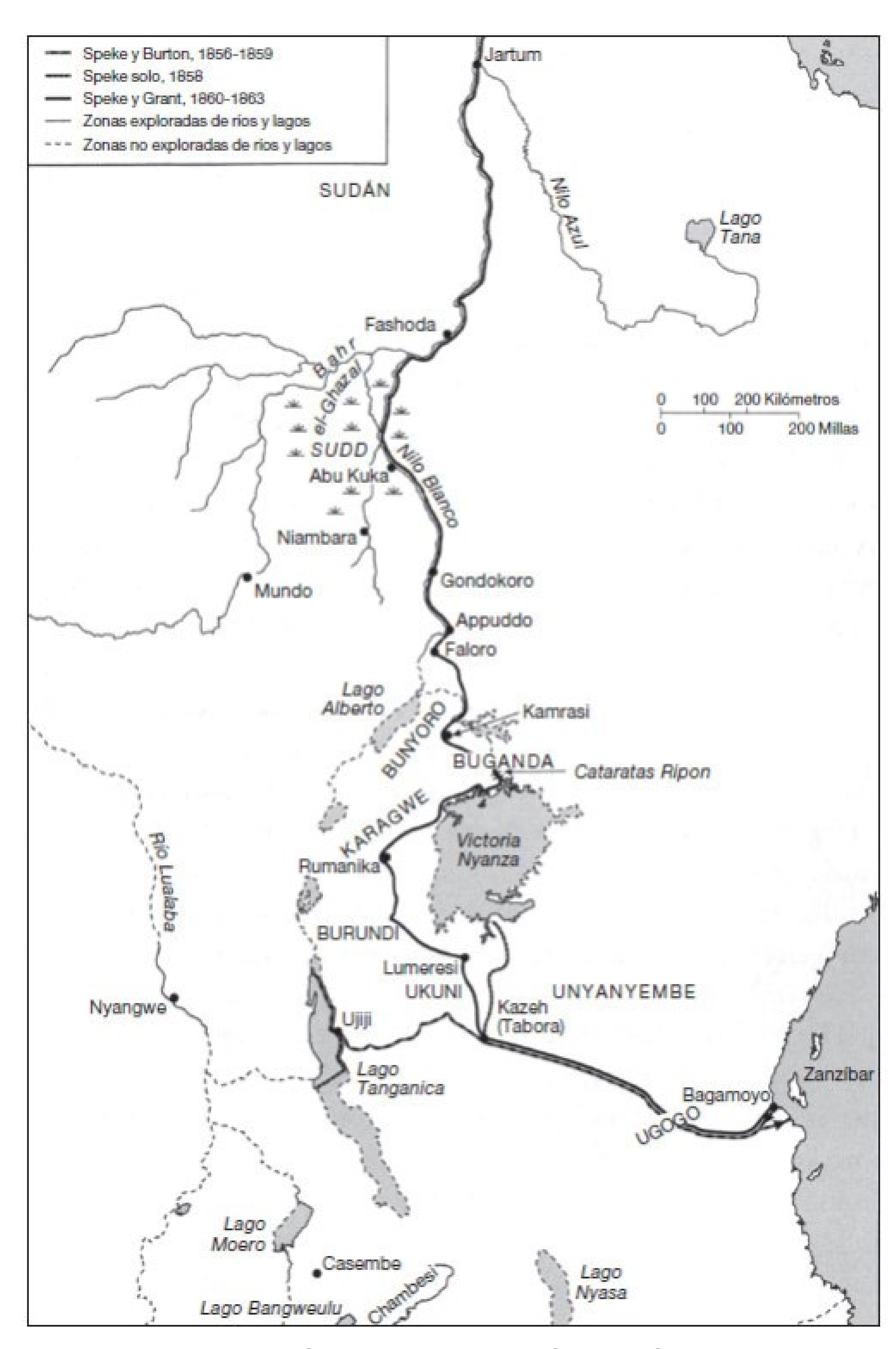
Los dos hombres habían llegado el 20 de diciembre, al comienzo de lo que Speke describía con toda objetividad como «la peor temporada del año para empezar un largo viaje por el interior del continente». De momento, el país estaba seco como la yesca, pero a las pocas semanas llegarían las lluvias, inundando caminos y senderos y convirtiendo grandes extensiones

del país en auténticos lodazales. Así pues, decidieron esperar unos meses antes de partir hacia el lago «en forma de babosa». Ello les dio tiempo para ir a visitar a Johann Rebmann en su misión cerca de Mombasa, con la esperanza de convencer al descubridor del Kilimanjaro de que se uniera a su expedición. Pero el misionero encontró a Burton «frívolo», y además sospechó que iba a usar la fuerza de forma injustificada contra los africanos durante la marcha hasta el lago. Pero aunque declinó acompañar a aquellos jóvenes viajeros, influyo *efectivamente* en Burton de una forma muy concreta: disuadiéndole de viajar al interior del continente desde Mombasa por la ruta directa a través del país de los masai. El Burton de otros tiempos habría decidido «dar una vuelta por la tierra de los masai» siguiendo la ruta más corta hacia la Región de los Lagos, tal como aseguraba Speke que habría preferido hacer él. Pero el *shock* de los sucesos ocurridos en Berbera había cambiado para siempre a «Dick el Rufián». Fue una verdadera lástima, porque si no hubieran hecho caso de las advertencias de Rebmann sobre los masai, es muy probable que Speke y Burton hubieran compartido muy pronto el mayor descubrimiento de la expedición y no habrían empezado nunca la desastrosa disputa en la que se enzarzaron.

Allá en Zanzíbar, la frágil salud del cónsul británico, el teniente coronel Atkins Hamerton, hacía pensar en lo que la fiebre africana podía hacer a un hombre con el paso de los años. Aunque moribundo ya, Hamerton esperaba asustar a los aspirantes a exploradores y convencerlos de que regresaran a la India mientras pudieran. Así que los llevó a la cárcel de la ciudad para que conocieran a un desdichado convicto, encadenado tan fuertemente a un cañón que no podía ni ponerse de pie ni tumbarse. El delito de aquel desgraciado había sido tocar un tambor mientras el teniente Maizan (el joven viajero francés) era torturado, mutilado y luego decapitado en el curso de una ceremonia macabra. Aunque quedaron impresionados, Speke y Burton sabían que no podían dar marcha atrás.

Mientras todavía se encontraban en Zanzíbar, quedó patente la notable diferencia existente entre los dos. A cualquier parte que fueran, por calles y callejones podían verse esclavos de ambos sexos y de todas las edades. Burton calculaba que había veinticinco mil en la isla, unos propiedad de gentes del lugar, otros en tránsito hacia el Golfo Pérsico y otros en venta.

Speke fue el que quedó más impresionado de los dos por lo que vio en el mercado de esclavos:

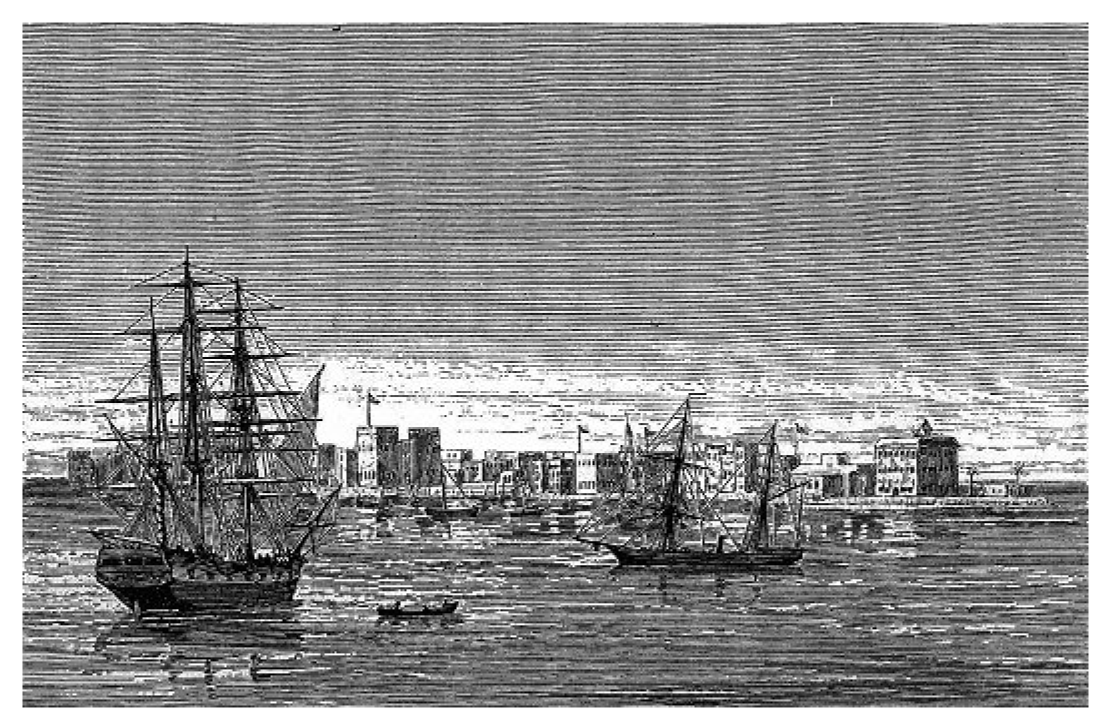


Viajes de Speke y Burton, y de Speke y Grant.

El espectáculo más triste fue la forma en que unos hombres de aspecto licencioso emprendieron una inspección fría y deliberada de una divorciada que había sido condenada a ser devuelta al mercado de esclavos por infidelidad a su marido. La mujer había aprendido a desarrollar cierto concepto de lo que es la decencia durante su vida conyugal, y el rubor de su rostro mostraba con toda claridad cuán mortificado se sentía su corazón ante aquella indecorosa exposición, que resultaba todavía más intolerable porque la pobre mujer no podía evitarla.

Por el contrario, Burton observaba con distanciamiento «las líneas de los negros [que] se erguían como animales», y describía luego lo que él llamaba las «horrendas caras negras, algunas de las cuales casi no parecían humanas». Burton se jactaba de negarse, como él decía, «a adornar este asunto con demasiadas florituras; las atrocidades de la captura, las brutalidades de la compra». Estaba convencido de que, a través del tratado firmado en 1845 con Seyyid Said, el antiguo sultán de Zanzíbar, Inglaterra empeoraba la vida de los esclavos utilizando la Marina Real —«la escuadra sentimental», como llamaba a la Flotilla Antiesclavismo del Océano Índico — para poner fin a su exportación. El precio de un esclavo era diez veces más elevado en Omán que en África oriental y, como señalaba Burton, cuanto más valiosa era la mercancía humana, mejor era tratado el individuo. De modo que cualquier medida que frenara el comercio de exportación, y por lo tanto obligara a retener más esclavos en África, bajaba su precio y en consecuencia perjudicaba a los propios esclavos. En África la esclavitud no había sido inventada por «extranjeros», como por ejemplo sus amados árabes, sostenía Burton, sino por los propios africanos, que regularmente se enzarzaban en «guerras intestinas, cuyo principal objetivo era capturar serviles [*sic*]». Parecía ciego ante el hecho de que el trato dispensado a los esclavos domésticos, por benigno que fuera, no podía justificar la brutalidad de su captura ni su largo viaje, a menudo fatal, hasta la costa. Speke no analizaba la situación desde el punto de vista intelectual, pero sabía a un nivel intuitivo que todo ese comercio —tanto el interior como el de exportación— debía ser abolido debido al sufrimiento y la desolación que causaba. A pesar de su entusiasmo por registrar sus usos y costumbres, Burton consideraba a los africanos seres despreciables y culpables de todas

sus desgracias. Spike, en cambio, aunque a veces también escribiera acerca de ellos en tono despectivo, llegó a encontrarlos de su agrado e incluso a admirarlos.



Buques de la marina en Zanzíbar (del libro de Stanley, *How I Found Livingstone in Central Africa*).

La expedición dio comienzo con un error de juicio mayúsculo por parte de Burton. Tenía la responsabilidad exclusiva de comprar a los comerciantes indios de Zanzíbar las provisiones para la expedición, pero sólo disponía de la mitad de los medios con los que esperaba contar, así que debía actuar con prudencia en las adquisiciones. Compró a Ladha Damha (o Damji) excelentes regalos para los jefes de las tribus: muselina estampada para turbantes, sombreros y túnicas bordadas, y abalorios venecianos de color blanco y rosa. Pero en lo referente a las mercancías básicas más importantes, según confesaría después, cometió «el error de principiante de no llevar una amplia provisión de telas de algodón americano [tejidos

multiusos llamados en la zona “merikani”] y un mayor surtido de abalorios». Las mercancías básicas eran fundamentales para comprar comida y pagar los derechos de paso por el territorio de los distintos jefes africanos. Por eso, el hecho de escatimar en estos productos esenciales era una locura. El fallo inicial de no contratar a suficientes porteadores lo obligó a dejarse la barca portátil de la expedición. Fue otro error garrafal. «Lo cierto es que habría sido un don del cielo —admitiría más tarde—, que nos habría ahorrado muchos retrasos, grandes gastos y una multitud de dificultades y problemas». No obstante, cuando salieron de Zanzíbar Burton estaba eufórico.

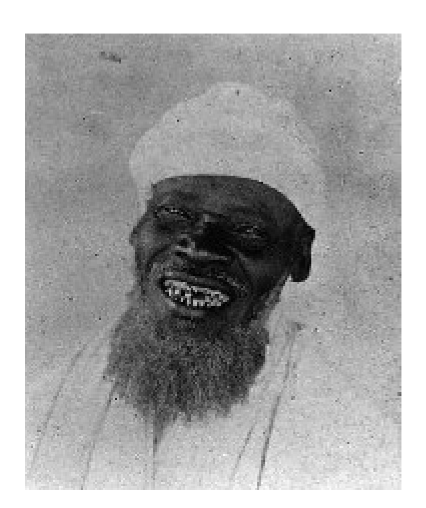
Entre los momentos más felices de la vida humana está la partida de un viaje lejano a tierras desconocidas. Liberándose con un poderoso esfuerzo de las cadenas de la costumbre, del peso plúmbeo de la rutina, del manto de las preocupaciones agobiantes, y de la esclavitud de la civilización, el hombre se siente una vez más dichoso. La sangre fluye con la circulación acelerada de la juventud y la excitación da nuevo vigor a los músculos.

Justo antes de partir, Burton y Speke visitaron al joven sultán Majid, que entre golosinas y copas de sorbetes los alarmó sugiriéndoles que se llevaran un cañón de campaña. La ruta que pensaban seguir para llegar al lago había sido abierta veinte años antes por traficantes de esclavos árabo-swahilis, y aunque Hamerton les advirtió de que el «contacto con los comerciantes de esclavos había acrecentado la codicia de los africanos y disminuido su hospitalidad», los dos exploradores creían que como la población nativa estaba ya acostumbrada a ver viajeros, no era probable que los molestara nadie si se atenían a seguir la senda conocida.

Las órdenes de la RGS que tenía Burton le obligaban a «penetrar en el interior» hasta llegar al «lago desconocido», que naturalmente sólo era «desconocido» para los europeos. Muchos árabes se habían asomado a él desde que Sayf bin Said el-Muameri llegara a sus orillas en 1825. La RGS había encargado a Burton «dirigirse al norte hacia la cadena de montañas [los montes de la Luna] marcada en nuestros mapas como probable lugar en el que se encuentra la fuente del “Bahr el Abiad” [el Nilo Blanco], que será nuestro próximo gran objetivo por descubrir». Burton creía que cualquier hombre que lograra asociar los montes y el río «sería considerado

justamente uno de los más grandes benefactores de la ciencia geográfica de su época». Pero como el célebre explorador del Sahara, el alemán Heinrich Barth, le había dicho «que ningún hombre prudente debía prometerse a sí mismo que iba a descubrir las fuentes del Nilo», redefinió tímidamente su misión limitándola a «establecer los límites del mar de Ujiji [el lago Tanganica], estudiar la etnografía de sus tribus, y determinar la exportación de los productos del interior». Eso sería nueve meses antes de que volviera a hablar sobre las fuentes del Nilo con Speke, aunque los dos sabían perfectamente que serían juzgados por la contribución que hicieran a la solución del misterio geográfico más grande del mundo.

El éxito o el fracaso de las expediciones dependían no sólo de la tenacidad de cada explorador, sino también de la experiencia y motivación de sus guías, porteadores y criados africanos. Por suerte, Burton y Speke habían conseguido contratar a Sidi Mubarak Bombay, que se convertiría en el principal factótum de la expedición. Cuando apenas tenía nueve años, Bombay había sido capturado entre Kilwa y el lago Nyasa por unos traficantes de esclavos árabo-swahilis y luego había sido vendido a un mercader indio que se lo había llevado a Sindh para que trabajara a su servicio; allí había aprendido el indostaní. A la muerte del mercader, Bombay había sido liberado y se había trasladado a Zanzíbar, donde se lo encontraron los dos exploradores. Como Burton y Speke conocían el indostaní, la comunicación con Bombay era fácil. Incluso antes de que diera comienzo el viaje, Speke escribió que había empezado a sentir «mucho apego por Bombay», y aseguraba que no había conocido nunca a un hombre negro tan honesto, generoso y consciente. Habían contratado al mismo tiempo a otro hombre destinado a convertirse en uno de los jefes de caravana más grandes de África oriental, Mabruki (llamado más tarde Mabruki Speke), perteneciente, como Bombay, a la tribu de los yao.



Sidi Mubarak Bombay.

A condición de que Burton pagara a cada hombre cinco dólares de María Teresa al mes,* el sultán de Zanzíbar acordó prestarle una docena de soldados beluchos —originarios de Beluchistán, al noroeste de Sindh— al mando de un *jemadar* (oficial nativo) tuerto. Un mercader indio llamado Rush Ramji alquiló a la expedición nueve esclavos, cuyo «único cometido», según Burton, era capturar más esclavos. Curiosamente, el inglés aceptó esta condición, insistiendo en que «no tenía poder para impedir que [sus] servidores adquirieran esclavos». Pero al menos se negaría a aceptar esclavos de regalo. Ya había escogido como criados personales y «pinches de cocina» a Valentine y Gaetano, unos adolescentes, medio indios, medio portugueses, que sabían coser, cocinar y hablar *kiswahili*.

Toda la caravana iba a las órdenes de su *cafilah-bashi* o jefe, Said bin Salim, cuyo padre era un árabe omaní y cuya madre era africana. Llevaba «una cuchilla que se usaba a dos manos digna de Ricardo de Inglaterra», sabía recitar poesías en árabe, y no tardaría en enfadarse con Burton, aunque no con Speke. Said bin Salim llevaba además cuatro esclavos que eran sus criados particulares, tres mujeres, entre ellas «Halimah, que hacía las veces de esposa, y un chico». El total de personas reclutadas en Zanzíbar ascendía a treinta y una, aparte de Speke y Burton. Said bin Salim fue enviado por delante al continente para que intentara contratar a ciento cuarenta porteadores. No lograría reunir más que treinta y seis en la costa, pero al cabo de un mes el número de integrantes de la expedición era de

ciento treinta y dos, gracias, en parte, a algunos hombres que no se habían presentado cuando estaban en la costa, pero que aparecieron inesperadamente un mes después en el interior del país. Said bin Salim compró también treinta asnos para el equipaje.

* La moneda de plata habitual en Zanzíbar, cuyo valor era de una libra esterlina por cada cinco piezas.

Los dos directores de la expedición zarparon de Zanzíbar rumbo al continente a mediados de junio de 1857 en la corbeta de dieciocho cañones del sultán, que el coronel Hamerton había pedido prestada para asegurarse de que los dos jóvenes oficiales llegaran descansados a las costas de África. Como estaba anocheciendo, la preocupación del cónsul por su bienestar era de agradecer. Hamerton sabía que muchos exploradores ingleses habían perdido la vida en África a principios de siglo: entre ellos Mungo Park y Richard Lander, ambos asesinados en el Níger; Gordon Laing, muerto cerca de Tombuctú, y Hugh Clapperton, que había caído víctima de la disentería en Sokoto. James Tuckey y catorce de los treinta hombres que se habían presentado voluntarios para acompañarlo más allá de la primera catarata del Congo habían sucumbido a la fiebre sin haber recorrido ni doscientos kilómetros. Según el Sr. Frost, el médico de Hamerton, el cónsul no se fiaba de Burton y temía que dejara mucho que desear como líder. Frost afirmaba que, en el momento de la partida, Hamerton susurró a Speke: «¡Buena suerte, Speke! Sepa usted que yo no viajaría con ese hombre bajo ninguna condición».

Speke, Burton y su grupo desembarcaron en Kaole Point, a más de cien kilómetros al sur de Bagamoyo, el 16 de junio de 1857. Diez días después, tras ver cómo la voluminosa caravana de sus protegidos se alejaba pesadamente del campamento y se adentraba en la selva, el coronel Hamerton zarpó de vuelta a Zanzíbar. Murió a bordo de la corbeta nueve días después.

Precedida por la bandera roja del sultán, que ondeaba delante de todas las caravanas de Zanzíbar, la columna marchó varios kilómetros a lo largo de la costa antes de avanzar hacia el interior, con los beluchos a la cabeza, armados con arcaicos fusiles de avancarga y sables alemanes de caballería. Inmediatamente detrás, el grupo principal de porteadores, cuyos hombros y

espaldas, todavía no acostumbrados al peso, se doblaban bajo los treinta y cinco kilos de carga que llevaba cada uno, serpenteaba a lo largo de varios cientos de metros. Llevaban no sólo telas y abalorios, sino también comida enlatada, té, café, azúcar, una caja de puros, una tienda, camas de campaña, sillas, herramientas de carpintero, libros, una mesa y un baúl lleno de aparatos científicos. Al cabo de quince días, los tres cronómetros de la expedición estaban inservibles debido ni más ni menos que a los golpes y sacudidas. Evidentemente aquellos costosos relojes no habían sido debidamente envueltos entre algodones y confiados a los porteadores más cuidadosos. Se trataba de un serio revés, pues sin la ayuda de al menos un cronómetro sincronizado con el horario de Greenwich iba a resultar muy difícil calcular las longitudes, lo que a su vez suponía que iba a ser imposible suministrar mapas fiables a la RGS, a menos que uno de los dos oficiales blancos mostrara unas dosis insólitas de ingenio.

Speke marchaba a la cabeza de la columna, mientras que Burton cerraba la marcha, montado en uno de los treinta asnos de la expedición, la mayoría de los cuales llevaban cinchas de fibra de coco, no muy apretadas, para impedir que se cayera la carga de casi trescientos kilos que soportaba cada uno. En consecuencia, los animales «se abalanzaban unos sobre otros, se desbocaban, se espantaban y dejaban caer su impedimenta». Si las bestias eran anárquicas, igual o más lo eran los hombres. Acostumbrados a mandar a soldados obedientes, Burton y Speke encontraban difíciles de manejar a los porteadores nyamwezi y a sus concubinas y secuaces. Cómo evitar los robos y las deserciones se convirtió en un problema que nunca lograrían resolver.

A lo largo de cientos de kilómetros se extendía hacia el oeste una llanura abierta salpicada de termiteros y baobabs, que era preciso cruzar para llegar al territorio más fresco de los montes de Usagara. Durante varios días marcharon bordeando el río Kingani (el Ruvu), a cuyas orillas los aldeanos cultivaban batatas, tabaco y arroz. La selva y los pantanos no tardaron en reemplazar a los campos de cultivo. Se alternaban las horas de sol abrasador con breves pero violentos chaparrones tropicales, que los dejaban empapados. Por la noche, el aire era bochornoso y las nubes de mosquitos los martirizaban. Fuera de los poblados, podían ver pastar cebras

y kudúes. Once días después de dejar la costa, Burton se levantó una mañana sintiéndose «débil y alicaído, tenía dolor de cabeza, los ojos le escocían y las extremidades le temblaban». Le atenazaba la convicción de que todo iba a salirle mal. Speke ya había tenido los mismos síntomas y los había superado.

Durante la semana anterior a lo largo de la costa, Speke había pensado que era absurdo que Burton no permitiera a la caravana detenerse más tiempo, para que él pudiera cazar hipopótamos. Pero aunque Burton no estaba demasiado interesado en la caza ni en el tiro, reconocía que cazar y disecar aves y fieras formaba parte del deber de todo explorador y, según habían acordado, esa función —junto con las labores de topografía y cartografía— correspondían a Speke. Gracias a los ulteriores esfuerzos de Isabel Burton y a su empeño en presentar a su marido como uno de los primeros enemigos de los deportes sangrientos y de la caza, la mayoría de sus biógrafos han elogiado la desaprobación mostrada por Burton a matar animales, como no fuera para comerlos. Pero la verdad es que Burton se había llevado a África dos escopetas enormes de doble tambor para matar elefantes. Una se perdió en un río, pero la otra pensaba usarla, dijo, «para atacar a las manadas de elefantes» en las selvas de Ugogo, si hubiera tenido «fuerza [y] tiempo suficientes». En su armería personal disponía también de una escopeta del calibre 8 de W. Richards, un fusil de pedernal de veintidós pulgadas, una escopeta de aire comprimido, dos revólveres y una ballesta.

«Los hombres sensatos que se iban a la India —decía Burton en sus memorias—, seguían uno de estos dos caminos: o se dedicaban a cazar o a estudiar lenguas». Así pues, difícilmente habría podido desaprobar la actitud de Speke —como alguien ha sugerido— por seguir uno de los «dos caminos» que se abrían a todo «hombre sensato». Después de su pelea, Burton afirmaría que Speke disfrutaba comiendo los fetos de las hembras de animales preñadas que cazaba, dando a entender así que su amor por la cinegética era perverso. Burton no vio nunca a su compañero comerse un feto, pero fundamentaba sus alegaciones en un único pasaje de un artículo escrito por Speke para el *Blackwood's Magazine*, en el que se hablaba de las supersticiones africanas relacionadas con la gravidez, aunque no se decía en

él nada que diera a entender que Speke tuviera el menor interés en comer fetos.

En realidad, Burton debió de pensar que la pericia de Speke con el rifle resultaba tranquilizadora cuando se adentraron en un territorio en el que las hienas y los leopardos planteaban un peligro importante para los asnos de la expedición. El terreno se volvía cada vez más amenazador:

La tierra, negra y feraz, cubierta de una densa maleza, cría en los espacios más abiertos escondites para los tigres y grandes herbazales de tres o cuatro metros de altura, cada una de cuyas hojas tiene un dedo de anchura […] Los senderos están plagados de lianas, gruesas como una maroma de fibra de coco […] El terreno, siempre mojado por la lluvia, exhala el olor del hidrógeno sulfurado [*sic*], y en algunos sitios el viajero se imagina que detrás de cada matorral se oculta un cadáver.

Mientras cruzaban aquella infinita llanura, «amarilla y quemada por el sol», salpicada de «árboles de calabaza, palmeras y tamarindos», podían verse en la distancia unos montes azulados. Burton meditaba con tristeza que en África «la gracia y la hermosura rara vez se ven durante mucho tiempo sin que se produzca un repentino cambio que dé lugar a una horrible extravagancia».

Al tiempo que aumentaba su desagrado por África, se incrementaba el rechazo hacia sus habitantes:

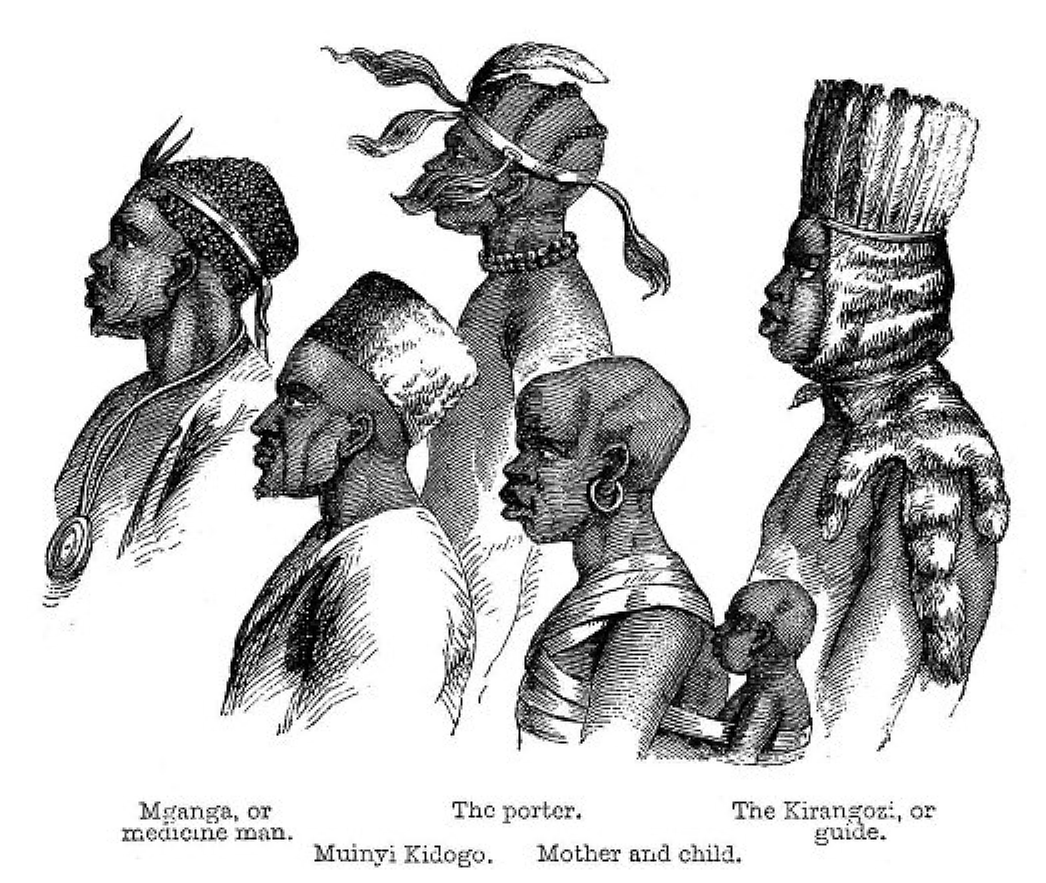
Su carácter puede resumirse brevemente de la siguiente manera: una raza inútil de bárbaros, borrachos e inmorales; cobardes y destructivos; escandalosos y parlanchines; indolentes, codiciosos y derrochadores. Los rasgos que los rediman son un tierno amor a la familia, que se hace patente en las manifestaciones de «duelo familiar» más violentas, y un fuerte apego por unos hogares poco atractivos.

Como no conocía la existencia de las ruinas de la Gran Zimbabue, construida por los africanos, ni de los artefactos de África occidental, Burton afirmaba que el continente subsahariano «carecía de interés anticuario e histórico». Por el camino miró con desdén los «sucios montones de chozas rudimentarias, construidas en cualquier agujero en medio de la selva», y calificó al África oriental de «repulsiva». Aunque se dedicó a medir los penes de los africanos, como una parte más de su

investigación, y formuló preguntas íntimas acerca de la duración del «acto de la procreación», no tenía el menor interés por saber cómo lo veían *ellos a él*, y se sentía molesto ante las miradas que le dirigían. Las dividió en las siguientes categorías: «La mirada furtiva […] la mirada curiosa o inteligente, que generalmente iba acompañada de risas irreverentes motivadas por nuestra apariencia […] la mirada codiciosa […] la mirada beoda, la mirada agresiva y finalmente la mirada caníbal».

Comparado con él Speke era un modelo de simpatía: «¡Pobres criaturas! Habían hecho un largo camino por vernos, y ahora tenían que echarnos una mirada bien larga; pues ¿cuándo había habido antes por aquí un *mzungu* [blanco]?». Estaba incluso dispuesto a dejar que la gente tocara sus manos y su pelo. Cuando Henry Morton Stanley visitó después los lugares en los que Speke se había detenido algún tiempo, los jefes se acordaban de él y «alababan sus virtudes». Eso no quiere decir que Burton fuera siempre arrogante. Un grupo en particular de mujeres africanas (y no tardaría en haber otras) atrajeron al irónico explorador.

Aunque no llevaran enaguas ni miriñaque, ignoraban por completo su falta de decoro. Es una cuestión que en modo alguno puede responderse afirmativamente diciendo que la verdadera modestia va en contra de la falta de atavíos. Aquellos «hermosos animales domésticos» sonreían con mucha gracia cuando en mi mejor kinyamwezi cumplía con mi deber hacia su sexo; y si les regalaba un poquito de tabaco, tenía siempre asegurado un asiento en el círculo de las desnudas.



Cabezas de africanos dibujadas por Burton, incluidas en *The Lake Regions*.

Al cabo de veintidós días viajando por una espesa selva, salpicada de «páramos de mimosas bajas y sabanas inhóspitas», los dos ingleses sufrieron los primeros ataques graves de malaria. Aparte de los habituales dolores de cabeza, náuseas, cansancio, debilidad, incapacidad de mantenerse en pie, y alternancia de calor insoportable y de frío glacial, Burton tuvo visiones de «animales de las formas más horripilantes, mujeres y hombres con pinta de brujos, con cabezas que sobresalían entre sus pechos», y durante esos «ataques de fiebre [tuvo] la extraña convicción de poseer una identidad dividida, de que era en todo momento dos personas que en general se anulaban y oponían una a otra». Cuando caía enfermo, solía decir en su diario que Speke también se hallaba postrado y que sus «sufrimientos eran incluso mayores». En realidad, Burton fue el único que estuvo enfermo la mayor parte del tiempo que permanecieron juntos,

mientras que Speke siempre se recuperó rápidamente y por completo. En casi todas las alusiones que hace Burton a «mi compañero» en su libro *The Lake Regions of Central Africa* («Las regiones de los lagos de África central»), Speke aparece o gravemente enfermo o convaleciente. En esta primera ocasión, a mediados de julio de 1857, Burton asegura que Speke se hallaba postrado con un «decaimiento muy similar al provocado por una insolación, y que parecía afectar constantemente a su cerebro». Se trata a todas luces de una afirmación falsa.



Reunión de mujeres fumando, grabado incluido en el libro de Burton, *The Lake Regions*.

Justo después de que Speke sufriera esta supuesta lesión cerebral, se descubrió que los cronómetros estaban inservibles. En esta situación tan alarmante, fue Speke quien se inventó una forma de calcular la longitud sin ayuda de un cronómetro acoplado al horario de Greenwich (GMT). La longitud sólo podía calcularse si se establecía la diferencia entre la hora local y el GMT, y luego se convertía en espacio en el mapa (una hora de diferencia en el tiempo corresponde a una diferencia de quince grados de longitud). Speke logró calcular el GMT utilizando «distancias lunares», lo que suponía medir con un sextante el ángulo existente entre la Luna y una estrella determinada. Ese ángulo es el mismo en cualquier lugar de la superficie terrestre en el que se vea la Luna en un momento determinado. Provisto de ese ángulo, Speke podía mirar en cualquier almanaque náutico que contuviera la lista de dichos ángulos y el GMT asociado con ellos. Utilizó también un «péndulo rudimentario» —consistente en una bala de escopeta de cuatro onzas colocada en el extremo de una cuerda de un metro «atada a una lima de tres cantos a modo de pivote»— para confirmar sus observaciones. Cada oscilación del péndulo registraba un segundo, de modo que así podía decir cuánto tiempo había pasado entre las distintas observaciones. Siempre poco generoso con Speke, Burton admitiría que «mi compañero» utilizó su «sextante y otros instrumentos con la determinación y la tenacidad propia de sus méritos. Noche tras noche, después de una calurosísima marcha, se pasaba horas y horas sentado aguantando el gélido relente para llevar a cabo las mediciones lunares». No obstante, Speke comentó a Norton Shaw que Burton se negó a ayudarle, haciendo que su labor resultara por ello más difícil. «Aunque puedo hacer una observación lunar en cinco minutos con alguien que simplemente se encargue de anotar el tiempo y las observaciones, sin esa ayuda y teniendo sólo dos sextantes y ningún soporte, me parece que no puedo hacer nada». Parece que a Burton le asustaba ponerse en una situación en la que Speke pudiera demostrar una aptitud superior a la suya. A la vuelta, se burlaría de él diciendo que «no vale para nada más que para ocupar una posición de subordinado». Pero para mantener esa visión de Speke tendría que fingir que la «observación celeste» era menos importante en una expedición exploratoria que su registro de «la etnografía de las tribus».

El 7 de agosto de 1857 Speke y Burton abandonaron la insalubre ciudad de Zungomero, situada en una hondonada, contentos por haber aumentado el número de porteadores a cuarenta y uno, y agradecidos por estar sólo a un día de marcha de las laderas de los montes Usagara. Estaban los dos tan enfermos que sólo podían viajar a lomos de sus asnos. Pero uno y otro abrigaban la esperanza de que llegar a un terreno más alto que supusiera cambiar el «calor opresivo y feroz del valle por el aire puro y agradable de la montaña». Lo cierto es que por el camino sufrieron una gran escasez de comida y se sintieron muy «tristes ante la vista de numerosos esqueletos totalmente pelados, y [toparse] aquí y allá con los cadáveres tumefactos de los porteadores que habían muerto de hambre en aquel lugar». Después encontraron a varias víctimas de la viruela, cuya «vista causaba una gran impresión», escribió Burton. «Hombres tambaleándose al andar, ciegos a causa de la enfermedad, madres cargando a sus espaldas unos niños tan repugnantes como ellas. Los pobres desgraciados no abandonaban el sendero para ceder el paso, pues, dado su frágil estado de salud, cada movimiento que hicieran era valiosísimo».

El clima más fresco de las colinas era una bendición, pero las noches eran húmedas a causa del relente y la subida «resultaba penosa, pues la senda serpenteaba todo el rato sobre el lomo de unos montes cubiertos de piedras y matorrales». Entre los tres macizos de los Usagara, el sendero bajaba hasta valles profundos, como los del «[río] Mukondokwa, que formaba pantanos de una anchura de más de tres kilómetros». En las sendas resbaladizas a causa del barro, se encontraban columnas de «hormigas negras» que, antes de que se diera uno cuenta, se amontonaban «junto a los pies o los tobillos» e infligían mordiscos que escocían «como el pinchazo de una aguja al rojo vivo». Entonces les volvió la fiebre, que había empezado a remitir, con fuerza suficiente como para obligar a Burton a «suplicar a Jack que me mandara una hamaca desde el lugar en el que habían hecho la siguiente parada». Al cabo de unos días, Speke, habitualmente lleno de energía, empezó a delirar y, según Burton, «se puso tan violento que tuve que quitarle las armas». Por extraño que parezca, dos noches después Speke «volvió en sí y propuso continuar». La enfermedad no pudo ser más corta, desde luego.

Ante ellos, y a más de mil setecientos metros de altura, se elevaba el tercer macizo —y el más occidental— de los montes Usagara. «Temblando de fiebre, con la cabeza dándonos vueltas, los oídos ensordecidos por la debilidad, [Burton y Speke] contemplamos con terrible desesperación la empinada ascensión, casi vertical [que nos aguardaba].» Seis días después, el 10 de septiembre, «descansando cada pocos metros y apoyándonos en nuestros servidores, llegamos a la cima del Paso Terrible» y otros cinco días más tarde vieron allá abajo, en la distancia, la meseta de Ugogo, que se extiende hacia el oeste. Mientras bajaban, fueron amenazados por un pequeño grupo de africanos que empuñaban lanzas. Los beluchos arremetieron valerosamente contra ellos. «Lanzas y puñales refulgían al sol y las porras actuaban con movimientos contundentes que auguraban muchas cabezas rotas». Aunque el ataque fue repelido, Burton creía que si sus hombres hubieran tenido que enfrentarse a un número mayor de enemigos habrían salido huyendo para salvarse. «No había ni un alma que se quedara a nuestro lado fuera de Jack y de mí», reflexionaba en tono sombrío. Por entonces, cuando Burton estaba todavía demasiado débil para caminar sin ayuda, los beluchos decidieron hacer una huelga para obligar a sus jefes a matar las cabras de la expedición, a pesar de que cada día Speke salía al campo a cazar perdices y pintadas para que comieran. Speke decidió abortar la huelga ordenando ponerse en marcha.

Esto les hizo entrar en razón, pues hasta entonces pensaban que debíamos de tener miedo de irnos sin ellos […] Al ver que se quedaban atrás, olvidaron su enfado y nos siguieron. Por el camino encontraron al capitán Burton tumbado al borde del camino, postrado por la fiebre y, apiadándose de él, lo llevaron al campamento.

Tuvo lugar entonces un incidente que aumentó la desconfianza de Speke hacia Burton. Como para entonces un tercio de los treinta asnos de la expedición habían muerto a consecuencia de picadura de la mosca tse-tse, era urgentísimo reclutar más porteadores. Los únicos hombres que todavía no llevaban cargas eran los integrantes de un grupo de esclavos que Burton llamaba «los hijos de Ramji», porque habían sido arrendados para la expedición por Rush Ramji, el escribiente de Ladha Damha. Aquellos individuos se consideraban con cierta razón superiores a los esclavos

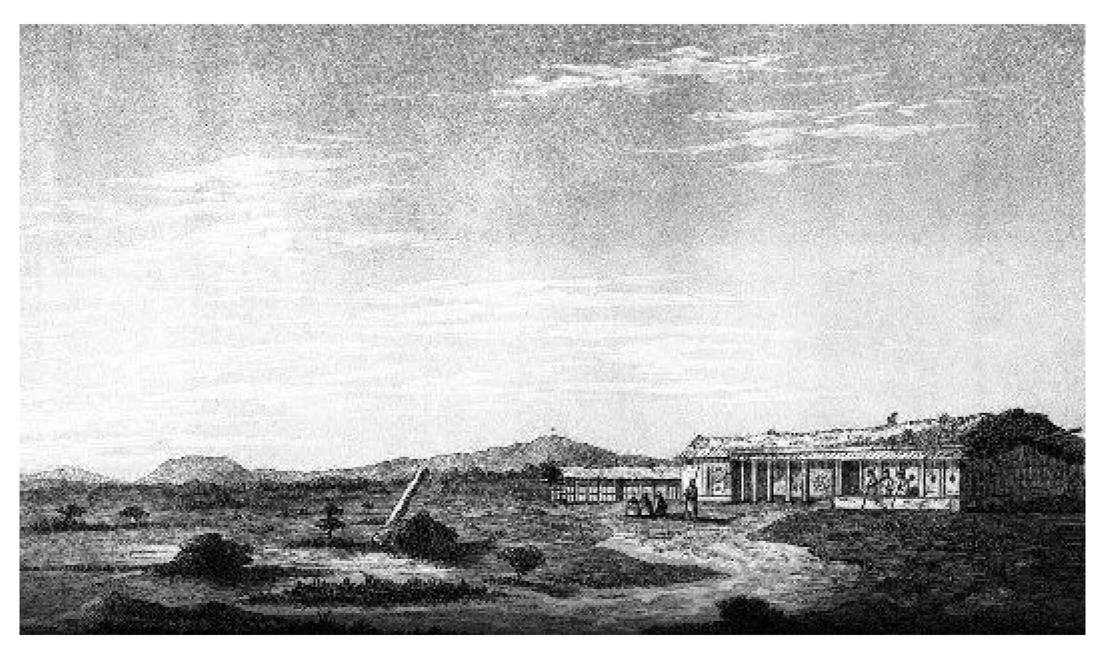
corrientes, pues todos eran intérpretes, guías o *askari* (soldados). Insistían inflexiblemente en que no habían sido contratados para cargar fardos ni impedimenta alguna, lo que llevó a Burton a considerarlos unos consentidos y unos presuntuosos. Pero como necesitaba su ayuda si no quería tener que deshacerse de sus valiosos libros, prometió pagarles si hacían las veces de porteadores. Cuando Speke indicó a Burton que iba a costarle mucho trabajo cumplir su promesa, dada la apurada situación financiera de la expedición, su superior simplemente susurró a su oído que «los árabes hacían ese tipo de promesas y nunca las cumplían; además, los esclavos de ese tipo nunca contaban con que se les pagara». Speke replicó airadamente que el Tíbet se había perdido por culpa de oficiales que no habían correspondido a la lealtad de los porteadores. A los pocos días se toparon con un grupo de quince porteadores que habían sido abandonados por la caravana a la que pertenecían después de una pelea y los contrataron. De no ser por este extraordinario golpe de suerte, los hijos de Ramji habrían cargado con el equipaje de Burton durante varios centenares de kilómetros antes de ser cínicamente estafados. Entonces habría estallado una disputa grave entre los dos oficiales que habría dado al traste con la expedición antes de conseguir nada importante.

El 7 de noviembre de 1857, después de pasar varias semanas atravesando la polvorienta y desolada selva invernal de Ugogo, Burton y Speke entraron con su caravana en el poblado comercial árabe de Kazeh (Tabora) al son de «los cuernos atronadores y de los mosquetes que retumbaban como salvas de mortero». Habían recorrido más de mil kilómetros en ciento treinta y cuatro días. Un comité de bienvenida formado por media docena de árabes vestidos con túnicas blancas los condujo a un agradable *tembe* (una casa con terraza y patio interior) que pusieron a su disposición durante el tiempo que permanecieran en la localidad.

Los dos ingleses llevaban una carta de presentación para un destacado mercader indio, Musa Mzuri, pero en su ausencia, Snay bin Amir, su agente árabe, que era un rico tratante de marfil y esclavos por cuenta propia, colmó de regalos a Burton: cabras, bueyes, café, pasteles de tamarindo y otras delicadezas. «Asombroso, en efecto —escribiría Burton—, era el contraste entre la generosa hospitalidad y la sincera buena voluntad de esta raza

verdaderamente noble, y la tacañería de los salvajes y egoístas africanos: era como encontrar un corazón de carne después de un corazón de piedra». En adelante Snay pasaría todas las veladas charlando en árabe con Burton, que califica a su anfitrión de hombre cultivado, dotado de una «memoria maravillosa, finas percepciones y de la pasta de la que están hechos los amigos […] era tan honesto como honorable». En realidad era un traficante de esclavos, ocupación que puede ser llamada de todo menos honorable. Cuando David Livingstone aceptaba la ayuda de este tipo de hombres, lo hacía por necesidad, lamentándolo profundamente, pues amaba a los africanos y sabía que tenía que sobrevivir para denunciar a sus explotadores, mientras que Burton despreciaba a los africanos y a los antiesclavistas humanitarios que defendían su causa. Unos años después, Burton seguía considerando amigos suyos a los árabes de Kazeh y calificaba a Speke de desagradecido porque, durante la siguiente expedición, se negó a ayudar a Snay bin Amir frente a Manwa Sera, el rey africano de los nyamwezi. Pero Speke prefería como hombre a Manwa Sera y consideraba que tenía perfectamente derecho, como gobernante africano de la zona, a cobrar impuestos a Snay y a los demás traficantes.

Snay había visitado «el gran lago Tanganica y los reinos septentrionales de Karagwah y Uganda». Como Speke no entendía el árabe, se vio excluido de esta fascinante información hasta que empezó a atosigar a Bombay con preguntas en indostaní destinadas a Snay; el intérprete se las repetía al árabe en *kiswahili* antes de traducir sus respuestas otra vez al indostaní para su señor. Mientras Burton se hallaba confinado en su *tembe* con fiebre, Speke —utilizando a Bombay como traductor— se enteraba por los árabes de que había tres lagos y no la única babosa inmensa que aparecía en el mapa de los misioneros alemanes. Al sur estaba el Nyasa (lago Malawi), al oeste estaba el lago Ujiji (lago Tanganica) y al norte el «mar de Ukerewe» (lago Victoria), que era el más grande de todos. Por la situación del lago Ukerewe, justo al sur del Nilo Blanco, Speke calculó que lo más probable era que este fuese la fuente del Nilo y no el lago Ujiji, que, según especificaban las órdenes de la RGS, era su objetivo. Pero aunque el «mar» de Ukerewe estaba ligeramente más cerca que el lago Ujiji, Snay les advirtió que no debían emprender el viaje, pues era demasiado peligroso.



Kazeh.

Durante su estancia en Kazeh, Burton se puso gravemente enfermo y Speke temió que muriera si no se trasladaban de inmediato a un lugar más saludable. Burton quería quedarse con Snay, pero el 5 de diciembre tuvo que reconocer que estaba «más muerto que vivo» y que debía marcharse de allí. Poco antes de partir, cuando por un brevísimo instante pareció que Burton se hallaba un poco más fuerte, la pareja analizó la información geográfica de Snay, y Speke se mostró a favor de visitar el lago del norte, pese al mayor peligro que entrañaba. Burton rechazó su propuesta. «El capitán Burton prefirió ir al oeste», anotó escuetamente Speke en su diario. Y como Burton seguía estando cuerdo, aunque no pudiera caminar, y era el jefe de la expedición, debía ser obedecido. Poco después de que Burton tomara la lamentable decisión de dirigirse al oeste, Speke le convenció de que «[le] permitiera asumir el mando provisionalmente», para que pudiera organizar su traslado de Kazeh. Para cuando Speke hubo reclutado nuevos porteadores y reunido más cargamentos de telas, abalorios e hilo de latón, la salud de Burton había vuelto a empeorar. En efecto, cuando Speke conducía la expedición a la siguiente parada prevista camino de Ujiji, Burton tuvo que ser levantado de su *machilla* (litera) y «rogó a Speke que se hiciera

cargo de todos sus efectos, pues pensaba que iba a morir». El 18 de enero de 1858, las extremidades de Burton «empezaron a escocerle como si alguien las sometiera a un fuego ardiente» y sintió que se acercaba su muerte. Luego recordaría el horror del momento:

Todo el cuerpo quedó paralizado, sin fuerza, inmóvil, y los miembros parecían marchitarse y morir; había perdido cualquier sensación en los pies, excepto una especie de hormigueo y de punzadas, como si me pincharan con muchas agujas a la vez; los brazos se negaban a ser dirigidos por la voluntad, y para las manos el tacto de la tela y el de la piedra era el mismo.

Burton no sería capaz de mover sus miembros durante diez días, y tardaría diez meses en volver a caminar sin ayuda. Hasta entonces tendría que ser transportado por seis esclavos (ocho cuando el camino era dificultoso). El lago Tanganica estaba a más de trescientos kilómetros de distancia, lo que sin duda tuvo que parecerle una prueba de una crueldad extrema, incluso yendo tumbado en una litera.

Por fin, el 13 de febrero, tras vadear tres pequeños ríos, la caravana recorrió varios kilómetros de hierba alta y luego tuvo que trepar por una colina pedregosa. Cuando llegaron a la cumbre, el asno de Speke, agotado, murió con él encima. Durante dos semanas el joven capitán sufrió oftalmia en los dos ojos, que se le inflamaron y empezaron a escocerle; su visión quedó tan maltrecha que, cuando montaba, tenía que ser conducido por un guía. Detrás de él, los encargados de llevar a Burton llegaron a la cima de la colina cargando sobre sus hombros la *machilla* de su amo. Al ver allá abajo en la distancia una raya de luz, Burton preguntó a Bombay qué era aquello. El guía respondió sin manifestar ninguna emoción: «Según mi parecer, es agua». Tras ser conducido unos pocos metros más adelante, Burton tuvo al fin la primera visión ininterrumpida del lago Tanganica. Bordeado por «una cinta de deslumbrante arena amarilla [había] una extensión enorme del azul más claro y suave, cuya anchura variaba de los cincuenta a los sesenta kilómetros, salpicada por el fresco viento del este que formaba diminutos rizos de espuma blanca como la nieve». Más allá del lago se veían unas «montañas del color del acero, coronadas por una niebla nacarada». En el estado de semiceguera en que se hallaba, Speke no tenía consuelo, pues «el

maravilloso lago Tanganica podía ser visto en todo su esplendor por todo el mundo menos por mí».

Al llegar a Ujiji, el poblado de traficantes de esclavos árabes a orillas del lago, dijeron a los exploradores que este medía casi quinientos kilómetros de norte a sur; de hecho, son casi setecientos, lo que lo convierte en el lago más largo del mundo. La conjetura de Burton, que pensaba que tenía unos sesenta kilómetros de anchura en su punto de mayor amplitud, se quedó un poquito corta.

Aunque eran los primeros europeos en llegar a uno de los grandes lagos africanos y lo habían conseguido a pesar de sufrir repetidos ataques de fiebre, ceguera parcial y, en el caso de Burton, parálisis de ambas piernas, los dos hombres sabían que era mucho todavía lo que tenían que hacer para que su viaje se convirtiera en algo grande. Al fin y al cabo, un número no especificado de traficantes de esclavos y marfil árabes y nyamwezi ya había estado antes que ellos a orillas del lago, y ninguno había considerado oportuno hablar de ello a la gente y explorarlo a fondo. Las instrucciones de la RGS que tenía Burton exigían de Speke y él llegar al lago Tanganica y luego «continuar hacia el norte» para ver si de alguna manera podían relacionarlo con el Nilo Blanco y los montes de la Luna. Si lograban hacer algún avance decisivo en ese sentido, todavía estaban a tiempo de que su viaje fuera aplaudido como uno de los más importantes del mundo. Mientras estaban en Ujiji, varios informadores los entusiasmaron con la noticia de que «del extremo norte del lago Tanganica salía un gran río que corría hacia el norte». Ninguno de los árabes con los que habían hablado habían visto en realidad ese río, y los africanos de la zona aseguraban no saber nada de él, de modo que visitar ese río en persona revestía la mayor importancia. Así era especialmente para Burton, que había preferido viajar a aquel lago en vez de dirigirse al más grande, el «mar de Ukerewe», que Speke se había mostrado partidario de explorar primero.

La altura del lago Tanganica sobre el nivel del mar era de unos quinientos cincuenta metros, según el más fiable de los dos termómetros de baño de la expedición. (Los tres termómetros especializados de punto de ebullición se habían estropeado sin que nadie supiera cómo). Aunque su verdadera altura es de unos setecientos ochenta metros, ni siquiera ese nivel

habría tranquilizado a Burton (en caso de que hubiera podido saberlo). Como en el Nilo había muchas cataratas conocidas —y otras todavía por descubrir—, cuanto más alto estuviera el lago, más probabilidades había de que tuviera alguna relación con el Nilo. En este sentido, a Burton debió de preocuparle saber (como sabía) que Kazeh, situada directamente al sur del lago Ukerewe, se hallaba a mil doscientos metros sobre el nivel del mar, por lo que resultaba más probable que el lago de mayor tamaño, que había decidido no visitar, estuviera a una altura sobre el nivel del mar considerablemente superior a la del lago Tanganica. Pero Burton prefirió no hacer caso de esta consideración tan poco oportuna.

A decir verdad, cuando llegó a Ujiji, Burton estaba demasiado enfermo para escribir o incluso para hablar, y permaneció acostado en el suelo de tierra de una choza durante quince días, incapaz de mover las piernas. Por si fuera poco padecía también de oftalmia, aunque no tan grave como la de Speke. A pesar de haber asumido el mando durante un breve período, Speke no estaba preparado para tomar las próximas decisiones trascendentales que había que tomar y esperó a que Burton se recuperara lo suficiente para que pudieran discutir juntos los pasos que había que dar a continuación. Cada día a las doce de la mañana, «protegido por una sombrilla y ayudado de unas gafas de cristales ahumados», Speke visitaba el mercado de Ujiji. Allí adquiría a diario víveres para los porteadores y los demás sirvientes. Expuestos a la venta había pescados, carne, tabaco, aceite de palma, alcachofas, bananas, melones, caña de azúcar y legumbres. Algunos días podían comprarse incluso esclavos y marfil.

Cuando Burton se sintió un poquito mejor, dijo a Speke que iban a tener que comprar a Hamid bin Sulayyan, traficante de esclavos árabe, el único *dhow* o jabeque que había en el lago. Hamid vivía en el extremo más alejado del Tanganica, así que alguien tenía que ir en canoa a entrevistarse con él. Burton vacilaba pues pensaba que aquella misión era demasiado peligrosa para Speke. Tampoco se fiaba de Kannena, el jefe de la tribu que vivía en Ujiji y sus alrededores. «Viendo las pocas probabilidades de éxito que tenía y las numerosas perspectivas de que se produjera un accidente», Burton decidió enviar a su factótum, Said bin Salim, cuya vida consideraba más fácil arriesgar. Cuando este se negó de plano a emprender la misión,

Speke se ofreció a ir en su lugar. Pero Burton, que aún se sentía lo bastante débil como para no sobrevivir, no quería arriesgarse a dejar la expedición sin jefe, en caso de que Speke también muriera. Debido a la presencia de traficantes de esclavos a orillas del lago Tanganica, los africanos de la zona desconfiaban de todos los extranjeros, especialmente de los que hacían preguntas inexplicables acerca de los ríos. Así que el hecho de insistir en ir suponía mucho valor por parte de Speke.

El 3 de marzo de 1858 Speke embarcó en una canoa bastante grande acompañado de Bombay como intérprete, Gaetano como cocinero, dos beluchos encargados de protegerlo y dieciocho hombres de la tribu como remeros. La forma de colocarlos a todos en un espacio tan pequeño junto con las provisiones y las pertenencias de cada uno planteaba ya un verdadero problema. Casi inmediatamente después de zarpar, las tormentas los obligaron a tener mucha prudencia y a costear la ribera oriental del lago durante tres días. «Estas malditas embarcaciones pequeñas no pueden aguantar el oleaje», se lamentaba Speke. En una ocasión, estando acampados en tierra, la aparición de un solo hombre armado con un arco hizo que todo el grupo fuera presa del pánico y echara la canoa al agua a velocidad de vértigo; tanto era el miedo que la tripulación tenía a ser atacada. También los cocodrilos inspiraban terror, pues se sabía que trepaban a las canoas cuando tenían hambre. Aunque Burton escribiera que Speke no bebía ni fumaba nunca, lo cierto es que fumaba en pipa y encontraba relajante hacerlo incluso en la estrechez de una canoa.

A primera hora de la mañana del 8 de marzo lograron llegar al otro extremo del lago. Durante la travesía la tripulación se había negado a responder a Speke cuando les preguntó los nombres de varios promontorios y ensenadas. Temían que aquella extraña curiosidad les acarreara algún desastre. Lo cierto es que la travesía se llevó a cabo sin incidentes y los lugareños los recibieron bien cuando llegaron a la isla de Kivira, a pocos kilómetros de la orilla oeste del lago. De donde a Speke le vinieron los inconvenientes fue de donde menos se esperaba. Después de pasar un día tranquilo fumando y contando anécdotas con los isleños, Speke se echó a dormir en su tienda. Se desencadenó una tormenta, que lo despertó con la violencia de las ráfagas de viento. Encendió una vela para intentar arreglar

un poco sus bártulos «y en un instante, como por arte de magia, todo el interior se cubrió de una legión de pequeños escarabajos negros». Incapaz de quitárselos de la ropa y de las sábanas, apagó la vela que los había atraído y se acostó. Aunque los insectos corrían por debajo de las mangas, subiendo y bajando por su espalda y por sus piernas y enredándosele en el pelo, logró dormirse de nuevo, hasta que lo despertó, como luego recordaría,

uno de aquellos horribles bichos […] que intentaba meterse por el estrecho conducto [del oído], hasta que quedó atascado por falta de espacio. Este obstáculo evidentemente lo puso furioso, pues con una fuerza extraordinaria, como un conejo en su madriguera, empezó a cavar y a picarme con tanta violencia en el tímpano […] que me vi tentado a actuar como los burros cuando son atacados por un enjambre de abejas […] que intentan librarse de ellas poniéndose patas arriba o precipitándose bajo la maleza […] Yo no sabía qué hacer. No se encontraba ni el tabaco, ni la sal, ni el aceite: probé con mantequilla fundida; como no sirvió de nada, apliqué la punta de un cortaplumas a su espalda, pero hizo más daño que otra cosa, pues aunque los golpes lo aplacaron, el filo de la navajita me causó una herida tan fea en la oreja que empezó a inflamárseme, y a continuación a supurar de mala manera y todos los ganglios faciales desde ese punto hasta el hombro se resintieron […] Fue la cosa más dolorosa que recuerdo que me haya pasado nunca […] Estuve varios días sin poder masticar y tuve que alimentarme sólo de caldo.

Durante varios meses Speke quedaría casi completamente sordo de ese oído. Pero curiosamente, a su juicio, aquella desgracia acabó con la inflamación de sus ojos y lo cierto es que su vista mejoró.

Dos días después el viento amainó y Speke cruzó a la isla de Kasengé, donde vivía Hamid bin Sulayyan, el traficante de esclavos propietario del jabeque. Speke desembarcó muy animado, pero sus esperanzas no tardaron en verse frustradas. Ni siquiera la oferta de cien libras que hizo al negrero indujo a este a alquilarle su gran *dhow*. Los africanos, sostenía, sólo sabían manejar zaguales y como su jabeque llevaba remos de escálamo era imposible arrendárselo a Speke. Tampoco podía prestarle sus tripulantes, pues los necesitaba para sus negocios. No obstante, Hamid animó mucho a

Speke con la noticia de que de la parte norte del lago salía un gran río. Por desgracia, Hamid no había podido llegar hasta él porque se había alarmado mucho ante el comportamiento de «una violenta tribu bárbara llamada los warundi». Hamid dirigía todas sus palabras no a Speke, sino a Bombay, en *kiswahili*, y Bombay se las traducía luego a su patrón en indostaní, proceso que daría pie a no pocos malentendidos.

En la isla, Speke quedó horrorizado cuando vio que varias madres intentaron vender a sus hijos a los soldados beluchos por un taparrabos o dos. La destrucción de los sentimientos maternales más elementales le hizo pensar «cuán locas eran todas esas otras naciones que permitían el desarrollo del tráfico de esclavos». Como no tenía motivos para permanecer más tiempo en aquella isla desolada, volvió a cruzar el lago con sus hombres sin sufrir más percances, y llegó a Ujiji después de una ausencia de veintisiete días.

Mientras Speke había estado fuera, Burton, cuya salud había mejorado un poco, había pasado el tiempo «fundamentalmente comiendo y bebiendo, fumando y durmiendo». Sin embargo, no vio nada malo en burlarse de Speke, que llegaba agotado. «Nunca vi a un hombre tan mojado y enmohecido… Sus rifles estaban cubiertos de herrumbre, y la recámara a prueba de fuego se había chupado toda la lluvia del monzón». Speke, que había desafiado al lago a pesar de encontrarse enfermo y medio ciego, merecía algo más que ser despachado por Burton con una sola frase despectiva, que luego publicó: «Quedó dolorosamente decepcionado: no había conseguido literalmente nada». En realidad, aunque había vuelto sin el ansiado jabeque, Speke proporcionó a Burton un informe sobre la forma del lago, basado principalmente en los comentarios de Hamid, pero en parte también en sus propias observaciones personales. Pero, eso sí, cuando anunció que había un río que salía del extremo norte del lago, Burton quedó extasiado. En aquellos momentos parecía realmente que el lago Tanganica era una fuente, si no *la* fuente del Nilo. La decisión que había tomado anteriormente Burton de rechazar la propuesta de priorizar el lago más grande planteada por Speke parecía ahora justificada.

En su diario, Burton se presenta a sí mismo como si ya hubiera mejorado y a Speke como al causante de todos los retrasos, por haber

«perforado con un cortaplumas un escarabajo que había tenido la ocurrencia de visitar su tímpano». Pero a pesar de que Burton se encontraba todavía enfermo, el hecho de que casi hubieran agotado las existencias de telas con las que comerciar excluía demorar más su partida hacia el extremo norte del lago. Viajar en canoa no era ninguna excursión de recreo para un hombre en perfecto estado de salud, pero podía resultar un verdadero infierno para un «enfermo, incluso con buen tiempo». Y ahora habían empezado otra vez las lluvias. «Lo sentía por él —escribiría Speke—, pero cualquiera que lo viera [a Burton] intentar salir de viaje, habría perdido toda esperanza de verlo regresar. Sin embargo, no era capaz de soportar que lo dejaran atrás». De hecho, para Burton llegar al río que fluía hacia el norte planteaba el mayor desafío de su vida. «Había que arriesgarlo todo —riquezas, salud, e incluso la vida— por un premio semejante».

Así que, cuando Kannena —el jefe de la tribu cuyas canoas y colaboración eran fundamentales para el éxito de la empresa— se negó a ayudarle, Burton lo abrumó de tal modo ofreciéndole un enorme montón de mercancías, entre ellas algunos de sus abalorios más caros y tres metros de paño escarlata, «que hizo que Kannena se pusiera a temblar de gozo» y aceptara viajar con los exploradores en la mayor de las dos canoas. En esta embarcación irían también Burton y treinta y tres remeros suministrados por Kannena. A Speke se le asignó la barca más pequeña, que llevaba sólo veintidós tripulantes.

Este viaje trascendental dio comienzo a primera hora de la mañana del 9 de abril, y Burton tuvo que ser conducido medio a rastras, medio en brazos a lo largo de casi seis kilómetros de terreno escabroso hasta el punto de partida escogido por Kannena por motivos mágicos. Los marineros fueron deleitados en la orilla «por las sonoras voces de sus esposas e hijas que mientras tanto tocaban los instrumentos musicales más rudimentarios». Ya en el lago, Burton se puso a ordenar a los tripulantes de su embarcación que no «salpicaran dentro de la canoa con las palas», y que se detuvieran para que probara cómo era la otra. Cuando descansaban, los remeros fumaban cannabis. No tenían paradas regulares ni rutinas preestablecidas, y a menudo se quedaban durmiendo durante las horas más frescas de la mañana y se ponían a remar a las más calurosas del día. Burton pensaba que los

habitantes de las orillas del lago eran «pendencieros y violentos… y adictos, como todos sus hermanos laguneros [*sic*], a la ebriedad». Tanto si se guarecía de las lluvias torrenciales debajo de una vela, como si se mojaba mientras sus hombres achicaban el agua del fondo de la canoa, los padecimientos de Burton no cesaban. «Mis sufrimientos africanos llegaron a su punto culminante durante mi travesía por el lago Tanganica».

Después de diecinueve días de viaje, Burton escribió que sufría una «ulceración tan grave de la lengua, que le resultaba casi imposible articular palabra, y ello suponía un obstáculo completo para seguir adelante». Esta lesión no pudo llegar en peor momento, pues el 28 de abril Burton conoció a los tres apuestos hijos del jefe de una tribu del lugar y oyó de sus labios la extraña noticia de que el río Rusizi —a pesar de lo que le habían contado a Speke— *desembocaba* en el lago Tanganica, *no salía* de él. Bombay puso entonces las cosas fuera de toda duda cuando reconoció que hacía ya tiempo que sospechaba que Speke y él habían entendido mal a Hamid bin Sulayyan, que en realidad había querido decir lo contrario de lo que ellos habían pensado al principio que había dicho. «Todas mis esperanzas —confesaba Burton—, se vinieron cruelmente abajo».

Aunque ya parecía prácticamente seguro que el lago Tanganica no podía tener ninguna relación con el Nilo, seguía siendo «una cuestión de enorme importancia», reconocía Burton, llegar al río Rusizi en persona para ver con sus propios ojos en qué dirección corría. Por eso resulta tan desconcertante que después de decir que había que arriesgar la vida, si era preciso, para llegar al río, Burton presionara tan poco a Kannena para convencerle a él y a sus hombres de que remaran seis horas más, que era lo que habrían tardado en llegar al Rusizi. La cuestión de por qué esta decisión se produjo en un momento tan trascendental no ha recibido todavía respuesta. Henry M . Stanley escribiría en un artículo sobre «Nuestros grandes viajeros por África» que la lucha de Burton «por el dominio de la geografía africana cesó en ese momento y Speke recibió permiso para dar un paso al frente [y] terminar el certamen con honor y crédito». En opinión de Stanley, este viaje al lago puso de manifiesto que Burton no era un explorador, sino «un viajero y un “literato”».

Cuando los dos regresaron a Ujiji, Speke anunció que «quería completar la navegación del lago». Burton rechazó la propuesta de un plumazo y dijo que «ya se había hartado de viajes en canoa». Aseguró a Speke que «nuestra escasez de telas […] debería ser excusa suficiente». Se trataba de una respuesta muy curiosa por dos razones: la primera es que recientemente Said bin Salim, su encargado, había «tenido la generosidad de proponer […] que volviéramos al emporio árabe de Kazeh a coger más moneda africana [telas y abalorios], la suficiente para cubrir todos los gastos necesarios [para un viaje de reconocimiento exhaustivo]». La segunda razón, como luego recordaría Speke, era que, mientras se disponían a abandonar Ujiji «por una gran suerte nos llegaron algunos pertrechos a través de un árabe llamado Mohinna [Muhinna bin Sulayman, de Kazeh] […] La ayuda se había presentado cuando más falta nos hacía».

Naturalmente lo que quería decir Burton no era que ya no tenían telas, sino que podían alegar su falta para explicar y justificar su fracaso. De hecho, una vez de vuelta en Inglaterra, Burton diría a los miembros de la RGS: «Me vi obligado a desistir de seguir explorando por falta de pertrechos».

La decisión de si debía regresar o no al Rusizi es muy denotativa. Un Livingstone o un Stanley no hubieran permitido nunca que un jefezuelo como Kannena desbaratara sus planes cuando estaban tan cerca de alcanzar un gran objetivo. Cualquiera de los dos habría intentado realizar aquel pequeño viaje en una canoa pequeña, que habrían podido conducir unos pocos hombres, o se habrían arriesgado a efectuar una marcha por tierra con unos cuantos porteadores. Kannena se había negado a hacer los pocos kilómetros que faltaban hasta el Rusizi porque los warundi odiaban a su pueblo (o eso fue lo que él dijo) y los habrían matado a todos si hubieran ido hasta el extremo del lago. Cuando Livingstone y Stanley visitaron esta misma región unos doce años después lo único malo que les pasó fue tener que aguantar los abucheos y las pedradas de los warundi.

Según Speke, Burton rechazó la oferta de Said bin Salim de ir a buscar más telas a Kazeh porque su verdadero problema —que no había querido reconocer nunca— era el desmoronamiento completo de su salud. Burton escribiría que cuando puso fin a su viaje al lago Tanganica las úlceras de la

boca ya no le obligaban a tomar el alimento a través de una pajita, y que sus manos habían perdido el entumecimiento que durante semanas habían limitado su capacidad de escribir. Pero todavía no tenía fuerzas para montar en borrico y abandonó Ujiji (igual que había llegado) en una *machilla* portada por esclavos. «Imagínese tan sólo qué temporada había pasado», escribió Speke a Norton Shaw —no sin compasión—. «Once meses postrado en la cama y obligado a viajar todo el tiempo, más o menos». Así pues, lo que se ocultaba *realmente* tras la decisión de Burton era su mala salud. Pero eso no significa que le hubiera resultado físicamente imposible realizar un último intento de recorrer el lago hasta su extremo más septentrional. Cuando llegó el momento de elegir, le faltaron el valor autodestructivo y la determinación obsesiva del verdadero explorador. En las mismas circunstancias, Livingstone, Stanley y Speke, que se había presentado voluntario, se habrían mostrado dispuestos a aguantar el dolor y toda clase de apuros en un último esfuerzo a la desesperada por llegar hasta el río. Pero el sibarítico Burton «ya se había hartado de viajes en canoa» y ahí se había acabado todo.

Mientras se recuperaba en Ujiji a primeros de mayo, Burton y Speke estudiaron la conveniencia de viajar al lago del norte, que los árabes llamaban Ukerewe. Burton, cuyo estado de salud era más o menos el mismo, dijo que necesitaba pasar un mes en Kazeh con Snay y los otros árabes para acabar su libro. Así que Speke hizo diplomáticamente la siguiente propuesta: «Si no te encuentras lo bastante bien cuando lleguemos a Kazeh, iré yo solo, y tú puedes emplear el tiempo tomando notas acerca de lo que cuentan los viajeros árabes». Burton se mostró de acuerdo. Pero en los años siguientes, en su desesperado afán por hacer creer que él había sido el responsable de iniciar el histórico viaje de Speke, escribiría para el consumo público que quien lo había «enviado [a Speke] desde Kazeh» hasta allí había sido él. Sabía que no era cierto. En una carta a Norton Shaw, de la RGS, afirmaba con toda claridad que «el capitán Speke se ha prestado voluntariamente a visitar el lago Ukerewe».

El viaje a Kazeh desde Ujiji se prolongó desde el 26 de mayo hasta el 20 de junio de 1858, y durante ese tiempo Burton «volvió a padecer un grave ataque de inflamación y entumecimiento de las extremidades». Por el

camino, un mercader le entregó una carta con la noticia de que su padre había fallecido hacía nueve meses. Aunque no habían tenido una relación muy íntima, su pérdida le causó mucha pena. De nuevo en Kazeh, con sus confortables *tempes* a la sombra de las palmeras y los frutales, Burton tuvo que decidir de una vez por todas si viajaba al norte con Speke y soportaba más peligros e incomodidades, o si se quedaba con sus amigos árabes y trabajaba en su libro. Escogió esta segunda opción. «Estaba encantado con la perspectiva de pasar tranquilamente un mes dedicado a la investigación y rodeado de árabes inteligentes».

A Speke a menudo le costaba trabajo entender a Burton. «[Burton] no vino aquí a descubrir el país —decía dos años después a un amigo en tono de censura—, sino a escribir un libro y a asombrar al mundo con sus proezas. Nunca aprendió a observar… nunca amplió ni una pulgada un mapa en todo el viaje». Por «observar». Speke se refería no sólo a efectuar observaciones científicas con instrumentos, sino a las habilidades prácticas sobre el terreno conocidas por cualquiera que estuviera habituado a rastrear una pieza de caza. En cuanto al deseo de Burton de «asombrar» al mundo con su libro, Speke lo desaprobaba por completo. Un año más tarde, escribiría a su editor: «Si hay algo en mis escritos que no considere usted exactamente modesto, elimínelo sin compasión».

Para Speke, la exploración consistía ni más ni menos que en ver *con sus propios ojos* accidentes y lugares nuevos para la geografía europea, no en escribir lo que tal o cual árabe había dicho que había visto en sus viajes. Aunque bien dispuesto hacia los africanos, Speke se ocupó poco de las minucias de sus costumbres, que Burton dedicó tantos meses a describir, a pesar de encontrarlas repelentes. Speke señalaba que Burton «no se había mostrado capaz de hacer nada más que comentarios etnológicos al dictado de los árabes». Siempre que Speke había instado a Burton a dedicar más tiempo a la exploración, había sido rechazado. Su travesía del lago en solitario había sido un fracaso, lo mismo que su viaje a Somalilandia. De modo que quizá Burton esperara que no lograra llegar al lago Ukerewe. Al fin y al cabo, Snay le había advertido de los terribles peligros que encontraría si iba en esa dirección. Pero esta vez Speke estaba decidido a conseguirlo a toda costa.

6

Promesas y mentiras

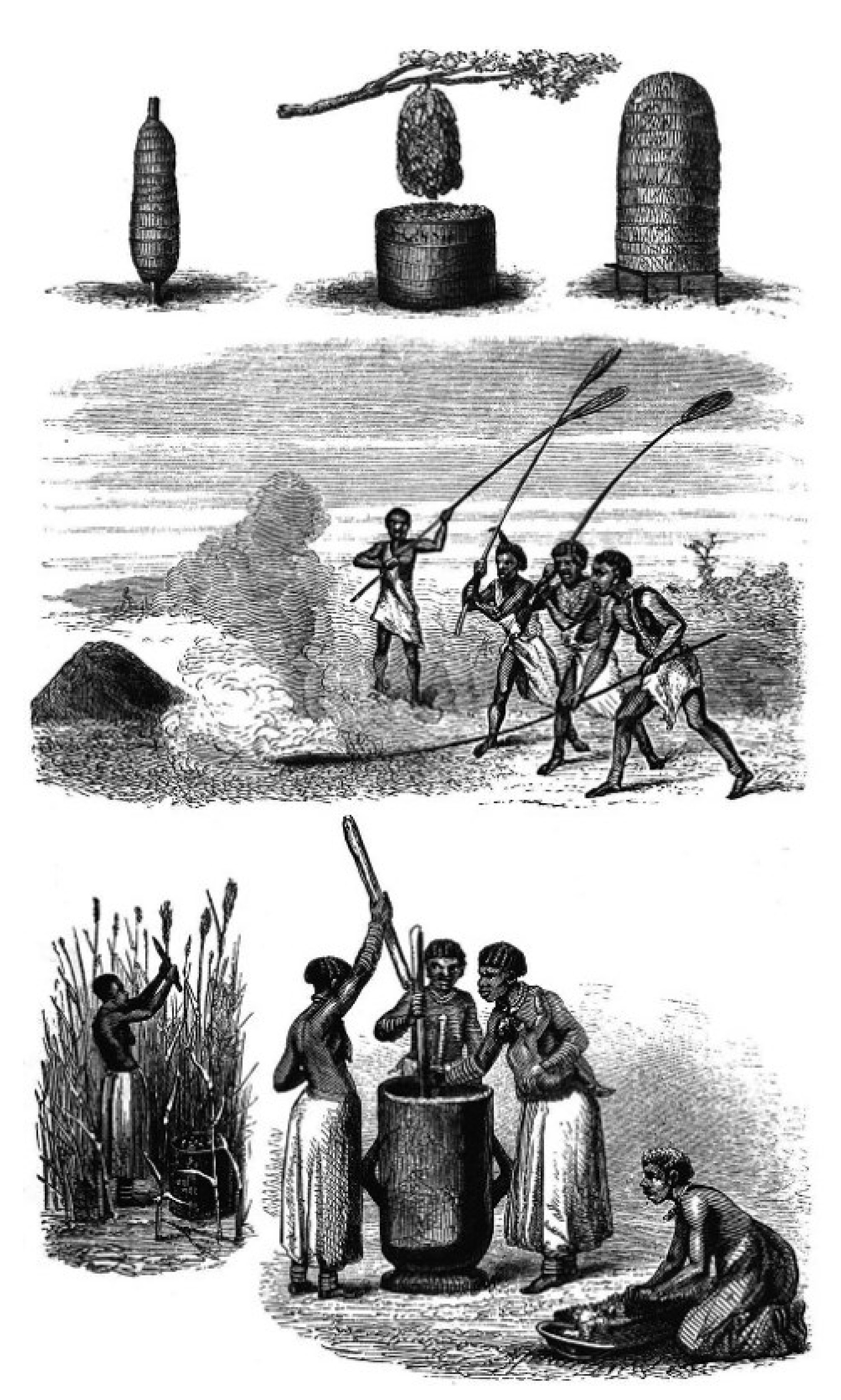
Parece que Burton no se dio cuenta hasta que era demasiado tarde de que, si tenía éxito, la misión de Jack Speke le habría afectado a él un día para mal. Para entonces su «subordinado» —como calificaría siempre a Speke en los relatos que publicó acerca del tiempo que pasaron juntos— se dedicaba a comprar regalos para los jefes de las tribus y a hacer otros preparativos. Speke no se había enemistado con el jeque Said bin Salim, el jefe de su caravana árabe, como le había pasado a Burton, y por consiguiente deseaba tener a su lado a este veterano viajero. El jeque tenía experiencia en negociar con los jefes de las tribus, que exigían cantidades absurdas de mercancías por concederles derecho a pasar por su territorio, y Speke temía no poder llegar nunca al lago sin contar con esas habilidades. Pero inexplicablemente Said bin Salim rehusó acompañarlo. En Inglaterra, Burton diría que el jeque había quedado horrorizado «ante la perspectiva de encontrar la muerte», pero poco después de negarse a ir con él el árabe le dijo a Speke, «de la manera más solemne que el capitán Burton le había prohibido terminantemente que lo acompañara». Al margen de esta alegación, en su ejemplar personal del libro de Speke *What Led to the Discovery of the Source of the Nile*, Burton garabateó con su letra picuda: «El jeque mintió. ¿Qué ganaba yo echando a perder mi expedición?». Lo que habría «ganado», naturalmente, habría sido impedir que Speke «echara a perder su expedición» haciéndole sombra. Presumiblemente fue también con el fin de desanimarlo y para que no emprendiera la marcha por lo que

Burton rechazó la solicitud urgente presentada por Speke de llevarse consigo a los hombres de Ramji. Estos eran además excelente lingüistas y negociadores. Burton los había despedido hacía muy poco a causa de su insubordinación, y dijo que iba resultar demasiado caro volverlos a contratar para el viaje al lago. Pero en cuanto Speke emprendió la marcha, volvió a dar empleo a aquellos mismos hombres para utilizarlos él.

Cuando se internó en la selva, Speke iba dándole vueltas a la idea de que Burton «había hecho absolutamente todo lo posible para disuadirme de emprender la marcha». Pero finalmente Speke se las había arreglado para reunir una caravana de treinta y cuatro hombres, con Bombay y Mabruki como capitanes, un hombre de la región como *kirangozi* o guía, Gaetano de cocinero, diez beluchos de guardias, y veinte nativos como porteadores, encargados de llevar los regalos y las mercancías. Salieron de Kazeh el 9 de julio de 1858 al atardecer.

La noche siguiente él y sus hombres habían cruzado ya la frontera de Unyanyembe y durmieron en un poblado africano, con Speke hecho un ovillo en una choza llena de humo y sus hombres acostados junto al ganado o bajo el alero de alguna cabaña. Cada día empezaban la jornada antes del amanecer, cuando el aire era tan frío que Speke «sentía un hormigueo en los dedos». Ocasionalmente se regalaba con un «desayuno copioso a base de carne fría, gambas del lago Tanganica en conserva, jalea de hibisco y café», que debía de representar una buena forma de empezar la jornada, al tener que viajar por un «terreno inhóspito, sin agua y cubierto de espinos y bosques». A la hora de almorzar solía tomar tomates y pimientos de la zona con un pollo de corral. Al cabo de muchas horas caminando por un terreno semejante, Speke disfrutaba siempre que llegaba a un poblado y veía a las mujeres moliendo grano en grandes planchas de granito, cantando mientras golpeaban el fruto con piedras más pequeñas que sujetaban con las dos manos. Se dio cuenta de que las vacas eran mucho más pequeñas que las del lago Tanganica. Cada noche, los porteadores cantaban y bailaban una canción compuesta para la ocasión. «Contenía el nombre de todas las personas relacionadas con la caravana, pero especialmente el del *mzungu* [el hombre blanco].» Con la esperanza de conseguir un poco de leche para beber y algunos huevos, Speke fue a visitar a la jefa de una tribu, que

llevaba los brazos adornados con enormes anillos de latón. Después de recibir los alimentos solicitados, estuvo encantado de permitir a «la sultana» —una mujer de unos sesenta años— que «manipulara» sus zapatos, «lo primero que llamaba la atención en aquellas regiones donde todos van descalzos», y luego tocar sus pantalones, la chaqueta y los botones. Permitió incluso que varios cortesanos manosearan su pelo, «comparado con la melena de un león». Como coincidía con Burton en que pocos africanos creían que un viajero fuera «tan estúpido que se atreviera a arrostrar tantos peligros e incomodidades con fines exploratorios y científicos, que ellos sencillamente no comprendían», Speke les hizo creer que iba al lago «para canjear telas por grandes colmillos de hipopótamo».



Escenas de poblado africano.

El 29 de julio, casi tres semanas después de su partida, atravesó un paisaje de colinas con valles bien cultivados salpicados de palmeras. El aspecto tropical del paisaje le decía que estaban cerca del lago. De hecho, al día siguiente, 30 de julio, Speke vio a varios kilómetros de distancia una cortina de agua que resultó ser un arroyo del gran Nyanza (como Nyasa, la palabra Nyanza significaba «gran extensión de agua»). Antes de llegar hasta él, el grupo tuvo que cruzar el cauce de un río bastante profundo y fangoso frecuentado por hipopótamos, pero el 1 de agosto empezó ya a bajar de los montes y a seguir el arroyo, que tenía anchura suficiente para dar cabida a varias islas pequeñas. Sus ojos estaban todavía demasiado sensibles para poder viajar sin sus «gafas ahumadas francesas, que llamaban tanto la atención de la multitud de gente de color que seguía la caravana, y que [enseguida se ponía] a observar por debajo de su sombrero de ala ancha para ver mejor aquellos ojos dobles». Para que lo dejaran tranquilo, no tardó en quitárselas y cerrar los ojos mientras Bombay llevaba a su borrico del ramal. Dos días después, con las gafas otra vez debidamente caladas, Speke subió a una pequeña colina y desde su cumbre tuvo el placer de ver «las aguas azul pálido del Nyanza».

Resultó bastante decepcionante no poder hacerse una idea exacta de las dimensiones del lago, pues las islas Ukerewe y Mzita le impedían ver la cantidad de agua que había detrás de ambas en dirección al norte. Pero incluso aquel pequeño archipiélago que *pudo* ver, con sus playas de arena y sus laderas boscosas, lo hechizó.

Las islas, cada una de las cuales se elevaba a través de una suave pendiente hasta una cima redondeada, […] [se reflejaban] en la serena superficie del lago, en la cual detectaba yo aquí y allá una manchita negra, la diminuta canoa de algún pescador mwanza [*sic*]. En la llanura que se abría a mis pies en suave pendiente, se veían elevarse ondas de humo azul por encima de los árboles que aquí y allá ocultaban aldeas y poblados, cuyos tejados pardos de paja contrastaban con el verde esmeralda de las matas de euforbia.

Al cabo de tres semanas en la selva, las encantadoras orillas del inmenso lago, que todavía no había visto, lo tenían loco de excitación. Estar allí y ser el blanco que había descubierto el misterioso Nyanza, al cual

llamaban «mar» los árabes y con toda con razón, y que era totalmente desconocido en Europa y América, hacía de aquel el momento más placentero de su vida hasta la fecha.

Ya no me cabía ninguna duda [escribiría más tarde] de que el lago que se extendía a mis pies daba nacimiento a aquel río tan interesante, cuya fuente había sido objeto de tantas especulaciones y meta de tantos exploradores. El relato de los árabes quedaba demostrado al pie de la letra. Aquel era un lago mucho más extenso que el Tanganica, tan ancho que no se veía su final, y tan largo que nadie conocía su longitud.

En aquel momento de éxtasis, el sueño de Speke habría sido echarse al agua y habría podido hacerlo si Burton no se hubiera quedado con su barca portátil. Speke tendría, por tanto, que intentar adquirir una embarcación en aquel lugar en el que el tráfico de esclavos de los árabes era habitual y, por consiguiente, la gente desconfiaba, como es natural, de los extranjeros. Speke quería ir a una de las dos islas, a Ukerewe o a Mzita, y poder así tener desde una posición elevada una vista completa de lo que había más al norte. Por desgracia, Mahaya, el jefe de Mwanza —el poblado a orillas del Nyanza al que había llegado— estaba a matar con Machunda, el rey de Ukerewe y Mzita. Esa enemistad provocaría irremediablemente un retraso a la hora de reunir el contingente necesario de hombres y embarcaciones. Además, Speke oyó decir a Mahaya y a un mercader árabe, Mansur, que las canoas de la zona eran demasiado frágiles para viajar por aquel lago imprevisible. La gente nunca intentaba cruzar el lago de este a oeste saliendo a mar abierto, sino que invariablemente se mantenía cerca de la ribera sur. Así pues, ¿cómo era de grande el Nyanza? La esposa del jefe Mahaya juraba y perjuraba que no tenía fin. Uno de sus caciques intentaba corroborar este mensaje asintiendo repetidamente con la cabeza señalando al norte, «y al mismo tiempo alargando la mano derecha y chasqueando una y otra vez los dedos como si quisiera indicar algo inmenso».

Teniendo en cuenta la temperatura a la que hervía el agua, Speke calculó que el lago estaba casi a mil doscientos metros sobre el nivel del mar. Como sabía que la altura del lecho del Nilo a los 5.º de latitud norte era inferior a los seiscientos metros, llegó lleno de alegría a la conclusión de que «sería desde luego un milagro que este lago no fuera la fuente del

Nilo». La altura del Nyanza permitía con toda seguridad que sus aguas cayeran por las numerosas cataratas que, según se decía, existían a lo largo del río más allá del punto más meridional al que habían llegado los traficantes como De Bono. Y Speke tenía otras razones para creer que «este» lago era el nacimiento de «aquel río tan interesante». En Kazeh había oído a los árabes contar que los montes de la Luna estaban situados al oeste del Nyanza, y que en su orilla izquierda desembocaban varios grandes ríos procedentes de esa cordillera. Y la noticia coincidía con el famoso mapa del Nilo de Ptolomeo. En cuanto a las dimensiones del lago, había recibido los parabienes de un nativo de Unyanyembe que le había contado que había visitado «Kitara o Uddu-Uganda —situada, según conjeturaba Speke, a 1.º de latitud norte—, donde el mar tenía tal extensión y los vientos soplaban con tanta violencia que las canoas no se atrevían a surcar sus aguas». De modo que circunnavegar el lago o cruzarlo de norte a sur iba a ser a todas luces una empresa importantísima, que iba a exigir más tiempo del que tenía a su disposición en aquellos momentos. Así pues, el 7 de agosto Speke inició el viaje de vuelta a Kazeh.

Mis pocas ganas de volver pueden imaginarse mejor de lo que yo puedo describirlas. Sentía unas tentaciones tan grandes como las del infortunado Tántalo […] y tanto dolor como sentiría una madre al perder a su primogénito, así que de inmediato me puse a planear que iba a hacer cuanto estuviera en mi mano para visitar de nuevo el lago.

Speke no habría podido expresar mejor los sentimientos de posesión que abrigaba por el lago que comparándolos con los temores de una madre protectora ante las amenazas de su primogénito. Y si el Nyanza era ahora su hijo, sabía demasiado bien que el lago Tanganica era el hijo de Burton, quien indudablemente recurriría por él a todo su talento para la argucia y los sofismas. Speke sospechaba ya que su superior había intentado desanimarlo e impedir que visitara el Nyanza para preservar el esplendor de su lago Tanganica.

Al atravesar las comarcas agrícolas situadas al sur del Nyanza, Speke fue acogido amistosamente por unas gentes que, al parecer, consideraban su «llegada una manifestación de buen augurio». Al ver por primera vez el lago, «el placer de la mera contemplación se esfumó ante las emociones

más intensas y estimulantes provocadas por la consideración de la importancia comercial y geográfica de las perspectivas que se abrían ante mí». En efecto, mientras se dirigía a Kazeh, empezaron a preocuparle cuestiones de carácter comercial. Reflexionando sobre por qué aquellas gentes no eran más prósperas, a pesar de vivir en un país maravillosamente fértil y rico en agua, Speke culpaba sobre todo a las guerras intestinas. En efecto, cuando iba camino del lago, su guía había insistido en dar un largo rodeo para no verse enzarzado en esas luchas. Sólo un «gobierno protector», decidió Speke, sería capaz de impedir que los más fuertes —ya fueran árabes o africanos— quitaran siempre a los más débiles lo que quisieran. Pero sería un error, pensaba, que «cualquier potencia extranjera de Europa derrocara esos gobiernos wahuma [africanos]; por el contrario, me gustaría que los mantuvieran el mayor tiempo posible».

Speke se vio obligado a abandonar aquellos pensamientos de un futuro imperial benigno y a plantar los pies en el suelo cuando un grupo de aldeanos borrachos armados con lanzas entraron violentamente en la choza en la que estaba descansando. A pesar de ser invitados a salir, siguieron intentando tocarlo y los beluchos empeoraron las cosas amenazándolos con sus armas de fuego. En ese momento tan peligroso, Speke salió valerosamente de su choza y, con la ayuda de un traductor, dijo a la multitud cada vez mayor que se agolpaba en el exterior que «ahora podían quedarse ahí mirando todo lo que quisieran». Por fortuna para él, eso era todo lo que querían.

A primera hora de la mañana del 25 de agosto, «bajo la deliciosa influencia de una noche fresca y una luna espléndida», Speke y sus hombres recorrieron los últimos treinta kilómetros de su viaje de regreso a Kazeh habiendo completado en cuarenta y siete días un viaje de más de setecientos kilómetros entre la ida y la vuelta. Los habitantes de Kazeh fueron detrás de la caravana vitoreándola con alaridos y cánticos. Era la hora del desayuno cuando Speke llegó por fin al *tembe* de Burton y fue invitado a entrar.

Burton se sintió realmente aliviado al ver a Speke, pues había oído rumores sobre la existencia de combates cerca del lago. Al principio Speke sólo habló a su superior de las enormes dimensiones del Nyanza, y Burton reaccionó entusiasmado ante la noticia. Pero al término del desayuno,

Speke anunció que había encontrado la fuente del Nilo. Naturalmente no podía probar su afirmación, pues no había circunnavegado el lago y por lo tanto no podía estar seguro de que no hubiera varios depósitos hídricos al norte de la isla de Ukerewe. La existencia de una relación con el Nilo seguiría siendo irremediablemente una conjetura hasta que pudiera establecer positivamente que el río Kivira, que, según se decía, fluía hacia el norte desde el lago en dirección a Gondokoro, seguía de hecho ese curso.

No obstante, por sensato que fuera ir dando cautelosamente un paso tras otro, la asombrosa experiencia de Speke lo había catapultado más allá del ámbito de la estricta lógica. Había estado en la orilla de un inmenso océano interior no reseñado en los mapas y había visto grandes bandadas de pájaros sobrevolando sus olas. Había oído el viento silbar en los cañaverales y lo había sentido soplar en su cara, agradablemente fresco después de pasar sobre cientos de kilómetros de agua. Había visto su superficie mansa y cristalina al amanecer y había notado su misteriosa presencia en la oscuridad. Lo más sugestivo de todo para él era el hecho de que toda aquella agua estaba situada justo al sur de los puntos más meridionales de la cuenca del Nilo Blanco reseñados en los mapas. Pero Burton rechazó inmediatamente todo esto calificándolo de especulaciones absurdas, aviniéndose tan sólo, al término de la conversación, a efectuar un breve comentario reticente acerca de la ruta de Speke.

Como si hubiera sido fulminado, Burton era incapaz de presentar argumentos con los que doblegar el atrevimiento de Speke. Su incredulidad era emocional además de lógica. ¿Cómo *podía* su subordinado, con lo inculto que era, que no había sido capaz de llegar al Wadi Nogal y ni siquiera había tenido ingenio suficiente para alquilar un jabeque en el lago Tanganica, haberse llevado de repente el premio geográfico más grande de todos los tiempos? Parecía algo perverso, imposible y una especie de error garrafal. ¿Cómo podía Burton estar ni siquiera seguro de que Speke había entendido correctamente a sus informadores árabes y africanos a través del indostaní de Bombay? Pero, por más que luchara contra la posibilidad de que Speke tuviera razón, empezaba a temer que la tuviera.

Speke por su parte había presentado su descubrimiento a su oficial superior para obtener su aplauso, y no había encontrado más que una

incredulidad desdeñosa. Pero a pesar de haber sido herido en lo más vivo, Speke comprendía el terror a ser eclipsado que sentía su comandante. De hecho, sin que él lo supiera, Burton se preguntaba ya qué podía inventarse «para compartir la gloria ganada por su teniente». Pero «Dick el Rufián» parecía olvidarse del triste hecho de que, para compartir ese descubrimiento, tendría que aplaudir primero la hazaña de Speke y regresar con él al lago para un viaje de reconocimiento más a fondo. Burton no sólo había rechazado la propuesta de Speke de visitar de nuevo el Nyanza, sino que se había negado incluso a considerar la posibilidad de navegar por él hacia Uganda, para comprobar si el río Kivira salía de la ribera norte del Nyanza. Y eso era lo que Musa Mzuri, el principal mercader indio de Kazeh, le había asegurado.

Por supuesto, un viaje tan ambicioso no podía empezar hasta que enviaran de Zanzíbar nuevos pertrechos. Y la necesidad de esperar varios meses a que llegaran supondría superar el período de permiso militar que se les había concedido. Aunque, dadas las circunstancias, la Compañía de las Indias Orientales les habría permitido casi con toda seguridad disfrutar de otros seis meses. Desde luego habían gastado demasiado, pero lo que ahora parecía que tenían al alcance de la mano era ni más ni menos que la solución del mayor misterio geográfico del mundo, que al fin y al cabo era el objetivo último de las órdenes de la RGS. Tras desplazarse hasta el lago desconocido descrito por los misioneros, se les había exigido «*continuar hacia el norte en dirección a la probable fuente del Bahr el Abiad* [el Nilo Blanco], *el siguiente gran objetivo que tienen que descubrir*» [las cursivas son mías].

Una vez más, el principal motivo de que Burton se negara incluso a ir al Nyanza era su malísimo estado de salud. Pero teniendo en cuenta que ya había conseguido ir a Ujiji y volver en una litera, ¿no habría podido viajar hasta el lago de la misma manera? Al fin y al cabo, el trayecto no era más largo que el viaje a Ujiji desde Kazeh y, al negarse a hacerlo, Burton estaba tirando por la borda su última oportunidad de ser considerado el codescubridor del Nyanza. Mientras tanto, Speke se quedó dándole vueltas desesperadamente a la idea de que, de no ser por el engorro de tener un jefe enfermo, habría podido ir a Uganda con Musa Mzuri.

Burton y Speke iniciaron el viaje de regreso a la costa el 26 de septiembre de 1858, con ciento cincuenta y dos porteadores reclutados por el hombre de los mil recursos, Said bin Salim. Azotándolos, Burton convenció a los hijos de Ramji, que ahora estaban de nuevo a su servicio, de que cargaran con la impedimenta. Como de costumbre, él era transportado por seis sufridos esclavos, forma de viajar que, según sus cálculos, resultaba treinta veces más cara que hacerlo por tren en Europa.

A primeros de octubre, Speke se vino abajo a consecuencia de una grave enfermedad. Empezó con una sensación de escozor, como si le quemaran con un hierro al rojo vivo por encima de la tetilla derecha. El dolor le pasó luego de ahí al pulmón derecho, luego al bazo y finalmente se instaló en la región del hígado. Bombay llamaba a su afección «los hierrecitos». Probablemente fuera causada por una especie de lombriz que habitaba en la carne de los animales salvajes que Speke había cazado y comido. Tenía unas pesadillas horribles, en una de las cuales «una manada de tigres, leopardos y otras fieras guarnecidas con una cadena de ganchos de hierro, [lo] arrastraban por el suelo con la fuerza de un torbellino», como si quisieran vengarse de los cientos de animales salvajes que había abatido con su escopeta. A veces sufría violentas contracciones de los músculos de brazos y piernas; y en un momento dado se sintió lo bastante enfermo como para pedir papel y pluma y escribir una nota de despedida para su familia. En su delirio, Speke soltó todo el resentimiento que tenía contra Burton por la supuesta acusación de cobardía que le había lanzado este en Berbera y por la forma en que había tratado sus diarios. Burton no habría debido mostrarse tan sorprendido por estos desahogos como fingió estar. Muchos viajeros a África detestaban ver a otro compañero aquejado de cualquiera de las diversas fiebres africanas. Lo cierto es que era habitual que los exploradores dijeran cosas terribles no sólo cuando deliraban, sino también cuando estaban plenamente conscientes. Por ejemplo, uno de los acompañantes blancos de H. M. Stanley aquejado de fiebre intentó pegarle un tiro; y en el Zambeze el Dr. Livingstone la emprendió a puñetazos con su hermano clérigo. Pero Burton daría luego a entender que los desvaríos de Speke se debían al cambio radical de carácter que sufrió en el curso del viaje. Obediente y agradable al principio —sostenía Burton—, Speke

deseaba ahora ser el jefe de la expedición y se regodeaba buscando ofensas imaginarias. Hasta ese momento Burton lo había presentado como un personaje gracioso, pero ahora (aunque en realidad no ahora, pues estas críticas las escribiría muchos meses después) su compañero se había vuelto «retorcido y quisquilloso», exactamente el tipo de oficial de rango inferior ambicioso siempre dispuesto a traicionar a su superior.

Con el fin de echar toda la culpa a Speke del desagrado recíproco que sentiría el uno por el otro desde que este último regresara de su viaje al lago, Burton daría a entender que los dos habían sido buenos amigos hasta que las diferencias de opinión acerca del lago lo habían destruido todo. «Jack cambió su modo de comportarse conmigo a partir de esa fecha», escribió Burton. «Permitió que las diferencias de opinión afectaran al compañerismo». Pero los «recuerdos» que tenía Burton de los primeros días de su viaje, cuando un Speke lleno de admiración le había confiado su diario para que se lo corrigiera y habían leído a Shakespeare juntos, como maestro y discípulo, eran pura fantasía. Speke no sólo se había sentido ofendido por la forma en que Burton había utilizado sus diarios somalíes mucho antes de emprender el viaje a Tanganica, sino que además sus gustos literarios campechanos, masculinos (lo que más le gustaba eran las «lecturas políticas, estadísticas o descriptivas») hacían el cuento de la lectura conjunta de Shakespeare totalmente increíble. El biógrafo que más simpatía muestra por Burton, Mary Lovell, nos lo presenta cuidando con la mayor ternura de un Speke enfermo y cada vez más desagradable, aunque quien realmente lo cuidó fue Zawada, una de las concubinas de Said bin Salim. Pocas veces generoso en materia de dinero, Burton quedó tan impresionado por la amabilidad de Zawada que la «recompensó con gran liberalidad» por la dedicación demostrada.

Durante la marcha de regreso a Zanzíbar —cuando Speke se hallaba también tan enfermo que fue preciso transportarlo en litera—, se produjo un incidente espantoso. El *kirangozi* apalabrado en Ujiji había quedado rezagado varios días porque a su esclava le dolían demasiado los pies para seguir el ritmo de la caravana. «Cuando se cansó de esperar —anota Burton —, le cortó la cabeza por miedo a que se convirtiera gratuitamente en propiedad de otro hombre». Si este asesinato brutal hubiera sido cometido

en una caravana dirigida por Stanley o Baker, el *kirangozi* habría sido detenido y entregado a las autoridades de Zanzíbar o de Jartum. Livingstone habría hecho lo mismo si hubiera podido contar con la obediencia de los demás porteadores. Pero parece que Burton no hizo nada en absoluto. El hecho resulta bastante enigmático, pues poco antes había quitado a Mabruki un esclavo de cinco años al que pegaba mucho y se lo había dado a Bombay, que era mucho más afectuoso. Los dos europeos estaban todavía demasiado débiles para ponerse en pie y Speke era incapaz por aquel entonces de llevar un diario. Así pues, el estado físico de los oficiales británicos quizá explique por qué no se adoptó ninguna medida punitiva inmediata. Pero dos meses después, parece que Burton había olvidado por completo el crimen cometido. En su informe a la Secretaría de Estado de la India decía que como ese mismo hombre «se había comportado bien animando a sus seguidores a permanecer con nosotros», había «recompensado al *kirangozi*».

Los dos exploradores llegaron finalmente a Zanzíbar el 4 de marzo de 1859 después de un absurdo desvío de once horas a Kilwa, debido a la insistencia de Burton, a pesar de la cercanía de la temporada de lluvias y de que había una epidemia de cólera en la zona. Parece casi que Burton buscara un pretexto para retrasar la vuelta a Londres, donde evidentemente habría tenido que rendir tributo a la hazaña de Speke. En el consulado británico confesó que estaba «hundido en una profundísima depresión mental y física», por lo que incluso hablar le costaba demasiado trabajo. Sin decir ni una palabra a Speke (ni en ese momento ni después), redactó una carta a Norton Shaw, que debió de resultarle dolorosísimo escribir. Incluía en ella el mapa del Nyanza elaborado por Speke, y decía:

Llamaría respetuosamente la atención del comité sobre este [mapa de Speke], pues hay poderosos motivos para creer que es la fuente del principal afluente del Nilo Blanco.

Después de hacer esta valerosa admisión, Burton se mostraría incapaz de volver a hacerla, y agravó la deshonestidad de guardarse sus verdaderas opiniones para sí mismo lanzándose a una larga campaña cada vez más vengativa de desacreditación de Speke. La acusación de Burton, que perjudicó la reputación de Speke para siempre, fue que había traicionado a

su antiguo jefe al volver a Inglaterra… presentándose solo ante la RGS tras haber prometido que habría ido a dicha institución sólo en su compañía. Fue de esa manera solapada, diría Burton, como Speke lo quitó de en medio y consiguió el mando en solitario de la siguiente expedición al Nilo. Esta idea de que Speke se comportó de un modo completamente carente de escrúpulos ha sido creída y repetida por cinco de los seis biógrafos más recientes de Burton, y también por el autor de la única biografía de Speke. ¿Pero fue Speke realmente «un sinvergüenza», como ha subrayado uno de los biógrafos más conocidos de Burton?

Tras zarpar juntos desde Zanzíbar el 22 de marzo de 1859 a bordo del clíper *Dragon of Salem*, la pareja desembarcó en Adén el 16 de abril, y se alojó en casa de un viejo amigo de Burton, el Dr. John Steinhaeuser, el cirujano civil de la colonia. Más de diez años después, Burton escribiría que Steinhaeuser «me advirtió repetidamente de que las cosas no iban bien», dando a entender que su amigo sospechaba que Speke estaba tramando algún plan maléfico contra él. De hecho, en el mismo párrafo Burton afirmaba que, durante su estancia en Adén, Speke y él «fueron aparentemente amigos». Pensara lo que pensara el doctor, se dio cuenta de que Burton estaba muy enfermo y le recomendó «un prolongado período de descanso». Por consiguiente a nadie le sorprendió que a Burton no se le diera el certificado médico necesario para viajar y que a Speke sí. Llevaban tres días en Adén cuando atracó el buque de guerra *Furious*, de la Marina de Su Majestad. Tenía que zarpar de nuevo en cuanto se aprovisionara de carbón, así que los dos exploradores debían decidir rápidamente si aceptaban o no la oferta de un pasaje para remontar el mar Rojo hasta Suez. Speke la aprovechó y Burton (probablemente porque no tuvo más remedio) la declinó. Y, al parecer, fue entonces cuando fueron pronunciadas las palabras decisivas que contenían la supuesta «promesa» de Speke. Suele imaginarse que Burton las anotó en cuanto salieron de sus labios.

Las palabras que Jack me dijo y que yo le dije a él fueron las siguientes: «Me daré prisa, Jack, vendré lo antes que pueda», y las últimas que él me dirigió en este mundo fueron: «¡*Adiós, viejo amigo! Puedes estar seguro de que no me presentaré en la Royal Geographical Society hasta que salgas adelante y podamos aparecer en ella juntos. Puedes tener la más absoluta*

seguridad». [En cursiva en el volumen I de *The Life of Captain Sir Richard F. Burton*, compilado por Isabel Burton.]

Si todas las palabras arriba citadas fueron escritas a la vez —y no hay motivo para pensar que no lo fueran— esa vez tuvo que ser después de la muerte de Speke en 1864, pues la afirmación de que fueron «las últimas que él me dirigió en este mundo» no deja lugar a dudas. Pero en 1864 habían pasado cinco años desde que se separaran en 1859, lo que hace que resulte bastante inverosímil que Burton recordara aquel diálogo *verbatim*. Ocho años después de la muerte de Speke, Burton diría, como corroboración del «diálogo», que Speke le escribió desde El Cairo en abril de 1859 —cuando iba camino de Inglaterra— «reiterando su compromiso y rogándome que me tomara todo el tiempo y el descanso que necesitara mi salud maltrecha». Ningún biógrafo ni estudioso de archivos ha visto nunca semejante carta. Resulta sospechoso, porque en los libros de cartas de Burton, en la actualidad en la British Library, se ha conservado lo que parece una serie completa de la correspondencia de Speke con él. Teniendo en cuenta todos los factores, parece muy poco probable que existiera esta carta trascendental, que Burton habría estado especialmente deseoso de conservar. Interesarse por estas cosas no significa buscarle tres pies al gato. La supuesta «traición» de Speke a Burton en aquel momento se ha pensado que demostraba que Speke era un hombre taimado y sin escrúpulos, que engañó a un compañero confiado y honesto. La verdad sobre si hay que echar o no la culpa a Speke de esa terrible enemistad que haría un daño tan duradero a su reputación como hombre y como explorador, depende en gran medida de lo que prometiera en realidad, si es que prometió algo. La versión que favorecen los historiadores es que Speke prometió no presentarse en la RGS a su regreso a Inglaterra, como no fuera acompañado de Burton, pero que luego hizo justamente lo contrario de lo que había jurado no hacer, consiguiendo así respaldo para su propia expedición a África y quitando de en medio a su antiguo jefe. Por eso es por lo que los testimonios de la «promesa» merecen un escrutinio atento.

Cuando leí la única biografía que existe de Speke y luego las seis vidas más recientes de Burton, me sorprendió no encontrar ni una sola mención a la versión *de Speke* acerca de lo sucedido en Adén. Daba la impresión de

que no hubiera escrito nunca nada sobre el tema. Pero lo increíble es que *sí* escribió su propia versión de los hechos, que por lo general ha sido ignorada hasta que en 2006 se publicaron algunos detalles de ella en un pequeño libro de un profesor americano jubilado. La revelación más importante de la versión de Speke se contiene en una sola frase concerniente precisamente al punto en cuestión: lo que Burton le dijo en el momento de separarse. Como el que no quiere la cosa, después de tratar otros asuntos aparentemente más importantes, Speke señala que justo antes de que zarpara el barco, «el capitán Burton dijo que no iba a ir a Inglaterra hasta dentro de muchos meses, pues tenía intención de visitar Jerusalén». Luego, después de unas cuantas frases dedicadas a su certificado médico y a su viaje de regreso a la patria, Speke añade: «Quince días después de desembarcar en Inglaterra, llegó inesperadamente el capitán Burton […]». La diferencia entre las dos versiones no puede ser mayor. Así pues, ¿cuál es la verdadera? ¿La de Burton o la de Speke?

El hecho de que las famosas líneas del diálogo de Burton no aparecieran impresas hasta 1893, tres años después de su muerte, debería restarles credibilidad. Los diarios originales de Burton fueron destruidos por su viuda, de modo que no pueden utilizarse como punto de comparación. Por consiguiente, el famoso diálogo se encuentra sólo en la biografía de su esposo que publicó Isabel Burton, volumen que contiene muchos pasajes de diálogos dudosos y numerosas falsedades. Lo cierto es que la denigración de Speke que hace la señora Burton habla de la posibilidad de que la propia Isabel fuera la autora de ese diálogo (o al menos la encargada de corregirlo). El propio Burton, en cualquier caso, nos proporciona el mejor motivo para dudar de la autenticidad de la conversación. Empezaba su memorable carta a Norton Shaw (la carta en la que admitía que el lago de Speke podía ser la fuente del Nilo) comunicando que debido a su mala salud pensaba salir de Adén «poco tiempo» después que Speke. Y a continuación añadía: «El capitán Speke, no obstante, pondrá a su disposición mapas y observaciones, y dos documentos, uno de ellos un diario de su travesía del lago Tanganica […] y otro su exploración del lago Ukerewe o del Norte». Esto es, lejos de esperar que Speke aguardara a que él regresara a Inglaterra para presentarse en la RGS, con lo que en realidad contaba Burton era con que Speke hiciera

todo lo contrario. Pero mientras que este pasaje desautoriza la idea de que Speke prometió no presentarse en la RGS como no fuera acompañado de su antiguo jefe, la afirmación que hace Burton a Norton Shaw anunciándole que iba a estar en Londres «poco tiempo» después de que llegara Speke, echa por tierra la tesis de que hubiera tenido alguna vez la intención de volver a Inglaterra pasando por Jerusalén. O sea, ¿era Speke tan poco de fiar como Burton y se sacó de la manga el proyectado viaje de este a Tierra Santa?

El único de motivo de que Speke se inventara esta historia habría sido hacer que, al exagerar el tiempo que Burton le había hecho creer que iba a estar fuera de Inglaterra, pareciera menos deshonrosa su visita a la RGS rompiendo la promesa que había hecho a su antiguo jefe. Pero como Burton esperaba efectivamente que Speke fuera a la RGS *sin él*, semejante hipótesis se cae por su propio peso. Es más verosímil que el mentiroso fuera Burton, al decirle a Speke que iba a regresar pasando por Jerusalén sin tener la menor intención de hacerlo. Fingiendo que iban a pasar muchos meses antes de que volviera a Inglaterra, puede que esperara engañar a Speke haciendo que se imaginara que tenía mucho tiempo por delante y que no hacía falta que se presentara en la RGS inmediatamente después de desembarcar. Luego, si cogía el próximo vapor que zarpara hacia Inglaterra y suponiendo que Speke se hubiera ido al campo a descansar con su familia, Burton sería el primero en presentarse en la RGS y en hacerse con el mando de la próxima expedición.

El motivo más evidente para dudar de la veracidad de la alusión de Speke a Jerusalén es que nunca la publicó en ningún libro ni artículo, y por lo tanto no habría tenido que defenderla en público. Pero hay cartas que demuestran que Speke quiso publicar el detalle en 1864 y que sólo se abstuvo de hacerlo porque su editor, John Blackwood, hombre de carácter paternalista, y su madre, deseosa siempre de controlarlo, lo presionaron mucho para no añadir a su próximo libro una coda o «cola» de ocho páginas que contenía lo del viaje a Jerusalén y algunas críticas a Burton referentes a las dos expediciones. Pero aunque Speke permitió al principio que se suprimiera la «coda», en el verano de 1864 estaba haciendo campaña para

incluirla en la segunda edición de su libro *What Led to the Discovery of the Source of the Nile*.

A Blackwood no le preocupaba lo más mínimo la descripción que hacía Speke de su despedida de Burton en Adén (ni de lo que se dijeron o dejaron de decirse uno a otro), pero aconsejó insistentemente a Speke que no se enzarzara en una disputa pública con Burton sobre si había pagado o no puntualmente a los porteadores. Cuatro de las ocho páginas de la «Coda» se dedicaban a contar detalles acerca de la mezquindad de Burton con sus empleados africanos. Blackwood temía que, ahondando en esta disputa, Speke pareciera demasiado vengativo. Las otras cuatro páginas hablaban sobre todo de que Burton no había sabido darse cuenta de la enorme importancia de dirigirse al norte, a Uganda, antes de abandonar África. Speke defendió apasionadamente la publicación de la «Coda», pero al final su editor logró convencerlo de que la retirara de todos los ejemplares, excepto de unos pocos volúmenes editados especialmente para ser regalados a tres o cuatro miembros de la familia de Speke. Pero a mediados de agosto de 1864, Speke había decidido publicar la «Coda» en la siguiente edición de *What Led to the Discovery of the Source of the Nile*, fueran cuales fuesen las consecuencias, y ordenó a George Simpson, director gerente de Blackwood, que la incluyera en la segunda edición. Hizo saber a Simpson que «las señoras» (su madre y sus tías) estaban ahora de acuerdo con él en que «la mejor política es decir la verdad y poner en evidencia al diablo», o sea Richard Francis Burton. Al mismo tiempo, en un intento de tranquilizar a Blackwood, Speke le dijo que «podía demostrar todo lo que decía». De modo que Speke *había estado dispuesto* a defender sus afirmaciones acerca del desvío de Burton por Jerusalén.

El único motivo de que no apareciera la «Coda» en la segunda edición (ni en ninguna otra) de *What Led to the Discovery of the Source of the Nile* fue que Speke murió antes de que llegara a hacerse una nueva reimpresión. Luego, una vez fallecido, su afligida madre y sus hermanos no tuvieron ganas de publicar nada que los enzarzara en una disputa pública con Burton acerca de unos porteadores no pagados o de sus deficiencias como explorador. De modo que durante casi ciento cincuenta años la «Coda» seguiría existiendo sólo entre las tapas de esos tres o cuatro ejemplares.

Aunque lo más probable es que Speke no hiciera ninguna promesa a su antiguo jefe, las quejas de traición de Burton se basaban también en lo que supuestamente se hizo en Londres entre mayo y junio de 1859. «Llegué a Londres el 21 de mayo —escribiría—, y me encontré con que ya lo habían hecho todo por mí. O mejor dicho, contra mí». ¿Pero qué *habían* hecho?

7

Un asunto canallesco

Según Burton, al día siguiente de regresar a Inglaterra, el capitán Speke se vio tentado de pasar por la sede de la Royal Geographical Society y poner en marcha una nueva exploración. Habiendo yo supuesto que aguardaría a mi llegada a Londres antes de aparecer en público, llevaba muy atrasado mi proyecto.

Aunque se trata de una curiosa distorsión de lo que sucedió en realidad, es una versión que, en términos generales, sería aceptada por todos los historiadores.

En realidad, el 8 de mayo de 1859, el día en que desembarcó en Inglaterra, Speke había reservado una habitación en el Hotel Hatchett en Piccadilly, y no tuvo que pensar en si debía ponerse en contacto o no con la RGS, pues ya se había filtrado la noticia de dónde iba a alojarse. Sin necesidad de hacer nada, recibió una nota del Dr. Norton Shaw invitándolo a asistir al día siguiente a la reunión mensual de la RGS en Whitehall Place. Speke respondió aceptando asistir «al discurso de mañana». Sabiendo que la discusión se centraría en el Nyanza, escribió con más cautela de la que había mostrado hasta entonces: «Creo muy firmemente que el Nyanza es una fuente del Nilo, si no la principal». Shaw sabía por otras cartas anteriores de Speke que había sido él, más que Burton, hombre con mucho menos aguante, el responsable de hacer todas las observaciones científicas y los mapas de la expedición y el que había visitado por su cuenta el Nyanza. Por este motivo, parece que fue Shaw el que decidió que la llegada de

Speke antes que Burton ofrecía a la RGS una oportunidad que había que aprovechar. Así pues, llevó a Speke a la casa del secretario designado de la RGS, Clements Markham —antiguo oficial de la marina, viajero y periodista ocasional—, en Belgravia, para poder discutir en confianza entre los tres lo que había que hacer. El resultado, en palabras de Markham, fue el siguiente: «Hablamos de toda la cuestión durante algún tiempo, y al día siguiente fui con él [Speke] a ver a *sir* Roderick […], [que] enseguida lo hizo subir». Puede que Speke lograra manipular a Shaw y a Markham para que organizaran una entrevista con *sir* Roderick Murchison, el presidente de la RGS, pero parece mucho más verosímil que los dos miembros de la institución decidieran por su cuenta que valía la pena que Speke se encontrara con *sir* Roderick lo antes posible.



Sir Roderick Murchison.

En cualquier caso, el día 9, Speke se reunió con Murchison, le mostró su mapa del Nyanza, y le dijo que el río Kivira era un afluente del Nilo Blanco. «Sólo tengo que decir que *sir* Roderick aceptó inmediatamente mi tesis», escribe Speke, y añade lleno de gozo que las palabras del presidente de la RGS al despedirse fueron: «Speke, tenemos que enviarle otra vez allí».

Burton llegó al muelle de Southampton el 20 de mayo, y luego se quejaría de que, al llegar, se encontró que «ya lo habían hecho todo por mí. O mejor, contra mí. Mi compañero estaba ante mí con su verdadera cara como un rival airado». ¿Pero *realmente* estaba airado Speke? Y además, ¿«ya lo habían hecho todo contra». Burton? El 19 de mayo —en cuanto se enteró de que la llegada de Burton a Southampton era inminente—, Norton Shaw pidió a Speke que preparara un informe para la reunión ordinaria de la RGS a celebrar el 23 del corriente. Speke contestó con un espíritu más cortés que airado:

Si se necesita un informe geográfico para ilustrar mi mapa, estaré encantado de escribir uno, desde luego. Al mismo tiempo, creo que no sería justo con el capitán Burton, al mando de la expedición, que yo tocara ningún aspecto que no se refiriera enteramente a esa cuestión específica, especialmente porque sé que Burton ha trabajado mucho observando y obteniendo gran cantidad de materiales relacionados con las maneras, costumbres y recursos productivos de todo el territorio atravesado por la expedición.

Indudablemente Speke quería una expedición para él solo, y no es de extrañar teniendo en cuenta que Burton había estado enfermo las tres cuartas partes del tiempo y le había impedido explorar a fondo el lago Tanganica y la parte norte del Nyanza. Burton afirmaría luego que Speke decidió volver a África sin él sólo porque Laurence Oliphant —un joven escritor de libros de viaje y crítico de talento, miembro del comité de la RGS— le había llenado la cabeza de pájaros durante la semana en la que la casualidad los hizo coincidir a bordo del *Furious*, de la Marina de Su Majestad, durante la travesía de Adén a Suez. Naturalmente Speke no necesitaba que Oliphant le alertara de su incompatibilidad con Burton ni de la necesidad de ser dueño de su propio destino en el futuro. De hecho,

cuando salieron de Kazeh, Speke había escrito a su hermano Edward sugiriéndole que fuera a Uganda con él.

Pero independientemente de lo que Speke quisiera para sí, no hay testimonios solventes de que en el momento en el que Burton llegó a Londres el 21 de mayo los jefazos de la RGS hubieran tomado ya a escondidas la decisión de enviar a Speke a África sin su antiguo compañero, como Burton aseguraría más tarde. Desde luego a finales de mayo Speke se había reunido ya con *sir* Roderick Murchison, que había dicho que deseaba enviarlo de nuevo a África al frente de su propia expedición. Sin embargo, las decisiones de este tipo no las tomaba el presidente, a pesar de la considerable influencia que tenía, sino el Subcomité de Expediciones. En efecto, un mes después de que regresara Burton, Speke y él fueron convocados para que se presentaran ante dicho comité a defender las propuestas, recientemente presentadas por escrito, de llevar a cabo sendas expediciones a África por separado. No cabe duda de que Laurence Oliphant, que formaba parte de este comité de tres miembros, había contado a sus colegas que mientras Speke y él habían navegado a bordo del *Furious*, el joven explorador le había hablado de lo poco que le gustaba su antiguo jefe, y que ello hacía que fuera imprescindible invitarle a él y a Burton a presentar dos propuestas *diferentes* de expedición a África oriental, para que el comité juzgara cuál de ellas merecía su apoyo.

Burton escribió: «Yo iba retrasado con mi proyecto. Consistía en entrar en África por tierras somalíes o desembarcando en la ciudad árabe de Mombas [*sic*], desde donde podría fijarse con facilidad la vertiente suroriental de la cuenca del Nilo». En realidad, ese «retraso» no tendría nada que ver con el subsiguiente rechazo del itinerario que propuso. Tres años antes él mismo había declarado que viajar al interior de África desde Mombasa era demasiado peligroso, y su huida por los pelos de Somalilandia hacía que esta ruta alternativa resultara igualmente poco grata a la RGS. Irremediablemente las lamentables condiciones físicas de Burton habrían contribuido a disuadir a cualquiera de enviarlo a otro viaje a África, de consecuencias verosímilmente fatales. Su futura esposa, Isabel, lo describía a su regreso en los siguientes términos: «[estaba] parcialmente ciego […] seco como un esqueleto, la piel de un color amarillo parduzco le

colgaba en bolsas, tenía los ojos saltones y los labios separados de los dientes». Un breve paseo por el Jardín Botánico solía acabar, decía, teniendo que llevárselo «casi desfallecido en un coche de punto».

Speke, por otra parte, tenía muy buena salud y su propuesta de volver al Nyanza por la ruta que ya había explorado y marchar siguiendo la orilla oeste del lago hasta Uganda y el río Kivira agradó al comité, que la encontró más realista. Pero aunque los planes de Burton eran totalmente impracticables, su afirmación de que la traición de Speke le había impedido embarcarse en una misión viable se repetiría en tres de sus libros, en la biografía de su esposa y luego sería reproducida por la mayoría de sus biógrafos. No resulta fácil aminorar la potencia acumulativa de esta queja de traición repetida una y otra vez. Hasta el solitario biógrafo de Speke recurre a ella. Nadie se ha resistido a seguir la línea del sarcástico geógrafo y promotor de la eugenesia, Francis Galton, y ver a Speke como «el sólido británico convencional», considerado preferible por personajes poco imaginativos de la minoría dominante como Murchison, que indudablemente habría desconfiado de «Dick el Rufián» por considerarlo «un hombre de genio y gustos excéntricos, orientalizado en su carácter y totalmente bohemio». Lo cierto es que esos académicos habrían apoyado a Burton incondicionalmente si hubieran pensado que era probable que resultara ganador en África. Pero cuando Burton se sentó ante la mesa bien barnizada del comité en Whitehall Place frente a Laurence Oliphant y sus colegas más venerables, estaba tan enfermo y sus argumentos fueron tan poco convincentes, que ni siquiera pudo ofrecer una fecha aproximada de comienzo de su viaje. Su biógrafo más reciente, y también el más perspicaz, ha calificado justamente su propuesta como «la última tirada a la desesperada que hace un jugador de dados cuando sabe que se le ha acabado la racha».

Dos días después de este encuentro tan incómodo, Burton tuvo que soportar otro. Como jefe de la expedición fue condecorado con la medalla de la RGS delante de un numeroso público de caballerosos geógrafos y viajeros. Una ocasión muy feliz, habría pensado cualquiera, pero como *sir* Roderick Murchison dedicó la mayor parte de la charla previa al acto de premiación a elogiar al capitán Speke y no al capitán Burton, su público se

quedó con la extraña impresión de que, si bien Burton tenía derecho a la medalla como jefe de la expedición, quien en realidad había hecho el trabajo había sido Speke. «Un elemento notable de la expedición es el viaje del capitán Speke desde Unyanyembe hasta el gran lago interior llamado Nyanza», comentó Murchison, poco antes de llamar la atención de Burton sobre «el papel importantísimo desempeñado por su colega, el capitán Speke, en el curso de la expedición africana capitaneada por usted». El geógrafo de cabellos grises ya había hablado con anterioridad del gran valor de las observaciones de Speke acerca de la latitud y la longitud. Esos desagradables recordatorios de todo lo que tenía que agradecer a su «subordinado» obligaron a Burton a rendirle él también tributo. No volvería a hacerlo nunca más.

Al capitán Speke [reconoció Burton] se deben los resultados geográficos a los que ha hecho usted alusión en términos tan halagadores. Mientras yo me ocupaba de la historia y la etnografía […] sobre el capitán Speke recayó la ardua tarea de delinear la topografía exacta y de marcar nuestra posición mediante observaciones astronómicas, labor para la cual a veces el impávido Livingstone no se sintió capacitado.

No obstante, al cabo de un año, Burton escribiría en el prólogo de su libro *The Lake Regions of Central Africa* lo siguiente:

No podía esperar gran cosa de su ayuda; no era un lingüista —desconocía tanto el francés como el árabe— ni un hombre de ciencia, ni un observador astronómico preciso […] Durante la exploración desempeñó actividades subordinadas, y […] no estaba capacitado más que para desempeñar actividades subordinadas.

Finalmente Burton afirmaría que todo el mérito de la expedición era exclusivamente suyo:

Encabecé la caravana más desordena imaginable hasta el corazón del África intertropical y logré descubrir el lago Tanganica, y la parte sur de lo que ahora se llama lago Victoria Nyanza […] Mis esfuerzos facilitaron así la entrada de ulteriores expediciones, que no tuvieron más que seguir mis pasos.

Para tratarse de un hombre que había tenido que ser llevado en litera la mayor parte del tiempo y que no había hecho ninguna observación

científica, era una afirmación muy fuerte.

A finales de 1859 tres motivos de discrepancia distintos habían atizado los rescoldos del desagrado mutuo hasta convertirlo en odio. El primero tenía que ver con lo que se debían uno a otro desde el punto de vista financiero, el segundo surgió con la publicación de los últimos diarios de Speke, y el tercero vino desencadenado por la diferencia de criterios sobre el pago de los porteadores africanos que los habían acompañado. Los dos exploradores regresaron a Gran Bretaña en mayo, y todavía en julio Speke al menos seguía comportándose con su compañero con bastante consideración. Cuando tanteó por primera vez a un editor de Edimburgo, John Blackwood, Speke le explicó que deseaba que sus diarios aparecieran en el *Blackwood's Magazine* (una de las publicaciones preferidas de los oficiales del ejército de la India) y no en forma de volumen, pues no quería sacar un libro suyo antes de que Burton publicara su *magnum opus*. «Por ningún concepto y de ninguna manera me pondría yo en contra suya», insistía. Tampoco escribiría Speke nada ofensivo acerca de Burton en el texto de los diarios publicados, que aparecerían en dos números consecutivos del *Blackwood's Magazine* correspondientes a los meses de septiembre y octubre. No podía esperar que Burton reaccionara de manera hostil, pues antes de que aparecieran publicados dijo a Burton que esperaba que sus diarios «resultaran útiles a él y a sus escritos».

Pero a la hora de la verdad estos dos números de la revista, aparentemente inocuos, irritaron sobremanera a Burton. «Contenían —escribiría más tarde—, afirmaciones absurdas que todos los lectores podían detectar. Un [dibujo en forma de] herradura o de peluca de canciller, de unos mil ochocientos metros de altura y casi trescientos kilómetros de profundidad, se prolongaba más allá del ecuador y se llamaba pomposamente "montes de la Luna". Y el lago Nyanza era desplazado unos doscientos kilómetros más al norte de donde se situaba originalmente según las informaciones de los árabes». Naturalmente, la localización que atribuía Speke a los montes de la Luna en un semicírculo al norte del extremo septentrional del lago Tanganica (esto es, casi cuatrocientos kilómetros más al sur de su verdadera posición) separaba dicho lago del Nilo, pero como cuando navegaron por él habían encontrado a numerosos informadores que

les aseguraron enfáticamente que el río situado en la punta más septentrional del Tanganica no salía del lago, sino que desemboca en él, la relación entre el Tanganica y el Nilo había quedado ya hecha trizas. En sus *Lake Regions*, Burton replicaba situando *sus* montes de la Luna al norte del Nyanza de Speke, aislándolo así del Nilo, por simple espíritu de contradicción, y dando la impresión de que era más probable que el Tanganica, y no el Nyanza, fuera la fuente del Nilo. Y ello pese a la opinión expresada anteriormente por el propio Burton a Norton Shaw en el sentido de que el Nyanza era seguramente «la fuente del principal afluente del Nilo Blanco».

La afirmación de Burton, por lo demás cierta, de que Speke había situado el Nyanza en el mapa demasiado al norte sacó de quicio a este último porque, mientras estaban en África, su excompañero había estado en posesión de un estudio de un misionero austríaco, Ignatius Knoblecher, acerca de sus viajes al sur de Gondokoro, en el cual se explicaba que el citado emporio y su misión estaban a unos trescientos cincuenta kilómetros al norte del Nyanza. Speke dijo lleno de irritación a Norton Shaw: «[Burton] no debería haberme dejado traer aquí mi mapa sin avisarme de que había inundado con mi lago el emplazamiento de la misión». Y escribió indignado al propio Burton en los siguientes términos: «Sólo puedo decir que para la geografía es increíblemente lamentable que no me dijera usted nada [al respecto]». Burton no intentó ni siquiera disculparse negando haber leído el libro de Knoblecher. Había querido dejar en ridículo a Speke y lo había conseguido.

Otro golpe a las relaciones aparentemente amistosas entre los dos excompañeros vino de la diferencia de opinión acerca de cuándo exactamente habría debido pagar Speke su parte de las deudas de la expedición, al margen de las mil libras originalmente asignadas por el gobierno británico. A mediados de junio se ofreció a pagar la mitad de cualquier suma que al final se debiera a los acreedores, pero sólo después de que Burton presentara una solicitud para que el gobierno de Bombay les reembolsara el dinero. En el momento en el que la solicitud fuera denegada, él pagaría su parte. Burton se irritó mucho ante aquella táctica dilatoria —o lo que él creía tal—, pero no se decidió a presentar una solicitud de

reembolso al gobierno de Bombay hasta finales de marzo del año siguiente. La negativa no llegó hasta varios meses después y el hermano de Speke, Ben, pagó la deuda por Jack, que ya había zarpado rumbo a África.

La discusión sobre si habría habido que pagar algo a los porteadores de la expedición y a otras personas que habían prestado servicios para ella cuando los dos exploradores habían regresado a Zanzíbar suscitó más encono que la cuestión de las deudas que tenían uno con otro. La cosa se enredó todavía más debido a la intervención del capitán (y finalmente general). Christopher P. Rigby, que había sucedido al coronel Hamerton como cónsul británico en Zanzíbar, y había sido el único rival de Burton en la India como lingüista excepcionalmente dotado de la Compañía de las Indias Orientales. Nunca se podrá probar si Rigby tenía envidia de Burton o no, pero desde luego sentía aversión por él y cuando se enteró de que a Speke le pasaba lo mismo se creó un fuerte vínculo entre los dos.

Burton sostenía que a los doce soldados beluchos que les había proporcionado el sultán Majid no se les había dado «ninguna paga regular, pues eran servidores del príncipe». A cada uno se le había entregado «un adelanto» de veinte dólares de María Teresa; y cuando se les contrató, se les hizo creer (y son palabras de Burton) que había «perspectivas de remuneración a su regreso». Burton se negó a pagarles esa «remuneración» debido a su «mala conducta notoria», manifestada por ejemplo en desobedecer las órdenes que se les daban y desertar durante breves períodos. Habida cuenta de las penalidades y los peligros de los viajes por África, pocos habrían sido los porteadores que hubieran cobrado algo si las negativas ocasionales a continuar la marcha o las ausencias periódicas hubieran sido óbice para cobrar su paga después de meses de durísimo trabajo.

Esa fue desde luego la línea que adoptó Speke cuando escribió a Rigby en nombre de los guardias beluchos y del resto de los porteadores y demás criados. «A los beluchos, le dije [a Burton] repetidamente, habría que pagarles algo». El sultán de Zanzíbar se mostró de acuerdo y dio a estos hombres dos mil trescientos dólares (equivalentes a cuatrocientas sesenta libras). Speke adoptó la misma postura con los diez esclavos de rango superior, cuyo propietario, Ramji, había sido «desvalijado». Ramji había

cobrado trescientos dólares de adelanto, y luego Burton se había negado a pagar nada más por los once meses adicionales que estos hombres habían estado con él. En su opinión, habían sido «los más alborotadores del grupo». Speke discrepaba, tanto en este caso como en el del jeque Said bin Salim, el jefe de la caravana, que había cobrado del coronel Hamerton quinientos dólares de anticipo y había tenido de él la promesa de que «si escoltaba a los caballeros hasta el Gran Lago del interior y los traía sanos y salvos de vuelta a Zanzíbar, sería generosamente recompensado». Speke había entendido que Said habría cobrado mil dólares y un reloj de oro. Uno de los motivos que adujo Burton para no pagar a Said bin Salim ni un penique más fue que se había negado a ir con Speke al Nyanza. En realidad, Burton le había prohibido hacerlo. Burton acusó también a Said de negligencia y falta de honradez, pero Speke lo consideraba injusto y de hecho nombró a Said jefe de la siguiente caravana que llevó a África. Según Speke, la escandalosa mezquindad de Burton con Said se debía a que había descubierto que le había mentido al decirle que era de sangre real. Como buen esnob que era, Burton había visto en este engaño una ofensa horrorosa. «Fue realmente un asunto canallesco», afirmaba Speke, que estaba tan enojado que proporcionó a Rigby la munición necesaria para presentar una denuncia a la Secretaría de Estado de la India.

La brecha entre los dos exploradores se hizo insalvable cuando Burton se enteró a primeros de febrero de 1860 de que las funestas cartas de Speke al cónsul Rigby a propósito de las pagas no percibidas por los porteadores habían sido suministradas por Rigby a la Secretaría de Estado de la India. En su momento invitarían a Burton a responder a las alegaciones hechas por Rigby diciendo que no había pagado a sus hombres. Las explicaciones que adujo no fueron aceptadas y, al poco de recibir la amonestación oficial, Burton hizo saber a Speke que no deseaba seguir comunicándose con él directamente.

El verdadero carácter de Speke queda de manifiesto en una nota que escribió a Burton el 16 de abril de 1860, poco antes de abandonar Inglaterra. Dado lo peligroso que iba a ser su viaje, Speke sabía que aquella podía ser la última oportunidad que tuviera de poner fin a su disputa. Los dos habían venido tratándose últimamente uno a otro de usted y llamándose

«señor», pero Speke volvió a utilizar la forma más amistosa de dirigirse a él que siempre había usado:

Mi querido Burton:

No puedo marcharme de Inglaterra dirigiéndome a ti con tanta frialdad como has hecho tú hasta ahora en tu correspondencia, especialmente cuando has accedido a alcanzar un arreglo amistoso en lo tocante a las deudas que tengo contigo.

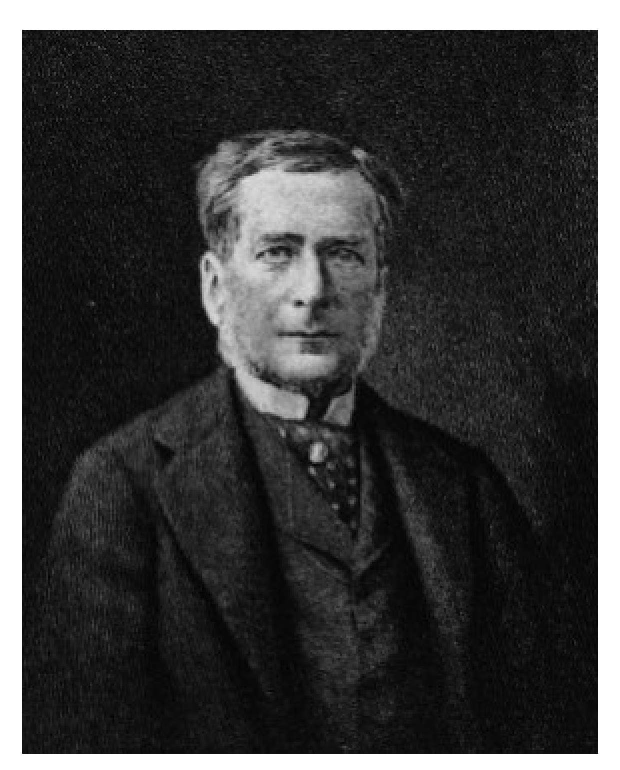
La respuesta original de Burton ya no existe, pero sí se conserva el borrador a lápiz que escribió en el margen de la carta conciliatoria de Speke. La deuda, reconocía, había quedado satisfactoriamente saldada, y a continuación añadía: «Sin embargo no puedo aceptar su ofrecimiento de tratarnos con menos frialdad en nuestra correspondencia y cualquier otro tono me resultaría enormemente desagradable. Para usted soy señor […]». Si Burton envió o no esta respuesta tal como la redactó en un principio no se sabrá nunca. Su carrera como explorador había acabado y lo consumía el odio hacia el hombre que había ido con él a África como «subordinado» suyo y ahora lo había suplantado y eclipsado. Con el paso de los años aprovecharía cualquier oportunidad que se le presentara de ridiculizar y socavar las teorías geográficas y los logros de Speke.

8

Nuestro audaz amigo

Mientras aguardaba a que el gobierno británico encontrara las dos mil quinientas libras que necesitaba para su nueva expedición, Speke continuó escribiendo diarios para su publicación. Para empezar, el editor que había escogido, John Blackwood, le dijo en tono descorazonador que había encontrado «grandes defectos» en su obra, «principalmente debidos a su falta de práctica en la producción literaria». Pero Speke no se lo tomó a mal, y replicó con una ingenuidad encantadora: «Soy un novato total en el arte de la pluma: mi fuerte está en la actividad de campo, no en el despacho». Pero el hombre de letras de mediana edad y el joven militar convertido en explorador no tardarían en gustarse y respetarse mutuamente. Blackwood revisaría muy pronto su opinión sobre el trabajo de Speke y admitiría que ya no lo corregía tan cuidadosamente como antes, pues a menudo se sentía tan atrapado por su relato que se «olvidaba de fijarse en si escribía bien o mal en inglés […] Hay tanta realidad en su descripción de la fuga de los somalíes que es mejor que la literatura más refinada». A pesar de que muchos de sus autores tenían un estilo recargado —como entonces era casi de rigor para todo aquel que quisiera ganarse fama de escritor elegante—, Blackwood aseguraba a Speke que tenía la intención de conservar su «narrativa llana y honesta, y no buscar ningún adorno literario». Como Speke le había advertido que consideraría «intolerable que un maldito individuo cualquiera» pretendiera hacerle «hablar de “cielos de azur”», las cosas estaban bien como estaban. Una prueba del afecto de

Blackwood por su intrépido autor sería que para suplir las carencias de su cultura formal le enviara novelas tales como *El molino del Floss* para ayudarle a desarrollar un gusto por la literatura distinguida. A propósito de Speke Blackwood diría a John Delane, el redactor de *The Times*,



John Blackwood.

[Mi] modesto amigo, simpático y temerario […] es un personaje con un marcado toque de Robinson Crusoe: nunca me topé con una mezcla tal de sencillez y de ignorancia casi infantil, combinada con una energía infatigable y una maravillosa inteligencia genuinamente propia.

Pero Blackwood no adoptó nunca aires de superioridad con Speke en persona, por lo que el explorador se sentiría siempre sinceramente agradecido con él. «Muchas gracias por lo que ha hecho usted», escribió tras el éxito de la publicación de sus diarios en el *Blackwood’s Magazine*.

«Ha hecho usted de mí un personaje casi literario. Me siento orgullosísimo […] ¡Es maravilloso pensar en ello!».

Después de pasar unos días con la familia Blackwood en St. Andrews, Speke visitó las oficinas de su editor en Edimburgo y allí le mostraron una copia de un mapa del Bahr el-Ghazal, el complejo sistema fluvial situado al oeste de Gondokoro que alimentaba el cauce principal del Nilo. Dicho mapa era obra de un ingeniero de minas galés, John Petherick, que había sido el primero en viajar a Sudán para buscar carbón diez años antes, y que desempeñaba una doble función, la de vicecónsul honorario de Gran Bretaña en Jartum y la de traficante de marfil en las regiones más al oeste de Gondokoro. Speke había conocido a Petherick en casa de *sir* Roderick Murchison y le dijo a Blackwood que tenía intención de ponerse en contacto con él de nuevo, pues era «sin duda el mayor viajero por esa parte de África». Speke esperaba que, si conseguía reunir los fondos necesarios, Petherick estaría dispuesto a viajar al sur remontando el Nilo y reunirse con él llevando hombres y embarcaciones en algún punto situado entre la ribera norte del Nyanza y Gondokoro, prestándole una ayuda fundamental para atravesar el territorio de las tribus hostiles que, según se decía, habitaban aquel país todavía sin explorar. Para entonces Speke esperaba haber terminado ya de recorrer la parte occidental del Nyanza hasta Uganda, y haber encontrado el lugar preciso de la ribera norte del lago en el que nacía el Kivira, es decir, el Nilo, según pensaba él. En una carta a Norton Shaw decía con un entusiasmo excesivo: «He pedido a Petherick que venga aquí a pasar unos días, antes de que vuelva a marcharse, y así podamos hacer los preparativos necesarios para *abrir* África al mundo de par en par, él desde el norte y yo desde el sur».

Petherick fue, en efecto, a pasar unos días con Speke en la imponente casa de sus padres en Somerset, y aunque en aquella época esnob habría cabido esperar que un miembro de la pequeña aristocracia rural inglesa como Speke mirara por encima del hombro a un traficante de marfil de orígenes humildes, ya en la primera entrevista se llevaron muy bien y Speke compararía afectuosamente las maneras enérgicas de aquel galés fornido y de pelo rizado con las de un «hipopótamo exuberante». Enseguida recomendó a Petherick a Blackwood como futuro colaborador de su revista,

e hizo una generosa contribución para sufragar los costes de edición del libro de Petherick, *Egypt, the Soudan and Central Africa* («Egipto, Sudán y África central»).

Por desgracia, el gobierno británico —que finalmente había concedido a Speke sus dos mil quinientas libras— no estaba dispuesto a contribuir en absoluto a los gastos de la expedición de Petherick, de modo que la RGS se vio obligada a lanzar un llamamiento público que se cerraría en enero de 1861 sin haber conseguido reunir más que la mitad de las dos mil libras necesarias. Estas deficiencias darían lugar a graves malentendidos. Así pues, aunque en sus instrucciones la RGS decía a Petherick que debía «viajar en dirección al lago Nyanza con vistas a socorrer al capitán Speke y traerlo a él y a su grupo sanos y salvos al centro comercial de Gondokoro», Petherick dudaba en secreto de que pudiera dedicar, como le pedía la RGS, la friolera de dos años a esperar a Speke, que se hallaría en el sur lejísimos de Gondokoro. Mientras Speke empezaba a confeccionar la lista de todos los sextantes, horizontes artificiales, cronómetros de bolsillo y otros artilugios que iba a llevarse consigo, desconocía por completo las dudas de Petherick. En realidad le tranquilizó mucho saber que el fornido cónsul permanecería esperándolo en el Alto Nilo con nuevos suministros y pertrechos, para ayudarle a gestionar el peligroso último cuarto de su heroico viaje. Nunca se le ocurrió pensar en la posibilidad de que Petherick no se presentara a la cita.

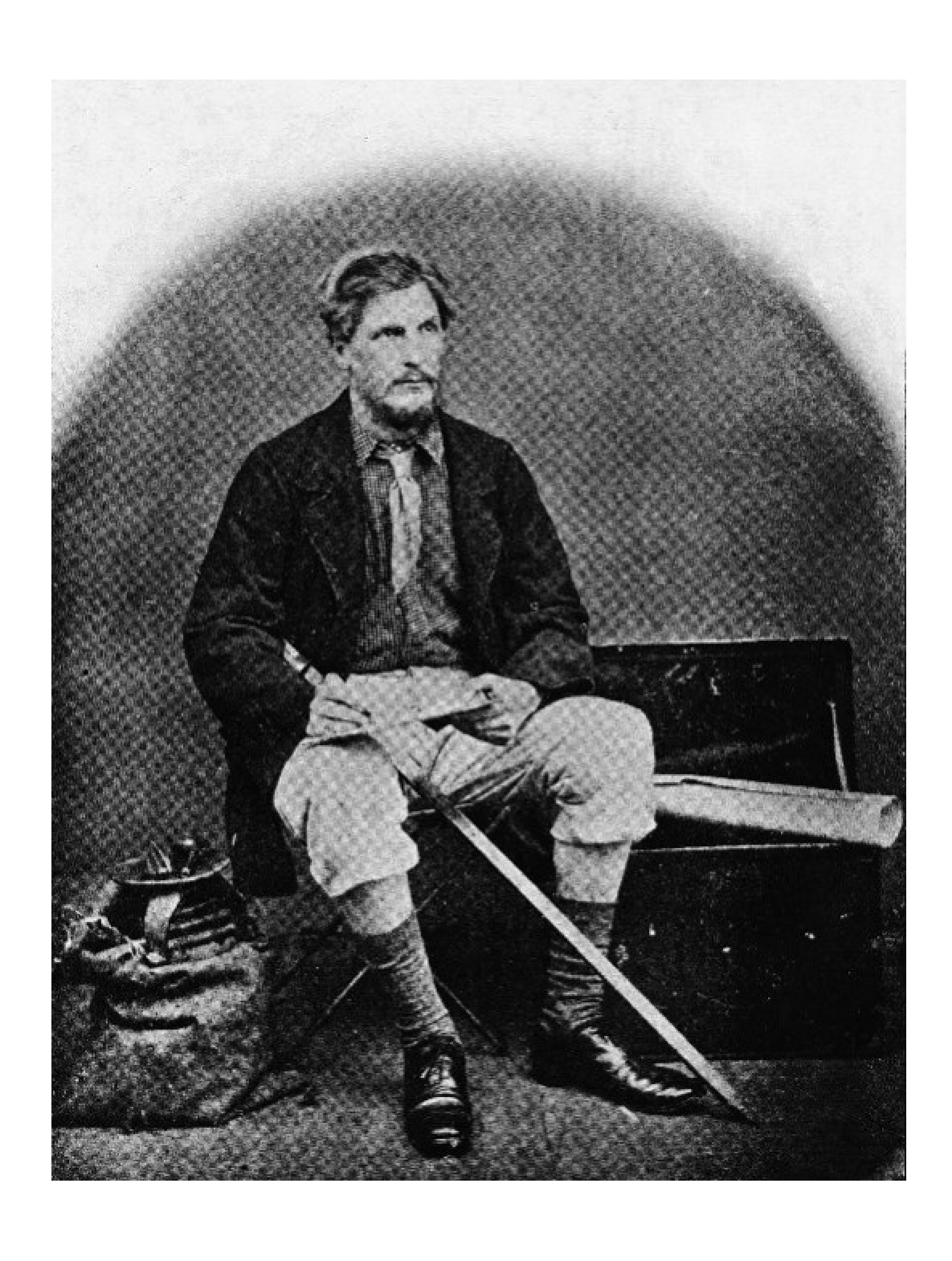
Debido a la desastrosa relación que había mantenido con Burton, antes incluso de marchar de África en 1859 Speke había empezado ya a preocuparse por quién habría de llevar como compañero en su próxima expedición. Petherick iba a estar con él sólo en su última fase, de modo que iba a necesitar otro colega para la mayor parte del viaje. Cuando estaba ya de regreso a Inglaterra con Burton, una caravana árabe les había entregado una carta de Christopher Rigby, recién nombrado cónsul en Zanzíbar. Contenía la triste noticia de que el hermano de Speke, Edward, oficial del ejército, había resultado muerto de un tiro en Delhi, poco después del estallido del motín de la India. Apenas unas semanas antes Speke había escrito a Edward lleno de entusiasmo anunciándole: «estoy decidido a volver al Nyanza y a seguir el Nilo hasta Egipto»; a renglón seguido le

había propuesto que volviera «a casa» lo antes posible para resolver juntos el misterio del Nilo.

Privado de la lealtad de un hermano de verdad, Speke tuvo que conformarse con un hermano de armas, el oficial Edmund Smythe. «Es el hombre más duro y más bruto de toda Bengala —dijo orgullosamente a Norton Shaw—, un tipo maravilloso a la hora de andar y un escalador asombroso, que además tiene precisamente los mismos hábitos que yo». Pero no tenía su misma robustez, pues al cabo de un mes oyó decir que Smythe tenía «propensión a las fiebres» del mismo modo que Burton «tenía propensión a las fiebres». Era una debilidad fatal, de modo que Speke decidió escoger en su lugar al capitán James Grant, al que conocía y al que encontraba de su agrado desde 1847, cuando los dos tenían sólo veintiún años y eran cadetes del ejército de la India. Los dos habían combatido juntos en la guerra del Punjab, y mientras Speke había estado en África, Grant se había visto envuelto en el motín de la India. Sitiado en Lucknow durante dos meses, había resultado herido, perdiendo el pulgar y el índice de la mano derecha. Era un escocés de temperamento tranquilo y voz suave, que había obtenido un título en filosofía natural y matemáticas en el Marischal College de Aberdeen, aunque nunca había compartido el amor de Speke por la vida al aire libre. Speke dijo a la RGS que apreciaba a Grant especialmente «por su actitud conciliatoria con los hombres de color [y] por su buen temperamento y su paciencia en general». Eso suponía un gran cambio respecto a Burton, que constantemente se burlaba de los africanos y se había mostrado áspero e impaciente con Speke. Grant tenía a ojos de este último una gran virtud: Georgina Speke, su madre, «lo estimaba mucho».

Al ver que la partida de Speke estaba cada vez más cerca, la preocupación de John Blackwood por su joven autor empezó a incrementarse. «Estoy bastante asustado pensando que pronto estará usted lejos de sus amigos camino de su temeraria expedición […] Pensaremos a menudo en usted y espero que todo le vaya bien a nuestro audaz amigo». En su última entrevista, Blackwood había advertido a Speke que ya había «arriesgado su vida en una medida mucho mayor de lo que un ser humano suele escapar al peligro por término medio». ¿No debería acaso ser más sensible a «los sentimientos de las personas que le quieren?». Speke

respondió a su pregunta con una interrogación retórica: «¿Cómo me sentiría si un extranjero arrebatara a Gran Bretaña el honor del descubrimiento? ¡Antes morir cien veces!».



El capitán James Grant.

Esta idea de que los grandes logros en el ámbito de la geografía podían dar *kudos* no sólo al explorador sino también a su país había avivado la imaginación de *sir* Roderick Murchison desde que empezara a promocionar y a dar publicidad al viaje del Dr. Livingstone recorriendo África de punta a punta en 1853-1856. La fascinación del público por el médico misionero había permitido a *sir* Roderick obtener la ayuda del gobierno para que volviera a África, e incluso para que Burton y Speke hicieran otro viaje un año después. En agosto de 1859 Speke había decidido preguntar a la reina si podía llamar a su Nyanza lago Victoria Nyanza. La soberana dio su beneplácito y Murchison aplaudió el patriotismo de Speke. Y como si se quisiera confirmar que la nueva empresa de Speke tenía un significado nacional, tanto él como Grant fueron invitados a viajar al Cabo, camino de Zanzíbar, en el buque de guerra *Forte*, de la Marina de Su Majestad, que zarpó de Portsmouth el 27 de abril de 1860.

Al igual que Murchison y Livingstone, Speke creía que los africanos iban a ser «borrados de la faz de la Tierra» por el tráfico de esclavos árabo-swahili, a menos que Inglaterra estableciera en la parte oriental y central del continente un régimen parecido al Raj británico de la India. Pero el gobierno de Su Majestad no compartía esa idea. Hasta la década de 1880 el término «imperialismo» no se pondría en uso como eufemismo de carácter laudatorio para designar el robo indiscriminado de territorio ajeno. De modo que, aunque se esperaba que Speke y Grant dieran gloria a Inglaterra resolviendo el misterio del Nilo, no serían enviados como una avanzadilla imperial. A juicio de Palmerston, los dos exploradores eran unos jóvenes valientes y temerarios que, si tenían suerte, quizá sobrevivieran y aumentaran los conocimientos geográficos del mundo. Aunque Murchison se quejara de la falta de imaginación del primer ministro, de momento no había nada que hacer.

Los peligros que los aguardaban fueron puestos de manifiesto ante Speke y Grant a su llegada a Zanzíbar cuando les dijeron que recientemente había sido asesinado en el continente otro explorador europeo. Se trataba de

un joven alemán, Albrecht Roscher, que en octubre de 1859 había llegado al lago Nyasa por el este pocos meses después de que Livingstone pisara la ribera occidental del mismo. Dos de los asesinos de Roscher fueron ejecutados en Zanzíbar poco después de la llegada de Speke y Grant. El día previsto para su decapitación, como no había llegado a tiempo la orden de ejecución, el verdugo apeló a Grant, como huésped de mayor rango del sultán, para que ratificara el doble castigo. El oficial británico así lo hizo con una seguridad impasible: «Sí, por supuesto. Proceda». Aunque Speke se encontraba ausente cazando hipopótamos y se libró por tanto de contemplar el brillo de la espada al caer sobre las cabezas y el chorro de sangre que soltaron, contaba con presenciar espectáculos aún peores durante el viaje. Rigby le avisó de los combates que estaban desarrollándose en el continente entre el joven jefe de los nyamwezi, Manwa Sera, y los traficantes de esclavos árabes de Unyanyembe. La guerra se había extendido a Ugogo, donde el jefe de una de las principales tribus había muerto recientemente de un balazo. Pero ya no cabía dar marcha atrás y comenzó en serio el proceso de reclutamiento de los porteadores.

El jeque Said bin Salim fue fichado de inmediato como jefe de la caravana, seguido de otros antiguos empleados como Bombay y Mabruki. El cónsul Rigby permitió a su amigo contratar a Baraka, Frij y Rahan, tripulantes de confianza de su barca oficial. Baraka, hombre muy capacitado, estaba al mando de sesenta y cinco wangwana, hombres de color de condición libre residentes en Zanzíbar, cuya lengua era el *swahili*. Uno de estos hombres era Uledi, que luego se convertiría en el criado de James Grant y un día trabajaría de forma notabilísima al servicio de H. M. Stanley en todos sus grandes viajes. Speke no había despreciado nunca a los soldados beluchos como había hecho Burton, y por eso ahora volvió a reclutar a veinticinco. Un centenar de porteadores nyamwezi y diez hotentotes, contratados en El Cabo, completaban el personal, lo que hacía que los integrantes de la caravana llegaran a los doscientos. Grant y Speke ofrecen cifras totales ligeramente distintas, aunque los dos incluyen en cualquier caso en ellas a cuatro mujeres.

Salieron de Bagamoyo el 2 de octubre y no tardaron en experimentar las frustraciones y dificultades habituales en los viajes por África: peticiones

exageradas de *hongo* (derechos de tránsito), deserción de los porteadores, desaparición de cabras y asnos, y por fin los primeros brotes de fiebre. El grano escaseaba y a veces los hombres se negaban a seguir adelante. Hubo numerosos robos de telas, con las cuales los porteadores compraban furtivamente comida extra para ellos solos. Así que Speke y Grant no tardaron en ordenar flagelar a los porteadores culpables de sustraer los medios de supervivencia básicos.

Al pasar por Uzaramo, Speke conoció al jefe Hembé, que confesó ser el asesino del teniente Maizan. El jefe se disculpó alegando que no fue plenamente responsable de la amputación de los miembros del joven militar francés y de que le cortaran los genitales cuando todavía estaba vivo, pues, según dijo, no hizo más que obedecer las órdenes de los árabes, que estaban dispuestos a todo con tal de impedir a los europeos inmiscuirse por la fuerza en el comercio del marfil. Como era propenso a pensar bien de los africanos, Speke prefirió creer que el jefe habría sido ejecutado si hubiera desobedecido. Por consiguiente decidió no involucrar en el asunto a las autoridades de Zanzíbar. Su enorme paciencia con los africanos le vino a Speke muy bien cuando los tormentosos celos mutuos que se tenían Bombay y su ayudante, Baraka, estallaban en manifestaciones ocasionales de violencia. Como Said bin Salim estaba gravemente enfermo, esas desavenencias entre los dos capitanes africanos más importantes de la caravana amenazaban incluso el futuro de la expedición. Pero Speke logró reconciliarlos, y al mismo tiempo supo reforzar el ego de Bombay ante futuros ataques de Baraka, realmente brillante en el terreno verbal.

Al llegar a Ugogo, los exploradores se encontraron una situación de grave hambruna. Los árabes de Unyanyembe se habían adentrado recientemente en la región en busca de comida, de modo que cuando Speke y Grant hicieron su aparición, «los pobres aldeanos, acostumbrados únicamente a ser tratados de mala manera, se dispersaron de inmediato por la selva». Speke envió rápidamente algunos grupos cargados con tejidos a comprar comida, pero los lugareños reaccionaron lanzándoles flechas desde sus escondites. Mientras tanto, Speke era cubierto de improperios por sus propios hombres, que lo acusaban de andarse con demasiados «remilgos» por no querer utilizar sus pistolas para convencer a los aldeanos de que

entregaran el grano. Las lluvias azotaban toda la región de Ugogo, «peor que los monzones de la India», y las deserciones no tardaron en aumentar peligrosamente. Speke echaba la culpa en parte a la dificultad de la situación, y en parte a las amenazas de la población local, pero se daba cuenta también de que eran un «castigo contra los blancos por la conducta indecorosa de Burton al estafar a los primeros hombres de la luna [los nyamwezi] que habían tenido trato con nuestra raza». A primeros de diciembre el número de los integrantes de la expedición se había reducido casi a la mitad, aunque los wangwana, al mando de Baraka, permanecieron fieles. Lo que más daño hizo a Speke fue la deserción de ocho beluchos, pues había pagado por librarlos de la esclavitud y en un acto de buena fe les había suministrado mosquetes. Speke reaccionó ante la emergencia ordenando una serie de marchas forzadas, con la intención de disminuir el tiempo que pudieran quedar expuestos a la enfermedad y a la guerra. La caravana sobrevivió porque tanto Grant como Speke eran excelentes tiradores y pudieron suministrar al grupo carne cazando aves pequeñas y animales grandes, como jirafas y búfalos.

A los dos les encantaba cazar, especialmente cuando su presa era tan peligrosa como un rinoceronte. Pero los acontecimientos harían que se volvieran menos temerarios. Conscientes de la necesidad de suministrar grandes cantidades de carne, Speke salió una noche de luna con un hombre detrás de él sujetando una segunda escopeta por si se presentaba algún caso de emergencia, y logró herir a un gran macho de rinoceronte, y entonces «con un rugido le hice dar la vuelta, hasta que ocupó exactamente la mejor posición que pudiera desear para tener un buen disparo». Pero cuando alargó el brazo para coger la segunda escopeta, Speke se dio cuenta de que el encargado de llevársela se había subido a un árbol. Providencialmente para él, el animal giró de forma inesperada «a la derecha y salió huyendo». Cuando Speke logró matar un segundo rinoceronte, sus wangwana no fueron capaces de llegar al lugar donde yacía su cuerpo antes que los wagogo y se vieron obligados a competir con estos por las tajadas.

No cabe imaginar una escena más salvaje, sucia y repugnante, al tiempo que grotesca. Todos se pusieron manos a la obra armados con espadas, lanzas, puñales y machetes, asestando cuchilladas y hachazos, golpes y

berridos, luchando, tropezando y peleándose hundidos en la porquería y en la sangre hasta las rodillas dentro del cuerpo del animal. Cuando una tajada tentadora caía en manos de uno, el que tenía al lado, si era más fuerte, se apoderaba de ella y se llevaba el premio en una carrera triunfal.

El 7 de enero de 1861, cuando estaban ya cerca de Kazeh, Speke y Grant se estremecieron al enterarse de que Manwa Sera, el jefe de los nyamwezi, que estaba en guerra con los árabes de Unyanyembe, se acercaba a su campamento con treinta servidores armados. Speke ordenó a los beluchos que le quedaban que montaran las bayonetas. Al ver esta demostración de armamento, los hombres de Manwa Sera retrocedieron y el propio jefe entró en el campamento de Speke, acompañado sólo de una pequeña escolta. El joven rey dijo que había oído decir que Speke andaba escaso de porteadores y se ofrecía a ayudarle si lo acompañaba a Kazeh y luego intercedía por él ante los árabes. Manwa Sera contó cómo había intentado cobrar una tasa sobre todas las mercancías que entraran en su país y en consecuencia había sido atacado por los árabes, que lo habían obligado a vivir como un fugitivo y lo habían sustituido por un reyezuelo títere. Pero él no se había rendido. Speke «se compadeció profundamente de él» y pensó que era «la propia imagen de un capitán de bandoleros de novela». Manwa Sera se ofreció espontáneamente a suprimir la tasa si los árabes lo reconocían a él como rey y no al pretendiente, de modo que Speke no vio motivos de que Snay bin Amir y sus compatriotas no quisieran complacer al soberano exiliado en vez de seguir luchando. Sin embargo, poco después de que Speke y Grant llegaran a Kazeh, el 23 de enero, Snay y los demás árabes rechazaron su oferta de mediación y atacaron a Manwa Sera con cuatrocientos hombres. El rey de los nyamwezi demostró ser un estratega excelente y derrotó a los árabes, matando de paso a Snay. Al volver a Kazeh, los supervivientes pidieron a Speke que invitara a Manwa Sera a venir a Kazeh con el pretexto de celebrar una entrevista y poder así asesinarlo. Naturalmente Speke rechazó su propuesta.

En Kazeh, Speke y Grant tuvieron que hacer frente a una crisis en su cuadrilla. Todos menos dos de sus cien porteadores nyamwezi habían desertado últimamente, al igual que los veinticinco beluchos. Uno de los hotentotes había muerto y los otros cinco estaban tan enfermos que iba a ser

preciso mandarlos a la costa para que se repusieran. Continuaban con ellos alrededor de sesenta wangwana, así como Bombay, Baraka, Uledi y Rahan. El jeque Said bin Salim estaba demasiado enfermo para seguir adelante, debido a una antigua dolencia que Speke suponía que era sífilis. «Fue una triste desgracia, pues los hombres tenían mucha confianza en él». Por fortuna, el mercader indio Musa Mzuri, con quien Speke habría viajado a Uganda si Burton no lo hubiera impedido, accedió a ayudarlos a reclutar porteadores para la siguiente fase de su viaje, la más trascendental. Como en Unyanyembe no era posible encontrar a ninguno debido a los combates, Musa se trasladó más al norte, hasta Rangua, y regresó con la decepcionante cantidad de treinta y nueve hombres, pues otros ciento treinta habían desertado por el camino debido a su temor a Manwa Sera. Aunque pensó que estaba «en un gravísimo aprieto», el joven explorador emprendió la marcha hacia el norte el 16 de marzo de 1861 con los aproximadamente cien hombres que le quedaban. Los meses venideros supondrían la prueba más dura a la que se había visto sometido nunca.

Musa, del que dependía Speke, era adicto al opio desde hacía cuarenta años, pero no por ello se había visto mermado su talento mercantil: cobraba a Speke por sus mercancías el 400 por 100 más de lo que habría habido que pagar por los mismos productos en la costa. Vivía rodeado de sus esposas y de trescientos esclavos y servidores, en su mayoría tutsis de Ruanda, que cuidaban sus vergeles, sus huertas y sus rebaños de ganado, además de hacer de porteadores en sus expediciones de tráfico de marfil. Según Musa, todo iría bien cuando los exploradores llegaran a la corte de su amigo, el rey Rumanika de Karagwe. Pero este monarca vivía a casi quinientos kilómetros al norte y por el camino iba a haber que pasar por el territorio de numerosos jefes. Si Speke lograría o no retener a sus porteadores y pagar los derechos de tránsito que le exigieran aquellos reyezuelos africanos era una cuestión que no estaba en condiciones de responder. Ya le habían advertido que nunca conseguiría atravesar Usui, pues el jefe Suwarora era tan desmesurado en sus exigencias que «lo haría trizas».

Después de apenas dos días de viaje, la caravana llegó a Ukumbi, cuyos habitantes «se pusieron a revolotear a nuestro alrededor blandiendo sus lanzas y tendiendo sus arcos en las actitudes más grotescas, asustando tanto

a algunos porteadores que tiraron al suelo sus cargamentos y salieron huyendo». La mayoría de aquellos porteadores habían venido sufriendo cada diez días graves ataques de fiebre, que normalmente duraban entre dos y cinco. Grant, que también estaba aquejado de ellas, sentía envidia de Speke, «que había pasado tanto tiempo en África [que] ya no las padecía». Pero Speke tenía otros motivos de preocupación. Acababa de enterarse de que los watuta —mercenarios ngoni (zulúes) empleados por los árabes— estaban saqueando todo el país.

En una situación tan peligrosa como aquella, Speke sintió un alivio enorme cuando los hombres de Musa (aunque sin este) llegaron inesperadamente a su campamento con trescientos porteadores. Speke mandó entonces a buscar a Kazeh al resto de sus hombres, entre ellos Bombay —que había sucedido al jeque como *cafilah-bashi*— ordenándoles que vinieran al norte con los suministros que se habían visto obligados a dejar atrás por falta de porteadores. Pero justo cuando habría podido seguir adelante, llegó la noticia de que los watuta, famosos por su ferocidad, habían rodeado Rangua y bloqueaban el camino hacia Karagwe y Buganda, acción táctica para mantener a raya a los nyamwezi seguidores de Manwa Sera. Y peor aún, los porteadores de Musa hicieron saber de repente a Speke que no estaban autorizados a viajar con él más que dos jornadas debido a la guerra. De modo que Speke no tenía más alternativa que regresar a Kazeh e intentar arreglar las cosas con Musa, y luego enfrentarse a los árabes y exigirles que dejaran de utilizar a los watuta contra Manwa Sera. No consiguió que Musa cambiara de opinión respecto a los porteadores, pero le arrancó la promesa de que iría con él a Karagwe en cuanto se sintiera mejor. Parecía encontrarse terriblemente enfermo, a pesar de administrarle lo que él «llamaba sus píldoras de adiestramiento, pequeños capullos de rosa secos alternados con trocitos de azúcar cande». Musa murió a los pocos días debido a los efectos combinados de la fiebre y de su larga adicción al opio. Así pues, Speke había perdido al único traficante en el que confiaba.

No tardaron en llegar más malas noticias. El jefe Suwarora, el primer soberano importante que había en su camino hacia el norte, estaba construyendo una línea de *bomas* (setos) de espino para defender su

frontera y prometía «matar a cualquier hombre de la costa que se atreviera a intentar entrar en Usui». «Mi corazón estaba a punto de venirse abajo cuando me fui a la cama —escribió Speke en su diario—, y me vi tentado a pensar en abandonar a cualquiera que no fuera lo bastante fuerte para venir conmigo cargando un fardo». Los hotentotes del Cabo estaban desde luego demasiado enfermos para cargar con ninguna impedimenta. Dos ya habían muerto, y los demás estaban amarillos de ictericia, de modo que Speke los mandó regresar a la costa para salvar sus vidas.

Después de regresar a regañadientes a Kazeh, Speke se sorprendió cuando los árabes le pidieron una vez más que entablara negociaciones en su nombre con Manwa Sera, pues las luchas los estaban arruinando al quedar su marfil inmovilizado en Ugogo, donde los porteadores morían de hambre. Aunque Speke estaba irritado con Abdulla y Muhinna, los principales árabes de Kazeh, por seguir empleando a los watuta, accedió a «redactar todos los artículos de un tratado de paz», con sanciones contra ellos si rompían la palabra dada a Manwa Sera. Aunque tanto él como Grant odiaban a Muhinna, que se había negado a dejar de pegar a las esclavas que tenía encadenadas, Speke seguía pensando que no tenía más alternativa que intentar poner fin a la guerra en su propio interés, y en el de los otros. Así pues, mandó a Baraka a localizar a Manwa Sera para que enviara sus emisarios a Kazeh. Baraka consiguió el milagro en unos pocos días. Pero las negociaciones fracasaron por la cuestión de cuánta tierra tenían que devolver al soberano africano, de modo que, a pesar de todos sus esfuerzos, Speke se fue de Kazeh sin haber conseguido restablecer la paz en la zona por la que iba a tener que viajar. De hecho, justo antes de ponerse en marcha, se enteró de que Manwa Sera estaba reclutando guerreros wagogo y wasukuma para reanudar los combates.

Speke estaba desesperado por tener que viajar sin Musa y sus porteadores, pero consideraba que no podía seguir esperando y no hizo caso a Bombay y Baraka, que le decían que se equivocaba al no esperar hasta que los árabes y sus brutales mercenarios obtuvieran una ventaja permanente sobre Manwa Sera. Animado por la adquisición de un *kirangozi* experimentado, Speke habló a Bombay y a Baraka de «la perseverancia y el

éxito de Colón, que, pese a la oposición de sus marineros, siguió adelante y triunfó».

En Ukuni, justo al norte de Kazeh, la escasez de porteadores obligó a Speke a dejar atrás a Grant y a Bombay con treinta hombres y el grueso de los pertrechos de la expedición, mientras que él siguió avanzando hacia el norte con Baraka y poco más de sesenta hombres, con la intención de regresar cuando pudiera encontrar un número suficiente de nuevos porteadores. Entre los meses de julio y septiembre los dos exploradores estuvieron separados, mientras Speke se enfrentaba a una sucesión de jefes y caciques rapaces sin contar con la seguridad que le proporcionaba la presencia flemática de Grant. Speke ordenó a su nuevo *kirangozi* que evitara a todos los jefes de tribu durante lo que quedara de trayecto, para no tener que efectuar más pagos ruinosos de *hongo*. Pero el guía lo condujo inmediatamente al *boma* (poblado protegido) de Mfumbi, un subjefe de Sorombo. Mfumbi no sólo exigió telas y abalorios para él, sino que insistió en que el explorador visitara a su superior jerárquico, Makaka, que vivía a más de quince kilómetros hacia el oeste y deseaba ver por primera vez a un hombre blanco. Speke intentó enviar a Baraka con un regalo, pero naturalmente aquello no bastó. Los jefezuelos, que habían sufrido muchas pérdidas a consecuencia de la guerra —y todos decían que las habían sufrido—, no iban a dejar pasar la oportunidad irrepetible de utilizar a aquel blanco y sus posesiones para rellenar sus arcas vacías. Makaka exigió inmediatamente un manto de seda bordada con encajes de oro, del tipo que Speke estaba decidido a guardar para el rey Rumanika de Karagwe y para Kabaka Mutesa de Buganda. De modo que, para no deshacerse de una prenda tan costosa, Speke se vio obligado a entregar muchos metros de tela de calidad inferior del tipo más útil para comprar comida.

El incompetente *kirangozi* tuvo entonces la desfachatez de decir que Mfumbi y Makaka habían fingido ser jefes, pero que en realidad no eran más que «meros subalternos obligados a pagar tributo a Suwarora». Antes de que se lo contara, Speke había acordado efectuar un cuantioso pago en telas, y además había aceptado disparar en honor del «mero subalterno» una serie de «salvas reales», para que lo dejara marchar. «Nunca me he sentido más humillado que cuando tuve que obedecerle», admitiría más tarde.

Makaka pensó que los disparos se habían hecho con demasiada lentitud y gritó: «Tirad otra vez […] Deprisa, deprisa […] Podríamos alancearos mientras cargáis las armas». En la tienda de Speke, Makaka se sentó en la silla de este y manchó el asiento con la grasa que se untaban todos los hombres de su tribu. Se puso las zapatillas de Speke, pidió que le diera su linterna de ojo de buey, y exigió además sus cerillas Lucifer. Speke estaba tan irritado que no habría dudado en matarlo, pero se dio cuenta de que si le hacía daño todos los jefes de tribu del país se convertirían en enemigos suyos. En la situación en la que se hallaba, no podía decantarse por el uso de la fuerza; no tenía más remedio que armarse de paciencia y aferrarse a su obstinada determinación de no permitir que le robaran nada. No obstante, aquella preocupación incesante hizo que «se sintiera bastante mal». Y peor aún se sintió cuando Baraka le dijo que Makaka había dado a entender que su superior, Suwarora, había capturado a una caravana árabe entera y pensaba matar a todos sus miembros si los watuta o cualquier otro extranjero se acercaban más. Speke se rio de Baraka «por ser tan loco» de creerse tales patrañas. «Makaka sólo quiere retenernos aquí para asustar a los watuta y mantenerlos a raya […] A estas alturas Suwarora sabe ya que he venido y estará tan deseoso de tenernos en Usui como lo está Makaka de tenernos aquí, y no puede hacernos daño porque Rumanika está por encima de él».

Pero la lógica no tenía efecto sobre los porteadores de Speke, que temían tanto a los watuta como a Makaka. Cuando Speke les pidió que reemprendieran la marcha hacia el norte, se negaron a hacerlo y nada de lo que el oficial inglés pudiera decir les haría cambiar de opinión. No le quedó más alternativa que regresar una vez más a Kazeh e intentar reclutar allí nuevos hombres. Dos meses y medio de esfuerzo no habían dado absolutamente ningún resultado, excepto el gasto inútil de una enorme cantidad de pertrechos. Pero en su mente no cabía la idea de darse por vencido.

Cuando Speke llegó al campamento de Grant, sufría una tos muy fea; tanto, que «no podía tumbar[se] de costado ni dormir». Cada vez que subían una colina, «resollaba y gruñía como un caballo con asma». Enfermo como estaba, tendría que proseguir con su búsqueda de porteadores o admitir que

no llegaría nunca a Uganda. Pero en Kazeh vio que nadie iba a arrendarle hombres mientras continuara el estado de guerra. Una pequeña excepción fue la de Abdulla, el hijo de Musa Mzuri, que le prestó dos guías, Bui y Nasib, «que conocían a todos los jefes y todas las lenguas desde allí hasta Uganda». Aquellos individuos prometieron acompañar a Bombay a Usui para volver con porteadores suficientes para que Speke y Grant pudieran marchar al norte juntos. De modo que Speke regresó otra vez a Ukuni y después de pasar unos días con Grant reemprendió la marcha al norte para conseguir porteadores en Usui.

Cuando Baraka y sus porteadores wangwana, hasta entonces leales, lo abandonaron, Speke empezó a pensar que la única forma de llegar a Uganda iba a ser construir una balsa en la ribera sur del lago. Pero aquellos dos nuevos guías le dieron renovadas esperanzas de conseguir llegar por tierra, y abandonó el proyecto de la balsa. Los wangwana cobraron nuevamente valor cuando inesperadamente llegó un mensaje de Suwarora instando a Speke a ir a verlo. Por desgracia, justo en ese momento Bui y Nasib se enteraron de que otro jefe de tribu, Lumeresi, quería ver también al hombre blanco. Speke estaba decidido a no ir a ninguna parte donde hubiera un jefe de tribu, y ordenó a su *kirangozi* y a sus dos nuevos guías pasar sigilosamente por la noche por el poblado de Lumeresi. Pero Bui y Nasib se negaron terminantemente a arriesgarse a ofender a aquel «jefe tan fiero» intentando darle esquinazo. Su timidez se contagió a los wangwana, que una vez más adoptaron una actitud miedosa y derrotista, dejando a Speke prácticamente atado de pies y manos.

Quizá hubiera sido posible insuflarles ánimos, si su salud hubiera sido mejor; pero su tos era ahora tan fuerte que tenía que dormir incorporado, casi sentado. Notaba el corazón «inflamado […] y sentía pinchazos y punzadas cada vez que respiraba»; tenía el brazo izquierdo semiparalizado, la nariz llena de mocos, y su cuerpo era martirizado por un dolor que le llegaba desde los hombros hasta la zona del bazo y el hígado. En un estado de fragilidad semejante todo lo que podía hacer era repetir que no tenía la menor intención de ir al *boma* de Lumeresi. Pero sabía que no iba a quedarle más remedio que ceder si sus hombres seguían negándose a obedecer sus órdenes. «Fue terrible. De repente vi que tendría que pasar de

nuevo por todas las dificultades con las que me había encontrado en Sorombo [con Makaka].»

Los primeros diez días que pasó Speke como huésped involuntario —en realidad prisionero— de Lumeresi fueron una pesadilla. El jefe le advirtió que no le permitiría marchar hasta que se desprendiera de dos *déolés*, esto es, los mantos ricamente bordados que guardaba para los reyes de Karagwe y de Buganda. Pasaron tres semanas y Speke seguía sin acabar de negociar un precio del *hongo* que resultara satisfactorio para su acosador. En aquel momento funesto, se presentó en el poblado Mfundi, que lo había desvalijado poco después de que saliera la primera vez de Kazeh, diciendo que el camino hacia Usui estaba cerrado, y que él personalmente había incendiado todas las aldeas que había en la ruta. Al escucharlo, los nuevos guías de Speke se pusieron a suplicarle que los liberara, pues no pensaban «dar ni un paso más». Finalmente, tras un esfuerzo supremo de persuasión, el capitán logró que Bui, el más valiente de los dos guías, accediera a ir con él a Usui en cuanto Lumeresi acordara el precio del *hongo*. Entusiasmado con el cambio de idea de Bui, Speke mandó poner su silla debajo de un árbol y fumó su primera pipa desde que cayera enfermo. «Al verlo, mis hombres iniciaron una danza que se prolongó durante toda la noche».

Nada de todo eso causó efecto alguno en Lumeresi, que llevaba ya un mes intimidando al explorador y estaba más decidido que nunca a conseguir un manto de seda finamente bordada. Al final, Speke no tuvo más remedio que entregarle el *déolé* que tenía reservado para el rey Rumanika. Pero ni siquiera eso fue suficiente y Lumeresi insistió en que le diera el doble de anillos de latón y de telas que le había pedido en un primer momento. Por fin el jefe mandó tocar los tambores, y Speke pudo irse, aunque, eso sí, mucho más pobre. Pero además descubrió entonces que Bui y Nasib, que, aparte de ser sus guías, hacían también las veces de intérpretes, habían huido.

El susto casi me mata. Había hecho todo el camino hasta Kazeh y había regresado otra vez [un viaje de ida y vuelta de más de seiscientos kilómetros] para que estos dos hombres me dieran un buen ejemplo —les había dado su paga y el triple de ración de comida que a los demás, lo mismo que a Bombay y a Baraka— y a pesar de todo habían preferido

desertar. Ya no sabía qué hacer, pues daba la impresión de que, hiciera lo que hiciera, no íbamos a lograrlo nunca, y debido a la debilidad de mi cuerpo y de mi espíritu, acabé realmente por ponerme a llorar como un niño.

La capacidad que mostró Speke de negociar serenamente, a menudo durante semanas cada vez, con una sucesión de jefezuelos que a todas luces pretendían desvalijarlo, fue notable. Este don suyo, unido a sus esfuerzos incesantes —a pesar de padecer una enfermedad grave— por mantener cohesionada su caravana y encontrar nuevos porteadores (caminando para ello muchos cientos de kilómetros) lo distingue como un extraordinario explorador.

Apenas veinte kilómetros más al sur, Grant, por ejemplo, padecía unos problemas incluso mayores. El jefe de una tribu envió a doscientos hombres pertrechados de lanzas, arcos y flechas, a armar jaleo en su campamento robando todo lo que cayera en sus manos. Sólo uno de los hombres de Grant permaneció firme y los mantuvo a raya, con el fusil debidamente cargado, defendiendo su carga; los demás huyeron. El propio Grant experimentó la terrible sensación de tener la punta de una azagaya apuntándole al pecho. Era perfectamente consciente del peligro que corría, pues unos días antes había presenciado la ejecución de un hombre, a cuyos genitales habían prendido fuego antes de ser apuñalado hasta la muerte. Pero Grant no sufrió daño alguno, y ese mismo día le fueron devueltos quince de los cincuenta y seis fardos robados. Evidentemente el jefe de la tribu debió de pensar que si sus vecinos se enteraban de que no les había dejado nada que quitar al hombre blanco, lo más probable era que lo atacaran.

Speke quedó horrorizado cuando se enteró de lo sucedido, pero se salvó de la desesperación debido a la llegada al poblado de Lumeresi de cuatro hombres enviados por Rumanika y Suwarora para decir que sus señores estaban deseando verlo y que no debía creer nada de lo que le hubieran dicho acerca de que acosaban a las caravanas. Lumeresi, sin embargo, despachó a aquellos hombres diciendo que eran falsos emisarios, y al final sólo accedió a ayudar a Speke a encontrar porteadores para su viaje al norte cuando Suwarora envió más hombres portando su cetro, una gran vara de

latón decorada con amuletos. Lumeresi se dedicó a exprimir inicuamente a Speke desde el 23 de julio al 6 de octubre de 1861, cuando junto con Grant, que se había reunido con él hacía poco, pudo finalmente salir de allí.

Cuando una vez más reanudaron la marcha hacia el norte en dirección a Usui, el paisaje reseco de la región empezó a cambiar para mejor. Hasta entonces, la única sombra disponible era la que ofrecía alguna que otra higuera o algún mango, pero ahora los infinitos trechos de matorrales sin hojas y hierba quemada daban paso a una mezcla de bosques y colinas verdes coronadas por afloramientos de granito. En el fondo de los valles, caminaban en medio de «agradables ondulaciones de hierba suave y alta», y cruzaban arroyos que se dirigían al lejano Nyanza. Speke señalaría en su mapa que rara vez estuvo a menos de cien kilómetros del lago. Su deseo de no encontrarse con más jefes de tribu de los estrictamente necesarios quizá explique por qué no visitó el lago de vez en cuando para determinar si era una sola masa de agua o varias.

Cerca ya de la fortaleza del jefe Suwarora, descendieron a un valle «rematado por rocas y peñascos deliciosamente escarpados», que, según afirmó Grant, eran como «los resonantes arrecifes que se elevan sobre el lago de Killarney». Por desgracia, el jefe y sus partidarios no se mostrarían tan encantadores como el país que habitaban. A pesar de sus promesas iniciales de que iban a comportarse de manera distinta a como se habían comportado Lumeresi y Makaka, lo cierto fue que desplumaron a Speke exactamente igual que lo habían hecho ellos y obligaron a los dos exploradores británicos a plantar sus tiendas en un lugar miserable en el que las ratas, las pulgas y unas hormigas voracísimas los hicieron pasar unas noches horrorosas. Grant describe a Suwarora como «un ser supersticioso, adicto a la bebida, que no se molestó en vernos, obligándonos a pagar a través de sus subordinados las tasas más exorbitantes que habíamos tenido que abonar hasta entonces».

Speke se sintió un poco más satisfecho con su situación cuando conoció a Masudi, un mercader árabe que había tardado más de un año en recorrer los pocos más de doscientos kilómetros que había desde Kazeh hasta el *boma* de Suwarora en Usui y por el camino se había visto obligado a pagar incluso más de lo que habían desembolsado Grant y él. Desde que salieron

de Kazeh, Speke y Grant habían estado de camino apenas ocho meses. No obstante, aunque parezca fácilmente explicable que los traficantes de esclavos árabes fueran mal tratados, les sorprendía como algo extraordinario que gente que hasta entonces no había visto nunca a un europeo y que no había sufrido ningún daño por su culpa, los tratara igual que a los otros forasteros.

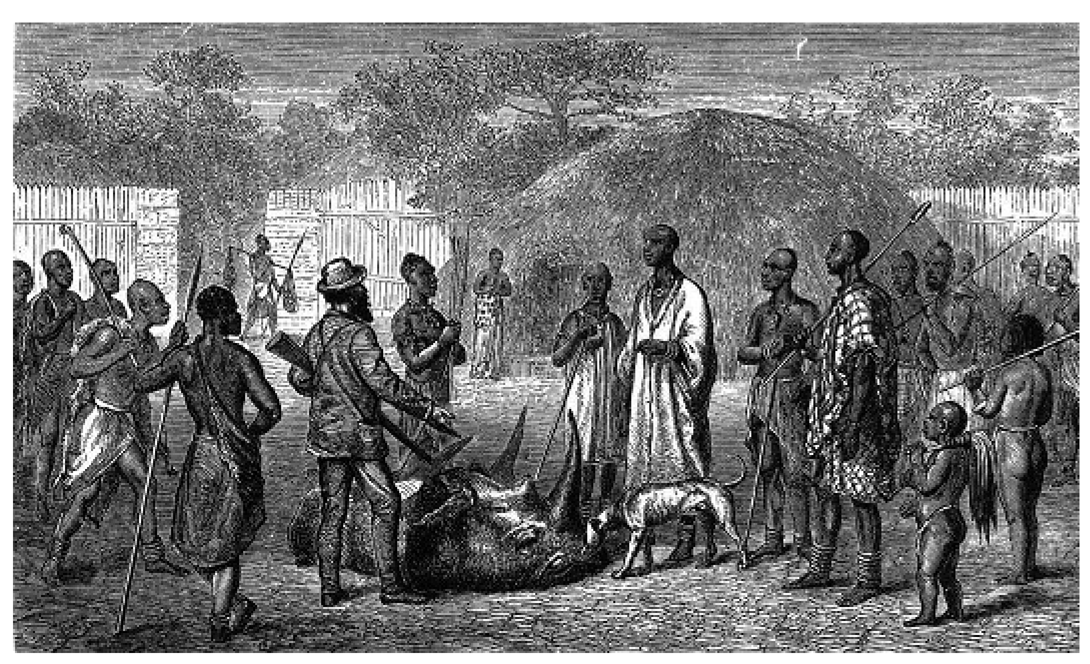
Obligados a aguardar durante semanas fuera del recinto vallado del jefe, en un bosquecillo ralo sin árboles que dieran buena sombra, Speke y sus hombres fueron desvalijados incluso por los meros habitantes del poblado; el robo más audaz fue el rapto de dos mujeres que acompañaban a la caravana. Casi todos los capitanes de Speke habían adquirido durante el viaje esposas y concubinas adicionales. Los ladrones habían desgarrado los vestidos de las mujeres, llevándoselas «en un estado de completa desnudez». Era una ofensa demasiado grave que no se podía tolerar, y Speke ordenó que al próximo intento de robo dispararan contra el ladrón. En efecto, la noche siguiente un intruso recibió un tiro a quemarropa. «Seguimos su rastro de sangre y luego nos enteramos de que había muerto a consecuencia de la herida».

Speke y Grant se libraron por fin de las garras de Suwarora el 15 de noviembre de 1861 y emprendieron la marcha hacia Karagwe, región que Grant compararía muy pronto en tono lírico con la Región de los Lagos de Inglaterra. Para Speke resultaba «verdaderamente alentador» pensar que «ahora no teníamos que luchar contra nada más que contra fieras hasta que llegáramos a Karagwe». A finales de noviembre habían entrado en un país de montes cubiertos de hierba, la mayoría de unos mil quinientos metros de altura, y desde la cima de uno de ellos, llamado Keranhanjé, vieron a lo lejos un hermoso lago, que Speke y Grant pensaron que era como el lago de Windermere en Inglaterra. En una meseta asomada a sus aguas se hallaba el recinto palaciego, protegido por una barrera de árboles. Aquella residencia real era de un tamaño mucho mayor que cualquiera de las que habían visto hasta entonces, con muchas cabañas y patios comunicados entre sí. En atención al rey, Speke ordenó que sus hombres dispararan salvas de honor delante de la puerta del palacio. Para su sorpresa, Rumanika los invitó a

pasar de inmediato, sin obligarlos a esperar semanas a tener el privilegio de que se les concediera audiencia.

Desde la primera vez que lo vieron, los dos exploradores quedaron cautivados. Rumanika, decía Grant, era «el soberano más apuesto y más inteligente que habían encontrado en África. Medía aproximadamente un metro ochenta y seis de estatura y su semblante tenía una expresión hermosa, serena, abierta». Speke comenta que los primeros saludos del rey fueron «cordiales y afectuosos […] [y] pronunciados en un buen *kiswahili*». Desde el primer momento quedó claro que el rey se sentía encantado de conocer a aquellos extranjeros venidos de tierras lejanas, y que no tenía intenciones de aprovecharse de ellos. De hecho, reprendió a su hermano cuando pidió que le regalaran una escopeta y nunca pediría nada para sí mismo, aunque Speke y Grant le hicieran voluntariamente muchos obsequios. «Confesó que se había alarmado cuando oyó decir que veníamos a visitarlo, temiendo que fuéramos unos monstruos terribles, que no fuéramos humanos, pero ahora estaba encantado sobremanera con lo que veía de nosotros». Hizo algunas preguntas inteligentes, como, por ejemplo, si «el mismo sol que veíamos un día volvía a aparecer al siguiente, o si cada día salían soles nuevos». Pero mientras que Speke respondió a esta pregunta de una manera directa y objetiva, cuando Rumanika le pidió que le explicara la decadencia de los reinos (el soberano estaba dolido porque Karagwe ya no dominaba Burundi y Ruanda), el explorador le dijo que Gran Bretaña mantenía su poder en el mundo porque el cristianismo le confería una especie de derecho moral. En prueba de su deseo de compartir esa magnanimidad, Speke se ofreció a llevar a Inglaterra a uno de los hijos del rey para que fuera educado en una escuela cristiana, de modo que cuando volviera a Karagwe pudiera enseñar a otros lo que había aprendido. En contradicción con lo que acababa de decir acerca del cristianismo, Speke comentó que la ciencia era la rama del conocimiento que mejor se adaptaba a incrementar la riqueza de un país, y para ello aludió a las repercusiones del telégrafo eléctrico y de la máquina de vapor. La inteligencia y la amabilidad de Rumanika, después de tantas intimidaciones y faltas de respeto, hicieron que Speke se sintiera mucho más optimista respecto a la siguiente fase de su viaje, que iba a ser además la más trascendental.

Speke y Grant celebraron las Navidades en la corte de Rumanika con sus atléticos hijos y sus hijas, asombrosamente gordas, que eran cebadas a la fuerza con leche y jugo de carne hasta que se ponían casi como una pelota, pues esa era la moda entre las mujeres de la corte. Del mismo modo que en Europa el miriñaque ponía de manifiesto que una «señora» no trabajaba, aquellas princesas demostraban que ellas también llevaban una vida puramente ornamental y tenían padres que podían permitirse el lujo de alimentarlas de forma extraordinaria. A cambio de enseñar a una de las princesas su brazo desnudo, Speke convenció a esa misma joven, que «era incapaz de ponerse de pie, y sólo se sostenía a cuatro patas», de que le dejara medirla. La circunferencia de la parte superior del brazo de la chica era de sesenta centímetros y la de su muslo llegaba casi a los noventa. Los rollizos pliegues de sus carnes le hicieron pensar en un flan gigante.



Speke y Grant regalan a Rumanika una cabeza de rinoceronte.

A primera hora del día de Año Nuevo de 1862, los exploradores recibieron una noticia que, según escribe Speke, «nos volvió medio locos de

alegría, pues creímos a pies juntillas que el Sr. Petherick estaba efectivamente de camino, siguiendo río arriba el curso del Nilo para reunirse con nosotros». Acababan de llegar los integrantes de una misión diplomática enviada por Rumanika a Bunyoro (al norte de Buganda) unos meses antes, y contaron que unos extranjeros habían llegado en unos barcos a Gani, al noreste de Bunyoro. Al parecer, los extranjeros habían sido obligados a retroceder hacia el norte. Como Speke estaba convencido a raíz de esta información de que Petherick y su grupo no habían podido seguir adelante, escribió al galés una carta dándole ánimos, que se encargaron de llevar al norte Baraka, Uledi y una pequeña escolta proporcionada por Rumanika. El 7 de enero llegó a Karagwe un traficante de marfil indio llamado Juma con la noticia de que el rey Mutesa de Buganda había enviado a unos emisarios a saludar a Speke y Grant y a escoltarlos hasta su reino.

Justo cuando parecía que iba a empezar la última fase de su viaje hacia las fuentes del Nilo, la participación de Grant se vio amenazada por su mala salud. Su pierna derecha, a la altura del muslo, se le había entumecido, y se la veía hinchada y peligrosamente inflamada. Era incapaz de andar, y ni siquiera podía salir de su choza. Los intensos dolores sólo se le calmaban con incisiones para drenar el líquido. Pero a los pocos días se le abrirían nuevos abscesos. Ante lo desesperado de su situación, se mostró dispuesto a intentar cualquier cura que propusieran los nativos, incluida una cataplasma de estiércol de vaca y la aplicación de una pasta parecida a la pólvora dentro de las heridas. Una teoría decía que lo había mordido una serpiente mientras dormía. Parece más probable que sufriera una infección bacteriana de los tejidos profundos, que en la actualidad habría sido tratada con antibióticos. Aunque Grant no lo supiera, tenía por delante largos meses de sufrimientos mientras su sistema inmunológico combatía la infección. Así que, cuando el 10 de enero entró en el recinto palaciego de Rumanika Maula, el emisario real de Buganda, seguido de una pequeña escolta de hombres, mujeres y niños elegantemente vestidos, y anunció que Kabaka Mutesa estaba deseoso de ver a los hombres blancos, Grant tuvo que resignarse y quedarse atrás. Pareció contento con las palabras tranquilizadoras de Speke, que le aseguró que se reunirían en cuanto

mejorara su pierna. Rumanika les había advertido que Mutesa no dejaban nunca entrar en su país a ningún enfermo.

Cuando Speke cruzó en compañía de Maula y de sus propios hombres la llanura pantanosa que conducía al río Kagera, de aguas profundas y poderosa corriente, se dio cuenta de que todo lo que le habían dicho del Kagera en su primera visita al Nyanza era verdad, a saber, que era el principal afluente del lago y que subía hacia el oeste en dirección a los montes de la Luna. Aquella sensación no era completamente intuitiva, pues en junio de 1858 Snay bin Amir le había dicho que «había descubierto que [el río] procedía de Urundi, una comarca de los montes de la Luna». En realidad se originaba al sur de los Ruwenzori (los montes de la Luna) a partir de dos fuentes distintas, en las remotas regiones montañosas de Ruanda (cerca del lago Kivu) y Burundi (cerca del lago Tanganica), pero, en cualquier caso, era el principal proveedor de agua del Victoria Nyanza.

Al comienzo de su marcha hacia Buganda Speke escribió en su diario: «Estoy perfectamente seguro […] de que antes de que pase mucho tiempo solucionaré el gran problema del Nilo para siempre». Pero eso dependería por completo de cómo le fueran las cosas en Buganda, donde, sin él saberlo, el *kabaka* acababa de sacrificar a más de cuatrocientas personas en una vasta matanza ritual celebrada para festejar la llegada del hombre blanco. Kabaka Mutesa poseía el mayor ejército de África central y era dueño de un reino que había sido centralizado y estaba estratificado socialmente desde el siglo XV. Rumanika había advertido a Speke que Mutesa odiaba a Bunyoro y a su rey, Kamrasi, y que por lo tanto nunca le dejaría salir de sus dominios para viajar al norte. Esto haría que seguir la corriente de un río al norte de Buganda resultara extremadamente peligroso. En cualquier caso Speke sabía que hallándose bajo el poder de un autócrata feudal imprevisible ponía su vida en sus manos. Pero nunca le había faltado valor y tampoco le iba a faltar en adelante, como demostraría muchas veces durante la larga estancia en Buganda.

9

Tan deslumbrante como el Sol

Durante los seis días de marcha que tardó Speke en llegar a Buganda, sus hombres y él tuvieron que atravesar una sucesión de valles pantanosos, a medida que se acercaban al Nyanza. La superficie del agua, que a menudo les llegaba a la altura del pecho, se veía interrumpida de vez en cuando sólo por grandes termiteros, cada uno de ellos coronado por su propio arbusto de euforbia en forma de candelabro. A finales de enero, por primera vez en todo el viaje, pudo vislumbrar el refulgente Nyanza desde un lugar llamado Ukara; pero ni en esta ocasión ni el 7 de febrero, cuando llegó todavía más cerca del lago, decidió visitar sus orillas para comprobar si el agua parecía una masa continua o no. Desde luego sus movimientos se hallaban limitados por las órdenes de la escolta real que llevaba, pero aquella falta de rigurosidad científica le obsesionaría más tarde. Posiblemente diera por supuesto que el lago era un inmenso mar interior, puesto que todas las personas que había conocido así lo habían asegurado.

A finales de enero, tras enviar mensajeros al *kabaka* para saber cuáles eran sus deseos, Maula —que, sin que el explorador lo supiera, era el principal espía y torturador de Mutesa— le dijo que tardarían diez días o más en poder seguir su viaje y que entretanto tenía intención de visitar a unos amigos. Mientras Maula estuvo fuera, los habitantes del poblado sometieron a Speke a una tortura inaguantable de dos días con sus noches «tocando los tambores, cantando, gritando, chillando y bailando». Lo que pretendían con ello era ahuyentar al diablo —esto es, el hombre blanco, de

apariencia fantasmal—, aunque Speke no dé indicio alguno de haber establecido semejante asociación. Después de varios días rodeado de esta algarabía, tuvo el placer de recibir la inesperada visita de N'yamgundu, el hermano de la reina viuda de Buganda. El noble señor prometió volver al amanecer para escoltarlo junto con sus servidores hasta el palacio de Mutesa.

Como a la mañana siguiente no apareció N'yamgundu, Speke ordenó a Bombay desmontar su tienda y reanudar la marcha. Bombay puso una objeción muy atinada, recordándole que sin N'yamgundu no tenían a nadie que los guiara. Frustrado y decepcionado, Spike gritó: «¿Qué más da? Obedece mis órdenes y levanta la tienda». Al ver que Bombay se negaba, Speke hizo que le cayera encima. «Ante aquel gesto —dice Speke—, Bombay montó en cólera, cubriendo de improperios a los hombres que me ayudaban y diciendo que debajo de la tienda había cajas de balas y de pólvora». Pero el explorador no quiso entrar en razón. Recordando todos los insultos, demoras, mentiras, deslealtades, robos y pérdidas que había tenido que aguantar sin dar rienda suelta a su cólera, acabó por perder completamente los estribos. «Si quiero hacer saltar por los aires lo que me pertenece —gritó—, es asunto mío; y si no cumplís con vuestro deber, os haré saltar por los aires a vosotros también». Bombay siguió negándose a obedecerle, así que Speke le dio tres buenos coscorrones. El capataz se puso en guardia, como si quisiera devolver el golpe, pero cambió de idea y no tocó ni un pelo a su agresor. Haciendo gala de un dominio de sí mismo asombroso, anunció simplemente que no lo serviría más como jefe de la caravana. Cuando Speke ofreció el puesto de Bombay a Nasib, el más viejo de sus dos intérpretes —ambos imprescindibles para él—, lo rechazó. Antes bien, según dice Speke, «el buen hombre logró que Bombay cediera».

Para racionalizar el correctivo que había administrado a Bombay, Speke diría luego que no habría podido «humillarlo» permitiendo que un servidor de menor rango se atreviera a pegarle por desobedecer una orden directa de su jefe. Pero en realidad Speke se había comportado de forma indecorosa y lo sabía, especialmente por cuanto respetaba a Bombay más que a cualquier otro de sus empleados. «Fue la primera y última vez que tuve ocasión de perder mi dignidad asestando un golpe a alguno con mi propia mano». La

afrenta queda hasta cierto punto mitigada si tenemos en cuenta que prácticamente todos los demás exploradores europeos de África propinaban de vez en cuando palizas a sus hombres para mantener una apariencia de disciplina. Incluido el Dr. Livingstone. Las infinitas penalidades de los viajes por África y la hipersensibilidad causada por los repetidos ataques de malaria podían provocar una reacción excesivamente violenta, incluso en el hombre más paciente.

Mientras se desarrollaba esta trifulca, se presentó inesperadamente N'yamgundu y la caravana se puso en marcha enseguida. Dos días después, aparecieron varios pajes del *kabaka*, con la cabeza afeitada, portando tres varas que representaban los tres encantamientos o medicinas que Mutesa esperaba que le diera el hombre blanco. El primero era una poción para liberarlo de los sueños que tenía con un pariente muerto; el segundo era un hechizo para mejorar su erección y su potencia sexual; y el tercero, un encantamiento que le permitiera conservar el temor reverencial de sus súbditos. Aunque abatido por estas peticiones tan peregrinas, la seguridad de Speke se reforzó cuando al llegar a la ribera norte del lago se unió a la caravana un servidor real y le dijo que «el rey estaba en un estado de gran excitación nerviosa, preguntando en todo momento [por él]». Aunque el interés primordial del explorador seguía siendo localizar el río emisario del Nyanza por el norte, seguía fascinado por la emoción de llegar a una singularísima corte feudal y conocer a un monarca cuyos antepasados llevaban siendo reyes desde el siglo XV.

A medida que se acercaba al palacio real, empezó a hechizarle la propia Buganda. «Subimos y bajamos una y otra vez por este maravilloso país, sorprendentemente rico en hierba, campos de cultivo y árboles». Todos los arroyos podían cruzarse por medio de pértigas o troncos de palmera. Como el lago hacía que se produjeran lluvias durante todo el año, los montes estaban tan verdes como las colinas inglesas, aunque eran más grandes y en sus cimas pastaban reses de cuernos largos en vez de ovejas. A través de las plantaciones de banana y los bosques, Speke tuvo ocasión de contemplar perspectivas muy sugestivas de su refulgente lago.

El 18 de febrero, la caravana llegó por fin cerca del palacio del *kabaka*. «Era una vista magnífica», anota entusiasmado Speke en su diario. «Había

una colina entera cubierta de cabañas gigantescas, como no había visto nada igual en África». En realidad, eran edificaciones cónicas de unos quince metros de altura, estructuras de caña recubiertas de juncos finamente trenzados. Speke esperaba que lo mandaran llamar de inmediato, pero para mayor decepción suya lo condujeron a una choza pequeña y sucia y allí lo dejaron esperando el favor del *kabaka*. N'yamgundu explicó amablemente al explorador que no podría asistir a la *levée* hasta el día siguiente porque se había puesto a llover.

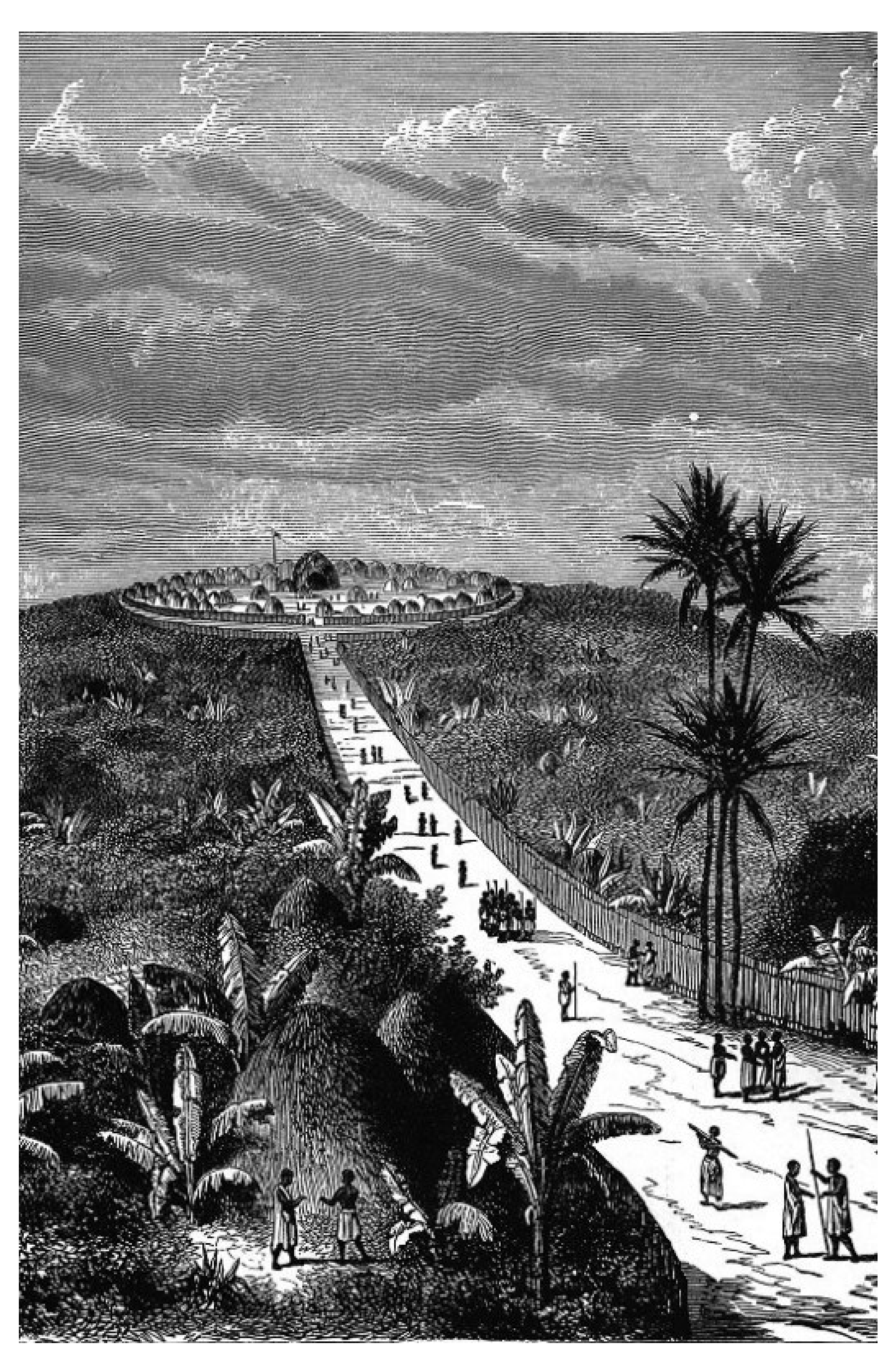
Speke empezó el manuscrito de su libro *Journal of the Discovery of the Source of the Nile* («Diario del descubrimiento de la fuente del Nilo») con una primera frase que sería eliminada por su editor:

Como nuestro lema es «Malhaya el que piense mal», el lector de estas páginas debe estar preparado para ver y para comprender a los negros de África en su estado natural, primitivo y de desnudez; un estado en el que vivieron nuestros antepasados antes de que lo subvirtiera el estado forzado de la civilización.

John Blackwood aconsejó que esta frase acerca de una civilización «forzada» que «subvertía» un modo de vida más deseable y «natural» debía ser sustituida por un pasaje banal en el que Speke sugiriera que las carencias y los excesos tribales debían mirarse con compasión, porque los africanos habían sido excluidos del ordenamiento divino de los cristianos que ponía todo su ámbito moral en manos de los europeos. Como quedará patente, la frase omitida reflejaba los verdaderos sentimientos del explorador.

Pero para empezar, y con el fin de imponer respeto, tenía pensado decir que era un príncipe de sangre real en su propio país y por lo tanto socialmente igual al *kabaka*. La vanidad personal explica en parte esta pretensión, aunque también tuvieran mucho que ver con ello ciertas consideraciones de orden práctico. Entrar en un mundo autónomo —que, a pesar de la llegada de los traficantes de esclavos árabes veinte años antes, había permanecido prácticamente igual desde hacía cuatro siglos— ofrecía a Speke, como primer visitante blanco de dicho mundo, una oportunidad extraordinaria. Al ser el primer individuo de su raza visto por el *kabaka* y sus cortesanos, Speke sabía que iba a parecerles algo portentoso; y eso no

sólo iba a ser gratificante desde el punto de vista personal, sino que además iba a hacer que le resultara más fácil ganar al apoyo del *kabaka* para su misión en el Nilo. O eso esperaba al menos. Pero la fascinación de la novedad que suponía su persona podía esfumarse si permitía que el *kabaka* lo eclipsara o lo humillara. De modo que pensó cuidadosamente en la impresión que debía causar cuando fuera desde su humilde cabaña al recinto real donde estaba previsto que la audiencia tuviera lugar al día siguiente, 20 de febrero de 1892.



Camino hacia el palacio del *kabaka*.

Su *kirangozi* marchó delante de él enarbolando la bandera del Reino Unido, seguido de doce guardias de honor vestidos con mantos de franela roja y portando sus armas inclinadas. Sus demás hombres iban detrás de ellos, cada uno llevando un regalo. La pequeña procesión fue conducida por delante de unas cabañas «con tejados de paja tan pulcramente recortados como una cabeza bien acicalada por cualquier barbero de Londres, y rodeadas de los setos de palmeras enanas típicas de Uganda». En un patio contiguo, había músicos tocando grandes arpas de nueve cuerdas, semejantes a las *tambiras* nubias, y unos enormes tambores ceremoniales. Dentro de un recinto aparte vivía la *namasole*, o reina viuda, con las trescientas o cuatrocientas esposas de Mutesa, muchas de las cuales asistieron al paso de la pequeña procesión sin dejar de hablar entre ellas. En el siguiente patio vallado, Speke fue presentado a los dignatarios más altos de la corte: el *katikiro*, o primer ministro, el *kamraviona* (propiamente el *kamalabyonna*), o comandante en jefe; el *kangaawo* y el *ppokino* («*Mr*. Pokino» y el «coronel Congow», según Speke), que eran gobernadores provinciales; conoció asimismo al almirante de la flota, a los verdugos de primera y segunda clase, al comisario encargado de las tumbas, y al cervecero real. Los miembros del gabinete de consejeros de mayor rango del *kabaka*, el *lukiiko*, «lucían mantos de corteza de árbol pulida, parecida a la pana amarilla de la mejor calidad […] y encima una manta de retazos de pequeñas pieles de antílope, cosidas unas con otras con tanta pulcritud como pudiera juntarlas un guantero inglés».



Músicos de Mutesa.

Entonces, justo cuando la audiencia con el *kabaka* parecía que estaba a punto de producirse, invitaron a Speke a sentarse en el suelo y a esperar fuera al sol, como obligaban a hacer a los mercaderes árabes. «Pensé —recordaría Speke—, que, si no defendía mi posición social de inmediato, sería tratado con desprecio […] y perdería así la ventaja de parecer más un príncipe que un mercader». Así que dio media vuelta y se dirigió a grandes zancadas a su choza, mientras sus hombres permanecían sentados en el suelo, temiendo en todo momento que los mataran. Pero sucedió algo muy distinto. Varios cortesanos salieron corriendo tras él, se postraron de rodillas y le imploraron que volviera enseguida, pues el rey no comería hasta que no lo viera. Pero Speke les dio la espalda y entró en su choza como si se sintiera ofendido en lo más profundo. Enseguida se presentaron otros cortesanos a informarle humildemente que el rey deseaba ser respetuoso y que se le permitiría llevar su propia silla a la audiencia, «aunque semejante asiento era un atributo exclusivo del rey». Speke los dejó esperando mientras tomaba una decisión, fumando su pipa y bebiendo una taza de café.

Encontró al *kabaka* esperándolo en su «cabaña de ceremonia», rodeado de varios cortesanos sentados en cuclillas y de algunas de sus esposas:

El rey, un joven alto, bien parecido y de buena figura, de unos veinticinco años, estaba sentado sobre una alfombra roja extendida encima de una plataforma cuadrada de hierba real […] Tenía el pelo muy corto,

excepto en lo alto de la cabeza, donde lo llevaba peinado en una especie de copete alto, que iba de delante a atrás como una cresta de gallo. Lucía al cuello un adorno muy bonito, un anillo de pequeñas cuentas finamente labradas, formando elegantes diseños con sus variados colores […] En cada dedo de las manos y de los pies llevaba anillos alternados de latón y de cobre; y encima de las caderas, hasta mitad de las pantorrillas, unas calzas de cuentas muy hermosas. Todo era brillante, pulcro y elegante a su manera; no habría cabido encontrar ni una falta en el gusto de su atavío.

Una vez que hubo recibido permiso para sentarse enfrente del monarca, Speke quiso iniciar una conversación, pero se lo pensó mejor al observar que ningún cortesano osaba hablar, ni siquiera levantar la cabeza por miedo a ser acusado de mirar a las esposas reales. «Así que el rey y yo permanecimos sentados mirándonos uno a otro durante una hora entera», sin intercambiar ni media palabra. Finalmente el monarca pidió a Maula que preguntara a Speke «si lo había visto». «Sí, llevo viéndolo durante una hora entera», contestó el explorador, cuya respuesta, una vez traducida, no debió de resultar del agrado del *kabaka*, que habría esperado un tributo obsequioso a su excelente aspecto y a su magnificencia. De modo que no invitó a su huésped a comer nada y se fue de la manera más formal, imitando las zancadas de un león, porte adoptado por los reyes bugandeses desde hacía muchas generaciones. A los porteadores de Speke, llenos de temor reverencial, los impresionó mucho, pero el explorador pensó que aquella actitud confería a Mutesa un aspecto involuntariamente ridículo, aunque no tanto como el de sus hombres, que salieron arrastrando los pies como ocas asustadas.

Una hora más tarde Mutesa y Speke se reunieron de nuevo y estuvieron hablando, mediante un procedimiento harto dificultoso que suponía que Bombay tradujera las palabras del inglés al *kiswahili*, luego que Nasib lo hiciera al lugandés, y por último que Maula se las transmitiese directamente al rey, «pues se consideraba indecoroso hacer llegar un mensaje a Su Majestad como no fuera a través de uno de sus oficiales». El *kabaka* deseaba saber qué mensajes le enviaba Rumanika, y cuando se los dijeron, se volvió hacia Speke y le preguntó de nuevo, con gran intensidad, si lo había *visto*. Esta vez el oficial inglés compensó su anterior falta de tacto y

dijo que el *kabaka* era «muy hermoso, tan deslumbrante como el Sol, con un pelo semejante a la lana de las ovejas negras, y unas piernas que se mueven con tanta gracia como las del león».

Antes de que Speke tuviera tiempo de aludir a sus proyectos exploratorios, el rey le preguntó si querría mostrarle sus pistolas. De modo que los servidores del inglés pusieron ante él las armas de fuego que le traían de regalo, incluido un fusil Whitworth —en opinión de Speke «la mejor escopeta de caza del mundo»— y un revólver, tres carabinas, tres bayonetas y varias cajas de municiones y cápsulas fulminantes. Mutesa «dio la impresión de quedar confundido ante la variedad de cosas maravillosas que le ofrecían» y permaneció estudiando todos aquellos regalos hasta que la luz empezó a bajar. Los cuatro ricos tejidos de seda, los diez haces de abalorios raros, los diversos juegos de cuchillos, la silla de hierro y el cronómetro dorado llamaron menos su atención. Speke probablemente no viera ninguna ironía en el hecho de que los regalos más valiosos que le hacía el primer visitante blanco no tuvieran que ver con actividades pacíficas, sino más bien con la capacidad de matar con más efectividad de la que hubiera podido imaginar hasta entonces el *kabaka*.

Tres días después, durante los cuales celebraron entrevistas, el rey mandó llamar a Speke y le pidió que disparara a las cuatro vacas que andaban alrededor del patio. Como no llevaba consigo ningún arma, pidió prestado el revólver que había regalado al *kabaka* y mató a los cuatro animales de cinco tiros disparados rápidamente. «Un gran aplauso premió tan *asombrosa* hazaña». Pero lo que ocurrió a continuación situaría a Mutesa bajo una luz más sombría. El rey cargó una de las carabinas que le había regalado Speke y entregándosela «amartillada a un paje, le dijo que saliera y disparara a algún hombre en el patio exterior. Dicho y hecho. El pilluelo regresó a anunciar el éxito de su empresa con una expresión de júbilo». Horrorizado, Speke anotó en su diario: «Nadie mostró la menor curiosidad por saber a qué ser humano en concreto había quitado la vida el mocoso». El explorador inglés no tardaría mucho en empezar a ver cómo casi a diario […] una, dos o tres de las desgraciadas mujeres de la corte era conducida para su ejecución, con una mano atada, y arrastrada por un guardaespaldas, gritando a voz en cuello con la más absoluta desesperación

mientras se encaminaba a una muerte prematura: «¡Hai Minangé!». [«¡Ay, señor!»].

Se trataba desde luego de un mundo de extraordinaria ambivalencia. Mientras que la sociedad baganda funcionaba desde el punto de vista administrativo mejor que cualquier otra de las que había visto Speke en África —los patios estaban bien limpios, el hambre era desconocida por completo y las plantaciones estaban bien cuidadas—, la otra cara de la moneda era que la gente vivía atemorizada, pues ante la más mínima ofensa cualquiera podía ser entregado a uno de los verdugos de Mutesa para ser decapitado o golpeado hasta morir.

Speke, en cambio, fue tratado con toda cortesía y rara vez se sintió en peligro, aunque no tardó en darse cuenta de que no avanzaba nada en sus planes de conseguir la ayuda del *kabaka*. Incluso cuando Mutesa accedió a enviar a un oficial en barca al río Kagera para recoger a Grant, y a otro hasta Gani, donde se creía que permanecía detenido Petherick, Speke dudó de poder establecer realmente una vía de comunicación con el galés. La realidad era que Mutesa quería quedarse a Speke para él solo el mayor tiempo posible y no deseaba que se fuera a buscar al emisario del Nyanza. Speke abrigaba la esperanza de que si conseguía hacer salir a Mutesa del palacio y llevárselo de excursión a una cacería de elefantes, tendría mayor oportunidad de explicarle sus planes de hombre a hombre. Así pues, enseñó al *kabaka* a apuntar y a disparar apoyando la escopeta en el hombro, sencillamente para que el monarca quisiera enseñarle a él cómo disparar contra elefantes y rinocerontes a campo abierto. Cuando Mutesa se mostró empeñado en salir de caza con él, el explorador se negó a seguirle el juego a menos que el *kabaka* accediera a «abrirle el camino al exterior». Aunque a regañadientes, el joven monarca consintió en «convocar y reunir a todos sus viajeros experimentados» para que Speke pudiera mostrarles un mapa y explicarles dónde quería ir. Y ese lugar era el punto en el que se creía que estaba retenido Petherick.

Conseguir el encuentro con Petherick se había convertido para Speke en una obsesión, pues parecía que le garantizaba un regreso seguro Nilo abajo. Pero aunque se produjo la consulta con los «viajeros», Mutesa no quiso luego ni oír hablar de que Speke se marchara a ninguna parte con ellos.

Pero el explorador no se dio por vencido, y tuvo el placer de obtener permiso para pedir ayuda a la *namasole* (a la que él llamaba la Reina Madre). Esperaba hacer de ella su aliada en su lucha por conseguir que el *kabaka* prestara apoyo a sus proyectos exploratorios.

Durante los primeros años del reinado de Mutesa, el primer ministro y la Reina Madre habían gobernado el país dejando poca influencia al joven *kabaka*, pero después de varios años de aprendizaje Mutesa les había arrebatado el control de la situación. Su madre, sin embargo, seguía gozando de una influencia considerable, que Speke esperaba poder explotar. Tras enterarse de que la Reina Madre padecía varias afecciones médicas, llevó consigo a la entrevista su botiquín, así como diversos regalos: hilo de cobre, abalorios ovalados de color azul y dieciséis codos de cretona. El inglés sospechaba que la mujer que lo recibió había debido de ser hermosa antes de engordar y calculó que debía de tener unos cuarenta y cinco años. Durante algún tiempo permaneció sentado a su lado, bebiendo «el mejor *pombé* [cerveza] de Uganda» y fumando su pipa mientras ella fumaba la suya. Enseguida la reina despidió a los músicos y a todos sus *wakungu* (cortesanos) menos a tres, y se puso un *déolé* para que el inglés pudiera admirarla con él. Luego acercó su asiento al de Speke y le pidió ayuda. El hígado, dijo, le producía punzantes dolores que repercutían en todo su cuerpo y a menudo la asediaban sueños en los que aparecía su difunto marido, Sunna. ¿Podía curarla el visitante? Speke dijo que sólo casándose otra vez podría librarse de los sueños con su marido. En cuanto a sus dolencias físicas, tenía que verle la lengua, tomarle el pulso y palparle los costados. Los *wakunga* insistieron en que no podía ser examinada sin permiso del monarca, pero la mujer desechó enérgicamente sus reparos: «¡Tonterías! Voy a enseñar mi cuerpo al Mzungu». Ordenó que cerraran los ojos mientras se desvestía y se tumbaba en el suelo. Speke la examinó y le recetó dos píldoras de quinina, y le dijo además que tomara menos *pombé*. A partir de esa primera entrevista, parece que la augusta mujer quedó hechizada por Speke. A pesar del engorroso sistema de comunicación a través de dos intérpretes, le dijo que debía volver a visitarla, «pues lo encontraba de su agrado […], no podía figurarse cuánto».

Durante los quince días siguientes Speke logró despertar unos celos terribles en el *kabaka* y en su madre, pero con ello no consiguió que le concedieran una choza dentro de los terrenos del palacio ni que Mutesa le prometiera que se harían esfuerzos serios para que se reuniera con Petherick en Gani, ni siquiera que se le permitiera visitar pronto el río por el que desaguaba el lago. Pero el explorador se sintió muy halagado cuando el rey se puso unos calzones *dhoti* para parecerse más a él, y su éxito con la Reina Madre y con varias otras mujeres de la corte constituyó otro motivo de orgullo para él. Tanto, que cuando pareció inminente la partida de los hombres de Mutesa hacia Gani (sin Speke), el explorador avisó a Petherick en una carta cómica a su pesar en los siguientes términos: «El juego que estoy jugando ahora te obligará a olvidar tu dignidad por el momento y a mirarme como a un oficial de rango superior». No decía a Petherick que trajera uniforme porque él no tenía ninguno allí. Evidentemente, Speke no quería que nadie echara por tierra el concepto que de él tenían Mutesa y la Reina Madre como hombre de alto rango y de gran importancia en su país.

Si Speke no hubiera empezado a encontrar tan divertida la vida cotidiana en Mengo, la negativa del *kabaka* a ayudarle a localizar a Petherick o el río que salía del lago lo habría deprimido terriblemente. Tampoco tenía ánimos suficientes como para lanzarse a la buena de Dios. De repente, justo cuando menos falta le hacía, un nuevo motivo de felicidad transformó su vida en la corte. Para mayor sorpresa suya, Speke descubrió que se había enamorado.

10

Un flechazo en el corazón

Seis semanas después de su llegada al palacio real del monte Mengo, Speke se hallaba conversando con la Reina Madre cuando uno de sus cortesanos le preguntó de qué color serían sus hijos si se casara con una negra. Speke no registra cuál fue su respuesta, pero en otro pasaje eliminado de la versión de su diario que apareció publicada describe a la Reina Madre «haciendo un gesto significativo mientras apretaba los puños cerrados sobre sus pechos, dando a entender que hablaba de una doncella todavía inmadura». Entonces, «riendo a carcajadas [preguntó a Speke si le] gustaría ser su yerno, pues tenía varias hijas hermosas». Los cortesanos dijeron con toda seriedad al explorador que cuando las «hijas» llegaran y «el matrimonio tuviera lugar», tendría que «encadenar a la guapa joven […] hasta que se acostumbrara [a él]».

Tres días después, cuando Speke fue a visitar a la Reina Madre, esta le sacó inmediatamente dos chicas «wahuma» para que se las llevara a su choza. Speke pensaba que los wahuma (hima), de piel más clara y nariz más recta, procedían originalmente de Etiopía y que muchos siglos antes de que él llegara al Nyanza se habían hecho con el poder dominando a los bantúes, de piel más oscura, que ya estaban establecidos en Buganda, Karagwe y Ruanda. Aunque efectivamente los hima procedían del norte, pertenecían a un clan luwo originario de Sudán del sur, no de Etiopía. Pero cuando se trasladaron al sur, con el paso de los siglos formaron a partir más o menos de 1200 d. C. las dinastías reinantes en la zona del Nyanza. Luego

adoptaron la lengua de los bantúes y fueron absorbidos culturalmente por ellos. Speke, como muchos europeos de su época que luego siguieron sus pasos en África, encontraba a los hima físicamente más agradables que a los bantúes del norte, de labios más gruesos y nariz más aplastada. Aunque hoy día esas preferencias serían consideradas racistas, el hecho de que un caballero inglés del siglo XIX encontrara atractiva a una mujer africana habría dejado atónitos a la mayor parte de los miembros de la clase de Speke, como no hubieran pasado algún tiempo en África.

Cuando comparé la versión publicada del diario de Speke (*Journal of the Discovery of the Source of the Nile*) con las pruebas de imprenta originales o con el manuscrito del libro, vi que muchos pasajes habían sido modificados en la versión publicada u omitidos de ella. En adelante, citaré en cursiva las palabras y los pasajes alterados u omitidos del libro. Al describir en el *Diario* publicado a las dos chicas que le dio la Reina Madre, Speke las presenta como si fueran «niñas», diciendo que una, Kahala, tenía doce años, y que la otra era «un poco mayor». Pero en el manuscrito se afirma claramente que la mayor tenía «dieciocho años o así». La más pequeña en el manuscrito era demasiado joven «para el fin en cuestión», que la Reina Madre entendía que era el sexual. El difunto rey, Sunna, había escogido a Méri, la mayor de las dos chicas, como esposa, aunque había muerto antes de consumar el matrimonio. Méri se había convertido así en miembro de la familia de la Reina Madre.

Speke encontró a las muchachas alarmantemente fogosas, pero la Reina Madre lo tranquilizó diciéndole que aunque «eran más difíciles de desbravar que un asno, una vez domadas, serían unas esposas excelentes». Dos días después, Speke dio las gracias a la Reina Madre por «haber encantado [su] casa con una compañía tan hermosa» y le hizo saber que no había encontrado necesario encadenar a sus mujeres como ella le había aconsejado que hiciera, pues «los lazos del amor [eran] los únicos instrumentos que sabían utilizar los hombres blancos».

Aunque la Reina Madre sospechaba a todas luces que Speke no sabía domar a sus mujeres, tenía mucha fe en él como médico de confianza. Le explicó que sus menstruaciones «se habían calmado desde que Bana [Speke] la había tratado», y le preguntó qué más tenía que hacer. Él le

recomendó el matrimonio para restaurar su regularidad. Su hijo, el *kabaka*, lejos de evitar los consejos de carácter íntimo, consultó también a Speke, «pues estaba enormemente ansioso por convertirse en un gran cabeza de familia como su padre, aunque de momento daba la impresión de que no cabía esperar nada de eso». Speke le aconsejó sólo que mantuviera relaciones con aquellas de sus esposas que acabaran de tener el período, «pues los conductos seminales eran entonces más sensibles, y evitar los excesos, que acaban con el apetito en la primera juventud». Practicar demasiado el acto sexual, le explicó Speke, «aumenta el tamaño de las venas por exceso de uso, y de paso disminuye su potencia». Al rey le preocupaba que su pene no tuviera el tamaño óptimo. Speke le recomendó que no se preocupara, pues todos los tamaños valen. Pero «Mutesa no podía creer que una verga corta fuera tan buena como una larga, pues la larga puede llegar mucho más lejos, mientras que la corta se quedaría sólo a la entrada». Mutesa estaba perplejo ante el hecho de que un experto en materia sexual como Speke no tuviera hijos. Aunque el inglés respondió citando el «viejo proverbio que dice que un canto rodado no cría musgo», Mutesa siguió desconcertado. ¿Qué podía impedir a un hombre varonil ser padre durante su viaje?

Desde luego Speke no ocultaba que encontraba atractivas a las esposas de los cortesanos. Durante una cacería de búfalos «empezó a flirtear con las mujeres de Mutesa, para sorpresa de todo el mundo». También se ofreció a cruzar un río a las esposas de varios cortesanos llevándolas a cuestas. La más hermosa de ellas quería comprobar cómo estaba hecho el hombre blanco, [y] con gesto implorante *y los pechos desnudos* extendió las manos en un modo tan *voluptuoso* y cautivador que aunque [Speke] temiera llamar la atención tardando tanto tiempo [en cruzar], no pudo resistir y tuvo que complacerla […] «¡Eh, eh!», dijo el Kamraviona. «¿Qué otras maravillas vamos a ver ahora?».

Speke encontraba maravillosamente gratificante que la mayoría de las mujeres de la corte estuvieran «encantadas con la hermosa apariencia de mi persona». Pero para mayor disgusto suyo, no era así como lo veía Méri, a la que calificaba de «mi hermosa Venus». La joven se negaba a menudo incluso a hablar con él, o a salir de paseo, o hacer cualquier otra cosa «más

que estar tumbada todo el día… holgazaneando de la forma más indolente». Provocado, según dice, por su indiferencia hasta no aguantar más, el inglés «pasó la siguiente noche intentando domar a la fierecilla silenciosa». Aunque estas palabras suenan sospechosamente a violación, debemos recordar que en *La fierecilla domada* de Shakespeare la prueba final del éxito de Petruchio «domando» a Kate es la disposición de la chica a irse a la cama con él, sin que nadie la obligue. Pero si Speke forzó a Méri o si ella consintió, o si la doma de la muchacha supuso efectivamente un acto sexual, es algo que nunca podremos saber. Lo que es seguro es que los sentimientos del oficial inglés por la joven se hicieron más profundos; y a finales de mes, cuando se separó de ella —para acompañar a Mutesa a una cacería de hipopótamos en un lugar situado a mucha distancia— se vio soñando por la noche con Méri, y en menor medida con Kahala, y «esperando cariñosamente comprobar qué cambios habría producido esta separación forzosa de una semana en aquellas a las que amaba, aunque ellas no me amaran a mí».

A su regreso a primeros de mayo, Méri intentó convencerle de que le diera una cabra de regalo, aunque lo que en realidad pretendía era entregársela a su *nganga* (hechicero) favorito. Speke se dio cuenta de lo que pasaba, pero ella siguió dando la lata con lo de la cabra. «¡Dios mío! ¿Iba a ser yo entonces un calzonazos?», decía lamentándose. Al enterarse de que Méri había invitado al *nganga* a su choza mientras él estaba ausente, Speke, lleno de celos, amenazó al individuo con pegarlo. Entonces Méri lo dejó hecho polvo al suplicarle que antes la pegara a ella.

Aquella conmovedora petición casi me hizo perder el juicio, pero como Méri no daba muestras de amarme ni de sentir apego por mí […] [y mis] ofrecimientos [eran] aceptados fríamente y de mala gana, cosa que me quitaba el sueño y no me dejaba descansar […] la despedí, y se la di en calidad de hermana y mujer libre a Uledi […] Y luego salí precipitadamente de la casa con el corazón saliéndoseme por la boca y anduve caminando sin rumbo hasta más o menos después de anochecer, cuando regresé a mi desolado domicilio, y me metí en la cama sin cenar, pero no pegué ojo pensando en la aparente crueldad de abandonar a una persona que mostró

una modestia tan virginal cuando vino a mí, por las incertidumbres de este mundo perverso.

Así pues, Speke, que ha sido presentado habitualmente como un hombre incapaz de amar, se enamoró perdidamente de una joven africana y se sintió desdichado por la negativa de ella a corresponderle. Una semana después, Méri fue a verlo y le dijo que había estado enferma desde que habían tenido aquella trifulca y le pidió con lágrimas en los ojos que volviera a admitirla a su lado. El oficial inglés le dijo que se había equivocado «peleándose con su señor», a lo que ella repuso que «la única pelea de la que sabía algo era la pelea del amor». Pero aunque Speke quiso convencerse de que la conducta inflexible de la muchacha había sido «la pelea del amor», no lo consiguió. Decidió que la joven sólo volviera si daba pruebas de estar emocionalmente interesada por él. Por desgracia, lo que dijo Méri a continuación le convenció de que la situación no tenía arreglo. «Había tenido mucha suerte en el pasado», explicó la chica. «Había sido la esposa de Sunna, la doncella de la N'yamasore [la Reina Madre], y luego su esposa [de Speke]; así que nunca había vivido en la cabaña de un pobre desde que era una niña; y ahora deseaba volver [con Speke] para poder morir contando con el favor de un hombre rico». Lo que le habría gustado oír al romántico Speke no era desde luego aquella prueba de honestidad sin sentimentalismos, y evidentemente no fue capaz de ver las cosas desde el punto de vista de una joven criada en una sociedad feudal africana, que se había mostrado dispuesta a ser su esposa en unas condiciones que ella consideraba satisfactorias.



Kahala y otras jóvenes baganda. No existe imagen conocida de Méri.

Dolido por la pérdida de Méri (pues así lo quiso él), Speke dejó de visitar a la Reina Madre, que lo reprendió airadamente por no haberle hecho caso después que se había mostrado lo bastante considerada como para «darle aquella damisela tan encantadora». Speke anotó en su diario que «poco pensaba ella mientras hablaba [que] estaba hiriéndome de un flechazo en el corazón». Cuando por fin se dio cuenta de que nunca estaría cerca de Méri de la forma que él quería, Speke entregó a la muchacha unos cuantos regalos de despedida:

En prenda de lo que la había amado y de lo que seguía amándola […] una manta negra como signo de luto por no poder ganarme su corazón; un puñado de gundu [hilos de pelo de tobillo de jirafa trenzado con hilo de latón] en recuerdo de que una vez me los había pedido […] y yo había pensado que no estarían a la altura de sus hermosos tobillos. Por último había un paquete de tabaco en prueba de mi perdón, aunque casi me había

partido el corazón; y en el futuro sólo esperaba que tuviera una vida llena de felicidad con personas de su mismo color, pues yo no era de su agrado porque no conocía mi lengua para poder entenderme.

Como Méri se definía a sí misma como esposa de Speke y él se refiere a sí mismo como su esposo, parece probable que fueran pareja sexual, pero fuera lo que fuese lo que pasara entre ellos, la decepción amorosa de él fue auténtica, desde luego; aunque dadas las barreras lingüísticas, la atracción sexual tuvo que ser en todo momento el componente principal de la relación. Pero la imagen habitual de Speke como misógino egoísta e insensible no encaja con los tiernos sentimientos que abrigaba por Méri ni con el hecho de que su sentido del honor le impidiera seguir tratándola como «su esposa», cosa que ella habría estado encantada de permitirle si, como deseaba, la hubiera acogido de nuevo en su casa. No teniendo experiencia alguna del amor romántico —en el sentido europeo del término —, Mutesa y la Reina Madre habían esperado que Speke utilizara a Méri para su placer independientemente de los sentimientos de la chica. En la mayoría de los casos, los aventureros y colonos que vinieran después tendrían pocos escrúpulos morales a la hora de explotar a las africanas. Corre el rumor, que de vez en cuando vuelve a dejarse oír, de que Speke dejó embarazada a Méri. Aunque es posible, el hecho de que estuvieran juntos tan poco tiempo no contribuye a hacerlo creíble. Speke abandonaría Mengo en julio, unos tres meses después de lo que él llama la «doma» de la «fierecilla» en abril, así que si la chica hubiera quedado embarazada, para entonces ya habría tenido que saberlo, y no habría tenido por qué no decírselo a Speke. El diario de este es notablemente desinhibido en su versión manuscrita y, sin embargo, en él no se alude en ningún momento a un embarazo. Pero en cualquier caso no puede haber seguridad ni en un sentido ni en otro.

Al principio, irritado por no ser amado de la forma que él deseaba, Speke entregó a Méri a Uledi y a la esposa de este, Mhmua, como guardianes. Aunque la llama «mujer libre» y «hermana de Mhmua», esta dudaría a veces en atar a Méri por las muñecas para que no se escapara. Pocas semanas después, es evidente que Speke se sentía tan incómodo con la situación que se ofreció a intentar «casarla con uno de los hijos de

Rumanika, un príncipe de su propia raza». Pero Méri rechazó todos esos esfuerzos bienintencionados.

Hasta que se produjo esta decepción amorosa, Speke había disfrutado en gran medida de su privilegiado estatus en la corte, así como de su estrecha relación con algunos baganda, desde el rey y su madre por arriba hasta los pajes y servidores por la parte más baja de la pirámide social. De hecho su entusiasta participación en los asuntos de la vida cotidiana y su facilidad de trato con las mujeres africanas son rasgos que lo diferencian de Burton, Baker, Grant y Livingstone, quienes siempre mantuvieron una distancia mucho mayor (al menos en sus diarios). Pero coincidiendo con la pérdida de Méri vino la conciencia cada vez mayor del lado oscuro de la naturaleza de Mutesa, que empezó a amargar el placer que había venido sintiendo el explorador de formar parte de la alta sociedad de los baganda. En una ocasión el rey montó en cólera con una antigua esposa favorita, a la cual Speke había encontrado siempre encantadora. Su único delito había sido ofrecer a su amo y señor una pieza de fruta —cuando en realidad habría correspondido darle de comer a un funcionario de la corte específicamente nombrado para este menester—, así que la mujer fue sacada a rastras de la sala para ser ejecutada por esta pequeña infracción de la etiqueta cortesana «gritando los nombres del *Kamraviona* y del *Mzungu* para implorar su ayuda y su protección». Mientras las otras esposas del *kabaka* le cogían de las rodillas suplicándole clemencia, el rey empezó a pegar a la condenada con una vara en la cabeza. Aquello fue demasiado para Speke, que «se precipitó hacia el rey y sujetándole el brazo que tenía levantado, le pidió que perdonase la vida a la desdichada mujer». Consciente de que «corría un peligro inminente de perder [su propia] vida», Speke dio gracias al cielo cuando «la inesperada novedad de [su] intromisión hizo sonreír a aquel tirano caprichoso, y la mujer fue liberada al instante». Un paje real que malinterpretó un mensaje de Speke al monarca fue menos afortunado y le cortaron las orejas por no haber escuchado atentamente. Pero mucho peor que todo esto fue el castigo que el *kabaka* infligió a una mujer que había huido de un marido cruel y al anciano que le había dado valientemente cobijo. Los dos fueron condenados a que les dieran de comer y de beber durante varias semanas, «mientras eran despedazados, miembro a miembro,

para servir de pasto a los buitres, cada día, hasta que perdieran la vida». Lo que horrorizó a Speke fue la «absoluta indiferencia [de Mutesa] ante la tragedia que él mismo había puesto en marcha». En cuanto los condenados fueron «sacados ruidosamente a rastras […] al son de la música atronadora del *milélé* y los tambores», el rey se volvió cariñosamente hacia Speke y dijo: «Bueno, y ahora, para cazar *Bana*, veamos tu escopeta».

Pero a pesar de la repugnancia que le inspiraba, Speke no podía permitirse el lujo de ofender a Mutesa ni negarse a enseñarle su libro de imágenes, o a salir de caza con él, o no ofrecerle tratamiento médico si se lo pedía. Se sintió asimismo obligado a obedecer al rey cuando le pidió que le hiciera un retrato. En el bosquejo a lápiz y acuarela que hizo Speke, el rey aparece desnudo, «preparándose para su ampolla»: un procedimiento arcaico mediante el cual se extraía el fluido de la parte del cuerpo que se quería tratar. La expresión de Mutesa es inescrutable y, a pesar de las limitaciones del pintor, el cuerpo del rey se ve esbelto y hermoso, aunque sus genitales son reproducidos a menor tamaño que el natural, como en las obras de arte griego. Teniendo en cuenta su conversación sobre cuál era la medida ideal de un pene, no parece probable que el dibujo resultara del agrado del rey. (*Véanse las láminas en color*).

El 14 de mayo, Mabruki, que había sido conducido a Bunyoro por unos guías baganda, regresó con la inquietante noticia de que aunque Petherick todavía no había llegado al país del rey Kamrasi, su grupo seguía en Gani. El hecho de que dijeran que uno de los dos hombres blancos llevaba barba parecía garantizar que se trataba del propio Petherick. Mabruki explicó que Baraka y Uledi, que habían sido enviados a Bunyoro desde Karagwe a finales de enero, seguían retenidos por Kamrasi y por lo tanto no habían podido continuar la marcha hacia Gani. Aquello resultaba muy frustrante para Speke. Mientras tanto Grant, que abrigaba la esperanza de reconocer las riberas del lago en su camino desde Karagwe hasta Buganda, había mandado por delante a un mensajero para decir que seguía imposibilitado a causa de su pierna ulcerada y que lo tenían que transportar en litera, de modo que no podía llevar a cabo observaciones de ningún tipo. Mientras Speke ansiaba la llegada de Grant para poder salir juntos hacia el desaguadero del Nyanza, camino de Bunyoro y de Gani, Mutesa seguía más

interesado en la caza que en los planes del hombre blanco. Al día siguiente de la reaparición de Mabruki, el rey hirió y mató a una cigüeña enorme o a un marabú grande (*leptoptilos*) y «en un rapto de alegría y excitación, se puso a correr arriba y abajo por el campo plantado de patatas como un toro enloquecido […] Mientras tanto tocaban los tambores, sus servidores se pusieron a lanzar alaridos y las mujeres a dar vueltas a su alrededor chillando y danzando».

Grant llegó por fin el 27 de mayo de 1862, después de un período de cuatro meses de separación de Speke. En palabras de Grant, estaban «tan felices de estar juntos de nuevo y tenían tantas cosas que contarse, que cuando los pajes entraron de forma intempestiva con el mandato real de que Su Alteza quería verme al día siguiente, nos sentimos indignados ante semejante intrusión». En su primera audiencia, Grant quedó tan impresionado por la persona y la vestimenta de Mutesa como había quedado Speke, pero no pasó mucho tiempo antes de que «un estremecimiento de horror recorriera [su cuerpo]». Cuando concluyó la audiencia, dos mujeres jóvenes, que habían tenido la osadía de sonreír a los exploradores, fueron sacadas a rastras de la sala por el verdugo. «¿Podíamos haber sido nosotros la causa de aquella calamidad?», se preguntaba angustiado Grant. «¿Y aquel joven príncipe con el que habíamos estado conversando de forma tan agradable podía tener el valor de ordenar que mataran a aquellas pobres mujeres?». Conocería la respuesta mucho antes de escuchar los gritos de la gente que era torturada cada vez que pasara por delante de la cabaña de Maula, el detective jefe de Mutesa. Grant admiraba a Speke por tener el coraje de intervenir de vez en cuando. En una ocasión su amigo consiguió incluso la liberación del hijo del propio verdugo, que había sido condenado a muerte.

Pero aunque Mutesa fuera caprichoso y cruel, complació a Speke y a Grant dos días después de la llegada de este enviando emisarios a Kamrasi pidiéndole una vez más que permitiera a Baraka y Uledi continuar su camino hacia Gani. Advirtió, no obstante, a los exploradores que todavía no podían esperar irse a ninguna parte. Estaban ya a primeros de junio y Speke había pasado en Buganda más de tres meses. Mientras se preparaba para la siguiente fase de su gran viaje, Méri fue a visitarlo varias veces; «[estaba]

más hermosa que nunca», pensaba él, «y [se iba] *suspirando*» porque quería que la volviera a acoger en su casa. Pero Speke seguía creyendo que lo que inspiraba esas visitas eran consideraciones materiales y no el amor.



Esposa real camino de su ejecución.

Por fin, el 18 de junio, gracias a la ayuda prestada por la Reina Madre, el *kabaka* accedió a permitir a los dos exploradores desplazarse hasta el lugar por donde desaguaba el lago y continuar luego su viaje hacia el noroeste en dirección a Bunyoro. El permiso fue confirmado a primeros de julio, y Speke y Grant pudieron partir el día 7 con una escolta de baganda y sesenta vacas regaladas por el rey. El monarca y Lubuga, «la favorita de su harén», vinieron a verlos marchar, y Speke convenció a sus hombres de que les rindieran *n'yanzig* por los muchos favores recibidos. Se trataba de una palabra inventada por el propio Speke para designar las extravagantes reverencias y muestras de acatamiento de las que era colmado Mutesa; consistían, por ejemplo, en que el sujeto se pusiera de rodillas con las manos extendidas al tiempo que repetía las palabras: «N'yanzig ai N'yanzig Mkhama», para luego postrarse en el suelo boca abajo y revolverse como si

fuera un pez fuera del agua. Los hombres de Speke debieron de hacer estos gestos con mucho entusiasmo, pues Mutesa los felicitó cariñosamente antes de echar un último vistazo a los dos hombres blancos, para a continuación marcharse dando grandes zancadas mientras Lubuga «agitaba sus delicadas manos y gritaba: “¡Bana! ¡Bana!”».

11

¡Nada podría superarla!

Como no cabía esperar que Petherick permaneciera esperando indefinidamente en Gani, a los diez días de viaje en compañía de Grant se apoderó de Speke la imperiosa necesidad de llegar al desaguadero del Nyanza lo antes posible. Una vez localizada la fuente, tendría libertad para acelerar la marcha hacia el norte con el fin de estrechar la mano a su amigo galés antes de proseguir el viaje con él río abajo hasta Gondokoro. Por desgracia, como la pierna ulcerada de Grant le hacía ralentizar el paso, los dos amigos acordaron que lo mejor sería que Speke y un pequeño grupo de hombres, una docena de wangwana y tres o cuatro baganda, fueran inmediatamente hasta el río emisario mientras Grant viajaba más despacio a Bunyoro con los pertrechos de la expedición y el resto de los hombres. Una vez allí, su tarea consistiría en obtener el consentimiento de Kamrasi para que pudieran atravesar su reino hacia el país de Gani.

En los años venideros los críticos de Speke dirían que en una muestra más de egoísmo se reservó para sí mismo lo que creía que iba a ser el descubrimiento de la fuente del Nilo. Pero Grant siempre lo negaría, diciendo que a él le resultaba «efectivamente imposible caminar treinta kilómetros diarios, por pantanos y terrenos escarpados […] [así que] había cedido a la necesidad de separarse». Nunca reprocharía nada a Speke. Pero aunque Grant creía que habría sido una locura arriesgarse a que su cojera retrasara el encuentro con Petherick con el que soñaban los dos, a los tres días de que Speke y él se separaron, Grant, hombre normalmente de buen

carácter, fue presa de un insólito ataque de cólera. Un muchacho que cuidaba las cabras recibió por orden suya veinte latigazos por perder durante un rato de vista su rebaño, castigo sorprendente por una falta tan pequeña.

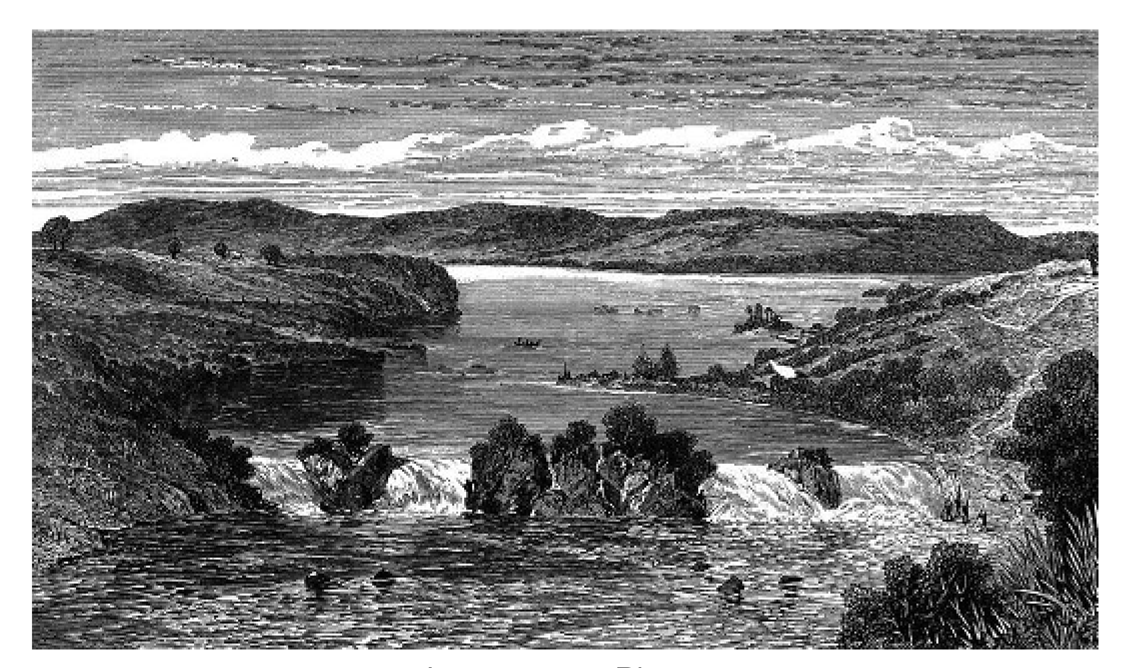
Speke había sido retenido por Mutesa cuatro meses y medio, cuando estaba apenas a ochenta kilómetros del principal emisario del Nyanza. En este trecho tan corto no se produjo ningún incidente hasta que el grupo tuvo que cruzar un río infestado de mosquitos de casi cinco kilómetros de ancho, que el ganado tuvo que pasar a nado con los hombres agarrados de su cola. Luego, el 21 de julio de 1862, Speke escribiría gozoso en su diario: «Aquí estaba al fin al borde del Nilo; la escena era bellísima. ¡Nada podría superarla!». No había *demostrado* que fuera realmente el Nilo, pero al ver aquel río de seiscientos metros de anchura corriendo entre dos elevadas riberas cubiertas de hierba, se sintió más seguro que nunca de que había alcanzado el objeto de su búsqueda. Encontraba hermoso todo lo que lo rodeaba. El valle recibía aquí y allá la sombra de árboles altísimos y la hierba suave le recordaba la de los parques de Inglaterra. Alcélafos y antílopes pastaban tranquilamente, mientras de vez en cuando las acacias nubosas y festones de enredaderas lila añadían un elemento exótico a la escena. Cuando, movido por su entusiasmo, Speke sugirió a Bombay que sus hombres y él debían «afeitarse las cabezas y bañarse en el río santo», el africano se encogió de hombros. «Nos contentamos con las cosas más corrientes de la vida», comentó escuetamente, recordando quizá los exóticos santones de cabeza afeitada de la India. El nombre de aquel lugar era Urondogani y, como estaba a pocos kilómetros río abajo del Nyanza, Speke intentó contratar algunos barqueros que lo condujeran junto con sus hombres hacia el sur, remontando la corriente hasta el punto exacto en el que se juntaban el río y el lago, pues había decidido que esa debía ser la fuente. Pero los lugareños se negaron a prestarle ayuda, de modo que se vio obligado a «caminar penosamente atravesando trechos de hierba altísima y de jungla» durante otros tres días hasta el lugar llamado por los baganda Las Piedras.

Speke reconocía en su diario que «la escena no era exactamente lo que me esperaba, pues la extensa superficie del lago quedaba fuera de la vista

debido al saliente de la colina, y las cataratas, de unos tres metros y medio de altura y unos ciento veinte o ciento cincuenta metros de ancho, estaban cortadas por las rocas». No obstante, y pese al carácter poco espectacular del sitio, estuvo contemplándolo varias horas, hipnotizado por el agua del lago que corría entre pequeños islotes rocosos y se precipitaba en el río por una dilatada cornisa de piedra, mientras que «miles de peces pasajeros [barbos] saltaban la cascada con toda su potencia». No le cabía duda de que ese era el punto exacto en el que el lago daba salida al «viejo padre Nilo». Hechizado por el lugar, imaginó que no le hacía falta más que «una esposa y una familia, un jardín y un barquito, una escopeta y una caña, para ser feliz aquí para toda la vida». Pensó también que era el emplazamiento perfecto para una misión cristiana. El lugar denominado Las Piedras por los nativos lo llamó él cataratas Ripon, por el primer marqués de Ripon, presidente de la RGS y posteriormente virrey de la India. Al tramo de agua por el que se encauzaba primero el lago lo llamó canal de Napoleón por respeto al emperador de Francia Napoleón III. A diferencia de la RGS, que había honrado a Burton sólo con la medalla de oro de su patrono, la Sociedad de Geografía de Francia había homenajeado a Speke con su Médaille d’Or por su descubrimiento del Nyanza, convirtiéndolo en francófilo para toda la vida.

Speke se entretuvo tres días en «la fuente», observando cómo los pescadores salían con sus barcas y se instalaban en los islotes con sus cañas. Los hipopótamos y los cocodrilos dormitaban en el agua y el ganado bajaba a beber al anochecer. El explorador finalmente levantó el campo y emprendió la marcha río abajo hacia Bunyoro, acompañado de sus quince hombres, en cinco embarcaciones ligeras, poco más que balsas. Sus planes los echaría por tierra Kasoro, el hombre encargado por Mutesa de guiarlo, que quiso asaltar a unos mercaderes wanyoro que iban en unas canoas. Speke supuso inmediatamente que encontraría una actitud hostil por el camino, y ese mismo día se la encontró, cuando «una canoa enorme, llena de hombres bien vestidos y mejor armados» surgió detrás de sus balsas y fue siguiendo sus pasos. A uno y otro lado del río, las orillas iban ganando altura y pronto estarían totalmente bordeadas de hombres que arrojaban sus lanzas contra ellos. La tripulación de la canoa perseguidora se puso a remar

cada vez más deprisa y giró la embarcación situándose enfrente de la pequeña lancha de Speke. Aun así, el explorador siguió negando la gravedad de su situación. «No podía creer que fueran en serio […] y me puse de pie en la barca para que me vieran, con el sombrero en la mano. Dije que era un inglés que iba a ver a Kamrasi e hice todo cuanto estuvo en mi mano, pero no logré causar la menor impresión».



Las cataratas Ripon.

Otras canoas llenas de hombres armados surgieron de los juncos que flanqueaban las orillas del río, obligando a Speke a ordenar a todas sus barcas que se juntaran para no perder ninguna de ellas. Pero varios de los pilotos prefirieron irse cada uno por su lado, y una de las embarcaciones fue atrapada enseguida con ganchos. Sus ocupantes no tuvieron más remedio que escoger entre usar sus armas de fuego o ser abordados y morir apuñalados. Speke oyó a sus hombres disparar tres tiros y vio caer a dos guerreros wanyoro, uno de los cuales resultó muerto. Temiendo sufrir una emboscada si continuaban la travesía por el río, el explorador decidió hacer

el resto del viaje hasta Bunyoro por tierra. Se consoló pensando que Grant estaría ya en la capital de Kamrasi y que habría establecido relaciones amistosas.

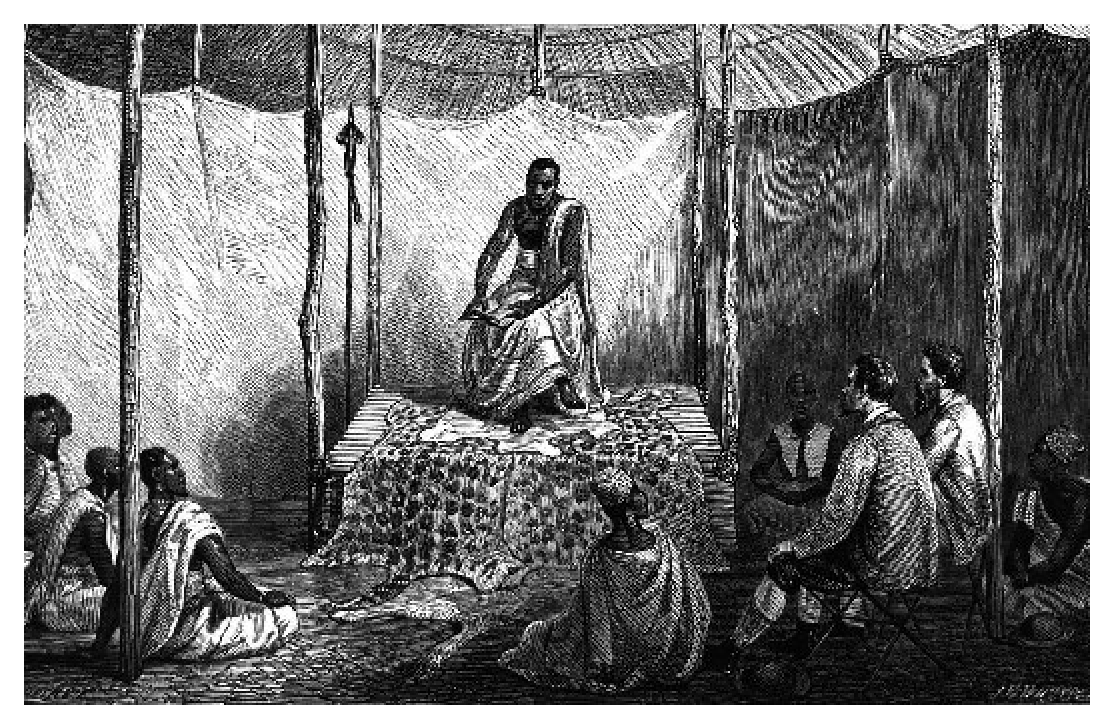
Sin embargo, el 16 de agosto, Speke quedó sorprendido al enterarse de que Kamrasi no había permitido a Grant entrar en su país, y apenas cinco días más tarde se topó con el campamento de su compañero cerca de la frontera. Poco después, aquellos dos ávidos cazadores se encontraron con una gran manada de elefantes que no habían oído nunca un disparo. La alegría de los exploradores duró poco. Grant hirió a una hembra adulta, pero el animal simplemente «corrió a meterse entre los demás que, levantando la cola, empezaron a barritar y a dar bramidos, terriblemente alarmados, sin saber lo que estaba ocurriendo». Los dos hombres quedaron tan impresionados por este espectáculo que dejaron de disparar. «Paré —anotó Speke—, porque no habría podido nunca separar del resto a los animales que había herido y pensé que era una crueldad seguir haciendo daño a más».

Ante la orden de Kamrasi prohibiéndoles entrar en su reino, los exploradores se enfrentaban a un terrible dilema. ¿Debían arriesgarse a pesar de todo a atravesar Bunyoro sin haber sido invitados para llegar al país de Gani, donde creían que Petherick seguía esperándolos con barcos y aprovisionamientos, o debían abandonar la idea de seguir la corriente del río e intentar convencer a Mutesa de que les proporcionara los hombres necesarios para viajar a Zanzíbar atravesando el territorio masai? Cuando estaban a punto de tomar una decisión, llegaron seis guías wanyoro con la maravillosa noticia de que al final Kamrasi estaba dispuesto a ver a los hombres blancos. Poco después, se presentaron ciento cincuenta guerreros de Kamrasi para escoltarlos. Al verlos, los guías baganda de Speke salieron huyendo antes que arriesgarse a ser asesinados por sus enemigos tradicionales. Los bagana se llevaron consigo a veintiocho wangwana que también fueron presa del pánico, dejando a Speke y Grant con apenas veinte servidores, demasiado pocos para garantizarles un viaje seguro hasta Gondokoro, a menos que pudieran localizar a Petherick cuanto antes. Aunque estaba seguro de haber descubierto la fuente del Nilo, Speke sabía que sería tratado con escepticismo a menos que pudiera describir el curso

del río hasta Gondokoro. Una vez más parecía que un monarca africano iba a condicionar que su misión pudiera ser terminada satisfactoriamente o no.

Kamrasi, el monarca en cuestión, temía que pudiera ocurrirle alguna desgracia inspirada por fuerzas sobrenaturales si acogía en su reino a los hombres blancos, aunque tampoco tenía ningún deseo de privarse de los regalos que pudieran caerle del cielo. Así pues, prefirió guardar las distancias alojándolos en unas cabañas situadas en «un largo prado de hierba alta que les llegaba a la barbilla y medio hundido en el agua». Esta parcela de tierra inundada estaba rodeada por el río, infestado de cocodrilos, y uno de sus afluentes, el Kafu, lo que obligó a los exploradores a desplazarse en una canoa cuando, después de mucha demora, efectuaron su primera visita a la cabaña de las audiencias de Kamrasi.

La recepción que les concedió el *omukama* (título tradicional de todos los reyes de Bunyoro) tuvo lugar el 9 de septiembre de 1862, después de nueve días de espera, durante los cuales Kamrasi sopesó los riesgos y los beneficios que suponía verlos. Los saludó fríamente, sin indicar en ningún momento si iba a permitirles o no proseguir su viaje río abajo y visitar Gani. A diferencia del entusiasmo de Mutesa al examinar sus regalos, Kamrasi casi ni miró los suyos. Pareció interesarse sólo un poco por una pistola de doble tambor y un reloj con cronómetro de oro, que vio que Speke se sacaba del bolsillo. El *omukama* iba vestido con más sencillez que Mutesa, con el manto de corteza de árbol típico de la zona, no con uno de seda o de calicó. Aunque más adusto que el *kabaka*, resultó ser más humano, pues sólo mandaba ejecutar a los asesinos y dejaba libres a los pequeños delincuentes con una simple advertencia.



Grant y Speke en la corte de Kamrasi.

Speke esperaba que el interés de Kamrasi por los productos de las fábricas europeas, aunque cuidadosamente disimulado, hiciera que se mostrara deseoso de abrir una ruta comercial hacia el norte y que por tanto no tuviera inconveniente en ayudar a sus nuevos visitantes a viajar al noreste hasta el país de Gani. No obstante, cuando se abordó el tema, Kamrasi comentó despectivamente que todas sus exportaciones de marfil eran enviadas al este, a Zanzíbar, porque a menudo estaba en guerra con las tribus del norte. Y lo que era peor, insistió en que sus «huéspedes» debían contar con tener que permanecer con él tres o cuatro meses. Sólo cuando Speke aceptó separarse de su valioso cronómetro, accedió Kamrasi a permitir que Bombay y una escolta de quince wanyoro se trasladaran a Gani con instrucciones para Petherick advirtiéndole de que esperara un poco más.

Kamrasi explicó a Speke y a Grant que habían sido muy afortunados de que hubiera tenido la audacia suficiente para recibirlos, pues eran los primeros blancos que visitaban Bunyoro, y sus hermanos le habían advertido que no convenía a su pueblo mezclarse con una gente tan imprevisible. ¿Cómo podía estar seguro de que no «practicábamos toda

clase de hechicerías diabólicas?». Naturalmente había tomado la precaución de poner un río entre su residencia y la de ellos. El *omukama* continuó manteniéndolos aislados, aunque Bombay le dijo que sus amos blancos eran los hijos de la reina Victoria. Kamrasi se negó a verlos como otra cosa más que como comerciantes, cuyas armas de fuego eran la mercancía más preciada que poseían. Bunyoro disponía de un floreciente comercio de sal y los árabes de la costa oriental habían llegado al país hacía cuarenta años siguiendo las rutas abiertas por los mercaderes de sal. Así que antes de la llegada de Speke, Kamrasi había adquirido ya algunos mosquetes primitivos de los traficantes árabo-swahilis que se llevaban su marfil a Zanzíbar. Pero, al igual que Mutesa, hasta entonces no había visto escopetas modernas capaces de matar a una vaca de un solo balazo. Ver obrar aquel milagro lo intrigaba y lo asustaba a la vez, haciendo que deseara desesperadamente adquirir uno de aquellos fusiles. Así que cuando Speke le prometió enviarle seis carabinas modernas desde Gani, pareció dispuesto a permitirle marchar. Para acelerar su liberación, Speke dio al *omukama* quinina y una muestra de todas las píldoras que llevaba encima. Este gesto fue en respuesta a la sincera petición del rey, que le rogó que le diera medicinas para que sus hijos no tuvieran que seguir muriendo. Pero todavía serían necesarias varias largas sesiones de regateo por otros artículos igualmente deseables —un cepillo de pelo, una silla plegable para dibujar, y unos cuantos cuchillos de mesa— antes de que Kamrasi permitiera finalmente a los exploradores salir hacia Gani el 9 de noviembre, exactamente dos meses después de su llegada.

Pero los dos ingleses se sintieron muy decepcionados cuando el *omukama* se negó a permitirles viajar unos cien kilómetros más al oeste para visitar un inmenso lago (el Luta N'zige, o lago de la Langosta Muerta), que imaginaban que debía de formar parte del sistema fluvial del Nilo. Se decía que el gran río se precipitaba estruendosamente en este lago a través de unas cataratas espectaculares, y que luego salía de él y continuaba corriendo hacia el norte. Pero aunque Speke necesitaba urgentemente rastrear el curso del río en dirección norte y relacionarlo con el Nilo conocido, el regreso de Bombay el 1 de noviembre desde el puesto avanzado donde teóricamente los aguardaba Petherick excluyó la

realización de ningún otro viaje excepto el de Gani. Pues aunque Bombay no había visto en realidad al galés en la localidad de Faloro, en Gani había oído decir que se había ido a hacer un viaje de ocho días río abajo y se esperaba que volviera pronto. Así, pues, la prioridad de Speke y Grant sería unir sus fuerzas a las de Petherick, pues, si lo lograban, sus posibilidades de llegar a Egipto vivos aumentarían enormemente.

Empezaron su viaje bajando en una gran chalupa por el río Kafu, que desembocaba en la corriente principal al cabo de pocos kilómetros. «Era la primera vez que navegaba por el Nilo», anotó entusiasmado Grant, sin dudar ni por un momento que el río llamado Kivira por los nativos era el sagrado río de Egipto. Con más de quinientos metros de anchura, poblado de hipopótamos y bordeado de altas matas de papiro, su aspecto desde luego parecía justificar ese optimismo. Después de navegar río abajo durante cuatro días sobre lo que Grant llamaba «las aguas sagradas», abandonaron el río, que doblaba hacia el oeste y se precipitaba por las cataratas de Karuma. Las orillas escarpadas de las que sobresalían los árboles y los reflejos ocasionales del agua blanca recordaban a Grant «nuestros ríos más bravos de Escocia». Ni Grant ni Speke dejaron una explicación en profundidad de por qué prefirieron no seguir la corriente del río en este punto trascendental. Pero después de numerosas muertes y deserciones, en aquellos momentos sus primitivos sesenta y cinco servidores wangwana habían quedado reducidos a veinte, y por tanto dependían básicamente de los cincuenta y seis porteadores que estaban a las órdenes de Kidwiga, el jefe de la escolta proporcionada por Kamrasi.

Parece, sin embargo, que fue la obsesiva determinación de Speke de no poner en peligro su encuentro con Petherick lo que le indujo a decidir no seguir el gran río hacia el oeste hasta el Luta N'zige. Speke había dejado ya una laguna muy significativa en su mapa del río y sabía que, cuando regresaran a Inglaterra, a Grant y a él les dirían que no habían demostrado que existiera un vínculo con el Nyanza, ni siquiera hasta Karuma. Pero al saltarse el lago desconocido en el que se decía que desembocaba el río iban a dejar abierta una laguna todavía más grande.

Por lo que escribió Grant queda patente que, si hubieran pedido a Kidwiga que los acompañara al Luta N'zige, se habría negado a hacerlo,

pues Rionga, un hermano de Kamrasi, era su enemigo más encarnizado y vivía cerca del lago. Naturalmente, si se hubieran propiciado a Rionga y hubieran conseguido llegar al Luta N'zige con sus veinte hombres, su posición cuando llegaran a Inglaterra habría sido casi irrebatible. ¿Por qué, pues, no se arriesgaron? Tal vez porque la lucha entre los hombres de Rionga y los de Kamrasi databa de hacía años y lo más probable era que ellos hubieran acabado muertos. Además, Speke sabía perfectamente que los hombres de Kidwiga habrían insistido en volver a Bunyoro en unas pocas semanas. Este pensamiento reforzaría su determinación de reunirse cuanto antes con Petherick. Si llegaba demasiado tarde a Faloro, corría el riesgo de tener que viajar hacia el norte sólo con veinte hombres a través de unas regiones en las que las incursiones de los esclavistas habían hecho que las tribus locales fueran peligrosamente hostiles.

A partir de este momento la ruta seguida por los exploradores sería directamente hacia el norte a través de Acholilandia hasta Gani. Casi de inmediato se vieron obligados a pelear a brazo partido con unas praderas de hierba altísima, de hojas afiladas que les llegaban hasta la cabeza y que amenazaban con saltarles un ojo al menor descuido. Bajo sus pies, el suelo era pantanoso, lleno de piedras y baches invisibles que les hacían tropezar a menudo. Como los dos ingleses estaban algo enfermos y absolutamente agotados, ansiaban que se produjera un cambio de paisaje. Al final, salieron a un terreno bajo, llano, de hierba amarillenta. Resultó toda una sorpresa, después de los civilizados atavíos de Buganda y Bunyoro, ver a las mujeres llevando sólo una tira de hojas colgada de la cintura y por detrás un taparrabos de hierba más o menos del mismo estilo. Los hombres, igualmente desnudos, concentraban sus energías sartoriales en adornarse unos a otros la cabellera con conchas, abalorios y plumas. Sus poblados de chozas cilíndricas surgían cada pocos kilómetros en medio de la pradera llana. Para ayudar a los nativos, Speke mató un búfalo de un balazo y se apartó mientras ellos lo despedazaban con sus lanzas «a lo salvaje, como era habitual en ellos».

El 3 de diciembre llegaron a Faloro, un emporio comercial situado a unos treinta kilómetros del río, que, aunque los exploradores no lo supieran, salía del Luta N'zige a poca distancia de allí en dirección al norte. Allí

Speke y Grant pensaban estrechar alegremente la mano a John Petherick. «El corazón nos saltaba de alegría en el pecho, sentimiento que sólo pueden conocer los que han salido de un prolongado destierro […], ante la idea de volver a encontrar gente civilizada y reunirnos con viejos amigos». Pero había algo que iba mal. Speke no podía entender la presencia de tres grandes banderas turcas al frente de la procesión que salía en aquellos momentos del campamento al son de las flautas y los tambores. Si Petherick hubiera estado de verdad allí, ¿las banderas no habrían debido ser británicas? Y aquellos pocos centenares de personas tampoco tenían el aspecto de ser los servidores de un cónsul honorario británico. No había dos que fueran vestidos de la misma manera, y la mayoría de sus arcaicas escopetas eran también diferentes unas de otras. Parecían egipcios o sudaneses de origen africano, presumiblemente enviados al sur como mercaderes de marfil. Había muchos esclavos de muchas tribus distintas.

Speke mandó parar a sus hombres justo antes de que la procesión llegara adonde se encontraban.

[Lo cierto es que] un hombre muy negro, llamado Mohammed [Mohammed Wad-el-Mek], vestido con uniforme egipcio, armado de una espada curva, ordenó a su regimiento que se detuviera y se echó a mis brazos, con la intención de abrazarme y besarme. Un tanto abrumado ante estas inesperadas manifestaciones de afecto, yo le di un apretón a cambio de su abrazo, pero levanté la cabeza por encima de sus labios, y le pregunté quién era su señor. «Petrik», fue su respuesta. «¿Y dónde está ahora Petherick?». «¡Oh, enseguida viene!». «Entonces, ¿cómo es que no llevas los colores ingleses?». «Son los colores de De Bono». «¿Quién es De Bono?». «Lo mismo que Petrik».

Speke sólo podía conjeturar qué era lo que significaba todo aquello, no sabiendo quién era Andrea De Bono, y no dándose cuenta todavía de que todos aquellos hombres pertenecían al mercader maltés, y no a Petherick.

Mohammed no tenía órdenes escritas, pero dijo que era el *wakil* (agente) de De Bono y había recibido instrucciones suyas de que condujera a los dos exploradores a Gondokoro y que se dedicara a hacer acopio de marfil mientras esperaba su llegada. Entonces, ¿dónde estaba John Petherick? ¿Y por qué, si no había podido venir él en persona, no había

mandado a *sus* hombres a buscarlo en vez de mandarlo a él? Se había recaudado una contribución de dinero público para que Petherick o sus hombres estuvieran en disposición de ayudar a los dos oficiales. ¿Los habría traicionado el galés? Hasta que apareció Mohammed, Speke había dado por seguro que Petherick se hallaba en el campamento. Ello se debía a que Bombay —que había sido enviado a Gani por Kamrasi— había vuelto al cabo de un mes trayendo la noticia de que había encontrado las iniciales de Petherick grabadas en el tronco de un árbol no lejos de Faloro. Así que Speke y Grant quedaron sorprendidísimos al comprobar que Mohammed no sabía nada de que Petherick hubiera hecho tal viaje. En realidad, pensaba que «Petrik» estaba en aquellos momentos en uno de sus puntos de venta a veinte días de marcha o más hacia el norte. Speke quedó aterrado al oír aquello, después de haber renunciado a su intento de llegar al Luta N'zige en gran medida por su deseo de reunirse con Petherick cuanto antes.

Resultaba exasperante pensar que mientras que lo lógico hubiera sido que Petherick hiciera todo cuanto estuviera en su mano por ayudarles a llegar a Gondokoro, esta tarea no estaba ni mucho menos entre las prioridades de Mohammed. Por el momento, la necesidad más acuciante del mercader era conseguir seiscientos africanos que hicieran de porteadores y cargaran con la inmensa cantidad de marfil que él y sus hombres habían arrebatado al pueblo madi. Para obligar a los lugareños a alistarse como porteadores, Mohammed les amenazaba con matar a sus familias, quemar sus cabañas y robar todas sus posesiones. Y para demostrar que hablaba en serio, *quemó* algunas cabañas y *asesinó* a varias personas (cerca de una decena en esta ocasión). Robó además cien vacas, pero necesitaba muchas más. Más al sur Mohammed había capturado a unos doscientos individuos, entre mujeres y niños, para venderlos como esclavos, y ahora no iría a ninguna parte hasta no haber reunido suficientes reses para dar de comer a todos esos esclavos y mantener su valor. De modo que durante cinco semanas y media absolutamente frustrantes tuvieron que quedarse de plantón en Faloro, donde ni siquiera las maravillas locales, como unas mariposas raras y unas ciruelas enormes, les procuraban placer alguno. Cuando Speke pidió que le proporcionaran guías para que Grant y él pudieran salir de inmediato con sus veinte hombres y recorrer a pie sin

ayuda de nadie el país de Bari, Mohammed se negó a suministrárselos, diciéndoles que los asesinarían si cometían la locura de viajar antes de que lo hiciera toda la caravana. Les advirtió que, si dormían al aire libre, aunque sólo fuera una noche, podrían morir alanceados. Esos ataques de «venganza», como descubrieron luego los exploradores, se debían directamente a la brutalidad de los traficantes de esclavos como el propio Mohammed. En ningún otro lugar de África había visto Speke a los habitantes de poblados enteros salir huyendo ante la llegada de una caravana.

Por fin, el 11 de enero de 1863, se pusieron de nuevo en marcha, y dos días después llegaron a Appuddo (Nimule), que estaba incuestionablemente a orillas del Nilo Blanco, según confirmó Mohammed. El árabe llevó a Speke y a Grant hasta el río, en un punto en el que corría entre varias islas pobladas de árboles, y les mostró las iniciales grabadas en el tronco de un tamarindo. Su autor, dijo, había sido un hombre blanco de barba, que en 1860 había seguido el Nilo río arriba desde Jartum, sin abandonarlo ni un solo día. La corteza había vuelto a cubrir las letras, oscureciéndolas casi por completo, y dejando sólo dos claramente legibles: MI. Evidentemente no tenían nada que ver con Petherick. Los exploradores se enterarían varios meses más tarde de que el viajero en cuestión había sido Giovanni Miani, un mercader y aventurero veneciano, que había seguido adelante a trancas y barrancas unos cuantos kilómetros más al sur de aquel punto antes de abandonar su intento de llegar a la fuente del Nilo.

Cuando los mil servidores de Mohammed plantaron su campamento a unos pocos kilómetros de Gondokoro, los bari se pusieron a tocar sus tambores y prendieron fuego a la hierba de los alrededores, anunciando que tenían la intención de aniquilar a sus enemigos a la mañana siguiente. Por fortuna para Speke y Grant no fue más que una fanfarronada, y al día siguiente, poco después del amanecer, entraron en Gondokoro sin mayores percances. Su primera tarea fue localizar a John Petherick y hacerse cargo de las mercancías y los barcos que había comprado para ellos. Pero cuando los dos oficiales fueron a visitar a un mercader de la localidad, Khursid Agha, y le preguntaron dónde podían encontrar al galés, «se produjo un misterioso silencio». Speke y Grant se preguntaban qué podía estar

haciendo el cónsul que fuera más importante que venir a felicitarlos después de uno de los viajes más importantes por África hecho por unos europeos. Los dos seguían aferrándose a la esperanza de encontrarlo allí.

Tras pasar ante las embarcaciones amarradas a lo largo de la orilla, el explorador llegó a la casa abandonada de la misión austríaca y vio que venía corriendo hacia él un hombre blanco con barba. Por un momento pensó que era Petherick. Pero cuando el hombre se acercó, se quitó el sombrero y le tendió la mano, Speke se dio cuenta de inmediato de que era una persona completamente distinta.

12

El Nilo está solucionado

El inglés fornido y con barba que venía corriendo hacia los dos exploradores con la intención de colmarlos de elogios era Samuel White Baker, el primogénito de una acaudalada familia de Devon. Contaba a la sazón cuarenta y dos años, e incómodamente consciente de ello, Baker no estaba satisfecho de haber fundado una pujante comunidad agrícola en las selvas de Ceilán, ni siquiera de haber escrito dos libros bastante entretenidos sobre este asunto. Desde mediados de la década de 1850 había venido persiguiendo infructuosamente la quimera de la fama como aventurero en África. En 1858 no consiguió convencer al Dr. Livingstone de que habría podido serle útil en el Zambeze, y justo por esa misma época se había sentido muy mortificado al enterarse de que John Speke —que, como él, se había criado en el West Country inglés— acababa de ser elegido para acompañar a Richard Burton a los lagos africanos. Un breve encuentro con Speke a bordo de un barco que los llevaba de la India al Golfo Pérsico en 1854 le había alertado de la atracción del joven oficial por la exploración del continente africano y había agudizado su interés ferozmente competitivo por esa misma actividad.

Pero pasarían seis años antes de que Baker viera cómo utilizar a Speke y colarse de rondón en la búsqueda de la fuente del Nilo. Y lo hizo escribiendo a John Petherick y ofreciéndose a unirse a él en su misión de «socorrer» a Speke y Grant en la última etapa del viaje en el que estos se habían embarcado en la primavera de 1860. Baker abrigaba en secreto la

esperanza de que si la pareja de oficiales moría o quedaba detenida en cualquier punto del sur, podría incluso llegar antes que ellos a la fuente. Pero la RGS había vetado su inclusión en la expedición de Petherick y había sugerido que explorara los afluentes etíopes del Nilo Azul para determinar la contribución que hacían estas aguas a la crecida anual del río en Egipto. De ese modo, entre marzo de 1861 y junio de 1862, Baker, que era lo bastante rico para no necesitar el patrocinio de nadie, había explorado el macizo etiópico, descubriendo que las lluvias torrenciales del verano que caían en esta zona cada año explicaban casi por completo las riadas portadoras de vida que acrecentaban el Nilo Blanco entre junio y septiembre, regando todo el valle de la cuenca baja del río. Pero este importante hallazgo científico no había saciado en modo alguno el deseo de Baker de realizar el descubrimiento más brillante de todos.

Antes de ponerse a cartografiar el Nilo Azul y el Atbara, el gobernador egipcio de Berber le había preguntado adónde se dirigía y él había respondido sin la menor intención de disimular: «A la fuente del Nilo Blanco». Baker había ido acompañado —y todavía seguía acompañado cuando llegó a Gondokoro— de una esbelta mujer blanca, vestida como él con pantalones, polainas y una camisa de hombre. Observando su juventud y aparente fragilidad, el gobernador le había exhortado en inglés a dejarla allí, pues un viaje remontando el Nilo «era capaz de matar incluso al hombre más fuerte». Pero Baker, que estaba encantado de tener a su amante consigo, no tenía intención de seguir su consejo. La forma en que aquella chica de diecinueve años había llegado a vivir con él era una verdadera novela. Baker había adquirido a su «Florence», como él la llamaba, dos años antes en una subasta de esclavos blancos en la ciudad de Vidin, en Bulgaria, bajo administración turca. El verdadero nombre de la joven era Barbara Maria von Sass, y había nacido en Transilvania, por entonces parte de Hungría. Los padres de Florence habían muerto en 1848 en el transcurso de la sublevación de Hungría y la niña había sido criada entonces por un armenio de mentalidad mercantil, que esperaba obtener un buen precio por ella cuando llegara el momento. No se puede saber si fue el deseo o la compasión lo que pesó más en la decisión de Baker de pujar por la chica frente a un montón de turcos acaudalados, pero no tardó en enamorarse de

ella, aceptando posteriormente un empleo en Rumanía como director general de los Ferrocarriles del Danubio y el Mar Negro sólo con tal de seguir a su lado. Todo esto lo desconocían por completo las cuatro hijas adolescentes de Baker, que, después de la muerte prematura de su madre, se habían quedado en Inglaterra al cuidado de una tía soltera y que debieron de encontrar absolutamente inexplicable, además de dolorosa, la decisión de su acaudalado padre de irse a trabajar a la remota Rumanía. Pero como viudo respetable, Samuel Baker no había considerado ni por un instante la idea de llevarse a Inglaterra a una amante veinte años más joven que él y sólo un poquito mayor que sus hijas.

Llevársela a África, donde probablemente no la vería nadie que lo conociera (con la posible excepción de Speke), era por supuesto una cuestión bien distinta. Cuando estaban a punto de zarpar rumbo a Alejandría en febrero de 1861, Baker había sopesado brevemente la idea de si habría sido seguro para la muchacha acompañarlo en su viaje, pero había sido incapaz de soportar la idea de pasar noche tras noche en su tienda sin ella. Allí en Gondokoro, en marzo de 1863 —aunque su plan era engañar a Speke y decirle que había venido a África sólo para ayudarles a Grant y a él a regresar sanos y salvos a casa— todavía no había decidido si presentarles o no a Florence. Pero mientras se acercaba a aquellos viajeros exhaustos, le pareció conveniente posponer una vez más aquella decisión tan delicada, pues Florence se había quedado aquella mañana en su barco, ya que no se había sentido muy bien al levantarse.

Mientras sus compatriotas se acercaban bordeando el río, junto a la larga hilera de barcos amarrados, Baker sintió que lo embargaba una emoción patriótica. Speke, con su pelo rubio y su barba tostada era «el más estropeado de los dos […] excesivamente delgado, aunque en realidad estaba en excelente forma […] Grant llevaba unos andrajos muy honorables; las rodillas desnudas sobresalían de lo que quedaba de sus pantalones, que eran toda una exhibición de tosca destreza en el arte sartorial». Pero aunque «cansados y febriles […] los dos hombres tenían un fuego en los ojos que ponía de manifiesto el espíritu que los había guiado». Sintiéndose humillado por la dilatada extensión del viaje de los dos oficiales desde el hemisferio sur hasta el norte y por el valor que habían

demostrado, Baker exclamó: «¡Hurra por la vieja Inglaterra!», mientras corría a su encuentro; pero incluso al abrazar a sus compatriotas, se sintió dolido por no haber podido salvarlos de «algún terrible aprieto» a muchos kilómetros al sur de allí. De repente Gondokoro parecía bastante anodino, aunque él había gastado mucho dinero en llegar hasta allí. Así que cuando Speke y Grant le informaron de que habían visitado el Nilo en suficientes puntos de su recorrido para poder asegurar que nacía en el Nyanza, supuso que su expedición estaba de más y se sintió demasiado alicaído para preguntarse si realmente habían demostrado su teoría.

Pero, haciendo de tripas corazón, dijo alegremente a los exploradores que había venido «expresamente a buscar[los]» y a poner a su disposición un montón de mercancías, más de cuarenta hombres, camellos, asnos, una *dahabiya* (un barco de recreo típico del Nilo de treinta metros de eslora) y dos embarcaciones más pequeñas. Ante la incomparecencia de John Petherick, Grant y Speke quedaron conmovidos ante aquel buen samaritano que se ofrecía a hacer tanto por ellos pagándolo todo de su propio bolsillo, sin haber recibido ni un penique de dinero público. Baker les contó que Petherick, en cambio, había cobrado casi mil libras reunidas por una subscripción pública abierta para que pudiera «socorrerlos». Aunque otra *dahabiya*, la *Kathleen*, y tres cargueros habían sido enviados a Gondokoro por Petherick y de hecho en aquellos momentos se encontraban amarrados allí —y de hecho Speke y Grant dejaron por un tiempo a sus criados y sus mercancías en la *Kathleen*—, aceptaron la propuesta de Baker de irse a vivir con él en su *dahabiya*.

En su bien provista embarcación, los invitó a sentarse bajo un toldo y pidió que les trajeran un refrigerio. Durante meses, los viajeros no habían probado cosas tan elementales como el té, el azúcar o el pan. No es, pues, de extrañar que devoraran gustosamente todo lo que les pusieran delante. Cuando salió a cubierta una joven bellísima, Speke quedó aturdido. Creía recordar, según había oído decir, que la esposa de Baker había muerto hacía unos cuantos años. Así que sin pensar le espetó: «Pensaba que su esposa había fallecido». Después de unos minutos de incómodo silencio, Baker afirmó que efectivamente su esposa había muerto y dijo que Florence era su «*chère amie*». La metedura de pata de Speke, aunque embarazosa para

todos, incluida Florence, que en ese momento se encontraba con fiebre, no se vio reflejada en la estima que habían cobrado ya por Baker los recién llegados, que se consideraban a sí mismos hombres de mundo. Contaron entonces cómo había sido su viaje, mencionando, junto a abundante información geográfica, a los jefes y reyes que habían conocido por el camino. Pero eso no fue más que un aperitivo de la sugerencia asombrosamente generosa que vino a continuación.



Grant y Speke agasajados por Florence y Baker en su *dahabiya*.

De repente, Speke propuso a Baker que fuera él, y no el ausente Petherick, el que intentara «descubrir» el lago Luta N’zige, al que él y Grant no habían podido llegar debido a la prohibición de Kamrasi. Había sido una dura decepción, dijo, pues los dos creían que el Nilo desembocaba en el Luta N’zige y luego salía de él y continuaba su curso hacia el norte.

Naturalmente era una conjetura, pues ninguno de los dos había seguido el río hasta el lago ni lo había visto salir de él.

Aunque Speke y su compañero pensaban a todas luces que el Luta N'zige era en el mejor de los casos un depósito subsidiario del Nilo, Baker —siempre optimista— se dijo a sí mismo que a lo mejor resultaba que era «una segunda fuente del Nilo». Al principio, se había vuelto hacia Speke con una sonrisa como si quisiera pedir disculpas y había comentado: «¿No quedará ni una sola hoja de laurel para mí?». Se sintió loco de alegría cuando vio que todavía quedaba tal vez toda una buena rama, si no tenía inconveniente en enfrentarse a un viaje erizado de peligros (aunque sólo de apenas quinientos kilómetros desde allí entre ir y volver). En respuesta a la pregunta de si estaba dispuesto a intentar llegar al lago, Baker entregó su diario a Speke, que lo abrió y escribió tres páginas de instrucciones, incluido un valiosísimo consejo sobre guías e intérpretes.

En el único asunto en el que Speke y Baker discrepaban era en el de si Florence debía o no ir al lago. Según escribe Grant en sus memorias: «Al hablar del asunto con Speke, dije: "¡Qué vergüenza llevar consigo a una criatura tan delicada!"». Speke era de la misma opinión e incluso dijo a Baker en su cara que debía casarse con Florence cuando volviera a Inglaterra. Lo que irritaba a Speke en aquellos momentos mucho más que la situación de Florence era la supuesta traición de su amigo galés, otrora tan estimado, John Petherick.

Speke y Grant sabían que el galés era un cónsul honorario, es decir, sin salario, que para vivir se había visto obligado desde hacía mucho tiempo a dedicarse al comercio del marfil, pero como había cobrado el dinero de la suscripción se irritaron al enterarse de que estaba haciendo negocios al oeste, muy lejos de Gondokoro, en vez de venir a saludarlos. En las instrucciones que había dado la RGS al cónsul se le decía que el dinero allegado por suscripción pública se le entregaba específicamente para «permitir[le] quedarse dos años al sur de Gondokoro […] prestando asistencia a la expedición al mando de los capitanes Grant y Speke». Si los exploradores no estaban en Gondokoro cuando él llegara, Petherick tenía la orden de dejar allí los barcos y dirigirse en persona hacia el sur en busca del Nyanza, Pues bien, aunque el *wakil* de Petherick había dejado

efectivamente tres barcos en Gondokoro, el galés no pondría personalmente pie allí hasta cinco días después de la llegada de Speke y Grant, y desde luego ni él ni su *wakil* dieron ni un solo paso más hacia el sur en dirección al Nyanza. Baker había estado en contacto con Petherick por correspondencia y (si hubiera querido) habría podido explicar que el cónsul se había retrasado debido a una enfermedad y otras desgracias, pero prefirió no decir nada. Como los ataques públicos de Speke contra Petherick resultarían luego infinitamente más dañinos para *su propia* reputación que para la del galés, es importante determinar si debe culparse también a Baker de lo que pasó luego.

Un visitante diario de la *dahabiya* de Baker en la que vivían este, Florence y los dos exploradores ingleses, era un traficante de esclavos circasiano, Khursid Agha. Baker se mostró amistoso con él a pesar de que Petherick le había escrito diciéndole que Khursid había participado recientemente en una razia (una incursión en busca de esclavos) contra los dinka, junto con el sobrino de De Bono, Amabile, y el propio *wakil* de Petherick, Abdel Majid. Baker sabía también que, en su calidad de cónsul honorario británico en Jartum, Petherick había intentado hacer cumplir la ley del jedive contra la caza de esclavos deteniendo tanto a Amabile como a Majid por capturar a cientos de africanos, incluidos dieciocho niños. Como es lógico, Khursid odiaba a Petherick por haber arrestado a sus amigos y haberlos entregado a las autoridades egipcias de Jartum, de modo que probablemente fuera él quien contara a Speke, a bordo de la *dahabiya*, que el propio Petherick había sido acusado de tráfico de esclavos por algunos comerciantes y diplomáticos de Jartum. Al volver a Inglaterra, Speke utilizaría esta información para lanzar un ataque ligeramente velado contra Petherick por dedicarse a traficar con esclavos. Samuel Baker habría podido impedir a Speke hacer estas torpes insinuaciones admitiendo que creía que Petherick era inocente. Pero Baker quería sustituir al cónsul Petherick como hombre encargado de «socorrer» a los exploradores y además esperaba conseguir que cuando finalmente llegara Petherick, Speke no tuviera la menor intención de permitir que el galés compartiera con él la gloria de encontrar el Luta N’zige. Cuanto menos le gustara Petherick a Speke, mejor iría todo para Baker; o al menos parece que eso es lo que este calculaba.

A pesar de ser seis años mayor que Speke y Grant, Baker se llevó bien con los dos. Los tres tenían muchas cosas en común por lo que respecta a formación e intereses, incluida la pasión que compartían por la caza, la exploración y (al menos con Grant) por la acuarela. Así que cuando el 20 de febrero apareció por fin Petherick, el antiguo ingeniero de minas, acompañado de su esposa Katherine, el trío de caballeros ingleses bien avenidos que vivía en la *dahabiya* cerró filas frente a los recién llegados. En la versión publicada de su diario Speke afirma que logró mostrarse cortés con el cónsul y su esposa inmediatamente después de su llegada. «Aunque naturalmente me sentía muy molesto con Petherick —pues había salido precipitadamente de Uganda y me había separado de Grant en Kari sólo para ser leal con él—, no quise romper las amistades, sino que cené y conversé con él». En realidad, Speke admitiría luego que le había hablado en tono airado.

Tal como Speke veía las cosas, si no hubiera dado la casualidad de que los hombres de De Bono estaban en Faloro, Grant y él habrían sido asesinados por los bari en cualquier sitio antes de llegar a Gondokoro. Lo que se ocultaba detrás de la ira de Speke era el hecho de que aparentemente Petherick no reconociera la lucha a vida o muerte en la que se habían visto envueltos. Después de una tensa conversación con el galés, Speke dijo que podía aceptar que el cónsul hubiera podido retrasarse debido a una enfermedad o a cualquier accidente, pero no podía entender por qué el *wakil* de Petherick (que había llegado a Gondokoro con sus barcos) no había continuado la marcha «remontando el Nilo para buscarme». Según el cónsul, la razón había sido la falta de fondos. El dinero allegado mediante la suscripción pública había sido sólo la mitad de lo que se necesitaba. Así que, según Petherick, Abdel Majid y él se habían visto obligados a viajar al Bahr el-Ghazal para comprar allí colmillos «con el fin de efectuar grandes ventas de marfil» posteriormente y poder así allegar más dinero.

Por desgracia, el ambiente reinante en la *dahabiya* de Baker estaba demasiado cargado para que Petherick contara con detalle los sucesos verdaderamente espantosos que les habían entretenido a su esposa y a él en el Bahr el-Ghazal: como, por ejemplo, el descubrimiento de que Abdel Majid los había traicionado y había llevado a cabo una razia junto con

Khursid Agha. Luego su *dahabiya* se había hundido y habían sido precisos varios centenares de porteadores para salvar sus posesiones y llevarlas junto con el marfil que acababa de adquirir a Gondokoro. Los hombres de la tribu dinka se habían negado a hacer de porteadores, así que Petherick había intentado obligarlos a cargar con la impedimenta a punta de pistola. Se habían enfrentado a él con sus lanzas y el galés no había tenido más remedio que matar a balazos a nueve en defensa propia. Necesitado desesperadamente de porteadores, Petherick había decidido, aunque de mala gana, capturar las reses de una tribu vecina para pagar a los porteadores dinka en la única moneda que estaban dispuestos a aceptar. Este robo a mano armada perpetrado por un cónsul británico indujo a James Murie, el médico que acompañaba a los Petherick, a quejarse de ellos ante Baker. Lo cierto es que el galés —que había sido desviado cientos de kilómetros de su principal centro de compraventa— no había sabido ver de qué otra forma habría podido liberarse de aquella auténtica prisión pantanosa y finalmente había llegado a Gondokoro. Pero, cuando se los contó Baker, aquellos sangrientos sucesos hicieron que Jack Speke, que no había disparado nunca contra los africanos ni había tenido que robarles su ganado, sintiera todavía menos simpatía por el cónsul.

Petherick se consoló un poco al ver que los exploradores seguían guardando algunas pertenencias en su barco, el *Kathleen*, así que se quedó de una pieza cuando, «sin ninguna explicación de los motivos que lo inducían a actuar de aquel modo, Speke [empezó] a retirar todos sus efectos». El explorador dijo al afligido cónsul que «el amigo Baker le había ofrecido sus barcos», así que no necesitaría utilizar los suyos para el viaje río abajo. Como las embarcaciones de Petherick habían estado esperándolo en Gondokoro entre diciembre de 1861 y mayo de 1862, y luego desde octubre de 1862 en adelante, el cónsul quedó desconcertado ante el juego poco limpio de Baker, que había entrado en acción en el último momento y había usurpado el papel que le había asignado a él la RGS.



John y Katherine Petherick.

En un último esfuerzo por conseguir que Speke cambiara su funesta decisión de utilizar los barcos y las mercancías sobrantes de Baker, los Petherick invitaron a los dos exploradores y a Samuel Baker a cenar con ellos en el *Kathleen*. Katherine Petherick cocinó un gran jamón que había traído consigo desde Inglaterra, pero esta sabrosa oferta de paz no consiguió persuadir a Speke de que perdonara a Petherick por poner sus actividades comerciales por encima de sus labores de «socorro». Pues bien, cuando estaban reunidos en la cabina de la *dahabiya*, a la íntima luz de la lámpara, Katherine Petherick se inclinó hacia Speke desde el otro lado de la mesa y le rogó personalmente que aceptara la ayuda de su marido, pero el explorador «replicó recalcando bien sus palabras: “No deseo aceptar un socorro amañado”». Horrorizada ante la insinuación directa de que su

marido se había embolsado sin más el dinero de la suscripción, Katherine salió corriendo de la cabina.

Unos meses antes la Sra. Petherick era una mujer atractiva y bien formada, con la cara enmarcada por unos graciosos tirabuzones negros. Ahora ya no. Se había convertido, según sus propias palabras, en «una mujer vestida con unos andrajos impropios de una señora […] con la piel enrojecida y morena, el rostro ajado y demacrado, el cabello chamuscado, y envuelta en un escueto vestido de calicó ordinario». La pareja había estado a punto de morir en el Bahr el-Ghazal y se había visto arrastrada a pelear con los dinka debido a su determinación de llegar cuanto antes a Gondokoro. Milagrosamente habían llegado sólo cinco días después que Speke y Grant, y diecisiete después que Baker, quien había utilizado su ventaja, en palabras de Katherine, «para suplantar a Petherick en la expedición de socorro a los capitanes». Katherine era consciente de que si en Inglaterra llegaba a conocerse que Speke había preferido la ayuda de Samuel Baker a la de su marido, la reputación de este quedaría destrozada. Así que «fue al barco de Baker y le imploró que no ofreciera sus barcos al capitán Speke, pues, como él bien sabía […] nuestros barcos habían llegado antes que los suyos». Fingiendo no entender por qué estaba tan alterada, Baker contestó como el que no quiere la cosa: «¡Oh, Sra. Petherick, para mí será un servicio muy conveniente llevarlo en mis barcos a Jartum, pues mis hombres ya han sido pagados de antemano, y sus hombres me servirán de guardia y de escolta!». Katherine salió de la *dahabiya* llorando. Después, Speke devolvió a Petherick casi todos los suministros que le había traído. Adjuntó una nota diciendo que Baker ya le había proporcionado todo lo que necesitaba.

La firmeza y la determinación que mostró Speke de mantenerse fiel a sus objetivos hacían de él un gran explorador, pero también hacían que fuera muy poco propenso a cambiar de opinión una vez que se hacía una idea de una persona. No obstante, a pesar de lo que le había dicho Baker, poco después de abandonar Gondokoro Speke escribió una carta afable a Petherick con el fin de tender puentes. Quizá le asustara la idea de enzarzarse en otra tormentosa disputa pública como la que había sostenido con Burton. En cualquier caso, en la carta a la que nos referimos daba a

Petherick un excelente consejo, que el galés habría hecho muy bien en seguir de inmediato.

Si estuviera usted inclinado a redactar una declaración de las dificultades con las que tuvo que luchar remontando el río Blanco, sería un gran alivio para la opinión de cualquier persona relacionada con los fondos recibidos, y también para mí, pues las lenguas de las gentes no están nunca ociosas en este mundo mediocre.

Speke parecía dispuesto a dar marcha atrás si Petherick ofrecía una explicación convincente de sus problemas y además presentaba unas cifras que justificaran el destino de los fondos ya gastados.

Por desgracia, Petherick y su esposa estuvieron gravemente enfermos durante los meses de junio y julio y por lo tanto no enviaron el informe pedido. El 26 de julio, Katherine Petherick escribió una carta a *sir* Roderick Murchison diciendo que su esposo seguía aquejado de fiebres, y añadía en tono misterioso:

En estos momentos no me siento justificada para mandarle a usted las cuentas del cónsul Petherick relativas al gasto de las novecientas cincuenta libras de la suscripción abierta para su expedición bajo los auspicios de la RGS, aunque han estado listas desde hace muchos meses […] nos basamos únicamente en nuestra conciencia de haber hecho cuanto hemos podido, realizando increíbles esfuerzos para llegar a Gondokoro.

Pero cuanto más tiempo tuviera que esperar Speke la llegada desastrosamente tardía de las cuentas y de la declaración escrita de Petherick, se volvería más desconfiado. Casi un año después escribiría al secretario de la RGS en los siguientes términos:

Pedí al señor Petherick que me facilitara su informe y sus cuentas para poder traerlas a Inglaterra, pero retrasó su preparación hasta que tuviera más tiempo. Desde entonces, sin embargo, en vez de utilizar su tiempo en preparar las cuentas, se ha dedicado activamente a escribir contra mí.

Como es natural, Speke se preguntaba una y otra vez por qué Petherick había sido tan lento con el papeleo, y no había enviado nunca «hombres a buscarme más allá de ese punto [Gondokoro]». La única respuesta que se le ocurría era que Petherick había utilizado el dinero del «socorro» en beneficio de sus actividades comerciales.

Sin embargo, en febrero de 1863, mientras navegaba río abajo en la *dahabiya* del «amigo Baker», Speke llevaba otras cosas en la cabeza. Tenía que encontrar las palabras adecuadas para anunciar al mundo su descubrimiento de la fuente del Nilo. Con toda probabilidad, Burton y sus aliados se negarían a admitir que había demostrado su teoría, así que decidió que su anuncio adoptara la forma de un guante lanzado a sus pies. En el consulado británico de Jartum, escribió un telegrama para la RGS con fecha de 27 de marzo:

Informe *sir* Roderick Murchison que todo va bien, que estamos en la latitud 14º 30' N en aguas del Nilo, y que el Nilo está solucionado.

En El Cairo, Speke se hospedó en el Shepheard's Hotel, donde consiguió que sus diecisiete «fieles» wangwana fueran fotografiados individualmente y en grupo, junto con las cuatro mujeres que los habían acompañado. Luego regaló a todos sendas copias de las fotografías para mejorar sus posibilidades de empleo cuando regresaran a Zanzíbar. Les pagó también el salario correspondiente a tres años de trabajo y además les dio un adelanto para que compraran una huerta para su uso y disfrute en Zanzíbar, y les mandó más dinero al cabo de unos meses, de modo que pudieran aumentar su tamaño. Bombay, Mabruki, Baraka y los demás regresaron a su tierra pasando por las islas Mauricio y las Seychelles, gracias a los buenos oficios de Speke conjuntamente con el coronel Lambert Playfair, que había sustituido recientemente a Christopher Rigby como cónsul británico en Zanzíbar. Cuando Speke se despidió de sus hombres en El Cairo, antes de que estos montaran en el tren con destino a Suez, se habría sorprendido mucho si alguien hubiera dicho que no iba a volver a ver a aquellos porteadores wangwana. Desde luego él esperaba estar de nuevo en África dentro de un año o a lo sumo dos.

13

Aberraciones de un héroe

El 17 de junio de 1863, tras una ausencia de poco más de tres años de su tierra natal, Speke y Grant entraron en Southampton Water a bordo del vapor *Pera* de la P&O Navigation Company. Desde Buganda, Speke había escrito a *sir* Roderick Murchison una carta, que no llegaría al destinatario hasta después de la muerte del remitente. «Dado que se mostró usted hacia mí como un padre organizando esta expedición, espero que ahora me considere un hijo digno, pues sin duda […] el Victoria Nyanza es la verdadera e indiscutible fuente del Nilo». Y *sir* Roderick, de haber recibido esta carta en 1863, habría reaccionado «sin duda» como un padre feliz. Incluso después de leer nada más que el escueto telegrama de Speke con la noticia de que el Nilo estaba «solucionado», había escrito de inmediato a *sir* Austen Layard, subsecretario de Estado de Asuntos Exteriores, instándole a encargarse de que lord Palmerston, el primer ministro, no fuera «tacaño» cuando decidiera cómo honrar al nuevo héroe por «una hazaña mucho más asombrosa que cualquiera otra que se haya realizado en lo que llevo de vida». Indicaba que, como mínimo, sería apropiado concederle el título de caballero. Pero las esperanzas de *sir* Roderick se verían defraudadas. El primer ministro, hombre ya de ochenta años, no se dejó impresionar por el valor y la perseverancia de los dos jóvenes oficiales y se quejó a su secretario de Asuntos Exteriores, lord John Russell, de que Murchison no [le] dejaba en paz con el descubrimiento del capitán Speke […] indudablemente a costa de un gran esfuerzo personal, incurriendo en

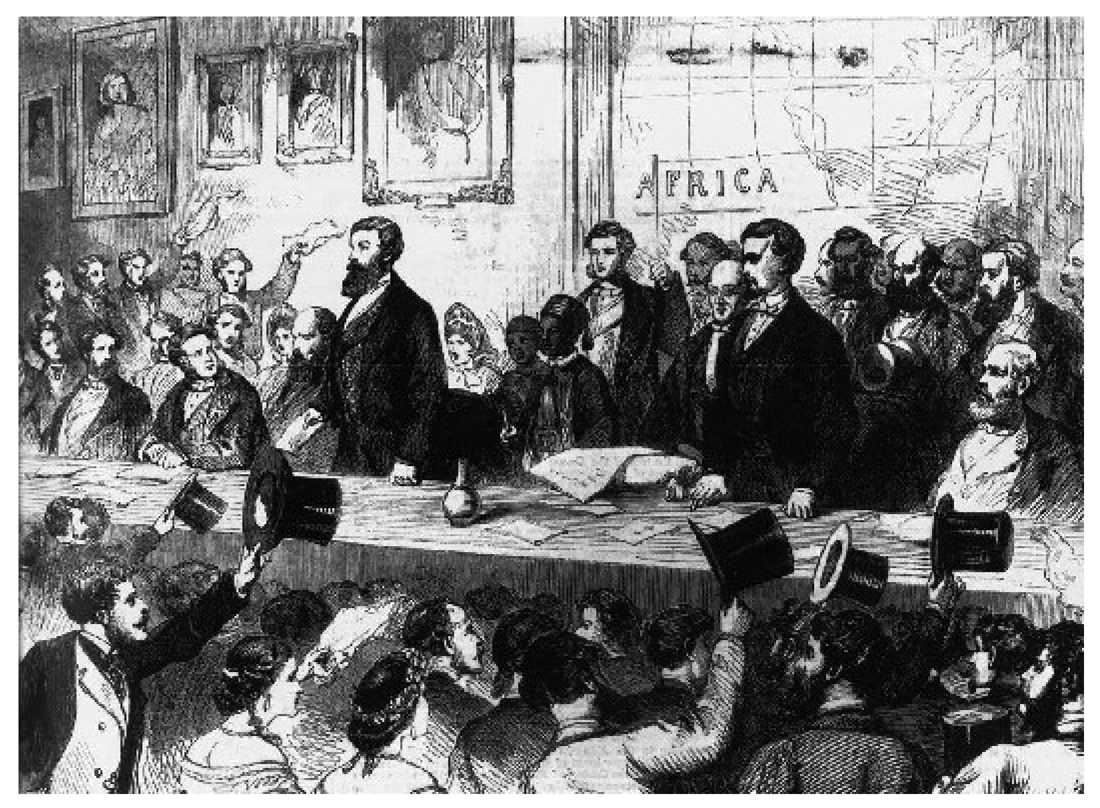
muchos riesgos y gastos, Speke ha resuelto un problema geográfico, que es muy extraño que nadie hubiera solucionado antes, y, a lo que parece de momento, merece una recompensa; por otra parte, como ya he observado a Murchison, la utilidad práctica del descubrimiento no está muy clara, pero sobre todo se suscita la cuestión de si no hay otros exploradores africanos, como por ejemplo Livingstone, … que pueda venir con la misma pretensión.

Un mes antes, Murchison había escrito a *The Times* dando su apoyo incondicional a la declaración de Speke de que había descubierto la fuente del Nilo; y en un discurso presidencial pronunciado una semana más tarde en la RGS, había convertido la frase del telegrama original de Speke en una declaración triunfal mucho más breve: «¡El Nilo está resuelto!», a la que los signos de exclamación conferían un toque de engreimiento. Pero el 22 de junio —fecha prevista por la RGS para la celebración de «bienvenida a casa» en honor de Speke y Grant en Burlington House—, ya no estaba tan seguro. De hecho, la conjetura de lord Palmerston de que el explorador favorito de Murchison, el Dr. Livingstone (que llevaba viajando por África desde 1858) creyera que la fuente del río estaba en otro lugar, había comenzado a preocupar al presidente de la RGS varias semanas antes de que la multitud empezara a congregarse ante Burlington House para dar la bienvenida oficial a los heroicos exploradores.

Los dos viajeros esperaban el aplauso del público y lo tuvieron. Desde luego les costó trabajo entrar en Burlington House debido a la numerosa multitud congregada el día de su bienvenida oficial. La gente que se agolpaba a su alrededor cuando intentaron entrar en el edificio rompió varias ventanas. Pero la reputación de los exploradores era un asunto más delicado de lo que pudiera dar a entender todo aquel alboroto. Para que su patrocinio fuera duradero, a los hombres como Murchison había que ofrecerles asiduamente fracciones de información que corroboraran las aportadas con anterioridad.

Por desgracia, Speke no comprendió nunca que no bastaba con deslumbrar a otros viajeros en África. El ambicioso explorador tendría que esforzarse en convencer a los geógrafos y viajeros celosos de que había conseguido sus objetivos. Debía evitar a toda costa las confrontaciones con

gente que quisiera poner en duda sus descubrimientos. Con su orgullo indomable y su estricto sentido de lo que era justo y lo que no, Speke había demostrado ya —especialmente en su disputa con Burton— que no era capaz de guardar silencio cuando estratégicamente no había más remedio que hacerlo.



Grant y Speke aclamados en la RGS.

Desde que escribiera su impulsiva carta a *The Times*, *sir* Roderick Murchison había venido recibiendo quejas de geógrafos del gabinete, como el Dr. Charles Beke o W. D. Cooley, que tenían el dudoso honor de haber sido los primeros en burlarse de los informes iniciales acerca de la existencia de montañas nevadas en África. Estos teóricos recordaron a *sir* Roderick que, en su calidad de estudiosos de los mapas portugueses del siglo XVI, habían sostenido durante décadas que la fuente del Nilo tenía que

estar en la región de los lagos accesible desde la costa de África oriental. Aunque ni Beke ni Cooley habían estado nunca ni siquiera a mil kilómetros del lago Tanganica o del Victoria Nyanza, por deferencia a ellos *sir* Roderick —después de dar la bienvenida a los exploradores en Burlington House— admitiría entre paréntesis que un mes antes se había mostrado «demasiado rotundo en sus elogios» a Speke y Grant:

Sé, por ejemplo, que en aquella ocasión no hice suficientemente justicia —y me disculpo por ello— a geógrafos críticos muy capaces, que han formulado hipótesis o han colacionado datos…

No es de extrañar que Speke empezara enseguida a hablar airadamente en sus escritos de «geógrafos que toman copitas de oporto, se pasan el tiempo sentados en zapatillas y critican a los que trabajamos sobre el terreno».

Sir Roderick Murchison no fue el único que quedó mal en aquella reunión. También Speke cometió un grave error cuando hizo públicas sus sospechas de que el lago podía tener hasta tres emisarios. En realidad, el que había descubierto él era el único y, al hablar de otros, lo que hizo fue devaluar su «fuente». Luego se señalaría que ni siquiera había circunnavegado el lago ni había visitado su orilla oeste cuando había estado con Rumanika. El hecho de que hubiera visitado la ribera sur del lago, en Mwanza, y luego la ribera norte, trescientos cincuenta kilómetros más arriba de donde había llegado la primera vez, no significaba necesariamente, dirían sus críticos, que hubiera visto la misma masa de agua las dos veces. Aunque los testimonios de africanos y árabes corroboraban la idea de que se trataba de un solo lago, Speke no había conseguido impedir todavía que sus críticos pudieran seguir afirmando con cierto grado de plausibilidad que quizá hubiera dos o más lagos entre un punto y otro. Y tampoco había establecido un vínculo irrefutable entre el Nyanza y el Nilo de Gondokoro.

Ante tanto escepticismo, la mejor política que habría podido seguir Speke habría sido escribir de inmediato un informe detallado para la RGS. Una exposición clara y exhaustiva de sus argumentos, acompañada de un mapa basado en sus observaciones lunares, habría suministrado a *sir* Roderick y a su comité la munición necesaria para acabar con las críticas

envidiosas. Por desgracia, Speke recordaba que había ofrecido sus diarios de Somalilandia a la RGS en 1859 y que el secretario de la institución, Norton Shaw, le había aconsejado extraoficialmente que «no fuera tan liberal, sino que aprovechara para publicar un libro [propio] como haría cualquier otro». Speke sabía por propia experiencia que las editoriales genéricas, como la de Blackwood, podían llamar la atención de un grupo mucho más amplio de lectores sobre los descubrimientos de un explorador que el que pudiera tener acceso a las publicaciones internas de la RGS. Y como todos los editores preferían publicar materiales originales que no hubieran sido sobados previamente por el editor de cualquier revista erudita y después filtrados a la prensa, el camino que debía seguir parecía bastante claro.

Pero con un enemigo formidable como Burton a punto de regresar a Inglaterra en cuestión de meses, Speke *debería* haber publicado *algo* en una revista de la RGS en cuanto hubiera podido estar mínimamente en condiciones de hacerlo, para conservar el apoyo trascendental de *sir* Roderick. Sin embargo, como si no fuera consciente de la importancia de tener contento al venerable presidente de la RGS, firmó un contrato para publicar un libro con John Blackwood, por el cual se comprometía a realizar una tarea que hacía sumamente improbable que pudiera publicar nada más antes de fin de año. Como después de eso tenía proyectado corregir las lagunas que había dejado sin rellenar en su último viaje —cruzando África desde la costa oriental a la occidental—, necesitaba seguir contando con el respaldo de Murchison y de la RGS, pues sólo teniéndolos de su parte cabía la posibilidad de que el gobierno británico sufragara una aventura tan costosa.

Así pues, Speke habría debido recibir consejos más prudentes que lo ayudaran a evitar controversias innecesarias. Lo cierto, sin embargo, es que pocos meses después insinuó en un discurso pronunciado en Taunton, cerca de la finca rural de su padre, que Petherick le había decepcionado y que se había visto envuelto en el tráfico de esclavos. Al enterarse del ataque de Speke, Petherick escribió de inmediato airadamente a *The Times* defendiendo su inocencia. Las primeras cartas de autoexculpación de John y Katherine Petherick llegaron a manos de Murchison en agosto de 1863.

Katherine hacía una conmovedora exposición de sus tribulaciones, sin mencionar ni el robo de ganado por parte de Petherick ni su intento de obligar a mujeres y niños a trabajar como porteadores. Contaba también cómo Speke había confiado a Baker la tarea de llegar al lago desconocido, asegurándose así de que «al Sr. Petherick no le quedara ninguna oportunidad». Estas cartas convencieron a Murchison de que los Petherick habían hecho cuanto habían podido por ayudar a Speke y que habían sido injustamente calumniados por él.

Sólo el esperado informe de Speke habría podido convencer a Murchison de lo contrario y devolver al explorador su benevolencia. Pero entregado en cuerpo y alma como estaba a la interminable tarea de escribir su libro para Blackwood, Speke cometió la torpeza de hacer esperar siete meses al comité para acabar presentando una relación insultantemente escueta de sus descubrimientos. Profundamente dolido, Murchison perdió mucho de su anterior entusiasmo por el proyecto expuesto por su protegido de realizar un viaje por África de costa a costa y despreció sus críticas contra los Petherick tildándolas de «alucinaciones de Speke». «Es muy desagradable tener todo el rato delante la disputa entre Speke y Petherick», se lamentó con Grant. «Ha habido muchos malentendidos respecto a las cosas que Petherick se había comprometido a hacer. P. no se comprometió nunca a ir en persona a buscarlos a ustedes, sino a mandar barcos y grano en un momento dado a Gondokoro». En realidad, las instrucciones de la RGS a Petherick le obligaban a «trasladarse [en persona desde Gondokoro] en dirección al lago Nyanza con la intención de socorrer al capitán Speke». Dos años después, un comité de investigación de la RGS consideró que Petherick no había cumplido su promesa de ir a buscar en persona a Speke y a Grant. Pero para entonces ya era demasiado tarde para rehabilitar a Speke a los ojos de Murchison.

En agosto de 1864 —apenas un año después de que Speke y Grant volvieran a Gran Bretaña— llegó de permiso Richard Burton, todavía resentido. Por entonces ocupaba el cargo de cónsul británico en la isla de Fernando Poo, asolada por las fiebres, en el África occidental. Como se había peleado con la Compañía de las Indias Occidentales y con el Foreign Office, lo mejor que había podido conseguir era aquel oscuro destino

diplomático. El contraste entre su decadencia y las perspectivas aparentemente brillantes de su antiguo «subordinado», ahora tan famoso, hacía que estuviera furioso de celos. En cuanto se enteró del enfrentamiento entre Speke y Petherick, decidió apoyar a este, basándose en el viejo principio de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo. Formó además una alianza con el geógrafo de gabinete James McQueen, que era íntimo amigo del cuñado de Petherick, Peter McQuie, y empezó a trabajar con él en un libro en común, *The Nile Basin* («La cuenca del Nilo»), que no era más que un ataque vitriólico y difamatorio contra las teorías geográficas de Speke y contra su persona. A finales del verano de 1864, Burton se había convertido de hecho en el cabecilla de todos los geógrafos y exploradores que veían en el informe de Speke sobre el Nilo una amenaza a sus propias teorías.

Durante los meses previos a la llegada de Burton a Inglaterra, Speke había estado trabajando en un libro que debía ser la continuación de su *Journal of the Discovery of the Source of the Nile*, aparecido en diciembre de 1863. Este nuevo libro pretendía cubrir sus viajes con Burton y desmentir lo que se había dicho acerca de su persona en la obra de este último *The Lake Regions of Central Africa* («Las regiones de los lagos de África central»). Durante muchos meses de trabajo, no tuvo más remedio que revivir sus amargas disputas y se sintió de nuevo menospreciado por él. A su editor le preocupaba que este nuevo libro no hiciera más que proporcionar a Burton nuevas dianas contra las que lanzar sus dardos. La respuesta de Speke (escrita poco antes de la llegada de Burton a Inglaterra) no resultaba muy tranquilizadora:

No tenga miedo de lo que he escrito, pues sólo depende de B. y de mí que resolvamos la cuestión con la pluma o a puñetazos. No quiero que llegue a Inglaterra sin hacer ruido […] Fue rebajado de su regimiento por no aceptar un desafío, y ahora mi regimiento espera que yo le corte las alas de una manera o de otra, por no hablar de mi propio sentido del honor. Creo que he sido muy suave, considerando la cantidad de iniquidades que ha cometido contra mí. He sido prudente porque puedo demostrar lo que digo, mientras que él, al ser el agresor, es el que se lo ha buscado todo.

Fue una desgracia para Speke, que justamente habría debido prestar toda su atención a conseguir el patrocinio para su próxima expedición a África, dedicarse a escribir acerca de sus viajes con Burton y tener que preocuparse por responder a todo lo que este pudiera decir de él.

Otra cosa que obsesionaba a Speke era ni más ni menos que la trascendental cuestión de decidir cómo ayudar a África y a sus habitantes a prosperar y avanzar. En enero de 1864, escribió a su amigo, *sir* George Grey, antiguo gobernador de la Colonia del Cabo, pidiéndole que pusiera su «poderosa influencia [al servicio del] proyecto de regeneración de África». Un mes más tarde, le dijo a Grant que «tenía en mente un plan para civilizar África y poner fin al tráfico de esclavos». Desviándose sorprendentemente del comportamiento que habría cabido esperar de un oficial del ejército convertido en explorador, Speke publicó dos artículos de periódico: «Plan para abrir África» y «Consideraciones para abrir África», y en el mes de marzo expuso su nuevo proyecto en una reunión celebrada en la mansión de un acaudalado reformista social en el barrio londinense de Belgravia. Influenciado a todas luces por la fórmula «civilizadora» de Livingstone basada en «comercio y cristianismo», Speke tenía sus propias ideas y apelaba al gobierno británico para que presionara al jedive de Egipto a fin de que utilizara la fuerza para poner fin a las incursiones de los negreros egipcios y árabes en busca de esclavos en el Alto Nilo. No sólo quería poner fin a la persecución de los bari, sino usar el Nilo para «abrir un comercio directo» entre Gran Bretaña y los reinos de Buganda, Bunyoro y Karagwe. Debían ser enviados a estos tres reinos, según decía, misioneros y comerciantes.

Sir Roderick Murchison no era un admirador de los misioneros (con la sola excepción de Livingstone), de modo que encontró los nuevos intereses de Speke desconcertantes e incluso desagradables. Pero el mundano presidente de la RGS no había perdido todas las esperanzas de enviar a Speke otra vez a África, y se le ocurrió que si el explorador deseaba realmente persuadir a los egipcios de acabar con la trata de esclavos a lo largo del río, quizá no tuviera inconveniente en remontar su curso con una escolta de soldados egipcios cuando se dirigiera a levantar el mapa de la cuenca alta del Nilo. Murchison calculaba que el gobierno británico estaría

encantado de que su pundonor obligara a los egipcios a pagar un porcentaje significativo de los gastos de la expedición suministrando su mano de obra.

El 12 de mayo, Speke hizo naufragar sus planes entrando violentamente en el despacho del secretario del Foreign Office, lord John Russell, y diciéndole que la RGS le había pedido «explorar la cuenca superior del Nilo abriéndose paso río arriba con tropas egipcias». Afirmó a Russell que nunca había disparado contra africanos ni árabes y que no tenía intención de hacerlo ahora. Por el contrario, él pretendía entrar en África por el país de los masai «como enviado británico para abrir un comercio legítimo con el rey de Bunyoro», y sólo más tarde pensaba rellenar las lagunas que había dejado en su anterior exploración de la cuenca del Nilo, y seguir adelante cruzando África hasta el Atlántico.

Un mes después de la visita de Speke al Foreign Office, lord John Russell todavía no se había dado por aludido y le asignó un consulado itinerante. La RGS tampoco le había hecho ninguna oferta de apoyo. Esta indiferencia convenció al humillado Speke de que debía volver al insensato plan que había sopesado durante algún tiempo en febrero y marzo, que consistía en involucrar al emperador Napoleón III de Francia en una expedición anglofrancesa. Aunque Francia seguía siendo considerada la vieja enemiga, Speke pensaba proponer que unos exploradores franceses emprendieran la marcha desde Gabón, en la costa del Atlántico, y que se reunieran con él en la región de Buganda y Bunyoro, adonde habría llegado o bien remontando el Nilo o bien desde la costa de África oriental. Al principio se había contenido, consciente de que el plan era bastante controvertido; pero a finales del verano, cuando sus relaciones con Murchison se habían vuelto peligrosamente tensas, Speke se puso en comunicación con su amigo Laurence Oliphant, que a la sazón residía en París, y le pidió que contactara con el embajador inglés, lord Cowley, y le sondeara sobre la posibilidad de un encuentro con el emperador. Quizá sin comprender cuáles eran las implicaciones, Cowley accedió y Napoleón III concedió una audiencia a Speke el 25 de agosto de 1864. El explorador salió de ella convencido de que el monarca francés estaba dispuesto a financiar una expedición conjunta. Por entonces, una expedición francesa había empezado ya a abrirse paso en el interior de África occidental

remontando el río Ogowé, y había otras recorriendo el Níger y el Senegal. Así que Speke había ido a predicar el evangelio entre conversos. El emperador estaba ya deseoso de extender la influencia francesa hacia el este, quizá incluso hasta Sudán. Que aquello iba a entrar con toda probabilidad en conflicto con los intereses británicos en el futuro era algo que Speke prefirió ignorar. Un explorador sólo podía desarrollar sus actividades si alguien le proporcionaba los fondos necesarios para hacerlo. Si Gran Bretaña le negaba lo que le hacía falta, tendría que ir a buscarlo en otra parte.

La simple idea de que Speke ayudara a Francia en África horrorizó a *sir* Roderick, quien comentó a Austen Layard, del Foreign Office, que «lamentaba profundamente aquellas aberraciones, pues Speke por otra parte tiene la grandeza de asegurar el éxito como explorador audaz que es». Murchison escribió también a Grant lamentando que no hubiera sabido disuadir a Speke de que abandonara aquel proyecto desaforado y limitara sus objetivos a «terminar y llevar a cabo lo que forzosamente dejaron [ustedes] en un estado dudoso».

A finales de agosto ya estaba impreso el libro de Speke acerca de sus viajes con Burton, *What Led to the Discovery of the Source of the Nile*, aunque todavía no había sido publicado. El autor repartía su tiempo entre la residencia urbana de sus padres en el barrio londinense de Pimlico, y sus fincas de Somerset, y parecía satisfecho de vivir en el campo, que tanto amaba. Naturalmente su futuro era incierto, pero como recurso provisional había decidido irse a cazar unos meses a la India en otoño. Después, tenía intención de pedir a la Compañía de las Indias Orientales un permiso de tres años para poder volver a África si nadie tenía el seso suficiente para prestarle apoyo.

Entonces, a primeros de agosto le llegó por correo una carta que tendría unas consecuencias desastrosas.

14

Muerte por la tarde

Sir Roderick Murchison había enviado a Speke una carta trascendental invitándolo a intervenir en el congreso del mes de septiembre de la British Association for the Advancement of Science. La principal atracción de las charlas y debates programados por la sección de geografía y etnología de la asociación iba a ser una discusión acerca de la fuente del Nilo. El 12 de agosto, Speke contestó a Murchison en los siguientes términos: «Estaré encantadísimo de reunirme con Livingstone y de conversar con él [acerca del Nilo], de poner a prueba el asunto con un arbitraje imparcial en términos amistosos». No mencionaba para nada a Burton, pero era impensable que no tuviera que debatir también con él. Pocas semanas después, George Simpson, alto directivo de Blackwood, escribía indignado a su jefe:

Los enemigos de Speke están preparando en el congreso de Bath un ataque feroz contra él, capitaneado por Burton, con la ayuda de Livingstone. ¡Tanto mejor! […] Speke sabrá cómo hacerles frente y volver las cosas a favor de nuestro gallardo, aunque imprudente, amigo.

Speke era imprudente porque, en opinión de Simpson, había hecho en público demasiados comentarios inoportunos acerca de Petherick y Burton. Y peor aún, había ofendido innecesariamente a Livingstone y a Murchison. Cuando Speke se enteró de que Burton decía que el río Rusizi unía el extremo septentrional del lago Tanganica (su propio lago, tal como veía él las cosas) con el Luta N'zige (el lago situado más al norte, cuya

investigación acababa de emprender Baker), se irritó muchísimo. Para hacer esa afirmación Burton había tenido que «olvidar» el incómodo hecho de que los tres hijos del jefe de una tribu de la zona les habían asegurado enfáticamente a Speke y a él que el río que había en el extremo norte del Tanganica *desembocaba* en el lago, no *salía* de él. Pero como quizá pasaran muchos años antes de que cualquier explorador lograra ver este río con sus propios ojos, parece que Burton calculó que podía invertir tranquilamente el curso del Rusizi y llevárselo donde quisiera, tal vez durante diez años, socavando de paso las teorías de Speke acerca del Victoria Nyanza.

A Speke se le ocurrió que podía responder a este descarado cambio de postura de Burton con un poco de geografía de gabinete. Como ningún viajero había explorado la ribera sur del lago Tanganica ni el extremo norte del Nyasa, situado más al sur, nadie en Europa podía afirmar con seguridad que hubiera un río que uniera ambos lagos de norte a sur. Si lo había, el Rusizi no podía de ninguna manera salir del Tanganica en dirección norte, o el lago habría perdido toda su agua hace millones de años. Por fortuna —desde el punto de vista de Speke— había un río importante (el Shiré) que salía del extremo meridional del lago Nyasa. Por consiguiente, ¿qué podía explicar este poderoso avenamiento hacia el sur mejor que una afluencia comparable de agua en el Nyasa desde el norte? Era un argumento muy sólido a favor de la comunicación de este lago con el Tanganica; pero era también una tesis que, si se utilizaba, corría el riesgo de molestar al famoso Dr. Livingstone, que, aunque había dado media vuelta antes de llegar al extremo norte del lago Nyasa, había comunicado a la RGS que existían cuatro o cinco ríos pequeños que desembocaban en él por el oeste y aportaban agua más que suficiente para explicar el avenamiento del Shiré.

Aunque Livingstone cultivara a veces unos aires de santidad, contraatacaba violentamente siempre que algún posible rival discrepaba de sus teorías geográficas. Así, cuando regresó a Inglaterra en julio de 1864 y se enteró de lo que había dicho Speke un mes antes en la RGS acerca del lago Nyasa, al doctor por poco le dio un síncope. La reputación de Livingstone había quedado muy maltrecha tras su desastrosa expedición al Zambeze, pero muchos seguían considerándolo el mejor explorador del país y un hombre capaz de unos actos de autosacrificio extraordinarios. De

modo que Speke fue peor que «imprudente» al hacer de él su enemigo y arrojarlo de paso al bando de Burton. De hecho, Livingstone pondría enseguida en duda que el pequeño emisario de Speke que salía de las cataratas Ripon «explicara el nacimiento del Nilo», y diría a su hija mayor que el capitán Speke tenía «unas capacidades mentales tan escasas que lo más conveniente sería que guardara silencio sobre este y otros asuntos». Livingstone detestaba a Burton por su desprecio de los africanos y los misioneros, pero a pesar del desagrado visceral que sentía por él confesó a *sir* Roderick Murchison que, al igual que Burton, creía que lo más probable era que la fuente del Nilo se encontrara en el lago Tanganica y no en el Victoria Nyanza. Más concretamente, Livingstone empezaba a pensar que la verdadera fuente del gran río seguramente se encontraba al oeste del lago Tanganica, en el que desembocaba para luego salir de él convertido en el Rusizi y continuar su curso hacia el norte hasta el Nilo Blanco a través del Luta N'zige.

Aunque Speke esperaba celebrar un debate con Livingstone, Murchison siempre había pensado que Burton y él constituirían la atracción principal en el gran congreso de Bath. De hecho la colisión que, según se preveía, iba a producirse entre ambos, no tardaría en ser anunciada como «el gran debate del Nilo». Parece que al enfrentarlo con Burton Murchison pretendía castigar a Speke por su supuesta ingratitud hacia la RGS y por no enviar a esta institución un informe como era debido. Se suponía que Livingstone iba a actuar como árbitro extraoficial, mientras que la verdadera batalla debía ser la que lo enfrentara con Burton. Teniendo en cuenta la fama de la que este gozaba como polemista, Speke no habría podido aspirar a estar a su altura, pero estaba firmemente convencido de que había encontrado la fuente del Nilo, y por lo tanto no tenía intención de dar marcha atrás. Según dijo a Blackwood, para él era una cuestión de honor enfrentarse a Burton, algo así como batirse en duelo. Speke no era ningún cobarde, aunque sabía que era vulnerable, y no sólo por no haber cartografiado el Victoria Nyanza.

Desde el incidente con el escarabajo estaba sordo de un oído. La vista también le fallaba, y la situación había empeorado como consecuencia del largo trabajo literario en el que se había volcado. Como se sentía literalmente exhausto, dijo a Blackwood que no pensaba «volver a escribir

una narración personal, pues sólo conduce a que lo pongan a uno verde cuando saca a la luz verdades desagradables». A Blackwood le preocupaba que su famoso autor se viera envuelto en debates. Pensaba que en sus declaraciones y cartas a la prensa «las imperfectas aptitudes de Speke a la hora de explicar las cosas [habían] resultado más perjudiciales para él que para otros», provocando a menudo que fuera «considerado lo contrario del hombre sencillo y generoso que en realidad era». Rogó, pues, a Laurence Oliphant que hiciera todo lo posible «por impedir que pusiera el pie allí […] Es una persona verdaderamente buena que necesita un amigo». Pero aunque Speke era de su agrado, Oliphant era muy malévolo, y no hizo el menor esfuerzo por salvarlo del gran debate. Antes bien, azuzó a Burton diciéndole que Speke le había comentado recientemente que si se atrevía a presentarse en Bath, «lo echaría a patadas». Burton había respondido, según su esposa Isabel: «¡Bueno, eso lo arregla todo! Por Dios que va a tener que echarme a patadas». Por supuesto Burton iría a Bath de todas maneras, pues estaba deseando hacer daño a Speke como fuese. Ya había solicitado al Foreign Office una prolongación del permiso sencillamente para poder asistir al congreso.

El debate entre la pareja debía tener lugar el 16 de septiembre de 1864 en el Royal Mineral Water Hospital de Bath; y el día 15, Burton y Speke asistieron a una sesión preliminar, en la que ambos se sentaron en el estrado junto a *sir* Roderick Murchison. Burton afirmaría algunos años después que le sorprendió lo avejentado que parecía Speke tras sus «arduos trabajos». Se miraron uno a otro como si no se conocieran. A la una y media de la tarde alguien de entre el público hizo una señal a Speke, quien, según Burton, musitó: «¡No puedo quedarme más tiempo!» y a continuación abandonó el edificio.

Desde Bath Speke fue a Neston Park, Corsham, que era la casa de John B. Fuller, un tío suyo cuya finca se encontraba a unos quince kilómetros de distancia y con el cual se alojaba. Speke llegó a Neston Park aproximadamente a las dos y media de la tarde y poco después salió a cazar perdices con su primo, George P. Fuller. Iba con ellos un guarda, Daniel Davis, encargado de anotar las piezas cobradas. Durante toda su edad

adulta, Speke había considerado la caza una actividad relajante y en aquellos momentos estaba encantado de poder practicarla.

Aproximadamente a las cuatro, John Hanning Speke trepó por un pequeño muro de piedra, sujetando con una mano el cañón de su escopeta de doble tambor, y utilizando la culata a modo de bastón para ayudarse a guardar el equilibrio entre las piedras mal encajadas. Davis, que en ese momento se encontraba unos doscientos metros por delante, vio a Speke encima del murete y al instante oyó cómo se le disparaba la escopeta. Fuller, que estaba considerablemente más cerca, dio media vuelta al oír el disparo y vio cómo su primo se desplomaba hacia delante y caía en el prado; no llevaba el arma en la mano. La escopeta Lancaster de retrocarga se le había escurrido entre los dedos en el momento en que se disparó, y había rodado escandalosamente por el lado del murete por el que Speke acababa de trepar. Perece que el detonador de uno de los cañones, que no llevaba puesto el seguro, se había enganchado en un arbusto y su contenido había impactado en el costado izquierdo de Speke, justo por debajo de la axila. Cuando se recuperó la escopeta, se comprobó que uno de los cañones se había disparado y el percutor del otro estaba amartillado.

Fuller fue el primero en llegar hasta donde se hallaba Speke y lo encontró sangrando profusamente por una herida enorme que intentó restañar como pudo. El explorador murmuró con voz muy débil: «No me muevas», y no volvió a pronunciar palabra. Fuller dejó a su primo donde estaba y fue corriendo a pedir auxilio; Davis fue el que se quedó con el herido, que empezaba ya a perder la consciencia. El explorador murió a los quince minutos de que se disparara el tiro fatal.

Al día siguiente, en Monks' Park, Corsham —una casa vecina perteneciente a William, el hermano de Speke— el juez de primera instancia de la localidad llevó a cabo las pesquisas pertinentes. George Fuller y Daniel Davis prestaron declaración, así como Thomas Snow, el cirujano más próximo que se pudo encontrar, enviado por Fuller al lugar del accidente, aunque llegó cuando Speke acababa de expirar. Snow dijo al jurado que la herida era «tan grande como la que habría producido un cartucho si el cañón de la escopeta hubiera estado pegado al cuerpo. La bala siguió una dirección ascendente, hacia la espina dorsal, atravesando los

pulmones y seccionando todos los grandes vasos sanguíneos situados junto al corazón». El veredicto unánime del jurado fue el siguiente: «El difunto falleció como consecuencia del disparo accidental de su escopeta». No es de extrañar que el fallo hablara de muerte accidental, pues ninguna persona que tuviera intención de suicidarse habría decidido pegarse un tiro mientras saltaba un muro de piedras apiladas y sujetaba su escopeta de un modo que le impedía accionar el gatillo con los dedos. Y desde luego ninguna persona que tuviera intención de suicidarse habría decidido pegarse un tiro justamente debajo de la axila.

Nada de esto impediría a Richard Burton afirmar, en cuanto se enteró de la noticia, que el explorador se había suicidado para evitar «que se revelaran sus errores en lo tocante a las fuentes del Nilo». Decidida a hacer que su marido pareciera más humano de lo que daba a entender semejante afirmación, Isabel Burton lo describe llorando «varios días» por la muerte de Speke. En realidad, las cartas de Burton a sus amigos ponen de manifiesto un estado de ánimo más próximo a la alegría desbordante que al dolor. Dos días antes del entierro de Speke, Burton dijo a un diplomático compañero suyo: «El capitán Speke acabó de mala manera, pero nadie sabe nada al respecto […] Los más piadosos dicen que se suicidó, los menos caritativos aseguran que lo maté yo». Es evidente que la idea de que Speke tuviera un miedo literalmente de muerte ante la incumbencia del enfrentamiento con él en Bath no desagradaba ni mucho menos a Burton.

¿Pero realmente sentía Speke un terror mortal ante la proximidad del debate? Dos días antes de su fallecimiento había empezado una carta dirigida a John Tinné, hermano de Alexine Tinné, la exploradora del Bahr el-Ghazal, y en ella explicaba la importancia que tenía para Egipto «así como para nuestros hombres de negocios, la apertura de las regiones ecuatoriales a las actividades comerciales lícitas». Así pues, su última carta está llena de esperanzas, no de temores. George Fuller dijo a la hermana casada de Speke, Sophie Murdoch, que mientras estuvo cazando con él en aquel día fatídico, John le había hablado poco antes del accidente de su plan de convencer a unos misioneros de que lo acompañaran a Uganda y Unyoro, asunto bastante extraño para despertar el entusiasmo de una persona que va a quitarse la vida pocos minutos después. Pero Burton

intentaría por todos los medios reforzar la idea del suicidio, no sólo en cartas y conversaciones, sino incluyendo en el capítulo titulado «El capitán Speke» de su libro *Zanzibar: City, Island, and Coast* (1872) una serie de pasajes deliberadamente sugestivos. «Antes de emprender la marcha [a Somalilandia] declaró [Speke] abiertamente que estaba hastiado de la vida y que había venido a África para que lo mataran». Burton rescató este comentario suicida de su memoria dieciocho años después de que supuestamente lo oyera. No aparece ni en un libro anterior suyo, *First Footsteps in East Africa*, ni en *The Lake Regions of Central Africa*, y sólo lo encontramos cuando empezó a insinuar que Speke probablemente se quitara la vida. Pues bien, ¿dijo Speke realmente semejante cosa? Normalmente era un hombre que se guardaba sus pensamientos para sí mismo —de lo que el propio Burton se había quejado a menudo— y por lo tanto es harto inverosímil que en un momento en el que estaba deseando impresionar a Burton —que era su superior jerárquico y al cual acababa de conocer— a Speke se le hubiera escapado decir que a lo mejor se quitaba la vida, decepcionando de paso a todas las personas relacionadas con la expedición. Después de leer el capítulo sobre «El capitán Speke» en *Zanzibar*, James Grant escribió a Rigby calificando a Burton de «ese libelista asqueroso y falso […] que escupe su veneno sobre la memoria del pobre Speke».

Burton y su esposa serían las únicas personas que con el tiempo llegaran a insinuar que el día anterior a su fallecimiento habían visto en la sala a Speke con aspecto abatido. Otro pasaje fundamental del *Zanzibar* de Burton —citado muy a menudo por los pocos biógrafos que se muestran propensos a admitir su veredicto de suicidio— dice así:

La desgracia resultaba tanto más inesperada por cuanto [Speke] se caracterizó siempre por la cautela con la que manejaba sus armas. En cierta ocasión insistí en aclarar la costumbre de mi compañero de viaje en ese sentido y comenté que incluso cuando nuestra canoa empezó a balancearse y fue levantada por un hipopótamo, nunca permitió que el cañón de su escopeta mirara hacia él ni hacia ninguna otra persona.

Según la versión de Speke, Burton y él sólo se dedicaron a perseguir hipopótamos juntos en una canoa durante unos pocos días en febrero de

1857, y durante esos días su embarcación no fue nunca levantada en alto ni siquiera golpeada por ningún animal.

Además, ¿realmente era Speke tan maravillosamente experto y prudente en el uso de toda clase de armas de fuego? Su primo, George Fuller, recordaba que durante muchos años Speke había cazado más con rifles que con escopetas. De hecho, al salir de caza el día de su muerte con una escopeta de doble cañón con la que no estaba familiarizado, Fuller comentó que Speke «parece que no tomó las precauciones habituales». Al «darse cuenta de aquel descuido». Fuller y Davis, su guarda, «evitamos acercarnos demasiado a él mientras caminábamos por el campo […] en el que tuvo lugar el accidente».

El funeral de Speke se celebró en la pequeña iglesia de Dowlish Wake, al sur de la finca de su familia. Con las lágrimas rodándole por las mejillas, su padre encabezó el cortejo que recorrió las callejuelas otoñales flanqueadas por aldeanos y trabajadores de la finca. Dentro de la iglesia se encontraban también *sir* Roderick Murchison, David Livingstone y James Grant, que «depositó una pequeña "corona" de violetas y reseda sobre el ataúd cuando pasó por delante» de él. Livingstone negaría más tarde que Grant se pusiera a sollozar sonoramente y que «bajara a la cripta» detrás del ataúd, como afirmaron varios periódicos. Speke tenía treinta y siete años el día de su muerte y dejó en herencia menos de cinco mil libras, correspondientes casi en su totalidad a las ganancias de sus dos libros.

En la necrológica publicada por *The Times* se admitía que en último término era probable que Speke hubiera encontrado la fuente del Nilo, pero en otros periódicos no había unanimidad sobre este punto. Livingstone dudaba que hubiera sido encontrada la fuente y explicaba por qué, al igual que Burton, quien envió una carta de protesta al *Times* alegando que la cuestión del Nilo no estaría solucionada hasta que no se demostrara o se refutara la existencia de una relación entre su lago Tanganica y el Luta N'zige. Así pues, con dos grandes exploradores y varios geógrafos menores, entre ellos el Dr. Charles Beke, beneficiario de una medalla de oro, poniendo en entredicho las tesis de Speke, la reputación del difunto parecía condenada a permanecer en una especie de limbo, quizá durante décadas. Incluso las ventas de sus dos libros —clásicos de la literatura de

viajes del siglo XIX— empezaron a disminuir, y la segunda edición de *What Led to the Discovery of the Source of the Nile* tendría que esperar varios años a hacer su aparición. No habiendo ningún explorador sobre el terreno que pudiera ofrecer una rápida respuesta a la cuestión de si Speke había encontrado o no la verdadera fuente, la incertidumbre respecto al valor de sus descubrimientos se generalizó. *Sir* Roderick Murchison, quien, pese a afirmar en *The Times* que sus amigos y él proponían «llevar a cabo la erección de un monumento adecuado», sugirió en Bath a Livingston que volviera a África a resolver el enigma del Nilo. Al principio Livingstone se negó a comprometerse, fundamentalmente porque la simple búsqueda de la fuente de un río —por más que se tratara del río más largo del mundo— no habría conseguido por sí sola convencer a la opinión pública de que volvía al «continente negro» llevado por las motivaciones propias de un misionero. Tampoco quería parecer demasiado deseoso de rivalizar por la obtención de premios geográficos con individuos tales como el impío Richard Burton, aunque se tratara del premio más importante.

Dos meses después de la muerte de Speke, Burton pronunció en la RGS el discurso que había pensado dar en Bath. «Entiéndase claramente que […] no me presento como un enemigo del difunto», aseguró a su público. Pero no engañaría a muchos. Arremetió contra las tesis de Speke alegando todos los viejos motivos y también algunos nuevos. Un mes después publicaría su discurso como primera parte de su libro *The Nile Basin*, en el que afirmaba que el lago Tanganica era la fuente primordial del gran río, aun a sabiendas de que la altura de dicho lago sobre el nivel del mar era por lo menos casi cuatrocientos metros inferior a la del Victoria Nyanza. Despreciaba además los testimonios africanos que habían recogido él mismo y Speke, acerca de la dirección en que corría el Rusizi. Al margen de las deficiencias que pudiera tener Speke como geógrafo —entre otras la imprecisión de los cálculos incluidos en su primer libro, que lo llevaron a presentar al Nilo discurriendo cuesta arriba durante un breve trecho—, Burton se dedicó a hundirlo utilizando argumentos absurdos de su propia cosecha, como por ejemplo la afirmación de que en medio del Victoria Nyanza había unos montes y un camino que lo atravesaba.

La segunda parte del *Nile Basin* era todavía peor, pues se trataba simplemente de una reimpresión de la reseña publicada en el *Morning Advertiser* por James McQueen (el octogenario geógrafo de gabinete y amigo de los Petherick) del *Journal of the Discovery of the Source of the Nile* de Speke. Esta reseña sería elogiada por Burton por su «agudeza y la mordacidad de su estilo», pero en realidad era un ataque calumnioso contra la persona de Speke. La descripción que hacía el explorador de la forma en que había medido a las orondas mujeres de la corte de Rumanika —no mucho peor que otros episodios similares de mediciones, como las de los penes, incluidas en las *Lake Regions* de Burton— contenía elementos humorísticos de bastante mal gusto. Pero el pasaje no daba a entender, como deducía McQueen, que Speke se hubiera sentido atraído sexualmente por aquellas mujeres descomunales. Tampoco la sinceridad de Speke en lo concerniente a su respeto por la madre de Mutesa, a pesar de su exagerada afición a la bebida, significaba que «aprobara la escena» de la Reina Madre y sus ministros completamente ebrios. Y en honor a la verdad tampoco cabía deducir que su simpatía por el pueblo buganda significara que disculpaba la actuación brutal de Mutesa.

Todos los detalles de la historia de amor de Speke con Méri habían sido eliminados de la versión publicada del libro, pero McQueen siguió jugando procazmente con la idea de que Speke se había dedicado sin reparos a «mezclar la sangre de la humanidad». No sería de extrañar, afirmaba el anciano geógrafo, que en un tiempo no muy lejano «en una cabeza mitad negra y mitad blanca se vea una cabellera como la de Speke». Prudentemente, dada su vulnerabilidad en este campo, a Speke no se le pasó nunca por la imaginación demandarlo por libelo. Que a McQueen le fascinaban las ideas relacionadas con toda clase de líos sexuales —y especialmente los diminutos «mbugus» triangulares de corteza de árbol que eran todo lo que ocultaba a la vista los genitales de las mujeres de la corte— queda patente en la enorme cantidad de «mbugus» que adornan su texto. Pero aunque este detalle resulte evidente a cualquiera que lea la reseña hoy día, no habría estado tan claro en una época en la que la hipocresía sexual constituía toda una forma de vida. McQueen consiguió que la gente se preguntara si semejante libertino habría llegado a tener realmente el

dominio de sí mismo necesario para resolver el misterio geográfico más inabordable de la historia.

La decisión de arremeter de un modo tan escabroso contra un hombre notable por todos esos conceptos al poco tiempo de su fallecimiento dice poco a favor de la sensatez de Burton, aunque *sus* palabras fueran menos ofensivas que las de su anciano coautor. La feroz crítica de *The Nile Basin*, por lo demás excesivamente partidista, que publicó Laurence Oliphant en el *Blackwood's Magazine* en enero de 1865 tiene demasiados resabios de cólera y antipatía:

Sólo podemos ver la verdadera faz del capitán Burton demostrando que el objetivo que realmente perseguía al publicar la presente obra […] era desacreditar no ya los descubrimientos de un explorador, sino la memoria de un compañero de viaje difunto. ¿No habría sido acaso el instinto de un alma generosa dejar que la controversia se calmara, en vez de atizarla más aún con el desprestigio de una persona que ya no está viva y por lo tanto no puede defenderse?

Pero Burton no tardaría en ponerse otra vez a escribir, en esta ocasión en el *Athenaeum*, para continuar denigrando y distorsionando la figura de Speke. En 1873 el Dr. Georg Schweinfurth, el explorador alemán del Alto Nilo, publicó un mapa en el que aparecía la zona del Victoria Nyanza salpicada de cinco pequeños lagos. Fue un día feliz para Burton y triste para el recuerdo del hombre cuya familia no supo guardar ni un solo fragmento de papel relacionado con los primeros veintisiete años de su vida. Una nube de oscuridad acabaría enseguida rodeando a John Hanning Speke, antes incluso de que el Dr. Livingstone partiera con destino a África y de que Samuel Baker regresara a Inglaterra convertido en el nuevo héroe del momento. Ahora que aquellos hombres de talla descomunal y bien documentados se habían lanzado a la búsqueda de las fuentes del río, parecía que el futuro debía pertenecerles a ellos.

15

El dilema del médico

Al poco de cumplir los cincuenta, David Livingstone comenzó a perder los dientes (debido a años y años de una dieta africana poco apropiada) y a sufrir de hemorroides, pero seguía creyendo que él era el instrumento elegido por Dios para llevar la luz del Evangelio al «continente oscuro». Así pues, resultaba inevitable que considerara a los demás exploradores verdaderos intrusos que se adentraban en su territorio. Durante sus veintiún años en África ya había «descubierto» el lago Nyasa (Malawi), aunque sospechaba en secreto que un comerciante portugués, Candido de Costa Cardoso, lo había ganado allí. Pero no cabía la menor duda de que él había sido el primer europeo en cruzar el continente, pues había documentación en este sentido que lo avalaba, por lo que le disgustaba el hecho de que Speke afirmara haber llevado a cabo una proeza aún mayor, a saber, el descubrimiento de las fuentes del Nilo. En realidad, había tomado la firme decisión de demostrar el error de Speke, antes incluso de que el joven explorador lo enfureciera deduciendo (equivocadamente) que su idea de que el sistema fluvial alimentaba el lago Nyasa era una conclusión errónea.

El congreso de la British Association en septiembre de 1864 había representado un verdadero punto de inflexión para Livingstone. Su expedición al Zambeze, con el respaldo del gobierno británico, había costado muchas vidas y no había logrado abrir una zona segura y viable para que los europeos pudieran colonizar el sur de África central. Así pues, tras llegar a Bath ataviado con su famoso gorro con visera de explorador,

probablemente el Dr. Livingstone pareciera el hombre idóneo para ese tipo de misiones, pero en verdad no tenía ni idea de cuál iba a ser su siguiente trabajo, excepto que este debía estar relacionado con África. El objetivo de la misión y los fondos que la financiarían constituían un verdadero enigma para él.

Pero en el congreso de Bath su imaginación se había visto avivada por la rivalidad de Speke y Burton, y por sus opiniones opuestas en lo concerniente a la cuenca del Nilo. Allí también se había enterado de que otro contendiente, Samuel Baker, se dirigía al sur, hacia el lago desconocido, del que Speke había oído hablar durante su estancia en Bunyoro. De hecho, al día siguiente de la muerte de Speke, una desconsolada carta del cónsul Petherick —por aquel entonces en Jartum— fue leída a los geógrafos del congreso por *sir* Roderick Murchison para informar a los presentes de que a finales de mayo de 1864 unos hombres que habían acompañado a Baker a Shaguzi, la capital de Bunyoro, acababan de regresar a Jartum procedentes de dicha ciudad. Por ello se llegó a la conclusión de que Baker o había llegado al lago en marzo o abril, o había perecido en el intento. Aunque en Bath Livingstone todavía no había aceptado la invitación informal de Murchison a viajar a África para resolver el enigma del Nilo, *sir* Roderick sabía que su explorador favorito había estado muy tentado a acceder. Así pues, unas pocas semanas más tarde, con la idea de presionarlo, Murchison lo instó a asistir a una reunión de la RGS programada para el 14 de noviembre de 1864, en la que se esperaba que Richard Burton defendiera su idea de que el Nilo nacía en el lago Tanganica.

Como la corriente que salía del lago Victoria Nyanza en las cataratas Ripon era muy pequeña, Livingstone ya había menospreciado la tesis de Speke en lo concerniente a ese lago, describiendo al joven explorador como «un pobre infeliz […] [que] ha ofrecido el mejor ejemplo que conozco de la búsqueda desesperada de una conclusión inevitable». El eminente doctor, sin embargo, reconoció los méritos de la exposición de Burton cuando la escuchó por primera vez aquel noviembre en la sede de la RGS en la calle Old Burlington. No obstante, el planteamiento de Burton dependía totalmente de la dirección en la que fluían las aguas del río situado en el

extremo septentrional del lago Tanganica. Si fluían del lago, casi con absoluta seguridad el río continuaría su curso hacia el norte hasta el lago desconocido (Luta N'zige), al que se creía que Baker había llegado aquella primavera, y desde el que muy probablemente discurriría hasta llegar al Nilo. Pero a Livingstone le rondaba otra cosa más por la cabeza: si el Rusizi salía del lago Tanganica, debía haber un río más grande que vertiera una cantidad de agua equivalente en el lago. En opinión de Livingstone, este segundo río probablemente tuviera su origen a varios cientos de kilómetros al suroeste, en un lugar situado mucho más al sur de todos los territorios elegidos por los exploradores para sus investigaciones. De modo que si lograba encontrar esa fuente desconocida, ganaría la partida a Burton, así como al iluso de Speke y a ese intruso recién llegado, el acaudalado Baker.

Perfectamente consciente de lo competitivo que era Livingstone, *sir* Roderick fue inmediatamente hacia él en cuanto Burton terminó su discurso, y le dijo que su único deseo era que las palabras que todos acababan de oír dieran lugar a una «verdadera exploración» y no a más especulaciones. «Sólo espero que el Dr. Kirk, o alguien como él, se sienta tentado a despejar las dudas que siguen rodeando la cuestión de las fuentes del Nilo». El Dr. Kirk, que a sus treinta y dos años tenía veinte menos que Livingstone, había participado en la expedición al Zambeze en calidad de oficial médico y botánico y había ayudado a Livingstone a explorar el lago Nyasa. Aunque a veces se había hablado de él como «el compañero de Livingstone», en privado Kirk había admitido que en el Zambeze a veces había puesto en tela de juicio la salud mental de su líder. Murchison esperaba que su monstruosa idea de enviar al joven a esclarecer la cuestión de la cuenca del Nilo acabara por obligar al susceptible y competitivo veterano a mantenerse al margen. Pero no fue así, y al cabo de seis semanas *sir* Roderick le escribió animándolo aún más: «Por lo que se refiere a *su futuro*, anhelo conocer cuáles son *sus propios deseos* en lo concerniente a una nueva exploración de África». Lo que pretendía Murchison, decía, era que Livingstone llevara una embarcación portátil hasta el extremo meridional del lago Tanganica, para luego comenzar a navegar hacia el extremo septentrional del lago, donde podría comprobar con sus propios ojos la dirección en la que fluían las aguas del Rusizi. Si la corriente salía

del lago, Murchison le dijo a Livingstone que «tenía que poder alcanzar el Nilo Blanco [!] [y que por lo tanto conseguiría] regresar con una reputación sin parangón, poniendo fin a todas las grandes disputas existentes». Pero si Livingstone no se decidía, inmediatamente se plantearía la propuesta al Dr. Kirk. Una vez lanzada su amenaza, Murchison concluía su misiva con un comentario cargado de ironía: «No puedo creer que ahora esté dispuesto a recalar en los bancos de arena y lodo de Inglaterra».

Su carta tuvo el resultado esperado. Dos días después Livingstone dio su respuesta: «Me encantaría emprender la exploración que propone […] En cuanto salga mi libro [sobre la expedición al Zambeze], me pondré en marcha». Pretendía, según explicaba, entrar en África desde la costa del océano Índico por el río Rovuma, pero no iba a dirigirse directamente al extremo septentrional del lago Tanganica. Como le decía a *sir* Roderick, aunque el Rusizi discurriera en dirección norte (como ambos suponían), «la fuente aún tendría que ser localizada, por lo que me vería obligado a marchar de allí para encontrarla». El desacuerdo con Burton era una razón más para que Livingstone tuviera la determinación de encontrar la fuente antes de emprender cualquier otra empresa. Si se limitaba a establecer un vínculo de unión entre el lago Tanganica y el lago de Blake, parecería que el Tanganica de Burton era la verdadera fuente del Nilo. Pero como detestaba a Burton, Livingstone no iba a permitir nunca que todos sus esfuerzos lo beneficiaran a él de esa manera. «Da la impresión de que [Burton] es un idiota sin ética», dijo a un amigo misionero. «Su comportamiento en África fue tan deplorable que sólo puede comentarse con desagrado: sistemáticamente perverso, innoble y deshonesto».

Livingstone había oído el rumor de que Burton había contraído la sífilis en Somalilandia, y que había viajado con su harén personal al lago Tanganica. La perspectiva de encontrarse con africanos que habían sido «testigos de su cruel inmoralidad» provocaba la consternación del piadoso doctor. Además, sabía por los escritos de Burton que este consideraba que los africanos eran unos individuos «incapaces de progresar y de cambiar», y lo que era peor, que el «estatus superior o inferior de una raza» predeterminaba su religión. De ser eso cierto, toda la labor de los misioneros en África carecería de sentido. Como Livingstone no veía

diferencia alguna entre las razas, aborrecía esa condescendencia racista de Burton.

Sin embargo, aunque su deseo de derrotar a Burton (y de paso a Speke y a Baker) sobre el terreno era una de las cosas que más lo motivaban, Livingstone también creía que debía convencer al mundo de que regresaba a África con objetivos misioneros y no simplemente como explorador. Una misión puramente geográfica significaría desplazarse constantemente de un lugar a otro sin tiempo siquiera para *parecer* que estaba plantando la semilla del Evangelio en las almas de los nativos. Pero, providencialmente, había otra cosa que podía hacer, y que sin duda anhelaba hacer.

Si empezaba su búsqueda de la fuente justo al sur del lago Nyasa, su punto de partida sería una zona caracterizada por el intenso tráfico de esclavos de los árabes. De modo que aportando información sobre esta cruel actividad al gobierno británico estaría llevando a cabo un trabajo que iría mucho más allá que la simple exploración. Esta se convirtió, pues, en la justificación que sentía que necesitaba.

Las fuentes del Nilo [dijo a un amigo] sólo tienen valor como medio que permita expresar con poder mis palabras a los hombres. Es este poder el que espero utilizar para poner remedio a una maldad enorme. La gente puede creer que ambiciono la fama, pero me he impuesto no leer nada que pueda suponer un elogio para mí.

Aunque su comentario distaba mucho de la verdad, pues Livingstone estaba obsesionado con todo lo que se escribía sobre él, el odio que sentía por el tráfico de esclavos de árabes y swahilis era sincero y profundo.

A comienzos de julio de 1865, cuando Livingstone estaba preparándose para partir de Inglaterra, *The Times* publicó una carta de Samuel Baker dirigida a Robert Colquhoun, cónsul general en Alejandría, en la que afirmaba haber llegado al Luta N'zige en marzo del año anterior. Desde el punto de vista de Livingstone, resultaba decepcionante que esa carta no informara en absoluto de si el nuevo lago se alimentaba del Tanganica, ni de si Baker podía demostrar que el río que desembocaba en el Luta N'zige por el este nacía en el Victoria Nyanza, como había supuesto Speke.

En septiembre de 1865, Livingstone, de camino hacia África pasando por la India, cruzó Suez una semana antes de que Baker, triunfante,

acompañado de su joven amante, pasara por allí en dirección opuesta. De modo que las pesquisas de Livingstone sobre la pareja fueron inevitablemente vanas. Así pues, empezó su viaje sabiendo simplemente que Baker había llegado al Luta N'zige. Tampoco en Bombay pudo averiguar ningún otro dato de la geografía del lago, aunque sí corrían muchos rumores sobre la vida privada de Baker durante sus aventuras por esos lugares. «Baker se casó con su amante en El Cairo —contaba Livingstone, completamente equivocado, en una carta a un amigo—, y a decir de todos ella lo merecía después de haber hecho tantas cosas por él. He oído hablar de esa mujer, pero de cosas que no se han hecho públicas, y si ella sale con bien de todo esto, mejor que nunca se sepan». Si Livingstone hubiera sabido lo cínico que era Baker en lo tocante a las habilidades y la inteligencia de los africanos, habría considerado este hecho un pecado mucho más grave que las fornicaciones con su joven amante. «En cuanto al cristianismo —escribió Baker en un pasaje que habría provocado la cólera a Livingstone de haberlo leído—, se profana su nombre al emparejarlo con los negros». Pero, aunque desconociera estas opiniones, Livingstone pensaba que conocía lo bastante a Baker para considerarlo un tipo egocéntrico y sin principios. El famoso doctor dijo a su hija Agnes que «el principal objetivo del viaje de Baker —no cabe la menor duda— [era] adelantarse a Speke y Grant y llegar primero a las fuentes, pero astutamente fingió que iba con la intención de ayudarlos».

Los dos exploradores, Livingstone y Baker, que por poco no llegaron a coincidir en El Cairo, iban al encuentro de destinos muy distintos; Samuel Baker sería aclamado por la nación y ordenado caballero, y David Livingstone padecería grandes sufrimientos y tendría un trágico final (por mucho que esperara la gloria). Aunque probablemente Livingstone tuviera razón en lo tocante a las motivaciones de Baker y su astucia en utilizar a Speke y a Grant para sus propios intereses, el triunfo que compartió con Florence merece algo más que esa admiración no exenta de reticencias que al final le profesó Livingstone.

16

La gloria de nuestro premio

En marzo de 1863, dieciocho meses antes de la trágica muerte de John Speke en un campo de rastrojos inglés, el ambicioso Samuel Baker había visto cómo sus dos benefactores se deslizaban río abajo en dirección a Egipto, camino de Inglaterra y de la efímera bienvenida como héroes que recibirían a su llegada. El deseo más acuciante de Baker era salir en busca del lago de inmediato, a ser posible sin John y Katherine Petherick, que lo odiaban por haber convencido a Speke de que rechazara sus mercancías y prefiriera emplear las suyas. Pero para sorpresa de Baker, a los pocos días los Petherick propusieron viajar todos juntos al lago. Naturalmente Baker sospechó de inmediato de aquel gesto de paz. Sabía que la única esperanza que tenía Petherick de superar las críticas vertidas públicamente contra él por Speke era «descubrir» el Luta N'zige, y sospechaba que el galés no habría podido hacerlo solo, pues los traficantes de esclavos a los que había ofendido intentarían sabotear su expedición. Pero como él también estaba teniendo problemas con sus porteadores, pensó que tal vez fuera prudente unir los recursos de ambos, al menos durante las primeras fases del viaje.

El 15 de marzo, todavía en Gondokoro, Baker y Florence recibieron un extraño aviso de Saat, un huérfano de singulares dotes de apenas doce años al que Florence había salvado de morir de hambre. El pequeño les contó que sus hombres estaban a punto de amotinarse y que tenían la intención, en caso de encontrar resistencia, de matar a tiros a su patrón. La reacción inmediata de Baker fue colocar una cama de viaje delante de su tienda, y

encima cinco pistolas de doble cañón, un revólver y un sable bien afilado. Saat y Richarn, otro chico educado en la misión del que Baker se fiaba, fueron provistos de pistolas cargadas para que fueran pasándoselas cuando hubiera agotado los dos tambores del arma que estuviera usando en aquel momento. Cuando Baker gritó a los amotinados que depusieran sus armas, Florence se levantó apuntando a todo aquel que intentara quitar las fundas impermeables que protegían el percutor de sus pistolas. Desconcertados por la sangre fría de Baker, los amotinados vacilaron y acabaron por rendirse. El diario de Samuel Baker y su libro *The Albert N'yanza* son las únicas fuentes que tenemos de su viaje en compañía de Florence, pero aunque esta circunstancia permite al explorador presentarse impunemente a sí mismo bajo una luz heroica, a menudo los detalles anecdóticos y la mera vivacidad del relato nos inducen a darle crédito. Además, con frecuencia no tiene inconveniente en reconocer su impotencia.

Tras renovar su promesa de llevar consigo río arriba al cónsul y a su esposa con su patético séquito de cinco hombres fieles, tuvo que retractarse de lo dicho: «Mis hombres declararon en tono amenazante que si Petherick y yo uníamos nuestras fuerzas, no se moverían, pues todo el mundo lo odiaba». Sus servidores iban armados y habían cobrado por adelantado, de modo que Baker sabía que podían desertar y abandonarlo en cualquier momento. «Reuní a mis hombres —escribe—, y les dije que no seguiría con ellos si no me obedecían sin reservas; prometieron que así lo harían, pero afirmaron que su único amo era yo y que Petherick no debía formar parte del grupo». Aunque califica este episodio de «una muestra de su insultante independencia», Baker tuvo que rendirse a la evidencia y reconocer que nunca podría salir de Gondokoro con destino al lago si insistía en respetar la palabra dada a Petherick. El cónsul comprendió la situación y, aunque a regañadientes, decidió regresar a Jartum. Pero antes de hacerlo, el Dr. Murie, que siguió viajando con Petherick, contó a Baker otra fechoría horripilante del cónsul. El médico dijo a Baker que, tras la incursión efectuada para robar ganado, que había acabado con la muerte a tiros de nueve dinka, «las cabezas de tres de esos pobres diablos fueron cercenadas y hervidas; y el Sr. Petherick tiene pensado mandar los cráneos a Inglaterra al Colegio de Cirujanos *para su venta*».

Tras poner fin a la amenaza de motín, Baker abandonó Gondokoro el 26 de marzo con diecisiete porteadores, cantidad absolutamente inadecuada. Para compensar esta deficiencia, se llevó también veinticuatro asnos, así como varios caballos y camellos. Esperaba que Khursid Agha, el traficante de esclavos y marfil, le proporcionara otros diez porteadores, pero los hombres seleccionados por Khursid se negaron a servir a Baker alegando que era un espía y un loco, que iba a llevarlos a todos a la muerte. El grupo de Khursid, formado por turcos, egipcios y sudaneses, junto con sus esclavos africanos y sus concubinas, emprendió entonces la marcha hacia el sur. Por fortuna para ellos, Baker y Florence, acompañados de su pequeño grupo de servidores, lograron dar alcance a la caravana de esclavos tres días después y, a instancias de Florence, Baker convenció al *wakil* sirio de Khursid, Ibrahim, que capitaneaba la caravana en ausencia de su señor, de que les permitiera seguirlos. Primero, el explorador tuvo que prometer no interferir en las razias de Ibrahim para capturar esclavos. Baker juró y perjuró que lo único que quería era llegar al Luta N'zige, y que no tenía el menor interés en espiar las incursiones y las actividades de los traficantes. No obstante, advirtió a Ibrahim que si Florence o él recibían algún daño, las autoridades de Jartum lo ahorcarían por ser el sospechoso más probable. En cambio, si le ayudaba, Baker le prometió utilizar toda su influencia para conseguir para él y para su amo la oportunidad de comprar marfil en cualquier país que lograra «descubrir». En vista de que Ibrahim vacilaba, Baker cerró el trato ofreciéndole una pistola de doble cañón y una bolsa de monedas de oro.

Una sucesión de cataratas hizo que el viaje hacia el sur remontando el Nilo resultara impracticable poco más allá de Gondokoro, pero Baker siguió abrigando la esperanza de permanecer cerca del río. Por desgracia, las actividades mercantiles de Ibrahim lo alejaron del Nilo, y como los asesinatos eran moneda corriente en la zona, Baker y Florence no tenían la menor posibilidad de viajar seguros lejos de la caravana. Incluso yendo con el grupo de Ibrahim, la preocupación del inglés por Florence era constante. «Ni siquiera me atrevía a pensar en la situación en la que quedaría [la joven] entre aquellos salvajes en caso de que yo muriera. Y ella compartía mis temores». Incluso después de unirse a la gran caravana, Saat advirtió a

Baker que algunos de sus hombres seguían queriendo matarlo. No es de extrañar que el explorador se sintiera angustiado:

Aquella noche estaba yo durmiendo en mi tienda cuando de repente me despertaron unos gritos fortísimos y escuchando atentamente oí con toda claridad una cosa que respiraba pesadamente dentro de la tienda, y pude distinguir un bulto oscuro agazapado junto a la cabecera de la cama. Un ligero tirón en la manga de mi camisa me hizo comprender que mi esposa también se había dado cuenta de aquella cosa […] [Baker siempre daría a entender que se había casado con Florence antes de llevársela a África] La Sra. Baker no era amiga de ponerse a chillar y no se le escapó ni un susurro […] Yo había deslizado sigilosamente mi mano debajo de la almohada y había cogido el revólver. Sin hacer el menor ruido apunté a menos de medio metro de aquella cosa oscura que permanecía agazapada antes de preguntar: «¿Quién está ahí?». «Soy Fadeela». ¡Nunca estuve más cerca de pegar un tiro fatal!

Fadeela era una criada que se había metido en la tienda de Baker buscando refugio tras ser azotada con un látigo de piel de hipopótamo hasta que su espalda se puso a sangrar. Su «delito» había sido ausentarse sin permiso.

Los aproximadamente sesenta esclavos y servidores africanos de Khursid eran tratados con mucha crueldad, pero la población local, perteneciente a las etnias latuka y bari, lo pasó mucho peor. Aunque Baker consideraba que los africanos eran «salvajes [que estaban] más o menos al mismo nivel que la naturaleza animal», escribe en los siguientes términos:

Compadezco a estos nativos; no son perfectos, desde luego, pero son ángeles comparados con los de Jartum, y si fueran tratados con amabilidad se comportarían bien en general […] Seguramente no tan mal como los blancos en circunstancias similares.

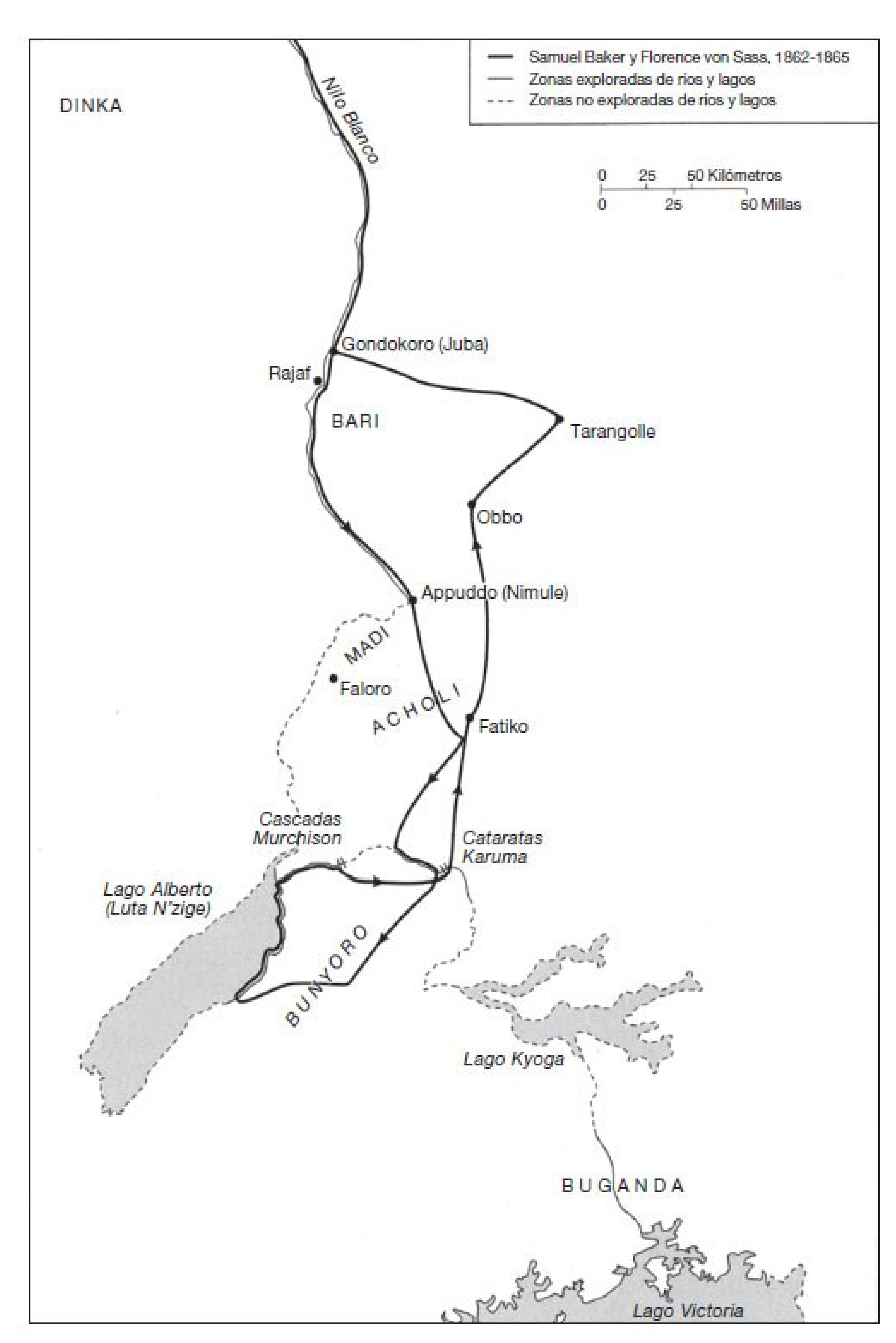
Durante su viaje, Baker se encontraría con varios africanos de espíritu independiente que no se dejaban intimidar por la brutalidad de hombres como Khursid. Uno de ellos era Commoro, hombre extremadamente inteligente y jefe de los latuka. Cuando Baker le aseguró que había vida después de la muerte, Commoro respondió en tono burlón: «Cuando un hombre se muere, se acaba, y sus hijos ocupan su lugar». Baker afirmó que

un hombre era como una semilla que era enterrada y, tras descomponerse, hacía que brotara una planta. Commoro rechazó esta analogía poco convincente: «El grano original no vuelve a nacer; se pudre como el muerto, y se acabó; el fruto producido no es el mismo grano que enterramos». Commoro se mostró incrédulo cuando Baker le dijo que había venido a África buscando un *nyanza*. Hablando a Baker con ayuda de un latuka jorobado que sabía árabe (lo mismo que Baker), puso de manifiesto su escepticismo: «Supón que llegas al gran lago. ¿Qué harías con él? ¿Qué tendría de bueno? Y si descubres que el gran río sale de él, ¿qué?». La respuesta de Baker sobre la importancia de la obtención de nueva información científica por sí sola y de abrir regiones apartadas del mundo al «comercio legítimo» no causó la menor impresión al jefe. «Pero los turcos no comerciarán nunca honestamente», exclamó el anciano. Después de todo lo que había sufrido a manos de hombres como De Bono y Khursid, Commoro tenía una visión muy poco sentimental de la naturaleza humana. «Casi todas las personas son malas», señaló el viejo cacique a Baker. «Si son fuertes, les quitan todo a los débiles. Los buenos son todos débiles; y son buenos porque no son lo bastante fuertes para ser malos».

Como análisis de la brutalidad que había tenido ocasión de observar en el Alto Nilo, Baker entendía semejante pesimismo. Pero a pesar de los peligros a los que se enfrentaban Florence y él, los dos eran optimistas por naturaleza y creían que siempre era posible encontrar soluciones prácticas a los problemas, por difíciles que fueran estos.

En el caso de Baker, su adaptabilidad tenía mucho que ver con una juventud y una educación poco convencionales. Pese a ser banquero, propietario de plantaciones y director de una compañía de ferrocarril, su padre no había enviado a sus hijos a ninguno de los famosos internados ingleses, sino que los había educado en Inglaterra y Alemania empleando a profesores particulares. Así pues, a pesar de la fortuna de su familia, Sam Baker se sentiría siempre un extraño en los círculos respetables de clase media alta de su país. Había trabajado, aunque durante un corto espacio de tiempo, en el despacho de su padre en Londres. Encontrando aburrida esta ocupación, solicitó permiso para dejar la City y se fue a las islas Mauricio, donde dirigió las plantaciones de caña que poseía la familia. Casado a los

veintidós años, se llevó consigo a su esposa a las islas, donde nacieron y murieron tres de sus hijos. Los Baker establecieron entonces una productiva colonia agrícola en los montes de Ceilán, pero su mala salud los indujo a regresar a Inglaterra en 1855 con cuatro hijas pequeñas. La muerte de su esposa ese mismo año no hizo, al parecer, más que agudizar en Baker el deseo de vivir la aventura y arrostrar peligros, deseo que su pasión por la caza mayor ya no podía satisfacer. En la India había cazado tigres, en los Balcanes osos y en Ceilán elefantes, y cuando se fue a África se llevó consigo una escopeta enorme y ridículamente pesada para matar elefantes, llamada «la Niña», que disparaba un proyectil de media libra. Aunque de estatura media, Baker era muy ancho de hombros y de constitución robusta, de modo que el retroceso del arma al ser disparada no lo dejaba caer, como les ocurría a la mayoría de los tiradores, incluso cuando tenían otra persona en la que apoyarse.



Viaje de Samuel Baker y Florence von Sass.

Sam Baker se definía a sí mismo como hombre «contrario a los caminos trillados […] no capacitado para las posiciones de subordinación que producen riqueza; pero siempre feliz de carecer de empleo y demasiado orgulloso para servir a nadie». Era dogmático y testarudo, y no tenía muy buena opinión de los africanos en general, pero a algunos llegó a respetarlos y a encontrarlos de su agrado. Odiaba el tráfico de esclavos, había aprendido árabe solo y lo hablaba tolerablemente bien, y llegó incluso a escribir algunos libros entretenidos. A pesar de la opinión mojigata de muchos, hizo algo que pocos caballeros británicos habrían soñado: comprar a una mujer en una subasta de esclavos. Así que, acompañado de aquella joven singular, vestida con calzones anchos y polainas que le cubrían toda la pantorrilla, se dispuso a emprender un viaje que había podido con Miani, con De Bono y con su agente Wad-el-Mek, para convertirse, si lo lograba, en el primer europeo en visitar el *nyanza* desconocido. Los traficantes de esclavos se vieron obligados a dar marcha atrás a partir de un punto próximo a la actual frontera de Uganda debido a los sucesivos accesos de fiebre, el motín de los porteadores, los ataques de los africanos deseosos de venganza y la presencia constante de cataratas. Aquel fracaso supuso una advertencia para Baker y Florence. ¿Serían *ellos* capaces de responder a un reto tan formidable?

Partían con una desventaja muy angustiosa. Odiaban el tráfico de esclavos —de hecho Florence había sido esclava— e iban a depender por completo de Ibrahim, por lo que sus planes irían evolucionando lentamente. Cuando Ibrahim decidía hacer una serie de incursiones en una zona determinada, después de varios meses de tanteos, Baker y Florence tenían que adaptarse a sus caprichos. Naturalmente aprovechaban la situación como mejor podían, estableciendo su «hogar» en una choza de barro, criando gallinas, cultivando lechugas, cebollas y batatas en su huerto, e intentando fabricar vino y *pombé*. Florence llegó a adoptar un mono como mascota, y luego fabricaría herramientas improvisadas a lo Robinson Crusoe para ella misma y para su amante barbudo. Pero siempre que Ibrahim salía a hacer alguna de sus brutales incursiones de rapiña, Baker y Florence eran obligados a acompañarlo, por temor a que, en su ausencia, sus servidores se vieran arrollados por la población local enfurecida. «Los

traficantes convierten todos los países en un nido de avispas», se lamentaba Baker, sabiendo que sus hombres probablemente fueran asesinados cuando salieran a buscar agua al río si no tenían cerca a los criados de Ibrahim para defenderlos. De modo que Baker y Florence se vieron obligados a acompañar a Ibrahim allí donde lo llevaran sus actividades en el comercio de esclavos y marfil. «Me parezco más a un asno que a un explorador», protestaba el futuro descubridor del Luta N'zige. En realidad fue más afortunado que sus asnos de verdad, que murieron víctimas de la mosca tse-tse. De ese modo la pareja dependía cada vez más de Ibrahim para la provisión de porteadores, y además nunca podía saber si el sirio iba a estar de acuerdo o no en acompañarlos a Bunyoro. En pura lógica, ¿por qué un traficante de esclavos iba a querer ir al país de un rey poderoso como Kamrasi, capaz de poner «límites a sus intenciones criminales»? A veces Baker se preguntaba si no valdría más la pena arriesgarlo todo —incluso su vida y la de Florence— viajando a solas hasta el lago con el mayor número de porteadores a los que lograra sobornar. Pero a pesar de su impetuosidad y su orgullo, Baker sabía esperar cuando era necesario. Florence y él aguantaron nueve meses yendo y viniendo por el territorio de los pueblos latuka y obbo.

Estaban todavía a casi trescientos cincuenta kilómetros de su objetivo y a menudo se vieron en peligro a pesar de la presencia de Ibrahim (y de hecho en parte por eso mismo). Una y otra vez oían sonar los tambores de guerra y se veían obligados a levantar barricadas utilizando toda su impedimenta. En una ocasión especialmente amenazadora, Florence tuvo que disponer varios centenares de cartuchos de postas, frascos de pólvora y algodón en una estera, mientras Baker alineaba sus rifles y escopetas. Incluso el pequeño Saat se ató su propio cinturón y su cartuchera y tomó posiciones entre los hombres, pero a las dos de la mañana, tras varias horas de angustiosa espera, la numerosa multitud de gente armada que los rodeaba empezó a dispersarse. Los latuka habían capturado recientemente a una caravana de trescientos árabes y, tras acorralarlos al borde de un precipicio, los habían arrojado al vacío hostigándolos con sus lanzas. Los peligros, por tanto, eran muy reales. Mientras tanto, Baker seguía alarmado

por sus propios hombres, y tuvo la suerte de poner fin a un conato de motín tumbando al cabecilla de los revoltosos de un puñetazo bien dado.

Baker y Florence se encontraban en el poblado del jefe de los obbo cuando cayeron peligrosamente enfermos de malaria. Los dos habían sufrido con anterioridad ataques de fiebre, pero esta vez ninguno tenía fuerza suficiente para ayudar al otro. Sufrían deshidratación y deliraban. A Katchiba, el anciano jefe de la tribu, le dijeron que estaban a punto de morir. Al verlos tendidos e indefensos, se llenó la boca de agua y la espurreó a su alrededor, incluso sobre la pareja de enfermos; luego se marchó pronosticando con optimismo que no tardarían en mejorar. Teniendo en cuenta la cantidad de comerciantes europeos que habían muerto en aquellas latitudes, su optimismo resultaba sorprendente. Pero resultó verídico. En la choza de los viajeros, infestada de ratas y hormigas blancas, Katchiba se fijó en el orinal de Baker y decidió que podía hacer de sopera para las ocasiones importantes. Se sintió sumamente contrariado cuando le dijeron que se trataba de «un vaso sagrado» que debía acompañar a Baker allá donde fuera.

Durante aquel verano que pasó con los obbo, Baker no pudo resistir a la tentación de salir a cazar elefantes, aunque su caballo era «a todas luces poco idóneo y se volvió completamente loco cuando oyó disparar un tiro a sus espaldas». Baker cayó al suelo a unos veinte metros de un elefante que venía a la carga. Dio la impresión de que se enfrentaba a una muerte segura, pero el animal cambió de repente de dirección en el último momento y salió barritando en persecución del caballo espantado. Sin saberlo, Florence había estado a punto de correr la suerte que más temía: quedarse sola en el corazón de África.

Khursid se reunió con sus hombres en junio y aunque poco después el traficante de esclavos ordenó matar a sesenta y seis hombres de la tribu, Baker no tuvo más remedio que quedarse con él. Siguieron produciéndose actos esporádicos de brutalidad: un padre que se presentó en el campamento a rescatar a su hija, que había sido hecha esclava, fue muerto de un tiro y su cuerpo fue dejado como pasto para los buitres. Baker ya había observado el orden en el que los buitres devoraban la carroña: primero se comían los ojos, luego la parte blanda del interior del muslo y la piel de los brazos,

antes de consumir las partes más duras. También le intrigaban los hábitos alimenticios de los latuka. En una ocasión vio cómo cocinaban al fuego la cabeza de un jabalí salvaje («en un estado horrible de descomposición»), hasta que «el cráneo se calentó demasiado para los habitantes que se habían instalado en su interior, [y] empezaron a salir por las orejas y los agujeros de la nariz multitudes de gusanos en desbandada, como personas saliendo por las puertas de un teatro en llamas». Nada de esto impidió a los cocineros «comérselo todo y rebañar los huesos».

Al principio Baker recibió de buena gana la llegada de las lluvias, pues hicieron bajar la temperatura a menos de 38 °C:

¡Qué delicia estar frescos en el centro de África! Todo estaba maravillosamente mojado. El agua rebosaba de mis zapatos […] El viento soplaba sobre los barrancos hasta ese momento secos […] Esto ya no era el trópico; el clima era el de la vieja Inglaterra, y era como si me lo hubieran devuelto.

Pero enseguida todas sus reservas de comida estarían cubiertas de moho e incluso poniéndolas junto a hogueras ardiendo constantemente le resultó imposible secar sus posesiones. En julio las lluvias habían hecho crecer tanto los ríos que era impensable viajar hacia el sur, como no tardó en comprobar después de una marcha de reconocimiento de una semana de duración. Sólo cuando comenzara la estación seca en el mes de octubre volvería a ser factible emprender el viaje. Para entonces Florence y él habían sufrido nuevos ataques de fiebre y sus reservas de quinina habían quedado reducidas a unos pocos granos. Los caballos y los asnos habían muerto todos y ellos estaban demasiado débiles para caminar, así que no cabía esperar que pudieran reanudar la marcha demasiado pronto. Incluso después de invertir su dinero en la compra de tres bueyes, *Beef, Steak* y *Suet*, tuvieron que rendirse a la evidencia de que carecían de fuerzas para montarlos. Pero finalmente Baker logró convencer a Ibrahim de que lo acompañara a Bunyoro en cuanto Florence y él pudieran ponerse en marcha. En parte todo se debió a las reiteradas promesas que hizo al traficante de que conseguiría de Kamrasi condiciones favorables para que Khursid y él pudieran adquirir marfil; y además le ofreció una buena cantidad de abalorios de las abundantes reservas de las que disponía, para

que pudiera pagar con ellos sus compras. Ibrahim poseía pocos abalorios y ya debía a Baker más de treinta kilos.

El 4 de enero de 1864, Florence y Baker se tomaron las últimas reservas de quinina que tenían en su botiquín y se dispusieron a emprender la marcha hacia el sur al día siguiente. Al cabo de una hora más o menos de viaje, el buey de Baker se escapó, obligándolo a caminar casi treinta kilómetros ese primer día; en cuanto al de Florence, cayó tan repentinamente debido a la picadura de un tábano, que tiró a la joven al suelo, causándole una fuerte conmoción. Al día siguiente Ibrahim vendió al explorador exhausto y a su maltrecha amante dos bueyes mansos, lo que les permitió llegar al río Asua, cerca de la moderna ciudad de Nimule al cabo de sólo cuatro días.

Por el camino, al entrar en los poblados los hombres de Ibrahim saqueaban los graneros en busca de cereales, sacaban las batatas de la tierra y se «quedaban con todo lo que les parecía, como si estuvieran en su casa». Baker no menciona en ningún momento en su diario haber sentido el menor escrúpulo por instar al agente de un conocido traficante de esclavos a entrar en un reino en el que ese tipo de comercio no constituía todavía un mal endémico. Su héroe, Speke, no había aceptado la ayuda de los negreros hasta salir de los reinos de Buganda y Bunyoro y llegar a una zona devastada ya por los esclavistas. Bien es verdad que Ibrahim había prometido a Baker que no iba a tomar esclavos ni a robar ganado mientras estuvieran en Bunyoro; pero en el futuro no podría fiarse mucho de su palabra.

Cuando Baker se encontraba a unos veinte kilómetros al sur de Faloro, en el país de los madi, pudo ver con sus propios ojos que muchos poblados habían sido incendiados y que todo el país había sido asolado por Mohammed Wad-el-Mek, el *wakil* de Andrea De Bono. Escribió incluso el siguiente comentario: «La intención de Ibrahim era […] establecerse en Shooa [al sureste de Faloro], que constituiría un excelente *point d'appui* para sus operaciones en el ignoto sur». Así pues, Baker se daba perfectamente cuenta de que su viaje iba a inducir a Khursid Agha [el amo de Ibrahim] a competir con De Bono por el control del comercio de esclavos y marfil en «el ignoto sur». Quizá la conciencia del viajero inglés

se tranquilizara pensando que Khursid se habría adentrado en Bunyoro de todas formas. Una muestra de la intensidad del deseo de Baker de hacerse famoso como explorador es el hecho de que estuviera tan dispuesto a desoír su conciencia tan rápidamente. Dos años antes, en Jartum, había enviado una carta airada a *The Times* (el 25 de noviembre de 1862) hablando de los terribles males de «la caza del hombre» y de los sufrimientos inimaginables que causaba.

Mientras Baker se hallaba en Shooa, situada a más de cien kilómetros de distancia de la capital de Kamrasi, llevaron ante él a un muchacho que anteriormente había trabajado para Mohammed Wad-el-Mek. El joven le dijo que, poco después de que su señor escoltara a Speke y Grant a Gondokoro desde Faloro, había reanudado la marcha hacia el sur y había entrado en Bunyoro, siguiendo la misma ruta que Speke, al frente de una nutrida fuerza. De Bono, el señor de Wad-el-Mek, le había ordenado apoyar a Rionga en la larga lucha que este sostenía para suplantar como rey a su hermano, Kamrasi. Su triunfo habría proporcionado a De Bono —o al menos eso esperaba él— un monarca sumiso con el que hacer negocios. Kamrasi, sin embargo, había opuesto resistencia y había sobrevivido, aunque trescientos de sus súbditos habían perecido en el combate. A Baker le extrañaba mucho que Kamrasi no dedujera erróneamente que no era ninguna coincidencia el hecho de haber sido atacado por la misma gente que había escoltado a Speke a Gondokoro. Era inevitable que el rey de Bunyoro supusiera que Wad-el-Mek había sido enviado por Speke para atacarlo. En Gondokoro, el propio Speke había avisado a Baker de que por ningún motivo pusiera sus pies en el territorio controlado por Rionga, o Kamrasi pensaría que se había aliado con su peor enemigo y le impediría viajar al lago.

Al sur de Shooa, Baker, Ibrahim y su séquito atravesaron una espléndida meseta de granito que bordeaba una llanura de hermosa hierba. Pero desde esa altiplanicie pudieron observar una pradera interminable situada a sus pies que se extendía hacia el sur hasta perderse de vista, interrumpida de vez en cuando por alguna palmera aislada. Su guía perdió entonces el camino, y mientras intentaban atravesar a duras penas aquel herbazal de tres metros de altura se encontraron de pronto atravesando profundos pantanos

ocultos entre las ondulaciones del terreno. Pero aquellos cenagales eran tan numerosos que la marcha resultaba agotadora para los hombres y las bestias: a menudo había que quitar la carga a los bueyes y colocarla en balsas improvisadas. Además, Florence tenía fiebre y no podía caminar; fue preciso, por tanto, llevarla en una litera, con la cual resultaba muy difícil atravesar los pantanos. Baker intentó entonces cargar con su amante a cuestas. No tardó en lamentar su decisión. «En medio de la travesía, el lodo pegajoso cedió y me hundí en él, quedándome absolutamente inmovilizado mientras Florence pataleaba como una rana en el agua embarrada […] hasta que llegó a tierra firme arrastrándose por todo el pantano».

El 22 de enero llegaron a un anchuroso río que iba de este a oeste. Por las indicaciones que les había dado Speke dedujeron que debía de ser el Nilo. Fueron recibidos amistosamente por unos hombres en canoa, que los sorprendieron con la noticia de que aquella parte del país pertenecía a Rionga. Cuando los nativos se enteraron de que los hombres de Baker e Ibrahim no tenían nada que ver con Mohammed Wad-el-Mek y Andrea De Bono, sus aliados, se negaron a venderles comida y a guiarlos hasta el lago. Pero cuando los viajeros reanudaron la marcha hacia el sur tuvieron la compensación de dejar a sus espaldas los pantanos y adentrarse por un majestuoso bosque que se extendía en paralelo al río y caminando por él pudieron escuchar a su derecha el estruendo que hacía el agua al precipitarse por una sucesión de cataratas entre elevados tajos. «Aquellas alturas estaban plagadas de nativos […] armados con lanzas y escudos […] gritando y gesticulando como si quisieran retarnos a cruzar a su orilla». Los hombres en cuestión se encontraban en el lado del río perteneciente a Bunyoro y eran a todas luces guerreros de Kamrasi. Cuando el grupo de Baker llegó a las cataratas Karuma, cerca del transbordador de Bunyoro, las colinas seguían llenas de hombres que enviaron una canoa para parlamentar. Bacheeta, la mujer que hacía de traductora para Baker, les explicó que el hermano de Speke acababa de llegar de su país con la intención de visitar a Kamrasi. Cuando le preguntaron por qué ese hermano había traído tantos hombres consigo, Bacheeta contestó sin vacilar que los regalos del hombre blanco para Kamrasi eran tan numerosos que hacían falta muchos porteadores. Tras estas declaraciones tan golosas de su intérprete, Baker

llegó a pensar que no tardaría en ser convocado para entrevistarse con Kamrasi. Evidentemente tendría que vestirse para estar a la altura de las circunstancias.

Me preparé para la presentación mudándome en un bosquecillo de plátanos a modo de vestidor y cambiando mi atuendo habitual por un traje de paño. Luego trepé hasta una elevada peña casi perpendicular que formaba una especie de pináculo natural enfrente del barranco y agitando mi gorra para saludar a la multitud congregada en la orilla opuesta, tenía un aspecto casi tan imponente como Nelson en Trafalgar Square.

De vuelta a la realidad, Baker ordenó a sus hombres y a los de Ibrahim —ciento doce en total— que se escondieran entre los plátanos, por si «los nativos se asustaban al ver una fuerza tan imponente». Con Florence a su lado, avanzó al encuentro de los hombres de Kamrasi, que habían venido en la canoa y ahora se acercaban a pie atravesando los cañaverales. Su saludo fue gratificante y alarmante a la vez, pues lo expresaron «abalanzándose hacia nosotros mientras nos apuntaban con sus lanzas a la altura de la cara, al tiempo que gritaban y cantaban con el mayor enardecimiento». Baker pidió a Bacheeta que les dijera que esperaba que no lo tuvieran varias semanas esperando antes de ver a Kamrasi, como habían hecho con Speke. Le contestaron entonces que Wad-el-Mek se había presentado también en Bunyoro diciendo que era amigo de Speke; Kamrasi se había fiado de él y le había dado regalos, pero el traficante había vuelto luego con los hombres de Rionga y con su ayuda había matado a muchos súbditos del rey. Por consiguiente, le advirtieron, no cabía pensar en que pudiera cruzar el río hasta que volvieran de la capital los mensajeros con el permiso de Kamrasi. Al fin y al cabo, entre los acompañantes de Baker quizá hubiera algunos de los que se habían comportado de modo traicionero pocos meses antes. Como estaba al corriente del ataque perpetrado por Wad-el-Mek, Baker contaba ya con encontrar recelos por parte de los nativos, pero se sintió enormemente defraudado al ver hasta dónde llegaba su hostilidad. Después de largas discusiones, el cacique de la comarca accedió a regañadientes a permitir a Baker y Florence cruzar el río. Una prueba de la confianza en sí mismo casi excesiva que tenía Baker la encontramos en el hecho de que no viera inconveniente en que lo condujeran al otro lado del río acompañado

únicamente de dos criados y de Bacheeta, a pesar de las advertencias de sus hombres, que temían que lo asesinaran si se separaba de ellos.

Baker y Florence durmieron en el suelo, sobre un montón de paja, tapados por una manta escocesa, después de tomar una cena a base de plátanos maduros regada con vino de plátano, que sabía a sidra aguada. Al día siguiente, nadie les dijo ni una palabra del lago, aunque preguntaron a varias personas. Y no es que los cientos de nyoro que acudieron a verlos se mostraran hostiles con ellos. De hecho, el espectáculo de Florence peinándose su larga melena rubia creó una gran conmoción (según la expresión de Baker), como lo habría hecho la aparición de un gorila en una calle de Londres.

Después de una tensa semana de espera, llegaron unos hombres procedentes de Shaguzi (M'ruli), la ciudad de Kamrasi. Tras observar minuciosamente a Baker, afirmaron que era en verdad «el hermano de Speke» y se mostraron de acuerdo en que al día siguiente, 30 de enero de 1864, se dirigiera a Shaguzi acompañado de todos sus hombres. Cuando escuchó la noticia, Baker empezó a sentir más simpatía por sus anfitriones y anotó en su diario comentarios acerca de la habilidad de sus herreros y sus alfareros y de la belleza de sus mujeres, pero esta actitud tan benigna no duraría mucho. Florence se sintió mal el mismo día en que se pusieron en marcha, y durante una semana Baker temió por su vida. El 5 de febrero estaba tan enferma que ni siquiera podía viajar en litera. Baker dice que el país estaba «infestado de mosquitos», pero no estableció ninguna relación entre su presencia y la fiebre que empezaron a contraer muchos de sus acompañantes. Fadeela —la criada que se había colado en su tienda después de ser azotada— estaba agonizando y de hecho murió al cabo de tres días. Ese mismo día, Baker se sintió tan débil que dos de sus hombres tuvieron que encargarse de mantenerlo erguido a lomos de su buey, y aun así se cayó al suelo y se vio obligado a descansar debajo de un árbol durante cinco horas.

Por los mensajes contradictorios que recibía de Kamrasi, Baker pudo constatar que el soberano intentaba retrasar a propósito su llegada, posiblemente por miedo. Pero el 10 de febrero, el viajero inglés y su comitiva llegaron por fin a Shaguzi, donde salió a su encuentro un hombre,

acompañado de quinientos guerreros. La regia visita se debía a que Baker —al igual que Florence— estaba demasiado enfermo para caminar. El inglés fue llevado luego en litera a la cabaña real, donde ofreció al supuesto *omukama* varios regalos, entre ellos una gran alfombra persa, un par de zapatillas rojas turcas, unos collares y una pistola de doble cañón. Cuando pidió permiso para viajar al Luta N'zige, el hombre al que había tomado por Kamrasi —y que en realidad era su hermano menor, Mgambi, actuando como si fuera el propio monarca por orden suya— le dijo que el lago se encontraba a casi doscientos kilómetros de distancia y que indudablemente, dada su debilidad, habría muerto por el camino. Baker desoyó su advertencia y sin tener en cuenta el inmenso peligro al que se habrían enfrentado Florence y él sin quinina, renovó sus peticiones de permiso para emprender la marcha. Explicó que el Nilo discurría en dirección al norte a lo largo de una extensión de terreno enorme, pasando por muchos países desde los cuales Kamrasi habría podido recibir mercancías valiosísimas si permitía que su visitante inglés viajara al Luta N'zige.

Mgambi dijo que sólo daría su consentimiento si Baker accedía a atacar a Rionga, pero el inglés se negó. Ibrahim, sin embargo, no tuvo inconveniente en hacerse hermano de sangre de Mgambi, succionando la herida que este se infligió en el brazo con un cuchillo, y prometiendo actuar contra sus enemigos. Hizo este juramento después de recibir veinte grandes colmillos de elefante y garantías de que le proporcionarían más. Por otro lado, Ibrahim se mostró encantado de irse con todos sus hombres a las cataratas Karuma y de dejar a Baker sólo con doce porteadores y la intérprete Bacheeta, cuya libertad no tuvo más remedio que comprar el inglés por tres pistolas de doble cañón. Mgambi, actuando como si fuera su hermano, concedió a Baker y su mujer el uso de una choza construida en un terreno pantanoso rodeado de herbazales infestados de mosquitos. Baker y Florence sufrían de fiebre cada día y quedaron aterrorizados cuando Mgambi les dijo que todas las medicinas del botiquín que había dejado Speke se habían agotado. Llovía a raudales casi a diario y Baker temía que ni Florence ni él lograran sobrevivir si permanecían confinados mucho tiempo en aquel lugar tan húmedo. Empezaron a abrigar alguna esperanza cuando un cacique indiscreto les dijo que el viaje no era tan horrible como

se lo habían pintado. De hecho, los mercaderes de sal solían llegar al lago en diez días.

Baker recibió por fin permiso para emprender la marcha el 25 de febrero, pero en el último momento, cuando estaban ensillando los bueyes, Mgambi, cuyos ojos saltones siempre habían molestado al explorador, dijo como el que no quiere la cosa: «A ti te mandaré al lago y a Shooa, tal como te he prometido, pero deberás dejar a tu esposa conmigo». Según el relato de los hechos que nos ha dejado (por lo demás el único que existe), Baker puso el cañón de su revólver en el pecho de Mgambi y dijo que lo mataría si volvía a repetir semejante insulto. Florence, mientras tanto, adoptando una expresión «tan amistosa como la cabeza de Medusa», comenzó a lanzar denuestos en árabe contra Mgambi, y Bacheeta se encargó de traducirlos valientemente palabra por palabra. Mgambi quedó desconcertado ante todo aquel escándalo. Dijo que habría estado encantado de regalar a Baker alguna de *sus* esposas, y que esa era la costumbre de Bunyoro, pero si Baker no quería aceptar el trato, lo sentía mucho. En compensación, ordenó que todos los presentes hicieran de porteadores para el explorador y además le proporcionó una escolta de trescientos hombres.

Emprendieron la marcha a través del hermoso bosque de mimosas de Bugoma, pero no tardaron en llegar al mismo gran pantano que anteriormente los había obligado a apartarse de la ruta directa hacia el lago. Baker y Florence estaban demasiado débiles para atravesar la ciénaga a pie y, como sus bueyes sólo podían avanzar a nado, los dos enfermos fueron colocados en sendas literas y conducidos a tierra firme por dos docenas de hombres chapoteando por el agua. Dada la debilidad de su estado, los amantes no podían controlar a su escolta, cuyos miembros se adelantaban y se dedicaban a saquear todos los poblados que encontraban a lo largo de la ruta. Tampoco podían obligarlos a emprender la marcha cada día a hora temprana para evitar los rigores del sol. El 27 de febrero tuvieron que cruzar el río Kafu, cubierto de una densa maraña de plantas acuáticas que formaban un puente muy poco seguro. Pero pasar por aquella superficie inestable y movediza a lomos de un buey resultaba imposible, de modo que Florence tuvo que cruzarla a pie, a pesar de hallarse desesperadamente enferma. Baker la animaba a que lo siguiera pisando exactamente en el

punto en el que él había puesto el pie. Florence, decía su amante, debía continuar la marcha a toda costa.

Cuando todavía no habían cruzado la mitad del vado, Baker quedó horrorizado «al verla de pie en un sitio hundiéndose lentamente entre las hierbas, con el rostro desencajado y completamente amoratado». Al cabo de un momento, «se desplomó como si le hubieran pegado un tiro». Baker y unos diez hombres «la arrastramos como un cadáver entre la vegetación flexible». Fue un momento angustioso para él:

La puse debajo de un árbol y le mojé la cabeza y la cara […] pero habría perdido por completo el sentido. Parecía que estuviera muerta, con los dientes y las manos férreamente apretados y los ojos abiertos con la mirada perdida […] Mientras las negras le frotaban los pies, le di un masaje en el corazón, pero fue en vano […] La llevaron en volandas con gesto afligido como si fuera un cadáver.

El único signo de vida era «un doloroso estertor en su garganta», que parecía el preludio de la muerte.

En el primer poblado al que llegaron, la acostó en una cabaña y le abrió los dientes con una pequeña cuña de madera antes de humedecer su lengua con unas gotas de agua. Florence respiraba, pero sólo cinco veces por minuto, y Baker temió que sufriera una «congestión cerebral». Fuera de la choza, los integrantes de la escolta se pusieron a cantar y bailar hasta que el explorador no pudo aguantar más y juró que les pegaría un tiro a todos si no regresaban a Shaguzi. Una vez solo con sus hombres y unos veinte porteadores —treinta y cinco personas en total—, continuó cuidando a Florence todo el día y la noche siguiente. El 1 de marzo reanudaron la marcha llevándola un rato en litera. Fueron unos momentos horribles para Baker, que se culpaba a sí mismo de anteponer sus ambiciones personales al amor que sentía por ella.

¿Iba a morirse? ¿Aquel sacrificio tan terrible iba a ser la consecuencia de mi autodestierro? […] Me sentía enfermo y descorazonado y continué a su lado a lo largo de herbazales agrestes y ríos, rodeados de espesos bosques y profundos cenagales […] y a través de valles de altísimas cañas de papiro, que ondeaban por encima de su litera como las plumas negras de un coche fúnebre.

Pasó una segunda noche a su lado en una choza deprimente, escuchando los gritos de una hiena e imaginando que la fiera cavaba la tumba de su amada.

Al día siguiente reanudaron apresuradamente la marcha, pero tuvieron que detenerse cuando la joven empezó a delirar. Se pusieron otra vez en camino por la mañana, y al atardecer, después de una larga jornada de marcha, Florence sufrió violentas convulsiones y pareció «que todo estaba acabado». Baker se acostó en una manta a su lado, mientras fuera los hombres empezaban a cavar una fosa. Pero con las primeras luces del amanecer, «abrió los ojos, y los tenía tranquilos y claros». Era el 4 de marzo y Florence fue recuperándose gradualmente durante la semana siguiente. La joven fue muy afortunada al sobrevivir y su compañero también lo fue al no tener que enfrentarse a toda una vida culpándose de la muerte de su adorada amante.

El 14 de marzo, en un día despejado, salieron de un valle y ascendieron penosamente hasta lo alto de una colina. A sus pies apareció el lago.

¡La honra de nuestro premio cayó de repente sobre mí! Allí, como un mar de azogue, se hallaba a nuestros pies la gran extensión de agua, un horizonte marino ilimitado por el sur y por el suroeste, resplandeciendo al sol del mediodía. Por el oeste, a una distancia de setenta o cien kilómetros, unos montes azules se elevaban como si surgieran del fondo del lago hasta una altura de unos dos mil metros […] Resulta imposible describir el entusiasmo de aquel momento […] ¡Inglaterra había conquistado las fuentes del Nilo!

Baker decidió llamar a su lago Alberto Nyanza, en honor del difunto y llorado consorte de la reina Victoria. Convencido de que su *nyanza* era más grande que el de Speke, el respeto de Baker por la primacía del descubrimiento de su amigo disminuyó a pasos agigantados. «El lago Victoria y el lago Alberto son las dos fuentes del Nilo», afirmó.

El sendero en zigzag que bajaba hasta el lago era tan escarpado que hubo que dejar los bueyes en lo alto de la colina, y Florence, apoyándose en el hombro de su amante, tuvo que bajar a trompicones por la vereda deteniéndose a descansar cada pocos minutos. El descenso hasta la orilla del lago por el despeñadero duró dos horas. Una vez en la playa de guijarros

blancos, Baker se metió rápidamente en el agua «sediento de calor y de fatiga y con el corazón lleno de gratitud bebió ansiosamente». Esta visión de cerca del Luta N'zige no lo indujo a rebajar la altura de los montes y a situarla en una cifra más razonable de aproximadamente mil quinientos metros, ni a disminuir a la mitad la anchura media del lago. Pero su mayor exageración consistiría en la enorme distancia a la que, según él, se extendía el lago en dirección al sur. Permitió que los relatos locales acerca de otras masas de agua existentes en esa dirección (en realidad dos lagos distintos, el lago Eduardo y el lago Jorge) lo llevaran a suponer que eran una prolongación de su *nyanza*, que, a su juicio, se extendía hasta Karagwe. A la hora de la verdad, se demostraría que todo eso no eran más que ideas caprichosas de un hombre que deseaba que su lago fuera la fuente más importante del Nilo. No obstante, desde los tiempos en que Nerón enviara al sur a sus dos centuriones, ningún viajero (y eran muchos los que lo habían intentado) había llegado a ninguno de los grandes lagos directamente remontando el Nilo.

Baker no se atrevió a circunnavegar el lago en toda su extensión, en parte debido a la mala salud de Florence, pero también porque temía que si no llegaba a Gondokoro antes de finales de abril, los barcos que había dejado allí Petherick habrían zarpado rumbo a Jartum aprovechando los últimos vientos del sur de la temporada. Tras una semana de fiebres recurrentes, un número suficiente de sus hombres se había recuperado, de modo que pudo embarcar a todo el grupo en dos canoas y emprender la marcha hacia el norte, ciñéndose a la ribera oriental del lago. Pusieron proa a Magungo, donde desembocaba un gran río. Baker pensó que debía de ser el mismo que había cruzado en las cataratas Karuma y que, según le había dicho Speke, era el Nilo que nacía en el Victoria Nyanza. Baker levantó un toldo rudimentario para proteger a Florence del calor del sol y resistió a la tentación de cazar alguno de los hipopótamos del lago. De haberlo hecho, sus hombres lo habrían descuartizado, habrían cocido la carne y se la habrían comido, proceso que habría supuesto varios días de retraso.

Llegaron a Magungo al cabo de trece días de viaje. Allí el lago era ya más estrecho, y se veía claramente que su corriente fluía en dirección al norte. Pero antes de continuar su rumbo, se adentraron con las barcas por el

este en el amplio canal bordeado de juncos del río que desembocaba en el lago. Justo antes de entrar en él, Baker divisó en lontananza, a menos de quince kilómetros de distancia, en el extremo más septentrional del lago, otro río que salía de él en dirección al norte. Todas las personas de Magungo con las que habló Bacheeta dijeron que este segundo río llegaba hasta Appuddo, a orillas del Nilo, atravesando el país de los madi. Speke y Grant habían viajado por él desde Appuddo hasta Gondokoro, así que Baker comprendió que este lago era una fuente importante del Nilo, que o bien entraba en él por su ribera meridional, que no había visto, o a través del río en el que ahora se adentraba. Aunque Baker había esperado volver a Gondokoro siguiendo el río que salía del extremo norte del Luta N’zige, sus porteadores y remeros nyoro se negaron a hacerlo debido a la hostilidad de las gentes que vivían en sus riberas. Fue un momento trascendental, en el que un explorador verdaderamente grande habría obligado a sus hombres a obedecerlo. Pero Baker y Florence estaban todavía demasiado débiles y carecían de fuerzas y de voluntad para insistir y convencerlos de que siguieran remando hasta Gondokoro. De modo que permitieron que sus canoas continuaran avanzando hacia el este, limitando sus investigaciones al río que tenían ante sí.

Durante el viaje de veinticinco kilómetros río arriba, Baker pensó que iba a morir. Perdió el sentido y, cuando oscureció, hubo que llevarlo en litera con su «pobre esposa enferma, medio muerta ella también», caminando a su lado hasta llegar al poblado más próximo. A la mañana siguiente, los dos estaban demasiado débiles para caminar y hubo que llevarlos en brazos hasta sus barcas, donde «permanecimos acostados como leños mientras las canoas continuaban el viaje». La mayoría de sus hombres estaban también enfermos y al verlos «agazapados todos juntos» pensó que parecían «espíritus moribundos cruzando melancólicamente la laguna Estigia». A la tercera mañana, cuando se despertaron, vieron una espesa niebla que cubría la superficie del agua. Cuando se disipó la bruma, observaron que el río se había vuelto más estrecho y que la corriente venía con fuerza en dirección contraria. Bacheeta les anunció que se acercaban a una gran catarata. Ya podía escucharse el ruido que producía el agua en su caída, como un estruendo lejano. Mientras los hombres remaban a

contracorriente, el agua iba cubriéndose de espuma y el ruido de la cascada era cada vez mayor. En la orilla del río podían verse numerosos cocodrilos, muchos de ellos de gran tamaño. A uno y otro lado, se elevaban casi verticalmente altísimos barrancos cubiertos de árboles añosos. Cuando doblaron la siguiente curva, se ofreció a su vista un espectáculo inolvidable. La totalidad del río se encauzaba por una hendidura rocosa de apenas siete metros de anchura, y manaba de él como si surgiera de una tubería rota, precipitándose en picado sobre una pared de piedra de casi cuarenta metros formando una masa estruendosa de agua blanca como la nieve.



Cataratas Murchison.

Mientras sus hombres intentaban alejarse a golpe de remo de aquella maravilla natural, Baker —consciente siempre de lo que le convenía— decidió llamarla cataratas Murchison, en honor del hombre que podía hacer más que ningún otro por su carrera de explorador. Esta habría podido acabar

prematuramente cuando un hipopótamo levantó de forma inesperada su canoa por encima del agua. Si la hubiera volcado, los amantes y sus remeros no habrían tenido tiempo de escapar de los numerosos cocodrilos que los observaban desde la orilla. Pero incluso cuando llegaron sanos y salvos a tierra, las perspectivas que los aguardaban serían poco halagüeñas, pues tenían ante sí una larga marcha. Los bueyes habían sufrido la picadura de la mosca tse-tse y el pelaje sin lustre y el moqueo constante de sus narices ponían de manifiesto que estaban a punto de morir. Baker subió penosamente el sendero que los condujo por el barranco hasta el camino que bordeaba la parte superior de las cataratas, pero a Florence hubo que llevarla en brazos. A continuación tuvieron que enfrentarse a un terreno cubierto de hierba de más de dos metros de altura y encharcado, totalmente tupido por la vegetación. Llovía y los viajeros estaban empapados y ateridos de frío. Sin bueyes en los que montar ni quinina, sus probabilidades de supervivencia parecían escasas, y pronto lo parecerían todavía más.

Obligados a dormir sobre un montón de paja en una sucesión de cabañas inundadas, cada vez se encontraban más débiles, hasta el punto de no poder moverse ni cambiar la postura en la que los dejaran. Las tierras y las islas que tenían ante su vista en dirección al este pertenecían a Rionga, que recientemente había sido atacado por Ibrahim. Antes que enfrentarse a aquella gente irremediablemente hostil, Baker había pensado abandonar la ruta directa que seguía el curso del río hasta las cataratas Karuma y desviarse hacia el sur para evitar a los rebeldes. Pero la mañana en la que pensaba emprender la marcha, la pareja de exploradores fue abandonada por todos los porteadores y quedaron indefensos con menos de una docena de criados, demasiado pocos para llevar a su amo enfermo y a su amante. Prácticamente no iba a quedar nadie que cargara con los productos mercantiles fundamentales para adquirir comida. Como no había a la vista ningún cuadrúpedo ni ningún ave de ningún tipo sobrevivieron desenterrando el grano escondido por los nativos de las aldeas incendiadas. De vez en cuando el pequeño Saat y Bacheeta se las arreglaban para comprar algún pollo a los rebeldes de las islas. Confinado en una cabaña lóbrega durante dos meses, Baker escribió las instrucciones necesarias para su capataz por si moría. En tal caso, el hombre debía entregar todos sus

mapas, observaciones y documentos al cónsul británico en Jartum. Si no lo hacía, todas las pruebas de sus descubrimientos se perderían. En aquellos momentos, Baker había abandonado toda esperanza de llegar a Gondokoro antes de que los barcos zarparan rumbo a Jartum.

«Estábamos medio muertos —recordaría más tarde—, y toda nuestra diversión consistía en charlar como niños acerca de las buenas cosas que había en Inglaterra [como, por ejemplo], un buen filete de ternera inglesa y una botella de cerveza rubia». El temor de la pareja era que Baker muriera y que Florence cayera en manos de Kamrasi para convertirse en una de sus esposas, y que no pudiera volver nunca más a Europa. A veces los dos veían la muerte como «un placer, capaz de proporcionarles descanso, [y] […] el fin de sus padecimientos». Cada semana, durante aquel período de dos meses «de fiebre continua y hambre incesante», aparecía uno de los caciques de Kamrasi, enviado para informar al rey de su situación. Baker vio con toda claridad que Kamrasi había ordenado desertar a los porteadores y que los mantenía allí deliberadamente como prisioneros virtuales. Cuando Kamrasi envió a un cortesano a proponer que Baker y sus hombres, con sus armas de fuego, se unieran a él para atacar al jefe Fowooka (aliado de Rionga), el viajero inglés se irritó tanto que a punto estuvo de aliarse con Fowooka. Para él era evidente que Kamrasi utilizaba sus sufrimientos y los de Florence para obligarlos a hacerse aliados suyos. Baker intentó entonces obtener el mayor provecho de la situación, aunque le sacaba de quicio encontrarse en una posición de subordinación semejante. A través de Bacheeta, dijo al emisario del rey que si este quería una alianza, tendría que tratar cara a cara con él y enviar de inmediato cincuenta hombres para llevarlo en compañía de su esposa al campamento real.

Los hombres llegaron al día siguiente con un buey para sacrificarlo. Al cabo de tres días de viaje, el grupo entero llegó a Kisoona (Kisuna), donde Kamrasi tenía su campamento. Pero Baker se encontró de nuevo con Mgambi, que por fin admitió que era el hermano menor del rey y le explicó que como la gente de De Bono había combatido al lado de Rionga contra Kamrasi, este tenía que ser muy cuidadoso, como era natural, antes de decidir con qué extranjeros se entrevistaba. Baker estaba indignadísimo por

haber sido engañado por el hermano del rey, pero centró todos sus esfuerzos en la impresión que pudiera causar a Kamrasi. Para ello, se quitó los andrajos que llevaba y se puso un traje de escocés completo, sin olvidar ni un solo accesorio: falda, escarcela y gorra Glengarry. Ataviado con este singular atuendo, fue conducido por diez de sus hombres en medio de una muchedumbre de curiosos hasta la choza del monarca. Cuando el Kamrasi de verdad le preguntó por qué no había venido a verlo antes, respondió: «Porque he estado muriéndome de hambre en tu país y me encontraba demasiado débil para caminar».

Baker consideró a Kamrasi apuesto y pensó que estaba elegantemente vestido con un bonito manto de piel de cabra blanco y negro. Pero también encontró al monarca «peculiarmente siniestro», quizá porque sus súbditos se acercaban a él postrados de rodillas, tocando el suelo con la frente. Desde el momento en que se produjo aquella entrevista, Kamrasi regaló a Baker un buey cada semana, gran cantidad de harina y una vaca que producía leche en abundancia. De ese modo, aunque los amantes no pudieran marcharse a Shooa y sufrieran ataques de fiebre casi a diario, empezaron a cobrar fuerzas gracias a su nueva dieta. Durante las tres semanas siguientes, Kamrasi fue a visitar a Baker de vez en cuando para pedirle que se decidiera de una vez a atacar a Rionga y Fowooka, y a quitarlos de en medio desde lejos con su rifle Fletcher 24, que él tanto ambicionaba. Baker dijo que estaba demasiado débil para combatir, hasta que una noche lo despertó un escándalo frenético de tambores y cuernos, y vio a la gente gritando que estaban a punto de ser atacados por De Bono y Rionga. Mgambi informó entristecido a Baker de que el rey tendría que salir huyendo. El propio Kamrasi declaró que iba a resultar inútil intentar escapar de ciento cincuenta fusiles, aun con la ventaja de las armas de fuego de Baker. «Recoge tus cosas y huye», le aconsejó. Pero, según la versión de los hechos que él nos ofrece, Baker tenía otras ideas en la cabeza.

Tras ponerse el traje de escocés, izó la Union Jack a un elevado mástil y mandó unos hombres a decir a Wad-el-Mek que Kamrasi se encontraba bajo la protección de Gran Bretaña. Escribió luego una misiva al propio Wad-el-Mek en árabe afirmando que, si atacaba al rey, sería detenido en cuanto

regresara a Jartum. Esta advertencia indujo al traficante a abandonar a sus aliados y permitió a Kamrasi lanzar un contraataque contra Fowooka.

Cuando Baker recibió finalmente permiso para abandonar Bunyoro en noviembre de 1864 —diez meses después de su llegada a Shaguzi—, sabía que Kamrasi abrigaba la esperanza de conquistar un día Buganda con la ayuda de Ibrahim y Khursid. La llegada de «los turcos» a Bunyoro —en gran medida gracias a Baker— había supuesto una novedad muy dañina. Pero sin la ayuda de Ibrahim, el explorador sabía que no habría sido capaz de llevar a cabo su gran descubrimiento. Y en noviembre de 1864, Ibrahim estaba a punto de serle una vez más indispensable. Pues, con su caravana integrada por más de mil individuos, escoltaría a Baker y a Florence por el país de los madi, lo que les permitiría llegar sanos y salvos a su destino y disfrutar de la fama a la que los habían hecho acreedores su valor y su asombrosa capacidad de aguante.

Para Kamrasi, las consecuencias de la visita de Baker serían menos agradables. El explorador presentaría al rey de Bunyoro como un individuo cruel, cobarde y retorcido; y ni él ni su sucesor, Kabarega, lograrían nunca quitarse de encima este sambenito, con la desastrosa consecuencia de que el Ministerio de las Colonias británico mantendría siempre ante ellos una actitud de desconfianza y desagrado. En realidad, como había señalado justamente Speke, Kamrasi era mejor gobernante que Mutesa y mucho menos brutal que este. Había sido imposible salvar el abismo cultural que separaba a Baker y Kamrasi. Gracias a la astucia y a los esfuerzos de sus espías, el monarca había logrado preservar su reino, que el soberano de Buganda, más poderoso que él, había intentado arrebatarle una y otra vez. Irremediablemente, Kamrasi había sospechado que Baker, como Mutesa, había venido también a robarle su país, y que el cuento aquel de que había viajado para visitar un lago no era más que una pura invención. Como el jefe Commoro había abrigado exactamente esa misma sospecha, Baker habría debido esperar que Kamrasi desconfiara de él. Inevitablemente el rey había supuesto que su terrible visitante había traído consigo a una «esposa» para tener hijos con ella que heredaran el reino de Bunyoro a la muerte de su padre.

Aunque Baker demostró no comprender a Kamrasi, hizo cuanto estuvo en su mano por impedir que se produjera cualquier acto de injusticia en su presencia. Durante el viaje de regreso a Gondokoro, intentó mitigar el cruel trato dispensado a los esclavos en la caravana de Ibrahim. Cuando una joven esclava y su madre fueron condenadas a la horca por intentar huir, Baker declaró que emplearía «todo tipo de fuerza» para impedirlo, y que denunciaría a las autoridades egipcias los nombres de los autores del crimen. Mientras tanto, Florence protegió y dio de comer a Abbai, el hijo de apenas dos años de una mujer nyoro que había sido vendida por separado en castigo por intentar huir. Cuidó asimismo de otros cuatro pequeños, suministrándoles leche y untándoles grasa en la piel, como habrían hecho sus madres. Pero al final, cuando la caravana llegó a Appuddo, todos los niños fueron devueltos a Ibrahim y a sus hombres, incluido el pequeño Abbai, que entre lágrimas se puso a suplicar en el poco árabe que sabía que Florence se lo llevara consigo. «Si hubiera comprado a la criatura para salvarlo de la dura suerte que lo esperaba —diría Baker—, yo mismo habría sido acusado de tráfico de esclavos». Otros viajeros —Henry Stanley, por ejemplo— comprarían la libertad de los esclavos sin temor a las consecuencias.

El problema planteado por aquellas infortunadas criaturas no supuso nada comparado con el gran dilema que obsesionó a Baker durante gran parte de su viaje río abajo: *¿Debía o no debía llevar consigo a Florence cuando regresara a Gran Bretaña*? En ninguna de las cartas a sus amigos y familiares escritas en Jartum mencionó a la joven. Sólo en una enviada a Robert Colquhoun, el cónsul general británico en El Cairo, que había conocido personalmente a Florence, decía que «estamos bien», discreto indicio de que también ella había sobrevivido. Aunque quinientos de los cuatro mil hombres de la guarnición de Jartum habían perecido últimamente de peste, Baker pasó dos meses en aquella ciudad que detestaba, simplemente porque no era capaz de decidir lo que iba a hacer con Florence. De lo contrario, habría tenido muy buenos motivos para regresar cuanto antes a Inglaterra a visitar a su familia y a recibir el ansiado aplauso del público. Pero ¿cómo iba a presentar a Florence a sus hijas, ya adolescentes, y a Min, su hermana soltera, que se había encargado de

criarlas? Casarse con una mujer con el pasado de Florence habría resultado un gesto escandalosamente poco convencional. Pero cuando llegó a Alejandría, el explorador ya había decidido que no habría podido vivir sin ella. Así que envió una carta a uno de sus hermanos, James Baker, capitán de la Marina Real, pidiéndole que se encargara de organizar una boda discreta en Londres.

Sólo después de que tuviera lugar la ceremonia el 4 de noviembre de 1865 —sin que asistiera ningún invitado, y con James Baker y su esposa, Louisa, como únicos testigos— Samuel White Baker y su nueva esposa estarían en disposición de salir al escenario y anunciar al mundo lo que habían descubierto en África.

17

Estruendo de trompetas

El día de su boda, Baker y Florence cenaron con *sir* Roderick Murchison, y en el transcurso de la velada pudieron comprobar cómo este seguía rebosante de satisfacción por haber sido inmortalizado tras asociar su nombre a una de las cascadas más espectaculares de África. Por supuesto, *sir* Roderick sabía que Baker no había visitado y luego navegado el río que salía del extremo septentrional del lago Alberto, por lo que no había podido demostrar la conexión del lago con el Bajo Nilo, aunque los testimonios orales de los africanos y los cálculos de Baker en lo concerniente a la altitud del lago y al Nilo a su paso por Appuddo corroboraran prácticamente dicha conexión. Pero una probabilidad no era una certeza. También estaba por demostrar si el lago Alberto se alimentaba del Victoria Nyanza de Speke. Baker sólo había podido remontar poco más de treinta kilómetros del río que desembocaba en el lago Alberto, por su costa oriental, antes de girar y poner rumbo al sur por tierra firme y reanudar su viaje hacia el norte desde las cataratas Karuma. Más decepcionante aún había sido su fracaso a la hora de encontrar un río que desembocara en el Alberto, por su costa meridional, y que pudiera conectar dicho lago al Tanganica. No obstante, Baker hizo varias afirmaciones bastante extravagantes sobre su lago, sugiriendo que llegaba a tener una anchura de ciento cuarenta y cinco kilómetros, y que, por su longitud, se extendía hasta dos grados al sur del ecuador, lo que situaría su costa meridional al oeste de Karagwe, a la misma latitud de la zona central del Victoria Nyanza.

Aunque todas estas afirmaciones no eran más que conjeturas, lo cierto es que Murchison necesitaba nuevos héroes para aumentar el número de socios de la RGS, mantener las cuotas de la institución y seguir con el flujo de donaciones. *Sir* Roderick consideraba que Speke, con sus excentricidades y su francofilia, se había alejado de él. De modo que con Livingstone de vuelta en África, y Burton y Grant apartados de las exploraciones, Murchison necesitaba a alguien que estimulara a la opinión pública y presionara a los políticos para que financiaran expediciones. Así pues, fue una gran bendición que ese caballero inglés barbudo, con su aparentemente afable personalidad e impulsivo carácter, saltara a la palestra en el momento oportuno, afirmando ser el descubridor de un gran lago, posiblemente comparable con el Victoria Nyanza de Speke. Baker entusiasmó a Murchison cuando se atrevió a describir su descubrimiento sin la falsa modestia y las reservas características de los británicos:

El Alberto es la gran cuenca del Nilo […] una reserva que no sólo recibe afluentes por el oeste y por el sur procedentes de las montañas Azules, sino también aguas del Victoria y de toda la cuenca ecuatorial. El Nilo que nace del Alberto es todo el Nilo.

De modo que a su regreso a Inglaterra, el hombre que lo debía todo a Speke no tuvo el menor reparo para presentarse como un explorador más grande que su difunto amigo. Si Speke hubiera estado vivo, Baker no se habría atrevido a decir lo que dijo de su lago, ni a publicar el jactancioso mapa que más tarde lo perseguiría. Resulta irónico que Speke, basándose únicamente en información proporcionada por los africanos, trazara y publicara un mapa mucho más preciso del Luta N'zige que el que elaboró Baker tras visitar este lago. Pero a *sir* Roderick no le preocupaba que hubiera unas cuantas exageraciones, que difícilmente saldrían a la luz en los años venideros. En el futuro inmediato, la pareja formada por el gallardo Baker y su hermosa y bronceada esposa se convertiría en una fuente de gran publicidad, una publicidad de la que Murchison y la RGS esperaban sacar provecho. Ni que decir tiene que había el peligro de que el pasado de Florence acabara siendo un lastre, pero como sólo el discreto y caballeroso James Grant y unos pocos diplomáticos británicos igualmente comedidos, como Robert Colquhoun, habían conocido a Florence y a Baker antes de

que se casaran, *sir* Roderick pensaba que, si estallaba un escándalo, sus efectos podían ser mitigados desde un principio.

En una carta a un amigo, Murchison hablaba en términos elogiosos de la «esposa húngara [de Baker], menuda y de ojos azules, que […] no tiene más de veintitrés años [y que] a todos nos encanta». Para asegurarse de que Grant siguiera mostrando una actitud caballerosa, *sir* Roderick le dijo que Florence había sido «presentada por Sam Baker como Sra. Baker y recibida como tal por toda su familia» y por el conjunto de la sociedad, incluidos los Murchison, «y a todos nos encanta […]».

El 13 de noviembre, Baker fue recibido oficialmente en Inglaterra en el curso de una reunión celebrada en Burlington House, la sede de la RGS, y Murchison anunció que le había sido concedida la medalla de oro de la sociedad. Baker se reveló un brillante narrador, y tras hablar de su gran descubrimiento, de sus encuentros con fieras salvajes, de los traficantes de esclavos, de reyezuelos «bárbaros» y de fiebres mortales, procedió a dar las gracias a Murchison y a la RGS y dijo:

Hay otra persona a la que debo expresar mi gratitud […] una persona que, aunque joven y tierna, posee el corazón de un león, y sin cuya entrega y coraje yo hoy no estaría vivo para dirigirme a Vds. esta noche. Señor presidente, señorías, damas y caballeros, permítanme [y en ese momento se dirigió a un lateral del estrado, hizo una reverencia y regresó llevando del brazo a Florence, elegantemente vestida y peinada] presentarles a mi esposa.

Era su habilidad para impactar con este tipo de efectos dramáticos, así como su talento como orador, lo que hacía que prácticamente nadie supiera ver sus deficiencias como geógrafo y explorador. A ello también contribuía su talento literario. Su libro The Albert N'yanza no era simplemente el informe de un viaje, sino que ofrecía una serie de anécdotas y aventuras muy bien contadas. «Era [en palabras de su biógrafo] la quintaesencia de la narrativa coloquial: aguda, doctrinaria y sólo raras veces pomposa». Baker eliminó muchos de aquellos pasajes de su diario en los que manifestaba haber perdido la esperanza de sobrevivir, sustituyéndolos por otros que hablaban de penalidades superadas con buen humor y fortaleza. De hecho, tanto él como Florence habían sido valientes, casi suicidas después de

agotar sus últimas reservas de quinina. El libro no siempre centraba su interés en los peligros, pues también tenía su faceta más doméstica y familiar, con descripciones del cultivo de un jardín africano y de la preparación de comidas locales. Los libros de Burton y Speke no contenían nada similar. En sus páginas tampoco aparecían pasajes que hablaran de amor «conyugal» en lugares en los que algunas tribus africanas no llevaban ropajes que describir y en los que hombres y mujeres eran esclavizados como animales. En una época en la que se consideraba que «el sexo débil» (al menos el perteneciente a cierta clase social) no podía presenciar escenas de desnudez masculina, Baker escribió en su diario acerca del valor instructivo que tenía «para las señoritas» un viaje remontando el Nilo. No incluyó pasajes tan arriesgados en su libro, que dedicó a la reina Victoria.

El título de *sir*, que Murchison no logró que le fuera concedido a Speke, en el caso de Baker llegó de manera espontánea en agosto de 1866. El libro y las apariciones públicas de Baker alcanzaron tal notoriedad que el primer ministro, lord Derby, no necesitó que nadie solicitara la concesión de semejante honor para darse cuenta del provecho político que podía sacar de ella. Christopher Rigby, que seguía llorando a Speke dos años después de su fallecimiento, quedó consternado por la manera en la que su amigo se había visto eclipsado por un hombre cuyas «afirmaciones [en lo tocante a la extensión de su lago] son puras conjeturas». Pero como Gridly comentaría con tristeza a Grant:

Es evidente que Baker ha provocado un gran estruendo con sus trompetas […] también ha sabido concederle un papel muy destacado a su esposa, lo cual ha cautivado extraordinariamente a la opinión pública inglesa; si el pobre Speke hubiera tenido el talento de Baker con su pluma, ¡qué acogida tan distinta habría tenido su libro!

Varios miembros de la familia de Speke vivieron con consternación la concesión del título de *sir* a Baker por lo que consideraban que había sido un viaje, y un descubrimiento, de menor importancia. «Creo que es la noticia más vergonzosa de la que he tenido conocimiento», escribió Ben, hermano de Speke, a un amigo. «Ninguno de nosotros felicitará al nuevo *sir*. A mi pobre madre le ha dolido mucho». Grant, que fue nombrado comendador de la Orden del Baño, en lugar de caballero comendador de

esta orden, también recibió la noticia con disgusto: «¡Dios mío! ¡Es la noticia más penosa de la que pueda haber tenido conocimiento!», comentó en tono quejoso a Blackwood.

Por otro lado, la colecta puesta en marcha por Murchison poco después del fallecimiento de Speke para la erección de un monumento en su honor sólo había conseguido recaudar al cabo de dos años los fondos necesarios para sufragar los costes de construcción. Al final, en octubre de 1866, fue erigido un obelisco de granito rojo en Londres, en Kensington Gardens, con la siguiente inscripción: «En memoria de Speke, del Victoria Nyanza y del Nilo. 1864». Las palabras cuidadosamente elegidas por Murchison distaban mucho de corroborar la afirmación de Speke de que había encontrado la fuente.

La verdad intolerable, que atormentaba a Grant, era que, de no haber sido porque Speke dirigió generosamente a Baker al Luta N'zige, nadie habría oído hablar jamás del hombre que en aquellos momentos era el personaje más admirado y envidiado de toda la ciudad. Grant sabía perfectamente que, por caro que hubieran tenido que pagarlo tanto física como económicamente, eran ellos dos, Speke y él, los que habrían debido visitar aquel maldito lago y establecer su relación exacta con el Victoria Nyanza y el Nilo. Pero sería otra persona quien se encargara de ello y resolviera el enigma de la cuenca del Nilo en África central. Quizá pasaran muchos años. Decepcionado, Grant regresó a la India y se reincorporó al ejército. Olvidarse de África no le resultaría fácil.

18

El fin casi a la vista

El 19 de marzo de 1866, David Livingstone tenía cincuenta y tres años cuando desembarcó en la costa del este de África, a unos mil kilómetros al norte de Quelimane, para adentrarse en la espesura de la jungla. Aunque bromeaba sobre su sonrisa, comparándola con «la de un hipopótamo», y sobre su propia persona, calificándose de «maldito viejo carcamal», se mantenía en buena forma física para su edad y estaba convencido de que podía cumplir aquel doble objetivo suyo tan ambicioso, a saber, resolver el enigma del Nilo y obligar al gobierno británico a poner fin a las vergonzosas actividades de los traficantes de esclavos árabo-swahilis.

Sus años de infancia trabajando en una fábrica textil escocesa y sus esfuerzos por estudiar hasta convertirse en médico hicieron que Livingstone mirara con desdén a los caballeros que nunca habían tenido que luchar con ahínco para progresar. Como no era consciente de que su capacidad de resistencia era excepcional, se mostraba intolerante con las debilidades de la gente corriente y no podía entender por qué otros exploradores más refinados y cultivados se venían abajo con tanta frecuencia cuando estaban a punto de realizar un gran descubrimiento. Burton y Speke, encontrándose increíblemente cerca de su objetivo, no habían logrado alcanzar el extremo septentrional del lago Tanganica, y tampoco habían navegado el gran Nyanza descubierto por Speke. Livingstone pensaba que en la misma situación no habría dudado en seguir hasta el final, desafiando la muerte, por mucho que escasearan las provisiones y desertaran los porteadores.

Solía olvidarse de que su expedición más importante —la que lo había llevado de Sesheke, en el corazón de África, a Loanda, en la costa atlántica, y luego de vuelta cruzando todo el continente hasta Quelimane, junto al océano Índico— había podido realizarla gracias a la ayuda de los porteadores que le había proporcionado Sekeletu, el jefe de los kololo. Estos hombres habían recibido la orden de servirlo so pena de muerte. Pero en 1866, al comienzo de un viaje no menos ambicioso, Livingstone contrató sólo a cuatro hombres que ya habían trabajado para él en el Zambeze. Como desconocía por completo las costumbres y el carácter de los indios, contrató a doce cipayos y a un havildar (cabo) del Batallón de Marina de Bombay. También suponía todo un experimento su decisión de emplear a ocho antiguos discípulos de la escuela gubernamental de Nasik para exesclavos. A ellos se sumarían diez hombres de Johanna, pero estos isleños tenían fama de vagos y deshonestos. Ya durante el viaje, aproximadamente al cabo de dos meses, Livingstone añadió a su expedición otros veinticuatro individuos. En total disponía de cincuenta y un hombres, número que seguía siendo demasiado bajo para la gran misión que tenía en perspectiva.

Si hubiera optado por comenzar su viaje en Zanzíbar y Bagamoyo, Livingstone habría podido contratar a muchos más porteadores fiables y con experiencia, pero su ambicioso plan lo había llevado a descartar la ruta lógica de aquel viaje a través de Unyanyembe hasta el norte del lago Tanganica para averiguar si alimentaba el lago Alberto por medio del río Rusizi. En cambio, dando por hecho que el Rusizi era un río emisario, se propuso, como primer objetivo, encontrar y seguir el curso del río que debía desembocar en el lago Tanganica. Lo movía en parte la idea poco alentadora de que si el Tanganica constituía realmente la principal reserva del Nilo, Burton se llevaría toda la gloria, a no ser que él (Livingstone) superara su hazaña y al final acabara dando con la fuente del lago. Pero la desventaja de este plan estribaba no sólo en que Livingstone se iba a ver obligado a llevar unos porteadores menos cualificados por empezar su viaje al sur de Zanzíbar, sino también en que era probable que el Tanganica no guardara en realidad relación alguna con el Nilo.

Como Livingstone había abandonado Inglaterra poco antes de que llegara Baker, ignoraba los últimos hallazgos realizados por este en compañía de su amante. Antes de embarcar, había sabido por los telegramas recibidos en la RGS que Samuel Baker había «descubierto» casi con toda seguridad el Luta N'zige (lago Alberto) en marzo de 1864, pero estos mensajes no le aclararon si el explorador había logrado circunnavegar el lago y demostrar que se alimentaba del Tanganica. De hecho, aunque había sido encontrado un caudaloso río que desembocaba en el lago de Baker por su extremo meridional, este hallazgo no suponía una prueba certera de que el río en cuestión tuviera su nacimiento en el Tanganica. Así pues, en vez de dar por hecho la conexión, Livingstone habría debido dirigirse directamente al Rusizi para encontrar la respuesta definitiva.

Pero Livingstone decidió avanzar hacia el interior siguiendo el curso del río Rovuma, para luego, tras cruzar el extremo meridional del lago Nyasa, dirigirse hacia el norte, a la región situada al sur y al suroeste del Tanganica, donde esperaba encontrar las fuentes del Nilo. Cuando sus despachos llegaran a Londres, pensaba, muchos iban a sonrojarse.

Cuando Livingstone y sus hombres dejaron atrás el cinturón costero de jungla y comenzaron a subir por las colinas, el viejo explorador comenzó a sentir la misma excitación con la que había vivido su viaje a través del continente:

El mero placer animal de viajar por un territorio salvaje y desconocido es enorme. En zonas situadas a unos seiscientos metros de altitud, el ejercicio dinámico provoca elasticidad muscular, una sana circulación sanguínea del cerebro, claridad de ideas, buena visión, firmeza de movimientos […] África es un lugar maravilloso para despertar el apetito.

Su optimismo no duró mucho. Enseguida tuvo que empezar a reprender a los cipayos y a los hombres de Nasik por la extrema crueldad con la que trataban deliberadamente a las mulas y los camellos que había querido utilizar para determinar si eran más resistentes a las moscas tse-tse que los bueyes y los caballos. Los de Nasik, imitando a los cipayos, comenzaron a contratar a individuos de tribus locales para que transportaran sus cargas creyendo que el hombre blanco se encargaría de pagarles. También ofrecieron a Ben Alí, el guía somalí del grupo, ropa y dinero para que los

condujera a todos de vuelta a la costa. Al final, Livingstone se vio obligado a propinar «unos cuantos azotes correctivos con una vara a uno de los cipayos». Pero esta demostración no bastó para detener los robos e impedir que los animales de carga siguieran recibiendo un trato brutal. Muchas de estas pobres bestias murieron antes de que finalizara mayo; y Livingstone no sabía si esta desgracia se debía a la acción de las moscas tse-tse o a la de los cipayos. Cuando comenzaron a hacerse más evidentes las tensiones entre los miembros del grupo, el célebre explorador empezó a ver pruebas de enorme crueldad a cada paso. El 19 de junio escribió el siguiente comentario:

Pasamos junto al cadáver de una mujer que había sido atada por el cuello a un árbol; los lugareños contaron que no había podido seguir el ritmo de la marcha de un grupo de esclavos y que su amo había decidido que no podía ser propiedad de nadie más si se recuperaba después de descansar un rato.

La gente del lugar reconoció que cuando conseguían rescatar a ese tipo de esclavos, se limitaban a alimentarlos y a cuidarlos para volverlos a vender.

Este testimonio de indiferencia africana hacia el sufrimiento africano no haría más que reafirmar a Livingstone en su determinación de poner fin al tráfico de esclavos. Fue por aquel entonces cuando redactó dos despachos perfectamente documentados dirigidos al ministro de Exteriores británico solicitando el bloqueo inmediato de Zanzíbar y el cierre del principal mercado de esclavos. Contaba detalladamente por qué no creía que semejante acción provocara una gran anarquía en la zona o diera lugar a la aparición en la costa de otros mercados más pequeños dedicados al tráfico de esclavos. Sorprende e impresiona la manera fría y lógica en la que presenta los hechos en una época en la que estaba comprometido con aquella desgracia en absoluto abstracta que vivían aquellos desdichados seres humanos. Cada dos o tres días encontraba los cadáveres de unos cuantos esclavos. Unos habían muerto por un disparo, otros habían sido apuñalados, y otros habían sido atados juntos y abandonados para que perecieran de hambre.

Mientras tanto los porteadores de Livingstone avanzaban lentamente, no paraban de robar y amenazaban con desertar. En julio los cipayos se inventaron una historia sobre un tigre que había matado a la única cría de búfalo de la expedición para devorarla. Livingstone preguntó si habían visto el manto estriado del felino. Todos asintieron. Como los tigres africanos no tienen rayas, el gran explorador no los creyó. Al día siguiente, un cipayo amenazó con matar a un hombre de Nasik, y otro robó un gran número de cartuchos y telas de los fardos de provisiones. Al final los cipayos agotaron la paciencia de Livingstone, quien, tras entregarles dieciséis metros y medio de tela, los dejó en una aldea para que esperaran a la siguiente caravana árabe que se dirigiera a la costa.

El 6 de agosto, cuando llegó a las azules aguas del lago Nyasa, Livingstone contempló con entusiasmo el «ímpetu de las olas». En aquellos momentos sólo disponía de veintitrés hombres, esto es, ni siquiera la mitad de los que había tenido a comienzos de mayo. Al cabo de un mes, cuando llegó al lugar desde el que se cruzaba el río Shiré, los diez porteadores de Johanna decidieron abandonarlo. Los lugareños y los traficantes de esclavos árabes les habían contado que el territorio al que se dirigían estaba siendo saqueado por los «mazitu» (ngoni), y como querían volver a ver a su familia, le dijeron a Livingstone que se marchaban. Habían sido tan problemáticos como los cipayos, por lo que el explorador ni siquiera intentó disuadirlos. En 1863 se había encontrado con los «mazitu» en aquella misma región, de modo que sabía perfectamente que el peligro era muy real.

En enero de 1867, poco después de que los encargados de llevar los cronómetros de la expedición resbalaran y cayeran, rompiendo aquellos relojes tan importantes y provocando así que Livingstone no pudiera calcular con precisión la longitud de los distintos lugares, el botiquín del explorador fue robado por un desertor. Con la mayoría de los integrantes del grupo enfermos de malaria y disentería, la desaparición de ese importante maletín fue para Livingstone como el anuncio de una condena a muerte. Pero a pesar de ello, y aunque las lluvias hacían cada vez más difícil el avance, el doctor volvió a concentrarse en su viaje y a entusiasmarse. Estaba dirigiéndose a un lago desconocido que creía que podía alimentar un

río que desembocara en el extremo meridional del lago Tanganica. Quedaría entonces demostrado que ese lago era la fuente del Nilo. El 16 de enero contaba en los siguientes términos los hechos típicos de una jornada normal:

Como de costumbre la lluvia obligo a detenernos antes de lo previsto […] Tostamos un poco de grano y lo hervimos, para que nos pareciera café […] Todo el terreno es empinado; es un verdadero lodazal; los pies están siempre mojados […] Los arroyos sólo pueden cruzarse talando un árbol de la orilla y haciéndolo caer al otro lado […] No hay más que hambre, y las consecuencias son evidentes; la gente se alimenta de hongos y hojas. Hemos conseguido que nos dieran un poco de carne de elefante, cuyo estado no era precisamente óptimo. Es muy amarga, pero previene la pirosis.

El lugar en el que supuestamente se encontraba el lago Bangweulu estaba rodeado de un enorme pantanal. Con la esperanza de encontrar el río que nacía de él, Livingstone avanzó hacia el norte y se despistó, pasando a casi doscientos kilómetros al este del propio lago, sin darse cuenta cuando cruzó el Chambesi que este río desembocaba en el Bangweulu. Cuando fue consciente de su error, el lago se hallaba a unos ciento sesenta kilómetros al suroeste del lugar en el que el explorador se encontraba. Livingstone estuvo enfermo durante buena parte del mes siguiente; a continuación estalló la guerra entre la población africana local y los traficantes de esclavos árabo-swahili. En consecuencia, no llegó al lago Tanganica hasta abril. Luego volvió a enfermar. La guerra, que seguía adelante, impidió que pudiera averiguar si había un río que desembocaba en el lago Tanganica por el oeste.

Fue por aquel entonces cuando tuvo noticia de la existencia de un gran lago llamado Moreo (Mweru) a unos ciento sesenta kilómetros al oeste del lugar en el que había acampado. Pensó inmediatamente que dicho lago debía de estar conectado con el Bangweulu, y que por lo tanto podía conducirlo al río que estaba buscando. Pero en un momento de la guerra en el que se libraban sus más feroces batallas, le resultó imposible poner rumbo a ese nuevo lago hasta finales de septiembre. En aquellos momentos disponía solamente de doce hombres, y no tuvo más remedio que realizar el

viaje en compañía de Hamid bin Muhammad el-Murebi, un infame traficante de esclavos y de marfil apodado Tippu Tip, que estaba a punto de hacerse con el control político y comercial de toda la región.

En noviembre de 1867, justo un año y medio después de su desembarco en la costa de África oriental, Livingstone llegó con Tippu al lago Moero, y, como esperaba, pudo establecer, gracias a la información proporcionada por las gentes del lugar, que dicho lago estaba conectado con el Bangweulu. Y lo que resultaba aún más apasionante, se enteró de que un inmenso río salía del extremo noroccidental del Moero y se dirigía hacia el norte, pero nadie sabía hasta dónde llegaba. El río en cuestión se llamaba Lualaba, y en cuanto Livingstone oyó su nombre, supo que tenía que seguir su curso. Estaba convencido de que o bien desembocaría en el Tanganica, antes de volver a salir por el Rusizi para luego cruzar el lago Alberto y unirse al Nilo Blanco, o bien se dirigiría directamente hacia el lago Alberto sin mantener conexión alguna con el Tanganica. El Lualaba obsesionaría permanentemente a Livingstone durante el resto de su vida.

La falta de porteadores y de provisiones obligó al famoso explorador a quedarse con Tippu Tip hasta Año Nuevo. Livingstone, nervioso, no sabía qué hacer, pues dudaba entre regresar al Bangweulu (para hacer un mapa de este lago y el Moero con el río que los conectaba, el Luapula) o dirigirse a Ujiji, a orillas del Tanganica, donde podría abastecerse de provisiones y contratar a nuevos porteadores. Pero ni Tippu Tip ni Muhammad Salim, otro traficante de esclavos, se atuvieron a los planes que le habían comunicado anteriormente, y, al final, a mediados de abril de 1868, Livingstone, totalmente frustrado, marchó hacia el lago Bangweulu con nueve hombres, cinco de los cuales lo abandonaron el mismo día de la partida. Sin embargo, con los cuatro restantes, se dirigió valientemente hacia el sur, seguido por un mensajero que envió Muhammad Salim para disuadirlo de aquella empresa suicida. Livingstone hizo caso omiso de sus advertencias y continuó su viaje hacia el sur. Tras meses de enfermedad y de vacilaciones, se había recuperado totalmente, casi de una manera sobrehumana. Incluso su corazón se ablandó, y supo perdonar a los cinco desertores: «Desde lo más profundo de mi ser no puedo culparles de haber huido; estaban cansados de andar de acá para allá, y en verdad también lo

estoy yo […] Ser consciente de mis propios defectos me vuelve compasivo».

Durante los veintisiete días que tardó Livingstone en llegar a la aldea de Kasembe, situada a orillas del río Luapula, a unos ochenta y siete kilómetros al sur, él y sus hombres avanzaron por «verdaderos lodazales negruzcos», que a veces los cubrían hasta la cintura y emanaban «un horrible olor fecal», y lucharon contra sanguijuelas que «no necesitaban ninguna provocación para morder, sino que se lanzaban a la piel con furia». Livingstone marchó de Kasembe a mediados de junio con Muhammad Bogharib, el único traficante de esclavos árabe al que acabaría considerando un amigo. Siempre creyó que recurrir a los árabes en beneficio de sus objetivos geográficos, aumentaba sus probabilidades de vivir el tiempo suficiente para perjudicar en la mayor medida posible el odioso tráfico de esclavos. En julio, Livingstone volvía a estar a orillas del Bangweulu, realizando nuevos cálculos para determinar su longitud y latitud. El 8 de julio, confiando en que una caravana árabe pudiera llevar su correspondencia a la costa, escribió una misiva dirigida a lord Clarendon, el nuevo ministro de Exteriores:

Puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que las fuentes principales del Nilo se encuentran entre los 10 y los 12° de latitud sur o prácticamente en la posición que les había asignado Ptolomeo […] Si Su Excelencia lee el siguiente resumen de mis descubrimientos, observará que hasta el día de hoy las fuentes del Nilo han sido buscadas en una región situada mucho más al norte. Se hallan a unos seiscientos cincuenta kilómetros al sur del sector más meridional del Victoria Nyanza, y por supuesto al sur de todos los lagos salvo el Bangweolo.

En agosto, Livingstone volvió a unirse a Bogharib, que pensaba visitar Manyema en busca de esclavos y marfil. Sin embargo, un cambio de planes hizo que el árabe regresara a Ujiji, a orillas del Tanganica. Fue una suerte para Livingstone, que enfermó poco después de que Bogharib tomara aquella decisión. La pulmonía y la malaria habrían acabado con la vida del explorador si hubiera sido trasladado a Manyema en litera. Pero en el verano de 1869, después de pasar cuatro meses en Ujiji recuperándose, Livingstone empezó a sentirse lo suficientemente fuerte para reemprender

el viaje y dirigirse a Manyema. Además, la fortuna volvió a sonreírle: Bogharib había decidido marchar hacia este mismo lugar precisamente en aquellos días.

Livingstone esperaba alcanzar en pocos meses las orillas del Lualaba, que suponía que se encontraba a unos trescientos veinte kilómetros de la costa occidental del lago Tanganica. Sus optimistas cálculos se revelaron lamentablemente erróneos. El célebre explorador había pasado por alto por completo la anarquía y los asesinatos en masa que se producían en Manyema, convertida por aquel entonces en una de las principales fuentes de marfil. Los árabo-swahilis que habían llegado a la zona eran mucho más despiadados que los hombres de la generación de Bogharib, y no dudaban en matar a los nativos que intentaban negociar un precio razonable para los colmillos que vendían. En consecuencia, por toda la región había encarnizados enfrentamientos entre africanos y árabes, y para Livingstone comenzó a resultar muy difícil cualquier desplazamiento en cuanto Bogharib se fue para dedicarse a sus actividades comerciales. El momento más difícil de la vida del explorador no había hecho más que empezar.

Como su intento, entre junio de 1870 y julio de 1871, de convertirse en el primer europeo en llegar al imponente Lualaba y navegar por él siguiendo la corriente es prácticamente un compendio de todas las horribles desgracias que un explorador africano del siglo XIX podía esperar que le sucedieran en toda una vida, he escogido este annus horribilis como tema central del capítulo 1 del presente libro. En él se demuestra gráficamente la determinación casi sobrehumana de no rendirse jamás que caracteriza a los grandes exploradores, incluso cuando están a punto de morir ahogados, de malaria o de fiebres causadas por las garrapatas. Las deserciones, la escasez de alimentos, las sequías, las inundaciones, las cacerías de esclavos, las amenazas de violencia y la violencia real marcaron la vida de Livingstone en 1870 y 1871.

Pero, sorprendentemente, Livingstone también tuvo sus recompensas durante aquellos difíciles días. En marzo de 1871 quedó impresionado tras contemplar por primera vez las parduscas aguas del Lualaba —en un punto donde alcanza una anchura de casi tres mil metros—, discurriendo lenta y majestuosamente hacia el norte en medio de densos bosques. Como este

imponente río no aparecía en ningún mapa, y no había sido descrito en los libros y manuales de las sociedades geográficas existentes en el mundo, su descubrimiento resultaba todavía más emocionante. Como ya contamos en el capítulo 1, después de leer a Heródoto, y tras la aparente confirmación dada al relato del historiador griego sobre las fuentes del Nilo por Josut y Moenpembé —dos grandes viajeros árabes a los que el doctor conoció en Manyema en 1870—, Livingstone estaba convencido de que el Lualaba era en realidad el Nilo. Sus propios esfuerzos por localizar la fuente llevaban a esta conclusión. De modo que el hecho de que sus numerosos intentos por alcanzarla a veces estuvieran a punto de acabar con su vida no era más que un simple reflejo de su certeza de que había llegado su momento, un momento en el que no podía fallar, como habían hecho cuando llegó su gran momento aquellos caballeros distinguidos convertidos en exploradores.

Durante siete frustrantes meses, Livingstone no pudo avanzar hacia el legendario río debido a una pulmonía y a las úlceras tropicales de sus pies que le provocaban grandes dolores. Su precario estado de salud lo obligó a permanecer en la localidad de Bambarre —a medio camino entre el lago Tanganica y el Lualaba— hasta febrero de 1871. En aquellos momentos su séquito había quedado reducido a tres hombres.

Luego, el 4 de febrero, llegaron inesperadamente de la costa oriental diez porteadores que habían sido enviados meses antes por el cónsul Kirk. Aunque estos hombres —con la ayuda adicional de varios árabes traficantes de esclavos— permitieron a Livingstone llegar al Lualaba un mes después, luego hicieron todo lo posible por impedir que siguiera el curso del río. En sus diarios de campaña, el explorador arremete contra los recién llegados, que eran esclavos propiedad de los banian por cuyos servicios se le exigía un precio más elevado que el correspondiente a un hombre libre. Los considera perversos, deshonestos y cobardes, pues se negaban a acompañarlo en una canoa siguiendo el curso del Lualaba. Sin embargo, era comprensible su temor, pues las tribus que habitaban junto a los márgenes del río, tras sufrir las repetidas incursiones de los traficantes de esclavos árabes que operaban desde Nyangwe, solían atacar a todos los extranjeros que navegaban por aquella corriente fluvial. Los «esclavos banian», como los llamaba Livingstone, lograron que no pudiera asegurarse ninguna canoa

diciendo a los hombres de la tribu local, los manyema, que el explorador «no quería ni esclavos ni marfil, sino matarlos». Aunque Chuma y Susi, que acompañaban a Livingstone desde 1861 y 1863 respectivamente, sabían lo que habían comentado los esclavos sobre su jefe, nunca se lo dijeron.

Livingstone a duras penas podía controlar a aquellos recién llegados que se ausentaban de su trabajo durante días, y que incluso mataron a tres nativos manyema, emulando aparentemente a los traficantes de esclavos. El explorador estaba horrorizado de que los amos indios de esos asesinos fueran súbditos británicos. Los árabes también se encargaron de hacer todo lo posible por frustrar los planes de Livingstone, y compraron todas las canoas disponibles para impedir que siguiera el curso del río e informara del caos que estaban sembrando al norte de Nyangwe. Sin embargo, no lograron que el explorador siguiera confiando en poder adquirir pronto una canoa de uno de estos traficantes de esclavos.

Fue por aquel entonces, concretamente el 15 de julio, cuando Livingstone fue testigo de la matanza de más de cuatrocientos africanos vecinos de Nyangwe. Unos cayeron abatidos a tiros en el mercado, y otros perecieron ahogados al caer al agua cuando huían presos del pánico. Después de este hecho atroz, Livingstone se desmoronó y perdió la ilusión de seguir el curso del río. Ya no podía hacer de tripas corazón y suplicar a Dugumbé y a otros cabecillas árabes que le vendieran las canoas que necesitaba desesperadamente. De modo que su única opción era regresar a Ujiji, al este del Tanganica, donde esperaba encontrar nuevas provisiones enviadas desde la costa por Kirk. El 20 de julio de 1871 se despidió del río y, profundamente deprimido, empezó una marcha de más de trescientos kilómetros rumbo al este. De sus catorce hombres, diez eran esclavos banian. Con el grupo también iba un número desconocido de mujeres con las que cohabitaban dichos esclavos.

Durante los tres meses siguientes, el célebre explorador sobrevivió a dos intentos de asesinato por parte de unos lanceros africanos que lo confundieron con un traficante de esclavos. El 7 de agosto estaba «enfermo y el dolor lo mataba a cada paso». No sólo sufría de hemorroides, también padecía una diarrea crónica, que lo consumía y lo debilitaba. Debía haber sido operado en Inglaterra, pero había estado muy ocupado recaudando

fondos para su expedición, y no había tenido tiempo para someterse a la intervención quirúrgica. Consiguió reforzarse un poco cuando a mediados de septiembre pudo comprar harina de sorgo a los nativos, aunque su estado de salud continuaría siendo muy precario.

Me sentía morir. El dolor me mataba a cada paso, había perdido el apetito, y un poco de carne me provocaba violentos vómitos; mi espíritu, profundamente deprimido, reaccionaba en el cuerpo. Todos los traficantes regresaban pletóricos de éxito: sólo yo había fracasado y había conocido la inquietud, la frustración, la perplejidad, cuando tenía casi a la vista el fin al que anhelaba llegar.

Livingstone, que estaba ya «prácticamente en los huesos», cruzó el Tanganica en una canoa alquilada y llegó a Ujiji el 23 de octubre. Al cabo de un par de horas se enteró de que las provisiones enviadas por Kirk desde la costa habían sido robadas y vendidas por el hombre encargado de traerlas y por otros mercaderes árabes de la ciudad. Estaban valoradas en seiscientas libras esterlinas, y todas habían desaparecido. Lo único que le quedaba con lo que poder comprar algo de comida eran unos cuantos metros de calicó. Después de haber huido de Nyangwe para no tener que depender de los árabes, resultaba cruel e irónico que se viera condenado a suplicar a los traficantes de esclavos árabes de Ujiji para sobrevivir. Para empeorar las cosas, Sherif Bosher, el individuo que había vendido todas las provisiones, había utilizado sus ganancias para la compra de un marfil que todavía estaba en la ciudad guardado bajo llave. Pero ninguno de los tres principales de Ujiji permitiría que Livingstone reclamara lo que había sido adquirido con sus bienes robados. Parecía realmente que no iba a poder pagar las cabras lecheras, la harina de trigo y el pescado necesarios para su restablecimiento. En cuanto al Lualaba, regresar a este río era como un sueño imposible. En una carta a un amigo el explorador reconocería que «parecía el hombre que fue de Jerusalén a Jericó, pero ningún buen samaritano iba a aparecer por los caminos de Ujiji».

Aunque parezca increíble, lo cierto es que estaba equivocado. No había transcurrido ni una semana cuando un joven galés, haciéndose pasar por americano, acampó en una colina situada a unos pocos kilómetros de Ujiji. Desde la altura contemplaba, «como si fuera un cuadro, el inmenso lago

[…] en un marco de montañas vagamente azuladas». Eran momentos de éxtasis para él. La manera en la que este hombre acabó convertido en explorador y luego cambió la vida de David Livingstone, e incluso su lugar en la historia, constituye un relato verdaderamente curioso. También constituye un capítulo esencial de la odisea que supuso resolver por fin el enigma del Nilo.

19

No cejar en la búsqueda hasta que encuentre a Livingstone

John Rowlands, que un día sería conocido en todo el mundo como Henry Morton Stanley, nació en la pequeña localidad de Denbigh, en el norte de Gales, en 1841. Fue el primogénito de una camarera alocada de dieciocho años, Elizabeth Parry, que lo abandonó cuando todavía era un niño y que llegó a tener cinco hijos más —de dos o posiblemente tres padres distintos—, aunque sólo el último naciera dentro del matrimonio. John nunca conoció a su padre, cuya identidad siegue siendo oscura. Se dice que fue un procurador de la localidad o quizá un mozo de granja, ambos alcohólicos y muertos prematuramente.

John Rowlands se crio en casa de su abuelo materno, carnicero retirado, que sufrió un ataque cardíaco mortal cuando el pequeño tenía sólo cinco años. Durante los primeros seis meses después de la desgracia, John vivió en casa de una pareja de mediana edad cerca de su antigua casa, pero sus dos tíos, prósperos tenderos de la localidad, dejaron de pagar repentinamente su manutención y la pareja encargó a su hijo mayor, Dick, que llevara al pequeño John Rowlands al asilo para pobres de St. Asaph. Por el camino hacia el orfanato, situado a casi quince kilómetros, Dick dijo a John que se lo llevaban a vivir con una tía suya, cuya granja se encontraba en la misma dirección. Cuando llegaron a la puerta de la institución, Dick tocó la campana que repicó en el interior del edificio, y dio media vuelta, diciendo azoradamente cuando el pequeño John le preguntó dónde iba: «A comprarte unos pasteles».

«Desde aquella noche terrible —escribiría Stanley cincuenta años después—, mi resentimiento no ha disminuido un ápice […] Para mí habría sido mejor que Dick, mucho más robusto que yo, empleara la fuerza, en vez de hacer pedazos mi buena fe y plantar las primeras semillas de la desconfianza en el corazón de un niño». Aquel día de engaño y de traición fue el más instructivo en la vida del pequeño Rowlands, pues venía a reflejar el abandono del que había sido objeto por parte de sus progenitores, y a reforzar su convicción de que su familia lo consideraba un ser despreciable y sin valor alguno. Posiblemente nadie habría podido figurarse, desde luego, que aquel niño abandonado y sin un céntimo sería capaz un día de reunir las cuantiosas sumas de dinero necesarias para sus exploraciones en África. Como interno de un orfanato para pobres, Rowlands sabía que en una sociedad de un clasismo brutal como la suya él era lo más bajo que cabía imaginar, pero, en vez de dejarse aplastar por la conciencia de sus circunstancias, esa misma conciencia encendió en él una fiera determinación de demostrar que todos los que lo rechazaban estaban equivocados.

En diciembre de 1850, cuando todavía no tenía ni diez años, el director del asilo lo llevó aparte durante la hora de la cena y «señalando a una mujer que tenía un rodete de pelo oscuro detrás de la cabeza», le preguntó si la conocía.

—No, señor —contesté.

—Pero bueno, ¿no conoces a tu propia madre?

Yo habría esperado sentir una efusión de ternura, pero la expresión de la mujer era tan fría que las válvulas de mi corazón se cerraron como de golpe.

Su madre no había ido a la casa de acogida a verlo, sino que había sido admitida en ella como pobre de solemnidad junto con otros dos hijos suyos. Pero, lejos de sofocar cualquier sentimiento de cariño hacia ella, John se prometió a sí mismo que iba a ganarse el amor de aquella mujer desdeñosa. Siendo como era el niño más listo de la escuela del orfanato, habría sido perfectamente posible que lo consiguiera, pero su madre se dio de baja unos días después y no volvió a visitarlo nunca. Ni siquiera el hecho de que el director lo escogiera para convertirse en futuro maestro significó nada para él.

Los internos del asilo llevaban unos trajes de fustán (franela basta); se levantaban a las seis, se lavaban con agua fría, llevaban a cabo las tareas domésticas y, si estaban acogidos junto con sus padres y hermanos, eran separados inmediatamente de ellos. Sin embargo, algunos de los más capacitados aprendían a leer, escribir y hacer cuentas. Estando en el asilo, John leyó el primer libro de David Livingstone, Missionary Travels («Viajes de un misionero»), que le causó una profunda impresión. Pocos compañeros suyos habrían podido digerir un libro como aquel. Los niveles de educación eran muy bajos cuando John llegó a St. Asaph, pero mejoraron constantemente durante sus largos años de estancia en el orfanato.

Las personas encerradas durante años en instituciones a menudo acarician fantasías de fuga, en las que saltan muros, viven en bosques y recorren kilómetros y kilómetros en pos de horizontes lejanos. No es por tanto ningún disparate suponer que el encarcelamiento al que se vio virtualmente sometido John en su niñez lo predispusiera a explorar un continente ilimitado. John tuvo que abandonar St. Asaph a los quince años, y dos años después estaba trabajando ya como mozo de carnicería en Liverpool, donde se lo habían llevado a vivir con ellos unos tíos suyos. Eran tan pobres que le quitaron todos sus ahorros —apenas una guinea— y empeñaron el único traje que tenía. Un día que fue a entregar la carne a un paquebote americano amarrado en el puerto, decidió emigrar. No había cumplido todavía los dieciocho años y aquella fue una de las decisiones más valientes de su vida.

Aunque Stanley diría luego que en Nueva Orleans —donde abandonó el barco— fue adoptado por un acaudalado comerciante en algodón llamado Henry Stanley, en realidad nunca conoció a aquel hombre. Ya desde que llegara al asilo de St. Asaph, Rowlands había deseado formar parte de una familia estructurada. En América simplemente fingió que aquella fantasía suya con la que tanto había soñado se había hecho realidad. No se trataba de una mentira sin más. Los padres de John le habían negado una identidad y ahora él sentía la necesidad imperiosa de inventarse una.

Cuando llegó a Nueva Orleans, en febrero de 1859, trabajó en un almacén de venta al por mayor, que suministraba mercancías a los barcos

del Misisipi para que las llevasen a las ciudades y las colonias establecidas río arriba. Cuando el propietario del negocio murió de forma repentina ocho meses después, Rowlands perdió su empleo y durante algún tiempo hizo de auxiliar de cocina en los barcos del río antes de encontrar trabajo en un almacén de una localidad de la ruta, Cypress Bends, cerca de Little Rock, en Arkansas. Allí empezó a llamarse Henry Stanley, nombre que había visto escrito por primera vez en unos sacos de algodón del almacén al por mayor en el que había trabajado. Debió de gustarle cómo sonaba. Henry Hope Stanley —por dar el nombre completo de aquel próspero hombre de negocios de Nueva Orleans— era el propietario de casi toda la maquinaria utilizada para comprimir y empaquetar el algodón en rama de la ciudad. Evidentemente a John Rowlands le gustó adoptar el nombre de un rico comerciante en algodón, dueño de toda una fábrica, en parte en la creencia de que el nombre por sí solo tenía el poder de conferir a su nuevo usuario algo de la grandeza de su propietario original. Su deseo, escribiría Rowlands después, había sido durante mucho tiempo «quitarme de encima el odio asociado a mi viejo nombre y a su dolorosa historia».

Pero ¿cómo lo consiguió? Al principio, presentándose como Henry Stanley cuando solicitó el empleo en Cypress Bends. Luego, en agosto de 1860, cuando el funcionario del censo se presentó en el almacén, el joven John Rowlands, de diecinueve años, dijo que se llamaba William Henry Stanley. El William se lo quitó al cabo de un año, pero el pseudónimo Henry Stanley sobreviviría y se ampliaría en 1872 con un segundo nombre, Morton.

Cuando comenzó la guerra civil americana, los demás mozos de almacén de Cypress Bends se alistaron inmediatamente para luchar por el sur. Al ser extranjero, Stanley pensó que no era su guerra, pero la llegada de un paquete de regalo anónimo conteniendo unas bragas de mujer —el equivalente a la pluma blanca, utilizada en Gran Bretaña como símbolo de cobardía— le hizo cambiar de opinión. En abril de 1862, participó en la sangrienta batalla de Shiloh, donde fue capturado y trasladado a un campo federal de prisioneros a las afueras de Chicago. Allí fueron muchos los hombres que murieron de tifus, de modo que cuando el comandante del campo le propuso liberarlo bajo la condición de unirse al ejército de la

Unión, Stanley no dudó en cambiar de bando para salvar la vida. Pero después de una temporada en el hospital recuperándose de la disentería, volvió a desertar.

Enfermo y sin un céntimo, se dirigió al este con la intención de trabajar para pagarse el billete de vuelta a Gran Bretaña. Se había enterado de que últimamente su madre era concesionaria de dos tabernas, y por lo tanto estaba por fin en condiciones de ayudarle. Después de desembarcar en Liverpool, tuvo que recorrer más de ochenta kilómetros a pie hasta el pueblo en el que su madre tenía una de sus tabernas. Cuando llegó, exhausto y demacrado, Stanley llamó a la puerta trasera del negocio.

Salió a abrir mi madre, que quedó perpleja al verme. No habló gran cosa, pero lo que dijo no lo olvidaré nunca […] «No vuelvas a aparecer por mi casa a menos que estés en mejores circunstancias de las que, según veo, estás ahora».

De vuelta en América, Stanley asumió el riesgo de enrolarse en la marina de la Unión, presentándose como Henry Stanley, el mismo nombre con el que había desertado del ejército de la Unión. Los desertores capturados eran metidos en la cárcel, o incluso fusilados o ahorcados. A bordo del barco se hizo amigo de un recadero de dieciséis años, Lewis Noe, quien afirma, según recordaría más tarde, que Stanley pasaba muchas horas al día leyendo libros de viajes de autores como Richard Burton y Alexander Kinglake, y aseguraba que él mismo iba a vivir sus propias aventuras. Como el papel de la marina en la guerra civil quedó en nada, Noe y Stanley desertaron y se pusieron a ahorrar dinero llevando a cabo una curiosísima serie de trabajos provisionales —por ejemplo, buscando oro o haciendo de escribientes para un juez— para poder irse de viaje. El objetivo de Stanley era atravesar Turquía y dirigirse a la India o a China. A la vuelta de su viaje tenía intención de escribir un libro que se convirtiera en un éxito de ventas. Pero sus planes no salieron como él pensaba. Desde el primer día que pusieron los pies en Turquía, los viajeros se encontraron sin dinero y sin medios para viajar. Tras intentar robarle el caballo a un mercader turco, los dos aventureros fueron desvalijados, secuestrados, golpeados y, además, en el caso de Noe, violado. Se habrían convertido en unos auténticos

indigentes si el cónsul norteamericano en Constantinopla no les hubiera prestado algún dinero.

Su expedición había fracasado estrepitosamente, pero Stanley seguía decidido a impresionar a su madre. Antes de abandonar Turquía, pagó a un sastre con parte del dinero del cónsul para que le hiciera una copia del uniforme utilizado por los oficiales de la marina estadounidense, atuendo que llevó durante casi todo un mes cuando llegó a Denbigh. Ahora que parecía tener dinero y buena posición, su madre, Elizabeth Jones, lo invitó a pasar las Navidades en la más grande de sus dos tabernas, junto con sus hermanastros y el hombre con el que se había casado recientemente. Aquellos fueron los primeros días que Stanley pasó con su madre y su familia.

Noe se había quedado en Liverpool esperando su regreso y, mientras estuvo allí, escribió varias cartas a su amigo, poniendo en el sobre el nombre Henry Stanley. Este había empezado a llamarse de nuevo John Rowlands durante su estancia en Gales, de modo que se vio obligado a explicar por qué llevaba aquel nombre que no le pertenecía. Su madre lo acusó de haberse cambiado de identidad para ocultar una vida delictiva. Como el joven no podía reconocer que había abandonado deliberadamente su primitivo apellido galés sin ofender a su madre y a otras gentes de la localidad, se sacó de la manga la historia de la adopción, que, en cualquier caso, tenía para él un profundo atractivo emocional. Dijo que había sido tratado como un hijo por el señor Henry Stanley, propietario del almacén en el que había encontrado su primer trabajo en Nueva Orleans. De hecho, continuó diciendo, el señor Stanley le había dado su apellido y le había nombrado su heredero, pero había muerto justo antes de materializar su deseo en un nuevo testamento. Cuando Stanley se hiciera famoso, su madre referiría a varios periodistas el cuento de la «adopción» de su hijo y cómo había adquirido su nombre. Toda esta historia inventada apareció después en los periódicos y en varios libros, así que Stanley se vio obligado a cargar toda la vida con esa mentira. Él mismo complicó las cosas al llevar el embuste todavía más lejos, afirmando que había sido criado como americano en Misuri, ocultando su nacimiento ilegítimo y su estancia en el asilo, pero privándose al mismo tiempo de la admiración y el apoyo de los

que habría gozado en Inglaterra si hubiera reconocido su identidad británica.

Tras reunirse con Lewis Noe en Liverpool en enero de 1867, Stanley contó a su joven amigo algo que dejó a este boquiabierto. Un día, dijo el hombre cuya expedición a Turquía había supuesto un rotundo fracaso, seguiría los pasos del Dr. Livingstone en África y lo entrevistaría para el New York Herald, haciéndose de paso rico y famoso.

Aunque sólo había pasado un año desde la vuelta de Livingstone a África, la prensa británica hacía innumerables especulaciones acerca de su paradero cuando Noe y Stanley llegaron a Liverpool. Stanley dijo a su incrédulo amigo que, entre que había salido de Gales y había regresado a Liverpool, había estado en Londres para entrevistarse con el coronel Finley Anderson, el jefe de la delegación del New York Herald en la capital. Por difícil de creer que fuera, resultó que era verdad, aunque, al carecer de experiencia como viajero, Anderson había rechazado su propuesta. Pero el director de la agencia le había dado ciertos ánimos y le había pedido que siguiera en contacto con él. El propio Stanley atribuiría luego la brillante idea de ir a buscar a Livingstone a James Gordon Bennett Jr., el malhumorado millonario, dueño del New York Herald, periódico famoso en todo el mundo, pero eso sería porque para entonces daba la impresión de que toda su carrera dependía de la continuación del patrocinio de ese autócrata. Además Stanley no querría nunca que se supiera que la inspiración para salir en busca de Livingstone se había debido a sus ansias de notoriedad y no a un deseo filantrópico por su parte de prestar ayuda al explorador en apuros.

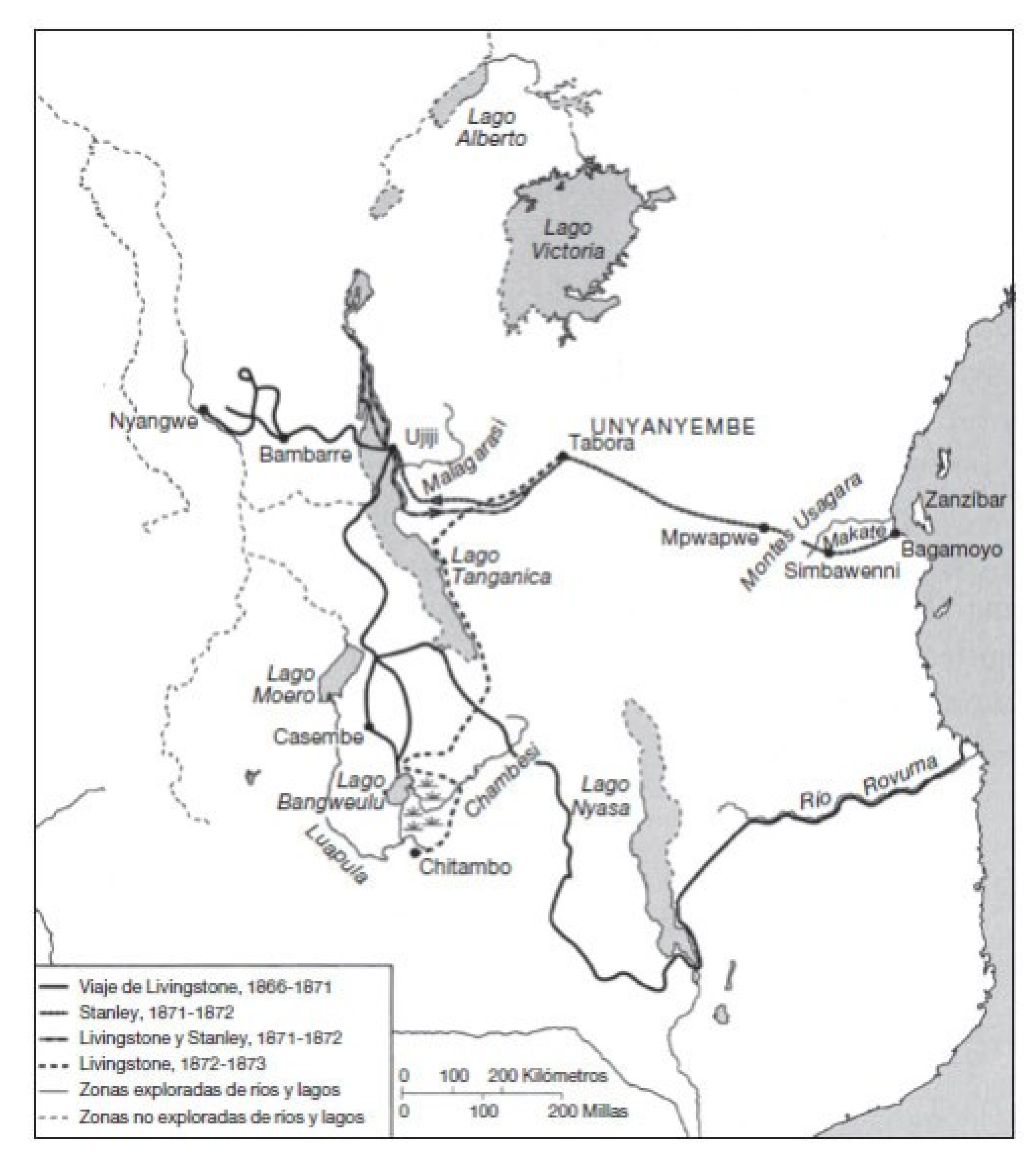
En 1867, de nuevo en América, Stanley logró que el Missouri Democrat lo enviara como reportero para informar sobre las guerras de los indios en Nebraska. Mientras prestaba servicio en la marina, había vendido relatos bélicos a diversos periódicos del Medio Oeste, y alguien le había dicho que prometía mucho como periodista. Sus informes sobre las guerras de los indios llamarían la atención lo suficiente como para cambiar su vida. Otros editores y propietarios de periódicos se percataron de lo vívidas que eran sus descripciones de la campaña del general Hancock. Esto le permitió, a comienzos del año siguiente, viajar a Nueva York y convencer a James

Gordon Bennett de que lo enviara a África para informar de una expedición británica de carácter punitivo en Etiopía. Gracias al soborno de un importante empleado de telégrafos, Stanley logró hacer pública la noticia de la derrota y el suicidio del emperador de Etiopía días antes de que cualquier otro corresponsal enviara su informe. Stanley convenció entonces a Bennett de que encontrar a Livingstone en el corazón de África sería toda una exclusiva de importancia histórica. No fue un logro baladí, ni mucho menos, pues en opinión de Bennett a los americanos no les interesaba nada África. Además, Bennett temía que Stanley, después de dilapidar miles y miles de dólares, no consiguiera localizar a su hombre y muriera en las selvas del continente negro. Una especie de sexto sentido indujo a Bennett a retrasar más de un año la marcha de Stanley, hasta el otoño de 1870, época en la que Livingstone llevaba en África sin ver una cara blanca más de cuatro años y medio. En la costa no se había recibido ninguna carta del desaparecido desde hacía dieciocho meses. Así que si Stanley lo localizaba, causaría indudablemente verdadera sensación.

En 1869 Stanley se prometió con Katie Gough Roberts, una chica galesa a la que había conocido durante sus visitas a Denbigh entre misión y misión. Stanley ansiaba la seguridad del matrimonio, pero también deseaba librarse de su antigua personalidad a través de los viajes y las aventuras. Al final, el padre de Katie lo obligó a escoger entre las dos cosas diciéndole que no podría casarse con Katie a menos que empezara a residir en Gran Bretaña durante largos períodos de tiempo. Como la elección le vino impuesta en el momento en el que su gran idea de salir en busca de Livingstone empezaba a cuajar, Stanley escogió la misión en África. «Mi gran amor por ti no podrá cegarme; no podrá hacerme abandonar la senda que me he trazado», diría a Katie. Pero no perdió nunca la esperanza de conseguir sus dos aspiraciones, encontrar a Livingstone en África y casarse con Katie a su regreso. La joven, sin embargo, no estaba dispuesta a esperar y contrajo matrimonio con un estudiante de arquitectura de Manchester en septiembre de 1870, mientras Stanley estaba todavía ausente escribiendo relatos para el New York Herald. Al final, tras enviar un informe sobre la inauguración del canal de Suez y visitar Jerusalén, Odesa y los campos de

batalla de Crimea, Stanley obtuvo permiso para viajar a Bombay y zarpar desde allí hasta Zanzíbar, la puerta de África.

El 6 de enero de 1871, tres semanas antes de que cumpliera los treinta años, divisó los mástiles y los aparejos de los barcos anclados en el puerto y la bandera de color rojo sangre del sultán ondeando sobre el tejado de su palacio inacabado. En Zanzíbar, Stanley quedó horrorizado al comprobar que James Gordon Bennett no había enviado el dinero que se había comprometido a mandarle, obligándolo a pedir al cónsul de Estados Unidos que le concediera un crédito personal. Stanley sólo podría disponer de mil libras esterlinas para su misión, la mitad de la cantidad que Livingstone había gastado en la suya y que había juzgado absolutamente inadecuada. Considerando demasiado humillante reconocer que Bennett lo había tratado de un modo tan poco respetuoso, Stanley afirmaría más tarde que su jefe se había gastado cuatro mil libras en su expedición, lo que le había permitido contratar a ciento noventa y dos porteadores, cuando en realidad sólo había podido emplear aproximadamente a cien. Así pues, la falta de seguridad lo llevó a disminuir el verdadero alcance de su éxito. La perfidia de Bennett convenció a Stanley de que si no lograba encontrar a Livingstone, el magnate probablemente dejaría que fuera él quien tuviera que devolver el préstamo del cónsul norteamericano, Francis Webb. El fracaso habría significado, por tanto, la ruina económica.



Livingstone y Stanley.

Por fortuna, Stanley no conocía los planes geográficos más recientes de Livingstone. De haberlos conocido, se habría dado cuenta de las pocas posibilidades que tenía de dar con su paradero. Pero cuando fue a ver al Dr. Kirk en Zanzíbar, Stanley se tranquilizó al oírle decir que el doctor y misionero se hallaba en alguna parte al oeste del lago Tanganica y que probablemente regresara a Ujiji en un futuro. En realidad, justo mientras Stanley y Kirk tenían esta conversación en enero de 1871, Livingstone se disponía a abandonar Bambarre con destino a Lualaba y no tenía intención

de regresar a Ujiji. Stanley, que por suerte para él desconocía todo esto, salió de Bagamoro con destino a Ujiji el 21 de marzo.

El antiguo niño del hogar para pobres se internó en la selva a lomos de su corcel de pura sangre, primorosamente vestido de franela blanca y tocado con su salacot, con la bandera de las barras y estrellas ondeando al frente de la caravana. Para un hombre como Stanley, que necesitaba demostrarse a sí mismo su valía después del trauma sufrido por el rechazo de su madre, África constituía una prueba excelente de su personalidad. El examen al que pensaba someterse a sí mismo dio comienzo a los pocos días, cuando la mosca tse-tse empezó a matar a sus animales, incluido su precioso corcel, y cuando sus porteadores cayeron enfermos con fiebre o abandonaron la caravana. Stanley tuvo ocasión de comprobar con qué facilidad podía verse abandonado por todos y morir de hambre, al carecer de los productos alimenticios y las mercancías que transportaban sus hombres. Pocos exploradores victorianos hicieron mayores esfuerzos que Stanley por imponer la disciplina y perseguir a los porteadores fugitivos, pero a pesar de todo, el número de integrantes de su séquito disminuyó de forma espectacular. No tardó en pelearse con sus dos acompañantes blancos, John Shaw y William Farquhar, que anteriormente habían sido marinos mercantes: uno bebía y el otro era adicto al trato con prostitutas, delito gravísimo a ojos de Stanley, habida cuenta del odio que sentía por la promiscuidad de su madre. Stanley había leído los libros de Speke y Burton y por lo tanto había decidido tomar a Bombay y Mabruki como capataces africanos, pues habían sido los «leales» más apreciados por Speke. Había estudiado también la actuación de los porteadores de Speke y Burton, así que para desempeñar esta función escogió sobre todo a africanos de Zanzíbar y a hombres de la etnia wangwana. Aunque se produjeron numerosas bajas entre ellos en todas sus expediciones, muchos de los que sobrevivieron se prestarían voluntariamente a viajar con él hasta tres veces más, una excelente muestra de aprecio.

De camino a Unyanyembe, Stanley sufrió numerosos ataques de fiebre, su caballo y sus asnos murieron, y la estación de lluvias convirtió el viaje en una auténtica pesadilla. Farquhar murió y Shaw estaba tan enfermo que parecía que no tardaría en correr su misma suerte, como efectivamente

sucedió. Poco antes de llegar a Tabora, a sólo cuatrocientos kilómetros de Ujiji, Stanley oyó decir a los integrantes de una caravana de árabo-swahilis procedente de Manyema que Livingstone había muerto. Aunque turbado por la noticia, el joven aventurero se negó a creerla. Si hubiera sido cierta, habría estado en la ruina. Pero ¿llegaría alguna vez a Ujiji o a Manyema para conocer la verdad?



John Shaw y William Farquhar.

En Tabora se vio arrastrado a la guerra en la que estaban enzarzados los traficantes de esclavos árabo-swahilis que dominaban la ciudad y Mirambo, el carismático líder africano de sonoro nombre y rey de Nyamwezi, que estaba decidido a hacerse con el control de la ruta de las caravanas de esclavos que iba al lago Tanganica. Como la expedición de Stanley había quedado reducida a treinta hombres, pensó que la única forma que tenía de llegar a Ujiji era quitar de en medio a los guerreros de Mirambo. Así que aceptó unirse a los árabes en un intento de conseguir este objetivo. Sus aliados árabes subestimaron el talento de Mirambo, que ordenó una retirada táctica para luego tenderles una emboscada cuando perseguían a sus guerreros. Algunos hombres de Stanley murieron acuchillados, y otros quinientos árabes perdieron la vida de la misma manera; los cadáveres de

muchos fueron incluso mutilados. Stanley oyó decir que les cortaban la cara, los genitales y el estómago, y que luego los cocían y se los comían con arroz. Él se encontraba con fiebre en el momento de la emboscada y habría perecido si su joven traductor, Selim, no lo hubiera obligado a montar en un asno y se lo hubiera llevado de vuelta a Tabora.

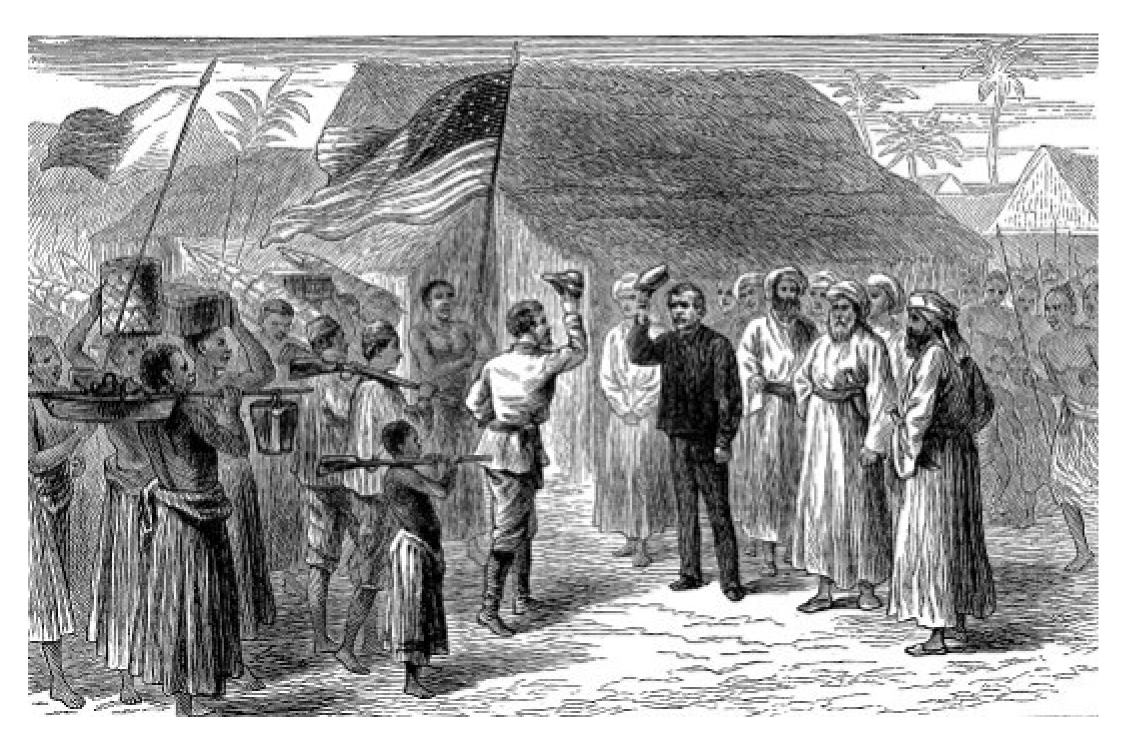
A finales de agosto, Mirambo lanzó un ataque contra Tabora e incendió una cuarta parte de la ciudad. Stanley, que había logrado añadir otros veinte servidores a los treinta de su séquito, abrió unos cuantos boquetes en las paredes de arcilla de su tembe árabe bien amurallado, a modo de troneras, y esperó a que se desencadenara lo que parecía que iba a ser una lucha a muerte. Por suerte para él, Mirambo prefirió misteriosamente retirarse justo cuando tenía a sus enemigos a su merced. Agradecido al cielo por seguir vivo, Stanley se volcó de nuevo en su tarea, escribiendo a la luz de una vela en su diario lo siguiente:

He prestado un solemne juramente perpetuo, el juramento, que deberé guardar mientras quede en mí una última esperanza de vida, de no verme tentado a traicionar la resolución que he tomado de no cejar en la búsqueda hasta que encuentre vivo a Livingstone, o localice su cadáver […] Ningún hombre vivo me detendrá, sólo podrá impedir mi propósito la muerte. Pero la muerte […] Ni siquiera la muerte. ¡No voy a morir, no quiero morir, no puedo morir!

Decidió entonces evitar por completo la guerra dirigiéndose al sur y al suroeste durante diez días, y sólo entonces reemprendió la marcha hacia el norte con destino a Ujiji. El 21 de septiembre de 1871, acompañado de treinta y cuatro hombres, la mayoría de los cuales habían pasado la noche anterior en «una última orgía», Stanley abandonó Tabora una vez más enfermo de malaria. Aparte de los temblores, los dolores y los sudores, tenía visiones de caras espantosas y experimentaba cambios de humor asombrosamente rápidos. Seguía atormentándole la idea de que Livingstone hubiera muerto. Su columna atravesó bosques y pantanos, y subió y bajó colinas. A finales de octubre, a orillas del río Malagarasi, Stanley se sintió rebosar de alegría cuando oyó decir que acababa de llegar a Ujiji un hombre blanco de barba gris. Al acercarse al lago Tanganica, cada vez más nervioso, dijo a Selim que preparara su traje de franela, lustrara con aceite

sus botas y untara de yeso su salacot. Estaba decidido a ofrecer la mejor imagen posible el día que estaba destinado a ser el más grande de su vida hasta la fecha. A decir verdad, Stanley se encontraba muy inquieto, pues le preocupaba el comentario que había hecho John Kirk, según el cual Livingstone detestaba a los demás exploradores; hasta tal punto que si Burton, Baker o Speke se le acercaran, no dudaría en poner un mar entre ellos y su persona. Stanley se obligó a enfrentarse a la angustiosa posibilidad de que el médico y misionero se negara a ser entrevistado.

Al entrar en Ujiji el 10 de noviembre de 1871, los hombres de Stanley dispararon varias salvas, rito habitual cada vez que una caravana llegaba a una ciudad, y el joven reportero ordenó desplegar la bandera de las barras y estrellas y enarbolarla a la cabeza de la columna. Una animada multitud se congregó alrededor de los recién llegados, y Susi, uno de los criados más veteranos de Livingstone, saludó a Stanley entusiasmado para a continuación salir corriendo mientras gritaba: «¡Llegar un inglés! ¡Lo veo!». Al aproximarse a la casa de Livingstone, Stanley sintió tanto alborozo que deseó «desahogar [su] alegría con algún gesto de locura, como morderse absurdamente la mano, o ponerse a dar volteretas». Desmontó de su asno, y a unos pocos pasos de distancia vio a un hombre de barba gris casi sesentón. Llevaba un chaleco rojo bastante viejo y unos pantalones de *tweed*. Aquel era el momento casi inimaginable con el que había soñado desde que hiciera a Lewis Noe aquella inverosímil predicción cinco años antes. Sabía que iba a hacerse famoso para el resto de su vida y probablemente rico también. Pero no tenía ni una pálida idea de las consecuencias inmensamente más importantes que iba a desencadenar aquel encuentro extraordinario, consecuencias que lo afectarían a él y también a toda la historia de África.



El encuentro, según el famoso grabado incluido en el libro de Stanley, How I Found Livingstone.

20

Obediente y seguro servidor del doctor

En el punto del diario de Stanley en el que camina al encuentro de Livingstone han sido arrancadas tres hojas, justo en el momento en que debió de decir: «¿El Dr. Livingstone, supongo?». Parece que la única razón para arrancarlas habría sido que no confirmaban las palabras del famoso saludo. La célebre pregunta tampoco aparece en el diario de Livingstone ni en sus cuadernos de notas ni en ninguna de las cartas —una docena aproximadamente— escritas por él en los dos años siguientes. Como Livingstone repitió las palabras mucho menos memorables de Susi en casi todas sus cartas de esta época, daría la impresión de que el saludo se lo habría inventado el propio Stanley en algún momento no precisado durante los seis meses siguientes al encuentro. De hecho, desde que salió de Zanzíbar había estado intentando imaginar qué saludo lacónico y discreto se le habría ocurrido decir a un caballero inglés. Con lo de «¿El Dr. Livingstone, supongo?» pensó que por fin había encontrado la formulación perfecta. Se habría llevado una impresión enorme si la gente se hubiera reído de él por no saber decir una frase sincera y espontánea.

En su libro How I Found Livingstone («Cómo encontré a Livingstone»), se dice que el segundo comentario que hizo Stanley al médico misionero fue: «Gracias a Dios que me ha permitido dar con usted». Y parece muy probable que pronunciara esta frase, o cualquier otra más coloquial. Pero dijera lo que dijera, no cabe duda de que Livingstone no se sintió nunca más feliz de ver una cara blanca que cuando contempló la de Stanley. No

exageraba cuando dijo: «Me ha dado usted nueva vida». Así pues, fue un momento muy emotivo para los dos. Al ver las lágrimas que rodaban por las mejillas de Livingstone, Stanley supo que no había la menor posibilidad de que el explorador se negara a contestar a sus preguntas. Pero esperó hasta el día siguiente antes de confesar que era un corresponsal especial del New York Herald. «Ese periódico despreciable», dijo Livingstone, aunque con una sonrisa. Stanley se dio cuenta enseguida de que el doctor era escocés, no inglés, como había pensado en un principio, y de que ambos tenían en común su ascendencia celta, aunque él siguiera fingiendo que era americano.

Cuando describe la apariencia de Livingstone y dice que era la de un hombre corriente, «como un libro con una encuadernación de lo más sencilla», señala una importantísima verdad relativa a este personaje. Su apariencia no daba «señal alguna de la fuerza o el talento que se ocultaban en él». Parecía más joven de lo que realmente era —tenía casi sesenta años —, sus ojos eran marrones y brillantes, los dientes se le movían y eran irregulares; era de estatura media, un poco cargado de hombros, y caminaba con «un paso firme y pesado a la vez, como si fuera un hombre cansado de trabajar o fatigado». Stanley tuvo inmediatamente la sensación de que Livingstone no era el misántropo que Kirk había hecho que se imaginara. Pocos habrían podido rivalizar con él en materia de sufrimientos y privaciones durante su infancia, pero la infancia de Livingstone tampoco había sido nada fácil. Había trabajado en un taller para niños en una fábrica de algodón situada cerca de Glasgow, y había vivido en un piso de alquiler de una sola habitación con toda su familia, integrada por seis miembros. Pero había logrado acabar los estudios en la escuela de medicina pagados con el dinero ganado trabajando de hilandero.

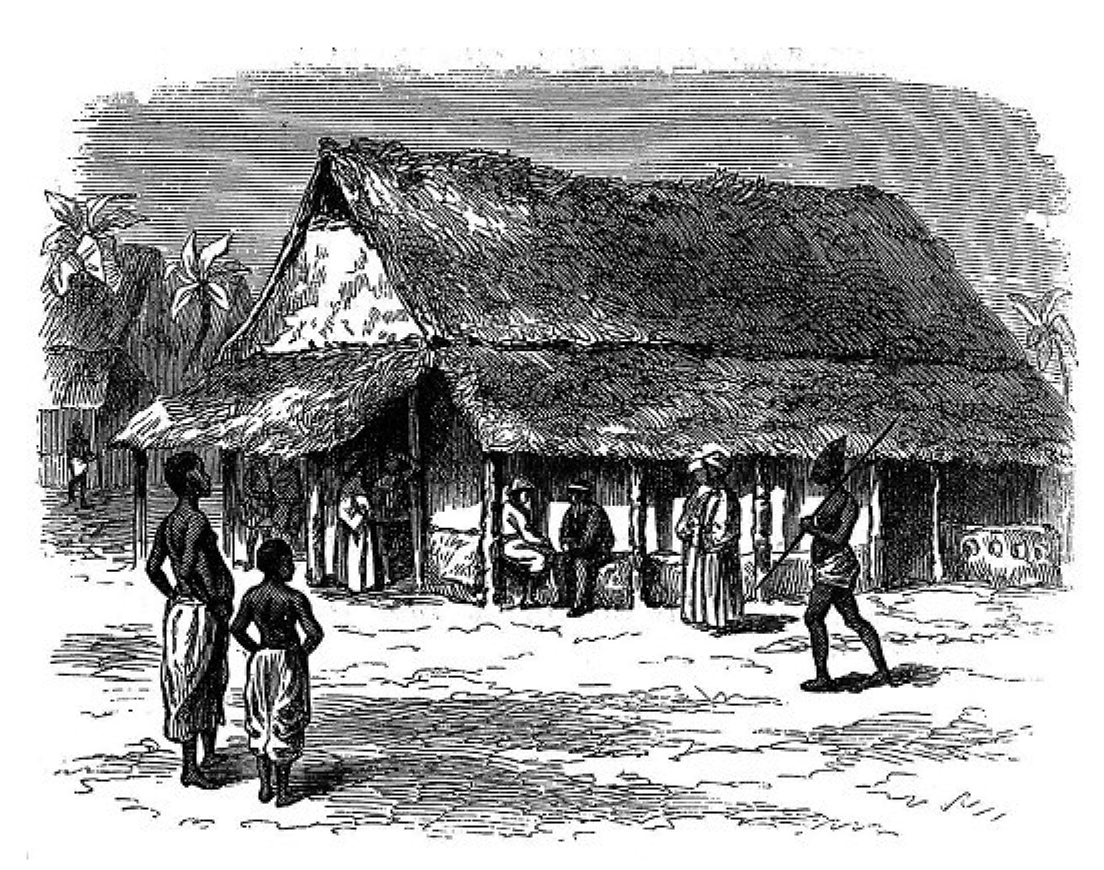
Livingstone había viajado por primera vez a África en 1841 —el mismo año en que había nacido Stanley— y había pasado diez años muy frustrantes como médico misionero en Botsuana, y fue ordenado ministro de la Iglesia Congregacional antes de salir de Inglaterra. A pesar de la idea que el público tenía de él como misionero sin par, en realidad sólo había logrado hacer una conversión, por lo demás poco duradera. Después de este fracaso, había pensado que no estaba dispuesto a pasarse la vida como lo

había hecho su suegro, convirtiendo a unas cuantas personas. Livingstone comprendía perfectamente por qué los africanos consideraban que la monogamia y las familias pequeñas constituían una amenaza para todo su modo de vida. Un jefe con muchas esposas podía dar grandes festines, cultivar grandes cantidades de productos alimenticios y gozar del apoyo de una gran descendencia. ¿Por qué iba a querer deshacerse de todo eso? El fracaso como misionero convencional indujo a Livingstone a creer que sólo una invasión cultural masiva podía llevar a un número significativo de africanos a adoptar las costumbres y la religión del hombre blanco. Si los comerciantes lograban remontar los ríos hasta el interior en barcos de vapor, construir casas de dos pisos y vender productos industriales a cambio de la producción local, los africanos se mostrarían más respetuosos con las creencias de la gente que les llevara tales maravillas. Con el tiempo, los africanos tal vez incluso se avinieran a trabajar por un salario, a formar familias pequeñas, a limitarse a tener una sola esposa, y en consecuencia su lealtad a sus jefes y a sus tribus se debilitaría lo bastante como para dar una oportunidad al cristianismo.

Así pues, entre 1849 y 1851 Livingstone hizo tres viajes a África con el fin de abrir el continente al mundo, tres viajes que culminaron con la expedición al Zambeze, al cual llegó en las proximidades de Linyanti el 4 de agosto de 1851. Entre 1853 y 1856 cruzó África de costa a costa, siguiendo la línea del Zambeze. Luego, entre 1859 y 1864, intentó demostrar su navegabilidad y descubrir un lugar en el centro de África meridional apto para el establecimiento de misioneros y comerciantes. Esperaba que los ríos fueran las «carreteras de Dios» hasta el interior del país. Pero el curso del Zambeze era interrumpido a menudo por arenales y rápidos, que se unieron a la malaria para acabar con sus sueños de establecerse en la zona. Sin embargo, los ríos y los lagos siguieron atrayéndole, como pudo comprobar cuando las teorías enfrentadas de Speke y Burton acerca del Nilo fascinaron su imaginación.

Habitualmente evasivo en lo referente a sus descubrimientos geográficos, Livingstone halagó a Stanley mucho más de lo que este hubiera podido imaginarse confiándole todas sus ideas acerca de la fuente del Nilo. Luego, apenas cuatro días después de la llegada del joven

corresponsal, el anciano le propuso incluso que viajara con él hasta el Lualaba para ayudarle a completar su obra. Stanley no sabía qué hacer, pero al final dijo que debía cumplir con sus obligaciones con el New York Herald y llegar cuanto antes a la costa con la noticia de su encuentro con el explorador.



Livingstone sentado con Stanley delante de su tembe en Ujiji
(grabado incluido en el libro de Stanley, How I Found Livingstone).

Pero dos días después, como no soportaba la idea de desairar a Livingstone, le propuso una solución de compromiso: podían dirigirse al extremo norte del lago Tanganica, infinitamente más accesible. Stanley había leído la edición de los Proceedings of the Royal Geographical Society y por lo tanto desde 1865 conocía la teoría de Burton que afirmaba que el

río Rusizi salía del lago Tanganica hacia el norte y desembocaba en la ribera meridional del lago Alberto descubierto por Baker para continuar su curso hacia el norte convertido en el Nilo Blanco. Esta opinión era compartida por Livingstone, como Stanley sabía perfectamente por la publicación que había hecho la propia RGS de la carta del doctor a John Kirk de 30 de mayo de 1869. En esta carta (la última que había llegado al mundo exterior antes de que Stanley hiciera su aparición en Ujiji), Livingstone decía que necesitaba «bajar» por la que el llamaba «la línea de drenaje oriental [del Nilo]», expresión que utilizaba para referirse al sistema fluvial que de norte a sur empezaba supuestamente en el lago Bangweulu y que, siguiendo su curso hacia el norte a través del lago Moero, desembocaba en la ribera occidental del lago Tanganica y luego, continuando por el Rusizi, llegaba hasta el lago Alberto. Pero al conocer más detalles sobre el gran Lualaba a través de la experiencia directa, y darse cuenta de que discurría hacia el norte a lo largo de unos seiscientos kilómetros desde su fuente en el lago Bangweulu y muy probablemente varios centenares más, el doctor había perdido el interés por el lago Tanganica. Según dijo a Stanley, el Lualaba era «la línea central de drenaje [y] la más importante […] [En comparación] la cuestión de si existe una relación entre el Tanganica y el Alberto Nyanza queda reducida a la insignificancia».

Pero cuando Stanley recordó a Livingstone que *sir* Roderick Murchison y la RGS querían que se aclarara la cuestión del Rusizi y que estaban dispuestos a correr con todos los gastos de su viaje hasta el extremo norte del lago Tanganica, el doctor reconoció que debían ir hasta allí. Aquel viaje había supuesto un reto insuperable para Burton y Speke, pero como Livingstone y Stanley se negaron a tener cualquier tipo de relación con el jefe Kannena y aceptaron la canoa grande que les prestó un árabe, Said bin Majid, llevándose consigo sólo al cocinero de Stanley, a su intérprete, a dos guías locales y a dieciséis wangwana como remeros, consiguieron mantener en todo momento el control sobre sus servidores. Los hombres de Speke y Burton se habían negado a proseguir el viaje alegando peligros reales o imaginarios.

Stanley y Livingstone se embarcaron el 16 de noviembre, seis días después de la llegada de Stanley a Ujiji. Recreándose en los conocimientos de mitología griega que había adquirido estudiando por su cuenta, Stanley comparó entusiasmado su «burda canoa tallada en el noble tronco de un mvule» con la nave Argo de Jasón. Se arrimaron a la orilla y Stanley quedó hechizado por la «riqueza del follaje de los hermosos árboles, muchos de los cuales estaban en flor […] que exhalaban una fragancia de una dulzura indescriptible». Las idílicas circunstancias en las que vivía la gente también fueron de su agrado, con sus aldeas de pescadores, sus bosques de palmeras, sus huertas de batatas y sus silenciosas bahías. Aparte de un encuentro con unos nativos que se pusieron a tirarles piedras, pero que fueron amansados por Livingstone al mostrarles la piel blanca de su brazo y preguntarles si les había hecho daño alguien de su mismo color, no sufrieron ningún inconveniente más.

Cuando llegaron al extremo superior del lago el 28 de noviembre, descubrieron que el Rusizi no salía del Tanganica, sino que desembocaba en él. Se trataba de un descubrimiento de primer orden que excluía de un plumazo la posibilidad de que el lago Tanganica fuera una especie de fuente o depósito natural del Nilo. Pero ni siquiera el descubrimiento de que el Rusizi desembocaba en el lago obligó a Burton a retractarse de sus tesis cuando se enteró de la noticia, pues siempre cabía imaginar que hubiera un río que saliera de la margen occidental del lago, desembocara en el Lualaba y luego continuara hacia el norte convertido en el Nilo. Pero pensando de manera realista, lo más probable era que los únicos candidatos serios a ser la fuente del Nilo fueran o el Victoria Nyanza o la cabecera del Lualaba. Sin embargo, la tesis del Lualaba planteaba efectivamente un problema muy serio. La altura que Livingstone había calculado para Nyangwe era de unos seiscientos metros sobre el nivel del mar, idéntica a la que había dado Baker para su lago Alberto. Naturalmente cabía la posibilidad de que una de las medidas o incluso las dos estuvieran equivocadas. Pero si no lo estaban, para soslayar este inconveniente (que excluía toda relación directa entre el Lualaba y el lago Alberto), Livingstone sostenía que el Lualaba podía en pura lógica sobrepasar el lago Alberto por el oeste y enlazar con el «ramal del Nilo de Petherick», el Bahr el-Ghazal.

Así que de vuelta en Ujiji el 13 de diciembre, después de una excursión de quinientos kilómetros que duró menos de un mes, los dos británicos decidieron ir juntos hasta Kazeh. Desde allí, Stanley tenía pensado regresar a la costa y enviar a Livingstone provisiones, pertrechos y hombres escogidos que acompañaran al doctor hasta el Lualaba y bajaran con él por río hasta demostrar que era el Nilo.



Livingstone y Stanley en la desembocadura del Rusizi (grabado incluido en el libro de Stanley, How I Found Livingstone).

Ya cuando iniciaron su viaje a orillas del lago, Stanley anotó en su diario que la actitud de Livingstone hacia él era «benévola y paternal», actitud que le había permitido «pensar [de sí mismo] que era alguien, aunque nunca hasta entonces lo había sospechado». Durante el viaje, Stanley enfermó gravemente y anotó que el doctor «se comportó como un padre, y no podría haber sido más amable». Este aspecto paterno-filial de su relación tenía una importancia enorme para Stanley, pero afectó también a

Livingstone. «Este chico, con lo bueno que es, ha actuado conmigo como un hijo», explicaría en una carta a su hija Agnes. El hijo del doctor, Robert, se había enfadado con él y se había ido a vivir a América bajo un nombre supuesto. Durante la guerra civil Robert había combatido por la Unión y había muerto en la batalla de Gettysburg. Conmovido al escuchar que Stanley también había luchado por la Unión en la misma guerra (naturalmente el joven aventurero se guardó muy mucho de mencionar sus deserciones), Livingstone le pidió que localizara la tumba de su hijo y le pusiera una lápida. Le confió asimismo lo desesperado que se había sentido a la muerte de su esposa. No admitió, sin embargo, que Mary se había vuelto alcohólica durante los años que había permanecido en Inglaterra separada de él con motivo de sus grandes viajes por África. Pero incluso ese grado tan elevado de confidencialidad era sumamente raro en Livingstone.

Stanley se encariñó mucho con esta figura paterna e hizo todo lo posible por convencerlo de que volviera a Inglaterra con él antes de regresar al Lualaba. El doctor podría así ver a sus hijos —la menor de ellos, Anna Mary, tenía sólo doce años— y recuperar a los viejos amigos. Tendría además ocasión de que le ajustaran los dientes y de someterse a una operación de hemorroides. Pero Livingstone no se dejó impresionar por estos argumentos. Si aguantaba otros dieciocho meses en África, podría solucionar el problema de la cuenca del Nilo. Su determinación y su disposición a arriesgar la vida sin quejas ni autocompasión eran virtudes que Stanley respetaba mucho. Pero el joven aventurero quedó horrorizado cuando Livingstone le dijo que no tenía intención de trasladarse directamente a Nyangwe, sino atravesar cientos de kilómetros hacia el sur y rodear el lago Bangweulu y todas las fuentes del Lualaba, como el Lomani, antes de bajar por el río principal en dirección al norte. Stanley se había dado cuenta de que el doctor sufría sus peores «ataques de disentería» cuando se mojaba. De modo que vadear los pantanos del Bangweulu en plena estación de lluvias sería el objetivo más peligroso al que podía enfrentarse.

Cuando llegaron a Unyanyembe y a medida que se acercaba el momento de partir, Stanley empezó a temer que probablemente no volvería a ver a su amigo después de su separación. Sabía que Livingstone no

dudaría en morir en el intento antes que dar marcha atrás. «No estoy hecho para ser un explorador africano […] Detesto cordialmente este país», confesaba Stanley en su diario en noviembre de 1871, y tres meses después reconocía que le daba miedo acabar «bajo el suelo arenoso» de África si volvía alguna vez allí. Así pues, ¿cómo es que Stanley, que no era religioso desde el punto de vista convencional y que desde mediados de noviembre había sufrido ataques de fiebre a razón de casi uno a la semana por término medio, llegó a pensar poco después de su regreso a Inglaterra que, si Livingstone moría, su obligación era acabar la obra del difunto? La respuesta es el amor y la admiración que sentía por el doctor. El impacto que sobre Stanley tuvo este idealista caracterizado por una visión filantrópica de todo un continente —por el que estaba dispuesto a dar la vida— fue descomunal. Ser tratado como un hijo por un hombre tan famoso y singular fue la experiencia culminante de la vida de Stanley.

No es que suspendiera por completo sus facultades críticas, pues poco después de emprender la marcha hacia la costa, Stanley reconocería en su diario que Livingstone no tenía «un carácter tan angelical como yo creía durante mi primer mes de convivencia con él». El doctor lo había sorprendido expresando «un fuerte desprecio» por los misioneros que habían venido a petición suya hasta la meseta del Shire y seis de los cuales habían muerto. Pero Stanley se dio cuenta de que las flaquezas de aquel hombre hacían que sus virtudes resultaran todavía más notables: su valentía, su idealismo, su lucha en defensa de las víctimas del tráfico de esclavos, o su falta de interés por el dinero y el estatus social. Aunque propenso a mostrarse desdeñoso con otros exploradores, Livingstone trató a Stanley, que era periodista, de igual a igual. «Como si yo fuera —decía Stanley asombrado—, de su misma edad o tuviera su misma experiencia». Stanley encontraba adorable esta falta de altanería. Cuando el doctor le habló de los críticos de gabinete que tenía en la RGS y dijo: «Si cualquiera de ellos viniera a África sabría lo que cuesta obtener un mínimo de información exacta sobre un río», Stanley se puso a echar pestes de ellos y a defender a Livingstone.

En el carácter del doctor había efectivamente un lado santurrón, como sin duda alguna ponen de manifiesto sus diarios, y Stanley tuvo la sensación

de que había en él «algo de vidente», además de fijarse en su «heroísmo espartano». Cuando Livingstone le dijo con tristeza: «He perdido mucha felicidad con todo este andar de acá para allá, lo sé. Es como si hubiera nacido para el destierro», Stanley sintió que los unían unos lazos muy fuertes. Su propia vida errante como periodista había supuesto una especie de destierro y le había costado el amor de la mujer con la que había esperado casarse. Abrigaba también una enorme simpatía por la entrega de Livingstone a su trabajo, sintiendo que él también tenía esa misma necesidad: «En mi naturaleza está dedicarme al trabajo duro como en la de otros está dedicarse a los placeres».

Por todos estos motivos y porque la pena que sintió en el momento de la despedida fue, según sus propias palabras, «mayor que cualquier dolor que haya tenido que soportar», presentaría al explorador casi como un santo en su libro How I Found Livingstone, que fue todo un superventas, y esa sería la imagen de él que pasaría a la historia. En el libro Livingstone aparece como un hombre sin tacha, lo mismo que sus servidores, que lo adoraban y habían trabajado largo tiempo para él, aunque Stanley conocía perfectamente su afición a las prostitutas, al robo y al consumo de drogas. Su cariño por Livingstone lo indujo a hacer la vista gorda ante este tipo de cosas, y además sabía que resultaba más conveniente para su relato decir que había encontrado en África a un santo olvidado de todos y no a un hombre solitario y acorralado.

La noche del 13 de marzo de 1872, el día antes de que Stanley emprendiera su marcha hacia la costa, Livingstone le expresó su agradecimiento «sin ahorrar elogios», lo que hizo que el periodista se pusiera a «sollozar [como] un niño sensible de ocho años». Aunque había sufrido «sucesivos ataques de fiebre [y a pesar del] estado de semilocura que a menudo [le] acarreaban», Stanley se dio cuenta, al despedirse de Livingstone, de que sería el «obediente y seguro servidor del doctor en el futuro, si tenía ocasión de probar mi celo». Así pues, la influencia personal de Livingstone había llevado al periodista sediento de fama a encontrar dentro de sí la necesidad de seguir las huellas de su héroe, aunque cuando llegó sano y salvo a la costa, Stanley ya no estaba tan seguro de ello. Que

tuviera o no la oportunidad de desempeñar un papel en la búsqueda de las fuentes del Nilo dependería de la acogida que tuviera en Londres.

21

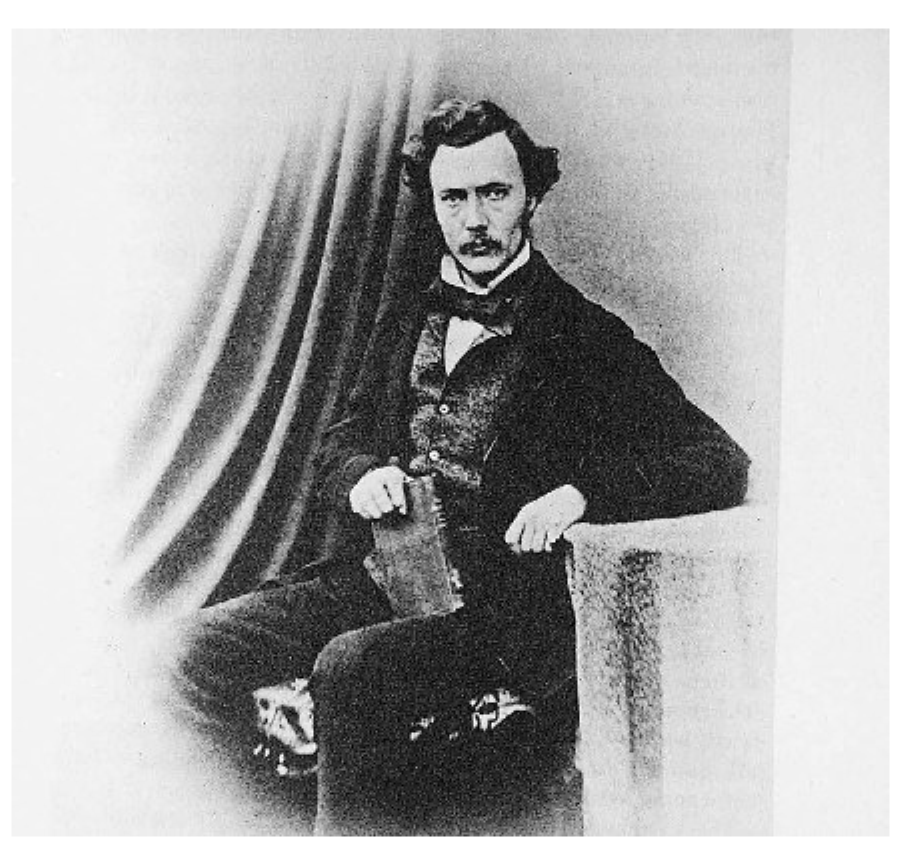
Trillar la paja ya trillada

A su regreso a Inglaterra el 1 de agosto de 1872, Stanley esperaba recibir los elogios y la admiración incondicional del pueblo británico por haber salvado a su héroe. Sin embargo, no tardaría en comprender que la «fama» es algo que hay que «detestar y evitar». En Dover encontró no ya una multitud que lo ovacionaba, sino a un primo hermano y a un hermanastro, ambos vergonzosamente borrachos. En el hotel de Londres estaba esperándolo su padrastro galés, que había acudido a pedirle insistentemente el pago de una pensión. Si su familia le causó una desagradable sorpresa, igualmente desagradable fue la que le causaron sus colegas de la prensa. Muchos se burlaron en los periódicos del absurdo formalismo de las primeras palabras que presuntamente había dirigido a Livingstone, y las risas que provocaron fueron contagiosas. En los escaparates de las sastrerías los maniquíes se preguntaban unos a otros: «¿El doctor Livingstone, supongo?». Más irritante todavía era la forma en la que algunos periódicos afirmaban que su pretensión de haber encontrado al gran explorador era una falsedad. Hasta que los diarios de Livingstone, que Stanley había traído de África, fueron autentificados por el Foreign Office y la familia, la prensa se dedicó a insinuar que su pretensión de que había encontrado al doctor probablemente no fuera más que una superchería.

Pero lo más grave de todo —pues afectaba a sus perspectivas futuras de poder volver a África— fue la hostilidad de la Royal Geographical Society.

Como la RGS había enviado la «expedición de socorro a Livingstone», que acababa de desembarcar en Bagamoyo cuando Stanley ya había logrado ese mismo propósito, el consejo de la augusta institución ignoró por completo a aquel «gacetillero americano» por puro resentimiento. Camino de Londres, Stanley había cometido la imprudencia de atacar a John Kirk, el cónsul británico en Zanzíbar, en un discurso pronunciado en París durante un banquete ofrecido por el embajador americano.

Aunque Kirk había ayudado a Stanley antes de que este emprendiera su viaje, el periodista había localizado en Bagamoyo una gran cantidad de provisiones y pertrechos, comprados para Livingstone con fondos del gobierno británico, que evidentemente habían sido descargados allí y robados por los hombres contratados para portar los sacos y las cajas al interior del país. Según Stanley, Kirk habría debido llevar a cabo inspecciones intermitentes, en vez de descubrir la situación por casualidad en el curso de un viaje al continente con el fin de participar en una cacería. Stanley señaló también que, mientras había estado con Livingstone, el cónsul estadounidense, Francis Webb, le había enviado a él once paquetes de correo, pero que durante el mismo período el doctor no había recibido nada en absoluto de Kirk. John Kirk estaba emparentado por alianza con Horace Waller, que había estado en la meseta del Shire con Livingstone y formaba parte del comité principal de la RGS. Por desgracia para Stanley, *sir* Roderick Murchison había fallecido unos meses antes, y el nuevo presidente, *sir* Henry Rawlinson, era amigo íntimo de Waller y quedó horrorizado cuando este le dijo que Stanley había calumniado a Kirk. Rawlinson hizo la siguiente declaración a los periodistas: «Si ha habido algún descubrimiento y socorro ha sido el Dr. Livingstone el que ha descubierto y socorrido al señor Stanley».



John Kirk.

La publicación de las cartas de agradecimiento de Livingstone puso fin a tanto disparate, pero cuando Stanley pronunció un discurso ante la sección de geografía de la British Association el 16 de agosto en Brighton, Francis Galton, el promotor de la eugenesia, explorador y miembro del comité de la RGS, que presidía la mesa, lo ofendió calificando su discurso de «cuentos sensacionalistas». Preguntó además directamente a Stanley si era galés. En la prensa galesa habían aparecido ya algunos artículos en este sentido, y Stanley los había desmentido todos con tal vigor que varias publicaciones lo llamaban ya «originario de Misuri». Pero sabía que tarde o temprano no podría seguir ocultando sus orígenes de niño criado en un asilo y de hijo ilegítimo, si hombres como Galton se mostraban tan decididos a desacreditarlo y humillarlo. Al final, Livingstone salió en su defensa. Cuando el doctor se enteró de que Kirk había andado diciendo que Stanley se proponía «ganar una fortuna a su costa», dijo a su hijo Oswell que Stanley había sido «cordialmente bienvenido, pues me ahorró dar una

vuelta muy enojosa […] y probablemente me salvó la vida». Además Livingstone no perdonaba a Kirk haber enviado a Manyema esclavos banian en vez de hombres libres.

Mientras tanto Stanley vivía aterrorizado pensando en lo que pudieran hacerle sus enemigos y su propia familia. «Estoy constantemente en vilo como si estuviera a punto de abatirse sobre mí alguna gran desgracia […] He gustado apenas con los labios el sabor de la fama, sustancia por lo demás inútil para mí, pues pueden quitármela en cualquier momento». Un audaz editor de Londres, John Camden Hotten, ya estaba preparando una biografía suya para su publicación, y había entrevistado a su madre y a otros parientes. Stanley escribió inmediatamente a The Times rechazando «todo cuanto [Hotten] pueda contar acerca de mí y los míos». En aquella época poco feliz hizo dos buenos amigos: Edwin Arnold, redactor del Daily Telegraph, y Edward Marston, su editor. Gracias a la influencia de Arnold consiguió una audiencia de la reina Victoria y esta muestra del favor regio indujo a la RGS a recompensarle, aunque a regañadientes, con la medalla de oro del patrono por su viaje al Rusizi en compañía de Livingstone.

Pero los ataques de la prensa y los constantes esfuerzos que se vio obligado a hacer para preservar su identidad americana hicieron que se sintiera sumamente cansado e infeliz. Vio con más claridad que nunca que en realidad África había sido para él un refugio y que probablemente volviera a serlo:

¡Qué contraste supone este mundo [elegante de Londres] con la vida pacífica e inocente de la que gocé en África! Uno me acarrea una cantidad exagerada de dolor secreto. La otra, en cambio, minaba mi fuerza física, pero ensanchaba mi mente y tenía un efecto purificador.

En la inmensidad de África, como dueño y señor de su pequeña cuadrilla —lejos de las mezquindades sociales del norte de Gales, y de la codicia y la crueldad de los esclavistas del profundo sur— se había sentido libre de todo lo que había sido. A cientos de kilómetros de cualquier otro blanco, rodeado de la inmensa selva, con Kalulu, el joven africano al que había salvado de los negreros árabes, con Selim, su joven intérprete sirio, con Uledi y Bombay y los demás criados que cada noche dormían en torno a la gran hoguera del campamento, se había sentido en paz. Con ellos había

conocido que «podía hablar sin temor a que cualquier comentario fortuito fuera lanzado y divulgado entre los lectores». A veces lo habían sacado de quicio y, como era habitual entre todos los viajeros europeos de la época, había tenido que pegarlos como castigo por cometer algún robo o intentar desertar. Pero cuando había zarpado de Bagamoyo, había escrito en su diario: «Me sentí extraño y en cierto modo solo. Mis amigos de color, que habían viajado conmigo durante muchos centenares de kilómetros y habían compartido conmigo tantos peligros, ya no estaban, y yo… yo los había dejado». La idea de regresar a África le resultaba cada vez más atractiva a medida que su desilusión de la vida en la metrópoli se hacía más profunda.

Pero indudablemente el tiempo que pasó en Londres trajo también algo bueno. Había traído a Inglaterra los diarios y los informes de Livingstone, incluida su descripción de la matanza de Nyangwe, justo cuando la Comisión de la Cámara de los Comunes estaba considerando si debía recomendar o no la abolición del tráfico de esclavos de los árabes por mar. Y así lo hizo en septiembre de 1872, en gran medida debido a la llegada de los testimonios de Livingstone. Ante la amenaza de bombardeo de la Marina Real, el sultán de Zanzíbar cerró para siempre el mercado de esclavos de la isla el 5 de junio de 1873. Fue un gran paso hacia la cura de lo que Livingstone llamaba «esta herida abierta del mundo».

Pero ese triunfo tardaría todavía muchos meses en producirse y en octubre de 1872, ocho semanas después de su llegada a Europa, Stanley empezaba a pensar que había cometido un grave error al no aceptar la invitación de Livingstone de navegar con él por el Lualaba. Tanteó a Clements Markham, el secretario de la RGS, que sólo unas semanas antes había intentado en vano denegarle la medalla de oro de la institución. Ahora Markham rechazó su oferta de regresar a África y resolver el misterio de la cuenca del Nilo, olvidando a propósito decirle que la RGS estaba a punto de enviar en ayuda de Livingstone a un joven oficial de la marina, el teniente Verney Lovett Cameron. En cualquier caso Stanley se enteró del proyecto y se sintió lo bastante desesperado como para escribir humildemente a Cameron ofreciéndole sus servicios. Al igual que Markham, Cameron rechazó la oferta de aquel «americano».

Stanley sabía que el New York Herald no iba a enviarlo otra vez a África mientras hubiera la posibilidad de que Livingstone pudiera resolver el misterio por sí solo o con la ayuda de Cameron. En efecto, una vez que Stanley hubo disfrutado de un prolongado descanso y pronunciado unas cuantas conferencias en América, Gordon Bennett le encomendó escribir un informe sobre una campaña militar británica sin mayor relevancia en África occidental. Convertirse otra vez en un corresponsal de guerra normal y corriente resultaba una dolorosa humillación.

El recuerdo de su felicidad con Livingstone lo perseguía a todas horas. «A través de la tenue, brumosa, cálida y densa atmósfera de África me parece estar viendo siempre el anciano rostro de Livingstone, instándome a darme prisa con su tono amable y paternal». Pero Stanley no veía de qué manera podía ayudar otra vez a su amigo. Durante la travesía de vuelta a Gran Bretaña, pensó que todo lo que podía hacer era esperar con impotencia hasta que Livingstone o Cameron resolvieran el misterio del Nilo. Su carrera como explorador del gran río africano parecía acabada. Mientras había estado dando conferencias en Norteamérica había escrito a Louis Jennings, el redactor del New York Times, implorándole que lo enviara de nuevo a África a resolver el misterio de las cuencas del África central. La respuesta de Jennings cayó como el golpe de gracia asestado a todas sus esperanzas: «Pensamos después de una cuidadosa reflexión que otra expedición africana sería como trillar la paja ya trillada. Una segunda empresa de ese estilo posiblemente no podría igualar el éxito de la primera».

22

No hay nada terrenal que me haga abandonar mi trabajo

Antes de abandonar Zanzíbar para emprender su viaje de regreso a Inglaterra, Stanley se había preocupado de seleccionar para David Livingstone cincuenta y seis hombres, veinte de los cuales habían trabajado para él durante su viaje a Ujiji. Había equipado a cada uno de ellos con un mosquete y munición, y también les había proporcionado harina, azúcar, café, té, diversos tipos de alimentos enlatados, cientos de metros de distintas telas y dos burros de montar. Stanley envió a su amigo una carta que refleja los grandes contrastes de su personalidad, combinando en un mismo párrafo palabras que denotan afecto, pero también interés propio, y palabras de exhortación al éxito en su misión por el Nilo.

Mi querido doctor, he conocido a muy pocos hombres a los que aprecie tanto como a usted [...] Inglaterra y América esperan que sus gentes cumplan con su deber. Cumpla con el suyo con la misma persistencia que ha mostrado hasta ahora y regrese a su país, al lado de sus amigos, para ser coronado con el laurel, que yo cumpliré con el mío [...] Por favor, le ruego que no se olvide del Herald. El Herald me estará agradecido por haberle proporcionado un corresponsal como usted.

Livingstone tuvo que esperar casi seis meses a que llegaran los hombres y las provisiones de Stanley. Pero el 9 de agosto de 1872 una avanzadilla de porteadores entraba en Tabora. «No sé cómo expresar todo mi agradecimiento», escribía el doctor en su diario. Con los cinco seguidores que lo acompañaban desde 1866 —Abdullah Susi, James Chuma,

Hamoydah Amoda Mabruki (Nathaniel Cumba) y Edward Gardner—, disponía ya de sesenta y un hombres, algunos de los cuales iban con sus esposas, con sus amantes e incluso con sus esclavos. Pero a pesar de que desaprobara esas costumbres, Livingstone era perfectamente consciente de que nunca había contado con un equipo tan bueno. De hecho, veía sus posibilidades de completar la misión con el optimismo suficiente para escribir a un amigo pidiéndole que le buscara alojamiento en Londres, cerca de Regent's Park —«confortable y digno, pero no excesivamente caro»— y hablara con un dentista «sobre la colocación de una dentadura postiza en el menor tiempo posible».

El día de su cincuenta y cinco aniversario, 19 de marzo, el explorador reiteraba en su diario toda su fe y su confianza:

Jesús mío, Señor mío, mi vida, mi todo; de nuevo me dedico en cuerpo y alma a ti. Acéptame y concédeme, Padre Misericordioso, que antes de finalizar este año pueda terminar mi misión. Te lo pido en el nombre de Jesús. Amén, y que Dios lo permita. David Livingstone.

Su misión consistía en alcanzar el extremo meridional del lago Tanganica —a unos setecientos kilómetros al suroeste—, luego rodear el lago Bangweulu y las «cuatro fuentes de Heródoto» —otros ochocientos kilómetros— y al final, tras identificar y situar en el mapa todas las fuentes del río, poner rumbo al norte navegando por el Lualaba hasta donde la corriente lo llevara.

El 25 de agosto de 1872, Livingstone emprendió su viaje en dirección al lago Tanganica. Hacía un calor abrasador, y prácticamente a la vez comenzaron a ocurrir diversas desgracias. Su mejor burro murió por la picadura de una mosca tse-tse, y también sus diez vacas después de haber sido conducidas por error a un campo infestado de esos terribles insectos. Como la leche era el único alimento que mejoraba su salud cuando tenía diarrea, estos infortunios no auguraban nada bueno. En medio del intenso calor, sus porteadores se agotaban de tanto subir y bajar los valles que rodean la costa meridional del lago Tanganica. Sus pies no tardaron en abrasarse y llenarse de ampollas por culpa del terreno que pisaban. A mediados de octubre el propio Livingstone tenía fiebre y disentería, y tres semanas después comenzaron las hemorragias anales. Ante la inminencia

de la estación de las lluvias, habría debido abandonar su plan de rodear el lago Bangweulu y los pantanos circundantes, pero en el pasado ya había estado tan enfermo como en aquellos momentos, y vivido en peores condiciones, por lo que no vio ningún motivo para no seguir adelante.

En noviembre, la grave escasez de alimentos obligó a Livingstone a abandonar su plan de dirigirse al este y luego al sur del Bangweulu, pues los nativos de la zona le informaron de que en aquella dirección encontraría menos comida aún. De modo que siguió a su guía local, que lo condujo directamente al extremo septentrional del lago justo cuando comenzaron las lluvias. Para realizar este viaje de más de doscientos setenta kilómetros tardó un mes, y tuvo suerte de no tardar más, pues los ríos se desbordaban y era necesario recurrir a las canoas para atravesar los más grandes. Por desgracia, cuando había visitado el lago en 1868, una avería en su cronómetro había impedido que pudiera realizar un cálculo preciso de las longitudes, haciendo que el lago pareciera mayor de lo que en realidad era. Así pues, Livingstone creía encontrarse mucho más al este de la posición a la que el guía decía que lo había traído, por lo que pensó que el hombre mentía y se negó a seguir sus consejos para rodear el lago. En vez de marchar hacia el noroeste, como indicaba el guía (y que en poco tiempo, avanzando por la costa occidental del lago, lo habría llevado directamente al Luapula), puso rumbo al este, dispuesto a ignorar en un futuro cualquier consejo de los africanos. Su decisión tendría trágicas consecuencias.

Cuatro años antes el famoso explorador había establecido que el lago tenía una anchura de casi doscientos cincuenta kilómetros de este a oeste, cuando en realidad sólo tiene cuarenta, con una vasta región pantanosa al este, que se extiende a lo largo de unos ciento sesenta kilómetros. Cuanto más avanzaba hacia el este, más confuso estaba. Esperaba encontrar agua, pero sólo veía juncales y barro. Cuando pudo realizar nuevos cálculos más precisos, esta vez con un cronómetro en perfecto funcionamiento, se negó a creérselos porque eran muy distintos a los deducidos en 1868 en unas condiciones climatológicas mucho mejores. Llegó a la conclusión de que el agua había estropeado los reflectores de su sextante.

Avanzaron fatigosamente hacia el este durante todo el mes de enero de 1873, antes de girar hacia el sur en dirección al Chambesi (recorriendo poco

más de tres kilómetros al día). La salud de Livingstone seguía empeorando debido al frío y a la humedad, así como a la mala alimentación. El explorador ya estaba demasiado débil para vadear ríos y arroyos. El día 24 escribía:

Cruzar uno de los grandes y profundos ríos llenos de juncáceas cargando conmigo resulta una misión verdaderamente difícil […] En la primera fase, el agua le llegaba a Susi hasta la boca y mojó mi silla y mis piernas. Detrás de nosotros, un hombre sostenía en alto mi pistola, entonces fueron pasando [los porteadores] uno a uno, y cuando uno de ellos se hundió en el hoyo que había dejado la pisada de un elefante, fueron necesarios dos hombres para levantarlo.

Poco después, Livingstone fue atacado por las sanguijuelas, que se agarraron a su carne «con tanta fuerza como la viruela», aunque, como naturalista que era, aprovechó la experiencia para observar la forma y el tamaño de sus mandíbulas. Las anotaciones que escribió en su diario durante aquellos angustiosos días no contienen lamentaciones ni palabras de autocompasión. La descripción de todo lo que observa a su alrededor es tan detallada como de costumbre.

Atrapado en medio de una lluvia torrencial, que me obligó, exhausto como estaba, a permanecer sentado debajo de un paraguas durante una hora […] Mientras permanecía allí sentado bajo la lluvia, una pequeña rana arborícola de poco más de un centímetro de longitud saltó sobre una hoja de hierba y empezó a croar con tanta fuerza como muchos pájaros, emitiendo un dulce sonido; resultaba sorprendente escuchar tanta música de un músico tan diminuto. Bebí un poco de agua de lluvia porque me sentí mareado; en los caminos el agua cubre prácticamente hasta la rodilla.

A partir de ese momento la pérdida de sangre comenzaría a afectar sus ideas. Empezó a obsesionarse cada vez más con el Nilo y las cuatro fuentes de Heródoto, y a escribir incluso borradores de comunicados dirigidos al ministro de Exteriores como si ya las hubiera encontrado, omitiendo sólo las fechas y las posiciones geográficas. «Tengo el placer de informar a Su Excelencia de que el día [espacio] conseguí por fin llegar a sus cuatro famosas fuentes, y de que cada una de ellas, a no mucha distancia una de otra, se convierte en un gran río […].» Pero, mientras oía caer la lluvia y los

chillidos del pigargo vocinglero, le asaltaban viejas dudas, dudas relacionadas con la altura del Lualaba a su paso por Nyangwe. ¿Acaso se encontraba en la fuente del Congo en lugar de la del Nilo? Enseguida descartó esta posibilidad y dedicó toda la energía que le quedaba a la adquisición de unas canoas que le condujeran hacia el sur a través de los pantanos. Cuando caía la noche, el doctor y sus hombres se cobijaban debajo de las canoas volteadas para protegerse de la lluvia, pues con su fuerza el viento les había arrebatado las tiendas de las manos. «Un hombre colocó mi cama en el pantoque, por lo que pasé la noche resguardado de la lluvia».

El 25 de marzo, Livingstone escribía: «No hay nada terrenal que me haga abandonar mi trabajo presa de la desesperación. Encuentro fuerzas en Dios, mi Señor, y sigo adelante». Al día siguiente Livingstone y su séquito cruzaron el Chambesi, que desembocaba en el lago Bangweulu por el este y que posteriormente se confirmaría como la fuente más lejana del Lualaba. Una esclava, propiedad de Hamoydah Amoda, uno de los viejos seguidores de Livingstone, murió ahogada durante la travesía por el río. El 10 de abril, Livingstone reconoció por fin la gravedad de su estado: «Estoy pálido, desangrado y débil después de padecer tantas hemorragias desde el 31 de marzo pasado: una arteria descarga un gran flujo de sangre y me arrebata las fuerzas. ¡Oh, cómo anhelo que el Todopoderoso me permita terminar mi trabajo!».

Al final, el grupo llegó a tierra más firme, dejando atrás los interminables pantanos, y puso rumbo al suroeste. Aunque a Livingstone le había gustado que cargaran con él para cruzar las corrientes fluviales, detestaba que lo hicieran cuando avanzaban por tierra firme, pero era evidente que cualquier esfuerzo lo mareaba, y no le quedó más remedio que aceptarlo. Cuenta que el chillido del pigargo vocinglero le parecía «de otro mundo». «Lo emite con voz aguda de falsete, muy alto, y parece que esté llamando a alguien que habita en el otro mundo».



Livingstone viajando por los pantanos semanas antes de su muerte (grabado incluido en su libro The Last Journals).

En aquellos momentos se encontraba al sur del Bangweulu y avanzaba, dibujando un gran arco, por la costa meridional del lago, como había esperado poder hacer en noviembre. Pero en noviembre tenía todavía fuerza suficiente para cumplir alguno de sus objetivos, y en aquellos momentos todo había cambiado irremediablemente. Livingstone estaba muy enfermo y lleno de dolores, y atribuía sus males a la fiebre. «Las hemorragias y casi todos los achaques en este territorio son formas de ella». El 19 de abril, «aunque "excesivamente debilitado" e incapaz de dar un paso», consiguió montar durante una hora y media el último burro que le quedaba vivo. Aquella noche escribiría un comentario sublime, no exento de ironía: «En esta expedición no todo son placeres».

Al día siguiente realizó sus últimas observaciones detalladas, aunque seguiría anotando el número de horas que caminaban cada día. El 21 de abril cayó de su burro, y tuvo que ser trasladado a una choza de una aldea cercana. A pesar de su flaqueza física, mandó a sus hombres que le pidieran al jefe de la tribu unos guías para el día siguiente. La muerte estaba próxima, pero el famoso explorador se negaba a admitirlo. Veinte años atrás había escrito: «Si Dios ha aceptado mis servicios, entonces mi vida está

protegida hasta que concluya mi trabajo». Y era evidente que no había concluido aún su trabajo. El 25, después de viajar durante cuatro días echado en una litera, Livingstone, moribundo, reunió a varios nativos y preguntó si alguno había oído hablar de una colina con cuatro fuentes en sus inmediaciones. Para su consternación, todos negaron con la cabeza. La última anotación que aparece en su diario fue escrita el 27 de abril. Dice así: «Completamente extenuado; me quedó aquí (debo reponerme). He mandado comprar unas cabras lecheras. Nos encontramos a orillas del río Molilamo». Pero no encontraron ninguna cabra, y Livingstone no pudo tomar el sorgo molido que le prepararon.

El día 29, sorprendentemente, ordenó a sus hombres que desmantelaran su cabaña para poder colocar la litera encima de la cama. No habría podido dar ni un paso, y, sin embargo, mientras hubiera vida, estaba firmemente determinado a seguir con la búsqueda de las fuentes. De nuevo, sus hombres estaban dispuestos a cargar con él. Pero para cruzar los ríos había que subirlo a una canoa, y los dolores que sentía Livingstone en la espalda, debido a la presión que ejercían en su cuerpo las manos de los que lo levantaban, eran atroces. Como veremos más adelante, tenía un coágulo de sangre del tamaño de un puño que le obstruía el intestino grueso. En aquellos momentos se encontraban a unos ciento diez kilómetros al sur del Bangweulu, en la aldea de un jefe llamado Chitambo. Era el final del viaje. En este poblado sus hombres construyeron una cabaña, fabricaron con palos un armazón para levantar del suelo su cama de arpilla y paja, y colocaron su botiquín en una caja junto al lecho.

Livingstone se pasó buena parte del día 30 dormitando, pero al atardecer el Nilo todavía dominaba sus pensamientos. «¿Es el Luapula?», preguntó de repente a Susi. El Luapula es el río que une el Bangweulu con el lago Moero y el Lualaba. Susi le dijo que aún estaban a tres días del Luapula. «¡Ay, Dios mío!», suspiró, y luego se quedó dormido. Aquella noche, Majwara, el muchacho encargado de vigilar a Livingstone, se durmió y no se despertó hasta tres o cuatro horas después.

A las cuatro de la madrugada, el joven irrumpió en la cabaña de Susi y le rogó que viniera inmediatamente. Un débil haz de luz iluminaba la entrada de la choza. Una vela, cuya cera la mantenía firmemente sujeta en

lo alto de una caja, seguía encendida. Livingstone estaba medio vestido, arrodillado junto a la cama y con la cabeza apoyada en la almohada. Parecía que estuviera rezando. Susi y los demás no entraron de golpe, sino que aguardaron a la espera de algún movimiento. Como ese movimiento no se producía, se decidieron a entrar, y uno de ellos tocó al hombre arrodillado en la mejilla. Estaba prácticamente helado. David Livingstone llevaba muerto varias horas.

Es probable que pocos de los acompañantes de Livingstone, por no decir ninguno, entendieran por qué había arriesgado, y de hecho sacrificado, su vida en un vano intento de establecer la relación existente entre el lejano Nilo y unos ríos y lagos muy distantes unos de otros. Como le ocurriera al jefe que lo ridiculizó contestando con desprecio a sus insistentes preguntas sobre el Lualaba: «Es sólo agua», posiblemente a ellos también les pareciera incomprensible aquella obsesión, sobre todo teniendo en cuenta la tragedia que había supuesto para él. Pero sus hombres sabían reconocer el valor y la determinación cuando los veían, y respetaron a Livingstone como hombre extraordinario.

La leyenda cuenta que Chuma y Susi, dos de sus más fieles servidores, convencieron a los otros para que los ayudaran a trasladar el cuerpo de Livingstone hasta la costa. Esta versión de los acontecimientos está muy influenciada por el hecho de que ambos fueran llevados a Inglaterra por un acaudalado filántropo para que ayudaran a Horace Walter a publicar el volumen The Last Journals of David Livingstone in Central Africa. Por lo visto, lo que ocurrió en realidad fue más sorprendente. La decisión de correr el riesgo de trasladar el cuerpo de Livingstone hasta la costa —a pesar de que era muy posible que en el camino fueran acusados de brujería— se tomó, al parecer, después de que un número mucho mayor de africanos alcanzaran un consenso. El nombre de Chuma no figuraría entre los que fueron grabados en el árbol junto al que los criados africanos del explorador enterraron el corazón y los demás órganos de su patrón. Sin embargo, los nombres de Chowpereh y de Manwa Sera, que habían acompañado a Stanley a Ujiji y habían sido elegidos por este para trabajar para Livingstone en su último viaje, aparecían en el árbol junto con el de Susi. Ellos tres habían sido nombrados «jefes de sección» por Livingstone.

Chowpereh y Manwa Sera se mantendrían activos y entrarían al servicio de Stanley en calidad de capitanes durante el gran viaje que este realizó a través del continente africano diez años después, y Susi también trabajaría para él en el Congo a comienzos de la década de 1880. Los nombres de estos tres hombres fueron grabados por Jacob Wainwright, que había estudiado en Nasik con los otros cinco discípulos de la escuela de la misión de Bombay elegidos por Stanley para acompañar a Livingstone. A diferencia de Chuma y Susi, que eran musulmanes, estos individuos eran cristianos, al menos por la educación que habían recibido, y probablemente desempeñaran un papel importantísimo en los acuerdos que se alcanzaron. Uledi y Mabruki también eran veteranos. Ya habían prestado sus servicios a Grant y a Speke, así como a Stanley, para el que volverían a trabajar. De modo que en el grupo de africanos que se reunió alrededor de la cabaña que ellos mismos habían construido en el poblado de Chitambo figuraban algunos de los jefes de caravana y de los capitanes de expedición con más experiencia de toda África, hombres capaces de demostrar sus numerosos conocimientos y su gran talento una y otra vez. Teniendo en cuenta las increíbles penalidades que caracterizaron el último viaje de Livingstone a través de los pantanos del Bangweulu, resulta harto sorprendente que ninguno de esos hombres desertara.

Tal vez el interés personal y la esperanza de una recompensa tuvieran algo que ver con la decisión que tomaron, pero parece más probable que su principal motivación fuera honrar a un gran hombre, trasladando su cadáver para entregarlo a los suyos, junto con los diarios y los cuadernos que con tanto mimo había llenado de anotaciones. Tras la muerte de Livingstone, el primer paso de estos hombres fue ocultar al jefe Chitango la noticia y obtener su autorización para construir una choza en una palizada a las afueras del poblado. La nueva estructura carecía de techo para que el sol secara el cuerpo de su patrón después de que le hubieran extraído los órganos para enterrarlos. Fue mientras realizaban esta lúgubre tarea cuando descubrieron la presencia de un coágulo de sangre de varios centímetros de grosor en su intestino grueso, una obstrucción que debió de provocarle un dolor insoportable. Había dejado de llover, por lo que, tras echar sal en el tronco abierto, pudieron aprovechar el calor del sol para secar el cadáver

durante dos semanas. Al final, el cuerpo del explorador fue recubierto de corcho y envuelto en un gran pedazo de lona. El olor a putrefacto no los dejaba comer, y para intentar disimularlo, untaron de brea todo el conjunto.

Los hombres de Livingstone tardaron cinco meses en llegar a Zanzíbar. Diez de ellos habían fallecido de enfermedad, y en una ocasión tuvieron que empuñar las armas para defenderse de los guerreros de un poblado hostil. En Unyanyembe se encontraron con el teniente Verney Lovett Cameron, que había sido elegido por la RGS en lugar de Stanley para dirigir una expedición con el objetivo de colaborar con Livingstone y resolver el enigma del Nilo. Incapaz de saber ver la grandeza y el significado de lo que estaban haciendo los hombres que trasladaban el cuerpo de Livingstone, Cameron les aconsejó que no corrieran más peligros con los supersticiosos jefes que podían encontrarse en el camino y que enterraran de una vez el cadáver del explorador. Pero ellos rechazaron cortésmente su sugerencia. Entonces el teniente les dijo que le entregaran los instrumentos geográficos de Livingstone para que sus hombres pudieran utilizarlos. Para impedir cualquier posible robo, Jacob Wainwright había elaborado un minucioso inventario de todas las pertenencias de Livingstone. Los viejos servidores del doctor no querían desprenderse de los sextantes y los cronómetros de su difunto patrón, pero el hombre blanco insistió, y al final cedieron.

John Kirk se había ausentado de Zanzíbar, y el cónsul en funciones, el capitán W. F. Prideaux, abonó a los hombres de Livingstone sus correspondientes salarios, pero no les dio ninguna paga adicional en recompensa por su actuación. Para unos individuos como Susi, Chuma, Gardner y Amoda, aquello fue una decepcionante conclusión a ocho años de servicios. Pasaría un año hasta que la RGS se decidiera a conceder una medalla a estos hombres, pero para entonces se habrían dispersado, y muy pocos llegarían a recibirla. Los que lo hicieron es muy probable que hubieran preferido un obsequio en forma de unos cuantos metros de tela, abalorios y ganado. Cuando Chuma y Susi llegaron a Inglaterra gracias a la generosidad de un amigo de Livingstone, James Young, el inventor de la parafina, ya se había celebrado el funeral del explorador en la abadía de Westminster. Sólo Jacob Wainwright, cuya colaboración y amistad con el famoso explorador no había sido ni mucho menos tan estrecha, logró llegar

a Gran Bretaña a tiempo para el funeral después de que la Church Missionary Society pagara su pasaje.

23

¿Dónde estarás?, ¿muerto o todavía buscando el Nilo?

Stanley oyó hablar por primera vez de la muerte de Livingstone en la isla de St. Vincent durante su viaje de vuelta desde África occidental a Inglaterra, y recibió la confirmación oficial cuando llegó a Londres el 17 de marzo de 1874. El cadáver de su mentor se hallaba todavía de camino a Southampton. Afligido por la noticia, Stanley escribió una carta a Agnes, la hija de Livingstone, de veintisiete años, asegurándole que no había habido «nunca hija más profundamente amada que usted […] ¡Cuánto la envidio por haber tenido un padre semejante! La herencia más grande que un padre puede dejar a sus hijos es un nombre honrado». Pero Stanley creía además que el doctor le había legado también a él algo que tenía una importancia inmensa. «La finalización de los descubrimientos de su padre —decía a Agnes—, [es] una especie de legado que me ha dejado Livingstone». El relato de la muerte solitaria de Livingstone y su negativa a dejar de trabajar después de largos meses de angustia y de lucha conjuraba unas imágenes potentísimas de autosacrificio y de entrega al deber. A ojos de Stanley, la labor geográfica de la apertura de África al mundo formaba parte también de una obligación moral en sentido lato que describía con gran sentimiento en el obituario que escribió para el Graphic:

Aunque el corazón de Livingstone […] haya dejado de latir, su voz resuena con toda claridad […] Nos ha dejado un riquísimo legado, la lucha contra el perverso horror del tráfico de esclavos […] y ha dejado a los países civilizados de Europa y América la obligación de aplicar, como

pastores del mundo, sus cuidados y su protección a las razas oprimidas de África.

Aunque Stanley sintiera una gran tristeza en su despacho del New York Herald en Londres, mientras cumplía con su obligación de cubrir la muerte de Livingstone, lo espoleaba la idea de que la obra inacabada del doctor suscitaba de nuevo interés periodístico. Ahí estaba la gran oportunidad de Stanley de escapar de los desdeñosos esnobs de la RGS, de las garras de su madre y su padrastro, de Katie Roberts, que por dinero había mostrado sus cartas de amor a un editor sin escrúpulos, y sobre todo de la falsa ilusión de que la fama y la riqueza pudieran darle la felicidad. Sus esperanzas de dicha en el futuro radicaban en trabajar por un gran objetivo, «por la satisfacción de mi propio espíritu», como él decía. En el fondo de la educación cristiana de las iglesias no conformistas que impartía el asilo de St. Asaph estaba la idea de redención por el sufrimiento, de la transformación en un hombre nuevo. ¿Y qué era lo que con más probabilidad podía conseguir esa reconversión sino el aislamiento, las privaciones y el dolor que tendría que soportar mientras terminaba la obra de su héroe, David Livingstone? «No he sido enviado a este mundo para ser feliz. Fui enviado para llevar a cabo una labor especial», escribiría veinte años después.

Aunque la muerte de Livingstone —y su entierro en la abadía de Westminster, en el que él había sido uno de los que habían portado el féretro — no determinó el curso futuro de la vida de Stanley, sin duda reforzó su determinación de resolver el problema del Nilo. Se enfrentó a los propietarios del Daily Telegraph y del New York Herald con un espíritu tan positivo que cada uno de ellos ofreció seis mil libras esterlinas para sufragar los costes de la resolución de aquel antiquísimo misterio. El viaje que esbozó ante ellos iba a ser el más ambicioso que hubiera intentado nunca un explorador. Primero tenía intención de circunnavegar el lago Victoria en una embarcación portátil para ver si era una única masa de agua y la fuente primaria del río que salía de él por las cataratas Ripon de Speke. Quizá resultara que existían tres o más lagos de menor importancia, tal como había pronosticado Burton. Luego pensaba recorrer el lago Tanganica para ver qué otros ríos —además del Rusizi— desembocaban en él y salían de él. Esperaba de ese modo dilucidar de una vez por todas si el Tanganica

formaba parte o no del sistema fluvial del Nilo. Finalmente tenía pensado intentar navegar por el Lualaba desde el punto en el que lo había dejado Livingstone en Nyangwe, para ver si era el Alto Nilo o el Congo: se trataba potencialmente de un viaje de casi doce mil kilómetros, que dejaría pequeñas a todas las expediciones africanas anteriores.

Justo cuando empezaba a proyectar detalladamente este viaje épico, Stanley se enamoró de una joven heredera caprichosa. Alice Pike tenía diecisiete años y era hija de uno de los hombres más ricos de América, propietario de fincas, destilerías y dos teatros de ópera. Stanley conoció a Alice cuando ambos se alojaban en el selecto hotel Langham de Londres. Aunque la doblaba la edad, el explorador se enamoró de ella, pidió su mano y su propuesta fue aceptada. A pesar de todo, pensaba que Alice era «justo lo contrario de mi esposa ideal […] Por guapa, elegante, etc., que pueda ser, no tiene corazón y es una coqueta redomada». Dado su carácter sensible, Stanley se arriesgaba a vivir una catástrofe sentimental y lo sabía.



Alice Pike.

Mientras él de dedicaba a perseguir a Alice, había decenas de caballeros y oficiales que se dedicaban a perseguirlo a él con la esperanza de ser admitidos en su expedición. Pero los «caballeros» de la RGS ya se habían encargado de que escogiera a compañeros de clase trabajadora. Los tres que había seleccionado eran los hermanos Pocock, Frank y Edward, pescadores de ostras de Medway, encargados de cuidar el yate del redactor del Daily Telegraph, y Frederick Barker, un empleado del hotel Langham, que había estado insistiendo y dándole la lata hasta que lo había contratado. Ninguno de los tres había estado nunca fuera de Inglaterra. Kalulu, el joven esclavo al que Stanley había rescatado y enviado a la escuela en Wandsworth, se enteró de que iba a regresar a su país como ayuda de cámara de su señor. Naturalmente sabía todo lo que había que saber sobre África y no estaba muy seguro de querer volver. Estos cuatro individuos, cuyas dotes de aventureros eran bastantes dudosas, estaban a punto de embarcarse en uno de los viajes más grandes de todos los tiempos. No parece muy probable que Stanley les recordara la suerte que habían corrido Shaw y Farquhar durante su último viaje, ni la muerte de los dos compañeros blancos de Cameron, de la que se había informado recientemente.

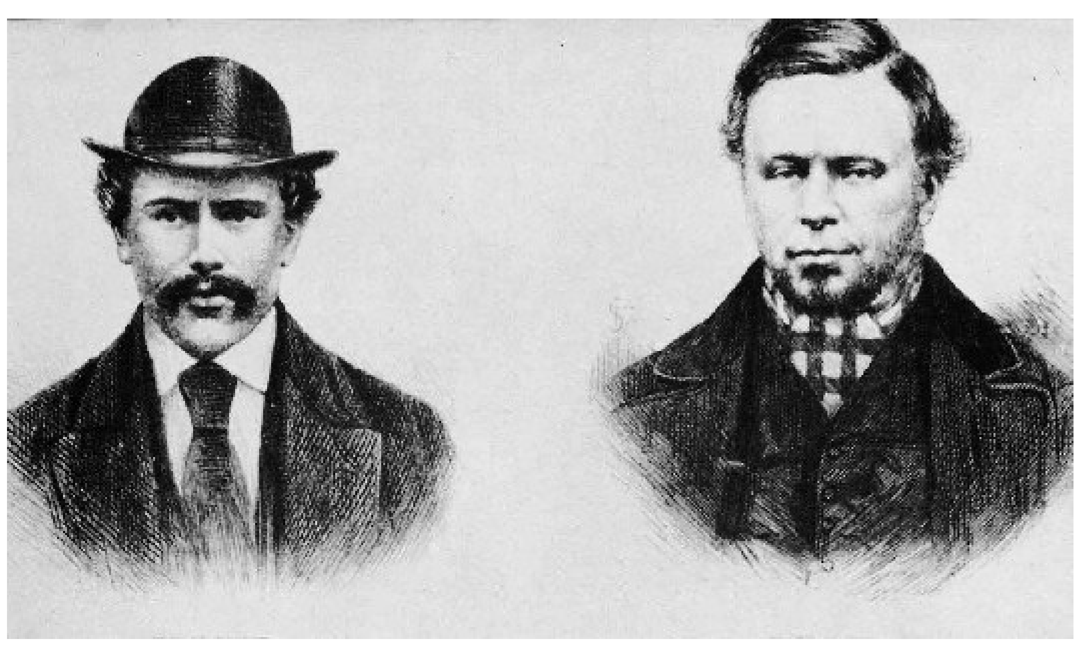
Al llegar a Zanzíbar, la contratación de porteadores, intérpretes, guardias y criados africanos se convirtió en la principal prioridad de Stanley. Aquellos hombres iban a ser mucho más importantes para su supervivencia que el trío de europeos inexpertos. Tuvo así el placer de que Mabruki Speke, Chowpereh, Uledi y Ferajji, que lo habían acompañado ya a Ujiji, quisieran prestarle de nuevo sus servicios. También se mostró deseoso de ir con él Manwa Sera, que junto con Chowpereh había sido el jefe de la cuadrilla que Stanley había enviado para que se uniera a Livingstone en su última expedición. Todos estos africanos eran de la etnia wangwana —los negros de condición libre de Zanzíbar—, originariamente obligados a abandonar su ambiente tribal con coacciones o engaños por los traficantes de esclavos y marfil que operaban en el interior del continente. Stanley los consideraba «listos, honestos, industriosos, dóciles, emprendedores, valientes y morales».

El 17 de noviembre de 1874, se adentró en el continente al frente de una cuadrilla de doscientas veintiocho personas, entre las que había dieciséis

mujeres, entre esposas y amantes de sus capataces africanos, y diez niños. El primer objetivo de la expedición era llegar al Victoria Nyanza, a mil doscientos kilómetros de distancia, y circunnavegarlo. Como hiciera ya al describir su viaje para encontrar a Livingstone, exageró las cantidades cuando escribió acerca de esta nueva expedición, afirmando que llevó consigo al interior del continente a trescientas cincuenta y seis personas. Una vez más lo único que conseguiría con ello sería restar valor a su hazaña e inducir a los historiadores a verlo como un paradigma completamente nuevo de explorador, provisto de unos recursos humanos, armamentísticos y de otro tipo ilimitados. Para llegar al Nyanza, Stanley decidió abrir una ruta directa nueva, en vez de hacerlo vía Tabora. Las lluvias dieron comienzo en diciembre y los hombres no tardaron en empezar a resbalar y a caerse por el sendero arcilloso bajo el peso del cargamento de treinta kilos que portaba cada uno. En enero de 1875, la expedición había llegado a una meseta interminable cubierta de acacias enanas, mimosas y gomeros, que exhalaban un olor espantoso. No había unos árboles más altos que otros, y el bosque era tan denso que resultaba imposible evitar las espinas y las ramas cortas que constituían una seria amenaza para los ojos y las caras en general. En la selva no había animales que cazar y, lo que era peor, parecía que tampoco había agua. Al cabo de ocho días en aquel ambiente infernal, cinco hombres murieron de deshidratación y otros cuatro se debilitaron tanto que quedaron rezagados y no hubo forma de volver a encontrarlos.

Cuando por fin salieron a un paisaje de campos cultivados y ganado, los acompañantes de Stanley pensaron que se habían salvado. Pero no tardaron en comprobar que los nativos del país, de la tribu wanyaturu, no se les acercarían como no fuera «llevando una cantidad prodigiosa de armas: lanzas, arcos y flechas, y cachiporras». Edward Pocock contrajo la viruela y murió, mientras el jefe de los nativos los instaba a abandonar su territorio bajo amenazas. Stanley celebró los oficios fúnebres con voz temblorosa, y Frank Pocock permaneció todo el tiempo a su lado llorando ante la tumba de su hermano. Frederick Barker, intendente y escribano de Stanley, enfermó gravemente con fiebres, pero los guerreros wanyaturu no estaban dispuestos a permitir que los intrusos siguieran por más tiempo en su territorio. Incluso cuando un porteador de los que iban en la retaguardia fue

muerto a hachazos y despedazado, Stanley insistió en que no se llevara a cabo ningún intento de venganza. Pero cuando otro de sus hombres fue apuñalado y cerca de cien nativos se pusieron a lanzar flechas contra su campamento, dio permiso para infligirles un castigo. En el combate que se desencadenó, sus hombres desobedecieron sus órdenes y salieron en persecución de sus atacantes, matando a seis wanyaturu, pero perdiendo a tres de los suyos heridos con flechas envenenadas. Otros quince se perdieron y no volvieron a ser vistos nunca más. Al término de aquella desastrosa escaramuza, habían desaparecido veintidós integrantes del grupo, presumiblemente muertos. Cuando la caravana llegó al lago Victoria el 27 de febrero de 1875, Stanley había perdido a sesenta y dos hombres de los doscientos veintiocho con los que había emprendido la marcha, unos por enfermedad, otros por deserción y otros muertos a manos de los nativos hostiles. A ese paso, tenía miedo de que no le quedara nadie mucho antes de que concluyera su viaje. Pero poco después de aquel triste suceso, vio a Frank Pocock bajar corriendo de lo alto de una colina mientras gritaba: «¡He visto el lago, señor, y es enorme!».



Los hermanos Pocock, Edward (a la izquierda) y Frank (derecha).

Aunque la moral de los hombres de Stanley subió mucho tras la consecución de su primer objetivo, él estaba muy deprimido a consecuencia de sus preocupaciones personales. Antes de abandonar Zanzíbar, había recibido ciertas cartas poco tranquilizadores de su prometida, Alice, que lo acusaba de ser «realmente mezquino a la hora de escribir» y le anunciaba que estaba «realmente muy enfadada con África», pues sus cartas tardaban mucho en llegar a sus manos. Como la joven insistía en que precisara cuándo pensaba volver, tuvo que admitir en una carta enviada desde Zanzíbar que su viaje podía durar tres años en vez de los dos que le había dicho cuando habían estado juntos en Inglaterra. No le resultó muy agradable leer la respuesta de la joven: «Y supón que para entonces no estás ya en casa. ¿Dónde estarás?, ¿muerto o todavía buscando el Nilo?». La posibilidad de que Alice no lo esperara lo llenaba de malos presagios, hasta tal punto que llegó a decir a un periodista amigo suyo que en aquellos momentos sintió una «total indiferencia por lo que pudiera depararle el destino».

Desde luego su plan de circunnavegar el lago en el *Lady* Alice, de siete metros y medio de eslora, acompañado de once remeros y un guía, era sumamente audaz. Sobre todo tras comprobar que recorrían el lago chalupas de negreros árabes que hacían que todos los nativos de la zona se mostraran contrarios a los extranjeros. Adentrándose en las aguas del Nyanza, Stanley corría realmente el riesgo de verse rodeado de canoas hostiles. Pero no podía pensar en cartografiar el lago viajando por tierra, a menos que dedicara un año o más sólo a esta tarea. De modo que tendría que ser en barco, aunque por la noche sus hombres y él se verían obligados a dormir en tierra, exponiéndose al ataque de los nativos. Además, al ser el único blanco de la embarcación (Frank Pocock se había quedado al mando del campamento base de la expedición a orillas del lago), Stanley podía imaginar que sus hombres lo asesinarían si se amotinaban. Pero, al mando de Wadi Safeni y Uleni, su piloto, creía que su tripulación no sólo iba comportarse con lealtad, sino incluso con una intrepidez excepcional. «Sus nombres —declaró—, habría que escribirlos con letras de oro».

Los nativos de Kagehyi (Kayenzi), el primer punto del lago al que llegó la expedición, advirtieron a sus remeros que encontrarían «hombres

provistos de cola; enormes y feroces perros de la guerra; caníbales que se deleitaban sobre todo comiendo carne humana». Les dijeron también que el lago era tan enorme que quizá tardaran dos años en reconocer sus orillas, y que probablemente fueran pocos los que lograran sobrevivir tanto tiempo. Dice mucho de la capacidad de liderazgo de Stanley el hecho de que sus hombres estuvieran dispuestos a embarcarse con él el 7 de marzo.

Lo cierto es que mientras navegaba hacia el norte ciñéndose a la ribera oriental del lago, el *Lady* Alice fue capturado por trece canoas y Stanley sólo pudo organizar la huida disparando contra una de esas embarcaciones, causando su hundimiento, y matando a tres hombres. Cuando Stanley llegó por fin al extremo nororiental del lago el 27 de marzo había determinado que este medía de norte a sur más de trescientos kilómetros. Sus hombres y él habían recorrido en total más de ochocientos kilómetros, aprovechando en gran medida los vientos del sur que les habían permitido navegar a vela, y no a remo, durante la mayor parte de la travesía, a razón de casi cuarenta kilómetros diarios. Y eso a pesar de tener que superar varias terribles tormentas tropicales.

En general Stanley cartografió el lago bastante bien. Sus dos errores más graves fueron pasar por alto la engañosa entrada al enorme golfo de Kavirondo, y no llegar lo bastante cerca de la costa como para calibrar las verdaderas dimensiones del extremo suroccidental del lago. Pero a finales de marzo ya había demostrado que Burton, Schweinfurth y el facundo geógrafo de gabinete James Moqueen se habían equivocado de medio a medio al afirmar que el Nyanza no era una sola masa de agua. Sospechando desde el primer momento que sí lo iba a ser, Stanley había bautizado a la espaciosa bahía situada en el extremo suroriental golfo de Speke. Durante su viaje a lo largo de la ribera oriental del lago no encontró ninguna salida natural del agua; y la primera con la que se topó cuando llegó al extremo nororiental del lago fueron las cataratas Ripon de Speke.

El 28 de marzo, una vez allí, Stanley ordenó a sus hombres arriar las velas y remar hasta las cataratas, «el ruido de cuyas aguas al precipitarse resonaba con gran estruendo y claridad en nuestros oídos». Stanley dijo a los lectores del New York Herald que «Speke había sido sumamente preciso en su descripción del río que nacía del lago». Pero ni en este informe ni en

su diario identificó taxativamente este río con el Nilo: a lo más que llegó fue a llamarlo «el gran río que sale [sic] en dirección norte».

Naturalmente siempre cabía la posibilidad de que el Lualaba se uniera al Nilo al norte y al oeste del lago Alberto (de hecho eso era lo que Livingstone creía), y Stanley estaba decidido a seguir esta posibilidad a su debido tiempo. Pero de momento, la afirmación de Speke de que el Nilo Blanco salía del Victoria Nyanza era una tesis que Stanley se tomaba muy en serio.

El 4 de abril de 1875 el *Lady* Alice puso rumbo al oeste siguiendo la ribera norte del Nyanza, y ese mismo día llegó al coto de caza del rey de Buganda en Usavara. Mutesa seguía siendo kabaka, lo mismo que lo era cuando Speke había visitado Buganda. Al tener noticia de la llegada de Stanley, el kabaka envió seis canoas al encuentro de aquel visitante blanco y ordenó que dos mil guerreros salieran a recibirlo a la orilla y que lo acompañaran luego a la residencia real. Allí Stanley recibió como regalo diez bueyes, dieciséis ovejas y tres docenas de pollos. El Mutesa que Stanley creía que iba a conocer allí mismo era muy distinto del joven violento y sádico del que había hablado Speke. Stanley atribuyó los modales sorprendentemente caballerescos del kabaka al hecho de ser casi quince años más viejo y a la influencia de Khamis bin Abdullah al-Barwani, un traficante de marfil árabe que llevaba un año viviendo en la corte. Stanley había conocido a Khamis en Tabora y le había parecido el árabe que tenía la personalidad más atractiva de todos los del lugar.

Pocos meses antes, Stanley había escrito en su diario que «a menudo le venían a la cabeza ideas muy elevadas acerca de una civilización regeneradora y de la redención de África». Si Livingstone hubiera estado en la situación en la que él se encontraba ahora, Stanley tenía la seguridad de que habría hecho venir misioneros cristianos a la corte de Mutesa. Si el país se convertía en el primer reino de África central en abrazar el islam, el hecho tendría profundas consecuencias para todo el continente. Stanley sospechaba que cuando Mutesa decía que era musulmán sus palabras no significaban mucho más que la afición de sus cortesanos por los puñales árabes y las casacas bordadas, y estaba decidido a demostrar su teoría. Para él no era una cuestión primordialmente religiosa. La cruda y sorprendente

realidad era que Mutesa había permitido que su país se convirtiera en la «fuente septentrional del tráfico de esclavos [en África oriental]»; de modo que, si no se hacía nada, se crearía un vínculo inevitable entre Buganda y los traficantes de esclavos musulmanes de Sudán, cuya terrible consecuencia sería que las tierras de los acholi, los madi y los dinka se convirtieran en un yermo dedicado a la producción de esclavos. La decisión de Stanley de que no sucediera esto de ninguna manera haría de su visita a Buganda no sólo un momento definitivo de la exploración de África, sino también un acontecimiento fundamental de su historia.

En cuanto Stanley obtuvo permiso del kabaka para llevar a cabo esa tentativa, escribió una carta al New York Herald y al Daily Telegraph solicitando el envío de misioneros a Buganda. Por una extraordinaria coincidencia, pocos días después del desembarco de Stanley en Usavara llegó a la corte de Mutesa otro hombre blanco. Era el coronel Ernest Linant de Bellefonds, enviado en misión diplomática por el gobierno egipcio. Este oficial francés estaba directamente bajo las órdenes del coronel Charles Gordon, conocido entre el público británico como «Gordon el Chino» debido a su anterior victoria sobre los rebeldes Taiping. Ahora Gordon estaba al servicio del jedive de Egipto, Ismail Pachá, como gobernador de la provincia más meridional del Sudán, Ecuatoria. De Bellefonds pudo así llevarse consigo al norte la solicitud de Stanley y garantizar su pronta llegada a Gran Bretaña. Al cabo de unas semanas de su aparición en el Daily Telegraph, se habían recaudado veinticuatro mil libras para el establecimiento de una misión en Buganda, y un año después llegarían los primeros misioneros británicos, hecho que, como veremos, tendría unas consecuencias trascendentales para el futuro del país.

El oficial francés, que estaba bien abastecido de provisiones, ofreció a Stanley en su tienda una cena a base de paté de foie-gras y sardinas y luego le entregó una carta de Gordon, escrita cuatro meses antes. El gobernador de Ecuatoria explicaba que, en el momento de escribir su carta, estaba remontando el Nilo en un vapor al sur de Gondokoro, con el fin de construir emporios comerciales a medida que viajaba río arriba hacia el lago Alberto. Cuando regresó a Buganda con sus compañeros, la intención de Stanley seguía siendo viajar hacia el noroeste hasta el lago Alberto para explorarlo

detenidamente, pues Baker no lo había hecho. Así que le mortificaba pensar que en esos momentos Gordon probablemente ya había circunnavegado todo el lago. De Bellefonds no pudo arrojar mucha luz en este sentido, pero le dijo que en junio de 1874 otro subordinado de Gordon, el coronel Charles Chaillé-Long, un americano de origen francés, había sido enviado a Buganda para ver si era posible anexionar el país a Egipto e incorporarlo a Sudán. (La noticia significaba que Stanley era el cuarto blanco que había llegado a Buganda, y no el tercero —después de Speke y Grant—, como había imaginado hasta entonces). De Bellefonds le explicó que el sueño del jedive Ismail era extender su imperio hacia el sur a lo largo de toda la extensión del Nilo, hasta su hipotética fuente, el Victoria Nyanza. En 1874, el coronel Chaillé-Long había navegado río abajo desde las cataratas Ripon y había sido el primer blanco en ver cómo se extendía ante él el lago Kyoga y la zona circundante de pantanos cubiertos de nenúfares. Aunque no se había decidido a navegar por aquella superficie de agua poco profunda para establecer un vínculo con el lago Alberto, Stanley estaba seguro de que Gordon no tardaría en enviar a alguien que lo hiciera.

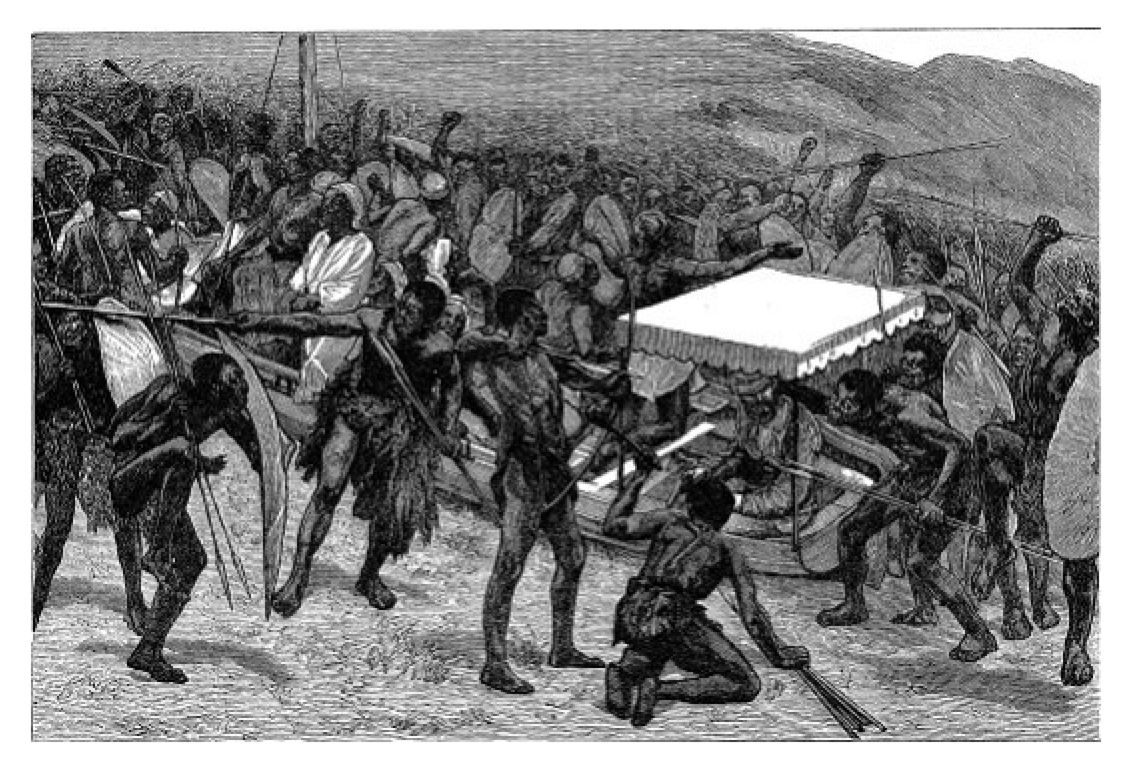
Antes de conocer a De Bellefonds, Stanley se había dado cuenta de que Mutesa estaba enemistado con el rey de Bunyoro y que deseaba armas de fuego europeas modernas para meterlo en cintura, pero sus conversaciones con el francés pusieron de manifiesto que la necesidad más urgente de armas que tenía Mutesa respondía a su deseo de oponerse al avance de Gordon por su territorio. A pesar de su agrado por De Bellefonds, Stanley detestaba la idea de que Buganda y sus territorios circundantes pasaran a formar parte del imperio del Egipto musulmán. De modo que simpatizó con las esperanzas del kabaka, según el cual, atrayendo a más hombres blancos a su país, podría comprarles armas de fuego y obtener su ayuda contra el autocrático jedive Ismail. El deseo de ese tipo de armas que tenía Mutesa se intensificó más todavía al ver a Stanley matar de un tiro una cría de cocodrilo a una distancia de más de cien metros. Estaba seguro de que ningún rifle egipcio habría podido obtener aquel mágico resultado. Aunque era consciente de que los motivos del kabaka para permitir la entrada de misioneros en su país respondía en parte a una estrategia planificada, Stanley exageró en sus informes al periódico por sus propios motivos el

entusiasmo de Mutesa por el cristianismo. El explorador no se dejaba engañar y sabía perfectamente que un soberano africano que tenía trescientas esposas no iba a resultar fácil de convencer cuando los misioneros insistieran en una monogamia estricta. Pero si Stanley hubiera reconocido ante sus lectores de Inglaterra que Mutesa tenía sus propios planes y que no era tan «civilizado» como había dado a entender en sus artículos, los misioneros se lo habrían pensado dos veces antes de venir. Estaba en juego el futuro de toda la región, y sabía que había sido muy afortunado al obtener el permiso de Mutesa para la llegada de misioneros cristianos. Irónicamente, el asalariado de Ismail, De Bellefonds, había desempeñado un papel trascendental a la hora de convencer al kabaka de que el cristianismo no era una secta, sino la religión de todos los hombres blancos. Afortunadamente el francés, que era calvinista, había guardado silencio acerca de las divisiones religiosas existentes en Europa.

Stanley salió de Buganda el 21 de abril de 1875 y se dirigió al sur bordeando la ribera oeste del Nyanza, tras esperar en vano que Mutesa le proporcionara la escolta prometida de treinta canoas. En esas embarcaciones tenía la esperanza de llevar a todos sus hombres de regreso a Buganda desde Kagehyi, en el extremo oriental del lago, para que pudieran acompañarlo al lago Alberto.

El *Lady* Alice había recorrido dos tercios del camino hacia Kagehyi cuando Stanley se vio envuelto en el primer acto de una tragedia en dos partes que lo perseguiría durante el resto de su vida. Su tripulación llevaba tres días remando contra el viento con las velas recogidas. La única comida que habían podido encontrar en cuarenta y ocho horas había sido un poco de pescado. De modo que cuando avistaron una isla grande, Bumbireh, rezaron para poder comprar en ella algo de comer. Pero cuando dirigieron la barca hacia un arenal, oyeron gritos de guerra y vieron a sesenta lanceros precipitarse hacia ellos por la playa. Stanley levantó su revólver, pero sus hombres le rogaron que no disparara pues estaban demasiado hambrientos para hacer frente otra vez al lago. En contra de su opinión, Stanley no opuso resistencia cuando su embarcación fue arrastrada a la playa con él y toda su tripulación dentro. Los guerreros se congregaron alrededor del *Lady* Alice,

apuntándolos con sus lanzas, tirándoles del pelo y golpeándolos con palos y porras.



Recibimiento de Stanley en Bumbireh.

Pasaron varias horas terribles, durante las cuales Stanley temió en todo momento que los mataran. Pero su intérprete y timonel a un tiempo, Wadi Safeni, mantuvo la cabeza fría y continuó hablando. Parecía que ya había negociado su liberación a cambio de una gran cantidad de telas y abalorios cuando apareció Shekka, el jefe de los isleños, y ordenó que les quitaran los remos. Stanley sabía que, si no lograban echar su bote al agua de inmediato, los matarían. Con la fuerza que da la más absoluta desesperación, sus hombres se adentraron en el lago impulsando la barca con los brazos y arrancaron las tablas del fondo para usarlas a modo de remos, mientras las flechas caían en el agua a su alrededor. Al mismo tiempo, Stanley disparó contra sus perseguidores con su escopeta de cazar elefantes, matando a un

hombre e hiriendo gravemente a otro. El explorador y periodista pensó que a cualquier redactor de periódico le habría encantado ofrecer a sus lectores una buena dosis de sangre, como le había ocurrido al redactor del suyo durante el tiempo que había trabajado como corresponsal de las guerras de los indios en América, pero semejante conjetura resultaría desastrosa para su reputación en el futuro. Basándose en ella decidió que debía contar a los lectores del Daily Telegraph y del New York Herald que había matado a nueve o diez hombres, y no a la insignificante cifra de uno o dos. Al margen de su deseo de agradar a los redactores de los periódicos, lo cierto es que la constante inseguridad de Stanley hizo que nunca fuera capaz de permitir que la gente pensara que alguien hubiera podido ser superior a él.

A su regreso a Kagehyi, el problema más acuciante de Stanley seguía siendo cómo trasladar a Buganda a los ciento cincuenta y cinco hombres a los que Frank Pocock se había encargado de alimentar y mantener unidos mientras él había estado ausente. Frank era en aquellos momentos el único blanco que lo acompañaba, pues Frederick Barker, el empleado de hotel, había muerto de malaria dos semanas antes. Tras la horrible experiencia vivida en Bumbireh, Stanley prefirió regresar a Buganda por tierra. Pero le fue imposible, pues los soberanos de dos reinos situados a orillas del lago declararon que se enfrentarían a él si intentaba viajar por vía terrestre. Se vio obligado, pues, a buscar canoas, y por fin logró adquirir veintitrés embarcaciones sumamente frágiles, que hacían agua por todas partes. El 20 de junio embarcó en ellas a casi todos sus hombres. Dos días después, una tormenta hundió cinco canoas, demostrando al explorador que no podía correr el riesgo de adentrarse en el Nyanza para no pasar por la isla en la que sus hombres y él se habían salvado de la muerte por los pelos. Así que no le quedó más remedio que cruzar por el estrecho situado entre la isla y la tierra firme, igualmente hostil. Incluso cuando Mutesa le envió quince chalupas con toda su tripulación para ayudarle, Stanley siguió temiendo ser atacado por un número superior de canoas ligeras y más manejables de Bumbireh cuando cruzara por aquel canal tan angosto.

Para calibrar cuál era la actitud de los isleños, envió una delegación a comprar comida. Sus integrantes fueron recibidos con una lluvia de lanzas y flechas que causó la muerte a uno de ellos e hirió mortalmente a otros seis.

Como los habitantes de Bumbireh acababan de recibir refuerzos de Antari, soberano del reino situado en la orilla opuesta del lago, Stanley y sus aliados baganda (bugandeses) consideraron que o abandonaban su plan de intentar llegar a Buganda o llevaban a cabo un ataque preventivo para asegurarse de que no iban a ser aplastados cuando atravesaran el estrecho. Stanley ordenó, pues, a los tripulantes del *Lady* Alice navegar ciñéndose a la costa de Bumbireh, lo que permitía a sus tiradores cargarse a los guerreros congregados para impedirles desembarcar en la isla. Aquellos nativos con sus arcos y sus flechas no suponían peligro alguno para Stanley y sus hombres, pero treinta y tres de ellos fueron abatidos; y este hecho innegable dejaría a Stanley indefenso frente a las acusaciones de asesinato.

De momento —tan convencido estaba de que, de no haber asestado un golpe tan violento, habría puesto en peligro a toda la expedición— no previó las serias objeciones a su comportamiento con las que se encontraría cuando volviera a Inglaterra. En África occidental había visto recientemente cómo el ejército del general *sir* Garnet Wolseley mataba a dos mil guerreros ashanti armados de simples lanzas con la artillería de campaña más moderna de Europa, sin recibir censura alguna a su regreso. Pero Stanley sabía que, a diferencia de *sir* Garnet, él había actuado sólo por su cuenta, sin el respaldo de ningún gobierno. «Llegamos al corazón de África sin que nadie nos invitara», escribiría más tarde. «De eso era de lo que teníamos la culpa. Pero no era tan grave que hubiera que pagarla con nuestras vidas [al vernos amenazados].» Alegando que actuó en defensa propia, siguió hablando abiertamente en los informes enviados a su periódico del número de hombres a los que mató en su segunda visita a Bumbireh.

El coronel Gordon se vio continuamente enzarzado en escaramuzas con la tribu de los bari en el sur de Sudán. De hecho, los bari mataron a Ernest Linant de Bellefonds poco después de que entregara la carta de Stanley. Así que Gordon sabía que a menudo había ocasiones en las que los viajeros se enfrentaban a la alternativa de matar o morir. «Cosas así pueden hacerse, lo que no se puede es darles publicidad», confesó el futuro mártir de Jartum a Richard Burton. El varapalo que recibió Stanley en la prensa liberal británica dañaría tan gravemente su reputación moral que aquel viaje suyo absolutamente singular, que había aclarado tantos secretos de los sistemas

fluviales de África central, no le permitió cosechar los elogios y el reconocimiento que habría merecido.

La expedición llegó a Buganda a mediados de agosto y allí se enteraron de que Mutesa estaba en guerra con sus vecinos del este (los wavuma), así que Stanley no recibió ayuda alguna durante cuatro meses y no pudo viajar al noroeste hasta comienzos de enero de 1876. Pero un gran grupo de guerreros de Bunyoro impidieron que pudiera llegar al lago Alberto con su escolta de baganda. Stanley no tuvo más remedio que dirigirse al sur, a su siguiente objetivo, el lago Tanganica.

Por el camino dedicó varias semanas a explorar el río Kagera, que desembocaba en la ribera occidental del lago Victoria. Stanley se había encontrado con este río de rápido curso poco antes de conocer a Mutesa en el mes de abril. Sospechó que el Kagera, que en algunos lugares alcanzaba los veinticinco metros de profundidad y los ciento veinte de anchura, era el «verdadero origen del Nilo Victoria» y por lo tanto quiso explorarlo hasta Ruanda. Pero, una vez más, le cortó el paso un grupo de africanos hostiles cuando creía, y con razón, que estaba a punto de realizar «otro gran descubrimiento». Dos meses después, mientras se hallaba todavía de viaje en dirección al sur hacia el lago Tanganica, Stanley se topó con Mirambo, el rey de los nyamwezi, al que bautizó como «el Napoleón africano». Mirambo llevaba consigo un ejército de quince mil hombres, incluidos muchos niños soldados, y tenía fama de haber matado a miles de personas, de modo que el explorador debió de asustarse bastante. Prudentemente no puso objeción alguna cuando el gran señor de la guerra lo invitó a convertirse en su hermano de sangre.

El 27 de mayo de 1876 llegó a Ujiji y, aunque le apesadumbró no encontrar ninguna carta de Alice, sí que recibió otra buena noticia, que incluyó inmediatamente en una carta enviada a Edward Levy Lawson, propietario del Daily Telegraph:

Hemos obtenido un triunfo muy señalado sobre Cameron, el protegido de la RGS, cuyos logros se decían que eran enormemente superiores a los de Burton, Speke, Livingstone y Baker, si hubiera que creer a Markham [secretario de la RGS] […] Al cruzar el Lualaba y girar en la dirección equivocada ha dejado la cuestión del Lualaba donde Livingstone la dejó.

Cameron había cedido ante la presión del célebre traficante de esclavos árabe Tippu Tip y había abandonado su objetivo de seguir el curso del Lualaba hacia el norte desde Nyangwe. Por el contrario, había continuado hacia el sur en un viaje transcontinental sin ninguna significación geográfica en particular. Así que si Stanley lograba no morir en el intento, sería él el que acabara la obra de Livingstone y se convirtiera, en un siglo de grandes exploradores, en el más grande.

Completó en sólo cincuenta y un días la circunnavegación del lago Tanganica, cosa que ni Speke y Burton ni Cameron habían conseguido. Stanley confirmó la conjetura de este último, según el cual el río Lukuga era el único emisario del lago y aparentemente desembocaba en el Lualaba. Este hecho —junto con las alturas relativas del Tanganica, el Victoria y el Lualaba en Nyangwe— lo llevaron a sospechar que lo más probable era que el Lualaba formara parte del sistema fluvial del Congo, y no de la cuenca del Nilo. De ser así, podía imaginarse que el viaje al Atlántico resultaría más largo y más peligroso que el que lo habría llevado por el Lualaba hasta el Bahr el-Ghazal y luego hasta el Nilo. Así que se puso a escribir a Alice la que pensó que tal vez fuera la última carta que la joven recibiera de él, «hasta que yo venga a buscarte o la muerte venga a buscarme a mí».

24

La mitad desconocida de África está ante mí

En Londres, seis meses antes de que Stanley abandonara el lago Tanganica y marchara en busca del Lualaba, Christopher Rigby, el fiel amigo de Speke, había recorrido a pie toda la City intentando conseguir alguna copia de la edición del Daily Telegraph que contenía los primeros informes enviados por Stanley sobre el lago Victoria. La búsqueda del coronel Rigby fue vana, pues «todas las copias habían sido compradas de una vez». Al final, se vio obligado a ir a la RGS, donde había leído el periódico y le habían enseñado «el mapa del lago Victoria original de Stanley», que lo llenó de júbilo al ver que era «en su forma tan parecido al que había hecho Speke».

Richard Burton fue otro de los primeros visitantes de la RGS. Volvió a ella el 29 de noviembre de 1875, dispuesto a enzarzarse en el debate en torno a los descubrimientos de Stanley. Pero si Rigby hubiera esperado que «B el C», como Speke había llamado a Burton, pidiera disculpas por haberse burlado durante más de una década de forma tan grosera por la descripción del Nyanza llevada a cabo por su compañero de viaje, se habría quedado atónito al oír decir a Burton que «todavía consideraba posible que el Tanganica estuviera comunicado con el Nilo [pues] todavía cabía la curiosa posibilidad de que se descubriera que el Lukuga era su fuente definitiva». Demostrando una vez más su hipocresía, Burton «expresó su sincero pesar por el hecho de que su antiguo compañero no hubiera vivido […] para ver las correcciones [la cursiva es mía] que el Sr. Stanley había

hecho con respecto a su maravilloso descubrimiento del magnífico lago del que salía el ramal este del Nilo». El ramal oeste, seguía sosteniendo Burton, debía de salir de su lago Tanganica: esperaba que el Lukuga desembocara en el Lualaba, que a su vez se uniría al Nilo en algún punto más arriba del lago Alberto, tal como había pensado Livingstone.

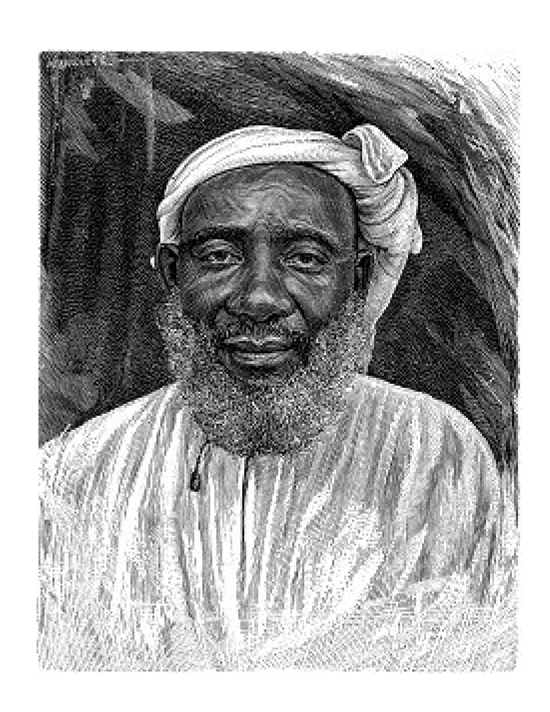
Mientras tanto, en África, Stanley todavía no había excluido esa posibilidad. Cuando pasó por Manyema camino del Lualaba, seguía anhelando —y no por Burton precisamente— que este río fuera el Nilo, para corroborar las esperanzas de su padre honorario, David Livingstone. Antes de cruzar el lago Tanganica, Stanley había sido víctima de numerosas deserciones de sus acompañantes, de modo que su cuadrilla había quedado reducida a ciento treinta y dos individuos, la mayoría de ellos aterrados por los peligros que pudieran aguardarles en el río. Kalulu, el joven al que Stanley había rescatado y educado, fue uno de los desertores. Cuando lo capturaron de nuevo, el explorador no pudo perdonarlo. Pero al final quedaría patente que la decisión de escapar que había tomado Kalulu era la acertada. Seguramente habría alcanzado la edad adulta si hubiera conseguido no ser capturado de nuevo.

El 17 de octubre de 1876, la expedición llegó a las riberas del Lualaba y Stanley vio por primera vez un inmenso río de color gris pálido que serpenteaba lentamente en dirección norte hacia lo desconocido, con las orillas densamente pobladas de árboles. Por el Lualaba, Livingstone había sacrificado su vida, pero, como Cameron, no había sido capaz de seguir su curso más allá de Nyangwe. Stanley no tenía forma de saber hasta dónde llegaba en dirección norte antes de desviarse hacia el este o hacia el oeste, declarando así su parentesco con el Nilo o con el Congo.

Al día siguiente conoció al traficante de esclavos árabo-swahili más importante de Manyema, Hamid bin Muhammad el-Murebi (cuyo apodo, Tippu Tip, se suponía que remedaba el sonido de las balas; una de sus abuelas había sido la hija de un jefe lomani, lo que explicaba su apariencia africana). Tenía poder para conceder o para negar a Stanley las canoas y demás pertrechos que necesitaba para su viaje corriente abajo. El explorador pensó, pues, que no tenía más remedio que negociar con él para no quedar bloqueado sin poder seguir el río. El árabe disponía además de

hombres de sobra para que hicieran de escolta y protegieran a los de Stanley de las tribus hostiles que vivían a orillas del Lualaba inmediatamente al norte de Nyangwe. Aquellas tribus resultaban peligrosas para los extranjeros debido a las incursiones llevadas por individuos como Tippu Tip para capturar esclavos, pero Stanley necesitaba protección y estaba dispuesto a pagarle la increíble cifra de cinco mil libras (lo mismo que le había costado toda la expedición en busca de Livingstone) por acompañarlo con ciento cuarenta hombres armados durante sesenta días de marcha al norte de Nyangwe. Si no llegaba a un acuerdo con el árabe, Stanley sabía que su misión sería un fracaso. Cameron había intentado llegar a un acuerdo parecido, pero Tippu Tip lo había rechazado. El pacto alcanzado por Stanley no supuso una disminución del odio que sentía por los traficantes de esclavos. En un informe escrito por esa misma época, instaba a Gran Bretaña a que actuara militarmente contra «un comercio especialmente dañino para la humanidad, un comercio basado en la violencia, el asesinato, el atraco y la estafa».

El acuerdo estipulaba que los hombres de Tippu Tip se separaran de Stanley después de recorrer unos trescientos kilómetros juntos y a partir de ese momento el explorador y los ciento cuarenta y seis integrantes de su séquito, sólo ciento siete de los cuales tenían un contrato, se arriesgaran a seguir adelante solos. Era inevitable que las muertes por ahogamiento, enfermedad, hambre o por los ataques de los nativos redujeran esa cantidad al término del viaje. Antes de salir de Nyangwe con Tippu Tip el 5 de noviembre de 1876 para adentrarse en la selva de Mitamba, Stanley escribió a un amigo admitiendo que temía correr la misma suerte que el explorador Mungo Park, que había sido muerto a lanzadas en el Níger.



Tippu Tip.

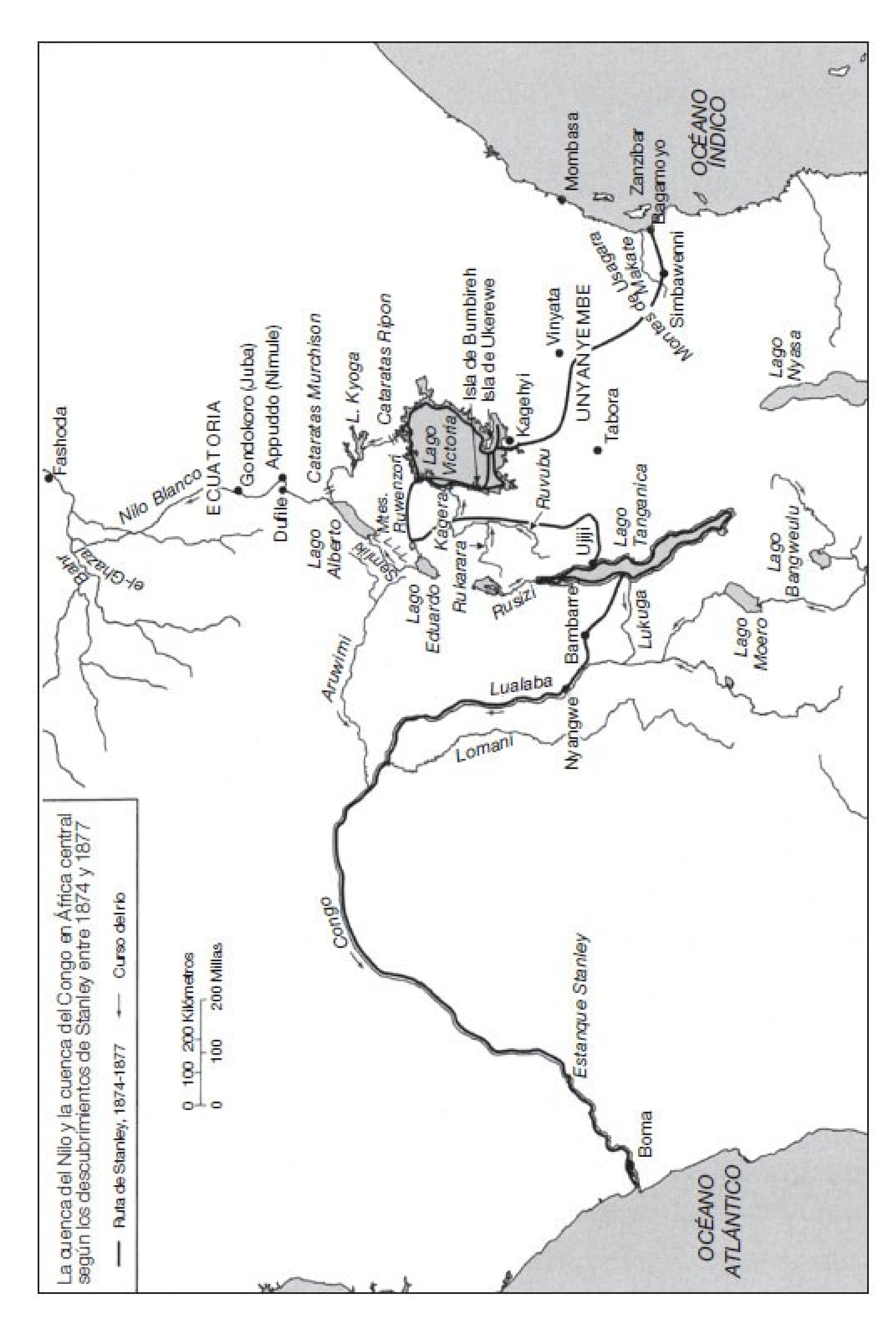
Pero no daré marcha atrás […] La mitad desconocida de África está ante mí. Es inútil imaginar lo que pueda haber en ella […] No puedo decir si seré capaz de descubrirlo en persona o si quedará para mis acompañantes de color. Dentro de tres o cuatro días empezaremos la gran lucha contra este misterio.

Durante semanas, los hombres de Stanley y su escolta árabo-swahili se abrieron paso a duras penas por la margen derecha del gran río, bajo el dosel de la selva tropical, sudando bajo la pesada atmósfera de aquel tenebroso invernadero. En aquel lado del río, no podía pasar por alto la existencia de un ramal que discurriera hacia el este en dirección al Nilo a través del Bahr el-Ghazal. Como el Lualaba parecía lo bastante caudaloso como para suministrar agua al Nilo y al Congo, Stanley no descartaba todavía la posibilidad de que existiera semejante ramal: «Podría ser, pues en África hay más maravillas de las que pueda soñar la filosofía común de la geografía». Al cabo de dos semanas intentando abrirse paso por la selva, su séquito se adentró en el Lualaba, después de hacer el truculento hallazgo de unos huesos humanos chamuscados junto a unas hogueras recién apagadas. Independientemente de que fueran o no caníbales, Stanley se sintió acongojado al ver salir corriendo a hombres, mujeres y niños de la etnia wenya en cuanto avistaban a los hombres de Tippu Tip y a los suyos.

En diciembre, mientras seguían remando hacia el norte, se vieron envueltos en una serie de pequeñas escaramuzas exageradas torpemente por Stanley en sus despachos al New York Herald como «luchas». Dos días después de Navidad, Tippu Tip rompió el pacto y regresó a Nyangwe. Había perdido a tres de sus esposas víctimas de la viruela, y en el plazo de cinco días siete de sus soldados habían muerto de úlceras tropicales y de fiebre. Como estaban sólo a doscientos kilómetros de Nyangwe, y no a los trescientos cincuenta que habían acordado recorrer juntos, Stanley pagó a Tippu la mitad de la suma pactada. Para convencer a sus hombres de que embarcaran en las veintitrés canoas que acababa de comprar para ellos, el explorador tuvo que pedir a Tippu Tip que los amenazara con pegarles un tiro si no lo hacían. De lo contrario, la mayoría de ellos habría suplicado al árabe que se los llevara consigo a Nyangwe: tal era el terror que les producía navegar por el río. ¿Y quién podía culparles? Desde las orillas a menudo se oía el grito: «Niama, niama [carne, carne]», y los habitantes de un poblado intentaron capturar a los tripulantes de una canoa con una red enorme. «Nos consideraban piezas de caza a las que debían atrapar, disparar y meter en el zurrón en cuanto las vieran», escribió Stanley. Pero sabía que no había nada que hacer para despejar las sospechas que su presencia pudiera provocar. Los traficantes de esclavos ya se habían ocupado de que así fuera. De manera que, cuando sus canoas eran perseguidas agresivamente por otras impulsadas por un mayor número de remeros y por lo tanto más rápidas, no tenía más remedio que disparar para no permitir que abordaran sus embarcaciones.

El 6 de enero, tras recorrer ochocientos kilómetros en dirección al norte desde Nyangwe, llegaron a la primera catarata de una serie de siete que se extendían a lo largo de casi cien kilómetros. Así que hubo que sacar del agua todas las embarcaciones y arrastrarlas por tierra a lo largo de las siete cataratas, la mayoría de las cuales tenían varios kilómetros de extensión. El ruido del río al chocar con las rocas y encauzarse a lo largo de estrechos cañones era tan estruendoso que los hombres no se oían hablar unos a otros, ni siquiera cuando estaban parados a corta distancia. Tardaron veinticuatro días en atravesar las cataratas. Entonces al fin quedó patente la verdad.

Poco después de pasar la última catarata, Stanley se dio cuenta de que el río había girado bruscamente hacia el oeste.



Por fin, el 7 de febrero de 1877, oyó llamar por primera vez al río «Ikuta Yacongo». Fue un momento histórico. Después de dos años y dos meses de viaje realmente extraordinario, Stanley había demostrado que el Lualaba era

el Alto Congo y no el Nilo. El curso del Lualaba en dirección al norte a lo largo de más de mil quinientos kilómetros desde su fuente, donde había muerto Livingstone, hasta el punto en el que efectuaba el giro decisivo hacia la izquierda no volvería a engañar nunca más a geógrafos y exploradores. Lo que no estaba claro, ni mucho menos, era si él viviría para llevar la noticia personalmente a Inglaterra o «si la tarea de revelarla quedaría para [sus] compañeros de color». Estaba todavía a casi mil cuatrocientos kilómetros del Atlántico.

La teoría de Speke quedaba demostrada y las de Burton y Livingstone habían sido echadas por tierra. Stanley se alegró por la memoria de Speke y deploró cómo había arremetido contra él la RGS después de su muerte. Pero sus emociones más profundas se reservaron para aquel viejo y valeroso explorador […] [y] la tremenda determinación que lo [había] animado […] ¡Pobre Livingstone! Desearía tener toda la fuerza de un maestro de la lengua inglesa para describir lo que siento por él.

¿Pero realmente había desentrañado Stanley todo el misterio que había desconcertado a una generación tras otra desde los tiempos más remotos? Cuando había expresado su opinión de que el Kagera probablemente fuese «el padre del Nilo Victoria [Blanco]», ¿había pretendido restar importancia al emisario descubierto por Speke en las cataratas Ripon? En un informe enviado al New York Herald con fecha de agosto de 1876, Stanley repetía la pregunta planteada originalmente por Speke: «¿A qué debemos llamar la fuente de un río, a un lago que acoge a los ríos insignificantes que desembocan en él y después desagua todos ellos por un gran río emisario, o a los tributarios que dicho lago recibe?». Stanley sugería que optar por los tributarios no sería más que un paso que llevaría a pensar que las «fuentes» eran la humedad y el vapor que absorben las nubes. Así pues, él era partidario de dar la razón a Speke.

Speke había sido el primero en ver el Kagera en 1861, cuando había estado con el rey Rumanika, y lo había llamado Kitangule. El explorador sabía que este gran río formaba una serie de pequeños lagos y dedujo que sus orígenes se situaban en los manantiales y en las precipitaciones de lluvia de los montes de Ruanda. Un anochecer divisó lo que denominó unos «escarpados conos volcánicos que trepaban hacia el cielo» a unos ochenta

kilómetros al oeste. Haciendo gala de una perspicacia asombrosa, consideró esos montes «la línea que marca la vertiente de los ríos de África central», como en efecto son, junto con la cadena de los Ruwenzori, situados más al norte.

Así pues, ¿qué pasaba con el Kagera y sus fuentes en los montes de Ruanda, que Speke había desdeñado con su pregunta retórica en torno a los méritos respectivos de «un único gran río emisario [y] los tributarios que recibe el lago»? Hasta 1891 —cuando Burundi, Ruanda y Tanzania fueron clasificadas como partes constituyentes del África Oriental Alemana—, un etnógrafo y explorador austríaco, el Dr. Oscar Baumann, no rastreó el que, al parecer, es el tributario más meridional del Kagera, el Ruvubu, hasta un punto del sur de Burundi situado a unos ochenta kilómetros al sur del extremo septentrional del lago Tanganica y a unos treinta de dicho lago. En 1935, el Dr. Burckhardt Waldecker, que había salido de Alemania huyendo de la persecución de los judíos por los nazis, encontró una fuente marginal situada más al sur, en el vecino monte Kikizi. Pero estar más al sur no era la única cualidad exigida para llevarse el premio. En 1898, el Dr. Richard Kandt, un médico, científico y poeta alemán, había rastreado la línea principal del Kagera, a través de su afluente el Rukarara, hasta el monte Bigugu, cerca del extremo meridional del lago Kivu. Se afirmaba que esta fuente estaba unos sesenta kilómetros más lejos del Mediterráneo que la fuente del Kikizi, una superioridad muy exigua teniendo en cuenta que la longitud total del Nilo es de casi seis mil ochocientos kilómetros. Pero dada la enorme dificultad técnica de calcular la longitud de un río tan largo, los geógrafos no alcanzarán nunca un resultado definitivo. La complejidad del delta y los canales cambiantes del lago Kyoga y la llanura de aluvión del Sudd plantean problemas especiales.

Durante los últimos cincuenta años se ha demostrado que la línea del Rukarara se extiende un poco más hacia el interior del bosque de Nyungwe de lo que había dicho Kandt. Pero en una zona pantanosa con numerosos manantiales resulta muy difícil establecer de manera irrefutable cuál es la del Kagera. Aunque Neil McGrigor y su equipo anglo-neozelandés afirmaron en 2006 haber añadido casi otros cien kilómetros al Nilo con ayuda del GPS, cabría señalar que durante los años sesenta del siglo pasado

el padre Stephan Bettentrup, sacerdote alemán residente en Ruanda, hizo otras afirmaciones similares que extendían el río más allá de la fuente de Kandt. Posteriormente, a finales de la última década, un equipo japonés de la universidad Waseda aseguró haber superado también la medición de Kandt. En mi opinión, añadir unos pocos kilómetros a los manantiales y arroyuelos de curso cambiante del Rukarara no significa destronar a Kandt, ni mucho menos supone una amenaza a los logros de los exploradores victorianos que llegaron a África sin mapas, sin medios de transporte rodado, ni medicinas eficaces, y a pesar de ello resolvieron el misterio de todo el sistema fluvial de África central.

En 1875-1876, cuando Stanley demostró que Speke tenía razón en lo tocante al lago Victoria, seguía existiendo la posibilidad de que un río que discurriera en dirección al norte hasta el extremo meridional del lago Alberto pudiera originarse en la región del lago Tanganica (aunque no tuviera ninguna relación con dicho lago) y constituyera un rival convincente del Kagera como fuente última del Nilo. En realidad, semejante río existe. Cuando Stanley creyó que se acercaba al lago Alberto en 1876, divisó una extensión significativa de agua poco antes de ser obligado a retroceder por hombres de la etnia nyoro. En ese momento no lo supo, pero se trataba de un pequeño lago aún «por descubrir» unido a otro mayor y entre los dos constituían la fuente del río Semliki, cuyas aguas discurrían hacia el norte hasta entrar en el extremo meridional del lago Alberto. Sorprendentemente, el Semliki no fue investigado en 1876, cuando el lago Alberto fue circunnavegado por el temperamental teniente Romolo Gessi, a las órdenes de Gordon. Finalmente le tocaría a Stanley cartografiar el Semliki y explorar los dos lagos —el Eduardo y el Jorge— que constituían sus fuentes.

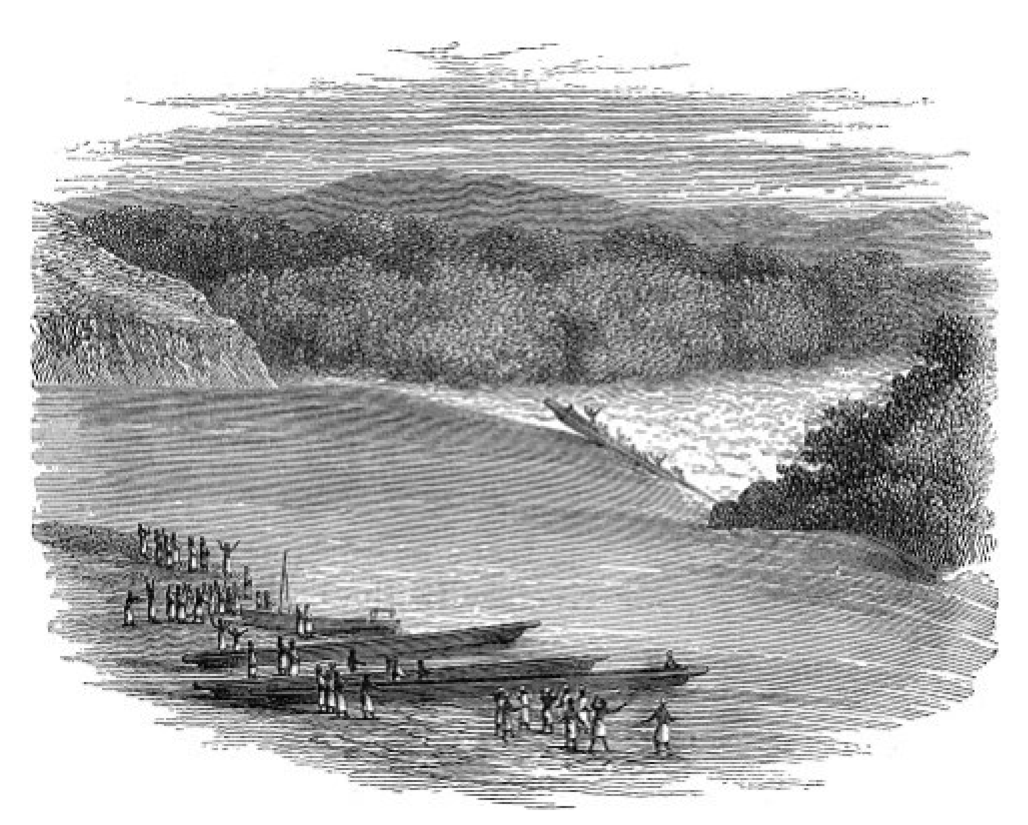
Casi quince años antes de cartografiar el Semliki, el compañero de Stanley, Frank Pocock, había localizado un elemento sumamente significativo: «Una magnífica montaña coronada de nieve». Los dos hombres y su séquito habían acampado cerca del lago Eduardo. Por desgracia, Frank había enfermado y no había mencionado a Stanley el detalle de la nieve, de modo que hubo de pasar más de una década antes de que se produjera un descubrimiento trascendental. El tiempo brumoso debió

de impedir a Baker, Gessi y Emin Pachá divisar la cadena de los Ruwenzori en 1864, 1876 y 1884, respectivamente. Pero en 1888 y 1889, Stanley y dos de sus acompañantes, el Dr. Thomas Parke y Arthur Mounteney Jephson, divisaron las cumbres nevadas de los Ruwenzori, que inmediatamente relacionaron con los montes de la Luna de Ptolomeo. Siguiendo el curso del Semliki hacia su fuente, Stanley cruzó al menos sesenta torrentes que desembocaban en este río procedentes de las laderas de los montes. Se percató inmediatamente de que la lluvia que caía en ellos desempeñaba un papel importante y comprendió que el deshielo y las precipitaciones alimentaban al Nilo a través del Semliki y el lago Alberto. Pero resultó que las dos fuentes del Semliki se hallaban a la misma latitud que la ribera septentrional del lago Victoria, de modo que aunque el considerable caudal de este río constituía una contribución sumamente significativa al del Nilo Blanco, no podía superar en importancia a los dos ramales del Kagera.

Lo que arroja más dudas sobre el Kagera y sus afluentes como verdadera fuente del Nilo —ya que no como principal tributario del lago Victoria— es que la desembocadura del Kagera en el Victoria se encuentra separada de las cataratas Ripon de Speke por casi doscientos kilómetros de lago, y por lo tanto en puridad no puede decirse que forma un río continuo. Pues bien, ¿dónde deja todo esto la fuente del Nilo de Speke? En palabras de Stanley, el lago Victoria y las cataratas Ripon merecían un «título superior» que el que en justicia podía darse a los lagos y tributarios rivales. Sólo a partir de las cataratas Ripon puede decirse que el Nilo asume un curso definido: atraviesa primero el lago Kyoga, bastante poco profundo, que de hecho se parece más a un río ancho o salido de su cauce, para luego precipitarse por las cataratas Murchison en el lago Alberto, y salir de él al cabo de unos pocos kilómetros, convirtiendo la estrechez del extremo norte del lago en un río que continúa discurriendo, siempre hacia el norte, por gargantas y cataratas hasta Dufile y Gondokoro. Así pues, una vez que Stanley desechó el Lualaba como rival, resolvió efectivamente el misterio del Nilo y concedió con toda justicia a Speke el correspondiente galardón póstumo. Pero aunque Stanley había salido airoso en su búsqueda de la fuente del Nilo, su propia supervivencia no estaba ni mucho menos segura.

El 11 de febrero de 1877, Stanley y sus hombres fueron atacados con armas de fuego por primera vez desde que se embarcaron en el río. Ver «el humo de la pólvora salir de las canoas de los nativos» supuso una experiencia nueva y alarmante. En la batalla naval a tiros que se desencadenó a continuación, murieron dos de sus hombres y fueron abatidos un número desconocido de enemigos. La presencia de armas de fuego en manos de los congoleños demostró a Stanley que había llegado al punto más alejado del río hasta el que había penetrado la influencia indirecta de los portugueses desde sus puestos comerciales de la costa. Pocos días después, Stanley y su séquito fueron perseguidos por seis canoas y una vez más hubo intercambio de disparos y se produjeron bajas.

A mediados de marzo de 1877 tuvo lugar el comienzo de una experiencia todavía peor cuando Stanley empezó a bajar por la gran extensión de agua llamada durante casi ochenta años «estanque de Stanley». Tuvo que exigir a sus porteadores wangwana unos niveles de entrega que razonablemente cabría pedir a los soldados en la guerra, pero no a unos civiles contratados. Sin aquellos hombres extraordinarios, Burton, Speke, Grant y Stanley no habrían hecho gran cosa. Como este último dijo a un amigo, no podría haber hecho más que un viaje de unos cuantos días «sin el valor y la bondad intrínseca de esos veinte hombres». Destacarían entre ellos Uledi, Manwa Sera, Chowpereh, Wadi Safeni y Sarmini. El número de sus acompañantes había disminuido de los doscientos veintiocho que llevaba en Bagamoyo a ciento veintinueve. En los últimos cuatro meses y medio desde que habían salido de Nyangwe se habían perdido catorce vidas. Ninguno de ellos sospechaba que lo peor estaba a punto de comenzar. Los primeros rápidos después del estanque hicieron pensar a Stanley en «una franja de agua barrida por un huracán». Pero las aguas mansas podían ser también fatales. El 29 de marzo, el piloto de la canoa en la que iba Kalulu dejó que la embarcación se metiera en la parte más rápida del río, condenándose a sí mismo y a sus pasajeros a «deslizarse por aquella superficie traicionera, aparentemente serena, como una flecha hacia la perdición». La canoa estuvo dando varias vueltas al borde de una catarata, antes de precipitarse en el torbellino. Sus seis ocupantes, incluido Kalulu, perecieron ahogados.



Muerte de Kalulu.

El 12 de abril, Stanley y los tripulantes de su embarcación de unos tres metros de eslora se vieron de pronto bajando sin control por otra serie de rápidos.

Cuando empezamos a pensar que era inútil luchar con la corriente, un terrible estruendo repentino nos obligó a mirar hacia abajo, y vimos cómo el río casi se incorporaba, como si un volcán hubiera entrado en erupción debajo del agua […] En una o dos ocasiones fuimos lanzados sin miramientos de un lado a otro, y la corriente inconmovible hizo que nos pusiéramos a dar vueltas como si fuéramos demasiado insignificantes para hacernos naufragar.

Nadie sabe cómo reunieron la fuerza para seguir remando por aquel torbellino de agua blanca. El 3 de junio, Frank Pocock —el último compañero blanco de Stanley— se ahogó al volcar su canoa. Wadi Safeni, cuya presencia de ánimo había salvado a Stanley y al resto de sus hombres

la primera vez que visitaron Bumbireh, sufrió durante aquel período espantoso un ataque de nervios y se adentró en la jungla, donde murió.

Cuando el 9 de agosto de 1877, Stanley y su séquito llegaron al puesto comercial establecido por los portugueses en el punto más alejado hasta el que habían llegado remontando el río, sólo pudieron contarse ciento quince individuos y, según comentaría Stanley, se hallaban todos «en un estado de consunción inminente». Durante varios meses los nativos se habían negado a venderles comida. Sólo regresarían a Zanzíbar ciento ocho personas, entre hombres, mujeres y niños, significativamente menos de la mitad de las doscientas veintiocho que habían zarpado de la isla. Su épico viaje desde Bagamoyo hasta la costa del Atlántico había durado mil días. Stanley fue el único de los cuatro británicos que sobrevivió. Aunque había encanecido prematuramente y había perdido dos tercios de su peso, había mantenido una confianza en sí mismo casi mística.

Este pobre cuerpo mío ha sufrido terriblemente [escribió durante el descenso de las cataratas], se ha visto degradado, y dolorido, se ha fatigado, ha enfermado, y casi se ha hundido bajo el peso de la tarea impuesta, pero eso no era más que una pequeña parte de mí. Pues mi verdadero yo estaba encerrado en la oscuridad, y fue siempre demasiado orgulloso y elevado para un entorno tan miserable como el cuerpo que lo estorbaba cada día.

Aunque finalmente se había demostrado que los laureles del descubrimiento de la fuente pertenecían a John Hanning Speke, era inevitable, al cabo de dieciséis años de su hallazgo, que la atención del público se fijara en el viaje sin par de Stanley. De modo que el daño infligido por Richard Burton en su constante afán de empequeñecer los logros de su compañero de viaje no sería reparado nunca. Lo habría sido si Burton se hubiera comportado honradamente y hubiera hecho una declaración en la RGS, o incluso escrito una carta sincera a The Times admitiendo que había estado equivocado casi veinte años. Pero no. Esperó hasta 1881 y decidió enterrar su retractación donde nadie pudiera verla, en un comentario sobre los viajes del poeta portugués de Luís de CamÕes. En una nota marginal casi irrelevante y sin nombrar a Speke escribió: «Me veo obligado formalmente a abandonar la idea que siempre había favorecido, a saber, que el Tanganica vertía sus aguas en la cuenca del Nilo a través del

Lutanzige». Haría esta retractación seis años después de que Stanley hubiera resuelto el misterio. El biógrafo de Speke afirma que Burton escribió una carta en su lecho de muerte en la que decía a Grant que retiraba todas las duras palabras que hubiera podido decir contra Speke. Pero como Burton murió en plena noche de un ataque al corazón parece harto improbable que sea verdad.

Como a Burton le gustó siempre presentarse a sí mismo como peor de lo que era en realidad, para asustar a la gente respetable, y aludir a sus relaciones homosexuales aparte de otras muchas de carácter heterosexual, y como además escribió algunas cartas tremendamente divertidas y realizó traducciones integrales del Kama Sutra de Vatsayana y del Libro de las mil y una noches, sigue constituyendo en la actualidad un personaje fascinante, aunque, como ha señalado recientemente un especialista, la última obra mencionada resulta «escabrosa y arcaizante», y su lectura es menos amena que la de la versión de Edward Lane, cincuenta años anterior. Burton es recordado también por criticar el racismo británico en la India —a pesar de ser un partidario convencido del Raj— y por su profundo y genuino conocimiento de la cultura árabe e india. Pero las numerosas expresiones degradantes que utiliza al hablar de los africanos, por ejemplo «la naturaleza casi de gorila de los negros» y las referencias que hace a «sus dedos semejantes a los de los chimpancés» han sido pasadas por alto por la mayoría de sus biógrafos, lo mismo que su despiadada destrucción del derecho de Speke a ser recordado, a pesar de haberse dado cuenta muy pronto de que su «subordinado» tenía casi con toda seguridad razón.

Speke no sólo descubrió la fuente del Nilo, sino que instintivamente comprendió la naturaleza de toda su cuenca mucho antes de que cualquier otro europeo se percatara de ella. Disfrutó además con la compañía de los africanos, mucho más que Livingstone, y gozó del privilegio único de ser el primer europeo que entró en el reino de Buganda. Sus libros de viajes resultan más amenos de leer que los de Burton y no son tan presuntuosos. A pesar de su reputación de ser un personaje poco convencional, Burton anheló siempre obtener el reconocimiento del estado y le molestó mucho el hecho de que al padre de Speke le dieran permiso para añadir un hipopótamo y un cocodrilo al escudo de la familia (en realidad una

recompensa bien nimia), comentando a numerosos amigos que él sí que merecía un cambio semejante de su divisa y además el título de caballero. «Yo abrí el camino e hice todo el trabajo de apertura [del continente] desde África oriental», diría en tono de queja al historiador William Hepworth Dixon. Después de la enérgica campaña encabezada por su aristocrática esposa, a la que esta se lanzó con la total aprobación de Burton, fue nombrado caballero en 1886, y no por sus méritos literarios, sino por los logros alcanzados como explorador. Isabel Burton había enviado cartas y memorandos al primer ministro y a todo su gobierno, a los diputados, a los altos oficiales del ejército y a varios miembros de la familia real. Ese mismo galardón se le había denegado a Speke veintidós años antes, a pesar de los éxitos inmensamente superiores que había cosechado en África. Burton había tenido que ser llevado en litera durante la mayor parte de su expedición al Tanganica, y no había visitado la ribera occidental del lago, como había hecho Speke, ni había acompañado a este al Victoria Nyanza.

Al tiempo que confirmaba su grandeza, Stanley eclipsó a Speke con su propio viaje, absolutamente incomparable. Pero su llegada a la patria no sería más feliz que su regreso a Londres al término de su exitosa búsqueda de Livingstone. En Zanzíbar esperaba encontrar alguna carta de Alice, su prometida. Efectivamente allí lo aguardaban algunas cartas suyas, pero todas fechadas en 1874. Así que siguió angustiosamente inseguro de si a la vuelta iba a encontrar la felicidad o el dolor del rechazo. Una carta de su editor, Edward Marston, ponía de manifiesto con qué iba a encontrarse.

Paso ahora a tratar un tema delicado sobre el que he discutido mucho conmigo mismo si debía escribirle o esperar a su llegada. Creo, sin embargo, que puedo decirle de una vez que su amiga Alice Pike se ha casado. Hace unos meses recibí la carta cerrada en la que se comunicaba que la señorita Pike es ahora la señora Barney… Me temo que esto constituirá otra fuente de disgusto para su naturaleza tan sensible.

Para un hombre que temía tanto el rechazo como él fue un golpe terrible. El señor Barney era más joven y más rico que él, pues era el heredero de una inmensa fortuna en vehículos y materiales rodantes. Pero los sinsabores románticos no serían el único motivo de infelicidad de Stanley. Como había exagerado imprudentemente al hablar de los

encuentros hostiles que había tenido en el río y no había explicado el contexto adecuado de los sangrientos sucesos ocurridos en la isla de Bumbireh, al volver a Inglaterra tuvo que hacer frente a las acusaciones de brutalidad vertidas por Henry Yule, galardonado con la medalla de oro de la RGS, y de su aliado, el escritor socialista H. M. Hyndman. La campaña que lanzaron fue tan apasionada y tan larga que la reputación moral del explorador quedaría gravemente dañada, aunque sus críticos reconocieran que su viaje había sido «la hazaña más grande de la historia de los descubrimientos». Por desgracia para Stanley, en 1872 se había creado muchos enemigos entre la minoría dirigente de Gran Bretaña al indisponerse con los miembros del comité de la RGS y con el Dr. Kirk. En consecuencia, el gobierno británico se negó a considerar la idea de encargar a Stanley que regresara al Congo.

Después de la traición de Alice, lo único que lo mantendría cuerdo sería el sueño de transformar África y de acabar simultáneamente con el tráfico de esclavos, según las líneas trazadas ya por Livingstone. Había abrigado la esperanza de regresar a África para llevar a cabo una valoración comercial y geográfica del Congo como «gran ruta» livingstoniana por la que viajaran misioneros y comerciantes en su camino hacia el interior del continente. Antes de abandonar la costa atlántica de África, Stanley había escrito para los lectores del Daily Telegraph las siguientes palabras:

Estoy convencido de que con el tiempo la cuestión del Congo se convertirá en una cuestión política. De momento, parece que ninguna potencia europea tiene derechos de control sobre él. Portugal lo pretende porque descubrió su desembocadura; pero las grandes potencias, Inglaterra [sic], América y Francia, se niegan a reconocer su derecho… La cuestión es: ¿qué potencia será delegada para proteger la infancia del comercio en este mundo tan poco conocido?… Que Inglaterra se ponga de acuerdo con Portugal de una vez para proclamar su soberanía sobre el río Congo e impedir que las sensibilidades del mundo se escandalicen un día cuando menos se lo espere nadie.

Esta última frase se revelaría curiosamente premonitoria. Así pues, con el gobierno británico dándole la espalda, ¿quién iba a estar dispuesto a enviar a Stanley a África de nuevo?

En su último diario del Congo había hablado de su ferviente esperanza en que el río llegara un día a convertirse en «una linterna para los que buscan hacer el bien». Desgraciadamente, el hombre que más deseoso estaba de agarrar esa linterna contemplaba en secreto adoptar unas medidas que eran todo lo contrario del «bien». Se trataba del rey Leopoldo II de Bélgica que, en noviembre de 1877, escribió confidencialmente a su embajador en Londres lo siguiente: «No deseo perder una buena ocasión de llevarnos una buena tajada de este magnífico pastel africano».

En el mes de enero del año siguiente, durante el viaje de regreso a Londres desde el Congo, Stanley fue abordado en el ruidoso andén de la estación de ferrocarril de Marsella por dos diplomáticos enviados a su encuentro por el monarca belga. La tarea del barón Jules Greindl, diplomático de carrera, y de Henry Shelton Stanford, terrateniente de Florida y antiguo cónsul de Estados Unidos en Bruselas, era obtener los servicios de «este americano tan hábil y emprendedor» para un proyecto de la corona en África. La búsqueda de las fuentes del Nilo tendría numerosas consecuencias históricas, pero ninguna mayor que la que provocaría este encuentro en una estación de ferrocarril de Francia al término de la misión de Stanley en el Nilo.

Segunda parte

LAS CONSECUENCIAS

25

¿Pastores del mundo?

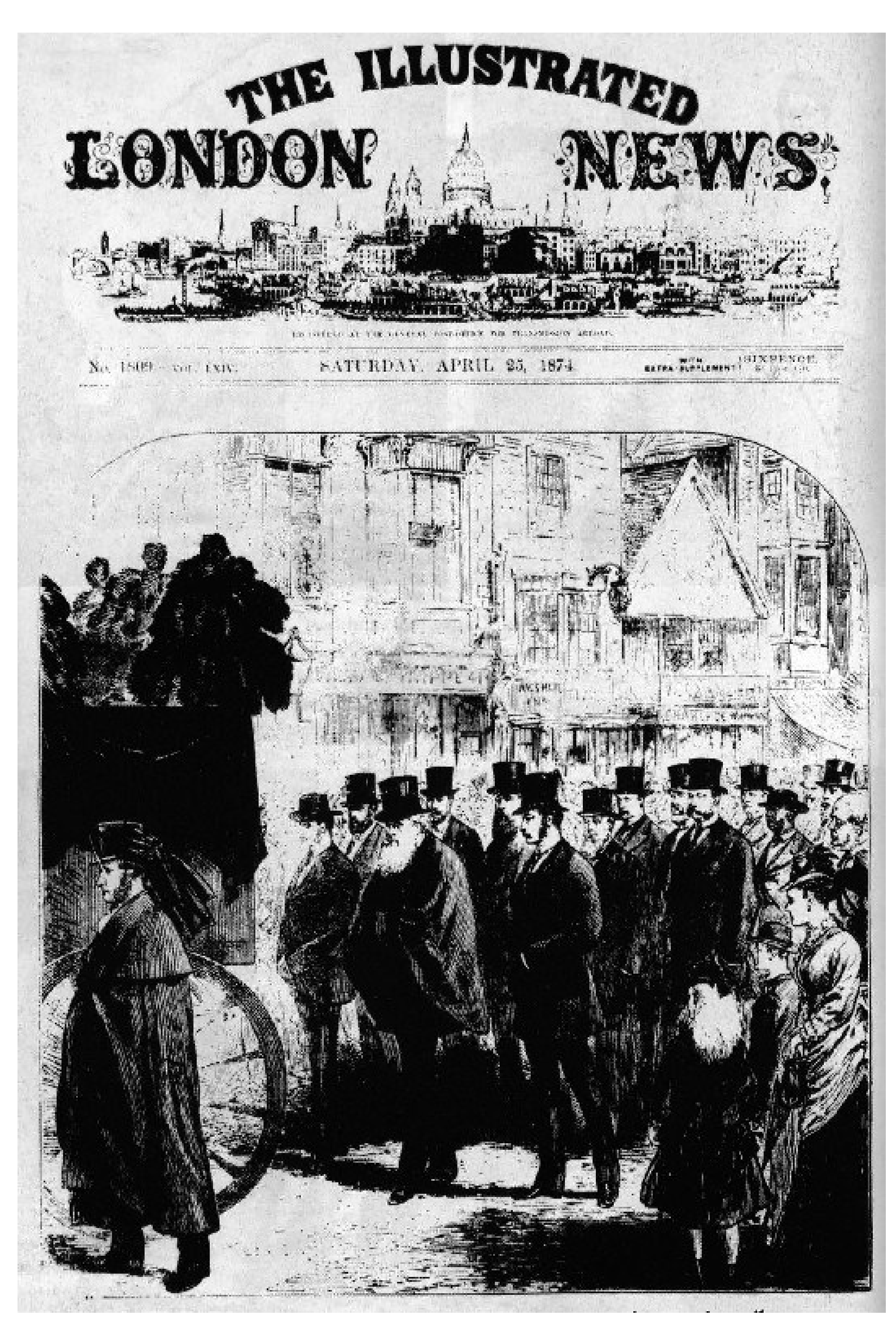
Antes incluso de que Stanley marchara de Zanzíbar al principio de su gran viaje, las primeras consecuencias de los descubrimientos realizados por los exploradores del Nilo comenzaban a percibirse en el mundo en general. David Livingstone podía haber fracasado en su búsqueda de las fuentes del Nilo, pero lo cierto es que el relato de su vida y su sentido de la misión eran lo que en aquellos momentos inspiraban un sinfín de iniciativas africanas. Cuando en 1874 se publicaron sus últimos diarios, la opinión pública absorbió más que nunca los horrores del tráfico de esclavos en África oriental y tuvo conocimiento de la firme determinación con la que el doctor defendió que se garantizara a los jefes africanos la posibilidad de comprar los productos que ansiaban a los comerciantes europeos, en lugar de los mercaderes árabes que exigían el pago en esclavos. «Es culpa de los árabes, que nos tientan con hermosos tejidos, pólvora y armas de fuego», había dicho a Livingstone un reyezuelo africano. «De buena gana me quedaría con todos mis súbditos para que cultivaran más tierras, pero mi vecino permite que sus súbditos rapten a los míos, y mi deber es disponer de munición para defenderlos».

La muerte en soledad de Livingstone en los pantanos de Bangweulu y el heroísmo demostrado por sus hombres cuando trasladaron su cadáver a la costa evocaban unas imágenes tan poderosas que los anglicanos, los miembros de las iglesias no conformistas e incluso los liberales británicos (de los que cabía esperar que se opusieran a las aventuras coloniales) se

vieron impelidos a actuar para llevar la libertad y el cambio a África. Stanley se hizo eco de este sentimiento en el obituario de Livingstone publicado en The Graphic, cuando escribió que el doctor había «dejado a los países civilizados de Europa y América, en su calidad de pastores del mundo, la misión de llevar su ayuda y su protección a los pueblos oprimidos de África». Aunque los políticos no parecieran conmovidos, lo cierto es que los editores de los periódicos enseguida percibieron que no podía ignorarse a los miles y miles de hombres y mujeres corrientes que de repente comenzaron a hacer donaciones a sociedades filantrópicas relacionadas con África. Tal vez había llegado el momento de dar una oportunidad al principio de «cristianismo y comercio». «La misión de Inglaterra en África debe comenzar, pues, donde Livingstone la dejó», declaró el editor del Daily Telegraph.

James Stewart, un joven misionero representante de la Iglesia Libre de Escocia, había quedado tan decepcionado de Livingstone durante la expedición al Zambeze (y sobre todo por haber llevado a Mary Livingstone a la bebida), que había arrojado su copia de Missionary Travels al río, no sin antes escribir en ella: «¡Que muera todo lo que hay de falso en mí y en otros!». Sin embargo, durante el funeral del explorador celebrado en la abadía de Westminster, experimentó, según él, un cambio milagroso en su corazón, y decidió fundar una misión a orillas del lago Nyasa. La llamaría Livingstonia. La Iglesia de Escocia envió también un grupo de misioneros no al lago, sino a la meseta del Shire. Su colonia recibiría el nombre de Blantyre, en honor del pueblo natal de Livingstone. En la actualidad, Blantyre es el centro comercial de Malawi y su ciudad más populosa. Roger Price, de la London Missionary Society, había estado a punto de perder la vida en una expedición al valle de los barotse —inspirada por Livingstone— que acabó convirtiéndose en una trampa mortal; pero, al igual que Stewart, experimentó una transformación en lo más profundo de su corazón y marchó al lago Tanganica en busca de emplazamientos para nuevas misiones. Los hombres de negocios escoceses asumieron la parte «comercial» del desafío africano. John y Frederick Moir montaron una empresa que más tarde se convertiría en la mundialmente famosa Compañía de los Lagos Africanos. Uno de los que aportó capital fue William

Mackinnon, que pasaría a ser una de las figuras clave de la historia colonial de África oriental. En 1887, catorce años después del fallecimiento de Livingstone, los traficantes de esclavos árabo-swahilis atacaron a los misioneros y a los trabajadores de la Compañía de los Lagos Africanos. Después de llevar a cabo en nombre de las víctimas una enérgica campaña en Inglaterra y Escocia, el gobierno británico estableció su protectorado sobre Nyasalandia (Malawi) en 1891. La colonia que Livingstone había soñado por primera vez en la década de 1850 se hizo por fin realidad al cabo de dieciocho años de su muerte.



THE ILLUSTRATED LONDON NEWS

No. 1809 — VOL. LXIV. SATURDAY, APRIL 25, 1874 WITH EXTRA SUPPLEMENT SIXPENCE

Desembarco de los restos de Livingstone en Southampton.

En concomitancia con estas reacciones informales y espontáneas a la vida y la obra de Livingstone por parte de grupos filantrópicos se produjeron intervenciones más calculadas y formales, en las que los gobernantes enviaban expediciones a África, como si fuera en respuesta a las presiones humanitarias, cuando en realidad pretendían desarrollar proyectos rapaces e interesados en los territorios descubiertos por los exploradores del Nilo.

Sir Samuel Baker, un tipo de explorador muy distinto a Livingstone, dirigió la primera expedición a África ecuatorial por disposición de un poderoso gobernante. Su plan para establecer un orden colonial distaba mucho del proceso gradual que Livingstone había querido poner en marcha en la meseta del Shire hasta que las incursiones de los traficantes de esclavos y el hambre lo obligaron a abandonar la idea. Los misioneros reunidos por el doctor comenzaron a morir antes de que pudiera comenzar la segunda fase del programa y dar paso a los comerciantes. Así pues, nunca tuvo en mente la existencia de una verdadera administración. Baker, en cambio, creía en «una ocupación y un despotismo militar» inmediatos como primer paso necesario antes de poder plantar «las primeras semillas de la civilización». Aparte de tener una visión profundamente pesimista de los africanos, se diferenciaba de Livingstone, de Speke y de Stanley en otro aspecto fundamental. No le importaba si la región que había explorado podía convertirse o no en un protectorado o en una colonia británica. Para él, cualquier país al que pudiera echar mano valía.

Ya en junio de 1867 (diez años antes de que Stanley resolviera el enigma del Nilo), Baker había comentado a *sir* Roderick Murchison que África sólo podría abrirse a la influencia europea «anexionando a Egipto la cuenca ecuatorial del Nilo». Esta opinión habría hecho las delicias del jedive Ismail. El modernizador gobernante europeísta de Egipto ya soñaba por aquel entonces con expandir su imperio africano hacia el sur, a través del vastísimo territorio de Sudán (el tercer país de África en extensión), hasta incluir las fuentes del Nilo. Una de las razones que impulsaban al jedive a requerir los servicios de *sir* Samuel para aumentar sus territorios era rebatir a quien denunciara que su proyecto expansionista iba a fomentar, en vez de restringir, el tráfico de esclavos (como se habría sugerido si un

oficial egipcio hubiera sido puesto al mando de cualquier expedición a las remotas tierras del sur). Por muchos defectos que tuviera, lo cierto es que Baker detestaba la esclavitud, y había escrito en su libro, The Albert N'yanza, enérgicas diatribas contra el tráfico de esclavos.

En junio de 1868 Baker se entrevistó con Nubar Pachá, el ministro de Exteriores del jedive, que estaba de visita en Londres. Juntos discutieron todos los detalles del regreso de *sir* Samuel a África para anexionar el Alto Nilo, promocionar el comercio en la región y erradicar el tráfico de esclavos. A Baker se le ofreció una remuneración asombrosa, a saber, cuarenta mil libras esterlinas por cuatro años de servicio, que evidentemente borraron por completo cualquier duda que pudiera abrigar en lo tocante a aquella empresa. Desde un principio fue consciente de que los egipcios eran esclavistas convencidos, al igual que sus oficiales de Jartum, de modo que su colaboración nunca iba a ser mucha.



Baker Pachá.

En septiembre de 1870, en el departamento de geografía de la British Association, un orador indicó que «si esta expedición fuera un éxito, el islamismo triunfaría [en el Alto Nilo], y el cristianismo desaparecería».

Otros denunciaban que los musulmanes acabarían haciéndose con el control de Bunyoro y Buganda en el sur. Baker iba a disponer de tres grandes vapores, ochocientos soldados egipcios, quinientos sudaneses, doscientos soldados de caballería *sha*'iqi y catorce cañones. Así pues, su expedición debía ser tomada muy en serio.

Nunca se había intentado antes la anexión permanente de una región inmensa del interior del África tropical por parte de un estado tecnológicamente avanzado, y la expedición de Baker tampoco era comparable a otras anteriores con recursos mucho más limitados. Incluso antes de la muerte de Livingstone, los no conformistas y los liberales habían manifestado su oposición al hecho de que la persona elegida para establecer la primera administración extranjera de África central no fuera un seguidor del humanitarismo.

En respuesta a una nota del ministro de Exteriores británico, lord Clarendon, acerca de la misión de Baker, el primer ministro William Gladstone escribió que «habría que comunicar a Baker que el gobierno de Su Graciosa Majestad no asumirá responsabilidad alguna de las consecuencias que pueda tener [la expedición], ni en lo concerniente a ellos ni en lo concerniente a cualquier asunto relacionado con ella». Pero Baker era inmune a la desaprobación del «Venerable Anciano». «Mi queridísima esposa —dijo a uno de sus mejores amigos— está totalmente decidida a regresar al Alberto Nyanza; esta vez dispondremos de un vapor de ciento treinta toneladas y de un pequeño ejército en lugar de trece hombres […].» Su queridísima esposa no tardaría en verse obligada a afrontar una serie de dificultades y peligros prácticamente igual de graves que los que encontraron de camino al Luta N'zige.

26

Creando Ecuatoria

Durante los meses de febrero y marzo de 1870, *sir* Samuel Baker, caballero comendador de la Orden del Baño, cuyo reciente nombramiento como gobernador general de la región del Nilo ecuatorial por el jedive de Egipto le otorgaba el poder de decidir sobre la vida y la muerte de sus hombres, se vio temporalmente derrotado por montones de plantas acuáticas en los cambiantes canales del Sudd. Debía encontrar la manera de superar el obstáculo más famoso del Nilo Blanco para llegar a Gondokoro y a los lejanos reinos de Bunyoro y Buganda. Muchos de sus hombres estuvieron «con el agua hasta el cuello» durante días, tratando de cruzar la espesura de papiros con la ayuda de azadones, podaderas y rastrillos, y fallando en el intento. Siete murieron en los dos meses que duró esa pesadilla, y ciento setenta acabaron tan enfermos que tuvieron que ser enviados de vuelta a Jartum, lo que obligó a Baker a retirarse siguiendo la corriente del río hasta Taufikia, donde permaneció hasta diciembre de 1871 sin poder avanzar. Sólo para el transporte del sorgo, alimento básico de la expedición, se necesitaban cincuenta barcazas. De modo que con los camellos, los caballos, los burros, los constructores de barcas árabes y los mil quinientos soldados que también necesitaban medios de transporte, los problemas logísticos provocados por aquella prolongada demora amenazaban el futuro de toda la empresa.

Baker logró escapar del Sudd al cabo de siete meses de haber entrado en esta región, y no pudo llegar a Gondokoro (a la que bautizaría como

Ismailia) hasta el 14 de abril de 1871. En aquellos momentos sólo le quedaban dos años de contrato, pero al menos había conseguido alcanzar la frontera septentrional del vasto territorio en el que se esperaba que impusiera el control egipcio. El firmán que había recibido del jedive lo autorizaba a:

Organizar y someter a nuestra autoridad los países situados al sur.

Acabar con el tráfico de esclavos. Introducir un sistema de comercio regular.

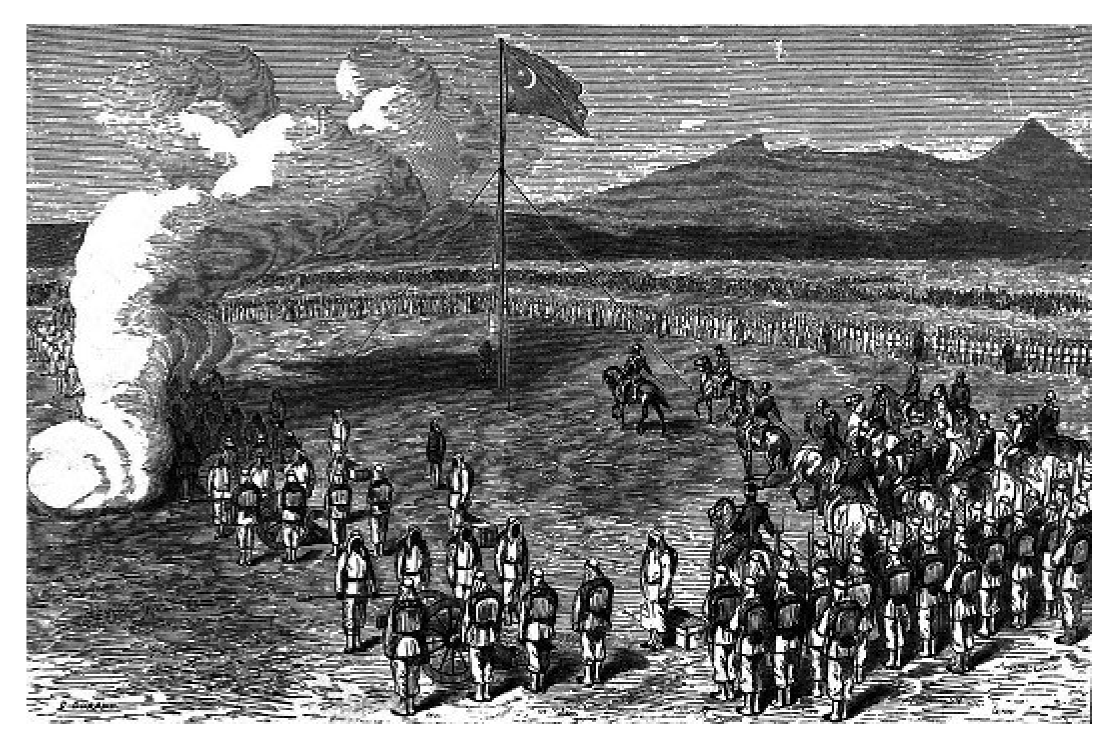
Abrir a la navegación los grandes lagos del ecuador y establecer una red de puestos militares y de almacenes comerciales, distanciados a intervalos de tres días de marcha.

Este programa absurdo y ambicioso dependía en gran medida de su habilidad para llegar a un acuerdo con los nativos de la región. Baker confiaba en que la tribu de las inmediaciones de Gondokoro, los bari, aceptara de buen grado su protección frente a los agentes del principal traficante de esclavos del país, Muhammad Ahmad al Aqqad. No podía imaginar que no la quisiera. Pero, para su consternación, se enteró de que el jefe bari, Alloron, se había aliado hacía poco con los esclavizadores, y sus súbditos actuaban voluntariamente como porteadores y mercenarios de al-Aqqad. De modo que cuando Baker intentó comprar alimentos, no quisieron vendérselos. Es innegable que para los intereses de los bari resultaba muy conveniente obtener la inmunidad llegando a un pacto con la casta dirigente árabe establecida de manera permanente en el sur. A Baker ya no le había gustado esa tribu cuando cruzó su territorio en un viaje anterior, y ahora los calificaría de «perversos y traicioneros por naturaleza».

Aunque los bari suponían un grave problema, a Baker le esperaba otro peor en su propio campamento, pues como contaría Florence en su diario, «debo confesar que estoy bastante indignada con toda la expedición, con los nativos y también con los soldados, son de una crueldad extrema en todos los sentidos; sé que a Sam le preocupa mucho estar al frente de semejantes hombres». Florence quedó horrorizada cuando oyó a las tropas jactarse del número de africanos que habían matado. Un individuo desertó después de romper la mira de su fusil, y cuando fue capturado, Baker lo condenó a recibir el espeluznante número de doscientos latigazos. Aplicó a otro el

mismo castigo por un crimen mucho más grave, el asesinato de un prisionero. A veces, Baker se sentía avergonzado por el comportamiento de los miembros de su cuerpo de élite de camisas de color escarlata, formado por árabes sudaneses negros, a los que había apodado cariñosamente «los cuarenta ladrones». Florence vio cómo uno de ellos capturaba a una niña de diez años para convertirla en su esclava. Cuando se enteró de lo que había visto, Baker le arrancó la ropa con violencia al individuo en cuestión, le quito su arma de fuego y le dijo que sería ejecutado de un disparo si volvía a cometer un delito. Quería acabar realmente con el tráfico de esclavos y ser considerado un liberador por los africanos, pero el desprecio que sentían lógicamente esos mismos africanos por su asociación con los egipcios esclavistas frustraron todos sus esfuerzos desde un principio.

A pesar de todo, en mayo de 1871 Baker pudo izar la bandera egipcia en Gondokoro, bautizando la ciudad con el nombre de Ismailia y proclamando simultáneamente toda la zona de los alrededores —hasta Buganda y el lago Alberto por el sur— parte de una nueva provincia egipcia a la que llamó Ecuatoria. Este acontecimiento se revelaría como uno de los más importantes de la historia de la región.



Izado de la bandera en Gondokoro (del libro de Baker, Ismailia).

En diciembre, Baker había violado sus propios principios robando grano y ganado a las tribus locales para alimentar a sus hambrientos soldados. Pero la cantidad de alimentos capturados era muy escasa, y no le quedó más remedio que ordenar el regreso a Jartum de ochocientos hombres con sus trescientos «dependientes». Después de intentar durante nueve meses imponer la dominación egipcia a los bari, se vio obligado a avanzar hacia el sur con sólo quinientos dos soldados y cincuenta y dos marineros, dejando al pueblo de Alloron tan firmemente decidido a ofrecer resistencia como lo había estado a su llegada.

Pero cuando Baker entró en Fatiko —a unos ciento veinte kilómetros al norte de las cataratas Karuma— su suerte cambió un poco. La población local, los acholi, se puso de su parte contra los traficantes de esclavos árabes y lo ayudó a conseguir porteadores para el resto del viaje hasta Bunyoro. Para recompensar a estos nativos, destinó tropas a los fortines locales y permitió a los acholi que mantuvieran su independencia en los momentos críticos. Hoy día, Baker sigue siendo honrado en las tradiciones de los acholi, al igual que su esposa, que todavía es recordada con el nombre de Anyadwe, o «Hija de la Luna», por su larga melena rubia.

Sin embargo, a pesar del apoyo de los acholi, a finales de 1871 Baker había abandonado la idea de incorporar Buganda a Ecuatoria. No obstante, aún confiaba en realizar esta hazaña en Bunyoro. Pero en vista de la gran desconfianza que había demostrado con él Kamrasi, el anterior omukama de Bunyoro, era verdaderamente de ingenuos imaginar que podría conseguir dar gato por liebre a su sucesor, Kabarega.

Baker llegó a Masindi, la capital de Bunyoro, el 25 de abril de 1872. Como sólo disponía de una escolta de un centenar de hombres, corría el peligro de ser detenido o incluso asesinado si Kabarega decidía que había venido a apropiarse de su país. Pero su primera entrevista con el omukama —al que describiría «muy bien vestido, con tela de corteza a rayas negras primorosamente fabricada»— pareció ir bien. Sin embargo, cuando el joven monarca de veintiún años devolvió la visita, nada de lo que dijo Baker logró convencerlo para que entrara en su choza. Es evidente que Kabarega sospechaba que pudiera hacerle una mala jugada. Furioso, Baker lo llamó «jovenzuelo descortés» y «zoquete sin decoro ni educación». El jovenzuelo era de hecho el vigésimo tercero de su dinastía, y había ascendido al trono a la muerte de su padre, después de alzarse con la victoria en una encarnizada guerra de sucesión. Es comprensible que Kabarega recelara de un hombre del que su padre había desconfiado, y que se había presentado en su país en calidad de representante de un gobierno de una nación remota. Pero, en realidad, Baker era el que estaba pisando un terreno peligroso. Una multitud de dos mil personas había acompañado a Kabarega, «haciendo un ruido horrible con silbatos, cuernos y tambores». El monarca se negó a hablar de comercio y civilización, y dijo a Baker que lo único que necesitaba era ayuda militar para luchar contra su tío Rionga que se había sublevado.



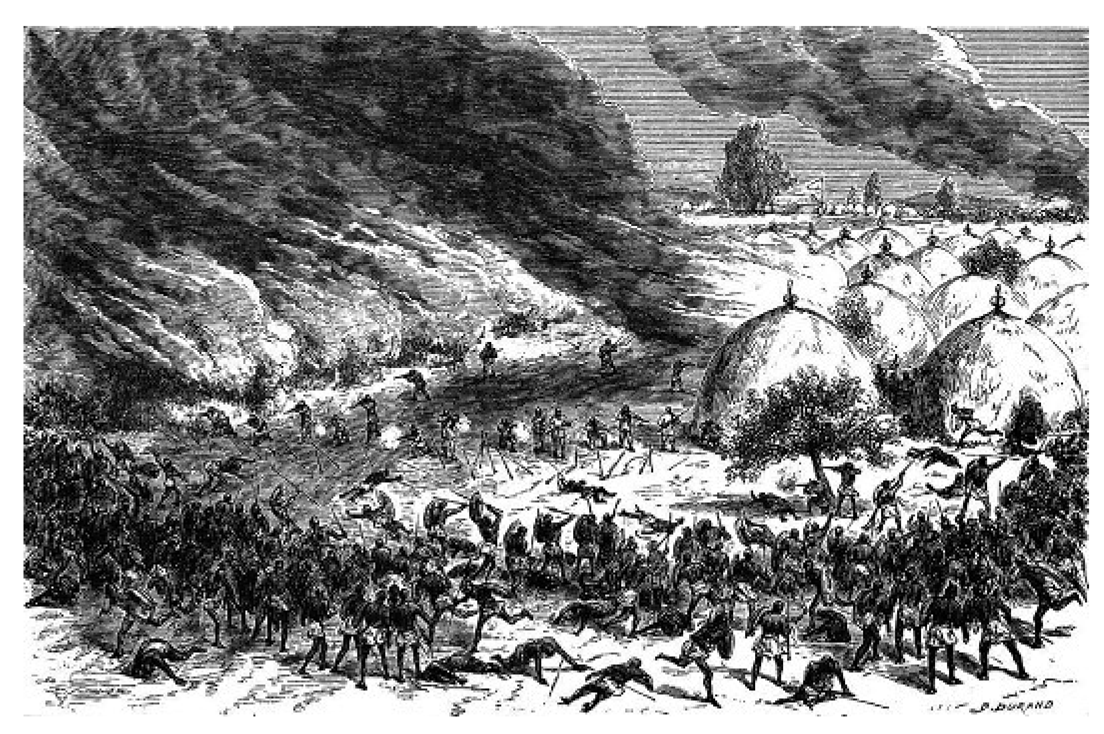
Kabarega devuelve la visita a Baker (del libro de Baker, Ismailia).

El 14 de mayo, Baker, según cuenta, tomó «oficialmente posesión de Unyoro en nombre del jedive de Egipto». Esto supuso, ni más ni menos, que se vistiera con su uniforme de gobernador general, hiciera desfilar a sus hombres y luego mandara izar la bandera egipcia. En respuesta a esta ultrajante ceremonia, Kabarega autorizó la construcción de una serie de chozas y cercados que dejaron rodeado el campamento de Baker. También se negó a podar la hierba alta que ofrecía cobertura a cualquier guerrero que quisiera acercarse al campamento sin ser visto.

El 31 de mayo, el teniente Julian Baker de la Marina Real, que había venido a África en calidad de segundo al mando de su tío, condujo estúpidamente a la mayoría de los hombres de la expedición hasta el poblado de Kabarega para hacer ejercicios de instrucción militar al aire libre. Así nos cuenta Florence la respuesta del omukama a la absurda provocación: «Diría que, en apenas diez minutos, aparecieron entre cinco y seis mil hombres con sus escudos y armas, y ninguna lanza llevaba funda». La matanza de los hombres de Baker parecía inminente. Intentando mantener la calma, el flamante gobernador general saludó con la mano a un jefe anciano al que reconoció entre la multitud en armas, y caminó hacia las lanzas que lo apuntaban, gritando a través de su traductor: «¡Bien hecho!

¡Dancemos todos juntos!». Entonces ordenó a su banda improvisada que tocara algo y mandó bailar a sus hombres, que así lo hicieron para desconcierto de los guerreros. Mientras seguían danzando, Baker dijo a un grupo de ellos que fueran acercándose lentamente hacia él con las bayonetas preparadas y que le cubrieran los flancos. Entonces, sintiéndose más seguro, solicitó entrevistarse con Kabarega. El joven rey hizo acto de presencia y mandó a sus guerreros que se retiraran.

Baker era consciente de que su argucia simplemente le había permitido ganar un poco más de tiempo. Kabarega estaba convencido, y con razón, de que lo que pretendía Baker era «engullir» su país, y no únicamente comerciar con él. De modo que, al cabo de una semana, el siguiente paso del joven monarca fue tratar de acabar con la vida de los Baker y la de sus hombres, regalándoles bebidas y grano previamente envenenados. Su intento se vio frustrado por la rápida reacción de Florence, que inmediatamente preparó una mezcla emética con grandes cantidades de mostaza y agua salada.



La batalla de Masindi (del libro de Baker, Ismailia).

A la mañana siguiente, Baker recibió un disparo por parte de unos guerreros que avanzaron a escondidas entre la espesura de la hierba alta. Su sargento, que caminaba detrás de él, fue alcanzado en el pecho y murió al instante. Otro integrante de los «cuarenta ladrones» fue herido en una pierna. Tras dar la señal de alarma y conseguir reunir a dieciséis miembros de su cuerpo de élite, Baker les mandó que respondieran con las armas. Mientras tanto, otros hombres recibieron la orden de prender fuego a todo el poblado de Kabarega, incluida la cabaña utilizada por el omukama para sus audiencias. Monsoor, el oficial favorito del explorador, cayó muerto poco después de que comenzara el combate junto con otros tres de sus compañeros. «Con mucho cuidado, le arrimé el brazo al cuerpo —escribió Baker—, pues consideraba a Monsoor un verdadero amigo». Durante todo el enfrentamiento, Florence, a la que Baker llamaba «mi pequeña coronela», fue pasándole a su esposo los fusiles cargados. También disparó proyectiles contra el poblado. Al cabo de cuatro días, los Baker no tuvieron más remedio que evacuar Masindi, aunque supieran que aquello significaba reconocer su derrota.



La retirada a Fatiko (del libro de Baker, Ismailia).

Durante la marcha a Fatiko, a lo largo de kilómetros y kilómetros en medio de la hierba alta, la columna de Baker sufrió numerosas emboscadas. Florence llegó a jurar que, si su marido moría, ella se pegaría un tiro antes de caer en manos del enemigo. El muchacho que conducía el caballo del explorador fue atravesado por una lanza y, moribundo, preguntó a su jefe: «¿Debo avanzar sigilosamente hacia la hierba, Pachá? ¿Hacia dónde voy?». Y cayó muerto a los pies de su patrón, cuyo principal temor era que sus hombres no lograran contrarrestar la superioridad numérica del ejército de Kabarega. Por fortuna, Baker pudo mantenerse a distancia de sus perseguidores. No obstante, durante la retirada de Masindi, diez de sus hombres perdieron la vida y once fueron heridos: unas bajas importantísimas para un contingente de apenas cien efectivos.

De camino a Fatiko, Baker fue a la isla en la que se encontraba el tío rebelde de Kabarega, Rionga, para entrevistarse con él y ofrecerle el apoyo de Egipto en su lucha para derrocar a su regio sobrino.

En el viaje de regreso a Jartum por el Nilo, tras derrotar a un grupo determinado de traficantes de esclavos que atacaron el fuerte de Fatiko, Baker interceptó tres barcazas en las que había setecientos esclavos, lo que ponía seriamente en entredicho sus últimas declaraciones afirmando que había limpiado el río de mercaderes de seres humanos. De hecho, el traslado por tierra de esclavos a las regiones de Darfur y Kordofan —a raíz del descubrimiento del río Bahr el-Ghazal— había disminuido durante los últimos diez años el número de esclavos transportado por el Nilo en una proporción de seis o siete a dos. Desde Ismailia, *sir* Samuel escribió a su hermano John, con la intención de que entregara su carta a la prensa:

Todos los obstáculos han sido superados. Todos los enemigos han sido sometidos; y los esclavistas que tuvieron la osadía de atacar a las tropas han sido aplastados. Se ha puesto fin al tráfico de esclavos por el Nilo Blanco, y la región ha sido anexionada, por lo que Egipto se extiende hasta el ecuador.

Lejos de estar sometido, Kabarega seguía siendo el monarca independiente y obstinado de siempre, y al-Aqqad y otros traficantes de esclavos habían sufrido simplemente un pequeño revés en Fatiko. Baker tampoco había logrado pasar de la línea del ecuador, por no hablar de

«anexionarse» territorios de la zona. Pero las exageraciones de Florence superarían a las de su esposo: «Tras grandes dificultades y muchas penurias —contaba a su cuñada—, hemos realizado numerosas conquistas y establecido en todo el país un buen gobierno». El jedive Ismail, el patrón de los Baker, no se dejó convencer por el autobombo del matrimonio europeo y declaró que «se ha exagerado mucho en lo concerniente al éxito [de la expedición]» y que Baker, aunque había sido «valiente», se había mostrado «muy proclive a empuñar las armas […] dando lugar a un sentimiento generalizado de hostilidad hacia los europeos y hacia mi gobierno en todo el Alto Egipto».

No obstante, a su regreso a Gran Bretaña, Baker consiguió que sus optimistas cartas fueran leídas en voz alta en las dos Cámaras del Parlamento, llevando incluso a The Times a comentar con efusión y entusiasmo que «la hazaña constituye, en la anodina historia de nuestros tiempos, un episodio verdaderamente audaz y legendario […] Nada de lo que se ha contado de los españoles en México logra despertar tanto interés como el relato de la retirada de Bunyoro». El carácter intrépido de la empresa de *sir* Samuel obnubiló incluso a un liberal como lord Derby, ministro de Exteriores, que lo elogió por escrito por «haber extendido la influencia británica en Egipto» y «acelerado los rápidos progresos que estamos realizando en la apertura de África al exterior». Era prácticamente como si, en 1874, lord Derby previera que, antes de diez años, Gran Bretaña iba a apartar a un jedive en bancarrota para convertirse en el nuevo gobernante de Egipto y sus territorios del Nilo. Pero si bien este estadista liberal supo percibir la dirección en la que comenzaban a soplar los vientos de la historia, no supo darse cuenta de que la receta de Baker para la creación de nuevas colonias, con unos cuantos barcos de vapor y uno o dos regimientos, tenía muy poco que ver con la aventura, y mucho con barrer de la escena a unos gobernantes africanos legítimos, cuyo único crimen era haber indicado, ante la amenaza de un poder superior, que querían seguir siendo independientes. En realidad, la «aventura» de la retirada de Baker de las tierras de Bunyoro había constituido una victoria para Kabarega, el «jovenzuelo descortés». Aunque Baker pudiera afirmar con razón que había tratado de acabar con el comercio humano en el Alto Nilo, no podía

sostener que similares motivaciones lo habían llevado a emprender la invasión de Bunyoro, región que nunca había sido devastada ni convertida en el caótico escenario de sangrientas matanzas por los traficantes de esclavos.

En Europa, para mucha gente de la vida pública la expedición de Baker fue la primera en poner de relieve las posibilidades estratégicas y económicas de un gobierno extranjero en África tropical. Propició, por tanto, «la carrera por África». Baker aseguraba que, con su pacificación del Alto Nilo, había creado las condiciones esenciales para desarrollar el cultivo de grandes cantidades de algodón, lino y grano, garantizando la prosperidad de la población de la región y pingües beneficios a los que llegaran para comercializar esos productos. Es evidente que había echado el ojo a África justo cuando las minas de diamantes de Kimberley comenzaban a ofrecer a futuros colonos otra razón sumamente tentadora para que se interesaran por el continente. El 9 de diciembre de 1874, el editor de The Times se hacía eco de unos sentimientos que, de haber tenido noticia de ellos, habrían provocados las iras de Kabarega y de Mutesa:

Hasta hace bastante poco África central estaba considerada simplemente una región de tórridos desiertos y malolientes pantanos […] parece que en la actualidad hay buenas razones para creer que una de las mejores partes de la superficie de la costra terrestre está siendo destruida por la barbarie y la anarquía que la maldicen.

Lamentablemente, los infructuosos esfuerzos de Baker por hacer de Ecuatoria una realidad y por extender hacia el sur las fronteras de Egipto —y en consecuencia las de Sudán— hasta Bunyoro se reanudarían con más éxito gracias a la iniciativa de otros y a largo plazo resultarían desastrosos para toda la región en general.

27

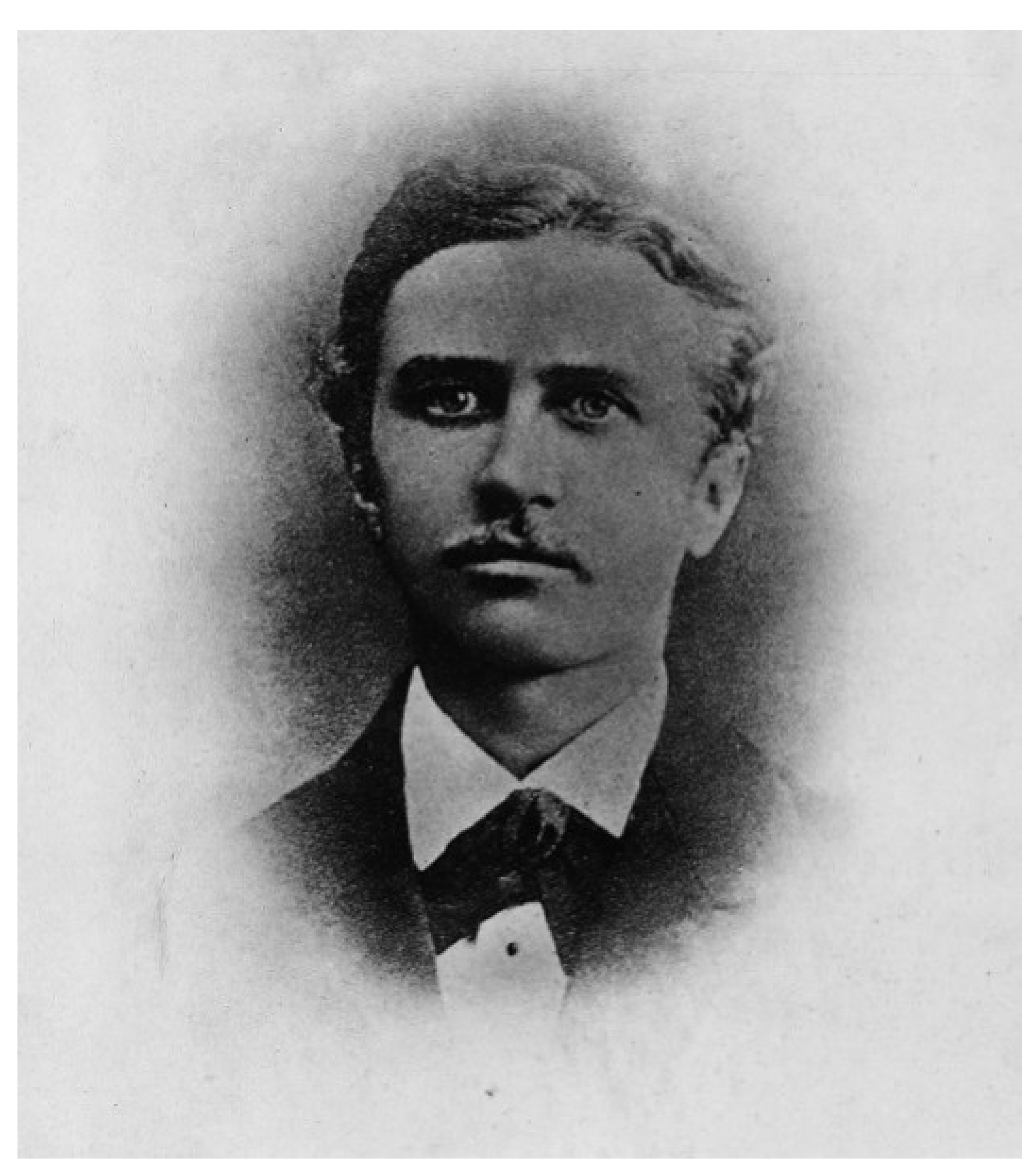
Hechos sangrientos inauditos

Henry M. Stanley había visitado a Mutesa, el kabaka de Buganda, en abril de 1875, cuando intentaba determinar si Livingstone y Burton tenían derecho a rechazar la pretensión de Speke de haber localizado la fuente del Nilo en el lago Victoria. Así pues, las expediciones al Nilo fueron las responsables del encuentro, trascendental para su nación, entre el kabaka y el explorador. Aunque Stanley no lo dijera, su éxito al persuadir al rey de que invitara a venir a Buganda a algunos misioneros cristianos se debió menos al interés de Mutesa por las doctrinas de Cristo que a las esperanzas del monarca de poder comprar rifles de retrocarga a cualquier europeo que decidiera venir a su país en respuesta a su invitación. Mutesa temía desde hacía tiempo que, sin esas armas, los egipcios «se comieran» a su país.

A Stanley le había sorprendido comprobar que los negreros árabes presentes en la corte de Mutesa compraban al kabaka suficientes esclavos como para hacer de Uganda, según sus palabras, «la fuente septentrional del tráfico de esclavos [de África oriental]». De modo que su intención al pedir a Mutesa que mandara llamar a evangelizadores cristianos había sido contrarrestar la influencia de los traficantes de esclavos musulmanes en su corte.

La llegada a Buganda de Alexander Mackay, de la Church Missionary Society británica, con su impecable traje blanco y su sombrero tirolés, en noviembre de 1878, inauguró un nuevo capítulo en la historia de ese país y los reinos limítrofes. Un año antes ya habían llegado siete misioneros, pero

sólo quedaba un superviviente para recibir a Mackay. Dos habían muerto a manos de unos pescadores a orillas del lago, otro había perecido a consecuencia de las fiebres y otros tres se habían retirado a Zanzíbar para recuperarse de las fiebres. Mackay era de corta estatura, pulcro, hombre de muchos recursos y muy valiente. Como antiguo ingeniero, estaba en condiciones de enseñar a construir barcos, a trabajar la madera y a montar una imprenta. Era asimismo experto en horticultura. En 1879 empezó a traducir el Evangelio de san Mateo al lugandés, junto con algunos textos y oraciones breves. Ese mismo año, llegó un grupo de «frailes blancos» franceses a las órdenes del padre Siméon Lourdel.



Alexander Mackay.

Durante los primeros años de la década de 1880, los misioneros ingleses y franceses llevaron a cabo las primeras conversiones, sobre todo entre los jóvenes pajes enviados a la corte por sus familias para aprender el arte de ejercer la autoridad. Entre aquellos chicos y otros adolescentes al servicio de los misioneros se puso de moda aprender a leer. Acabarían siendo llamados colectivamente los «lectores». También se convirtieron varios jefes, que formaron un grupo claramente diferenciado en la corte. En 1884 había en Buganda más o menos unos cien cristianos, y durante los dos años siguientes el número de conversos se cuadriplicó. A lo largo de todo este

extraordinario proceso, casi sin parangón en África, Mutesa mantuvo una inquietante altivez, y expresó su cólera por el hecho de que los misioneros sólo enseñaran a su pueblo cosas sobre Dios, aunque Stanley le había hecho creer que iban a enseñar a los baganda «cómo fabricar pólvora y pistolas». Su pueblo necesitaba esos conocimientos, explicó a Mackay, pues los egipcios estaban «royendo [su] país como ratas».

Los árabes que ya residían en la corte tenían mucho que perder si los misioneros se imponían, pues estos podían persuadir a Mutesa de que no siguiera organizando cacerías de esclavos fuera de sus fronteras, actividad que le permitía pagar a los negreros sus telas y demás mercancías con esclavos. Naturalmente hicieron cuanto pudieron para indisponer a Mutesa con los recién llegados, diciendo que los blancos estaban interesados únicamente en «comerse su país» y que eran fugitivos de la justicia en sus propias tierras de origen.

En 1884, Mutesa se hallaba agonizante de una enfermedad incurable y por consejo de sus ngangas sacrificó a miles de personas para apaciguar a los espíritus de sus antepasados. En un solo día fueron ejecutados dos mil individuos. Mackay llegó a llamarlo «monstruo» y declaró: «Todo es él, él, él. Uganda existe sólo para él». El kabaka fue sucedido por su hijo Mwanga, joven obstinado de diecinueve años, que, gracias a los consejos de moderación de Mackay, decidió no asesinar a sus hermanos, como habían hecho tradicionalmente sus antecesores. Pero Mwanga siguió mostrándose sumamente receloso de los misioneros. Le habían contado que unos blancos se internaban en el continente desde la costa de África oriental firmando tratados por el camino. Eran unos alemanes que iban al mando del imperialista Karl Peters. Mwanga había oído decir también que los británicos habían asumido el poder en Egipto después de una gran batalla. Como no estaba seguro de cuáles eran las diferencias entre las distintas naciones europeas, tuvo la impresión de que todos aquellos blancos se habían aliado para robarle su país. Era la conclusión natural que cualquiera habría sacado.

El general Gordon, gobernador general del Sudán, había enviado un pequeño grupo de soldados a Uganda en 1876, y últimamente se había tenido noticia de que otro británico había llegado inesperadamente al

extremo nororiental del lago Victoria. Joseph Thomson acababa de abrir una ruta a través de Masailandia y, por desgracia, su aparición convenció a Mwanga de que su país estaba siendo estrujado por todos lados. Cuando los misioneros dijeron que lo único que querían era enseñar a su pueblo la religión, no los creyó y sospechó que su intención era atraer a más compatriotas para quitarle su reino. Mackay se enteró de que varios jefes de tribu convertidos al islam instaban a Mutesa a que matara a los bautizados y expulsara del país a los misioneros. Los traficantes de esclavos —llamados, según Mackay, Kambi Mbaya (Rashir bin-Shrul) y Ahmed Lemi— eran, al parecer, los que más insistían al kabaka en que matara a los misioneros.

En enero de 1885 Mwanga detuvo a Mackay junto a tres de sus jóvenes lectores. El misionero fue mantenido bajo vigilancia, pero sus protegidos fueron arrastrados a un pantano a las afueras de la ciudad real de Mengo. Mackay se presentó precipitadamente en la corte y protestó alegando que los muchachos no eran culpables de ningún delito, pero por orden de Mwanga el verdugo jefe les cortó los brazos, y luego los asó lentamente en un pincho. Una vez puesto en libertad, Mackay censuró valientemente a Mwanga por aquel acto execrable. A partir de entonces toda la misión estaría en peligro.

Fue en ese momento tan poco halagüeño cuando llegó al extremo nororiental del lago el jovial obispo James Hannington con un séquito de cincuenta individuos, después de atravesar el país de los masai por la ruta prohibida de Mwanga. Aquel clérigo de espíritu aventurero y optimista educado en Oxford había sido enviado a Buganda por la CMS para fijar su residencia en el país como primer obispo del África ecuatorial oriental. No llegaría nunca a su destino. El 21 de octubre de 1885 fue detenido en Busoga junto con sus cincuenta porteadores wangwana. Mackay quedó estupefacto y se presentó tres días seguidos en la corte de Mwanga para suplicarle que perdonara la vida al obispo. Su rival francés, el padre Lourdel, también pidió clemencia. Pero no sirvió de nada. Al cabo de ocho días de encarcelamiento en una choza oscura e infestada de parásitos, el obispo Hannington fue conducido a un claro del bosque, despojado de sus vestiduras y apuñalado junto con todos sus porteadores, excepto cuatro que lograron escapar. Uno de ellos informó de que las últimas palabras de

Hannington habían sido: «Decid al rey que voy a morir por su pueblo, que he pagado con mi vida el viaje hasta Buganda». Durante varios meses, Mackay estuvo a punto de abandonar Buganda, pero la situación fue calmándose poco a poco y el misionero reanudó en secreto la labor de evangelización.

Luego, el 30 de junio de 1886, Mwanga tomó una resolución drástica, deteniendo y ejecutando a cuarenta y cinco nativos conversos, católicos y protestantes en la misma proporción. A varios los estranguló con sus propias manos. A otros los castró antes de quemarlos vivos. El verdugo jefe comunicó al rey que «nunca hasta entonces había matado a gente tan valerosa, y que habían muerto invocando a Dios». La respuesta de Mutesa fue echarse a reír diciendo: «¡Pero Dios no los libró del fuego!». Mackay anotó en su diario: «¡Oh, noche de dolor! ¡Qué hecho sangriento más inaudito! Si lo que temen es una invasión, deben pensar sin duda que con un acto semejante dan a esos invasores imaginarios una excusa capital para entrar con todas sus fuerzas […]».

En ese momento de emergencia urgentísima para los misioneros, llegó como llovido del cielo a la misión de Mackay un explorador nacido en Rusia, el Dr. Wilhelm Junker, que se había pasado diez años cartografiando los ríos Welle y Ubangi. Junker contó a los misioneros una cosa muy significativa y Mackay se dio cuenta enseguida de que, si lograba implicar a la prensa británica, aquello tal vez podría suponer indirectamente su salvación y la de sus conversos. Al parecer, Emin Pachá, el gobernador anglo-egipcio de Ecuatoria, la provincia más meridional de Sudán, se retiraba por el sur hacia el lago Alberto, acosado por los musulmanes fundamentalistas seguidores del autoproclamado Mahdi o «Esperado». Hombre de humilde cuna originario de Sudán, Muhammad Ahmad el Mahdi había sabido aprovechar los profundos sentimientos antiegipcios para crear un movimiento que era en parte una yihad religiosa y en parte una sublevación nacionalista. De hecho, recientemente unos diez mil seguidores suyos habían conquistado Jartum y habían matado al general Gordon, gobernador general del Sudán. Como Gordon había sido todo un héroe nacional británico, su sangriento asesinato en las escaleras de su palacio había suscitado profundo dolor y furia en Gran Bretaña. La

indignación de la opinión pública se había enconado todavía más al conocerse que la expedición de socorro enviada por el primer ministro Gladstone no había podido salvar al gobernador acorralado porque había llegado con dos días de retraso.



Muhammad Ahmad el Mahdi.

La muerte de Gordon dio lugar a la caída del gobierno liberal de Gladstone, lo que convenció a Alexander Mackay de que el nuevo primer ministro, el conservador lord Salisbury, haría todo cuanto estuviera en su mano para que Emin Pachá, el último gobernador nombrado por Gordon que había sobrevivido, no corriera la misma suerte que su superior. Y si lord Salisbury enviaba fuerzas para salvar a Emin, esos mismos soldados podrían venir luego a rescatar a los misioneros cristianos y a sus conversos, que se encontraban a poco más de trescientos kilómetros en el interior de Buganda. Por suerte para él, Mackay conocía a Emin Pachá, que lo encontraba de su agrado y había mantenido alguna correspondencia con él en el pasado. Calculaba, pues, que si podía mandar una carta al pachá y recibir de él en contestación un apasionado llamamiento en pro de la intervención británica en Ecuatoria y Buganda (que Mackay haría llegar

luego a la prensa británica), lord Salisbury no tendría más remedio que mandar a Ecuatoria un contingente en ayuda del pachá acorralado.

Tras encontrar mensajeros dispuestos a correr el riesgo de llevar una misiva a Emin hasta Wadelai, a orillas del Nilo, Mackay se puso a escribir de la forma más persuasiva que sabía. El resultado fue la llegada a los pocos meses de una respuesta que superaba sus expectativas más optimistas. Emin le hablaba en ella de su desesperada lucha por la supervivencia y afirmaba que estaba dispuesto a resistir hasta que sus hombres y él fueran aniquilados o salvados. Mackay confió inmediatamente la carta de Emin a la primera caravana que salió con destino a Zanzíbar y al cabo de pocos meses su comunicado apareció publicado en The Times de Londres. Pero lord Salisbury no era un hueso fácil de roer y decepcionaría tanto al pachá como a Mackay. El primer ministro y su gabinete llegaron a la conclusión de que como Emin, que conocía bien el África central, consideraba imposible llegar a la costa con los pocos miles de hombres que tenía a su disposición, carecería de sentido enviar unos pocos miles más a salvarlo. Recientemente un contingente anglo-egipcio de diez mil hombres al mando de un general inglés, William Hicks Pachá, había sido exterminado por los secuaces del Mahdi, de modo que lo único que habrían conseguido habría sido que se repitiera la historia; y, en cualquier caso, si las fuerzas británicas lograban llegar hasta donde estaba Emin y luego entrar en Buganda, probablemente Mwanga, enfurecido, asesinara a todos los misioneros en cuanto se enterara de su llegada. Así que el pragmático primer ministro decidió cruzarse de brazos.

Pero hubo dos personas que se negaron a aceptar que no se hiciera nada por los misioneros y por Emin Pachá. Eran Henry Morton Stanley y su íntimo amigo, un hombre hecho a sí mismo, el armador millonario y filántropo William Mackinnon. Stanley se mostró dispuesto a dirigir una expedición formada específicamente para reabastecer a Emin Pachá y salvar a los misioneros, si Mackinnon lograba reunir las veinte mil libras que calculaba que serían necesarias para pagar a una brigada de socorro en toda regla. El empresario escocés consiguió el dinero rápidamente, lo que permitió a Stanley, que había sido el responsable en primera instancia de hacer venir a Mackay al lago Victoria, desempeñar un papel trascendental

en la curiosa y violenta serie de acontecimientos que en último término llevarían a Uganda y a toda la cabecera del Nilo a los confines del imperio británico. Pero antes de abordar estos convulsos sucesos, debemos fijarnos en los escarceos de los países europeos en África occidental, cronológicamente un poco anteriores, pues ejercerían una influencia decisiva en la forma en que quedarían configuradas el África oriental y la cuenca del Nilo.

28

Pretensiones sobre el Congo

Samuel Baker había demostrado, al menos en teoría, a los dirigentes europeos cómo los territorios africanos —incluso los más inaccesibles— podían ser ocupados por unas fuerzas armadas relativamente reducidas y luego controlados mediante fortines militares, centros comerciales y alianzas con los nativos. Pero debido a la precariedad financiera de Ismail, los planes del jedive de seguir avanzando hacia el sur no tardaron en verse gravemente obstaculizados. Así pues, con un gobierno británico no preparado aún para asumir el proyecto del jedive en Egipto, la incursión de Baker no logró dar el pistoletazo de salida de la carrera de los países europeos para la colonización de territorios en las regiones del Nilo y África oriental. Sería la aparición repentina e inesperada de Stanley en la costa atlántica del continente, a casi cinco mil kilómetros de Egipto, la que lo haría, y de una manera imprevista.

La noticia de que Stanley había llegado a la desembocadura del Congo una vez concluida su aventura en el Nilo provocó un gran entusiasmo en todo el mundo. Pero el impacto que causó en el monarca de un pequeño país europeo sería el que tendría unas consecuencias mucho más profundas y duraderas. Ocultando los verdaderos objetivos de su plan, a saber, el saqueo del Congo, el ambicioso Leopoldo II de Bélgica convenció a Stanley de que regresara a la región como su representante oficial para establecer (como creía Stanley) centros comerciales internacionales a orillas del río con el fin de que los congoleños pudieran intercambiar su marfil, sus

maderas nobles, sus resinas y sus gomas por los productos acabados que llevaran río arriba comerciantes de todos los países. En público, el rey no tuvo inconveniente alguno en aplaudir la promesa de Stanley de «abrir el valle de este imponente río africano al comercio mundial […] o morir en el intento». Pero en privado, Leopoldo pretendía en realidad cerrar el acceso al Congo a todas las naciones menos la suya en cuanto tuviera la oportunidad.



El rey Leopoldo II de Bélgica.

Entre 1879 y 1884, Stanley construyó una carretera para cruzar las cataratas del Bajo Congo, botó varios barcos de vapor para navegar el curso superior del río y fundó varios centros comerciales para el soberano de los belgas. Este trabajo propio de un pionero sentaría los cimientos del futuro Estado Libre del Congo, por lo que constituye un episodio trascendental de

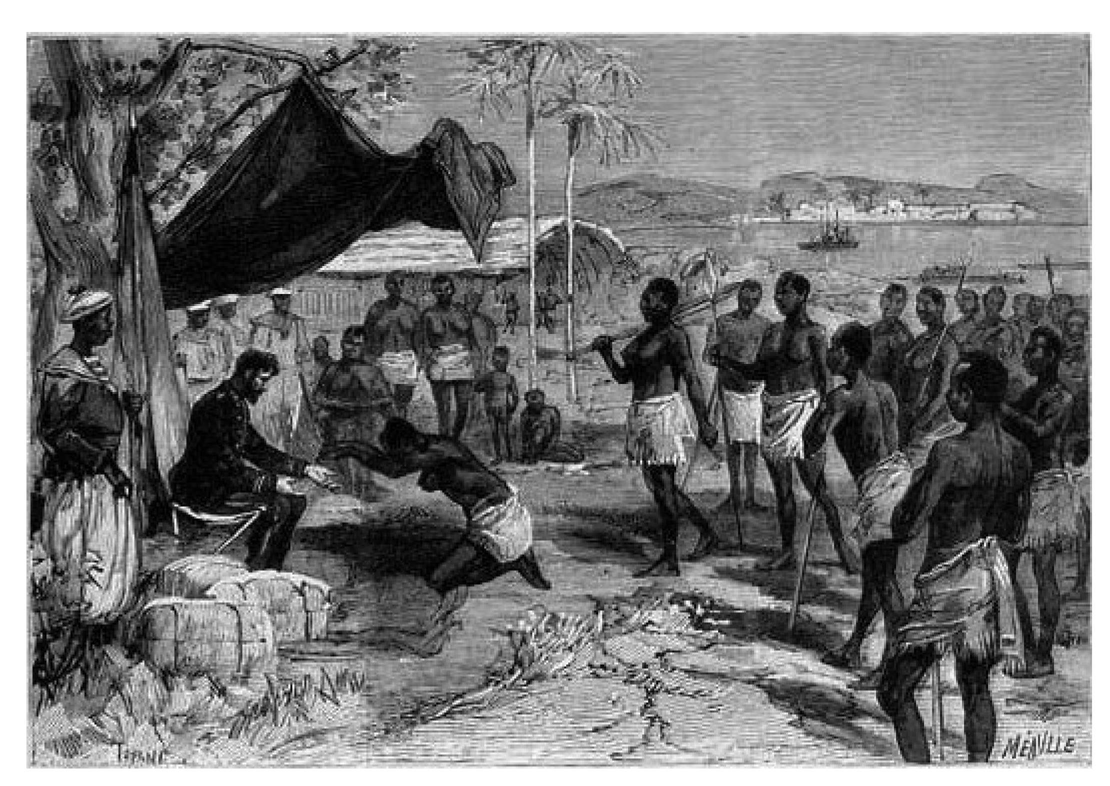
la historia colonial del oeste africano. Pero mientras Stanley seguía con su misión en el Congo, tuvo lugar en la región una serie de importantes acontecimientos que también tendrían una repercusión directa en la actitud competitiva de naciones europeas a varios miles de kilómetros de distancia, en África oriental y la cuenca del Nilo.

En noviembre de 1880, mientras Stanley construía su carretera al oeste del lago que llevaba su nombre, un intrépido oficial de la marina francesa nacido en Italia, el teniente Pierre Savorgnan de Brazza, se plantó inesperadamente en su campamento y se presentó. Con la ambición de extender sus posesiones de África occidental, el gobierno galo había encomendado a De Brazza el establecimiento de una ruta a lo largo del río Ogowé que uniera la costa de Gabón al río Congo a su paso por la región del lago Stanley. Aunque el francés admitió haber creado un pequeño centro en la costa septentrional de dicho lago, Stanley le cogió aprecio, haciendo caso omiso de la advertencia de Leopoldo de que el joven oficial pretendía realmente fundar una colonia para su país. Como quería abrir el río a los comerciantes de todas las naciones, a Stanley, a diferencia de Leopoldo, no le preocupaba el nuevo centro creado por De Brazza.

Pero el 27 de febrero de 1881 Stanley se enteró por dos misioneros baptistas de algo que cambiaría la idea que se había hecho de De Brazza. Al parecer, en octubre de 1880, antes de su primer encuentro con él, el francés había firmado un tratado con Makoko, el principal caudillo de la región situada al norte del lago. Además, según los misioneros, De Brazza reivindicaba el territorio de este jefe para Francia. Como el oficial aseguró a Stanley que había sido enviado a África por una organización filantrópica fundada por Leopoldo, la Asociación Internacional Africana, el explorador británico, sintiéndose engañado, se puso hecho una furia.

En diciembre de 1881, Stanley alcanzó un acuerdo con los jefes locales de la región situada al sur del lago que llevaba su nombre. El pacto suponía para Leopoldo asegurarse una franja crucial de territorio de aproximadamente un kilómetro de longitud junto a la localidad de Ntamo, cerca del punto en el que el Congo desembocaba en el lago. Aunque nadie reivindicó su soberanía, los franceses quedaron efectivamente excluidos de la posibilidad de levantar asentamientos en esta zona de gran importancia

estratégica. Entre 1882 y 1883, para impedir que los franceses ocuparan las mejores posiciones en el curso superior del río, Stanley construyó rápidamente cuatro centros a orillas del Congo antes de su paso por el lago. Como los franceses eran proteccionistas, el británico puso todo su corazón en esta misión, pues creía que Leopoldo favorecía el libre comercio. En junio de 1882, los agentes de Stanley consiguieron llegar a un acuerdo con el jefe Nchuvila de Kinshasa. En la tierra cedida por el caudillo africano en la zona de Ntamo y Kinshasa se erigiría años más tarde la ciudad de Leopoldville (la actual Kinshasa).



De Brazza recibido en la corte de Makoko.

Como el lago unía el Alto y el Bajo Congo y constituía la pieza fundamental de cualquier futura red ferroviaria, su control sería un factor indispensable para el gobierno de un futuro estado congoleño. De modo que Francia tendría que hacerse con este importante elemento hidrográfico para poder reivindicar su hegemonía en la región. A finales de 1882 el Parlamento francés ratificó el tratado firmado por De Brazza con el jefe

Makoko, en un claro indicio de que su país estaba dispuesto a arrebatarle el Congo a Leopoldo. Para impedir que esto sucediera, el rey comenzó a contratar a oficiales británicos en lugar de belgas para que defendieran sus intereses en el río, pensando que Francia no iba a atreverse a entrar en un conflicto con Gran Bretaña. Antes de 1884, cuarenta y uno de sus ciento diecisiete contables, almaceneros, ingenieros y oficiales eran de nacionalidad británica.

Mientras Stanley recorría el curso inferior del río para regresar a Europa —por petición de Leopoldo—, De Brazza consideraba que había llegado el momento de hacerse con el control de la costa meridional del lago. Decidió no desembarcar en Leopoldville, donde la guarnición militar estaba a las órdenes de un experto oficial del ejército británico, el capitán Seymour Saulez, sino en la vecina Kinshasa, donde el británico al mando, Anthony Bannister Swinburne, era un antiguo aprendiz de comerciante de té. De Brazza cruzó el lago a finales de mayo de 1884 con cuatro canoas y unos cincuenta marineros senegaleses entrenados por franceses, todos ellos armados con modernos fusiles Winchester y a las órdenes del sargento Malamine, comandante del puesto francés situado en la costa septentrional del lago. De Brazza también llevaba a su secretario, Charles de Chavannes, para que redactara un tratado. Justo a las afueras del asentamiento, los hombres de De Brazza se vieron obligados a detenerse después de que Hassani, uno de los wangwana de Swinburne, apuntara amenazadoramente hacia ellos con su fusil en cuanto Malamine le ordenó en swahili que les dejara pasar, pues «De Brazza era el jefe de Swinburne».

Creyendo que los franceses no iban a correr el riesgo de enzarzarse en una refriega, Swinburne fue inmediatamente a ver al jefe Nchuvila para implorarle que no se entrevistara a solas —sin estar él presente— con De Brazza. El joven oficial ordenó entonces a sus wangwana que cargaran los fusiles y se ocultaran entre la maleza fuera de su campamento. Sólo debían aparecer si los franceses comenzaban a abrir fuego. Luego se dirigió con calma al lugar donde estaban los senegaleses uniformados, e invitó a De Brazza, a Malamine y a De Chavannes a acompañarlo a su casa de madera para tomar una copa de *brandy*. A pesar de la hospitalidad de Swinburne, enseguida estalló una feroz discusión sobre quién tenía derecho a ocupar

Kinshasa. Como ninguna de las partes cedía ni un milímetro en su postura, Swinburne sugirió parlamentar inmediatamente con Nchuvila para averiguar qué quería el jefe. De Brazza no tardaría en descubrir que el caudillo africano y sus hijos eran fervientes partidarios del joven Swinburne y de la institución promotora de la expedición de Stanley, la llamada Asociación Internacional del Congo (AIC). Dos de los hijos de Nchuvila empezaron a despotricar contra los intrusos franceses, y De Brazza exigió que fueran castigados por haberlo insultado. Swinburne se negó, no sin antes señalar que los jefes habían dejado bien claro que no estaban dispuestos a reconocer otra bandera que la de la AIC. Luego, dirigiéndose a De Brazza, añadió: «No tengo nada más que decirle, le deseo muy buenos días». De Chavannes afirmaría que, en voz baja, Swinburne había llamado «trapo» a la bandera francesa.

De Brazza habría podido hacer uso de la fuerza en cualquier momento, pero se sintió atemorizado por la nacionalidad británica de Swinburne y la popularidad de la que gozaba este oficial entre los nativos africanos, pues semejante reacción podía tener unas consecuencias políticas funestas. Si Swinburne moría en un tiroteo, los británicos probablemente se presentaran en el Congo para participar activamente en la carrera por el control de la región. Era la última cosa que De Brazza y sus hombres querían que sucediera. Con su valiente negativa a retirarse cuando el grupo francés perfectamente armado pretendía avanzar hacia Kinshasa, Swinburne salvó el Congo para Leopoldo y minimizó el poderío galo. Pero su arrojo tendría unas consecuencias desastrosas, pues posteriormente permitiría el expolio y la explotación del Congo por parte del rey de los belgas en lo que podría calificarse como la secuela indirecta más trágica de la búsqueda de las fuentes del Nilo. Durante una breve visita a Europa en 1882, Stanley había hablado de De Brazza con desdén en el curso de un banquete en París. Después del «insulto» de Swinburne a la bandera de Francia, la prensa de este país condenó rotundamente aquella nueva burla de un héroe nacional por parte de otro arrogante «anglosajón».

Meses antes de que Stanley realizara sus indiscretos comentarios en París, un acontecimiento más relevante había dañado las relaciones anglo-francesas. En el trasfondo de ese hecho estaba la quiebra financiera del

jedive de Egipto en 1876, tras la cual Gran Bretaña y Francia —propietarias del canal de Suez inaugurado quince años antes— habían asumido el control económico del país. En 1882, esta apropiación europea desembocó en un golpe de estado por parte de un grupo de oficiales nacionalistas del ejército egipcio que querían hacerse con el poder. Por aquel entonces, Francia estaba sumida en graves problemas internos, de modo que Gran Bretaña decidió actuar por su cuenta. Convencido de que la ruta a la India a través de Suez corría un grave peligro, el gobierno británico envió un ejército a las órdenes del general *sir* Garnet Wolseley para enfrentarse al coronel Arabi y sus oficiales. El resultado fue una aplastante derrota militar de las fuerzas de Arabi en Tel-el-Kebir en septiembre de 1882 y el establecimiento de los británicos como gobernantes *de facto* de Egipto. La derrota de De Brazza en el Congo —ocurrida apenas dos años después— no haría sino reavivar el resentimiento de los franceses. A partir de ese momento se extendería la gratificante idea de que Francia llegaría un día a unir sus colonias de África occidental con Sudán y el río Nilo. Este «puente sobre África» se convirtió en una obsesión nacional con una gran carga sentimental, pues parecía una forma de compensar el «robo» de Egipto perpetrado por los británicos, entre otras fechorías de la «pérfida Albión».

En 1884, durante la conferencia de Berlín, la mayor parte del Congo fue concedida a Leopoldo, mientras que los franceses, para su mortificación, recibieron (gracias a las presiones alemanas y británicas) la pequeña región septentrional de aquel inmenso país. Se había dado el verdadero pistoletazo de salida de la «carrera por África». Debido a los progresos de franceses y británicos en África, Alemania reivindicó el control de Togolandia, Camerún y el suroeste de África. En opinión de Bismarck, Gran Bretaña y Francia ya habían sido sobradamente recompensadas en el «continente oscuro». Había llegado el turno de Alemania, y el inmenso territorio que más interesaba al Canciller de Hierro no se encontraba en África occidental, sino más al interior que Zanzíbar, donde se extendía hacia el oeste, hasta los grandes lagos. Se trataba de la región que los árabes habían decidido controlar, pero que Livingstone, Stanley, Burton, Speke y Grant habían abierto al mundo.

29

Una princesa árabe y una escuadra de guerra alemana

En enero de 1887, después de dejar su trabajo al servicio del rey Leopoldo, Stanley estaba dispuesto a arriesgar la vida, primero abasteciendo de provisiones y pertrechos a Emin Pachá, el gobernador acorralado de Ecuatoria, y luego ayudando a los misioneros escoceses y sus conversos en Buganda. El gobierno de lord Salisbury había llegado a la conclusión de que la lejanía de la región tropical administrada por Emin Pachá y el poderío militar de los mahdistas hacían demasiado peligroso cualquier intento de rescate. Pero Stanley y su amigo, el filántropo William Mackinnon, ya habían esbozado un plan para actuar por su cuenta y riesgo. Pretendían hacer llegar las provisiones necesarias a Emin Pachá y salvar a Mackay, pero también favorecer los intereses comerciales de Mackinnon en África y, sobre todo, impedir que Alemania se adueñara del Tanganica, de Uganda y de las fuentes del Nilo.

El canciller alemán, el príncipe Bismarck, había revelado hacía poco que, en virtud de diversos tratados «negociados» con jefes de la región del Tanganica por el Dr. Karl Peters —un joven filósofo y explorador germano que se caracterizaba por sus distinguidas gafas de pinza—, había sido expedida una cédula imperial por la que se autorizaba a la compañía colonizadora de Peters a establecer un protectorado alemán sobre el territorio que se extendía desde Zanzíbar hasta el lago Tanganica. Para asegurarse de que el sultán de Zanzíbar aceptara esta confiscación arbitraria

de su imperio continental, en agosto de 1885 el Canciller de Hierro envió a la isla una escuadra de cinco buques de guerra alemanes.

Los alemanes, sin embargo, contaban con un arma mucho más sutil que la fuerza bruta. A bordo de uno de esos navíos viajaba una pareja extraordinaria: una mujer de origen árabe nacionalizada alemana, y su hijo, Rudolph. Era una pareja extraordinaria porque diecinueve años antes la madre de Rudolph, originalmente princesa Salme bint Said ibn Sultan al-Busaidi y hermana del sultán Bargash de Zanzíbar, había tenido una relación sentimental con un hombre de negocios alemán llamado Heinrich Ruete, que la dejó embarazada. Fue una situación verdaderamente dramática, pues el castigo previsto por la sharia para este tipo de delito era la ejecución de los dos amantes, en el caso de la mujer por lapidación hasta la muerte. Ruete consiguió escapar, pero cuando la princesa Salme, «una hermosa joven de aproximadamente veinticinco años», trató de huir como polizón en uno de los barcos propiedad de la compañía de su amante, fue traicionada por un criado y confinada en su casa por su hermano.

Un oficial de la escuadra de la Marina Real que combatía el tráfico de esclavos en África oriental, el capitán Thomas Malcolm Sabine Pasley, fue informado por el Dr. John Kirk (por aquel entonces vicecónsul británico) de que si la princesa Salme se quedaba en Zanzíbar sería «asesinada tarde o temprano». Apiadándose de ella, el capitán Pasley planeó un rescate, que fijó para el 26 de agosto de 1866, día de una fiesta religiosa local en la que los musulmanes piadosos acudían en masa a la playa para lavarse. Una chalupa, tripulada por marineros de su fragata, la Highflyer, fue enviada a un punto de la playa previamente acordado con la orden de recoger a la princesa y a sus criados. Pasley se encontraba cerca de la costa a bordo de un chinchorro (la embarcación más pequeña del navío) para poder actuar rápidamente si surgía algún problema.

Cuando todo hubo terminado, el Dr. Kirk escribió las siguientes líneas a su prometida:

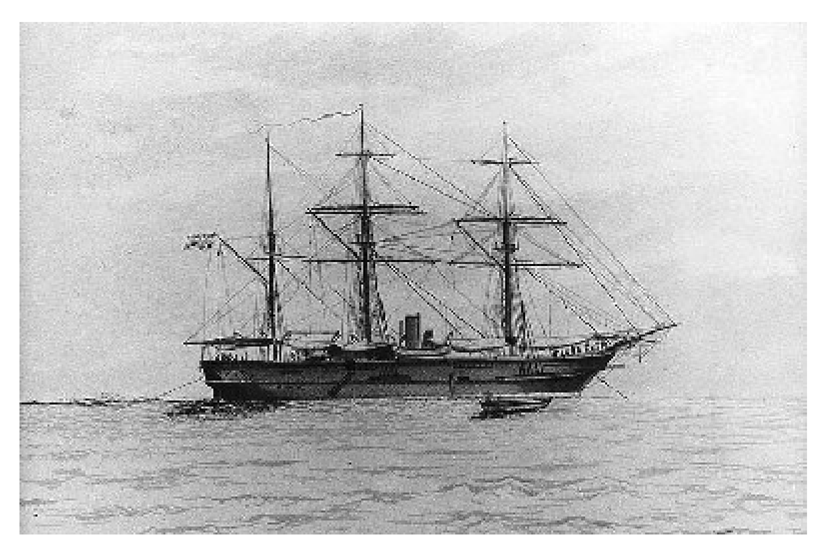
[La princesa consiguió] traer todos sus cofres de táleros [de María Teresa], y subió a bordo de la chalupa, aunque estaba tripulada por infieles. Sus dos criadas, que no entendían nada de lo que estaba ocurriendo, gritaban, chillaban y clamaban como hacen las mujeres; pero un marinero

tapó con la mano la boca de una de ellas, y la subió a bordo a la fuerza para que acompañara a su señora. Por desgracia, la otra escapó sin dejar rastro, corriendo y gritando cuesta arriba por una calle […] Algunos culparon de lo sucedido al consulado británico, como si los buques de guerra fueran nuestros […] ¡Oh, si hubieras visto a los europeos al día siguiente! ¡No estaban preocupados que digamos! […] En cuanto a Ruete, el alemán, es un estúpido; en países más normales, le habrían propinado unos cuantos azotes con la fusta […] Costaba pensar que una joven tuviera que pasar por tantas penalidades mientras él escapaba, por lo que me alegro mucho de que ella haya podido huir también.

Pasley y su tripulación condujeron a la princesa y sus sirvientes a la seguridad de la colonia británica de Adén. Para prevenir cualquier ataque que pudieran llevar a cabo los musulmanes en represalia contra los europeos residentes en Zanzíbar, el Almirantazgo dispuso que un buque de guerra británico permaneciera anclado en el puerto durante unos meses. Ya en el verano, la princesa Salme escribió una carta al capitán Pasley, adjuntado una fotografía suya y contándole que había sido instruida en la fe cristiana y bautizada en Adén con el nombre de Emily antes de contraer matrimonio con Ruete. Su misiva terminaba con una triste noticia. La princesa estaba «muy afligida por la pérdida del pequeño Henry [su hijito], entre Lyon y París», de camino a Hamburgo. Pero en esta ciudad *Herr* y *Frau* Ruete pronto serían los orgullosos padres de un niño, Rudolph, y dos niñas, ninguno de los cuales habría nacido si el capitán Pasley no hubiera salvado la vida de su madre. Cuando tuvo lugar el incidente, el gobierno alemán se dio cuenta de que la familia Ruete podría un día ser de utilidad, por lo que tomó las medidas necesarias para que Rudolph fuera educado debidamente y su familia recibiera la ayuda suficiente, sobre todo después de que su padre, Heinrich Ruete, muriera atropellado por un tranvía en Hamburgo en 1870.

Casi veinte años después del rescate de Emily, la princesa y su hijo quinceañero, Rudolph, fueron enviados a Zanzíbar (como ya se ha indicado) a bordo de un buque de guerra alemán, el Adler, con una escolta de cuatro cruceros igualmente imponentes, entre los que figuraban el Gneisenau y el Prinz Adalbert. La presencia de Rudolph en el puerto

permitía a Bismarck lanzar una seria advertencia al sultán: si este se negaba a ceder los territorios continentales de su imperio —con la excepción de una estrecha franja costera—, Alemania lo derrocaría y sentaría en el trono al hijo de su hermana. Así pues, sin pretenderlo, el acto caballeresco de un oficial británico permitió que Alemania presionara a su país para que renunciara al mejor bocado de África oriental. Pero la providencia evitó que el capitán Pasley (que casualmente es bisabuelo mío por parte de madre) viviera aquel hecho tan vergonzoso. En 1870, cuando acababa de regresar a Gran Bretaña procedente del océano Índico, falleció a consecuencia de la malaria contraída durante los años en los que se había dedicado a perseguir dhows de traficantes de esclavos por laberintos de manglares y por calas entre Kismayu y Kilwa. (En el siglo XIX, diecisiete mil miembros de la Marina Real murieron prestando servicio en las escuadras británicas que combatían el tráfico de esclavos en África oriental y occidental).



El buque Adler, de la marina del imperio alemán.

Ante aquella amenaza el sultán Bargash, temiendo perder el trono en favor de su sobrino medio alemán, no pudo más que ceder a la exigencia alemana de establecer un protectorado en el continente. Así pues, las tripulaciones de la escuadra de guerra recibieron la orden de poner fin al estado de alerta. Emily desembarcó y solicitó entrevistarse con su hermano,

quien se limitó a decir: «Ya no tengo hermana. Murió hace muchos años». De modo que el 24 de septiembre, con la misión cumplida, el Adler y sus buques escolta pusieron en marcha las máquinas de vapor, comenzaron a alejarse del puerto y desaparecieron por el horizonte.

Donde Stanley y Mackinnon no consiguieron convencer a sucesivos gobiernos británicos de que siguieran una política agresiva en África oriental, Karl Peters, el príncipe Bismarck e, indirectamente, el joven Rudolph Ruete lograron que Gran Bretaña se aviniera en octubre de 1886 a aceptar, a instancias de Alemania, que los dos países dividieran el continente en sendas «esferas de influencia», quedándose Alemania con el vasto territorio meridional del imperio del sultán. La región se extendía al oeste de los montes Usambara, justo al sur de Mombasa, hasta los lagos Victoria y Tanganica, y por el sur hasta el lago Nyasa y el Rovuma. A Gran Bretaña le correspondió el sector septentrional, que se extendía por el oeste hasta la ribera oriental del lago Victoria. El acuerdo anglo-alemán fue alcanzado prácticamente un año después de que partieran de Zanzíbar los cinco buques de guerra germanos. Uganda, «la perla de África», y Ecuatoria no habían sido incluidas en el pacto. Por consiguiente, Stanley y Mackinnon temían aún que Peters intentara firmar un tratado con Mwanga, el kabaka de Buganda, antes de que un representante británico tuviera la oportunidad de hacerlo. Y si Peters llegaba en ayuda de Emin Pachá antes que Stanley, podría acabar añadiendo Ecuatoria, y no sólo Uganda, a la abultada cartera de acciones de su país en África oriental.

El hecho de que Bismarck consiguiera el enorme país que sería Tanganica (la moderna Tanzania) horrorizó a Mackinnon, que aquel mismo año no pudo convencer al gobierno británico de que apoyara su proyecto de construcción de una línea ferroviaria desde Tanga, en la costa, hasta el monte Kilimanjaro. Sin embargo, en mayo de 1886, el primer ministro aprobó la concesión de una cédula real a la Compañía Imperial Británica de África Oriental de Mackinnon, en línea con la política gubernamental de «fomentar que la empresa privada cercara con estacas las regiones de África Oriental en las que era probable que entraran en acción los alemanes». Pero saber que estaba siendo utilizado no detuvo al armador millonario. Hombre hecho a sí mismo, este antiguo dependiente de colmado era un idealista

presbiteriano escocés, cuyo yate, cotos de caza y amigos famosos no le satisfacían tanto como la perspectiva de salvar Ecuatoria y Uganda para la cristiandad, el libre comercio y el gobierno británico.

Mackinnon y Stanley sentían verdadera pasión por Uganda debido a la larga relación de Inglaterra con ese país, primero gracias a Speke y a Grant, y luego al propio Stanley y a Mackay. Además, el obispo Hannington había sido martirizado cuando intentaba abrir un camino directo desde la costa, y un joven explorador británico había logrado posteriormente establecer la ruta. Los dos amigos sentían lo mismo por Ecuatoria, que había sido bautizada con este nombre por Baker, y luego administrada por Gordon y más tarde por Emin Pachá, quien, aunque era alemán, había sido contratado por Gran Bretaña y Egipto. Si los exploradores alemanes hubieran hecho tanto como los británicos por explorar el Nilo y resolver sus enigmas, probablemente Stanley y Mackinnon no se habrían sentido traicionados. Pero traicionado o no, Stanley estaba dispuesto a cancelar una serie de conferencias en América y perder diez mil libras esterlinas para encabezar la expedición en ayuda de Emin Pachá.

Mackinnon estaba sumamente nervioso y excitado ante la perspectiva de la expedición. Si Stanley llegaba demasiado tarde para salvar a Emin y a los misioneros, Peters sería el primero en plantarse en Uganda; y entonces Gran Bretaña perdería para siempre las fuentes del Nilo y Ecuatoria.

30

«Salvar» a Emin Pachá y a Uganda

En agosto de 1887 Stanley se encontraba en la ribera sur del estanque que llevaba su nombre con poco menos de ochocientos hombres, dos toneladas de pólvora, cien mil balas Remington, trescientas cincuenta mil cápsulas fulminantes, cincuenta mil balas Winchester y una ametralladora Maxim, material todo él que debía ser entregado a Emin Pachá, siempre y cuando siguiera vivo y pudiera ser localizado. Como el rey Leopoldo continuaba pagando a Stanley sus honorarios en virtud de su viejo contrato, su antiguo delegado jefe se había visto obligado a viajar al lago Alberto (donde se creía que estaba el pachá) remontando el Congo en vez de seguir la ruta por tierra, bastante más corta, a través de África oriental. El rey de Bélgica quería que Stanley entrara en el lago Alberto por el oeste porque desde esa dirección podría extender las fronteras del Estado Libre del Congo abriendo una ruta hasta el lago a través del bosque de Ituri, todavía sin explorar, al este del Congo. Como incentivo, el rey había ofrecido a Stanley el uso de todos los vapores de su propiedad que por entonces recorrían el Alto Congo. Stanley podría así transportar a sus hombres y los pertrechos destinados a Emin por vía fluvial remontando el río a lo largo de casi dos mil kilómetros en dirección al este, lo que suponía que sus porteadores sólo tendrían que cargar con la impedimenta por tierra a lo largo de unos setecientos kilómetros hasta el lago Alberto.

Stanley sabía que Leopoldo también esperaba de él que atrajera a Emin Pachá para que dejara el servicio del gobierno anglo-egipcio con sede en El

Cairo con la oferta de un sueldo enorme. De ese modo, Ecuatoria podría ser devorada —o al menos eso esperaba Leopoldo— por su ya enorme Estado Libre del Congo. Pero Stanley no estaba dispuesto a permitir que sucediera nada parecido. El plan que había trazado con Mackinnon era convencer a Emin y a sus tres mil soldados de que se trasladaran fuera del alcance de los yihadistas sudaneses del Mahdi a una región situada al este de Buganda, donde estarían bien situados para controlar este país e impedir a los alemanes convertirlo en una colonia suya.



Emin Pachá.

Sin embargo, el plan de Stanley dependía de que consiguiera ser el primero en llegar adonde estuviera Emin, antes de que lo mataran las fuerzas del Mahdi y, si sobrevivía a esta contingencia, antes de que Karl Peters convenciera al pachá, alemán de nacimiento, de unir su suerte a la de sus compatriotas y entregar Ecuatoria y Buganda al káiser.

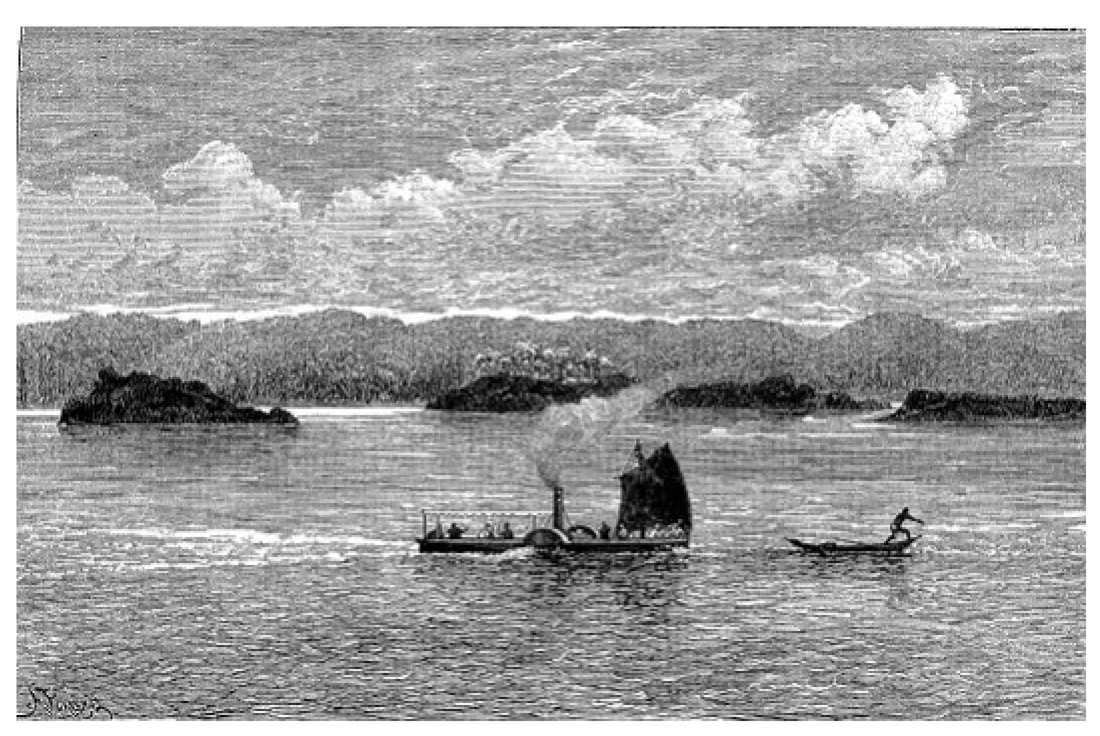
En esta primera fase era esencial que Stanley lograra mantener sus fuerzas unidas de modo que cuando rescatara a Emin y llegara hasta donde se encontraban los misioneros de Uganda, siguiera teniendo hombres suficientes para actuar independientemente en ayuda de Mackay, en caso de que se presentara la necesidad. Así que, cuando al llegar al estanque de

Stanley se enteró de que tres de los cuatro vapores del rey se habían averiado o que habían sufrido daños irreparables, y que el más grande, el Stanley, estaba siendo reparado, se sintió desolado. Aunque lograra convencer a las dos sociedades de misioneros más numerosas del país de que le prestaran sus vapores, acumularía un retraso de varios meses y probablemente cuando llegara adonde estaba Emin fuera demasiado tarde.

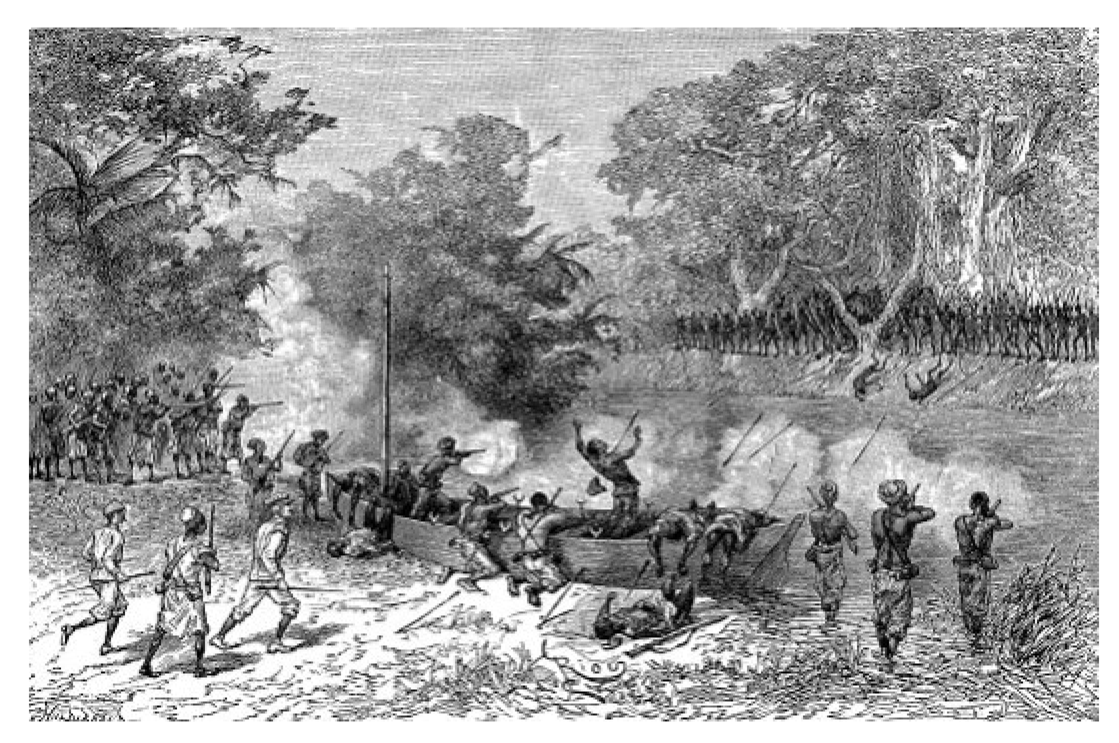
El explorador sabía que el vapor que llevaba su nombre, el Stanley, una vez reparado, tendría que hacer varios viajes remolcando barcazas arriba y abajo por el Congo antes de que sus ochocientos hombres pudieran desembarcar a casi mil setecientos kilómetros río arriba. Incluso en caso de que consiguiera que le prestaran otros vapores habría sido preciso hacer como mínimo dos viajes de oeste a este. Por consiguiente, para que hubiera alguna oportunidad de llegar a tiempo de salvar a Emin, iba a tener que dividir la expedición en dos contingentes y establecer un campamento base a unos mil setecientos kilómetros de distancia hacia el este. Una columna de cola formada por varios centenares de hombres tendría que quedarse atrás para guardar el grueso de los pertrechos de la expedición, mientras que la columna avanzada, más ágil de movimientos y provista de equipos ligeros, marcharía hacia el este en busca de Emin con el fin de suministrarle suficientes rifles y municiones para mantener a raya a sus enemigos.

Cuando organizó la expedición de socorro, Stanley había decidido por primera vez en su vida llevar como colegas a caballeros, y no a hombres de clase trabajadora, como había hecho en sus anteriores viajes. Lamentaría el cambio casi desde el primer momento. El comandante Edmund Barttelot, cuyo padre ostentaba el título de *baronet* y que contaba con numerosas recomendaciones de oficiales del ejército de alta graduación, resultó ser un individuo irritable y aficionado a golpear a los africanos sin mayor motivo con un bastón rematado con una contera de metal. Aunque Stanley había mostrado sus dudas sobre la conveniencia de confiarle la columna de cola, sabía que, como segundo al mando de la expedición, no podía esperar que el comandante sirviera en un contingente destacado a las órdenes de nadie más que su superior en el mando. A Stanley lo tranquilizó hasta cierto punto saber que iba a quedarse con Barttelot el amigo más íntimo que este tenía entre los integrantes de la expedición. Se trataba del popular deportista

y etnógrafo James Sligo Jameson, perteneciente a una familia irlandesa de fabricantes de *whisky*, y su alegre presencia parecía ejercer sobre sus colegas una influencia casi tan relajante como la bebida que lo había hecho rico. Barttelot se quedaría con doscientos sesenta africanos bajo su mando, en su mayoría wangwana y sudaneses, encargados de vigilar los pertrechos pesados de la expedición. Stanley supervisó la construcción de una empalizada y un foso alrededor del campamento, y dijo a Barttelot que si Tippu Tip mantenía su promesa de suministrarle seiscientos porteadores, la columna de cola no tardaría en marchar hacia el este siguiendo las huellas de la columna avanzada. Si no se conseguían los porteadores, Barttelot tendría que quedarse allí hasta que Stanley volviera a buscarlo, o deshacerse de sus pertrechos y avanzar con la mayor cantidad de porteadores de los que pudiera disponer. El campamento de Barttelot se encontraba a las afueras de un poblado llamado Yambuya, a orillas del río Aruwimi. Dentro de la empalizada había comida en abundancia, tanto fresca como en conserva.



Barco de vapor en el Alto Congo.



El teniente Stairs herido de flecha.

El 28 de junio de 1887 Stanley emprendió la marcha hacia el este desde Yambuya al frente de trescientos ochenta y nueve hombres, menos de la mitad de los que tenía cuando llegó al estanque al que había dado su nombre. Ante él se extendían cientos de kilómetros de selva sin explorar habitada por nativos cuyos únicos encuentros con extranjeros se reducían a las incursiones de los traficantes de esclavos árabo-swahilis. Para protegerse de los negreros, habían abierto hoyos astutamente disimulados a lo largo del sendero y habían clavado en el suelo pequeñas estacas con la punta envenenada. Cualquiera que se hiciera una herida con ellas moría en cuestión de días. Poco después de toparse con esas trampas, Stanley y sus hombres se encontraron a trescientos guerreros con los arcos tensados que les cerraban el paso. Habían llegado al final de un sector del sendero que había sido ensanchado y plantado de decenas de pequeños pinchos envenenados, ocultos bajo una alfombra de hojas. Mientras los rastreadores retiraban cuidadosamente estas púas, una auténtica lluvia de flechas cayó sobre los hombres de Stanley que permanecían a la espera y que contestaron a la agresión disparando sus rifles. En adelante no cabía esperar que pudieran comprar comida a nadie durante muchos kilómetros.

A mediados de agosto, el oficial joven de más talento de Stanley, el teniente William Stairs recibió una herida de flecha justo debajo del corazón. El Dr. Thomas Parke, el oficial médico de la expedición, encontró a Stairs, en estado de *shock*, sangrando abundantemente. A su alrededor pudo escuchar el «pit, pit, pit» de las flechas al caer entre la maleza. Tras inyectar agua en la herida, Parker chupó valerosamente la llaga para extraer el veneno. Stairs sobrevivió, pero otros dos hombres que resultaron heridos en ese mismo momento sufrieron una muerte horrible a consecuencia de los espasmos. A finales de mes, los porteadores de Stanley no tenían para comer más que bananas verdes y plátanos, dieta absolutamente inadecuada para unos hombres obligados a cargar unos fardos pesadísimos. En siete días la expedición había perdido a treinta porteadores: unos habían muerto y otros habían desertado. Mientras caminaba por la orilla del río Aruwimi, Stanley disparó a un hombre que se disponía a lanzar una flecha desde una canoa. En la embarcación de aquel hombre el explorador encontró una decena de flechas recién envenenadas y un montón de babosas asadas. Era un indicio de la poca caza que había en esa selva. Los hombres empezaron a morirse de hambre, y el capitán Nelson, uno de los oficiales de Stanley, tuvo que quedarse en un campamento provisional con cincuenta y dos africanos que eran incapaces de seguir caminando. Sus esperanzas de supervivencia parecían muy escasas.

Stanley salió de la selva a menos de doscientos kilómetros del lago Alberto con la columna avanzada reducida a ciento setenta y cinco hombres. Eran doscientos catorce menos de los trescientos ochenta y nueve que habían emprendido la marcha en Yambuya cuatro meses antes. El 14 de abril de 1888, a pocos días de marcha del lago Alberto, Stanley oyó decir a unos nativos de la etnia zamboni que «Malleju» («el Barbudo») había estado recorriendo hacía poco el lago «en una gran canoa toda de acero». Dos semanas después, el vapor del pachá ancló justo debajo del campamento de Stanley. Resultó que Emin era un hombre delgado y de corta estatura tocado con un fez rojo y vestido con un traje de lino blanco perfectamente planchado. Llevaba barba y gafas y su cara —pensó Stanley — parecía más propia de un español o un italiano que de un alemán. Se decía que Emin contaba con la lealtad de unos tres mil hombres y que había

repelido el ataque del Mahdi y sus secuaces, a diferencia de lo que le había ocurrido a Gordon. Pero en su primera entrevista Stanley no pudo detectar «la menor huella de mala salud ni de ansiedad» en su actitud, y esto le preocupó. Según la versión de los acontecimientos que dio el pachá, comunicada por correo a unos amigos de Gran Bretaña dos años antes, sus hombres y él habían sobrevivido a un período de intensa presión de los yihadistas.

Privados hasta de lo más necesario, sin cobrar durante mucho tiempo, mis hombres pelearon valientemente y cuando por fin el hambre los debilitó, cuando al cabo de diecinueve días de privaciones y sufrimientos increíbles sus fuerzas se agotaron, y cuando se habían comido ya hasta el último trozo de cuero de la última bota, lograron abrirse paso en medio de los enemigos y consiguieron salvarse.

Ahora, sin embargo, Emin y sus hombres parecían encontrarse bien y en forma, condición muy alejada del estado de trauma en el que se hallaban Stanley y sus hombres. Parece que el pachá había mentido acerca de su verdadera situación. Pero cuando respondió con entusiasmo al plan de Mackinnon de establecerse con sus hombres en la región situada justo al noreste del lago Victoria, Stanley y sus oficiales pensaron que sus sufrimientos no habían sido en vano. Stanley consideraba ahora que probablemente dentro de poco podría firmar un tratado con Kabaka Mwanga en beneficio de la empresa de Mackinnon, antes de que Karl Peters entrara en Buganda.

Inexplicablemente, durante las semanas siguientes, el pachá no confió a Stanley ninguno de los temores secretos que lo atormentaban. El peor de ellos era que los yihadistas partidarios del Mahdi se hubieran infiltrado ya en sus dos regimientos, haciendo del amotinamiento masivo una posibilidad terrorífica. Antes bien, Emin fingió que su posición era lo bastante estable como para que Stanley se sintiera seguro de emprender la marcha hacia el este a fin de establecer contacto con la columna de cola, mientras Emin se dirigía a Wadelai, al norte del lago Alberto, para que sus hombres votaran si querían o no establecerse en otro sitio. Stanley estaba cada vez más preocupado por Barttelot y Jameson y se sintió encantado al pensar que al fin había llegado el momento de ir a comprobar si se encontraban bien.

Después de perder a tantos hombres, necesitaba urgentemente los servicios de los wangwana que se habían quedado con la columna de cola. Si no reforzaba el número de sus acompañantes, las oportunidades de poder actuar por su cuenta en Buganda se verían seriamente limitadas.

Stanley llegó al Aruwimi al cabo de dos meses y para mayor espanto descubrió que la columna de cola sólo había podido llegar hasta Banlaya, apenas a unos ciento cincuenta kilómetros de Yambuya, antes de venirse abajo. Pero ¿dónde estaban todos los hombres que había visto por última vez en junio de 1887? Los únicos a los que pudo encontrar caminando o tumbados en el suelo parecían esqueletos vivientes. Algunos padecían incluso úlceras del tamaño de platos. De los oficiales que había dejado, no salió a recibirlo ni uno solo; únicamente quedaba el sargento Bonny, el auxiliar médico de la columna. Media hora después Bonny había contado a Stanley «uno de los capítulos más espeluznantes de incidentes desastrosos y fatales con los que, según he oído contar, podía encontrarse una expedición a África». Seguían vivos menos de cien individuos de los doscientos setenta y uno que se habían quedado en Yambuya. Stanley garabateó en su diario alguno de los increíbles detalles que le contó Bonny:

El comandante hizo que dieran trescientos latigazos a John Henry, un chico de la misión. El muchacho murió esa misma noche. Ward [otro oficial] ordenó en Bolobo que un amotinador recibiera tantos latigazos que el hombre murió también a las pocas horas […] El comandante dio a su chico, Sudi —un niño de sólo trece años— una patada en la espinilla en la que tenía una úlcera de cinco centímetros por siete que le impedía moverse. El comandante mandó fusilar a un sudanés a manos de un pelotón de compañeros suyos por robar un trozo de carne. William Bonny me cuenta que esto último llevó al comandante a comportarse como un auténtico malvado. Tenía un bastón de madera de ciprés rematado con una punta de acero y con él infligía graves heridas. A un hombre, un manyema, lo apuñaló diecisiete veces con esa punta de acero […] El comandante recorría el campamento arriba y abajo enseñando en todo momento su gran dentadura blanca […] En esas ocasiones se lanzaba contra la gente a diestro y siniestro, como si estuviera loco.

Stanley se llevó una gran sorpresa cuando se enteró de que el comandante Barttelot al final había sido asesinado por un porteador manyema. Se enfadó muchísimo cuando le dijeron que los oficiales de Barttelot no se habían enfrentado a él cuando había ordenado la ejecución de un hombre hambriento por robar un trozo de carne; y le causó verdadero espanto que nadie hubiera puesto objeción alguna a la condena a trescientos azotes con un látigo de piel de hipopótamo por un «delito» igualmente trivial. Un hombre perdía el conocimiento después de recibir unos cincuenta golpes y raramente sobrevivía a más de cien. Stanley cuidó al pequeño Sudi en su propia tienda hasta que falleció seis días después. La mayoría de los wangwana que habían perdido la vida habían muerto de hambre o envenenados. Yambuya era rica en nutritivos tubérculos de mandioca, pero Barttelot había obligado a los wangwana a trabajar tan duro que casi nunca tenían tiempo de macerar las raíces en agua y dejarlas luego secar al sol varios días para que soltaran el ácido cianhídrico que contienen de forma natural. En consecuencia, «con tal de satisfacer su hambre canina se comían crudo el producto venenoso». A juicio de Stanley esta falta de atención hacia los wangwana constituía simple y llanamente un asesinato. Pero ni siquiera ese era el crimen más grotesco del que llegó a enterarse.

Bonny le comunicó que, cuando se dirigían a Kasongo, Jameson, el heredero de las destilerías de *whisky*, había comprado una niña de once años y se la había dado a los caníbales para ver cómo la apuñalaban, la cocían en una olla y se la comían, mientras tomaba apuntes y hacía dibujos de todo aquel macabro proceso. Según Bonny, Jameson se había internado río abajo y había regresado enseguida. De hecho había muerto de fiebres el mismo día que Stanley había llegado a Banlaya. Otro oficial había sido declarado inválido y devuelto a Inglaterra y otro había decidido instalarse a casi novecientos kilómetros de distancia siguiendo la corriente del Congo. Bonny no contó a Stanley que tanto él como los otros oficiales habían comprado esclavas a los negreros árabes de la zona. En su diario las llamaba «nuestras concubinas caníbales». El derrumbamiento moral de los oficiales de la columna de cola y las muertes que se habían producido en Yambuya perseguirían a Stanley durante el resto de su vida. Sabía que en Inglaterra la gente daría por supuesto que Barttelot y Jameson eran

[…] hombres de por sí perversos […] No se les ocurrirá pensar que las circunstancias los cambiaron […] En su país aquellos hombres no tenían necesidad de poner de manifiesto su brutalidad natural […] De repente habían sido trasplantados a África y a sus miserias. Se habían visto privados de la carne que se compra en la carnicería, del pan y el vino, de los libros, los periódicos, el trato social y la influencia de los amigos. La fiebre se había apoderado de ellos, había causado estragos en sus mentes y en sus cuerpos. La naturaleza bondadosa había sido desterrada por la angustia […] hasta quedar convertidos, moral y físicamente, en sombras de lo que habían sido en la sociedad inglesa.

Pero Stanley no podía permitirse el lujo de rendirse a la desesperación. Puede que Karl Peters estuviera ya camino del lago Victoria y los hombres del pachá tenían que estar allí antes que él, así que Stanley concedió a los supervivientes de Banlaya diez días para recuperarse, pues estaban medio muertos de hambre, antes de abandonar el lugar el 30 de agosto de 1888. Cuando llegó de nuevo al lago, se quedó espantado al comprobar que Emin Pachá todavía no había vuelto de consultar a sus hombres acerca de su traslado. Stanley recibió entonces la sorprendente noticia de que Emin estaba cautivo de los amotinados de uno de sus regimientos. La vida del pachá parecía pender de un hilo. Sencillamente se habían esfumado todas las esperanzas de que pudiera trasladarse con sus hombres a vivir al noreste de Uganda. En el mejor de los casos, daba la sensación de que Stanley tendría que llevarse al pequeño número de soldados leales de Emin a la costa camino de Egipto. Por no haber sido honesto y no haber hablado sinceramente del verdadero estado en el que se encontraba, Emin había convertido una situación difícil en un desastre. Ahora Ecuatoria probablemente fuera invadida por los yihadistas con la connivencia de los hombres de Emin, y Uganda pasaría a convertirse en una colonia alemana. Los oficiales de Stanley sentían un gran encono hacia el pachá. Según decía uno de ellos, «nos indujeron a fiarnos de gentes que eran absolutamente indignas de nuestra confianza y nuestra ayuda».

A finales de diciembre, Emin, acompañado de un puñado de oficiales y soldados leales, llegó a Tunguro, a orillas del lago Alberto, tras ser liberado sin recibir daño alguno de su detención involuntaria en Dufile, a unos

doscientos veinticinco kilómetros más al norte, junto al Nilo. Aunque Emin afirmaba que seguía contando con la lealtad de unos mil hombres, el 10 de abril de 1889, la fecha acordada para emprender la marcha hacia la costa, sólo se reunieron en el campamento de Stanley ciento veintiséis oficiales, junto con casi trescientas cincuenta personas más entre servidores, esposas, concubinas, hijos, escribanos y funcionarios. Sacar de allí a aquellas personas, calificadas por un oficial de Stanley como «desechos de El Cairo y Alejandría», le había costado a Stanley hasta ese momento cuatrocientas vidas y había supuesto retrasar varios meses la fecha en que podría reunirse con Alexander Mackay y sus misioneros y bautizados de Buganda. Por fortuna, llegaría a sus oídos que toda aquella minoría perseguida había logrado escapar de Buganda a Usambiro, en la ribera meridional del lago Victoria.

Cuando llegó al lago, a Stanley se le saltaron las lágrimas al ver el valor de Mackay, de sólo treinta y dos años. El misionero, pulcro y de corta estatura, no había abandonado Buganda hasta no estar seguro de que, de lo contrario, los habrían matado a todos. Mackay avisó a Stanley de que Karl Peters ya estaba abriéndose paso por Masailandia. Además, recientemente había penetrado en su «esfera de influencia» en África oriental un gran número de alemanes. De camino hacia el lago Victoria desde el lago Alberto, Stanley se había hecho hermano de sangre de varios jefes, una vez celebradas las correspondientes ceremonias, así que decidió presentarlas ante el gobierno británico como «tratados verbales» susceptibles de ser utilizados en las negociaciones para evitar que Uganda occidental cayera en manos de los alemanes.

Según Mackey, Peters estaba cerca ya de la propia Buganda, dejando tras de sí una estela de aldeas incendiadas y de guerreros masai muertos. Pero Stanley no estaba en condiciones de intentar llegar a Buganda antes que el alemán. Con sólo doscientos quince miembros de su expedición de los que echar mano y con la desventaja de tener que supervisar la columna de trescientos hombres, mujeres y niños sumamente debilitados de Emin, su grupo tenía que concentrarse en su propia supervivencia. Cualquier intento de hacer algo más que eso habría acabado en desastre.

Cuando llegó a los confines calcinados de Masailandia y vio extenderse ante él la llanura salpicada de acacias que tan bien recordaba de la expedición que había llevado a cabo en busca de Livingstone, Stanley pudo distinguir a través de la trémula bruma una caravana que se acercaba en su misma dirección. Iba capitaneada por un joven oficial alemán y el gran explorador quedó desconcertado al escuchar la «perfecta andanada de "guten Morgens" con la que lo saludaron los porteadores nyamwezi».

Aunque estaba convencido de que el pachá iba a acompañarlo a Europa, Emin había tomado en secreto la determinación de no abandonar nunca África. En 1875, durante la última visita a su Alemania natal, había abandonado a su amante turca, *madame* Hakki, y había huido a Egipto, llevándose sus joyas y su dinero. A raíz de su desaparición, la mujer había obtenido una sentencia judicial a su favor por valor de diez mil marcos, lo que hacía que Emin no abrigara la menor duda sobre su determinación de meterlo entre rejas si volvía a ponerse bajo la jurisdicción alemana o turca. Stanley no iba a tener conocimiento del escándalo de la amante turca de Emin y su pleito hasta que no llegaran a El Cairo. El explorador enterró la noticia en su diario y no dijo ni una palabra a nadie al respecto, a sabiendas de que el trato criminal que había dispensado Emin a su amante, de haberse hecho público, habría desencadenado una tormenta de cólera entre quienes recordaran la cantidad de vidas inocentes que se habían perdido para salvar a semejante sinvergüenza.

Ya en la costa, en la ciudad de Bagamoyo, a primeros de diciembre de 1889, Emin, que era muy miope, se cayó por un balcón en el curso de una cena de celebración y se partió la cabeza. Los oficiales alemanes que habían organizado la cena se lo llevaron rápidamente a su hospital militar y Stanley no volvió a verlo nunca más. Un mes más tarde, Emin anunció que tenía la intención de ponerse al servicio de Alemania y en abril de 1890 salió de Bagamoyo al frente de una expedición muy bien equipada. Esperaba poder reclutar a sus antiguos soldados sudaneses, que se habían quedado a orillas del lago Alberto, y con su ayuda reclamar Ecuatoria para Alemania. Pero no tardaría en descubrir que sus antiguos subordinados habían permanecido fieles a Egipto y a Gran Bretaña. De modo que Emin desapareció en el interior de África en el curso de una oscura misión que acabó con su

captura por Kibonge, un señor de la guerra y traficante de esclavos árabo-swahili, al sur de las cataratas Stanley, en el Congo. Emin Pachá fue detenido y decapitado por orden de Kibonge. «El mismo día que recibió el beso de sus compatriotas, quedó condenado», comentaría secamente Stanley.

La ingratitud de Emin vino a subrayar el fracaso absoluto de la expedición de Stanley, que no consiguió hacer lo que Mackinnon y él más querían: a saber, fortalecer la posición estratégica de Gran Bretaña en África oriental y central. La cuestión de si Gran Bretaña, Alemania o incluso Francia se convertirían en la potencia guardiana de la fuente y la cuenca alta del Nilo seguía abierta.

31

El protectorado del primer ministro

El Dr. Karl Peters, el explorador alemán culto y delgado que disfrutaba disparando contra los africanos y decapitando sus cadáveres, había confiado en hacer frente común con Emin Pachá en su avance hacia Buganda y Ecuatoria; pero cuando el pachá desapareció adentrándose en el interior del continente, Peters se vio obligado a actuar completamente solo. Dispuesto siempre a correr riesgos, apostó por avanzar únicamente con sesenta hombres. Tras tomarle la delantera a Frederick Jackson —el viajero británico enviado por Mackinnon en el último momento para tratar de interceptarlo—, llegó a la corte de Mwanga y convenció al kabaka de la conveniencia de firmar un tratado. Este logro se consiguió con la ayuda de los sacerdotes franceses, que sabían que si Mackinnon ganaba la partida, los misioneros británicos se verían favorecidos en aquel reino en detrimento suyo. Confiaban plenamente en que los alemanes se mantuvieran neutrales. Pero cuando parecía que los alemanes habían triunfado, lord Salisbury decidió de repente que, al fin y al cabo, también estaban en juego los intereses vitales de Gran Bretaña.

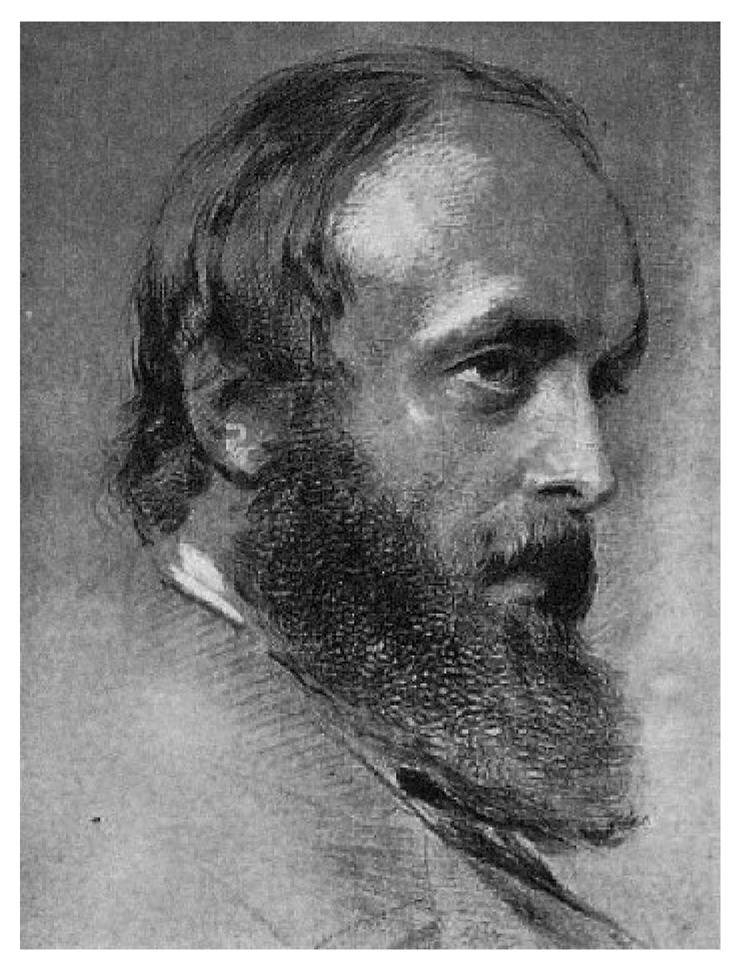
¿Qué llevó al primer ministro a cambiar de opinión en el último minuto? La respuesta es que se dio cuenta de que en toda la región en general estaba produciéndose un cambio brutal y radical. Mientras los fundamentalistas mahdistas controlaron sin oposición Sudán y el Alto Nilo, lord Salisbury había tenido la seguridad de que el califa en el poder no iba a estar en posición de construir un embalse en el río, ni tratar de interrumpir

su curso, porque no disponía de ingenieros que hubieran recibido la debida preparación occidental. Pero cuando en 1889 un ejército italiano ocupó Abisinia estableciendo un protectorado, Salisbury declaró públicamente que Gran Bretaña estaba dispuesta a impedir que esas tropas, o las de cualquier otra nación, llegaran al Nilo.

En junio de aquel mismo año, el conde Hatzfeld-Wildenburg, embajador alemán en Londres, dándose por aludido, garantizó a Salisbury que todos los territorios situados al norte y al este del lago Victoria quedaban «fuera de la esfera de influencia del proyecto de colonización alemán». De modo que para el primer ministro británico fue evidente que el príncipe Bismarck ya no prestaría su apoyo a los planes coloniales de Karl Peters. Pero Bismarck fue destituido en marzo de 1890, momento en el que Salisbury fue advertido por el secretario de Estado germano, el barón Von Marschall, de que no había pacto alguno entre sus dos países en lo concerniente a los territorios situados al oeste del Victoria, la región en la que Stanley había llegado supuestamente a «unos acuerdos verbales». En aquellos momentos parecía que sólo un pacto de las distintas potencias europeas en África oriental podía disuadir a aventureros alemanes como el Dr. Peters de avanzar hacia el Nilo a través de Ecuatoria.

En cuanto se enteró del inoportuno tratado firmado por Peters y Mwanga, Salisbury supo que sería necesario dar un golpe maestro para recuperar Uganda y las fuentes del Nilo. Así pues, como un ilusionista que extrae un conejo de un sombrero de copa, se sacó de la manga la isla de Heligoland para ofrecérsela al emperador alemán, que la recibió encantado. El conde Hatzfeld-Wildenburg, encargado de negociar en nombre del káiser, fue informado por su señor de que esa isla estéril del mar del Norte, capturada por los británicos durante las guerras napoleónicas, era vital para la futura defensa de Hamburgo y el canal de Kiel. No había que hacer nada que pudiera poner en peligro su anexión. De modo que se revocó el tratado de Peters, y Buganda, incluyendo buena parte de Uganda y Ecuatoria, pareció que de nuevo estaba destinada a convertirse en protectorado británico. Pero la cosa no acabaría allí. Los montes Ruwenrori, junto con medio lago Alberto, todo el lago Jorge y las tierras situadas al oeste del Victoria, que se extendían por el sur hasta el río Kagera, no entrarían en la

esfera de influencia alemana como parte de Tanganica. Así pues, los «pactos entre hermanos de sangre» alcanzados por Stanley no iban a caer en saco roto. Lord Salisbury también negoció la ampliación de una franja costera en Witu, a orillas del océano Índico, para cerrar el Alto Nilo a cualquier posible incursión alemana.



Lord Salisbury.

Parecía, pues, que Mackinnon estaba a punto de conseguir por fin lo que durante largo tiempo había solicitado, y que Gran Bretaña podría conservar el legado de Speke, Grant, Baker y Stanley, sus exploradores del Nilo. Otra manera de contemplar el tratado de Heligoland es desde el punto de vista humano: dos estados europeos se habían intercambiado una minúscula isla rocosa del mar del Norte por un buen pedazo de África sin tener en cuenta a

la población afectada. Sin embargo, para Mackinnon y Stanley, la participación de Mwanga en el tráfico de esclavos, el asesinato del obispo Hannington por orden del kabaka y la mutilación de un gran número de conversos —muchos de los cuales fueron desollados vivos— en las misiones constituían una justificación más que suficiente para intervenir.

Pero en el África decimonónica, pocos pactos acordados en lugares distantes se desarrollaban sin contratiempos, ni siquiera cuando un primer ministro británico y un jefe de estado alemán entronizado decretaran que así fuera. En realidad, la situación en Buganda seguiría siendo sumamente volátil, incluso después de que Alemania dejara de constituir una amenaza inminente. La capital de Buganda, Kampala, estaba a más de mil quinientos kilómetros de la costa, y Mackinnon, cuya Compañía Imperial Británica de África Oriental se encontraba al borde de la bancarrota, recibió, sin embargo, la orden de hacerse con el control de aquel reino lo antes posible.

Para conseguirlo, el magnate y los directores de su compañía enviaron a África central al capitán Frederick Lugard, un apasionado oficial de ojos oscuros del ejército indio, que se distinguía por su característico bigote negro y espeso y por su afición a vestir ligeros uniformes caqui con los pantalones abolsados. Sus antecedentes eran los idóneos para triunfar como aventurero en África, sobre todo después de que su amada prometida lo rechazara tras haberla pillado en la cama con otro. ¿Qué mejor lugar que África para recuperar ante el mundo su autoestima como hombre? Ya había comenzado a hacerlo en 1888 cerca del lago Nyasa, donde combatió con arrojo y fue herido cuando intentaba salvar a unos misioneros de morir a manos de unos árabes que se dedicaban al tráfico de esclavos.

A su llegada a Kampala a finales de 1890, Lugard pudo comprobar que las decisiones de Mwanga dependían enteramente de la poderosa facción de jefes que estaban de parte de los misioneros franceses. Así pues, siguiendo sus consejos, el kabaka se negó a firmar un tratado con Lugard. Al fin y al cabo, ¿por qué iba a permitir que un extranjero limitara sus poderes como dinasta de Buganda y eliminara su derecho a declarar la guerra, adquirir pólvora y traficar con esclavos? Sólo el contingente de Lugard, reducido pero disciplinado, y su ametralladora Maxim, convencieron finalmente a Mwanga de que no tenía otra opción más que firmar. No era la primera vez

que el kabaka sufría un duro revés. Los musulmanes habían limitado su independencia desde hacía tiempo, y la rivalidad entre los misioneros franceses y británicos y sus distintos partidarios africanos había desencadenado una guerra civil en su reino que lo llevó incluso a exiliarse durante un breve período.

Al poco de restringir los poderes de Mwanga, Lugard repelió una incursión musulmana en Buganda emprendida desde Bunyoro. No obstante, el antagonismo cada vez mayor entre los partidarios de la Misión Católica, la Fransa, y los de la Misión Protestante, la Inglesa, se convirtió en su principal problema, sobre todo después de que Mwanga alentara a la Fransa a reafirmarse con el uso de las armas. Consciente de que los franceses, aliados con Mwanga, superaban en número al grupo formado por sus hombres y los partidarios de la misión británica, Lugard reforzó la posición de la compañía de Mackinnon dirigiéndose al lago Alberto para reclutar a doscientos soldados sudaneses que habían estado al servicio de Emin Pachá. En diciembre de 1891, ya de vuelta en Buganda, constató que las relaciones entre las misiones habían empeorado. Parecía inevitable otra guerra civil, en la que probablemente la misión británica y sus partidarios de Buganda fueran el bando perdedor. Además, a su regreso le esperaba una carta de los directores de la compañía en la que le comunicaban la insolvencia de la entidad y ordenaban su retirada. Lord Salisbury había perdido la mayoría en la Cámara de los Comunes, y los liberales y los diputados irlandeses votaban invariablemente contra todas las mociones de los conservadores que defendían el apoyo gubernamental a la construcción de una línea ferroviaria en Uganda, por lo que parecía que la compañía de Mackinnon no iba a tener ninguna oportunidad de conseguir beneficios en un futuro próximo.

Pero en lugar de poner en peligro la vida de los misioneros protestantes y los conversos de la Inglesa, Lugard desobedeció la orden y prometió quedarse hasta que la falta de munición y de otras provisiones lo obligaran a marchar. Sin embargo, antes de que se llegara a este extremo, una recolecta urgente en Inglaterra impulsada por partidarios de la Church Missionary Society permitió al joven oficial seguir en Buganda.

Luego, el 22 de enero de 1892, precisamente el día del trigésimo cuarto aniversario de Lugard, uno de los jefes de la Fransa partidario de los padres blancos franceses asesinó a un converso de la Inglesa. El crimen fue cometido en Mengo, cerca del palacio del kabaka, y el cadáver permaneció al sol todo el día. Lugard subió a lo alto de la colina y exigió que el kabaka entregara al asesino para que fuera juzgado y, si era hallado culpable, ejecutado por un pelotón de fusilamiento. Sin embargo, Mwanga liberó al detenido, aduciendo que había actuado en defensa propia. Más tarde los sacerdotes franceses incitaron a su rebaño a recurrir a la violencia, diciendo que Lugard era simplemente el representante de una empresa comercial y podía «ser expulsado a palos». Acusaron a los protestantes escoceses de herejía, y se negaron a ordenar a su rebaño que se dispersara y depusiera las armas como pidió Lugard. Su líder, monseñor Jean-Joseph Hirth, advirtió al capitán británico de que la nación francesa observaba atentamente el desarrollo de los acontecimientos en Buganda.

Lugard temía que, si no conseguía obligar a Mwanga a entregar al asesino, el kabaka y la Fransa verían este hecho como un signo de debilidad y se atreverían a atacar la Inglesa y a los hombres de la compañía. Así pues, envió al diplomático Dualla, su intérprete de confianza (que antiguamente había prestado sus servicios a Stanley y se había revelado como el ayudante más valioso del explorador en el Congo), a la corte de Mwanga para advertirle que, si no entraba en razón, se preparara para la guerra. Flanqueado por los jefes de la Fransa, Mwanga respondió que él y sus aliados no iban a entregar nunca el supuesto asesino, y estaban dispuestos a combatir. Cuando recibió esta noticia, Lugard armó a todos sus porteadores, así como a sus criados y a sus soldados. No obstante, el enemigo seguía superándolo en número, aunque su ametralladora Maxim y los modernos fusiles Snider de sus doscientos soldados sudaneses compensaban en parte esta desventaja. Hacía poco que una segunda ametralladora Maxim había llegado procedente de la costa, pero no funcionaba debidamente.

El 24 de enero, Lugard observaba con sus prismáticos cómo las vanguardias de la Fransa y la Inglesa se enfrentaban de manera desordenada en el valle situado entre dos colinas de exuberante vegetación, Rubago y Mengo. Unos hombres de la Fransa enarbolaban una enorme bandera

tricolor. Antes de que se produjera la derrota de los escoceses protestantes y sus seguidores, Lugard hizo uso de su ametralladora Maxim con los resultados predecibles. Los hombres de la Fransa y los misioneros franceses huyeron despavoridos hacia la isla de Bulingugwe. Una vez allí, rechazaron la invitación sincera que les hizo Lugard de regresar a Mengo para comenzar a negociar los términos de una paz. El kabaka cometió un trágico error rechazando aquel ofrecimiento. Lugard ordenó a su segundo al mando, el capitán Ashley Williams, que preparara un destacamento de soldados sudaneses, cogiera la ametralladora Maxim y obligara al enemigo a salir de la isla. Se desencadenó un feroz combate en el que perderían la vida un centenar de hombres (muchos de ellos ahogados), y Mwanga tomó el camino del exilio con la mayoría de sus secuaces católicos.

La versión de los hechos —comprensiblemente emotiva— que Monseñor Hirth envió a París provocó una gran indignación entre los franceses. En Londres, lord Salisbury y la prensa británica minimizaron el incidente, y defendieron a Lugard de los que lo acusaban de haber actuado con mala fe y con brutalidad. Al final resultó que no había muerto ningún misionero francés. Poco después del incidente, Lugard envió unos emisarios para que invitaran a Mwanga a regresar a Kampala, lo que hizo el 30 de marzo de 1892, firmando varios días más tarde un tratado que marcaría el fin de la independencia de Buganda. Los diversos departamentos del estado dejaron de depender del kabaka para ser repartidos por Lugard entre los distintos grupos religiosos, incluidos los musulmanes. El control de diferentes partes del país también pasó a manos de las facciones, entre las cuales la de los protestantes fue la mayor beneficiada. Pero fue en aquel momento de aparente victoria para Lugard y Mackinnon cuando lord Salisbury perdió su frágil mayoría en la Cámara de los Comunes, y el señor Gladstone fue invitado por la reina Victoria a formar gobierno.

El anciano prohombre era absolutamente contrario a convertir Buganda, y Uganda en general, en un protectorado británico. Sabía que extender el imperio, cuando pretendía conceder autonomía a los irlandeses, carecería de toda lógica. *Sir* William Harcourt, el nuevo ministro del Tesoro, era de la misma opinión. En aquellos momentos Lugard viajaba de regreso a Inglaterra, decidido a luchar con uñas y dientes para que Uganda fuera

británica en lugar de francesa, algo difícil de lograr si Gladstone y Harcourt se salían con la suya. Ya le había comentado a *sir* Gerald Portal, nuevo cónsul general británico en Zanzíbar, que se produciría un baño de sangre si el gobierno se negaba a ayudar a la Compañía Británica de África Oriental a permanecer en Uganda más allá de finales de 1892. Los árabes regresarían, advertía, y, en alianza con Francia, se lanzarían contra los misioneros británicos y la Inglesa. Como era de esperar, Portal había enviado un mensaje a lord Rosebery, nuevo ministro de Exteriores, indicando que la retirada de la compañía daría lugar «inevitablemente a una matanza de cristianos sin precedente en la historia de este país». El comunicado no impresionó ni a Gladstone ni a Harcourt, que no veían motivos para dejarse arrastrar hasta un país lleno de facciones en lucha, en el que «un sinfín de gastos, problemas y desastres» probablemente fueran las únicas recompensas a una intervención.

En cuanto Lugard llegó a Londres, comenzó en todo el país un feroz debate acerca de la conveniencia de conservar o abandonar Uganda. Henry Stanley, el veterano explorador, se unió al joven oficial del ejército en los salones de numerosos ayuntamientos y en las cámaras de comercio. Una y otra vez, preguntaban a su público si la nación debía verse privada de una oportunidad única para expandir su comercio del café, del algodón, del marfil y de las resinas simplemente porque el gobierno carecía de visión de futuro y de valentía para anexionarse Uganda. Por su parte, la Church Missionary Society y sus seguidores organizaban recolectas, instando a la gente a prestar su apoyo a la compañía y a salvar a los misioneros protestantes de los musulmanes y de los católicos.

El gobierno liberal no supo acordar una respuesta común para acallar aquel clamor levantado por la prensa. El octogenario primer ministro se oponía implacablemente a cualquier empresa colonial en África, por razones morales como prácticas, pero lord Rosebery, su joven ministro de Exteriores y aparente heredero, encabezaba el sector del partido de los llamados «imperialistas liberales», cuyos miembros favorecían políticas progresistas en el país, pero imperialistas en el extranjero. Rosebery seguía la misma línea que lord Salisbury, pues defendía la necesidad de asegurar las fuentes del Nilo por el bien de Egipto, y sintonizaba con Lugard cuando

este predecía alarmantemente una matanza de protestantes por parte de los musulmanes, y la posterior dominación francesa, si la compañía se retiraba. Advertía a sus colegas de las consecuencias políticas que tendría permitir que los misioneros sufrieran algún daño. Si algo así sucedía, sería tan perjudicial para los liberales como lo había sido su incompetencia a la hora de socorrer y salvar al general Gordon. *Sir* William Mackinnon, al que lord Salisbury había recompensado con la dignidad de *baronet* por haber mantenido a raya a los alemanes, orquestó una campaña a escala nacional «por la salvación de Uganda», y aunque Harcourt se mofara de su esfuerzo, diciendo que le salía «toda la fuerza del patrioterismo por los pulmones», lo cierto es que en el seno del gobierno liberal estaban produciéndose graves divisiones.

Para evitar la dimisión de Rosebery, los antiimperialistas del gobierno se vieron obligados, muy a pesar suyo, a conceder a la compañía de Mackinnon un subsidio que le permitiera seguir en África hasta finales de marzo de 1893, y a enviar a Uganda en calidad de comisionado a *sir* Gerald Portal, que en su momento había manifestado con absoluta claridad su apoyo a Lugard, para que fuera informándoles sobre el futuro de la región. En el más absoluto secreto, Rosebery le dijo a Portal que allanara el terreno para que el estado asumiera el control del país africano en lugar de la compañía. Cuando el comisionado envió su informe, este contenía, como era de esperar, la recomendación de que el gobierno revocara la cédula concedida a la compañía y declarara que Uganda quedaba sometida a la supervisión del estado Británico. Además, aconsejaba la construcción de una línea ferroviaria desde la costa hasta el lago Victoria.

Gladstone se había rendido a los planes de Rosebery para Uganda con la esperanza de permanecer el tiempo suficiente en el poder para hacer realidad su sueño de llevar la autonomía a Irlanda. Pero su avanzada edad, las enfermedades y el nuevo imperialismo contra el que había luchado con tanta firmeza lo obligaron a presentar su dimisión en marzo de 1894, dando como razón la decisión de sus colegas de gobierno de aumentar el gasto destinado a la construcción de nuevos acorazados (también podría haber sido la cuestión de Uganda). Cinco semanas después de que el anciano prohombre abandonara la vida pública, Rosebery comunicó a las dos

Cámaras del Parlamento que no se iba a abandonar Uganda. La región fue declarada protectorado británico el 27 de agosto de 1894, incluyendo Ecuatoria como su vastísima provincia septentrional. Parecía que al final todo iba en contra de las viejas políticas liberales, propias de mediados de la era victoriana, de aislamiento, libre comercio y laissez faire. Con el regreso de lord Salisbury al poder en 1895 empezaría una época mucho más competitiva en todo lo relacionado con los asuntos internacionales.

Hasta aquellos momentos, a diferencia de Uganda y Ecuatoria, un territorio inmenso, Sudán, y sus tierras del sur (todavía no cartografiadas) no habían atraído la atención del mundo. Speke, Grant, Baker, Gordon y sus oficiales habían cruzado de arriba abajo esta inmensa región situada entre Buganda y Jartum, que parecía ofrecer a cualquier país europeo que se atreviera a ocuparla la oportunidad de controlar el Nilo, a pesar de la ventaja de la que gozaba Gran Bretaña como dueña de la fuente ugandesa. Incluso después de la gran humillación que supuso el asesinato de Gordon, Gladstone y lord Salisbury habían ignorado este extenso territorio, pero los acontecimientos no tardarían en traer un cambio radical de postura. El control del Nilo desde sus fuentes hasta su desembocadura al mar estaba a punto de convertirse en el objetivo de una nueva competición.

32

Morir por la causa del Mahdi

En 1895, poco después de que Uganda se convirtiera en protectorado, el nuevo secretario de las colonias de Gran Bretaña, Joseph Chamberlain —siempre con su característico monóculo y una orquídea de cosecha propia en el ojal— pronunció un apasionado discurso en Birmingham y dijo que el «destino manifiesto» de la nación era ser «una gran potencia civilizadora». Irónicamente, cuarenta años antes, cuando David Livingstone había hablado del deber que tenía Gran Bretaña de «civilizar» a los pueblos de África y había apelado al primer ministro Palmerston para que apoyara la creación de nuevas colonias, había recibido un rechazo sin paliativos. Por aquel entonces la hegemonía naval e industrial del país sobre otras naciones había parecido tan incuestionable que sólo requería que Gran Bretaña siguiera produciendo, exportando y controlando los mares para aumentar su poder. Pero en torno a 1870 la hegemonía industrial de Gran Bretaña sobre sus competidores llegó a su punto culminante y a partir de ese momento fue erosionándose paulatinamente a medida que la capacidad manufacturera de otros países, como Estados Unidos y Alemania, se aceleraba cada vez más, hasta el punto de que en 1900 ambos países producían ya más acero que Gran Bretaña. Por consiguiente, en las décadas de 1880 y 1890 los teóricos del comercio empezaron a considerar las nuevas colonias africanas un contrapeso esencial que la isla de Gran Bretaña podía desplegar para enfrentarse a las grandes potencias continentales, como Alemania, Rusia o Estados Unidos.

Durante las últimas décadas se había producido un cambio del ambiente moral. Durante los años cincuenta del siglo XIX Livingstone había declarado que las nuevas colonias europeas de África iban a «traer la paz a una raza hasta el momento acongojada y pisoteada». Hacia 1890, tras el descubrimiento de oro en el Witwatersrand, el «imperialismo» —en otro tiempo término peyorativo asociado por los ingleses con el imperio de Napoleón III de Francia— se utilizaba como una descripción laudatoria de la adquisición indiscriminada de colonias. Sus partidarios —los imperialistas tanto conservadores como liberales— disfrazaban la idea con las frases filantrópicas y religiosas utilizadas por los misioneros para justificar su intromisión en las partes más alejadas del mundo. A veces su idealismo era genuino —el tráfico de esclavos árabo-swahili era un mal de proporciones descomunales que indudablemente exigía que alguien interviniera—, pero la filantropía (como en el caso del rey Leopoldo) podía enmascarar unas motivaciones de expansión muy mezquinas: la creación de nuevos mercados y la explotación de los recursos minerales.

Entre los exploradores del Nilo, Livingstone no había pecado sólo de ingenuidad al ver en los avances coloniales la vía de acceso a la «civilización». En 1858, John Speke había escrito acerca de la necesidad que tenían los «gobiernos [europeos]» interesados y «protectores» de llegar a África para impedir que los fuertes —ya fueran árabes o africanos— explotaran a los débiles. Pero no había querido que «ninguna potencia extranjera europea [derrocara] a esos gobiernos wahuma [nombre de la población local africana], [que debían] ser mantenidos durante tanto tiempo como sea posible». Actitudes tan benévolas como esta habrían provocado sonrisas irónicas en el Ministerio de las Colonias británico en la década de 1890.

En 1896 Gran Bretaña todavía no había encajado la última pieza —y también la más grande— del rompecabezas que daría a sus gobernantes el control del Nilo desde su fuente hasta su desembocadura. Pero ese año se produjo un acontecimiento que haría de él una fecha esencial, a juicio del gobierno británico, para acabar con el decenio largo de inactividad que había transcurrido desde la muerte del general Gordon. El 1 de marzo, unos guerreros etíopes armados con fusiles modernos facilitados por los

franceses infligieron una dolorosa derrota a una fuerza expedicionaria italiana de veinte mil hombres al mando del general Oreste Baratieri. El infortunado general había venido siendo intimidado por el gobierno italiano (que necesitaba una «victoria» colonial antes de las elecciones) para que atacara al ejército del emperador Menelik II, en vez de permanecer a la espera, como habría exigido el sentido común, en una posición bien defendida hasta que los etíopes se lanzaran al ataque. En 1889 los italianos habían impuesto a Menelik un protectorado que el monarca etíope no había aceptado nunca. La expulsión de los italianos tras la batalla de Adowa fue la primera gran victoria de la historia moderna obtenida por un pueblo no blanco sobre una potencia europea y, por consiguiente, resultó fundamentalmente alarmante para todos los países coloniales, pero sobre todo para el gobierno británico. Hasta el desastre de Adowa, la presencia italiana en Etiopía había sido considerada por Chamberlain un freno muy satisfactorio a las ambiciones francesas en la región. Pero con la derrota de Baratieri se había dado el pistoletazo de salida al avance de Francia en el Sudán tanto por el este como por el oeste. Aparte de la antigua herida que había supuesto para ellos ser reemplazados en Egipto por Gran Bretaña, los franceses abrigaban ahora nuevos motivos de resentimiento, y uno de ellos era el trato que había dispensado Lugard a sus misioneros en Buganda. Era lógico que no tardara en producirse un intento de reclamación de Sudán por parte de los franceses. *Sir* Samuel Baker escribió a The Times advirtiendo que, si Gran Bretaña no restablecía el control sobre Sudán, «una potencia civilizada» (y con ello se refería a Francia) podría empezar a construir embalses o a desviar el curso del Nilo, lo que habría supuesto a todas luces la ruina de Egipto. Este panorama aterrador era el que inquietaba la imaginación del joven Winston Churchill cuando comparaba la situación del Egipto británico con la de «un buceador a cuyos pulmones llega el aire a través de un tubo tan largo como vulnerable, el Nilo».

De modo que para que la política británica del Nilo tuviera éxito, era preciso detener las expediciones francesas antes de que llegaran al río. Aquello, sin embargo, era mucho pedir, pues a comienzos de la década de 1890 los franceses habían seguido avanzando desde el Atlántico hasta el Chad y Ubangi-Shari (la futura República Centroafricana), países ambos

situados en los confines occidentales de Sudán. Pero si las fuerzas francesas llegaban alguna vez hasta el Nilo, amenazando con desviar sus aguas, los miembros del gobierno británico creían que se verían obligados a negociar la evacuación de Egipto, lo que supondría la pérdida del canal de Suez. Así que cuando, tras la derrota de Baratieri, los italianos apelaron a los británicos para que ayudaran a su guarnición amenazada en Kassala, Chamberlain se encargó de que el general *sir* Horatio Herbert Kitchener se pusiera inmediatamente al frente de un ejército anglo-egipcio de quince mil hombres y se dirigiera desde el sur de Egipto hasta Dongola, a más de trescientos kilómetros río arriba, ya en Sudán.

Era evidente que lord Salisbury había autorizado la reconquista del Sudán, a la sazón en manos de los mahdistas, y el 6 de septiembre de 1897 Kitchener emprendió la marcha hacia Berber, que estaba a poco más de trescientos kilómetros de Jartum y Omdurman. Con sus penetrantes ojos azules y su poblado bigote, el sirdar (el comandante en jefe del ejército anglo-egipcio) tenía por entonces cuarenta y ocho años y estaba en la cima de su carrera. Kitchener tenía fama de no haber dirigido nunca la palabra a ningún recluta, y sus únicos puntos débiles eran los jóvenes oficiales de su estado mayor (siempre y cuando estuvieran solteros) y su colección de porcelanas. Su eficacia y frialdad clínica no presagiaban nada bueno para el sucesor del Mahdi, el califa Abdullah ibn Muhammad, y su ejército de túnicas blancas. Pero la tardanza de la crecida del Nilo Azul y de los vientos del norte obligó a Kitchener a entretenerse, a pesar de su afán por cumplir con su cometido cuanto antes y borrar el recuerdo del papel desempeñado en el fracaso de su país en el salvamento del general Gordon. Su tarea no iba a ser más sencilla de lo que lo había sido la de *sir* Garnet Wolseley trece años antes. Tenía primero que derrotar al califa y luego avanzar apresuradamente hacia el sur y expulsar a la fuerza francesa que, según los informes recibidos, se aproximaba ya al Nilo, cerca de su confluencia con el Bahr el-Ghazal. Pero Kitchener estaba decidido a no precipitarse mientras sus ingenieros montaban una línea férrea de vía única hasta Abu Hamed.

Naturalmente el sirdar no podía saber cuán extraordinariamente ambiciosos eran los planes que tenían en aquellos momentos los franceses. Y menos mal, para su propia tranquilidad de espíritu, que así era. En marzo

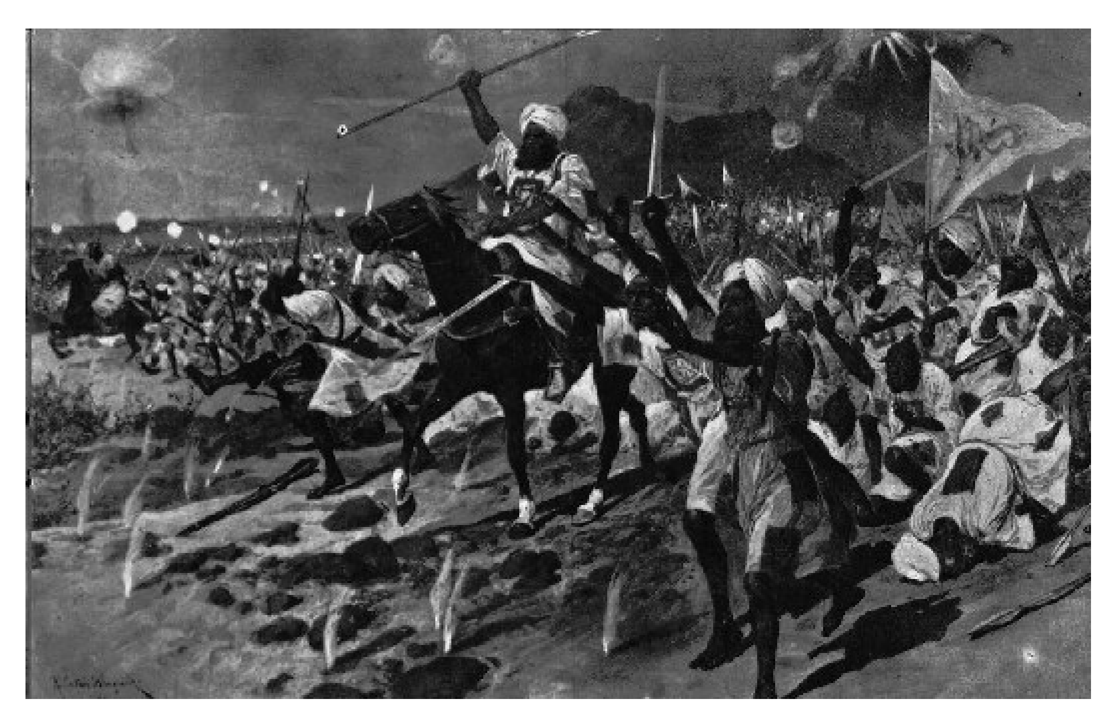
de 1897, el Consejo de Ministros francés había aprobado la salida de tres expediciones, que estaba previsto que se reunieran en Fushoda, a orillas del Nilo Blanco. Dos debían partir del mar Rojo y otra debía cruzar el continente desde las posesiones francesas en África occidental y central. Mientras tanto, Menelik de Etiopía había prometido prestarles ayuda avanzando hacia el Nilo con su ejército.

A mediados de enero de 1898, dos de los emires del califa más curtidos en el campo de batalla, Mahmoud Muhammad y Osman Digna, unieron sus fuerzas para formar un solo ejército de diez mil hombres. Hicieron caso omiso del consejo que les había dado el califa de retirarse a una posición defensiva fortificada en Sabaluqua y avanzaron hacia Atbara, el principal baluarte de Kitchener. Cuando llegaron a la margen derecha del cauce seco, los mahdistas construyeron una zariba de zarzas y estacas y esperaron a que llegara Kitchener procedente del norte. El 8 de abril, con doce mil hombres y un número impresionante de cañones de campaña, el sirdar atacó al son de las gaitas y los pífanos. La infantería no tuvo el menor problema con las zarzas y enseguida los hombres de ambos emires se vieron obligados a replegarse al cauce seco del río, donde, al carecer de cobertura, fueron destrozados por la artillería del sirdar. Tres mil perdieron la vida y cuatro mil resultaron heridos, mientras que los ingleses y los egipcios sufrieron sólo quinientas sesenta bajas, y sólo fueron cinco los oficiales británicos muertos y trece los heridos. Osman Digna logró escapar, pero el joven y apuesto Mahmoud Muhammad fue capturado y obligado a pasar cargado de cadenas ante sus captores, que, olvidando por completo el concepto británico de juego limpio, no dudaron en arrojarle toda clase de basuras. Fue encarcelado en una minúscula celda en la ciudad costera de Rosetta, donde moriría en 1904. Kitchener consideraría este enfrentamiento, y no la batalla mucho más famosa que se produciría a continuación, el punto de inflexión de toda su carrera. Después, según el joven Winston Churchill, se mostró «bastante humano durante media hora», e incluso llegó a emocionarse al agradecer los vítores de sus hombres.

En julio, el ferrocarril del desierto de Abu Hamed había llegado a Atbara, a más de mil seiscientos kilómetros de El Cairo, llevando suministros y pertrechos para el ejército de Kitchener, que en aquellos

momentos estaba formado por veintiséis mil hombres, un tercio de los cuales eran británicos y el resto egipcios. El 6 de agosto, las diez cañoneras del sirdar atacaron los fuertes de la garganta de Sabaluqua y pusieron en fuga a sus guarniciones. Luego, el 1 de septiembre, el ejército anglo-egipcio se detuvo en Kerreri, a unos seis kilómetros al norte de Omdurman y Jartum, y se atrincheró detrás de unas zaribas de espaldas al Nilo con sus treinta y ocho cañones colocados al frente. Era una invitación al ejército del califa a salir a por ellos. En medio de la arena Kitchener podía divisar las murallas de adobe de Omdurman dominadas por la bóveda cónica y el altísimo arco de la tumba del Mahdi.

La batalla de Omdurman dio comienzo al amanecer del día siguiente. Frente a la posición británica, los cincuenta mil hombres del ejército del califa, entre soldados de infantería y de caballería, avanzaron a lo largo de un frente de más de ocho kilómetros de longitud. El califa habría sido más prudente si hubiera atacado por la noche o hubiera esperado a que Kitchener se encontrara en pleno desierto, lejos del río, donde estaban ancladas las cañoneras inglesas. Allí se encontraban frente a frente dos ejércitos de siglos distintos. El teniente Winston Churchill, del 21.º Regimiento de Lanceros, contempló con incredulidad cómo los árabes se acercaban por la llanura de arena lisa con las banderas de sus distintos batallones ondeando sobre sus cabezas, semejantes, diría con una frase que no habría gustado en absoluto a sus adversarios musulmanes, «a la vieja representación de los cruzados en el tapiz de Bayeux». La diminuta artillería de los árabes efectuó dos disparos, que levantaron grandes nubes de arena y polvo a cincuenta metros de la zariba. Unos segundos más tarde, «aparecieron grandes nubes de humo a lo largo del frente de las brigadas británicas y sudanesas […] Sobre las masas en movimiento empezaron a estallar las bombas, salpicando el aire con bolas de humo y sembrando el suelo de cadáveres». La matanza estaba produciéndose a una distancia de más de tres kilómetros. Churchill sintió horror y piedad cuando oyó que las cañoneras unían sus disparos a los de las baterías terrestres.



Batalla de Omdurman.

Todo el imperio mahdista se había congregado en el último gran día de su existencia […] Veinte obuses alcanzaron las banderas blancas en el primer minuto […] Los estandartes iban cayendo en todas direcciones. Pero volvían a levantarse inmediatamente, en cuanto se adelantaba otro hombre dispuesto a morir por la sagrada causa del Mahdi […] Era un espectáculo terrible, pues a nosotros todavía no nos habían ocasionado ningún daño […] Por cada bomba caían por término medio más de cinco hombres, y las descargas eran numerosísimas […] Las líneas de lanceros y escaramuzadores llegaban con sus formaciones deshechas y su número reducido, pero no por ello decaía su entusiasmo […] La dirección del combate quedó entonces en manos de la infantería y de las ametralladoras Maxim […] Se acercó una línea irregular de hombres, abriéndose paso desesperadamente frente a un fuego despiadado de artillería […] [Los artilleros británicos] disparaban sin cesar e imperturbablemente, sin precipitarse ni ponerse nerviosos.

En realidad aquello se parecía más a una ejecución en masa que a una batalla, y Churchill se enfadó muchísimo al oír a sus colegas hacer comentarios despectivos acerca del «fanatismo loco del enemigo» en vez de

«atribuirle una motivación noble y creer que morían para limpiar su honor de la mancha de la derrota».

Entre el amanecer y las once y media de la mañana se calcula que perdieron la vida diez mil ochocientos mahdistas y que resultaron heridos dieciséis mil. Kitchener sufrió muy pocas bajas, cuarenta y ocho muertos y trescientos ochenta y dos heridos. George W. Steevens, del Daily Mail, elogiaba a los hombres de Kitchener por su firmeza, pero, según reconocía, «el honor de la lucha debe seguir acompañando a los caídos».

La destrucción del ejército del califa convirtió a Gran Bretaña en la dueña efectiva del Sudán, aunque públicamente se dijera que toda la empresa se había llevado a cabo en comunidad con Egipto. En aquellos momentos la totalidad del Nilo estaba en manos de los ingleses.

«Recordad a Gordon», había dicho Kitchener a sus hombres antes de la batalla, y dos días después celebró un servicio religioso conmemorativo en el patio en ruinas del palacio de Gordon, donde izó la Union Jack y la bandera del jedive cuando los regimientos allí reunidos terminaron de cantar el himno preferido de Gordon: «Abide with me». («Quédate conmigo»). A continuación Kitchener ordenó que fuera derruido el santuario del Mahdi y que sus huesos fueran arrojados al Nilo. En represalia por la decapitación del cadáver de Gordon, el sirdar mandó que le trajeran la calavera del Mahdi. Tenía el macabro plan de convertirla en un tintero. Sin embargo, cuando sus intenciones llegaron a oídos de la reina Victoria, esta se lo prohibió y Kitchener se vio obligado a entregar el cráneo a *sir* Evelyn Baring, el cónsul general de Gran Bretaña en El Cairo, que lo enterró secretamente en un cementerio de Wadi Halfa. El jefe de los servicios de inteligencia de Kitchener, el general Reginald Wingate, bastante más discreto, logró dar caza y matar al califa y convirtió su cráneo en un tintero, sin hablar con nadie del asunto.

Kitchener sabía desde hacía varios meses que los franceses se hallaban finalmente de camino; y estando todavía en Omdurman la tripulación de una cañonera mahdista capturada, la Tawfiqia, que originalmente había pertenecido al general Gordon, le comunicó que en julio habían recibido el ataque de unos extranjeros en Fashoda, a casi mil doscientos kilómetros de distancia más al sur. Así que el 8 de septiembre Kitchener zarpó hacia el sur

en el vapor Dal al frente de una flotilla de cuatro cañoneras que remolcaban doce barcazas en las que iban dos batallones sudaneses, una batería egipcia, una compañía de Cameron Highlanders y cuatro ametralladoras Maxim. Tres días después, la flotilla de Kitchener ancló entre unos cañaverales justo al norte de Fashoda.

Dándose cuenta de que la situación era peligrosa y muy delicada desde el punto de vista diplomático, el sirdar izó prudentemente la bandera egipcia, en vez de la Union Jack, y no exigió al comandante Jean-Baptiste Marchand que arriara la bandera tricolor, que ondeaba en el antiguo cuartel general establecido por los mahdistas en la región. Tras la gran hazaña que había supuesto cruzar el continente desde Brazzaville con ciento cincuenta fusileros, Marchand había descubierto al llegar a Fashoda que había sido abandonado por los otros dos comandantes franceses, que tenían la orden de reunirse con él en el Nilo, y también por el testarudo Menelik.

Kitchener dejó bien claro a Marchand, que amenazaba con sacrificarse por el honor de Francia, que, intentara lo que intentara, él tenía el propósito de tomar posesión de Fashoda en nombre del gobierno de Egipto. Aconsejó a Marchand que «considerara la superioridad de las fuerzas que tenía a su disposición» y le dijo que, si no se comportaba con sensatez, el asunto podía acabar en una guerra abierta entre sus dos países. Teniendo en cuenta que en aquellos momentos el gobierno francés se veía obligado a lidiar con el escandaloso asunto Dreyffus y la revelación del virulento antisemitismo reinante en el ejército de la República, la dificultad añadida de una guerra con Gran Bretaña era lo último que deseaban los políticos franceses. El hecho irrefutable era que la marina francesa no estaba a la altura de la Marina Real británica, y que habría sido derrotada aunque los rusos hubieran entrado en escena al lado de Francia. De modo que los franceses no habrían tenido nunca la oportunidad de aprovechar la superioridad numérica de su ejército de tierra. El ministro galo de Asuntos Exteriores, Théophile Delcassé —que pronto tendría que abordar la nada envidiable tarea de negociar con el astuto lord Salisbury—, tampoco podría alegar que la posesión del Sudán constituía un interés vital para su país, cosa que sí podía hacer lord Salisbury, en su calidad de gobernador de Egipto. Gracias a la moderación de Kitchener y a la prudencia de Delcassé, los hombres de

Marchand se retiraron de Fashoda el 11 de diciembre de 1899 sin que llegara a derramarse ni una gota de sangre.

Para apaciguar a Francia, Gran Bretaña sustituyó en todos los mapas el nombre de Kodok —un poblado shilluk de las inmediaciones— por el de Fashoda. Así terminó un incidente que, si Kitchener hubiera hecho cualquier movimiento en falso, habría podido cambiar el curso de la historia de Europa y de África. Si Marchand hubiera lanzado una carga quijotesca contra los Cameron Highlanders y la prensa francesa hubiera hecho de él un mártir, no se habría producido pocos años después la Entente Cordiale y quizá la enemiga de Gran Bretaña en el siglo XX habría sido Francia, en lugar de Alemania.

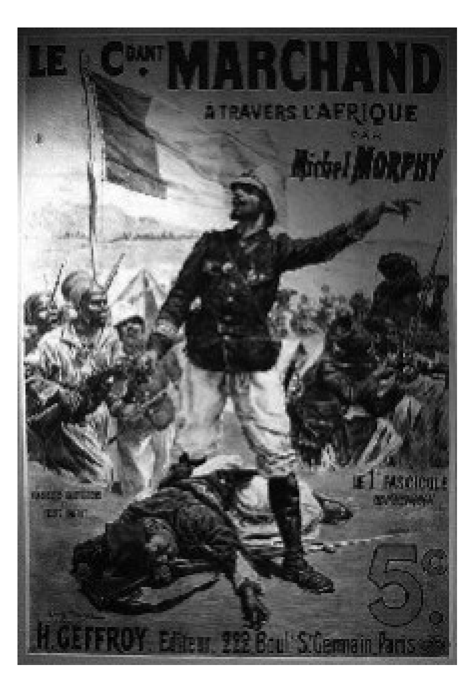


Imagen romántica francesa de Marchand y su misión.

En virtud de la declaración Anglo-francesa, firmada dos meses después de la partida de Marchand, Francia permitía que las fronteras de Sudán se ampliaran hacia el oeste a sus expensas y que dentro de ellas se incorporara Darfur, acuerdo que no se consideró demasiado trascendental en su momento, pero que tendría una importancia enorme un siglo después, cuando el gobierno árabe independiente de Jartum pudiera llevar a cabo con

impunidad una limpieza étnica contra los musulmanes negros de Darfur por el hecho de residir dentro de las fronteras legítimas de Sudán. Antes de 1898, el sultanato de Darfur había sido completamente independiente.

Si Livingstone hubiera seguido vivo y hubiera leído las noticias acerca de la batalla de Omdurman, se habría sentido asqueado ante la magnitud de la matanza. Odiaba el tráfico de esclavos y sabía que los árabes baqqara de Sudán eran unos esclavistas inveterados, pero siempre había hecho una distinción muy clara entre la crueldad con la que los esclavos eran arrancados de sus hogares y la forma a menudo inhumana en que eran tratados por sus propietarios. De hecho había llegado a considerar amigos suyos a muchos árabes. También Burton habría sentido espanto por el uso de una fuerza tan abrumadora. Un ataque similar contra los africanos le habría causado un disgusto mucho menor. La llegada de Speke y Grant a Buganda y el llamamiento de Stanley solicitando el envío de misioneros fueron los primeros eslabones esenciales de la cadena de causalidades que desembocaron en la batalla de Omdurman; así pues, ¿qué habrían pensado de la forma sangrienta en que Kitchener llevó a término la adquisición del Nilo por Gran Bretaña?

Creo que habrían quedado estupefactos. Cuando Petherick había fallado a Speke, el árabe Mohammed Wad-el-Mek no le había fallado; de hecho Speke pensaba que si Wad-el-Mek no hubiera salido a su encuentro en Faloro, Grant y él no habrían llegado nunca vivos a Gondokoro. Aunque Speke no había compartido nunca con Burton la simpatía de este por los árabes, tampoco había sentido rechazo por ellos. De los cinco grandes exploradores del Nilo sólo quizá Baker hubiera aplaudido la magnitud de la victoria de Kitchener, si hubiera vivido para verla. Stanley, que había escrito con dureza acerca de la maldad de algunos traficantes de esclavos y había lamentado no tener a mano una ametralladora Maxim cuando se encontró con una gran caravana de negreros en el Alto Congo allá por 1883, seguía vivo, aunque no respaldó la forma en que se había puesto fin al mahdismo. Pero siempre había sostenido que Gordon se había buscado la muerte él solo.

33

Ecuatoria y la tragedia de Sudán del Sur

No puede negarse que la nacionalidad de Burton, Speke, Grant, Baker y Stanley fue uno de los factores más importantes que determinaron la breve «propiedad» británica de Sudán, Uganda y Kenia. El hecho es significativo porque el futuro de estos países se vería profundamente afectado por su inclusión en la cartera de los activos coloniales de una única «gran potencia». Si Francia, por ejemplo, se hubiera anexionado Sudán, y Gran Bretaña Uganda (como sucedió), la ubicación precisa de la frontera entre los dos países africanos habría sido una cuestión de arbitraje internacional en vez de decidirse por el diktat de una sola nación, y, en este caso, con una frontera trazada de manera distinta, probablemente se habría evitado la trágica guerra que se desencadenó en el siglo XX en Sudán del Sur. Y tal vez no habría estallado en Uganda el duro enfrentamiento entre el norte y el sur que ha dado lugar en este país a tantos derramamientos de sangre y a tantas desgracias.

Nunca resulta fácil decidir cuál es el primer acontecimiento significativo de una larga sucesión de consecuencias que acaban en tragedia muchas décadas después. En el caso de Sudán del Sur, alguien podría esgrimir que el primero tuvo lugar cuando John Speke habló del lago Alberto a Samuel Baker, poniéndolo así en el camino de la fama que más tarde le permitiría que el jedive de Egipto se interesara por él para nombrarlo su flamante gobernador general en Sudán. Pero parece más convincente situar este primer acontecimiento significativo en Gondokoro,

en 1871, cuando Baker izó la bandera egipcia, autoproclamándose fundador de Ecuatoria, el nombre con el que había bautizado a la provincia más meridional de Egipto. *Sir* Samuel no tardaría en reivindicar para el jedive, y para Ecuatoria, el país de los bari y los dinka, y un territorio que se extendía por el sur hasta el lago Alberto y el reino de Bunyoro, en el que quedaban incluidos todo el Bahr el-Ghazal y el país de los acholi. A su debido tiempo, Ecuatoria se extendería por el norte hasta Malakal, a orillas del Nilo Blanco, localidad de la que se ha dicho correctamente que «se halla entre dos mundos». En su mercado, los árabes del norte se mezclan con los africanos de las etnias nuer, dinka y shilluk. Al sur de la ciudad están los pantanos, las llanuras, las religiones y las lenguas de África.

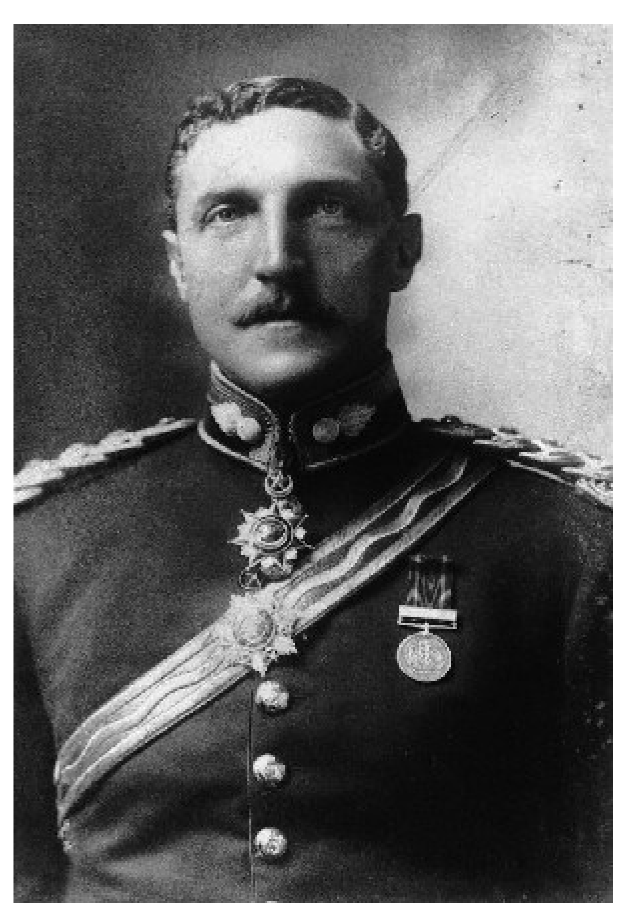
En el siglo XIX, y hasta bien entrado el siglo XX, los habitantes de Ecuatoria (tanto hombres como mujeres) solían ir desnudos. Los varones llevaban arcos con flechas adornadas de plumas y se untaban el cuerpo de grasa y ceniza. Un grupo de hombres dinka, con el que se encontró Samuel Baker, también «se teñía el pelo de rojo con una mezcla de cenizas y orina de vaca […] De todos los demonios de aspecto sobrenatural que haya podido ver en mi vida —señalaba *sir* Samuel, que no era un etnógrafo—, estos son sin duda los más sorprendentes». En realidad, Ecuatoria era un territorio totalmente africano en el que los árabes del norte eran considerados unos intrusos y unos explotadores. A comienzos de la década de 1870, durante su avance al sur, hacia Bunyoro, y su posterior viaje de vuelta, Baker puso mucho empeño en expulsar de la región del Alto Nilo a los traficantes de esclavos árabes. Cuando *sir* Samuel regresó a Inglaterra en 1873, el general Gordon y Emin Pachá (como gobernador general de Sudán y gobernador de Ecuatoria, respectivamente) consolidaron y extendieron las fronteras de Ecuatoria, sin dejar de acosar, como Baker, a los negreros. Durante los mandatos de ambos gobernadores, las condiciones de Ecuatoria mejoraron notablemente, hasta tal punto que el profesor Robert Collins, el gran especialista en historia de Sudán, considera que ese período permitió que las tribus más pequeñas se salvaran de la extinción.

Pero en 1889, después de que Henry Stanley evacuara de la región a Emin Pachá ante el inminente avance hacia el sur de los mahdistas, el segundo al mando del pachá, Selim Bey, se instaló junto al lago Alberto con

varios centenares de soldados sudaneses. En lugar de proteger a la población local, sus hombres instauraron un régimen que se caracterizaba por los continuos robos de ganado, los raptos y las violaciones. Mientras tanto, más al norte, los bari y los azande combatían a los mahdistas en la que para ellos no era más que la última de una larga cadena de desgracias. Sólo después de la batalla de Omdurman pudieron los británicos entrar en la región de Bahr el-Ghazal, en Ecuatoria, para tratar de poner fin a tanta anarquía. Para su conquista utilizaron una mezcla de fuerza y persuasión, pero no sería hasta finales de los años veinte del pasado siglo cuando algo parecido a la paz quedara más o menos establecido en esta expoliada y recelosa región.

Ecuatoria avanzó todavía más hacia la tragedia cuando Gran Bretaña partió este territorio de mil trescientos kilómetros de longitud y ochocientos de anchura en dos, asignando una mitad a Uganda, y la otra a Sudán. El gobierno británico nunca consideró seriamente la posibilidad de salvaguardar su identidad singular como nación en potencia por propio derecho. En 1913, el gobernador general inglés de Sudán, el general *sir* Reginald Wingate, nombró una comisión de arbitraje fronterizo para determinar dónde terminaba Sudán y comenzaba Uganda. Dicha comisión estaba presidida por el capitán Harry H. Kelly, oficial del cuerpo de ingenieros, vencedor del campeonato de boxeo, en la categoría de pesos pesados, del ejército británico. Uganda estaba representaba por el capitán H. M. Tufnell, que había ayudado a someter a las tribus del sur de Ecuatoria, y que no tenía inconveniente alguno en ordenar a los cincuenta soldados negros de la comisión que abrieran fuego con sus fusiles cuando el grupo explorador encontraba resistencia en aldeas hostiles. Kelly deploraba el uso de la fuerza y, a diferencia de Tufnell, que tenía prisa por irse de permiso, temía tomar una decisión precipitada que pudiera dividir innecesariamente las tribus. Aunque no fuera antropólogo, se daba cuenta de que los raajok y los obbo eran «en realidad tan acholi como los demás». De hecho, los langi, los acholi y los obbo tenían mucho en común porque compartían el mismo legado luo. Kelly indicaba en su diario que su pretensión era quedarse diez días más para «llegar a una conclusión definitiva, basada en el conocimiento, y no en meras suposiciones» acerca

de los acholi que habitaban en las colinas. Pero a pesar de todos los esfuerzos del cuerpo de ingenieros, los madi serían divididos por la comisión, y los acholi del norte quedarían también separados del resto de su tribu. Sin embargo, como se desprende de la lectura de sus diarios, Kelly fue extremadamente paciente a la hora de llevar a cabo su misión, incluso después de que algunos de sus hombres murieran a mano de las tribus. En realidad, el problema no residía en los hombres destacados sobre el terreno, sino en el Foreign Office y en el llamado «Ministerio de las Colonias», y en los individuos que tomaban las decisiones al más alto nivel en Gran Bretaña.



El capitán Harry H. Kelly, de los Ingenieros Reales.

Para el problema que planteaba el futuro de «los salvajes» de Ecuatoria, los altos oficiales habían encontrado una solución artificial que debía

aplicarse sin contemplaciones. Así pues, Uganda recibiría la llegada de grupos de nilóticos, con los que los bantúes del sur, como el importantísimo pueblo de Buganda (los baganda), considerarían que no tenían nada en común. Del mismo modo, los árabes del norte de Sudán serían incapaces de relacionarse con las tribus del sur, cuya cultura despreciaban y a cuyos miembros habían perseguido y esclavizado durante largo tiempo. La decisión de Gran Bretaña de disponer a su antojo de Ecuatoria daría lugar a una cantidad incalculable de sufrimientos y penalidades. Ni que decir tiene que el daño habría podido mitigarse si los funcionarios civiles de Jartum hubieran concebido políticas destinadas a facilitar el entendimiento entre los árabes y los africanos de Sudán. En realidad, el plan que elaboraron tendría unas consecuencias totalmente distintas, pues no haría más que exacerbar los sentimientos de desafección y hostilidad.

Curiosamente, los integrantes del llamado Sudan Political Service, el ejecutivo británico en Sudán, constituyeron la minoría dirigente más culta de la historia del imperio. Suele decirse que Sudán fue «un país de negros gobernados por azules». De hecho, durante cincuenta años, uno de cada cuatro de sus oficiales había ganado un azul por su excelencia deportiva en Oxford o en Cambridge, y el 10 por 100 de ellos había obtenido un título en una u otra de estas universidades. Sin rebasar nunca el número de ciento veinticinco, estos hombres gobernaron con gran eficacia (al menos en el norte), aboliendo la esclavitud y promocionando la agricultura, la sanidad pública y la educación en la colonia más grande de África. La mayoría de estos jóvenes tan inteligentes hablaba árabe y opinaba que los sudaneses del norte, con los que se relacionaban a diario en Jartum, tenían ansias de aprender y de desarrollarse económicamente. Pero los del sur les parecían muy distintos, pues su actitud sorprendía a los altos funcionarios civiles del país, que los consideraban reliquias del «lago Serbonio al que se habían dejado arrastrar o empujar… [garantizando que] todos los elementos raciales más viles que sobreviven al norte del ecuador» se encontraran en Sudán del Sur.

Sir Harold MacMichael, que escribió esas palabras, era el principal funcionario civil de Sudán. Con su licenciatura en clásicas por Cambridge, su galardón azul y su aristocrática madre, adoraba la vida social de Jartum,

y después de su nombramiento pospuso durante siete años su visita al «lago Serbonio». Al final, en 1927, decidió lanzarse a aquella aventura, y los pocos días que pasó en el sur lo impresionaron profundamente. Dependiendo del momento del año, de si era la época de lluvias o la estación seca, toda la región del sur o bien era un pantano gigantesco, o bien una árida e interminable llanura de barro cocido. Los pueblos nilóticos que vivían en aquellos sofocantes páramos —los dinka, los nuer y los annuak— se caracterizaban por su elevada estatura, su belleza física, su orgullo y su férrea determinación de preservar su estilo de vida en aquel hábitat remoto e inaccesible. MacMichael, protegido de los mosquitos por la red que cubría la cubierta de pasajeros de su confortable barco de vapor, temía que fuera imposible convencer a semejantes individuos de que abrazaran «la civilización» como parecía que deseaban hacerlo los árabes del norte. En Ecuatoria no había ninguna «administración nativa» sobre la que empezar a construir algo, y tampoco se perfilaban muchas oportunidades de iniciar un sistema de exportaciones agrícolas que pudiera sustentar el desarrollo de la región. Así pues, el alto funcionario británico se negaba a poner a su administración en el compromiso de tener que construir carreteras y mejorar la distribución de agua. Este proyecto habría debido encabezar la lista de sus prioridades, pero prefirió concebir una política de desatención benigna (en realidad, maligna). Sería denominada insultantemente «de cuidado y mantenimiento». Además, «Macmic», como llamaban afectuosamente a MacMichael, no estaba dispuesto a enviar a ninguno de sus brillantes jóvenes arabistas del Sudan Political Service a aquella región meridional infestada de mosquitos para que sudaran la gota gorda o acabaran muriendo atravesados por una lanza.

Los hombres elegidos para «cuidar» del sur fueron llamados sarcásticamente por la élite de Jartum «los barones del lago». En su mayoría antiguos oficiales del ejército, trataban a los habitantes de sus distritos administrativos con una mezcla de arrogancia despótica y verdadero afecto. No dudaron en poner en peligro su vida en su afán por conseguir que los dinka o los nuer reconocieran el gobierno de Jartum, y algunos, como el capitán V. H. Fergusson, perecieron en el intento (en su caso a manos de un nuer que creyó, debido a una confusión de palabras, que «Fergie» había

venido a su poblado para castrarlo). Este asesinato, como todos los demás, dio lugar al envío de una brutal expedición británica de castigo. Pero el comandante Mervyn J. Wheatley, futuro alcalde y diputado del Parlamento, que se negaba a aplastar a los dinka por medio de las armas, optó valientemente por recurrir al contacto personal para intentar convencerlos de llegar a un acuerdo pacífico. Jack Herbert Driberg no era militar, pero ejemplifica las mejores cualidades de los barones del lago: no sólo despreciaba a los oficiales de Jartum por su actitud, sino que este poeta y boxeador, que había sido crítico musical, amaba a los didinga, luchaba enérgicamente por ellos, y en 1930 publicó un libro para que la gente los conociera mejor, People of the Small Arrow. Al final, fue destituido por permitir que ese partidismo lo llevara a atacar en persona a los enemigos de los didinga. Algunos barones eran extremadamente excéntricos, como el oficial que vistió a la tripulación de su vapor privado con jerséis bordados con una frase en árabe, cuya traducción sería: «Estoy oprimido». Como es comprensible, en aquel estado de aislamiento varios barones tuvieron amantes africanas.

Pero el éxito obtenido por los barones del lago a la hora de ganarse la confianza de los pueblos indígenas del sur no bastaba si lo que se pretendía era que esas gentes un día participaran como iguales en el desarrollo de un Sudán independiente. Ante todo, era imprescindible un mejor entendimiento entre el norte y el sur, especialmente en lo tocante a la educación, la lengua y la cultura. Sin embargo, desde 1898, *sir* Reginald Wingate ya había comenzado a animar a los misioneros británicos a trasladarse a Ecuatoria para convertir a los nativos y enseñarles inglés. Su idea era transformar Sudán del Sur en un baluarte cristiano que protegiera Uganda y Kenia del islamismo que se difundía hacia el sur.

En 1910, Wingate dio un paso más, aprobando la creación de un Cuerpo Ecuatorial independiente, formado por africanos no musulmanes, para actuar militarmente en el sur. En apenas siete años, todas las tropas del norte habían sido retiradas de la región de Bahr el-Ghazal. La enseñanza de la lengua inglesa y la exclusión del árabe en las escuelas del sur formaban parte de la política oficial desde 1904, pero, como ya había indicado Wingate, todas esas medidas debían ser implementadas «sin aspavientos y

sin poner muy claramente los puntos sobre las íes». Así pues, el inglés fue convirtiéndose sigilosamente en la lengua franca del sur, y no fue la oficial hasta 1930.

Algunos pueden pensar que Wingate y sus sucesores planearon en secreto unir Sudán del Sur y Uganda. Pero no hay testimonio directo alguno que demuestre que esta fuera realmente su intención. La parsimonia no es la única razón que explica las pocas inversiones en educación que hubo en el sur. Entre los barones del lago había un verdadero temor de que la educación per se pudiera socavar un estilo de vida rico en tradiciones sin aportar nada realmente valioso a cambio. «Es primordial —decía un orador en el curso de una conferencia sobre educación celebrada en Juba en 1933—, que nosotros, que estamos comprometidos con la educación, tengamos bien claro que la educación es una preparación y un adiestramiento para la vida en una comunidad tribal que conserva una serie de virtudes sociales que nosotros, en nuestra civilización occidental individualista, estamos perdiendo o ya hemos perdido».

Tendrían que pasar once años para que el consejo del gobernador general abandonara, de una vez por todas, su visión arcádica del sur. En 1944 se aceptó a regañadientes que Gran Bretaña disponía de menos de veinte años (en realidad de doce) para preparar el país para la independencia. Sería imposible enmendar los errores del pasado en medio de una guerra mundial en la que Gran Bretaña luchaba por sobrevivir. Pero en 1948 la lengua del norte fue introducida finalmente en las escuelas secundarias del sur, en un último intento desesperado de evitar que los sudaneses de la zona quedaran en una peligrosa situación de desventaja en un país que no tardaría en ser gobernado por individuos de habla árabe.

Pero tal vez se estuviera a tiempo de salvar el sur de la subordinación y de que sus habitantes fueran considerados ciudadanos de segunda si se tomaba una valiente decisión política. En 1943, C. H. L. Skeet, gobernador de Ecuatoria, seguía confiando en que el gobierno británico mantuviera abiertas todas las opciones:

Todavía no puede determinarse cuál será el futuro político de Sudán del Sur, pero, sea cual sea, debemos avanzar hacia un proyecto de autogobierno que resulte adecuado para la inclusión final de los pueblos meridionales en

el sur o en el norte [esto es, en Sudán o en Uganda] […] La política que se sigue hace que la adhesión política al norte parezca improbable desde el punto de vista del sur.

Un años más tarde, el gobernador general, *sir* Douglas Newbold, intentó convencer a los nacionalistas sudaneses, que pronto gobernarían Sudán, de la conveniencia de dejar el sur en manos de los británicos, pero su propuesta fue rechazada airadamente. Así pues, en abril de 1944, el consejo del gobernador general decidió por fin embarcarse en un proyecto de «desarrollo intensivo de la economía y la educación en Sudán del Sur». Sería financiado con dinero del norte, pues no había otros fondos disponibles. Este hecho tan penoso acabó con «cualquier perspectiva seria de separación de las dos regiones». Ni que decir tiene que ningún programa «intensivo» podía remediar treinta años de desatenciones, y el sur quedó condenado a convertirse en una región de segunda cuando llegara la independencia. Tampoco había ninguna posibilidad práctica de incluir a los pueblos nilóticos de Sudán del Sur en Uganda, cuya mitad meridional estaba dominada por las etnias bantúes. Los oficiales británicos y la élite baganda habrían rechazado de plano la idea.

En realidad, la única manera de evitar la tragedia que tendría lugar en un futuro habría sido preservar Ecuatoria como nación por derecho propio. Pero cualquier intento de volver a trazar la frontera de 1913 en la década de 1940 probablemente habría provocado que los sudaneses del norte se opusieran con las armas. Y, en cualquier caso, es harto dudoso que los habitantes del norte de Uganda, con su educación misionera, accedieran a formar parte de Sudán del Sur, país mucho menos desarrollado que el que en aquellos momentos era el suyo.

Pero el sur de Sudán no iba a aceptar ser absorbido y controlado por el norte musulmán. La rebelión que había venido fraguándose durante dos décadas estalló en Sudán del Sur el 18 de agosto de 1955, cinco años antes de la llegada de la independencia, cuando el Cuerpo Ecuatorial se amotinó contra los oficiales sudaneses del norte que acababan de sustituir a los populares comandantes británicos de su formación. Había comenzado la larga y trágica guerra civil de Sudán. Se prolongaría, con un intervalo de

once años, hasta 2005, con un coste de dos millones de vidas tras cuatro décadas de sangrientos combates.

Por supuesto, la lista de los responsables, tanto a título individual como colectivo, de esta horrible tragedia es larga. *Sir* Reginald Wingate, *sir* Harold MacMichael y los sucesivos ministros de las Colonias británicos tienen parte de culpa de lo ocurrido, pues no supieron planear el desarrollo del sur ni prever el sufrimiento que iba a producirse si esta región seguía formando parte de Sudán cuando llegara la independencia. También *sir* Samuel Baker fue en parte responsable, pues no tuvo inconveniente en expandir la dominación egipcia hasta las fronteras de la futura Uganda y más allá, uniendo así, por primera vez, el Sudán árabe y la Ecuatoria africana por un vínculo que estaba destinado a perdurar. Para ser justos con él, debemos añadir que fueron Gordon y Emin Pachá los que siguieron su camino y consolidaron el territorio que había reivindicado.

Los sudaneses del norte también tuvieron su parte de culpa, comportándose incluso algunos como verdaderos criminales. Hasta el último momento, antes de que se desencadenara el motín, el primer gobierno electo de Sudán había podido hacerse eco de las peticiones del sur y elegido a individuos de esta región para ocupar puestos destacados en la administración y en la policía. Sin embargo, en vez de demostrar la unidad de la nación con nombramientos que habrían impedido que los habitantes del sur se sintieran marginados, Ismail al-Azhari y su gabinete los insultaron ofreciéndoles como una limosna cargos menores en lugar de los puestos de relevancia en los gobiernos provinciales que habían solicitado. El error de descartar deliberadamente una solución federal en beneficio de una militar lo repetirían Jafar Numeiri, Sadiq al-Mahdi y, sobre todo, los fundamentalistas Hassan al-Turabi y Omar al-Bashir. Al final, a pesar de que el 90 por 100 de los miembros de los Hermanos Musulmanes de Sudán habían recibido una educación británica o americana, y a pesar de la existencia de una política multipartidista, los fundamentalistas religiosos urdieron un golpe de estado que los llevó al poder a finales de la década de 1980, tras perder las elecciones en 1986.

Poco más de un siglo después del asesinato del general Gordon en la escalinata de su palacio, y treinta años más tarde de la llegada de la

independencia, un general sudanés, Omar al-Bashir, convertido en presidente de Sudán, se dirigía a una multitud en Jartum mientras sostenía en una mano el Corán y en la otra un Kalashnikov. Era como si el fundamentalismo religioso del Mahdi, que había permanecido sumergido durante los tiempos apacibles de la dominación británica, simplemente hubiera salido a la superficie al cabo de cien años. Bajo la dictadura islámica de Bashir, la guerra contra el sur se transformó en una yihad, y el gobierno sudanés fomentó activamente que las milicias realizaran incursiones en la zona, y en Darfur, en busca de esclavos. Bashir y su mentor, Hassan al-Turabi, erudito islámico y licenciado en derecho por la Sorbona, acogieron en su país a grupos interesados en unirse a la «guerra contra América». Entre los que optaron por Sudán como base de operaciones había un magnate de la construcción de origen saudí llamado Osama bin Laden. Su elección, por lo visto, acabó modulando el lenguaje que utilizaría contra los americanos, pues guardaba un sorprendente parecido con las arengas lanzadas por el Mahdi un siglo antes contra británicos y egipcios. Entre los ataques terroristas que se prepararon en Sudán figuran el atentado contra el presidente de Egipto, Hosni Mubarak, y diversos bombardeos en Israel, Kenia y Tanzania. Por muchos errores y omisiones que cometieran los administradores británicos, ninguno será nunca comparable con los crímenes perpetrados por sus sucesores sudaneses.



Omar al-Bashir.

Ahora, en 2011, el 99 por 100 de los votantes de Sudán del Sur han optado por separarse del norte, como tenían derecho a decidir en virtud del tratado de paz de 2005 propiciado por Estados Unidos y Gran Bretaña. Así pues, lo que habría debido ocurrir antes de que Sudán se independizara en 1956, ha ocurrido cincuenta y cinco años después. El remedio, sin embargo, no será definitivo mientras la mitad sur de Ecuatoria siga perteneciendo a Uganda. Tampoco hay la absoluta certeza de que Sudán del Norte respete la independencia de Sudán del Sur en los años venideros.

En 1955 y 1956, los funcionarios civiles británicos de Jartum hicieron un último esfuerzo desesperado por proteger al sur con medidas de precaución, pero el lío de Suez supuso su derrota. T. R. H. Owen, el último gobernador británico de Bahr el-Ghazal, compuso un angustioso poema en el que expresaba su sensación de traición, una sensación compartida por los otros barones del lago:

«Lo lamentamos mucho». «Por razones de estado es necesario».

¿Qué? ¿Que nuestras promesas no se cumplirán?

¿Que el apaciguamiento cortés y nuestros abyectos temores pongan fin a una confianza de cincuenta años?

34

Un pecado que no es suyo: la tragedia de Uganda del Norte

En Buganda la presencia británica había sido ampliamente aceptada desde 1892, cuando Frederick derrotó a Mwanga y a la Fransa. El apoyo de hombres como Apolo Kagwa —el katikiro, o primer ministro, protestante que no tardaría en ser recompensado con el título de caballero— y Stanislas Mugwanya supuso un contrapeso efectivo al aún voluble Kabaka Mwanga. A mediados de la década de 1890 comenzó a funcionar un nuevo lukiko, o consejo del kabaka, en el que los protestantes, los católicos y los musulmanes baganda estaban representados por jefes tradicionales. El reino de Buganda debía constituir el núcleo del nuevo protectorado de Uganda, y las instituciones de Buganda fueron elegidas por los británicos como modelo para otros reinos y territorios. De hecho, la cooperación de la Buganda «civilizada» permitió a Gran Bretaña gobernar las extensas y salvajes tierras periféricas del protectorado. Pero ¿qué tamaño debía tener Uganda y dónde debía trazarse su frontera septentrional?

Los británicos plantaron las semillas de la futura tragedia cuando engrandecieron Uganda para incluir no sólo a los enemigos de Buganda, como Bunyoro, sino también a grupos étnicos del norte de las cataratas Karuma y del lago Kyoga que vivían en un territorio cuyos primeros visitantes europeos habían sido Speke y Grant y donde Baker había establecido un control temporal. Independientemente de la conveniencia o no de unir Bunyoro a Uganda, lo cierto es que a comienzos de 1894 el coronel Henry Colvile, máxima autoridad militar del protectorado, quiso

encargarse personalmente del asunto y, sin pensar en las posibles consecuencias, decidió que Kabarega, el omukama de Bunyoro, no aceptaría nunca la dominación británica hasta que su ejército fuera derrotado. Su dictamen se basaba en parte en la opinión, tan negativa como la que se había hecho Baker de Kabarega, pero también en la costumbre de Bunyoro de dar asilo a musulmanes yihadistas y a todo aquel que se opusiera al dominio británico. Colvile atacó con cuatrocientos cincuenta soldados sudaneses y veinte mil lanceros y fusileros baganda, que se revelarían unos aliados realmente entusiastas. Kabarega se retiró al norte, no sin antes prender fuego a su capital, y al final fue expulsado de su país, viéndose obligado a refugiarse en el de los acholi.

La situación se complicó cuando Kabaka Mwanga se sublevó contra las restricciones impuestas a su poder y se alió con Kabarega. Los dos reyes acabaron siendo derrotados y capturados en 1898, y desterrados a las Seychelles. Mwanga se había rebelado después de firmar dos tratados, pero Kabarega no había llegado a ningún acuerdo, y su exilio hasta 1923 fue un castigo totalmente injusto para alguien que había defendido con éxito su país de la amenaza de Emin Pachá y se había limitado simplemente a hacer lo mismo ante la llegada de Colvile. Sin embargo, Kabarega era muy odiado por sus vecinos, y varios años antes de su captura había invadido el reino de Toro, haciendo prisioneros a miles de hombres, mujeres y niños tras asesinar a los dos jóvenes príncipes que ocupaban los primeros puestos en la línea sucesoria. Mwanga moriría en el exilio en 1903, y a Kabarega sólo se le permitiría volver a su país al cabo de veinte años. Murió en Jinja, Buganda, antes de llegar a su reino al que durante tanto tiempo había anhelado regresar. Uno de los poquísimos actos encomiables de Idi Amin fue rebautizar las cataratas Murchison con el nombre de cataratas Kabarega.

En 1898 la administración británica no se extendía hasta más allá de los cuatro reinos meridionales y Busoga. Evidentemente, habría podido formar una nación-estado relativamente cohesionada. Por desgracia, las cosas no quedarían así. En 1899, *sir* Harry Johnston, el flamante comisario especial para Uganda, declaró oficialmente que la frontera septentrional del protectorado debía fijarse en los 5.º latitud norte, una línea que incluía buena parte de la mitad sur de la Ecuatoria de Baker. El gobernador del

protectorado de Uganda, *sir* Hesketh Bell, creía firmemente en la necesidad de utilizar a los jefes y reyes locales existentes en la región para implementar la dominación británica, de modo que se opuso al plan de Johnston, aduciendo que semejante ampliación territorial suponía la inclusión dentro de las fronteras del protectorado ugandés de tribus que no tenían «ni sultanes ni reyes», como ya había informado Speke treinta años antes. Bell estaba convencido de que la ausencia de reinos africanos importantes iba a hacer ingobernable el norte, pues cualquier forma de «administración indirecta» funcionaba mal si no había jefes nativos prestigiosos con los que poder colaborar. En 1920 seguiría habiendo sólo cincuenta y nueve administradores británicos para todo el país.

Sir Hesketh sabía también que tribus como la de los acholi y la de los langi tenían muy poco en común con el pueblo de Buganda, con sus vestidos de tela de corteza, con su artesanía del hierro, con la elaborada construcción de sus casas y con una monarquía de cuatro siglos de antigüedad. Los acholi, que iban casi desnudos, pertenecían culturalmente a las etnias nilóticas centrosudanesas y orientales de la región fronteriza del norte, y no a las bantúes, mucho más sofisticadas, asentadas alrededor del lago Victoria. Además de ser perfectamente consciente de los peligros que suponía administrar la región del norte, Bell también sabía que durante décadas los cazadores de elefantes etíopes y los traficantes de esclavos y de marfil habían vendido fusiles a los acholi y a los langi. Estas armas estaban siendo utilizadas en aquellos momentos en feudos locales, y temía que pudieran expandirse hacia el sur si nadie lo impedía. *Sir* Hesketh se jubiló antes de decidir cómo convenía actuar, pero en 1911, el nuevo gobernador, *sir* Frederick Jackson, llegó a la conclusión de que si no se hacía inmediatamente con el control de aquella anárquica región, probablemente luego sería demasiado tarde.

El plan británico consistía en introducir una administración similar a la de Buganda en todos los territorios del norte, creando en cada uno de los «territorios tribales» un «consejo nativo central» formado por los jefes y caudillos más prominentes, y presidido por el comisario de distrito. Por debajo de dicho consejo estarían otros jefes locales, en su mayoría traídos de Buganda y nombrados por los británicos.

Los langi, los acholi, los madi y los karamajong tenían mucho en común, tanto desde el punto de vista cultural como lingüístico. También compartían un estilo de gobierno bastante informal basado en el consenso de muchos pequeños jefes y ancianos. Sin embargo, la imposición de un gobierno centralizado a cada una de las tribus fomentaría inevitablemente, una vez llevada a cabo, la idea de una identidad independiente basada en conceptos étnicos. Este hecho no contribuiría al buen desarrollo de Uganda como nación-estado unificada. Los misioneros también favorecieron el orgullo de las distintas tribus, desarrollando la escritura de sus lenguas vernáculas y compilando los relatos de su historia. En realidad, el reforzamiento de la consciencia tribal beneficiaba al poder colonial, pues, como los diferentes grupos étnicos se veían distintos unos de otros, era menos probable que llegaran a hacer causa común contra sus dominadores.

En los años setenta y ochenta del pasado siglo, varios antropólogos e historiadores insistían en que numerosas «tribus» habían existido en realidad sólo porque a las autoridades coloniales les había convenido consolidar una serie de pequeños grupos étnicos, a menudo poco definidos, para poder crear unas unidades administrativas más grandes y cohesionadas. Pero más tarde se consideró que pensar que los europeos habían «inventado» tribus nuevas y sus tradiciones era despreciar a los africanos, que, sin duda, nunca habrían sido tan ingenuos y simples como para aceptar la imposición de una identidad inventada. En el contexto del norte de Uganda, aunque los administradores y los misioneros británicos probablemente hicieran sentir a los acholi distintos de los langi o los madi, es evidente que estos nativos siguieron sintiéndose culturalmente mucho más próximos a sus vecinos que a los bantúes del sur de Uganda.

Los británicos veían en los altos y robustos habitantes del norte a unos reclutas en potencia para el ejército y la policía de Uganda, o a una mano de obra emigrante que podía ser utilizada en una región más desarrollada como la del sur; y debido a la tendencia de la administración a reclutar hombres acholi para el ejército, en lugar de individuos de todas las demás tribus, los lazos de los acholi con la institución militar fueron fortaleciéndose con el paso de los años. De hecho, en la década de 1960, poco antes de la llegada de la independencia, los acholi constituían el grupo más numeroso del

ejército ugandés. Por otro lado, como tenían buenas razones para envidiar el trato de favor que recibían los baganda, podía y debía haberse previsto que crear un ejército de hombres acholi era como preparar una bomba de relojería que estallaría en un futuro no muy lejano. En este sentido, la desastrosa decisión de incluir el sur de Ecuatoria en Uganda no hizo sino empeorar muchísimo las cosas.

Tras prestar su apoyo a los ingleses desde los primeros días del protectorado y ser debidamente recompensados por su lealtad, los baganda y su kabaka educado en Cambridge veían la independencia de los británicos con evidente preocupación. Aunque eran los pobladores del reino o territorio más grande de la nación-estado, representaban únicamente una quinta parte de la población total de Uganda. De modo que sólo podían esperar gobernar en alianza con otro(s) grupo(s). En 1960, el liderazgo de Milton Obote en el Congreso Nacional de Uganda (CNU) parecía que podía llevarlo a la presidencia del país. Como era hijo de un jefe de los langi del norte, contaba con el apoyo de todos los habitantes de esa zona, incluidos los acholi, cuya presencia en el ejército era abrumadora. También podía esperar la mayoría de los votos de los enemigos tradicionales de los baganda, como, por ejemplo, los nyoro (el pueblo de Bunyoro). Pero esta situación no presagiaba nada bueno. No obstante, tras obtener la independencia en 1962, Uganda vivió cuatro años de paz y prosperidad.

Como Uganda no era una colonia, sino un protectorado, la mayor parte de las tierras era propiedad de africanos. En 1931 sólo había trescientos ochenta y cinco europeos empleados en empresas privadas, y apenas dos mil británicos trabajando para el gobierno, unas cifras que cambiarían muy poco en el futuro. Todas estas circunstancias minimizaban la posibilidad de que, una vez obtenida la independencia, estallara entre blancos y negros un conflicto similar al que vivirían Kenia o Rhodesia, con su numerosa población de colonos blancos. Además, en 1962 la economía de Uganda era sólida, gracias a la expansión que experimentaban las exportaciones de té, café y algodón. Sin embargo, a pesar de esta prosperidad, la lucha por el poder entre todos los grupos africanos que formaban el país parecía un hecho prácticamente seguro.



Milton Obote.

En virtud de la Constitución, Buganda tenía estatus federal y se le permitía conservar su propio Parlamento y sus propias costumbres, pero no ser autónoma. Se suponía que el gobierno nacional debía administrar todo el país. En las elecciones celebradas antes de la independencia, el izquierdista Milton Obote sólo pudo alcanzar la mayoría en la Asamblea Nacional tras recibir el apoyo del partido político del kabaka, por lo que se vio obligado a cooperar con Su Alteza *sir* Frederick Edward Mutesa II, trigésimo quinto kabaka de Buganda. Obote también tuvo que hacer de tripas corazón y aprobar en 1963 el nombramiento de Mutesa como jefe del estado.

Sin embargo, Obote estaba decidido a instaurar un gobierno de un solo partido, y en 1966 dio un paso de gigante en este sentido cuando mandó detener a cinco ministros baganda, disolvió el Parlamento e impuso una nueva Constitución, que negaba a cualquier reino el derecho de disponer de un parlamento propio. Todos estos acontecimientos tuvieron lugar poco antes de que se abriera una investigación parlamentaria para dilucidar si era cierta la acusación de que Obote y su nuevo comandante del ejército, el coronel Idi Amin, habían pasado de contrabando lingotes de oro de la

República del Congo para convertirlos en dinero en efectivo en Uganda y luego utilizar este capital para sufragar un golpe de estado en la provincia oriental del Congo contra el gobierno que habían respaldado los americanos. En realidad, buena parte de ese dinero se quedaría en las cuentas bancarias de Amin.

El kabaka protestó por las detenciones y trató de negociar con Obote, en espera de un proceso judicial. Obote, que no tenía tiempo para juicios, envió simplemente a Amin a arrasar el palacio real del monte Mengo. Con un ejército integrado mayoritariamente por hombres del norte, no es de extrañar que las tropas obedecieran a pies juntillas la orden de atacar a los privilegiados habitantes del sur. En el asalto varios centenares de baganda fueron asesinados, pero Mutesa II se salvó de una ejecución sumaria tras trepar por un muro trasero, saltar a la calle y detener un taxi que por casualidad pasaba por allí. Este hecho providencial le permitió huir a Gran Bretaña vía Burundi.

Aunque la dominación británica había dependido siempre de la colaboración activa de Buganda, Westminster no proporcionó ninguna ayuda financiera cuando el kabaka, desterrado, llegó a Londres. Por suerte para el «rey Freddie» (como lo llamaría siempre la prensa británica), tras su paso por el Magdalene College de Cambridge había prestado durante varios años sus servicios como oficial en la Guardia de Granaderos, entablando una estrecha amistad con un compañero, el comandante Richard Carr-Gomm. Carr-Gomm había dejado posteriormente el ejército para fundar con su considerable fortuna una casa de caridad y ayudar a los sin techo y a los marginados del East End de la capital. Proporcionó al kabaka un apartamento de dos habitaciones en Bermondsey sin cobrarle alquiler. En él Mutesa II pasaría los tres últimos años de su existencia. Al contrario de lo que afirmaría en numerosas ocasiones la prensa, no ocupó una vivienda del estado, pero sí un piso igualmente pequeño, en el que su guardaespaldas, el comandante Katende, su ayudante de campo, George Maaolo, y un estudiante que lo admiraba, Ignatius Iga, compartían una habitación para que el kabaka pudiera disfrutar de la otra. Allí lo visitarían a menudo el antiguo fiscal general de Buganda, Frederick Mpanga, y el

antiguo jefe de la administración pública de Buganda, C. M. S. Mukasa, así como su hija, Sarah Kagere, y su hermano, el príncipe Harry Kimera.

A última hora de la tarde del 21 de noviembre de 1969, dos días después de cumplir los cuarenta y cinco años, y tras tomar varias copas de más, el kabaka perdió el conocimiento. Se encargó de acostarlo el comandante Katende, que no volvió a la habitación para comprobar su estado hasta pasadas varias horas, cuando lo encontró muerto. John Simpson, por entonces joven periodista de la BBC, se había entrevistado con Mutesa aquel mismo día, y declararía más tarde que durante la conversación el kabaka estaba sobrio y gozaba aparentemente de buena salud. Aunque un juez dictaminó que la causa de la muerte era «por intoxicación etílica», el comandante Carr-Gomm afirmó que Mutesa no era ni un bebedor empedernido ni un alcohólico, y añadió que él personalmente sospechaba que el kabaka había sido envenenado. Una joven mujer policía ugandesa, que se hizo pasar por estudiante, pero en realidad era una espía de Obote, había visitado el piso de Mutesa en varias ocasiones durante las dos semanas anteriores a su fallecimiento, pero Carr-Gomm no pudo probar que la muchacha se hubiera quedado a solas con el kabaka para aprovechar la ocasión y administrarle un veneno de acción retardada. Lord Boyd, que había ocupado el cargo de secretario de Estado para las Colonias durante la rebelión del Mau Mau en Kenia, fue con Carr-Gomm a pedir a *sir* John Waldron, comisario de la policía metropolitana, que abriera una investigación oficial, pero este se negó. El comisario estaba realmente convencido de que el kabaka, sintiéndose profundamente desgraciado, había bebido hasta morir. Todo esto ocurría prácticamente un siglo después de que Speke permaneciera una hora sentado en Mengo sin poder apartar los ojos del poderoso abuelo de Mutesa.



Mutesa II, kabaka de Buganda, conocido en Gran Bretaña como el «rey Freddie», el día de su coronación.

Después de un funeral en la capilla de la Guardia de los Cuarteles de Wellington, Mutesa fue enterrado en el cementerio de Kensal Green. Dos años más tarde, tras dar el golpe de estado que derrocó a Obote, Idi Amin ordenó celebrar un funeral de estado en Buganda en honor del kabaka que contó con el beneplácito de la familia. Así pues, el cuerpo de Mutesa II fue exhumado para poder enterrarlo junto a los de sus antepasados en Kasubi. Su familia, acompañada de Carr-Gomm, que era tutor de varios de sus hijos, asistió a las honras fúnebres y quedó conmocionada por la ironía de la ocasión. El general Amin, organizador de toda aquella ceremonia, habría asesinado a Mutesa de haberlo atrapado en su palacio tres años antes.

Visto desde la retrospectiva, no cuesta darse cuenta de que Obote, y después Amin, utilizaron el ejército para erigirse en los únicos herederos del poderosísimo estado colonial centralizado. Obote abolió la democracia,

así como todas las monarquías de Uganda, tras dar un golpe de estado en 1966 y 1967. A continuación el país vivió años de tiranía. El tiempo demostraría que los antiguos príncipes y monarcas fueron a menudo mejores gobernantes de unos estados independientes que los nuevos políticos africanos como Kaunda, Nkrumah y Obote, con sus títulos académicos y su desprecio por el primitivismo de reyes y jefes tribales. Nelson Mandela, un príncipe xhosa, Haile Selassie, el emperador de Etiopía, o Seretse Khama de Botsuana, que había ascendido al trono de Tswana siendo niño, fueron grandes líderes.

Uganda tal vez habría tenido más posibilidades de ser bien gobernada si Gran Bretaña hubiera concedido a sus reinos y territorios algo similar a una autonomía. Es evidente que un sistema electoral de sufragio directo y mayoría relativa como el de Westminster era totalmente inapropiado para Uganda y su realidad. Sólo un sistema federal de poder compartido habría podido funcionar. Pero con dirigentes como Obote y Amin, decididos a movilizar el apoyo de las etnias del norte, que se concentraba en el ejército, cuesta imaginar un marco constitucional que pudiera sobrevivir a sus intentos de subvertirlo. Del mismo modo que Obote había purgado el ejército de oficiales baganda y lo había llenado de individuos de origen acholi y langi, Amin (desde el noroeste del país) aumentó en el cuerpo de oficiales el número de hombres nacidos en la región del Nilo occidental. Para dar cabida a esos lugbara y a esos kakwa, liquidó a muchos de los oficiales acholi y langi introducidos por Obote.

Una vez que el ejército quedó convertido en un instrumento de la política nacional, la pesadilla presagiada por Chinua Achebe en su profética novela A Man of the People («Un hombre del pueblo») comenzó a hacerse realidad, y una sucesión de líderes africanos se dedicó a robar el estado al pueblo para apropiarse de sus activos. Richard Dowden, director de la Royal African Society, rebate a quienes dicen que los dictadores de África se han limitado simplemente a imitar a sus antiguos amos coloniales. Los dictadores tienen poder real, mientras que el poder de los gobernadores británicos «era en gran medida una ilusión proyectada por la exhibición pública y las ceremonias». Los comisarios de distrito europeos solían «viajar por sus dominios en bicicleta», vestidos con pantalones cortos y en

mangas de camisa. «En muchas zonas de África, sus sucesores como gobernadores locales visten actualmente trajes oscuros y se desplazaban en Mercedes Benz negros, escoltados por convoyes militares fuertemente armados. Cualquiera que vaya en bicicleta se ve empujado a la cuneta». Los dictadores tampoco pueden ampararse en el hecho de que algunos famosos gobernantes africanos de la historia, como, por ejemplo, Shaka, Mzilikazi o Mirambo, fueran unos tiranos. En los tiempos anteriores a la colonización, el poder de los jefezuelos africanos se veía invariablemente limitado por los caudillos y los ngangas.

Tras la caída de Amin en 1979, Obote recuperó el poder y gobernó durante otros cinco años de caos, persecuciones y guerra civil, un período al que sólo se puso fin cuando en el ejército se deshizo la alianza entre los acholi y los langi, y el general Tito Okello, de origen acholi, dio con éxito un golpe de estado que acabó con el régimen de Obote y se convirtió en el primer presidente acholi. Pero no conseguiría mantener su supremacía ni siquiera un año. Un líder guerrillero astuto y pretencioso, Yoweri Museveni, comprendió mucho mejor que él la necesidad de establecer alianzas importantes, y en enero de 1986 derrocó a los generales acholi y ocupó Kampala, donde fue recibido como un liberador. Para los acholi, la victoria de este sureño de Ankole fue un desastre. Objetivo de las matanzas de Amin durante los años setenta, y luego favorecidos por el regreso de Obote, los acholi volvían a vivir llenos de miedo (temiendo esta vez que Museveni decidiera vengar las matanzas cometidas por los soldados de su etnia). Según el periodista Matthew Green, que conoce muy bien el país de los acholi, «cuando los secuaces de Museveni avanzaron por el norte, quemando graneros y ejecutando a civiles, muchos acholi creyeron que su plan era exterminarlos».

En efecto, el exterminio parecía ser el destino final que los acholi estaban condenados a experimentar desde que un siglo antes fueran encasillados en el papel del perfecto soldado por los gobernadores británicos. Una vez más, el hecho de que Gran Bretaña no supiera conceder a la Ecuatoria de Baker una identidad propia estaba castigando a otra generación de los pueblos del norte por un pecado que no era suyo. Tras la victoria de Museveni aumentó en el país el antagonismo hacia ellos, a los

que a menudo el resto de la población llamaba anyanya, término insultante que daba a entender deliberadamente que los acholi y los langi no eran ugandeses, sino sudaneses del sur, como así era en realidad desde el punto de vista étnico.

Mientras las tropas de Museveni iban a la caza de soldados de Okello, surgieron varios movimientos de defensa rebeldes en el país de los acholi. Uno de ellos estaba dirigido por un aprendiz de nganga acholi, cuyo aspecto se caracterizaba por una barba poco poblada y unos ojos tristes. El nombre de este joven de veinticinco años era Joseph Kony, y su organización paramilitar no tardaría en ser conocida como el Ejército de Resistencia del Señor (LRA por sus siglas en inglés). Varios grupos rebeldes fueron aplastados por las tropas de Museveni, pero no el de Kony, cuyo supuesto objetivo era establecer un gobierno cristiano teocrático basado en el Antiguo Testamento. Para cólera de Kony, el país de los acholi no se puso de su lado para combatir a Museveni, por lo que decidió emprender una campaña contra los «colaboracionistas» acholi (en realidad, no lo eran), raptando a niños y obligándolos a cometer crímenes atroces contra su propio pueblo. Se amputaron orejas y narices, y se asesinó a mucha gente de la manera más cruel y brutal imaginable. En ocasiones, los niños habían sido raptados mientras asistían al colegio *Sir* Samuel Baker de Gulu, cuyo nombre seguía honrando a este explorador por haber expulsado a los grandes enemigos de los acholi, los traficantes de esclavos.

A mediados de los noventa del pasado siglo, el gobierno sudanés armó y pagó a Kony para que atacara a los «rebeldes» del sur de Sudán. Aunque estos hombres luchaban por sus principios y por su país, e incluso algunos de ellos eran acholi, Kony se puso al servicio de los fundamentalistas de Jartum y atacó a los de su propia etnia. Tras este vergonzoso episodio, el LRA de Kony volvió a asolar el país de los acholi. Según los cálculos, hasta 2005 había raptado a unos treinta mil niños y desplazado a más de un millón y medio de personas. En su libro sobre Joseph Kony, The Wizard of the Nile, Matthew Green acusa a Musveni de no haber sabido derrotar, pese a todos los recursos militares a su disposición, a los insurgentes de Kony. Museveni declaró en varias ocasiones a la prensa que «los bandidos han sido aplastados», cuando era evidente que no había sido así. Green lo acusa

de prolongar el conflicto durante veinte años para castigar de alguna manera a sus enemigos del norte. Museveni nunca reconoció el sufrimiento que habían tenido que soportar los acholi. En 2003, ochocientas mil personas, esto es, el 70 por 100 de la población del país de los acholi, habían sido enviadas por Museveni a campos de refugiados, supuestamente para protegerlos del LRA, aunque estos campamentos gubernamentales fueran atacados regularmente por los hombres de Kony, y en ellos murieran de enfermedad miles de refugiados. A partir de 2005 la situación comenzó a mejorar sustancialmente. En 2010, el 80 por 100 de los desplazados habían abandonado los campamentos y regresado a sus hogares. El Tribunal Penal Internacional ordenó en octubre de 2006 la busca y captura de Kony, pero este sigue libre, probablemente en la región nororiental de la República Democrática del Congo.

La división entre el norte y el sur de Uganda ya no encabeza la lista de problemas espinosos de Yoweri Museveni. En la actualidad Museveni debe afrontar una difícil prueba que, de no superarla, puede acabar con su futuro político y con la unidad de Uganda. En 1993 restauró las monarquías de Toro, Bunyoro y Buganda, sin devolverles el estatus federal del que habían disfrutado en virtud de la Constitución original de 1962. Aunque permite que los candidatos puedan presentarse a las elecciones a título individual, estos no están autorizados a representar partido regional o político alguno. Este «sistema sin partidos» se parece mucho al típico «sistema de partido único» propio de algunos países africanos, y proporciona una gran ventaja al presidente de turno. No obstante, Museveni ha necesitado los votos de Buganda en tres elecciones generales, y volverá a necesitarlos en un futuro. Como es oriundo del sur, el apoyo de todos los reinos y todas las regiones meridionales ha sido vital para él desde el punto de vista político, pues en el norte nunca inspirará más que odio. Su nuevo problema es que el hijo del rey Freddie, Kabaka Ronald Mutebi, entronizado hace ocho años, está decidido a recuperar el estatus federal de Buganda.

En septiembre de 2009, la policía del gobierno central impidió que Kabaka Mutebi asistiera a una concentración juvenil dentro de las fronteras de su propio reino. Esta acción policial fue considerada una grave interferencia por los súbditos de Mutebi. Se produjo una serie de altercados

que se saldó con veintisiete muertos y seiscientos detenidos. Museveni declaró que la policía había actuado porque no podía garantizarse la seguridad de Mutebi en la concentración. Los baganda consideraron ridículas esas palabras, y comenzaron a temer que las intervenciones de Museveni en sus asuntos tal vez fueran el presagio de unas intrusiones mucho más graves por parte del estado central. Como cabría esperar, ha habido repetidos llamamientos en pro de una Uganda federal con poderes especiales para el Parlamento de Buganda. En los últimos años Museveni se ha vuelto, en palabras de un comentarista, «más autocrático, pues practica un sistema de patrocinio que favorece a los miembros de la familia y a los más fieles seguidores e impide que alguien o algo pueda poner en entredicho su control; actúa, en resumidas cuentas, como un dictador más».

Para Museveni, ceder a las pretensiones de Buganda significaría aceptar una reducción de su poder presidencial, y supondría un duro golpe para la unidad nacional. Su ley de tierras, aprobada recientemente, ha allanado el camino para la instauración de administraciones regionales. Si al final las impone, estas instituciones dejarán el reino de Buganda sin poder político. Así pues, es probable que estallen graves conflictos en el sur. Queda por ver si al final Museveni decidirá adoptar la misma actitud que Obote, o preferirá llegar a un compromiso con la importante y singular monarquía de Uganda. Es evidente que su victoria en las elecciones presidenciales de febrero de 2011, a pesar de las acusaciones de fraude, lo habrán fortalecido.

No cabe la menor duda de que la desastrosa decisión británica de dividir Ecuatoria entre Uganda y Sudán sigue teniendo gravísimas consecuencias en los dos países, al igual que las tiene la composición colonial de ambas naciones-estado. Sin embargo, tampoco cabe la menor duda de que sus líderes han elegido su propia senda, negándose una y otra vez a alcanzar un compromiso. Gran Bretaña habría debido permanecer más tiempo en África, invertir más dinero y preparar mejor tanto a Sudán como a Uganda para la independencia; pero como la URSS describía a todas las naciones coloniales europeas como explotadores imperialistas de unos territorios que, en su mayoría, no producían beneficios económicos, hubo que elegir entre marcharse o quedarse y afrontar una guerra de guerrillas nacionalista, subvencionada por los soviéticos. También los americanos, mucho antes

incluso de que abolieran la segregación racial en sus escuelas sureñas, atacaron el gobierno colonial, calificándolo de ofensa a la dignidad humana. Sobre el terreno, los administradores británicos sintieron que su marcha prematura era como traicionar a los africanos. Pero «un hombre, un voto ya» no era un lema fácil de rebatir en el Padre de los Parlamentos.

La colonización de otro país también formó parte del legado de los exploradores del Nilo. La visita de Speke y de Grant a Uganda, y sobre todo la de Stanley, y el llamamiento que este lanzó a los misioneros pidiendo que vinieran a vivir con el kabaka, fueron unos eslabones esenciales de la cadena de causalidades que dio lugar a la intervención de Lugard al lado de los protestantes y a la posterior declaración de un protectorado de Uganda. Antes de 1900, el África oriental británica, la futura Kenia, era contemplada principalmente como la ruta para llegar a Uganda. Pero ¿cómo podía llevarse hasta la costa el algodón, el marfil, el té y el café de Uganda, y transportarse en sentido opuesto los productos y el personal europeos, sin tener que realizar viajes peligrosos de varios meses de duración?

Era evidente que había que construir una línea ferroviaria desde Mombasa, en la costa, hasta el lago Victoria. Esta necesidad ya se había puesto de manifiesto incluso en la década de 1880. Los masai habrían podido intentar frustrar esta empresa cuando el ferrocarril comenzó a cruzar la zona del norte de sus tierras de pastoreo, pero gracias a la precaución británica y a un incidente que ha pasado a la historia como la matanza de Kedong, decidieron también mostrarse precavidos. En noviembre de 1895, en el curso de un violento enfrentamiento con una caravana de trabajadores del ferrocarril de Kikuyu y sus porteadores swahili, los masai mataron a casi seiscientos hombres. Un temerario comerciante escocés y antiguo empleado de la Compañía Imperial Británica de África Oriental, Andrew Dick, que había acampado por casualidad en las inmediaciones, fue al lugar en el que sucedían los hechos acompañado por dos viajeros franceses y atacó a los victoriosos nativos, matando a tiros a un centenar de ellos antes de caer mortalmente herido. Es muy probable que ignorara que la caravana había sido atacada en represalia por la violación de varias muchachas masai. Pero la principal reacción de Lenana, el famoso laibon, o líder

religioso, masai, no fue de cólera, sino de asombro por el hecho de que tres hombres hubieran podido matar a tantos guerreros suyos.

El ferrocarril de Uganda, con el que había soñado William Mackinnon, fue construido unos años después de su fallecimiento, entre 1896 y 1901, y con el tiempo reduciría notablemente el coste de transportar algodón ugandés a la costa, que pasó de la escandalosa cifra de doscientas libras esterlinas a un 1 por 100 de dicha cantidad. También tenía por finalidad asegurar de una vez por todas las fuentes del Nilo por los cuatro costados. Los africanos de la selva lo llamaban «la serpiente de hierro de la costa», como si comprendieran intuitivamente que, además de traer productos al interior, iba a absorber los recursos, los productos y las personas de la periferia para llevárselos a las ciudades. Cuando resultó imposible convencer a los africanos de que trabajaran en la línea ferroviaria (llamada la «Línea Lunática» por sus cuestas y pendientes), el gobierno británico siguió empeñado en construirlo fuera como fuera. Sin pensar en las consecuencias a largo plazo, lord Salisbury y sus colegas decidieron correr el riesgo de alterar el equilibrio de la población de África oriental, y aprobaron la nueva ley de emigración de 1896, que permitiría la llegada masiva de obreros indios con sus familias.

Cuarenta mil de ellos construyeron el ferrocarril, colocando casi mil kilómetros de vías, levantando ciento sesenta y dos puentes, abriendo trescientos veintiséis conductos de desagüe y erigiendo cuarenta y una estaciones. Más de un centenar fue devorado por dos leones —los famosos devoradores de hombres de Tsavo— que fueron abatidos después de varias semanas angustiosas por el ingeniero jefe, J. H. Patterson, un joven inglés alto y bigotudo, cuyo diario describe cómo los hombres se negaban a trabajar, y su desesperación cuando caía la noche y «oía a los leones roer los huesos de sus víctimas». No podía ver a los predadores, sólo oír su ronroneo entre la espesura de la maleza cuando «relamían la piel para beber la sangre fresca». Al final, Patterson mató a los dos leones de un tiro, para alegría y tranquilidad de las cuadrillas de operarios. Los indios se quedaron y prosperaron en el mundo de los negocios, hasta tal punto que después de la independencia serían víctimas de la discriminación en Kenia, y en Uganda Idi Amin expulsaría a toda su comunidad. Gran Bretaña acogió a

treinta mil asiáticos ugandeses en los años setenta del pasado siglo, y varios países europeos y Estados Unidos y Canadá a otros diez mil.

Además de la llegada de los indios, que se convirtieron en los hombres de negocios de África oriental, provocando tensiones en la sociedad en general, pero creando también empleo y prosperidad, la otra gran consecuencia imprevista de la construcción del ferrocarril fue el formidable coste de cinco millones y medio de libras esterlinas que supuso para el contribuyente británico. ¿Podría el Tesoro recuperar alguna vez parte de aquel dinero? Como los africanos eran reacios a vender su fuerza de trabajo, no cabía esperar que su mano de obra generara crecimiento económico ni impuestos durante muchos años. La solución escogida por las autoridades coloniales fue fomentar la llegada de colonos blancos para que se dedicaran a la agricultura. Se convertirían así en contribuyentes y traerían un nuevo poder adquisitivo al país. Kenia, con su elevado valle del Rift —los montes de los Blancos— fue considerada más apropiada para acoger colonos europeos que Uganda y otros países ecuatoriales, de modo que se pensó que iban a llegar grandes cantidades de inmigrantes. Pero no fue así. Aunque en 1914 había cinco mil quinientos colonos (y diez mil en 1923), los masai y los kikuyu serían desposeídos de casi el 60 por 100 de sus tierras. Fue este hecho, más que cualquier otra cosa, lo que, como dice el historiador Piers Brendon, «suscitó una cólera que, como un incendio, iría avivándose poco a poco hasta levantar verdaderas llamaradas».

Si Uganda no hubiera tenido la fuente del Nilo, habría perdido todo su valor para lord Salisbury, y no habría habido protectorado. En tal caso Gran Bretaña no habría tenido necesidad de crear la colonia de Kenia ni de construir el ferrocarril de Uganda. Fue para pagar la Línea Lunática para lo que se hizo venir a los colonos blancos, y si no hubiera habido colonos, no se habría producido en último término ni la sublevación del Mau Mau ni su brutal represión. Antes de que esto ocurriera, la administración de la colonia había permanecido atrapada durante décadas en un impasse político, pues la oposición de los colonos a cualquier cambio político imposibilitaba que los funcionarios civiles fomentaran el desarrollo de Kenia. No obstante, a pesar del legado imprevisto del ferrocarril de Uganda, la Kenia independiente se convertiría en uno de los estados más brillantes de África, y sabría

sobrevivir no ya gracias al petróleo o a los diamantes, sino a la inteligencia, la ética de trabajo, la educación y la capacidad empresarial de su población.

CODA

Sin varita mágica

En menos de un cuarto de siglo, un pequeño grupo de exploradores extraordinariamente valerosos y sus notables porteadores, guías, intérpretes y servidores africanos habían resuelto el enigma geográfico más grande de la Tierra, recorriendo para ello muchísimos miles de kilómetros, en su mayoría a pie. Habían arriesgado sus vidas repetidamente, se habían visto detenidos sucesivamente durante meses por jefes locales y reyes, y habían sobrevivido gracias a sopesar con prudencia cuándo les convenía ser pacientes y cuándo mostrarse inflexibles. Raras veces, en el curso de sus exploraciones, se habían encontrado en condiciones de imponer su voluntad. Sus esfuerzos conjuntos permitieron levantar el velo de uno de los misterios más grandes del planeta.

El coste en vidas humanas había sido muy alto, como pone de manifiesto el gran viaje de Stanley desde un extremo a otro de África. De las doscientas veintiocho personas que salieron con él de Zanzíbar perdió la vida exactamente la mitad. De los cuatro europeos que formaban parte de la expedición, él fue el único superviviente. La inmensa mayoría de los fallecimientos afectó a los wangwana, que constituían el grupo más numeroso con diferencia. «La ejecución y el cumplimiento de todos los planes y designios —dijo Stanley a un amigo—, se debieron al valor y a la bondad intrínseca de veinte hombres… Si me hubieran quitado esos veinte hombres, no habría podido yo pasar de los primeros días de viaje». Entre ellos se encontraban Manwa Sera y Chowpereh, que habían acompañado a

Livingstone en su último viaje. Con él había ido también Uledi, al que Stanley valoraba más que a cualquier otro capataz de aquella gran expedición de 1874-1877.

El carácter indispensable de los servicios de los principales capataces y porteadores wangwana queda patente cuando vemos la lista de los viajes que hicieron posibles. Uledi había acompañado ya a Stanley en su famosa búsqueda de Livingstone y previamente había estado con Speke y Grant entre 1860 y 1863. Sidi Mubarak Bombay había viajado con Burton y Speke en 1857-1859, y luego con Speke y Grant unos años después, y con Stanley durante la búsqueda de Livingstone. Susi había estado con Livingstone desde 1863. Junto con Chowpereh, Susi se puso al frente de los hombres que llevaron el cadáver de su señor a la costa en 1873. Luego sirvió a Stanley en el Congo entre 1879 y 1884, y recibió el encargo de construir el primer puesto comercial de Leopoldville. Dualla, el gran diplomático de Stanley en el curso de esa misma expedición, se convertiría luego en el jefe de caravana africano más valioso de Lugard durante la década de 1890. Algunos de estos hombres vivieron lo bastante para retirarse, como haría Bombay en 1885, y vivir de una pensión de la Royal Geographical Society, pero esos fueron sólo los más afortunados, ya que fueron muchos más los que murieron durante los viajes.

De los protagonistas europeos de la búsqueda del Nilo, sólo David Livingstone murió en África. Pero Samuel y Florence Baker estuvieron lo más cerca de la muerte que cabe imaginar sin llegar a perder la vida, pues se empeñaron en cruzar un territorio pantanoso e infestado de mosquitos cuando se les había agotado la quinina. En una ocasión Stanley se adentró en el túnel de luz que popularmente se asocia hoy día con las experiencias cercanas a la muerte. Richard Burton se vio tan gravemente aquejado de malaria que estuvo sin poder andar casi un año entero; Speke padeció una enfermedad dolorosísima, con síntomas como hidrofobia aguda, además de episodios de fiebre, ceguera transitoria y pérdida permanente de la audición de un oído. Durante nueve meses, Grant quedó inmovilizado a causa de las úlceras tropicales en las piernas, y Farquhar y Shaw, los dos compañeros de Stanley durante la búsqueda de Livingstone, murieron a consecuencia de las complicaciones de la malaria. En el segundo viaje de Stanley, los dos

hermanos Pocock y Frederick Barker murieron, respectivamente, uno de viruela, otro ahogado y otro de malaria.

Livingstone habría podido morir fácilmente varios años antes de lo que lo hizo —y de la misma forma violenta en que perdieron la vida los exploradores británicos Mungo Park y Richard Lander—, pero las lanzas que le arrojaron no lo alcanzaron por poco. Menos afortunados fueron Burton y Speke, que recibieron los dos varias heridas graves de arma blanca a manos de unos nativos somalíes. Por aquella época no era infrecuente que los viajeros europeos fueran asesinados por africanos. Entre 1845 y 1865, un oficial de la marina francesa, el teniente Maizan, el científico alemán Albrecht Roscher y su compatriota el barón Klaus von der Decken fueron todos asesinados por nativos de África oriental. El amigo de Stanley, Ernest Linant de Bellefonds, pereció a manos de los bari en 1876, y dos misioneros compañeros de Mackay y dos oficiales del ejército británico, Frederick Carter y Thomas Cadenhead, fueron asesinados junto con sesenta de sus hombres por Mirambo y sus secuaces en 1878 y 1880, respectivamente. Cinco años después, el obispo James Hannington y sus servidores fueron apuñalados por orden de Mwanga, el kabaka de Buganda, y poco después Emin Pachá fue asesinado por un señor de la guerra, Kibonge.

A pesar de sus méritos evidentes, Speke y Livingstone no recibieron del estado británico ninguna recompensa por su contribución al incremento del conocimiento humano. A Grant le concedieron una miserable medalla de compañero de la Orden del Baño, Baker fue nombrado caballero y Stanley, que fue quien por fin aclaró definitivamente la geografía de todo el sistema hidrográfico de África central, recibió ese mismo honor muchos años después de cosechar sus grandes triunfos geográficos. Burton recibió también el título de caballero gracias a la incansable labor de zapa de su aristocrática esposa. Como recompensa por una campaña que acabó en una sola mañana de matanza mecanizada, el general *sir* Horatio Kitchener fue hecho barón y el Parlamento le concedió en recompensa la asombrosa suma de treinta mil libras.

Como los exploradores fueron los primeros blancos en llegar al interior del continente, seguidos poco después por los misioneros y luego por los funcionarios del imperio, ¿es justo afirmar que la carrera por el reparto de

África fue un proceso único y concatenado? En cierto sentido la vinculación entre unas fases y otras es evidente, pues la exploración fue el paso previo esencial para el posterior dominio y asentamiento de los blancos. Pero ¿qué querían realmente los exploradores del Nilo que fuera de África después de que ellos recorrieran y cartografiaran buena parte del continente? No resulta fácil responder una pregunta como esta, pues, con la excepción de Richard Burton (que desdeñaba las colonias africanas por considerarlas impracticables, ya que, a su juicio, los habitantes del «continente negro» eran demasiado primitivos para absorber la cultura europea), varios de ellos, aunque en un momento dado se mostraran favorables a la creación de colonias, cambiaron de opinión con el tiempo. Un caso muy ilustrativo en este sentido es el de Samuel Baker, el explorador más directamente responsable de extender Sudán hacia el sur con unas consecuencias tan espantosas en el futuro. En 1889 protagonizó un cambio de postura absoluto y dijo que en adelante Gran Bretaña no debía tener nada que ver con Ecuatoria y Uganda y que no le convenía ocupar ninguno de estos países, pues el África tropical no sería nunca nada más que una sangría para el contribuyente británico. Ni que decir tiene que nadie hizo caso de esta última opinión suya.

David Livingstone, cuyas opiniones y teorías influirían en la opinión pública británica más que las de todos los demás exploradores del Nilo juntos, empezó dudando de si el contacto a gran escala con los blancos no sería para los africanos nada más que algo perjudicial. «Si el contacto con los europeos no sirve para hacer progresar a los nativos —escribía—, es seguro que los perjudicará. He observado con mucho dolor que todas las tribus que he visitado últimamente [en Botsuana y en la colonia del Cabo] están experimentando este último proceso». Livingstone se negó a condenar la poligamia afirmando que no podía ser considerada adulterio. Comprendió inmediatamente que se necesitaban muchas esposas para crear las grandes familias que eran imprescindibles para el poder de los jefes. Se dio cuenta también de que como a los individuos no se les permitía acumular un excedente de grano para su uso personal (so pena de ser acusados de hechicería), la tribu estaba en mejores condiciones de alimentar a todos sus integrantes en caso de hambruna de lo que lo habría estado si el grano fuera

de propiedad privada, y no colectiva. Como misionero, sin embargo, Livingstone se había visto obligado a descartar la posibilidad de dejar a los africanos a su aire. Su obligación impuesta por Dios, pensaba, era salvar las almas del mayor número posible de personas.

De modo que entre 1849 y 1851 realizó tres viajes al extremo norte de Botsuana en un intento de encontrar una tribu incontaminada, cuyos miembros fueran más receptivos —o al menos eso esperaba él— a las enseñanzas de Cristo que las que vivían cerca de los boers. Para mayor espanto suyo, a comienzos de la década de 1850 descubrió que hasta las tribus más remotas del Zambeze habían sido visitadas por traficantes de esclavos portugueses o por sus agentes africanos, los mambari. En efecto, resultó que los miembros de la tribu favorita de Livingstone, los kololo, habían vendido hombres y mujeres a los mambari a cambio de telas, armas de fuego y reses robadas. Parecía muy poco probable que llegara a encontrar tribus incontaminadas a lo largo del Zambeze. En unas circunstancias tan poco alentadoras, Livingstone llegó a la conclusión de que sólo la intrusión generalizada de los europeos podía tener una mínima posibilidad de provocar un cambio moral.

Su posición era dolorosamente irónica. Había llegado en busca de unas gentes incontaminadas, pero, después de comprobar que estaban corrompidas, ahora se disponía a defender un mayor contacto con los forasteros. Aunque si no se permitía a los kololo vender sus pieles, su cera de abeja, sus resinas y su marfil al tipo de mercaderes que no esperaban ser pagados con esclavos por los productos manufacturados que tanto ansiaba la población local, el tráfico de esclavos y la frontera de las armas de fuego continuarían extendiéndose como un fuego sin control. Livingstone creía que sólo «el comercio y el cristianismo», y en último término las colonias, podían impedir este desastre. Estaba convencido de que los jefes locales no abandonarían nunca su derecho consuetudinario de esclavizar a los cautivos hechos entre las tribus vecinas hasta que pudieran ver la prueba de la superioridad material de la sociedad europea respecto a la suya. Sólo la aparición de los barcos de vapor con casco metálico y de las máquinas parecía probable que pudiera crear en los poderosos jefes de tribu africanos una crisis de confianza. La simpatía que en un principio había sentido

Livingstone por las costumbres africanas hizo que le resultara tanto más difícil pensar de esta manera.

Sin embargo, en el momento en que decidió que el tráfico de esclavos sólo podía ser derrotado si los europeos creaban colonias africanas, Livingstone empezó a presionar a los sucesivos gobiernos británicos. Sus desvelos en este sentido no se verían satisfechos durante los catorce años de vida que le quedaban. En 1860, lord Palmerston escribió: «No tengo la menor intención de embarcarme en nuevos proyectos de posesiones británicas. La información del Dr. L. es muy valiosa, pero no debe permitírsele que nos tiente a crear colonias a las que sólo puede llegarse en vapor y además salvando unas enormes cataratas». A mediados de siglo, Gran Bretaña era la gran fábrica del mundo, cuya producción superaba a la de todos sus rivales, y, a juicio de sus políticos, no necesitaba nuevas colonias para aumentar su riqueza y su poder.

Al igual que David Livingstone, John Speke creía que la creación de colonias era la mejor manera de hacer progresar la vida de los africanos. Cuando llegó por primera vez al lago Victoria, quedó estupefacto al ver la pobreza de los habitantes de la zona, teniendo en cuenta la extraordinaria fertilidad del suelo. ¿Por qué eran tan pobres, se preguntaba? Parecía que la causa de semejante situación era la abundancia del propio entorno. No hacía falta fabricar vestidos debido a lo benigno del clima, y el terreno producía de por sí suficientes frutos para hacer de la agricultura un esfuerzo innecesario. Así que, ¿para qué acumular un excedente de alimentos destinado a la venta y obtener así los medios necesarios para llevar a cabo otros proyectos? Pero sobre todo culpaba de la pobreza a las mezquinas guerras locales. «El motivo fundamental [de la pobreza] es su necesidad de un gobierno fuerte y protector, capaz de preservar la paz, sin la cual no puede prosperar nada». Pensaba que

[…] si en vez de estar en manos de sus actuales propietarios, esta comarca estuviera gobernada por unas cuantas decenas de europeos, podría producirse en pocos años una revolución total. Se abriría a todo el mundo un mercado enorme […] y el comercio allanaría el camino a la civilización y el progreso.

De nuevo como Livingstone, Speke temía que los africanos fueran «borrados de la faz de la Tierra» por el tráfico de esclavos árabo-swahili, a menos que Inglaterra estableciera un equivalente africano del Raj británico. Unos años después, pidió que se enviaran misioneros a Sudán, Bunyoro, Buganda y Ruanda, que allanaran el camino al «comercio legítimo». En su opinión, los africanos «consideraban el tráfico de esclavos legítimo por el hecho de que los esclavos se compran con artículos mercantiles europeos». Lo que se necesitaba, decía Speke, era enseñar a los propios africanos «a odiar el tráfico de esclavos». Además, afirmaba, había que presionar al sultán de Zanzíbar para que pusiera fin a ese tipo de comercio en sus dominios. Si Speke no hubiera muerto en 1864, su voz se habría sumado a la de Livingstone defendiendo la creación de nuevas colonias por motivos humanitarios.

Stanley no llegó a convencerse de que debían crearse colonias (en contraposición con los ríos internacionalizados y los puestos comerciales) hasta que en 1883 se encontró con dos mil trescientos esclavos recién capturados en el Alto Congo y pensó que estaba viviendo «una especie de pesadilla», al contemplar aquella «inhumanidad indescriptible». Suponía que para conseguir esa cantidad de esclavos habría sido preciso matar a balazos a otros tantos para impedir que opusieran resistencia. Por aquella época, cada año eran desplazadas o esclavizadas en África central medio millón de personas.

Había muy buenos motivos para exigir la intervención. Aquellos exploradores no habían abierto violentamente —como se ha dicho a veces— las puertas de un paraíso virgen y lo habían expuesto por vez primera a la codicia explotadora de los capitalistas del mundo. A comienzos de la década de 1860 Samuel Baker encontró en el Alto Nilo traficantes de esclavos europeos, egipcios y sudaneses estableciendo puestos comerciales a unos ochenta kilómetros del lago Alberto. También en la década de 1860 David Livingstone había quedado desconcertado al comprobar que los jefes de las tribus nyamwezi vendían a los miembros de las tribus vecinas e incluso a su propia gente a un puñado de intrusos llegados de otras tierras. El comercio interno de esclavos de los propios africanos lo llevó a decir que «aquella constante captura y venta de niños» de las tribus sometidas hacía

que los negreros portugueses y árabes «parezcan en comparación un mal menor». Unos diez años antes, David Livingstone había coincidido con el traficante de esclavos portugués Silva Porto a orillas del Zambeze, en el centro del continente.

En la década de 1840 la pasión de la sociedad victoriana por los pianos con teclas de marfil, o los mangos de cuchillo y los cepillos de este mismo material ya no podía ser satisfecha sólo por los mercaderes africanos, así que los árabo-swahilis (cuyos antepasados árabes habían llegado a la costa de África oriental en el siglo IX) habían empezado a penetrar más y más en el interior del continente para volver con un número cada vez mayor de colmillos de elefante y de esclavos, necesarios para cargar con ellos. Stanley escribió con incredulidad:

Cada libra de marfil ha costado la vida de un hombre, una mujer o un niño; por cada cinco libras se ha quemado una choza; por cada dos colmillos se ha destruido un poblado entero […] Resulta sencillamente increíble que por el hecho de que se necesite marfil para fabricar adornos o bolas de billar, haya que devastar el corazón de África.

Samuel Baker comentaba sarcásticamente que como los traficantes de esclavos habían hecho que el país fuera tan peligroso, a menudo no había tenido más remedio que sumarse a sus grandes caravanas para poder viajar:

Resulta curiosamente agradable viajar en compañía de estos bandoleros, pues convierten cualquier país en un nido de avispas. No existe ningún plan de acción ni de viaje, y al depender de sus movimientos, me parezco más a un burro que a un explorador.

Desde Ruanda y Buganda por el norte, hasta el lago Nyasa (Malawi) y la meseta del Shire por el sur, los exploradores del Nilo comprobaron que los mercaderes árabo-swahilis habían llegado una década o dos antes que ellos, trayendo tras de sí la destrucción y el sufrimiento. Los traficantes de esclavos y de marfil habían llevado también al interior del continente la pólvora y las armas de fuego, aunque, por desgracia, estas últimas no eran objetos de importación recientes. Hacía más de un siglo, desde aproximadamente 1700, que los holandeses venían vendiendo veinte mil toneladas de pólvora anuales a lo largo de la costa de África occidental, mientras que en la costa de África oriental los portugueses habían entrado

por vez primera en el estuario del Zambeze con pólvora y cañones a mediados del siglo XVI.

Las migraciones y las guerras africanas provocaron asimismo disturbios generalizados. El traslado hacia el norte de los ngoni fue presenciado por Speke y por Livingstone, que registraron los asesinatos y los robos de ganado perpetrados cerca del lago Nyasa. En la década de 1870, el guerrero nyamwezi Mirambo, con su ejército de niños soldados y mercenarios ngoni, se enfrentó a los árabes para hacerse con el control de las rutas de las caravanas hacia los lagos Tanganica y Victoria en un dilatado conflicto que se llevó por delante a muchos inocentes, mientras que Msiri, otro cacique de África central, extendió su poder invadiendo las tierras de sus vecinos y aliándose con el gran traficante de esclavos Tippu Tip. Ello le permitió asesinar al kasembe de los luba-lunda y consolidar su poder sobre el sureste de Katanga y sus minas de cobre.

No es que Mwata Kasembe VII fuera un ángel cuando en 1867 David Livingstone hacía el siguiente comentario:

Cuando usurpó el poder hace cinco años, su país estaba densamente poblado; pero fue tan severo a la hora de imponer castigos, cortando orejas, amputando manos, y efectuando otras mutilaciones, o vendiendo niños por cometer las faltas más baladíes, que sus súbditos se dispersaron gradualmente por los países vecinos a los que no llegaba su poder.

Si Gran Bretaña, Francia y Alemania no hubieran establecido colonias y protectorados en la zona investigada por los exploradores del Nilo, los traficantes de esclavos árabo-swahilis habrían continuado Nilo arriba extendiendo su control sobre Bunyoro y Buganda. El destino de las tribus de Ecuatoria habría sido su exterminio. Los árabes sudaneses también se habrían diseminado por el oeste a través del Chad, tras imponerse al sultanato de Darfur. Incluso en los tiempos de Baker y Gordon habían llegado ya al Bahr el-Ghazal y a Ecuatoria. Los árabes del sur habían hecho del lago Victoria un inmenso almacén para el tráfico de esclavos diez años antes de que llegara a él Stanley. Para entonces el imperio de Tippu Tip se extendía desde el lago Tanganica y Manyema hasta el Congo y el Lomani. Todo el centro del África ecuatorial habría pasado irremisiblemente a formar parte del mundo musulmán, un elemento inevitable del cual habría

sido el esclavismo, si las potencias coloniales no hubieran llegado dispuestas a quedarse. Y así lo hicieron, de modo que durante los primeros años del siglo XX habían eliminado el tráfico de esclavos de toda el África oriental, poniendo fin a una pérdida anual de población auténticamente espantosa. Entre 1800 y 1870 casi dos millones de esclavos habían sido exportados a través del Sahara o por vía marítima a Egipto, Arabia y el Golfo Pérsico.

En 1859 Speke había enumerado los beneficios que, en su opinión, se habrían acumulado si se hubieran presentado «unas cuantas decenas de europeos» a gestionar la ribera sur del lago Victoria, y un poco después Livingstone definía cuál era su ideal de administrador colonial. Un individuo versátil como este no podría competir nunca con los africanos en el trabajo manual, sino que «desempeñaría un papel de protagonista en la gestión de la tierra […] y ampliaría las variedades de producción del terreno». Asumiría «también el protagonismo en el comercio y en todos los demás asuntos públicos […] [y] constituiría una clara ventaja para todos los situados por debajo de él y a su alrededor, pues ocuparía un lugar que se halla prácticamente vacante». Era casi una descripción anticipada del cargo de lo que luego sería el comisario de distrito de una colonia. Indudablemente Livingstone habría aprobado los títulos universitarios de estos personajes, y sus conocimientos prácticos de agricultura y su capacidad asesora, pero habría admirado bastante menos su presunción colonialista de ser superiores en todos los terrenos. A mediados de la década de 1850 había escrito refiriéndose a los africanos en tono muy distinto:

Según la opinión general, son más prudentes que sus vecinos blancos […] Cada tribu tiene una conciencia considerable de lo que es la bondad […] Para sostener sus opiniones en África la gente tiene menos de eso que los alemanes llaman filosofía; menos diplomacia, menos protocolos y notas […] Tiene menos teorías, pero sí muchas ideas […] No se da entre ellos la búsqueda del bien supremo, tal como hacemos nosotros, si hemos de creer a los filósofos antiguos […] Pero el africano no se preocupa en absoluto de esas especulaciones completamente inútiles. Los placeres de la vida animal están siempre presentes en su mente como bien supremo, y, si no fuera por

sus innumerables fantasmas, el africano disfrutaría de su magnífico clima tanto como pueda hacerlo un hombre.

Antes de las expediciones militarizadas de la última década del siglo XIX , los exploradores del Nilo habían estado a la misma altura que la gente cuyo territorio se dedicaban a investigar aun a riesgo de su vida. Pagaban con mercancías por el derecho a pasar por las tierras de las tribus, y en muchas ocasiones tuvieron que detenerse en ellas contra su voluntad durante meses para satisfacer los caprichos de los jefes y reyes africanos. Speke fue retenido por Mutesa cinco meses; Baker por Kamrasi diez, y Livingstone por Kasembe, tres. Sus anfitriones habrían podido quitarles la vida en cualquier momento. Esta situación fue habitual en el período más inocente que precedió a las dos décadas durante las cuales el país fue arrebatado por la fuerza a sus propietarios.

Commoro, el jefe de los latuka, que, como recordará el lector, tenía una actitud muy fatalista, expuso en 1863 sus inquietantes ideas a Samuel Baker:

Casi todas las personas son malas. Si son fuertes, les quitan todo a los débiles. Los buenos son todos débiles; y son buenos porque no son lo bastante fuertes para ser malos.

Indudablemente, en el contexto de la carrera por el reparto de África, los europeos eran los fuertes y quitaron las tierras y la soberanía a los débiles en nombre de principios altisonantes, algunos de los cuales eran genuinos, como el deseo de acabar con el tráfico de esclavos, y otros falsos e inspirados por el afán de explotación. Se producirían episodios de resistencia y conquista en muchos rincones de casi todas las colonias africanas. Monarcas como Kabarega, Mwanga y Prempeh, rey de los asante, serían desterrados. En la mayoría de los casos los enfrentamientos serían de poca envergadura, aunque continuaran a lo largo de varias décadas, y el sometimiento acabaría imponiéndose mediante un proceso gradual de intrusión no cuestionada de un reducido número de hombres blancos. En un singular momento de pesimismo, Livingstone calificaba la llegada de los colonizadores de «necesidad terrible», pero seguía sosteniendo que las «esperanzas de libertad y progreso del mundo» dependían de gentes de estirpe británica. En efecto, la mayoría de los

funcionarios imperiales británicos creían firmemente que estaban en África no sólo gracias a la superioridad de su armamento, sino también porque eran, según su propia valoración, los representantes culturalmente superiores de un imperio cuya misión era llevar la paz, la prosperidad y la justicia a unas gentes menos afortunadas. La incoherencia moral de tener que matar de vez en cuando a los individuos que oponían resistencia a su «misión civilizadora» no arredró a *sir* Hesketh Bell, primer gobernador británico de Uganda, como ponen de manifiesto sus palabras a propósito de ciertos nativos bagisu «salvajes» del este del país:

Envío dos compañías de los fusileros africanos del rey para que les hagan [a los bagisu] darse cuenta de que deben amoldarse como el resto del protectorado […] Casi no hay año que no sea preciso castigar a estas tribus salvajes por la matanza de comerciantes pacíficos y desarmados, y sólo una demostración de fuerza los inducirá a cambiar de sistema.

Como los bagisu habían pensado siempre que tenían libertad para matar a los intrusos que se metieran en su país, es lógico que se preguntaran por qué tenían que cambiar de repente de comportamiento si no habían firmado ningún acuerdo con nadie ni habían sido derrotados en el campo de batalla. Pero Bell sabía que sólo podría llevar la paz a un país tan grande como aquel y gobernarlo sabiamente si lograba erradicar los actos de violencia contra todas las personas, fuera cual fuese su raza. Para llevar a cabo esta tarea se le había asignado un presupuesto que apenas habría bastado para dirigir unas cuantas parroquias británicas, un pequeño contingente militar y un cuerpo de veinte comisarios y funcionarios civiles. Con unos recursos tan ridículos no sólo tenía que castigar a los africanos que mataran a los comerciantes, sino también hacer frente a los traficantes de esclavos, a los señores de la guerra y a los aventureros deseosos de dinero fácil.

Arthur Mounteney Jephson, el oficial favorito de Stanley en la expedición de Emin Pachá, había escrito en su diario varios años antes de que Uganda se convirtiera en un protectorado:

El nativo normal y corriente sólo cultiva el grano suficiente para su consumo y el de su familia; hagámosle ver que lo que cultiva tiene un valor muy grande y cultivará más y será más laborioso y ahorrativo; entonces no estará tan dispuesto a ir a la guerra contra su vecino […] y las pequeñas

guerras que hoy día son la peste de África cesarán gradualmente con la llegada del ferrocarril y el consiguiente aumento del comercio.

Hombres como Jephson, Mackay, Stanley y Mackinnon abrigaban la esperanza de que con la introducción de los métodos agrícolas europeos por los colonos, la tierra acabaría produciendo lo suficiente para que los africanos cobraran salarios, que un día podrían ser gravados con impuestos que generarían los fondos necesarios para la construcción de ferrocarriles, carreteras, hospitales y escuelas. Como se suponía que los misioneros debían llegar a África antes que los comerciantes y los colonos, mejoraría la condición espiritual de los africanos, y no sólo su situación material. Eso al menos decía la teoría. Livingstone, Stanley, Speke y Baker (auténtico guerrero contra el tráfico de esclavos) creían en esta estrategia para alcanzar el progreso de África.

En la segunda mitad del siglo XIX la población de Gran Bretaña había aumentado en un 70 por 100 gracias a los adelantos de la medicina, al agua limpia y a las modernas medidas higiénicas; la alfabetización era casi universal y el abaratamiento de los productos alimenticios había mejorado la dieta media de la población. Hacia 1880 la mayoría de los hogares contenía una cantidad de materiales impresos e ilustrados que habrían causado asombro a las generaciones de épocas anteriores. Aunque el traslado de todos esos beneficios a África fuera lento y poco sistemático, a los exploradores no les habría cabido duda alguna de que si las futuras autoridades coloniales lograban aplastar las actividades de los negreros árabo-swahilis, se habría causado un beneficio incalculable a millones de personas.

En efecto, sería justamente eso lo que hicieran ingleses y franceses en sus colonias africanas, dando lugar a un breve período de gobierno relativamente poco corrupto, en el que el imperio de la ley y los beneficios de la medicina y la higiene modernas permitieron a la población de África aumentar de los ciento veintinueve millones de 1900 a los trescientos millones de los años sesenta del pasado siglo, cuando la mayoría de las colonias obtuvieron la independencia. Este aumento era muy deseable, pues la escasa densidad de población había lastrado el desarrollo de África durante siglos. Planteado al nivel más elemental: el excedente de productos

alimenticios carecería de valor si no existiera una cantidad suficiente de población viviendo en un radio de menos de quince kilómetros que quisiera cambiar el grano o la harina por otros productos. Además sería imposible emprender grandes proyectos agrícolas sin un número suficiente de trabajadores. El eminente historiador francés Fernand Braudel resumía sucintamente la situación en el siguiente aforismo: «La civilización es hija del número».

Las colonias establecidas tras la gran carrera por el reparto se caracterizarían por algunas hazañas genuinas y por ciertos desastres famosos, como las atrocidades cometidas en el Congo en la década de 1890, la matanza de los hereros en el África suroccidental alemana y la aniquilación de la sublevación del Mau Mau en Kenia. Allá donde existiera una población de colonos blancos de tamaño considerable, como en Kenia o en Rhodesia del Sur, la transición hacia la independencia sería sangrienta. En otras colonias subsaharianas de Gran Bretaña la independencia se alcanzaría pacíficamente, pues en ellas no se produjo ningún fenómeno parecido a los desastrosos esfuerzos de Portugal por mantener su dominio colonial. El colonialismo duró justo lo suficiente para destruir la fe de muchos africanos en el mundo espiritual que hasta ese momento había logrado imponer normas y cierto grado de responsabilidad personal, pero no lo suficiente para sustituir las creencias indígenas por la educación y los ideales sociales propios de Occidente. La confianza en sí misma de África quedó irremediablemente dañada.

Al menos tres mil grupos étnicos distintos acabaron convertidos en cuarenta y siete estados-nación en el continente africano, debido en todos los casos a decisiones tomadas durante el período colonial. Indudablemente —como en Uganda y Nigeria— las fronteras coloniales permitieron que los «grandes hombres» utilizaran los conflictos étnicos —y también por supuesto que los crearan— para afianzar su poder. A mediados de la última década del siglo XX había en África treinta y una guerras civiles, desencadenadas casi todas ellas como consecuencia directa de unas fronteras trazadas de mala manera y de la instigación de los políticos africanos. El genocidio de Ruanda fue planeado desde arriba en todos sus detalles. El número de esas guerras es menor en la actualidad, y el

bandolerismo armado ha sustituido a los disturbios de mayor envergadura, excepto en el este del Congo y en el delta del Níger.

El problema más arduo para los países por los que pasa el Nilo será decidir cómo va a ser repartida el agua del río en el futuro. Las negociaciones para la consecución de un acuerdo continúan desde hace trece años y recientemente cinco países ecuatoriales han alcanzado su propio acuerdo, del que han quedado excluidos Sudán y Egipto, que desde los años cincuenta vienen reclamando entre los dos más del 90 por 100 del agua. En el peor de los casos, puede que en el futuro se desencadenen guerras del agua a orillas del Nilo; pero la dependencia mutua de los siete países ribereños quizá los obligue a aceptar la cooperación por motivos de supervivencia e inaugure un capítulo más pacífico de la historia de la región.

Parece probable que en el futuro el período colonial de la historia de África (que en la mayoría de las colonias ha durado sólo setenta y cinco años) sea considerado únicamente una etapa de muchos aspirantes —junto con la guerra fría, el fomento de los dictadores por las superpotencias, el sida, la malaria, la sequía, la corrupción, los gobiernos incompetentes, la guerra civil étnica y un sistema de comercio internacional injusto— al título de «causa principal» de por qué cincuenta años de independencia han resultado tan decepcionantes. John Iliffe, el principal experto en África oriental durante los períodos colonial y poscolonial, ha dicho que tal vez sea excesivo el pesimismo acerca de las secuelas del imperialismo: «Pensar que el colonialismo es la destrucción de la tradición supone subestimar la capacidad de aguante de África. Considerarlo sólo un episodio [de la historia de África] supone subestimar todo lo que la civilización industrial ha ofrecido a los africanos del siglo XX». Desde luego no muchos africanos urbanos desearían que las cosas volvieran a ser como en 1880.

Hoy día en América y en Europa la prensa fija su atención inevitablemente en los desastres de África, pasando por alto sus dimensiones y el hecho de que hay millones y millones de personas que han permanecido toda su vida al margen de la violencia y el hambre. Esa misma historia de lugares pacíficos situados al lado de otros peligrosos se daba cuando los exploradores del Nilo vivían experiencias siniestras y violentas

para recorrer unos pocos kilómetros y encontrar escenas maravillosas de belleza y serenidad. John Speke, tras su larga lucha con ciertos jefes rapaces y toda clase de rigores y escaseces imaginables, entró en Karagwe, al oeste del lago Victoria, y quedó cautivado por la belleza del escenario, por los rebaños de reses sanas y la abundancia de víveres. «Fuimos tratados como huéspedes favoritos por los jefes del lugar, que […] nos trajeron regalos en cuanto llegamos […] Cuanto más nos adentrábamos en este país, más nos gustaba, pues […] los jefes de los poblados eran tan corteses que podíamos hacer lo que quisiéramos». Rumanika, el rey de Karagwe, trató a Speke y a Grant con «gestos cálidos y afectuosos […] El tiempo volaba como por arte de magia, y la mente del rey era muy rápida e inquisitiva».

Aunque encontrara espantosas las crueldades que vio en Barotselandia, Livingstone se sintió abrumado ante la hermosura de las escenas de aquellos poblados antiquísimos:

¡Cuántas veces he contemplado, en mañanas tranquilas, escenas que son la quintaesencia de la serenidad, en las que todo está bañado por un aire sosegado y envuelto por un calor delicioso! El más ligero movimiento ocasional producía una placentera sensación de frescor, como la de un abanico. Los prados verdes, el ganado paciendo, las cabras triscando, los chivitos retozando, los grupos de pastorcillos con arcos, lanzas y flechas en miniatura; las mujeres encaminándose al río con los cántaros airosamente apoyados en su cabeza […] y los padres ancianos, de cabeza encanecida, sentados en el suelo, el bastón en la mano, escuchando el comadreo matutino.

Apenas unos días después de verse envuelto en unos combates en los que llegó a perder a veintidós personas, Stanley se encontró de repente en «un bellísimo paisaje pastoril» cerca del lago Victoria:

Me sentía tan gratificado como si tuviera una varita mágica […] Me aparté un poco y me senté en una peña gris […] a mi lado estaba sólo el encargado de llevar mi escopeta, y las voces de los wangwana llegaban hasta mí de vez en cuando amortiguadas por la distancia; de no ser por eso, habría sido, según estaba allí sentado, como si me hubiera perdido en la ilusión de que todo, tanto el pasado espantoso como la hermosura presente, era un sueño […] Me recreé serenamente en el delicioso olor del ganado y

de la hierba fresca […] y desde los poblados rodeados de setos ascendían hasta mis oídos los balidos de los terneros y los mugidos de las vacas […] y podía contemplar los rebaños de cabras, de chivos y de ovejas, vigilados celosamente por sus pastorcillos. Toda la perspectiva era tan apacible e idílica que me causaba una impresión extrañamente conmovedora.

Pero sin «varita mágica» pocos son los occidentales que pueden ver hoy día África como una tierra encantada, a pesar de la belleza y la variedad de su naturaleza y el humor, la hermosura y la extraordinaria capacidad de aguante de sus gentes. Los éxitos africanos no han dado nunca titulares. En la mente de las personas hace décadas que está clavada la imagen de los ricos y famosos de la televisión animando al público a rascarse el bolsillo para prestar ayuda para el último episodio africano de desastre, de hambruna o de genocidio, así que no hay muchos occidentales que crean que el proceso que los exploradores pusieron en marcha en el siglo XIX merezca celebrarse demasiado. Total, dicen, para acabar así.

Semejante actitud me asombra por lo injusta que es. Los exploradores del Nilo abrieron África al interés de los occidentales en una época en la que cada año se producían nuevas devastaciones en zonas todavía más grandes del continente. El valor y la visión de este pequeño grupo de hombres no son menos loables por el hecho de que en el siglo XX no se hicieran realidad las esperanzas que abrigaban para el futuro de las regiones que ellos revelaron a los demás a costa de tantos inconvenientes y penalidades. Como tampoco han perdido su valor los planteamientos de los defensores de los principios humanitarios del siglo XIX por el hecho de que los gobiernos posteriores de Europa y África no hayan estado a la altura de sus ideales.

Apéndice

Cincuenta años de libros sobre la búsqueda de la fuente del Nilo

En 1960 se publicó el libro de Alan Moorehead The White Nile («El Nilo Blanco»), que se convirtió en un best seller internacional. La historia de la búsqueda de la fuente del Nilo es apasionante y la habilidad con la que Moorehead alterna las vívidas viñetas biográficas de los principales exploradores con relatos breves de los diversos viajes hace que su libro resulte maravillosamente ameno. Sorprende que durante el medio siglo transcurrido desde entonces no se haya llevado a cabo ningún intento de retomar esta historia tan singular haciendo un uso detallado de la enorme cantidad de materiales nuevos —publicados y manuscritos— que se han acumulado a lo largo de estos años. Christopher Ondaatje y Guy Yeoman han escrito sobre la búsqueda de las fuentes en sus libros Journey to the Source of the Nile (1980) y Quest for the Secret Nile (2004), pero en el contexto de los viajes —eso sí, motorizados— que ellos mismos han realizado a muchos puntos clave; y aunque los dos nos han aclarado muchas cosas acerca de la geografía del Nilo, ninguno de ellos ha intentado volver a describir el carácter y las relaciones de los primeros exploradores del Nilo a la luz de toda la nueva información aparecida desde 1960.

En efecto, después de la aparición del libro de Moorehead se han publicado nada menos que ocho biografías de Burton, y una de ellas, la de Mary Lovell, incluye la vida de Burton y la de su esposa, Isabel. Han aparecido cuatro vidas de David Livingstone, seis de Henry Stanley, una de

Samuel Baker, una de la esposa de este, Florence, una de Samuel y Florence, y una de John Hanning Speke. Así que desde hace ya bastante tiempo era preciso volver a contar la historia del Nilo victoriano.

En su biografía de los Burton, The Rage to Live (1998), Mary Lovell revelaba nuevos hechos desconocidos para Alan Moorehead, sobre todo que Burton había pensado en secreto que Speke tenía razón en lo concerniente a la fuente del Nilo y que había escrito a la RGS reconociéndolo. Alexander Maitland, con su biografía de Speke (1971), que pone de manifiesto un profundo trabajo de investigación, y el académico americano W. B. Carnochan, con su volumen pequeño, pero incisivo, titulado The Sad Story of Burton, Speke, and the Nile; or, Was John Hanning Speke a Cad? (2006), han logrado hasta cierto punto contrarrestar el sesgo ferozmente negativo que daba Isabel Burton —en su biografía en dos volúmenes, por lo demás enormemente influyente, The Life of Captain *Sir* Richard F. Burton (1893) — a todas sus conjeturas acerca de los motivos y el carácter de Speke. Recientemente, Jon R. Godsall, en The Tangled Web (2008), ha hecho más que cualquiera de los biógrafos anteriores de Burton para demostrar las numerosas mentiras, invenciones y distorsiones que habían aparecido originalmente en los escritos de Burton y de su esposa Isabel acerca de Speke y sus dos viajes con aquel.

John Speke es quizá el más enigmático de los exploradores del Nilo. Incluso después de leer a fondo mucha de la documentación publicada, seguían intrigándome numerosas cuestiones sobre él. ¿Realmente tenía tendencias suicidas cuando fue por primera vez a África, como pretendía Burton? ¿Por qué no recorrieron ni Burton ni él la distancia relativamente corta que separa Ujiji del río Rusizi, cuando era tanto lo que dependía de ello? ¿Por qué odiaba Burton con tanta intensidad a Speke, teniendo en cuenta que en secreto estaba de acuerdo con la teoría de este último acerca de la importancia del Victoria Nyanza, y por qué no había vuelto con su compañero a estudiar el lago, cuando este se lo había rogado? Como no se han conservado las primeras cartas ni los primeros diarios escritos por Speke, decidí leer todas las comunicaciones de época posterior que de él se conservan en la National Library of Scotland, en especial las cartas que intercambió con su editor. Esto me llevó a estudiar el manuscrito original de

su Journal of the Discovery of the Source of the Nile, y también las pruebas de imprenta profundamente revisadas y corregidas del libro. De esa forma, gracias a la lectura de los numerosos pasajes de carácter personal suprimidos porque John Blackwood los consideró poco idóneos para su publicación, fui reuniendo una gran cantidad de información biográfica completamente nueva: por ejemplo el tierno amor de Speke por una mujer baganda en particular, los consejos de carácter sexual que dio a Kabaka Mutesa y a la madre del kabaka, y la simpatía con la que veía la sensualidad sin inhibiciones de la sociedad baganda. Todo ello contradice las afirmaciones que han hecho muchos biógrafos de Burton, incluida la excelente Fawn Brodie, diciendo de Speke que era un mojigato, un individuo propenso a la censura, un hombre asexuado o incluso un homosexual reprimido.

Speke ha sido vituperado casi por todo el mundo por arruinar la reputación del vicecónsul británico en Jartum, John Petherick, que el explorador esperaba que saliera a su encuentro con pertrechos, suministros y hombres cerca de la frontera septentrional de Buganda. Sin embargo, el diario, muy poco conocido, de la esposa de Petherick, Katherine, conservado en la Wellcome Library, me ha demostrado que las acusaciones que Speke y Baker hicieron contra Petherick —esencialmente que había utilizado mano de obra esclava y que había disparado contra los africanos que oponían resistencia a su captura— eran ciertas.

A la muerte de Quentin Keynes en 2003, su abundante colección de documentos y libros de Burton fue comprada por la British Library. Aunque los libros de cartas más interesantes de la colección, que contienen los borradores de Burton y las respuestas de Speke, fueron publicados de forma privada por Keynes en 1999 para los bibliófilos del exclusivo Roxburghe Club, bajo el equívoco título de The Search for the Source of the Nile, otros documentos de la colección Keynes, actualmente en la BL, muestran a Burton, siempre rebelde e inconformista, bajo una luz totalmente inesperada. Por ejemplo, revelan que, pese a burlarse en público de la buena sociedad británica, en privado tanto él como su esposa Isabel escribieron decenas de cartas, fruto de una vigorosa campaña para obtener la concesión del título de caballero.

Fuera del mundo de Speke y Burton, los nuevos materiales y argumentos que he expuesto en mis biografías de Livingstone (1973) y Stanley (2007) han demostrado que la imagen que ofrece Moorehead del primero como una especie de santo y del segundo como un condottiero presuntuoso y carente por completo de principios es demasiado estereotipada y no refleja los complejos motivos que impulsaron a ambos a comprometerse con la búsqueda de las fuentes del Nilo. En The White Nile no aparecen algunos hechos incontrovertibles, como por ejemplo que Livingstone fracasó como misionero convencional, y también como marido y como padre, o que Stanley era hijo ilegítimo y que siempre deseó un padre ideal, anhelo que se oculta detrás de su expedición en busca de Livingstone. En el curso de las investigaciones realizadas para la preparación del presente volumen, repasé el diario de Unyanyembe y los cuadernos de campo de Livingstone, inspirándome en la reciente obra «reflectante» del Dr. Adrian Wisnicki sobre los documentos originales a partir de los cuales se transcribieron los Last Journals del explorador para su ulterior publicación. La contribución de Stanley a la búsqueda del Nilo durante sus últimos años no tiene comparación con la de ningún otro explorador y desde luego ninguno desempeñó un papel más importante a la hora de implicar a Gran Bretaña en Uganda y África oriental. Todo ello lo descubrí durante las investigaciones que llevé a cabo para preparar la biografía de este gran personaje.

Moorehead escribió bastante acerca de Samuel Baker, pero al no haber podido leer la doble biografía de Baker y su esposa escrita por Richard Hall después de una exhaustiva labor de investigación, que apareció exactamente veinte años después que El Nilo Blanco, no llegó a estar al corriente de las extraordinarias circunstancias en las que se había conocido la pareja, ni de que durante su angustioso viaje al lago Alberto todavía no estaban casados. Por mi parte, he estudiado el diario de Baker y el de Florence (el primero conservado en la Royal Geographical Society y el segundo en la colección particular de Anne Baker en Salisbury), documentos que me han ayudado mucho a la hora de relatar la segunda y traumática expedición de Baker a Bunyoro, que tanto contribuiría a determinar la historia futura de la región.

La obra en dos volúmenes de John O. Udal, fruto de una labor de investigación impresionante, The Nile in Darkness (1998 y 2005), se interesa más por la historia política de Egipto y Sudán que por la búsqueda de las fuentes del Nilo en sí, pero contiene excelentes materiales acerca de los exploradores y un relato exhaustivo de la expedición de Baker a Ecuatoria al servicio del jedive Ismail Pachá y de las maquinaciones políticas que dieron lugar a que Gran Bretaña se hiciera con el control de Egipto y por fin de Sudán, Uganda y Kenia. En este campo es mucho lo que debo al trabajo del profesor R. O. Collins, empezando por su capítulo «The Origins of the Nile Struggle», en Prosser Gifford y W. R. Louis (eds.), Britain and Germany in Africa: Imperial Rivalry and Colonial Rule (1967), y continuando con sus libros sobre Sudán, Land Beyond the Rivers: The Southern Sudan, 1898-1918 (1971) y Shadows in the Grass: Britain in the Southern Sudan, 1918-1956 (1983).

Como mi bisabuelo materno desempeñó un papel poco conocido, pero significativo (aunque no fuera de forma intencionada) en la historia de África oriental salvando a una hermana del sultán de Zanzíbar de una muerte segura por lapidación después de quedar embarazada de un hombre de negocios alemán, he podido añadir algunos detalles nuevos a este extraño incidente que causaría tantas dificultades al primer ministro inglés, lord Salisbury, en sus relaciones con Alemania quince años después.

Mi descripción de la partición de Ecuatoria entre Sudán y Uganda, y de la dilatada relación de Gran Bretaña con los acholi y sus consecuencias, debe mucho al libro de S. R. Karugire, A Political History of Uganda, y a la tesis doctoral de F. Odoi-Tanga, «Politics, ethnicity, and conflict in post-independent Acholiland, Uganda, 1962-2006», estudio sumamente ilustrativo del papel de Acholilandia en la historia de Uganda después de su independencia. Para el tema de la frontera entre Sudán y Uganda propiamente dicho, es valiosísimo el libro de G. H. Blake, Imperial Boundary Making: The Diary of Captain Kelly at the Sudan-Uganda Boundary Commission of 1913. Por último, los libros de Matthew Green, The Wizard of the Nile, acerca de su búsqueda de Joseph Kony; de R. R. Atkinson, The Roots of Ethnicity, acerca de los acholi y los baganda antes de la época colonial; de Martin Meredith, The State of Africa: A History of

Fifty Years of Independence, y de Richard Crockett, Sudan: Darfur and the Failure of an African State, me han ayudado muchísimo a la hora de preparar el capítulo 33 y el capítulo 34, así como la magnífica obra de John Reader, Africa: A Biography of the Continent.

Agradecimientos

Antes de dar las gracias a los archiveros y bibliotecarios que me ayudaron en mi labor de investigación, quiero dejar constancia de lo agradecido que estoy a Anne Baker por permitirme ver su colección de cartas (y los cuadros) de Samuel W. Baker y los diarios africanos de su esposa Florence. También me ayudaron sus hijos Julian y David Baker, así como el primo de ambos, Ian Graham-Orlebar, que me mostraron sus documentos Baker. Estoy también muy agradecido a Peter Speke, que reside cerca del emplazamiento de la casa en la que se crio su famoso antepasado, y me mostró sus cuadros de John Hanning Speke y las pistolas, el sextante, el reloj y otros efectos del explorador. Su hijo, Geoffrey Speke, y Dan Cook me dejaron ver el ejemplar que tenía Speke de su propio libro, What Led to the Discovery of the Source of the Nile, con una coda impresa muy esclarecedora, que no se encuentra en los ejemplares vendidos al público. Me gustaría dar de nuevo las gracias a los miembros de la familia Livingstone (a los vivos y a los ya fallecidos) que me ayudaron a preparar mi biografía hace ya muchos años, y a la familia adoptiva de Henry M. Stanley, cuya vida escribí más recientemente.

Frances Harris, jefa de la Sección de Manuscritos Modernos de la British Library, me permitió amablemente consultar la Colección Quentin Keynes, recientemente comprada por la biblioteca, antes incluso de ser catalogada del todo. Ya había visto muchos de los documentos de Burton cuando Quentin Keynes todavía vivía, pero en esta ocasión tuve la oportunidad de leer muchos otros por primera vez. Me siento muy agradecido hacia Sheila Mackenzie, conservadora superior del Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Escocia, por

ayudarme a encontrar lo que buscaba en el Archivo Blackwood, que contiene, además de muchas cartas fascinantes, tesoros tales como el manuscrito original y las pruebas de imprenta del Journal of the Discovery of the Source of the Nile, de Speke, los documentos de James A. Grant, y otros manuscritos relevantes, y además por enviarme sus fotocopias. Me gustaría también dar las gracias a Robin Smith del NLS. Una conversación con el Dr. Adrian Wisnicki acerca de su obra «reflectante» sobre los cuadernos de campaña y los diarios de Livingstone me indujo a investigar de nuevo algunos de ellos. Karen Carruthers, del David Livingstone Centre, me puso en contacto con Anne Martin, archivera voluntaria del centro, que atendió a todas mis peticiones de información específica y de extractos literales del Diario de Unyanyembe y de los cuadernos de campaña de Livingstone y me suministró otras informaciones acerca de las diferencias entre estos textos y los pasajes de la versión publicada de los Last Journals del gran explorador. Alan Jutzi, conservador jefe de la Sección de Rarezas de la Huntington Library, y Gayle Richardson, de la misma institución, respondieron a todas mis preguntas y me enviaron fotocopias de documentos de su amplísima Colección Burton. Mathilde Leduc-Grimaldi, del Museo Real de África Central, se comportó de la misma manera en relación con Henry M. Stanley. Sarah Strong, de la Royal Geographical Society, me ayudó en mis numerosas investigaciones que llevé a cabo durante mis múltiples visitas a Kensington Gore para estudiar las cartas y diarios conservados en los vastísimos archivos de la institución, que contienen manuscritos de puño y letra de todos los exploradores del Nilo. Vaya también mi agradecimiento a Lucy McCann, archivera de la Library of Commonwealth and African Studies at Rhodes House de la Biblioteca Bodleaiana, por enviarme las fotocopias de la correspondencia de Horace Waller.

Deseo dar la gracias especialmente a Julian Loose, de Faber & Faber, y a Chris Rogers, de Yale University Press, por encargarme el presente libro, y también a Kate Murray-Browne, de Faber, por las excelentes sugerencias editoriales y por la escrupulosa atención que dedicó al texto y a todas las fases de producción del libro. Mi agradecimiento también para el equipo de producción de Faber y para Donald Sommerville por sus atentos

comentarios textuales y la agudeza de sus correcciones. No me cansaré nunca de dar las gracias a mi esposa, Joyce, por apoyarme una vez más mientras preparaba otro magnum opus que lo exigía todo de mí.

Wendy Cawthorne, de la Geological Society de Londres, me proporcionó informaciones muy útiles acerca de *sir* Roderick Murchison. Mi agradecimiento también para Dan Mitchell, de las Colecciones Especiales del University College de Londres, y para Jane Baxter, bibliotecaria de la Local Studies Library de Richmond, Surrey, por responder a mis diversas preguntas sobre las cartas de Burton; Stephanie Davidson, archivera del West Yorkshire Archive Service, hizo lo mismo en relación con Speke. Mi reconocimiento también para Alicia Clarke, directora del Sanford Museum, Florida, a todo el personal de la Wellcome Library, de la London Library y del Public Record Office, Kew.

Lista de ilustraciones

Speke y Grant regalan a Rumanika una cabeza de rinoceronte, grabado incluido en el Journal de Speke.

Camino hacia el palacio del kabaka, grabado incluido en el libro de JW Harrison, The Story of the Life of Mackayof Uganda.

Músicos de Mutesa, en el Journal de Speke.

Kahala y otras jóvenes baganda, grabado incluido en el Journal de Speke.

Esposa real camino de su ejecución, grabado incluido en el Journal de Speke a partir de un dibujo de James Grant.

Cataratas Ripon, grabado incluido en el Journal de Speke.

Grant y Speke en la corte de Kamrasi, grabado incluido en el Journal de Speke.

Grant y Speke agasajados por Florence y Baker, grabado conservado en la colección de la familia Baker.

John y Katherine Petherick, grabado usado como frontispicio del libro de Petherick, Travels in Central Africa.

Grant y Speke aclamados en la RGS, ilustración de la revista Illustrated London News, 14 de julio de 1863.

Cataratas Murchison, grabado incluido en el libro de Samuel Baker, The Albert Nyanza.

John Shaw y William Farquhar, grabado incluido en el libro de Stanley, HIFL.

Encuentro de Stanley y Livingstone, grabado incluido en el libro de Stanley, HIFL.

Livingstone sentado con Stanley delante de su tembe en Ujiji, grabado incluido en el libro de Stanley, HIFL.

Livingstone y Stanley en la desembocadura del Rusizi, grabado incluido en el libro de Stanley, HIFL.

John Kirk, fotografía incluida en el libro de Richard Hall, Stanley: An Adventurer Explored.

Livingstone viajando por los pantanos, grabado incluido en The Last Journals.

Alice Pike, fotografía incluida en el libro de Richard Hall, Stanley: An Adventurer Explored.

Los hermanos Pocock, ilustración incluida en el libro The Exploration Diaries of HMStanley, editado por Richard Stanley y Alan Neame.

Recibimiento de Stanley en Bumbireh, grabado incluido en el libro de Stanley, Through the Dark Continent.

Tippu Tip, grabado incluido en el libro de Stanley, In Darkest Africa.

Muerte de Kalulu, grabado incluido en el libro de Stanley, Through the Dark Continent.

Los restos de Livingstone conducidos por las calles de Southampton, según la ilustración de la revista Illustrated London News, 25 de abril de 1874.

Baker Pachá, grabado a partir de una fotografía de la colección de la familia Baker.

Izado de la bandera en Gondokoro, grabado incluido en el libro de Baker, Ismailia.

Kabarega devuelve la visita a Baker, grabado incluido en el libro de Baker, Ismailia.

La batalla de Masindi, grabado incluido en el libro de Baker, Ismailia.

La retirada a Fatiko, grabado incluido en el libro de Baker, Ismailia.

Alexander Mackay, frontispicio del libro de JW Harrison, The Story of the Life of Mackay of Uganda.

Muhammad Ahmad el Mahdi.

El rey Leopoldo II de Bélgica, fotografía conservada en el Real Museo de África Central.

De Brazza recibido en la corte de Makoko, según L’Illustration, 8 de julio de 1882.

El buque Adler, de la marina del imperio alemán en 1889 Cortesía de la Naval Historical Foundation, US Naval History and Heritage Command.

Emin Pachá, grabado a partir de una fotografía incluida en el libro de Stanley, In Darkest Africa.

Barco de vapor en el Alto Congo, grabado incluido en el libro de Stanley, The Congo and the Founding of its Free State.

El teniente Stairs herido de flecha, grabado incluido en el libro de Stanley, In Darkest Africa.

Lord Salisbury.

Batalla de Omdurman«La primera carga de los derviches contra la división británica», en el libro de Philip Ziegler, Omdurman.

Imagen romántica francesa de Marchand y su misión, dibujo de la portada del opúsculo de Michel Morphy, Le Commandant Marchand à travers l'Afrique.

El capitán Henry Kelly, de los Ingenieros Reales, fotografía incluida en Imperial Boundary Making: The Diary of Captain Kelly, editado por GHBlake.

Omar al-Bashir.

Milton Obote (© Getty Images).

Mutesa II, kabaka de Buganda.

Lista de láminas

Stanley y sus hombres cruzando el pantano de Makata, filmina de linterna mágica conservada en una colección particular.

Stanley contempla la danza de una falange de guerreros del jefe Mazamboni durante la expedición en ayuda de Emin Pachá, ilustración incluida en el libro de Stanley, In Darkest Africa (1890).

Los restos de Livingstone son conducidos a la costa por sus hombres, filmina de una linterna mágica a partir del libro The Life and Work of David Livingstone, publicado por la London Missionary Society (1900).

David Livingstone en 1866. London Missionary Society.

Richard Burton posa vestido de árabe, fotografía de Ernest Edwards, abril de 1865, en David Livingstone and the Victorian Encounter with Africa. National Portrait Gallery.

Richard Burton en su tienda en Somalilandia, fotografía incluida en el libro de Isabel Burton, The Life of Captain *Sir* Richard F. Burton (1893).

John Hanning Speke representado como joven oficial en la India, pintura al óleo reproducida en el libro de Harry Johnston, The Nile Quest (1903).

Speke antes de emprender su gran viaje, fotografía reproducida en el libro de Mary Lovell, A Rage to Live (1998).

Monumento a Speke en Kensington Gardens.

Samuel Baker vestido para una cacería en África, colección de la familia Baker.

Florence von Sass antes de casarse con Samuel Baker, en Richard Halls, Lovers on the Nile.

Excursión de la Royal Geographical Society durante la reunión de la British Association en Bath, 1864, fotografía conservada en el David Livingstone Centre.

Henry Stanley a los veintiocho años, dos antes de que «encontrara» al Dr. Livingstone, fotografía conservada en la finca del difunto Quentin Keynes.

Chuma y Susi, los criados del Dr. Livingstone. London Missionary Society.

Algunos porteadores wangwana de Stanley durante su gran viaje a través de África, fotografía conservada en el Real Museo de África Central.

Karl Peters, explorador e imperialista alemán. © Getty Images.

La princesa Salme, hermana del sultán de Zanzíbar. Colección del autor.

El capitán de la Marina Real T. M. S. Pasley. Colección del autor.

James S. Jameson, fotografía incluida en The Story of the Rear-Column of the Emin Pasha Relief Expedition, editada por la señora de J. S. Jameson (1890).

El comandante Edmund Barttelot, fotografía incluida en W. G. Barttelot, The Life of Edmund Musgrave Barttelot (1890).

Stanley (a los cuarenta y seis años) y Anthony Swinburne, fotografía conservada en el Real Museo de África Central.

El capitán Frederick Lugard poco después de reclamar Uganda para Gran Bretaña, fotografía incluida en el libro de Margery Perham, Lugard: The Years of Adventure 1858-1898 (1956).

Kabarega de Bunyoro en su vejez, fotografía incluida en el libro de Alan Moorehead, The White Nile (1960).

Henry Stanley en 1892 con su íntimo amigo *sir* William Mackinnon, de la Compañía Imperial Británica de África Oriental, fotografía conservada en el Real Museo de África Central.

El general *sir* Horatio Kitchener en tiempos de la batalla de Omdurman, fotografía incluida en el libro de Philip Magnus, Kitchener: Portrait of an Imperialist (1958).

Los emisarios de Marchand se acercan al barco de Kitchener, fotografía incluida en el libro de J. O. Udal, The Nile in Darkness: A Flawed Unity 1863-1899 (2005).

El comandante Jean-Baptiste Marchand, según una pintura al óleo conservada en el Museo del Ejército, París.

Sir Harold MacMichael, el funcionario civil británico de mayor rango en Sudán, 1926-1933.

Lista de mapas

Fuentes

COLECCIONES DE MANUSCRITOS CONSULTADAS

National Library of Scotland, Edimburgo.

Correspondencia de John H. Speke con su amigo y editor, John Blackwood, y cartas de otros miembros de su familia. El manuscrito original inédito del libro de Speke, Journal of the Discovery of the Source of the Nile, pruebas de dicho libro con las correcciones realizadas por el propio autor y por su editor, John Hill-Burton. Diarios y otros documentos de James A. Grant, incluidas sus acuarelas africanas y varias misivas de Speke, Baker, Stanley, Kirk, etc., dirigidas a él. Una gran colección de documentos de David Livingstone, entre los que figuran varias cartas de su familia, diarios, cuadernos, apuntes, etc.; también parte de la correspondencia con sus amigos. Cartas de Stanley a David Livingstone, a Agnes Livingstone, a Alexander L. Bruce, a J. A. Grant, a *sir* John Kirk, y copias de cartas a J. B. Pond. Otras cartas relacionadas con la expedición en ayuda de Emin Pachá.

Royal Geographical Society, Londres.

Una singular colección de cartas de Speke, Grant, Burton, Baker y Livingstone a los sucesivos secretarios de la RGS (muchas de ellas al Dr. Norton Shaw) y a otros miembros distinguidos de la sociedad, como, por ejemplo, los presidentes *sir* Roderick Murchison y *sir* Henry Rawlinson, con informes de viajes, mapas originales, detalles financieros y notas del comité. Los diarios africanos de Samuel Baker están en esta colección, así como varios mapas originales, diversos bocetos y cuadernos con acuarelas

de Speke. Los documentos de Laurence Oliphant. Un panfleto titulado «Medical History of J. H. Speke» de Anton Mifsud. Cartas de Stanley a la RGS, a H. W. Bates y J. S. Keltie, y también a Henry Wellcome, incluidas varias misivas relacionadas con la última enfermedad de Stanley; cartas de William Hoffman (criado de Stanley) a H. Wellcome, cartas de Stanley a May Sheldon. Fotografías y recortes de prensa.

British Library, Londres.

La importante colección de material de Burton recogida por el difunto Quentin Keynes, que incluye los tomos de cartas con la correspondencia de R. F. B. con John H. Speke, así como varias misivas a amigos y otros documentos relacionados con la campaña emprendida por Burton y su esposa para que se concediera al explorador el título de caballero. Cartas de Livingstone a miembros de su familia, incluida una importante colección de misivas escritas a su hija Agnes durante sus últimos viajes; sus cartas a Edmund Gabriel; cartas de A. Layard a lord John Russell hablando de las finanzas de Livingstone en 1865. Cartas a Charles George Gordon de Samuel Baker y otros. Cartas de Stanley a diversos destinatarios, como por ejemplo J. Bolton, el cartógrafo, H. W. Bates, E. M. Parker, etc. Fotocopias de numerosas misivas de Stanley, así como un microfilm que contiene los diarios y cuadernos de las exploraciones de Stanley (los originales están en Bruselas) y parte de su correspondencia con, por ejemplo, *sir* Samuel Baker y Mary Kingsley. El Ms 37 463 es la primera carta escrita por Stanley que conocemos. Diversas cartas de Speke con varios destinatarios, como, por ejemplo, Baker y Grant, en su mayoría fotocopias de las originales.

Huntington Library, San Marino, California.

Cuenta con lo que ha llegado a nuestras manos de la otrora voluminosa biblioteca de Richard F. Burton (compuesta de aproximadamente seis mil volúmenes), además de otros muchos manuscritos y documentos, anteriormente depositados en el Royal Anthropological Institute. La colección fue catalogada —antes de ser trasladada a América— por la bibliotecaria del RAI, la señorita B. J. Kirkpatrick. Uno de los libros de Burton es la copia, con numerosas anotaciones, de la obra de Speke, What led to the Discovery of the Source of the Nile. Incluye también

correspondencia de Burton con Verney Lovett Cameron, Charles George Gordon y otros muchos.

Wiltshire Record Office, Trowbridge.

Una colección de cartas, recortes de prensa, revistas y fotografías otrora propiedad de Isabel Burton, así como varias hojas sueltas de los cuadernos de Richard F. Burton, correspondencia de este relacionada con sus negocios y sus publicaciones, correspondencia relacionada con el testamento de Isabel. Copias de documentos del Foreign Office que hacen una crónica de la carrera consular de Burton; diversas cartas dirigidas a Burton; fotografías; álbumes de recortes.

Anne Baker Collection, Salisbury.

Los diarios de Florence Baker, diversas cartas (y fotocopias) relacionadas con todas las etapas de la vida personal y profesional de Samuel W. Baker. Material relacionado con los primeros años de la vida de Florence Baker. El Rev. Ian Graham Orlebar también posee varias cartas de Baker, así como fotografías y otros recuerdos.

School of Oriental and African Studies, Londres.

El London Missionary Society Archive: singular colección de cartas de misioneros, como David Livingstone o Robert Moffat, dirigidas a los sucesivos secretarios de la sociedad, especialmente al Dr. Arthur Tidman. Cartas de Stanley a *sir* William Mackinnon, importantes, por su valor histórico, para comprender la época colonial de África oriental y el Congo. Toda la documentación del Comité de la Expedición en Ayuda de Emin Pachá, bajo la presidencia de Mackinnon, que incluye varias cartas de Stanley, de miembros de la expedición y del comité, de políticos, etc.

Archivos de Henry M. Stanley, Museo Real de África Central, Bruselas.

Documentos personales de Stanley, incluidos diarios de sus expediciones, cuadernos, mapas, manuscritos de su autobiografía, correspondencia con su esposa, cartas de familiares y amigos, como, por ejemplo, Livingstone, Edward S. King, Alice Pike, Lewis Noe, Alexander Bruce o *sir* William Mackinnon; correspondencia también con el rey Leopoldo II, James Gordon Bennett y miembros de sus principales expediciones; incluye el diario de William Bonny; correspondencia con su ayuda de cámara, William Hoffman. La colección Luwel cuenta con uno de

los dos tratados originales firmados por Stanley con jefes congoleños. Artículo de Stanley sobre los otros exploradores del Nilo, titulado «Our Great African Travellers».

Rhodes House, Oxford.

Cartas de David Livingstone a Horace Waller, incluida la que describe el funeral de Speke. Una carta de diecisiete páginas sobre Stanley de Horace Waller a Livingstone y más correspondencia en la que se habla de Kirk y Stanley; también correspondencia de la Sociedad Antiesclavista relativa a África oriental y el Congo. Las pruebas originales de Livingstone's Last Journeys in Central Africa, que contienen numerosos pasajes eliminados más tarde por Horace Waller, el editor. Los diarios de Edward y Frank Pocock (la única información escrita, aparte de los diarios y despachos de Stanley, sobre el gran viaje de este explorador a través de África en 1874-1877).

David Livingstone Centre, Blantyre, Escocia.

Varios diarios y papeles de Livingstone. La colección incluye su diario de Unyanyembe y los cuadernos de campo que permitieron a Horace Waller la compilación de The Last Journals of David Livingstone in Central Africa. También una copia manuscrita de Missionary Travels.

Peter and Geoffrey Speke's Collection, Ilminster, Somerset.

Óleos, incluido un famoso doble retrato con Grant; armas de Speke y algunas cartas; también la copia de Speke de What Led to the Discovery of the Source of the Nile con el «comentario final» añadido (este libro se encuentra en la actualidad en Londres).

Wellcome Library, Euston Road, Londres.

Diarios de John Petherick y Harriet E. Petherick que aportan nuevos datos e información sobre la fuerte disputa de John Petherick con Speke. Cartas escritas por Baker y Livingstone. Papeles de Henry S. Wellcome, el magnate de la industria farmacéutica y amigo de Stanley y su esposa, con cartas de la pareja y de William Hoffman y A. J. Mountney Jephson.

Public Record Office, Kew.

Correspondencia entre los principales exploradores y los primeros ministros y los titulares de la cartera de Exteriores de Gran Bretaña, así como diversos funcionarios del departamento de Exteriores y del de las

Colonias. La opinión de lord Palmerston sobre los logros de Speke y Grant en PRO 30/22, la opinión de Palmerston sobre las ideas coloniales de Livingstone en PRO 30/22. Correspondencia de Livingstone con lord Clarendon en FO 84/1265, y con lord John Russell en FO 63/81. Testamento de Speke en PRO I.R. 59/68.

National Archives of Zimbabwe.

Cartas de Livingstone a *sir* Thomas Maclear y a *sir* Roderick Murchison, así como al Ministerio de Exteriores, al Dr. John Kirk y a Charles Livingstone; diarios de James Stewart y documentos relacionados con la expedición al Zambeze.

Sanford Museum, Sanford, Florida.

Los papeles de Henry S. Sanford: 48 cartas de Stanley, del secretario personal del rey Leopoldo II, el conde de Borchgrave, de varios ministros, de *sir* William Mackinnon, de A. B. Swinburne y de E. J. Glave.

Archivo Diplomático y Archivo de África, Ministerio de Asuntos Exteriores, Bruselas.

Nueve supuestas copias, escritas por un secretario, de tratados con jefes congoleños, que pretenden ser transcripciones literales de unos originales ya desaparecidos, firmados por Stanley. Un tratado original lleva la firma de Stanley y la siguiente datación: Vivi 13.06.1880.

BIBLIOGRAFÍA

(Libros publicados, además de artículos de revistas académicas citados en las notas).

Ajayi, J. F. Ade, Africa in the Nineteenth Century until the 1880s (1998).

Al-Mubarak, Khalid, Turabi’s ‘Islamist’ Venture: Failure and Implications (2001).

Ansttruther, Ian, I Presume: H. M. Stanley’s Triumph and Disaster (1956).

Ascherson, Neal, The King Incorporated (1963).

Atkinson, R. R., The Roots of Ethnicity: The Origins of the Acholi and Uganda before 1800 (1994).

Baker, Anne, Morning Star: Florence Baker’s Diary of the Expedition to Put Down the Slave Trade on the Nile 1870-1873 (1972).

Baker, J. N. L., «John Hanning Speke», Geographical Journal, CXXVIII (1962).

Baker, S. W., The Albert N'yanza: Great Basin of the Nile and Explorations of the Nile Sources, 2 vols. (1874).

—Ismailia: A Narrative of the Expedition to Central Africa for the Suppression of the Slave Trade, 2 vols. (1874).

Barttelot, W. G., The Life of Edmund Musgrave Barttelot (1890).

Beachey, R., «The Arms Trade in East Africa in the late 19th century», Journal of African History III 3 (1962).

—The Slave Trade of Eastern Africa (1976).

Beard, Peter, The End of the Game (1965).

Bell, H. H. J., Glimpse of a Governor's Life (1916).

Bennett, Norman R., Arab versus European: Diplomacy and War in Nineteenth Century East Central Africa (1986).

—A History of the Arab State of Zanzibar (1978).

—Mirambo of Tanzania (1971).

—(ed.) Stanley's Despatches to the New York Herald 1871-1872, 1874-1877 (1970).

Bere, R. M., «Land and Chieftainship among the Acholi», Ganda Journal, n.º 19 (1955).

Berman, Bruce y Lonsdale, John, Unhappy Valley: Conflict in Kenya and Africa (1992).

Bierman, John, Dark Safari: The Life behind the Legend of Henry Morton Stanley (1990).

Birmingham, D. y Martin, P. M. (eds.), History of Central Africa, vol. 2. (1983).

Blaikie W. G., The Personal Life of David Livingstone (1880).

Blake, G. H. (ed.), Imperial Boundary Making: The Diary of Captain Kelly and the Sudan-Uganda Boundary Commission of 1913 (1997).

Blixen, K., Out of Africa (ed. de 1954).

Brendon, Piers, The Decline and Fall of the Brítish Empire 1781-1997 (2007).

Bridges, R. C., «John Hanning Speke and the Royal Geographical Society», Uganda Journal, n.º 26 (1962).

Brode, H., Tippu Tip (1906).

Brodie, Fawn, The Devil Drives: A Life of *Sir* Richard Burton (1967).

Bryaruhanga, Christopher, Bishop Alfred Robert Tucker and the Establishment of the Anglican Church (2008).

Burton, Isabel, The Life of Captain *Sir* Richard F. Burton, 2 vols. (1893).

Burton, Richard F., First Footsteps in East Africa; or, An Exploration of Harar, 2 vols. (1856).

—The Lake Regions of Central Africa, 2 vols. (1860), Narrative Press Edition (2001).

—Personal Narrative of a Pilgrimage to El-Medinah and Meccah, 2 vols. (1856).

—Zanzibar: City, Island and Coast, 2 vols. (1872).

Burton, Richard F. y M'Queen, James The Nile Basin (1864).

Cairns, A. C., Prelude to Imperialism: British Reactions to Central African Society 1840-1890 (1965).

Cameron, Verney L., Across Africa, 2 vols. (1877).

Carnochan, W. B., The Sad Story of Burton, Speke, and the Nile; or, Was John Hanning Speke a Cad? (2006).

Carr-Gomm, Richard, All Things Considered (2005).

—Push on the Door (1979).

Casati, Gaetano, Ten Years in Equatoria and the Return with Emin Pasha, 2 vols. (1891).

Catania, Charles, Andrea De Bono: Maltese Explorer of the Nile (2001).

Chadwick, O., Mackenzie's Grave (1959).

Chaillé-Long, C., Central Africa (1876).

Chavannes, P. de, Avec Brazza: Souvenirs de la Mission de l'Ouest Africain (1935).

Churchill, Winston, The River War: An Historical Account of the Reconquest of the Soudan, 2 vols. (1899).

Cockett, Richard, Sudan: Darfur and the Failure of an African State (2010).

Collins, Robert O., King Leopold, England and the Upper Nile (1968).

—Land Beyond the Rivers 1898-1918 (1971).

—The Nile (2002).
—Shadows in the Grass: Britain in the Southern Sudan 1918-1956 (1983).
Collins, R. O. y Deng, F. M. (eds.), The British in the Sudan 1898-1956 (1984).
Colville, H. E., The Land of the Nile Springs (1895).
Coupland, R., The Exploitation of East Africa 1856-1890: The Slave Trade and the Scramble (1939).
—Livingstone's Last Journey (1945).
Crone, G. R., The Sources of the Nile: Explorers' Maps 1856-1891 (1964).
Crowe, S. E., The Berlin West Africa Conference 1884-1885 (1942).
Daly, W. M., Darfur's Sorrow: A History of Destruction and Genocide (2007).
—Empire on the Nile (1986).
Dawson, E. C., James Hannington: First Bishop of East Ecuatorial Africa (1887).
Debenham, F., The Way to Ilala: David Livingstone's Pilgrimage (1955).
Dowden, Richard, Africa: Altered States, Ordinary Miracles (2009).
Driberg, J. H., People of the Small Arrow (1930).
Driver, F., «Henry Morton Stanley and his Critics: Geography, Exploration and Empire», Past and Present, noviembre de 1991.
Duigan, P. J. y Gann, L. H., Burden of Empire (1968).
—Colonialism in Africa 1870-1960, 3 vols. (1970-1971).
Dunbar, A. R., Omukama Chwa II Kabarega (1963).
Emerson, Barbara, Leopold II of the Belgians: King of Colonialism (1979).
Farwell, Byron, The Man who Presumed (1957).
—Burton: A Biography of *Sir* Richard Francis Burton (1963).
—Queen Victoria's Little Wars (1973).
Fisher, A. B., Twilight Tales of the Black Baganda (1911).
Forrest, D. W., Francis Galton, the Life and Work of a Victorian Genius (1974).

Foskett, Reginald (ed.), The Zambesi Doctors: David Livingstone's Letters to John Kirk 1858-1872 (1964).

—The Zambesi Journal and Letters of Dr John Kirk 1858-1863, 2 vols. (1965).

Fox-Bourne W. R., The Other Side of the Emin Pasha Relief Expedition (1891).

Fraser, A. Z., Livingstone and Newstead (1913).

Fry, Joseph A., Henry S. Sanford: Diplomacy and Business in Nineteenth Century America (1982).

Galbraith, J. S., Mackinnon and East Africa 1878-1895 (1972).

Galton, Francis, Memories of My Life (1908).

Gann, L. H. y Duignan, P., Burden of Empire: An Appraisal of Colonialism in Africa (1968).

Geikie, A., Life of *Sir* Roderick Murchison, 2 vols. (1875).

Gifford, P. y Louis, W. R., Britain and Germany in Africa (1967); véase el capítulo de Jean Stengers, «King Leopold and Anglo-French Rivalry 1882-1884»; también en el mismo volumen, R. O. Collins, «Origins of the Nile Struggle: Anglo-German Negotiations and the Mackinnon Agreement of 1890».

Girling, F. K., The Acholi of Uganda (1960).

Gladstone, Penelope, Travels of Alexine (1970).

Godsall, Jon R., The Tangled Web: A Life of the *Sir* Richard Burton (2008).

Goldsmith, F. H., John Ainsworth: Pioneer Administrator 1864-1946 (1955).

Grant, James, A Walk Across Africa (1864).

Gray, *sir* John, «Early Treaties in Uganda 1881-1891», Uganda Journal XII 1 (1950).

Gray, Richard, A History of the Southern Sudan 1839-1889 (1961).

Green, Martin, Dreams of Adventure, Deeds of Empire (1980).

Green, Matthew, The Wizard of the Nile (2008).

Griffiths, Ieuan, «The Scramble for Africa: Inherited Political Boundaries», Geographical Journal, 152/2 (julio de 1986).

Guadalupi, Gianni, The Discovery of the Nile (1998).

Hall, Richard, Lovers on the Nile (1980).
—Stanley: An Adventurer Explored (1974).
Hargreaves, J. D., Prelude to the Partition of West Africa (1973).
Harlow, Vincent y Chilver, E. M. (eds.), Oxford History of East Africa, 2 vols. (1963, 1965).
Harrison, J. W., The Story of the Life of Mackay of Uganda (1898).
Hastings, Michael, *Sir* Richard Burton (1978).
Helly, Dorothy O., Livingstone's Legacy: Horace Waller and Victorian Mythmaking (1987).
Henderson, K. D. D., The Making of the Modern Sudan (1953).
Henderson, K. D. D. y Owen, T. R. H., Sudan Verse (1963).
Henderson, Philip, The Life of Laurence Oliphant (1956).
Hill, Richard, Egypt in the Sudan (1959).
Hinde, Samuel L., The Fall of the Congo Arabs (1897).
Hird, Frank, H. M. Stanley: The Authorised Life (1935).
Hobsbawm, Eric y Ranger T., The Invention of Tradition (1983).
Hochschild, Adam, King Leopoldo Ghost: A Story of Creed, Terror and Heroism in Colonial Africa (1998).
Howeil, P. P., The Nile: Sharing a Scarce Resource (1994).
Hughes, L., «Malice in Masailand», Colloque International, Montpellier, «At the Frontier of Land Issues» (2006).
Iliffe, John, Africans: The History of a Continent (1995).
Jackson, Frederick, Early Days in East Africa (1930).
Jameson, James S., The Story of the Rear Column of the Emin Pasha Relief Expedition (1890).
Jeal, Tim, Livingstone (1973).
—Stanley: The Impossible Life of Africa's Greatest Explorer (2007).
Jephson, A. J. Mountney, Emin Pasha and the Rebellion at the Equator (1890).
Jephson, Maurice Denham, An Anglo-Irish Miscellany: some records of the Jephsons of Mallow (1964).
Johnson, D. H., The Roots of Sudan's Civil War (2003).
Johnston, Harry, The Nile Quest (1903).
—The River Congo (1884).

—Livingstone and the Exploration of Central Africa (1891).

—The Story of my Life (1923).

Jones, Emir W., *Sir* Henry M. Stanley: The Enigma (1989).

Jones, Roger, The Rescue of Emin Pasha (1972).

Jutzi, Alan, In Search of *Sir* Richard Burton: Papers from a Huntington Library Symposium (1993).

Kaggwa, Apolo, The Kings of Buganda (1901).

Karugire, S. R., A Political History of Uganda (1980).

Kasozi, A. B. K., The Social Origins of Violence in Uganda 1964-1985 (1994).

Kavas, A., «Ottoman Empire's Relations with Southern Africa». Journal of Ankara University History Faculty XLVIII (2007), II.

Keltie, J. S., The Partition of Africa (1895).

Kennedy, Dane, The Highly Civilized Man: Richard Burton and the Victorian World (2005).

Knoblecher, Ignatius, Jahresberichte des Marienvereins (1852-1858).

Koebner R. y Schmidt, H. D., Imperialism: The Story and Significance of a Political Word 1840-1960 (1964).

Krapf, J. L., TraveIs and Researches (1860).

Lentz, Carola, «Tribalism and Ethnicity in Africa», Cahiers des sciences humaine, n.º 31, II (1985).

Liebowitz, D. y Pearson C., The Last Expedition: Stanley's Mad Journey through the Congo (2005).

Livingstone, D., Missionary Travels and Researches in South Africa (1857).

—H. Waller (ed.), The Last Journals o f David Livingstone in Central Africa (1874).

Livingstone, David y Charles, Narrative of an Expedition to the Zambezi (1866).

Lloyd, Christopher, The Navy and the Slave Trade (1949).

Louis, W. R., Ruanda-Urundi 1884-1919 (1963).

Louis, W. R. y Stengers, J., E. D. Morel's History of the Congo Reform Movement (1968).

Lovejoy, Paul, Transformations in Slavery (1983).

Lovell, Mary, A Rage to Live: A Biography of Richard and Isabel Burton (1998).

Low, D. A., The Mind of Buganda (1971).

Lugard, Frederick, The Rise of Our East African Empire, 2 vols. (1893).

Luwel, M., H. M. Stanley, H. H. Johnston et le Congo (1978).

—*Sir* Francis de Winton (1964).

Mackenzie, J. M., Propaganda and Empire (1984).

MacLaren, Roy (ed.), African Exploits: The Diaries of William Stairs 1887-1892 (1998).

McLynn, Frank, Burton: Snow upon the Desert (1990).

—Hearts of Darkness (1992).

—Stanley: The Making of an African Explorer (1989).

—Stanley: Sorcerer's Apprentice (1991).

MacMichael, Harold, A History of the Arabs in the Sudan, 2 vols. (1922).

Magnus, Philip, Kitchener: Portrait of an Imperialist (1958).

Maitland, Alexander, Speke (1971).

Manning, Patrick, Slavery and African Life (1990).

Markham, Clements, Private History of the Royal Geographical Society (n. d.).

Maurice, Albert H. M., Stanley: Unpublished Letters (1957).

Meinertzhagen, Richard, Kenya Diary 1902-1906 (1957).

Melly, George, The Blue and White Nile, 2 vols. (1851).

Meredith, Martin, The State of Africa: A History of Fifty Years of Independence (2006).

Middieton, Dorothy, Baker of the Nile (1949).

—Victorian *Lady* Travellers (1965).

—(ed.), The Diaries of A. J. Mounteney Jephson (1969).

Moir, F. L. M., After Livingstone (1923).

Moorehead, Alan, The White Nile (1960).

Morel, E. D., Great Britain and the Congo: The Pillage of the Congo Basin (1909).

Mpangala, G. P., «Origins of Political Conflicts & Peace. Building in the Lakes Region», ponencia presentada en el Arusha Symposium (2004).

Mungeam, G. H., British Rule in Kenya 1895-1912 (1966).

Newman, J. L., Imperial Footprints: Henry Morton Stanley's African Journeys (2004).

—The Peoples of Africa (1995).

Nicholls, C. S., Red Strangers (2005).

Nyabongo, Elizabeth, Elizabeth of Toro (1989).

Odoi-Tanga, F., «Politics, ethnicity and conflict in post-independent Acholiland, Uganda 1962-2006», Universidad de Pretoria, tesis doctoral (2009).

Oliver, Roland, The Missionary Factor in East Africa (1965).

—*Sir* Harry Johnston and the Scramble for Africa (1957).

Oliver, Roland y Atmore, Anthony, Africa Since 1800 (1981).

Ondaatje, Christopher, Journey to the Source of the Nile (1998).

Padmore, G., How Britain Rules Africa (1931).

Pakenham, Thomas, The Scramble for Africa (1991).

Parke, T. H., My Personal Experiences in Equatorial Africa (1891).

—Lyons, J. B. (ed.), Surgeon-Major Parke's African Journey 1887-1889 (1994).

Parker, John y Rathbone, R., African History (2007).

Patience, K., Zanzibar, Slavery and the Royal Navy (2000).

Perham, Margery, Lugard: The Years of Adventure 1858-1898 (1956).

—(ed.), The Diaries of Lord Lugard, 2 vols. (1959).

Petherick, John y Petherick, Katherine Harriet Ediman, Travels in Central.

Africa (vol. I) y Exploration of the Western Nile Tributaries (vol. II) (1869).

Peters, Karl, New Light on Dark Africa (1891).

Pond, J. B., Eccentricities of Genius (1901).

Porter, Gerald, Annals of a Publishing House: William Blackwood and his sons (vol. III, John Blackwood), 3 vols. (1898).

Ransford, O. N., Livingstone's Lake (1966).

Reader, John, Africa: A Biography of the Continent (1997).

Rees, Sian, Sweet Water and Bitter: The Ships that Stopped the Slave Trade (2009).

Rice, Edward, Captain *Sir* Richard Francis Burton (1990).

Richards, W. A., «Import of Firearms into West Africa in the Eighteenth Century», Journal of African History, n.º 21 (1980).

Riffenburgh, B., The Myth of the Explorer (1993).

Robinson R., Gallagher, J. y Denny, A., Africa and the Victorians (1961).

Rodney, W., How Europe Underdeveloped Africa (1982).

Roeykens, P. A., Les débuts de l'oeuvre africaine de Leopold II, 1876-1879 (1955).

Rotberg, R. I. (ed.), Africa and its Explorers (1970), capítulo de Robert O. Collins sobre S. W. Baker.

Rowe, J. A., Lugard at Kampala (1969).

Rowlands, Cadwalader (pseud. de John C. Hotten), H. M. Stanley: The Story of his Life (1872).

—The Finding of Dr Livingstone by H. M. Stanley (1872).

Rowley, H., The Story of the Universities' Mission to Central Africa (1866).

Said, Edward W., Orientalism (1995).

Said-Ruete, Emily, Memoirs of an Arabian Princess (1888; reimpr. 1980, 1994).

Sanderson, G. N., England, Europe and the Upper Nile 1882-1899 (1965).

Schweitzer, G., Emin Pasha: his life and work, 2 vols. (1898).

Seaver, G., David Livingstone: his life and letters (1957).

Schapera, I. (ed.), David Livingstone: Family Letters 1841-1856, 2 vols. (1959).

—Livingstone's African Journal, 1853-1856, 2 vols. (1963).

—Livingstone's Missionary Correspondence, 1841-1856 (1961).

—Livingstone's Private Journals, 1851-1853 (1960).

Segal, Ronald, Islam's Black Slaves: The Other Black Diaspora (2000).

Seitz, Don C., The James Gordon Bennetts (1928).

Sherriff, Abdul, Slaves, Spices and Ivory in Zanzibar (1987).

Shipman, Pat, To the Heart of the Nile (2004).

Simpson, Donald, Dark Companions (1975).

Simpson, John, Strange Places, Questionable People (2008).

Slade, Ruth, King Leopold's Congo (1962).

Smith, Iain R., The Emin Pasha Relief Expedition, 1886-1890 (1972).

Southall, A., The Illusion of Tribe (1970).

Speke, John H., «Captain Speke's discovery of the Victoria Nyanza lake», Blackwood's Magazine LXXXVI, octubre de 1859, parte 2.

—«Journal of a cruise on the Tanganyika lake and discovery of the Victoria Nyanza lake», Blackwood's Magazine LXXXVI, jul.-dic. de 1859, parte 3.

—Journal of the Discovery of the Source of the Nile (1863).

—What Led to the Discovery of the Source of the Nile (1863).

Stafford, Robert A., Scientist of Empire: *Sir* Roderick Murchison, Scientific Exploration and Victorian Imperialism (1985).

Stanley, Dorothy (ed.), The Autobiography of *Sir* Henry Morton Stanley (1909).

Stanley, Henry M., The Congo and the Founding of its Free State, 2 vols. (1885).

—How I Found Livingstone in Central Africa (1872).

—In Darkest Africa, 2 vols. (1890).

—My Dark Companions and their Strange Stories (1893).

—Through the Dark Continent, 2 vols. (1878).

Stanley, Richard y Neame, Alan (eds.), The Exploration Diaries of H. M. Stanley (1961).

Swann, A. J., Fighting the Slave Hunters in Central Africa (1910).

Taylor, Anne, Laurence Oliphant (1982).

Thomas, H. B., «The Death of Speke in 1864», Uganda Journal, vol. XII (1949).

Thomson, Joseph, Through Masailand (1885).

Tip, Tippu, The Autobiography of Tippu Tip, trad. ing. de Whitely, W. H. (1966).

Troup, J. Rose, With Stanley's Rear Column (1890).

Tvedt, Terje, The River Nile in the Age of the British (2004).

Udal, John O., The Nile in Darkness: Conquest and Exploration, 1504-1862, vol. I (1998).

—The Nile in Darkness: A Flawed Unity, 1863-1899, vol. II (2005).

Vansina, Jan, The Tio Kingdom of the Middle Congo, 1880-1892 (1973).

Vasnia, Phiroze, The Gift of the Nile: Hellenizing Egypt from Aeschylus to Alexander (2001).

Wallis, J. P. R. (ed.), The Zambezi Expedition of David Livingstone, 1858-1863 (1956).

—The Zambesi Journal of James Stewart, 1862-1863 (1952).

Ward, Herbert, My Life with Stanley's Rear-Guard (1890).

Werner, J. R. A., A Visit to Stanley's Rear Guard (1889).

West, Richard, Brazza of the Congo (1972).

White, James P., The Sanford Exploring Expedition (1967).

Wilkins, W. H. y Burton, Isabel, The Romance of Isabel *Lady* Burton, 2 vols. (1897).

Wright, Thomas, The Life of *Sir* Richard Burton, 2 vols. (1906).

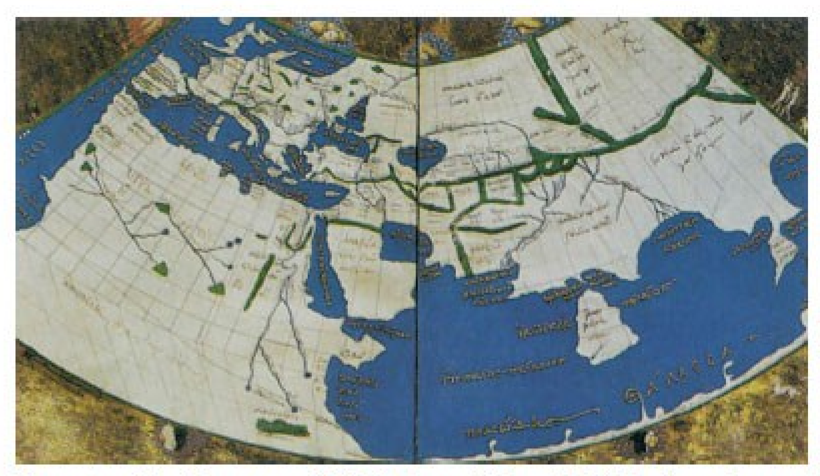
Yeoman, Guy, Quest for the Secret Nile (2004).

Young, D. (ed.), The Search for the Source of the Nile: Correspondence between Captain Richard Burton, Captain John Speke and Others, from… the Collection of Quentin Keynes Esq. (1999).

Yule, H. y Hyndman, H. M., Mr Henry Morton Stanley and the Royal Geographical Society: being the Record of a Protest (1878).

Zulfo, I. H. (trad. ing. de Clark, P.), Karari: The Sudanese Account of the Battle of Omdurman (1980).

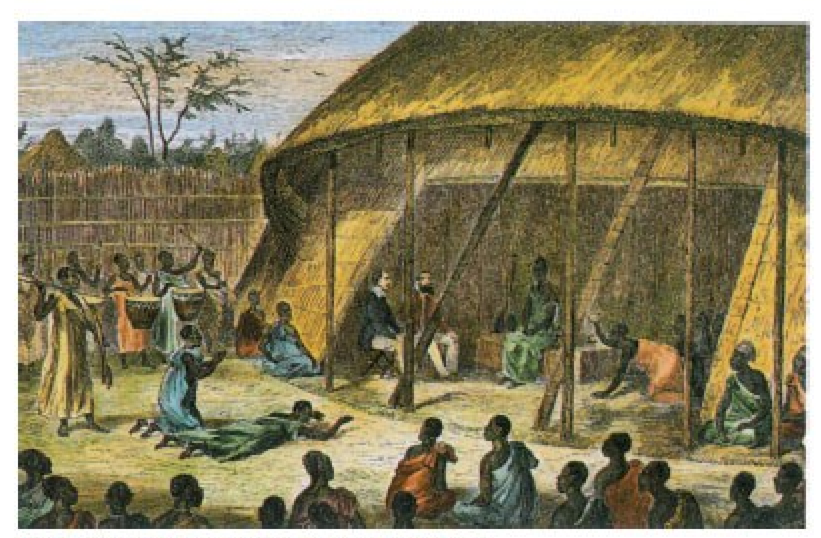
FOTOS



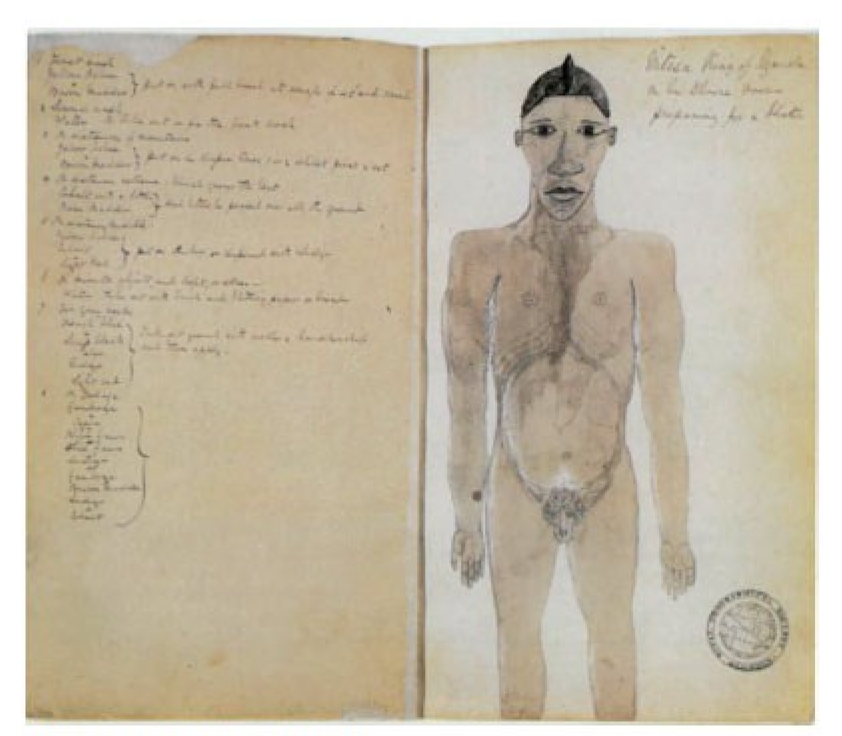
Reconstrucción del mapamundi de Ptolomeo (siglo II d. C.) llevada a cabo en el siglo XV. El Nilo Blanco aparece representado como si naciera de dos fuentes distintas cerca de una cadena montañosa. (Véase pp. 37-38.)



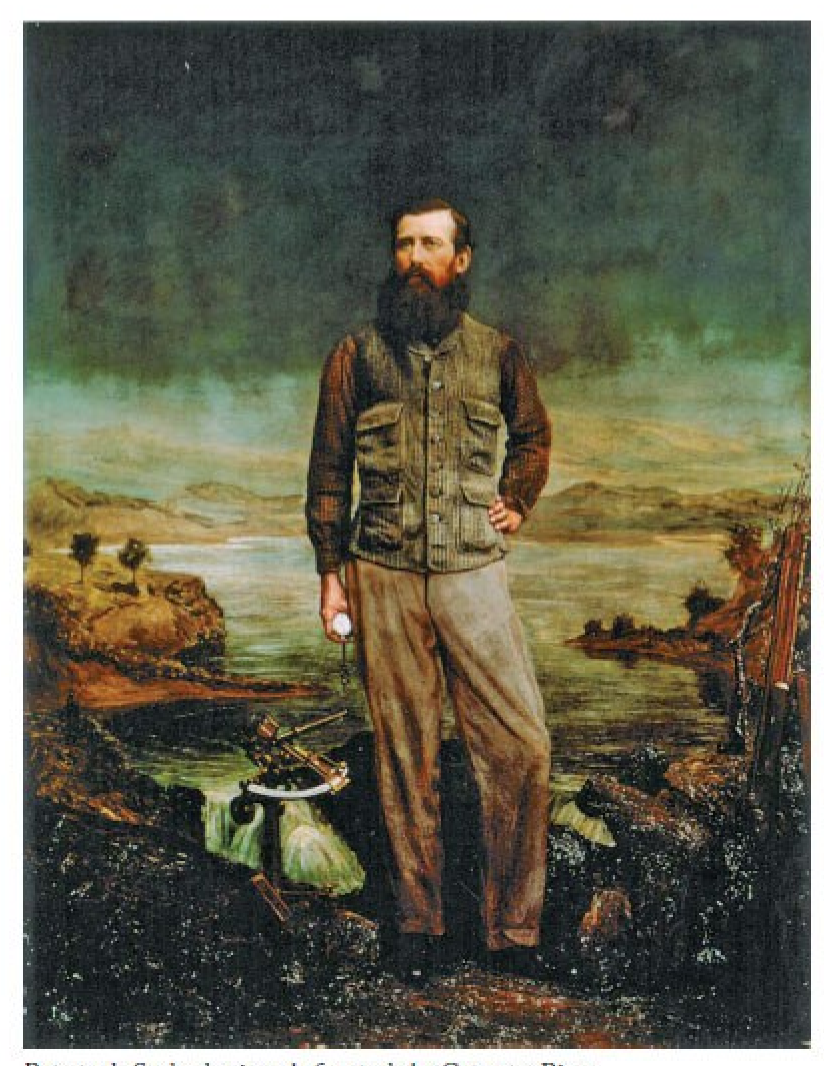
Richard Burton representado como un buhonero afgano en la biografía del explorador publicada póstumamente por su esposa.



John Speke y James Grant en la corte de Mutesa.



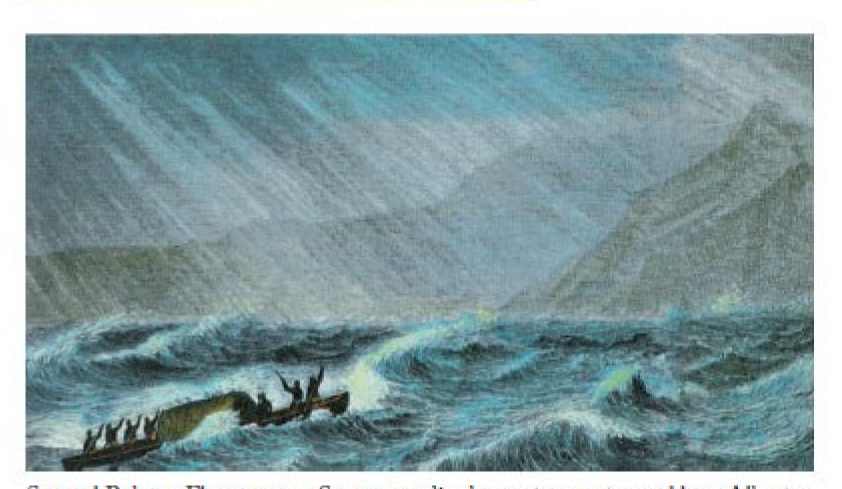
Mutesa desnudo, dibujo de Speke.



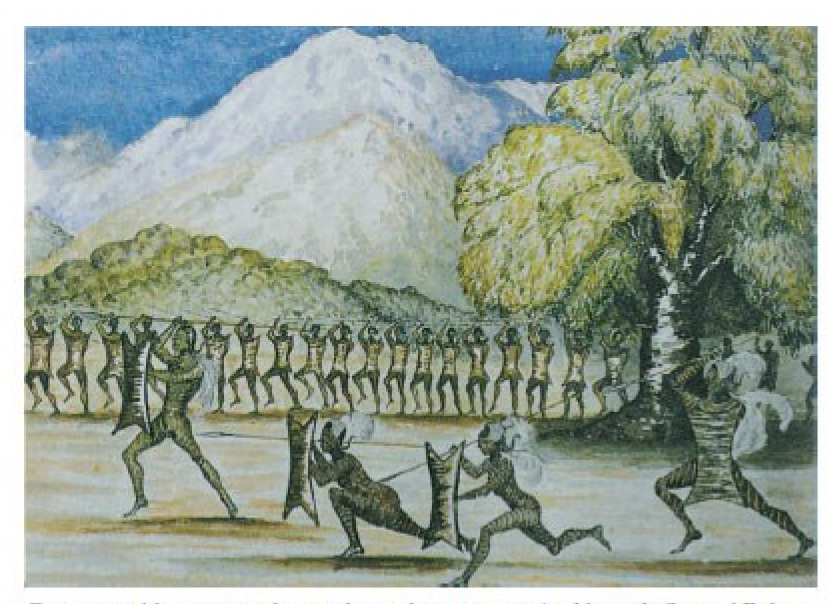
Retrato de Speke de pie en la fuente de las Cataratas Ripon.



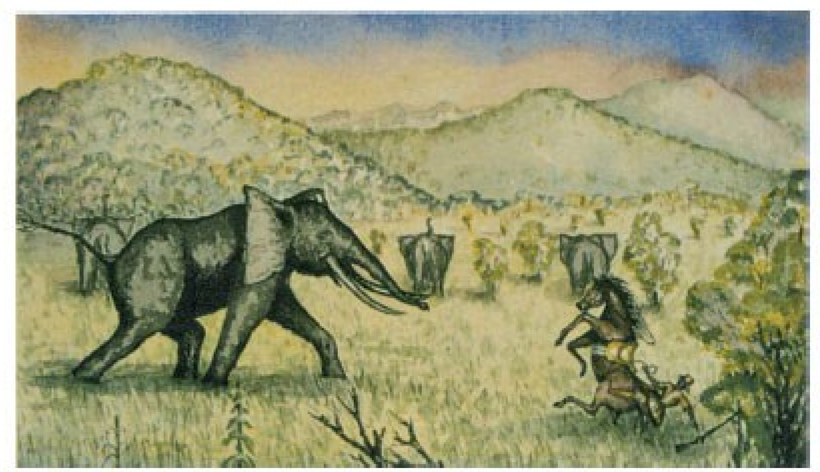
Pájaros africanos dibujados por Speke.



Samuel Baker y Florence von Sass en medio de una tormenta en el lago Alberto.



Guerreros obbo ejecutando una danza de guerra, según dibujo de Samuel Baker.



Dibujo de Baker en el que se representa a sí mismo en peligro de ser pisoteado por un elefante.



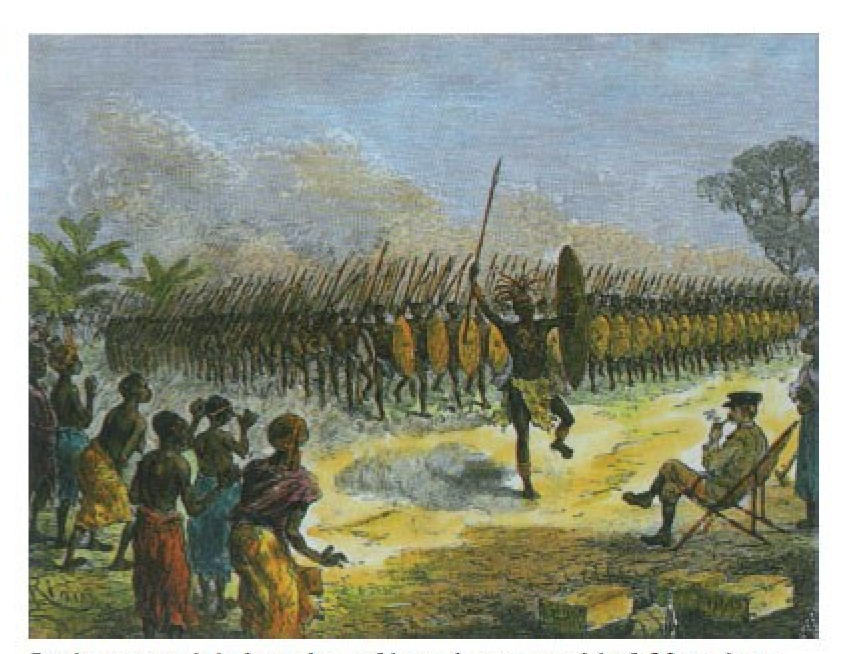
James Gordon Bennett Jr., editor del *New York Herald*, a quien convenció Henry Stanley de que lo enviara a buscar a Livingstone.

Gorros usados por Livingstone y Stanley en la época de su encuentro.





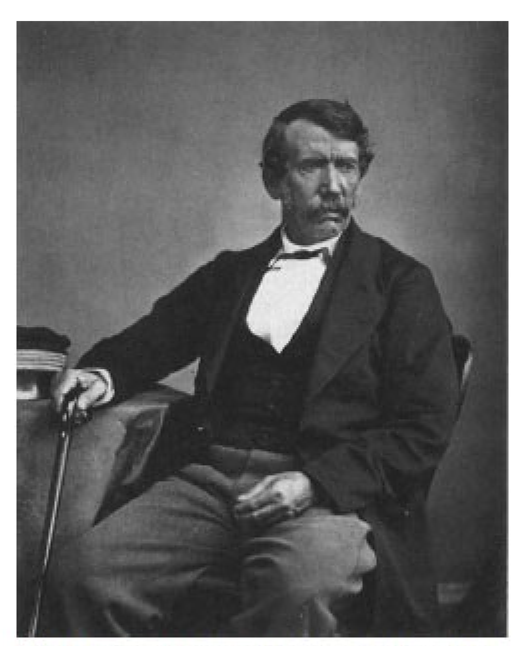
Stanley y sus hombres cruzando el pantano de Makata.



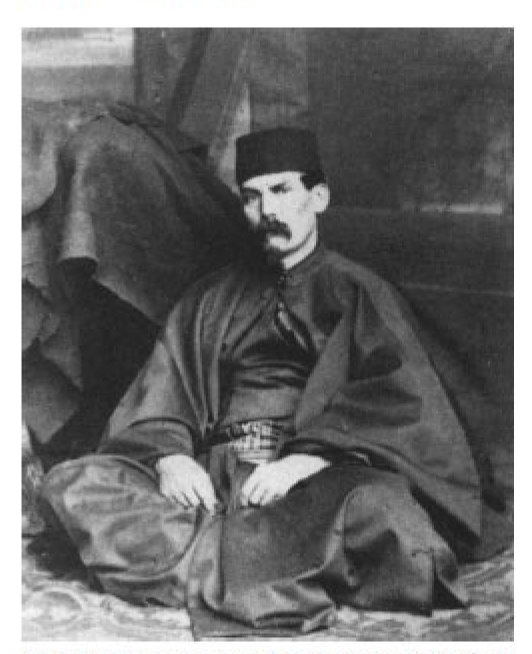
Stanley contempla la danza de una falange de guerreros del jefe Mazamboni.



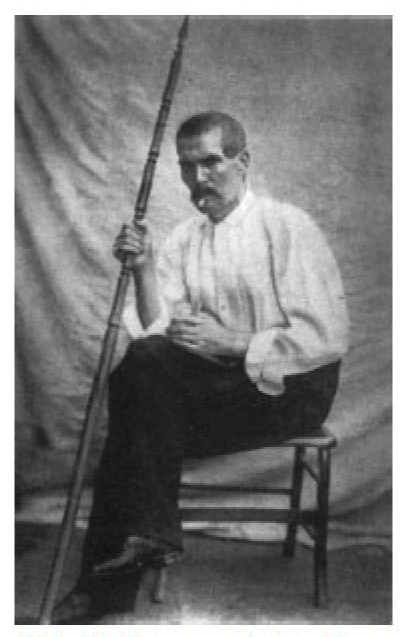
Los restos de Livingstone son conducidos a la costa por sus hombres.



David Livingstone en 1866 antes de salir por última vez de Gran Bretaña.



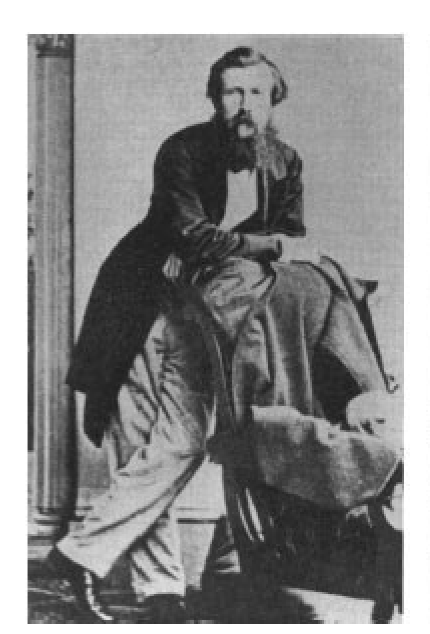
Richard Burton posa vestido de árabe en 1865, un año después de la muerte de Speke



Richard Burton en su tienda en Somalilandia.



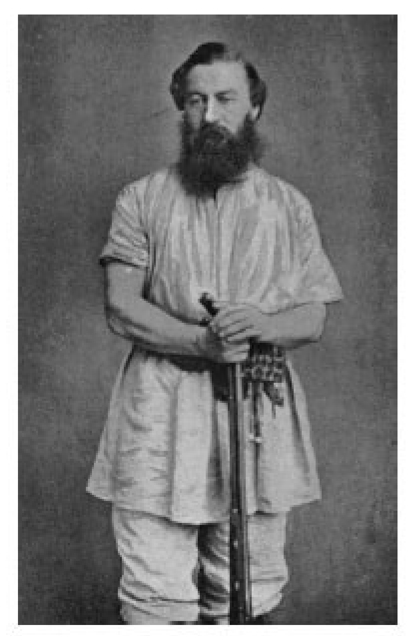
John Hanning Speke en su época de joven oficial en la India.



Speke antes de su gran viaje.



Monumento a Speke en Kensington Gardens.



Samuel Baker con su atuendo africano de caza.



Florence von Sass antes de su boda con Samuel Baker.



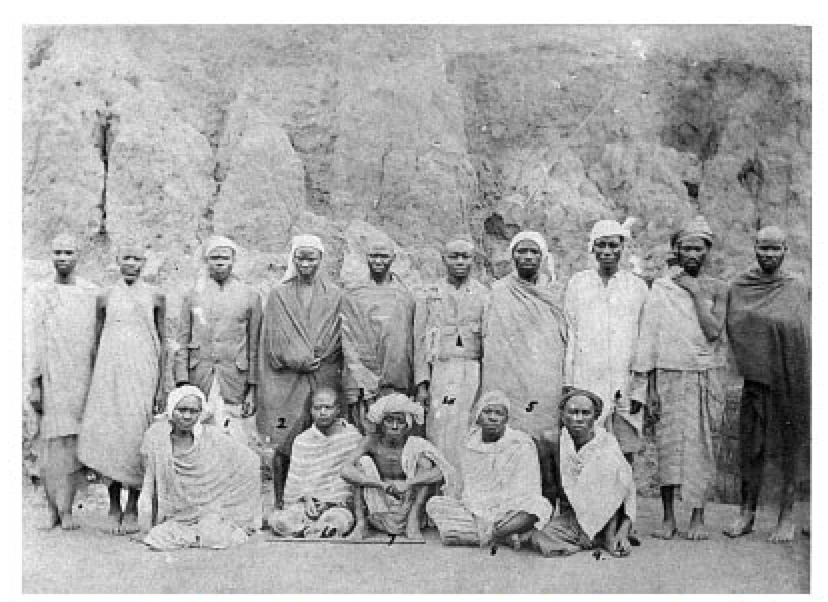
Paseo de la Royal Geographical Society durante el congreso de la British Association en Bath, 1864. Livingstone aparece de pie a la izquierda, casi en el centro, tocado con su gorra característica. Más a la derecha se encuentra sir Roderick Murchison con traje blanco.



Henry Stanley a los veintiocho años, dos años antes de «encontrar» al Dr. Livingstone.



Los criados de Livingstone, Chuma y Susi.



Algunos de los principales porteadores wangwana empleados por Stanley en su gran viaje a través de África.



Karl Peters, el explorador e imperialista alemán.



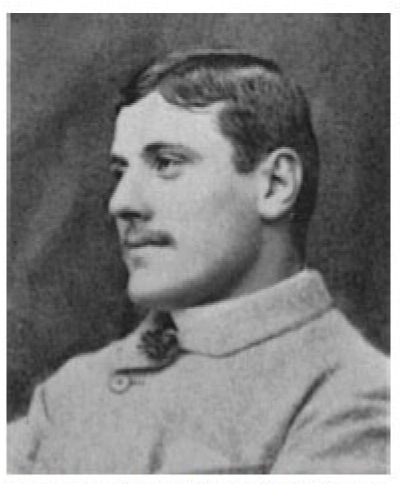
La princesa Salme, hermana del sultán de Zanzíbar.



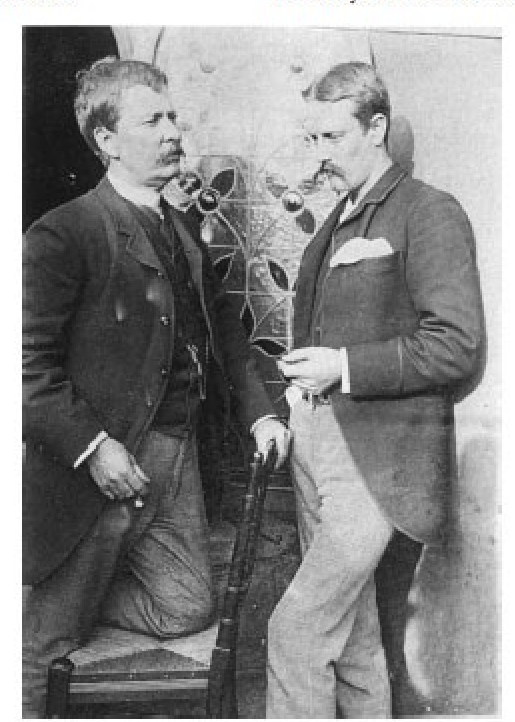
El capitán de la Marina Real T. M. S. Pasley, que rescató a la princesa Salme.



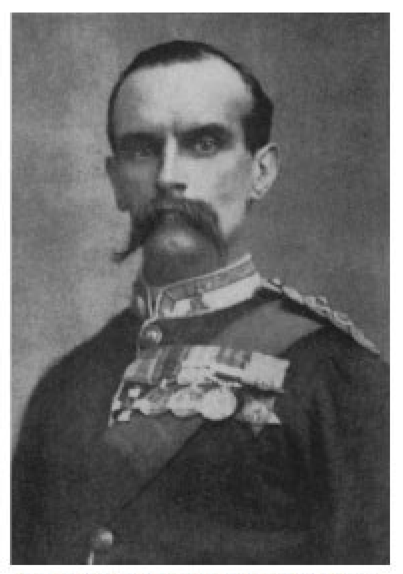
James S. Jameson, quien en uno de sus dibujos aparecía una niña asesinada, cocinada y devorada.



El comandante Edmund Barttelot, que azotaba a los hombres hasta la muerte y murió asesinado.



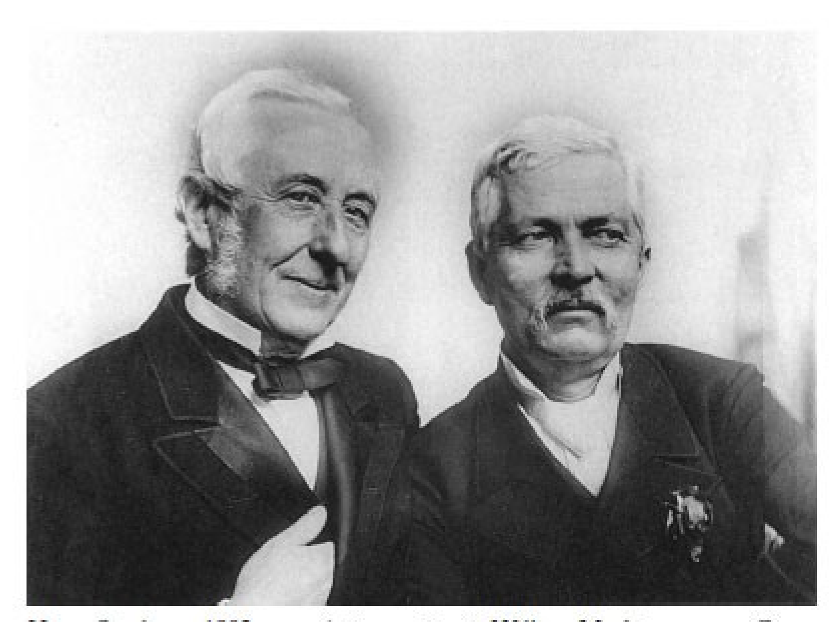
Stanley (a los cuarenta y seis años) y Anthony Swinburne, el joven director de su agencia en Kinshasa, que ganó el Congo para Leopoldo II de Bélgica.



El capitán Frederick Lugard poco después de reclamar Uganda para Gran Bretaña.



Kabarega de Bunyoro anciano. Murió cuando regresaba a su país después de veinticuatro años de destierro.



Henry Stanley en 1892 con su íntimo amigo sir William Mackinnon, cuya Compañía Imperial Británica de África Oriental financió las primeras fases de la presencia británica en Uganda.



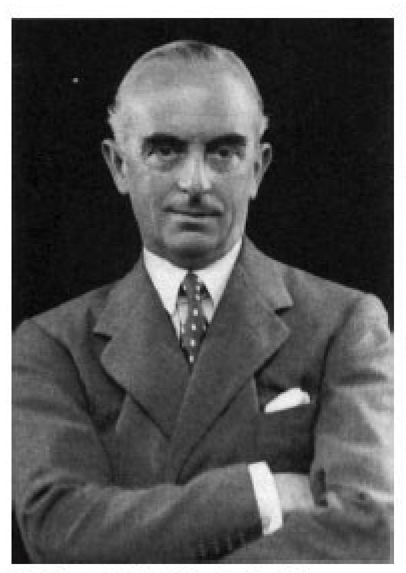
El general sir Horatio Kitchener en tiempos de la batalla de Omdurman.



Los emisarios de Marchand se acercan al barco de Kitchener.



El comandante Marchand, que reclamó Fashoda, a orillas del Nilo, para Francia.



Sir Harold MacMichael, el funcionario civil británico de mayor rango en Sudán entre 1926 y 1933. El hecho de que ignorara a la población de Sudán del Sur tendría funestas consecuencias en el futuro.

LISTA DE ABREVIACIONES

Agnes L Agnes Livingstone.

AJ Schapera, I. (ed.), *Livingstone's African Journal 1853-1856*, 2 vols.

AN Baker, S. W., *The Albert N'yanza: Great Basin of the Nile*.

Annals Porter, Mrs. Gerald, *Annals of a Publishing House: William Blackwood and his sons* (vol. III, *John Blackwood*), 3 vols.

Atkinson Atkinson, R. R., *The Roots of Ethnicity: The Origins of the Acholi and Uganda before 1800*.

Bennett Bennett, N. R. (ed.), *Stanley's Despatches to the New YorkHerald 1871-1872, 1874-1877*.

BL British Library.

Blaikie Blaikie, W. G., *The Personal Life of David Livingstone*.

Brazza West, Richard, *Brazza of the Congo*.

Brendon Brendon, Piers, *The Decline and Fall of the British Empire 1781-1997*.

Brodie Brodie, Fawn, *The Devil Drives: A Life of Sir Richard Burton*.

Cairns Cairns, H. A. C., *Prelude to Imperialism: British Reactions to Central African Society 1840-1890*.

Carnochan Carnochan, W. B., *The Sad Story of Burton, Speke, and the Nile; or, Was John Harming Speke a Cad*?

Catania Catania, Charles, *Andrea De Bono: Maltese Explorer of the Nile*.

CD Diarios del Congo de Stanley, dedicados a su trabajo en el Congo.

Cockett Cockett, Richard, *Sudan: Darfur and the Failure of an African State*.

Collins chapter Capítulo de Robert O. Collins sobre S. W. Baker en Robert I. Rotberg (ed.), *Africa and its Explorers*.

Daly Daly, W. M., *Empire on the Nile*.

Debenham Debenham, F., *The Way to Ilala: David Livingstone's Pilgrimage*.

DL David Livingstone.

DLC David Livingstone Centre, Blantyre, Escocia.

Dowden Dowden, Richard, *Africa: Altered States, Ordinary Miracles*.

ET Elizabeth Nyabongo, *Elizabeth of Toro*.

FF Burton, Richard F., *First Footsteps in East Africa: or, An Exploration of Harar*, 2 vols.

Foskett Foskett, R., *The Zambesi Doctors: David Livingstone's Letters to John Kirk 1858-1872*.

Gifford & Louis Gifford, P. y Louis, W. R., *Britain and Germany in Africa*. Girling Girling, F. K., *The Acholi of Uganda*.

Godsall Godsall, Jon R., *The Tangled Web: A Life of the Sir Richard Burton*.

Gray Gray, Richard, *A History of the Southern Sudan 1839-1889*. Guadalupi Guadalupi, Gianni, *The Discovery of the Nile*.

Hall, *Lovers* Hall, Richard, *Lovers on the Nile*.

Hall, *Stanley* Hall, Richard, *Stanley: An Adventurer Explored*.

Helly Helly, Dorothy O., *Livingstone's Legacy: Horace Wallerand Victorian Mythmaking*.

HIFL Stanley, H. M., *How I Found Livingstone in Central Africa*.

IDA Stanley, H. M., *In Darkest Africa*, 2 vols.

Ismailia Baker, S. W., *Ismailia: A Narrative of the Expedition to Central Africa for the Suppression of the Slave Trade*, 2 vols.

JB John Blackwood.

Jeal, *Livingstone*, Jeal, Tim, *Livingstone*.

Jeal, *Stanley* Jeal, Tim, *Stanley: The Impossible Life of Africa's Greatest Explorer*.

Jephson Middleton, Dorothy (ed.), *The Diaries of A. J. Mounteney Jephson*.

Johnston Johnston, Harry, *The Nile Quest*.

Journal Speke, John H., *Journal of the Discovery of the Source of the Nile*.

Journal ms Manuscrito original de *Journal of the Discovery of the Source of the Nile* en NLS.

Journal proofs Pruebas de *Journal of the Discovery of the Source of the Nile* en NLS.

JRGS Journal of the Royal Geographical Society.

Jutzi Jutzi, Alan, *In Search of Sir Richard Burton: Papers from a Huntington Library Symposium*.

Karugire Karugire, S. R., *A Political History of Uganda*.

Kennedy Kennedy, Dane, *The Highly Civilized Man: Richard Burton and the Victorian World*.

KGR Katie Gough Roberts.

LBR Collins, R. O., *Land Beyond the Rivers 1898-1918*.

Life Burton, Isabel, *The Life of Captain Sir Richard F. Burton*, 2 vols.

LLJ Waller, H. (ed.), *The Last Journals of David Livingstone in Central Africa*, 2 vols.

LMS/SOAS London Missionary Society Archive/School of African and Oriental Studies.

Lovell Lovell, Mary, *A Rage to Live: A Biography of Richard and Isabel Burton*.

LPJ Schapera, I. (ed.), *Livingstone's Private Journals 1851-1853.*
LR Burton, Richard F., *The Lake Regions of Central Africa*, 2 vols.

Mackay Harrison, J. W., *The Story of the Life of Mackay of Uganda*.
Maitland Maitland, Alexander, *Speke*.

McLynn McLynn, Frank, *Burton: Snow upon the Desert*.

Meredith Meredith, Martin, *The State of Africa: A History of FiftyYears of Independence*.

Moorehead Moorehead, Alan, *The White Nile*.

Morning Star Baker, Anne, *Morning Star: Florence Baker's Diary of the Expedition to Put Down the Slave Trade on the Nile 1870-1873*.

Narrative Burton, Richard F., *Personal Narrative of a Pilgrimage to El-Medinah and Meccah*, 2 vols.

NAZ National Archives of Zimbabwe.

Nile Basin Burton, Richard F. y M'Queen, James, *The Nile Basin*.

«Nile Struggle». R. O. Collins, «Origins of the Nile Struggle: Anglo German Negotiations and the Mackinnon Agreement of 1890», en Gifford & Louis.

NLS National Library of Scotland.

NYH New York Herald.

Odoi Tanga Odoi-Tanga, F., «Politics, ethnicity and conflict in post-independent Acholiland, Uganda 1962-2006», Universidad de Pretoria, tesis doctoral.

Ondaatge Ondaatje, Christopher, *Journey to the Source of the Nile*.

Oxford Harlow, Vincent y Chilver, E. M. (eds.), *Oxford History of East Africa*, 2 vols.

Pakenham Pakenham, Thomas, *The Scramble for Africa*.

Parke Parke, T. H., Lyons, J. B. (eds.), *Surgeon-Major Parke'sAfrican Journey 1887-1889*.

Perham Perham, Margery, *Lugard: The Years of Adventure 1848-1898*.

PRGS Proceedings of the Royal Geographical Society.

QK/BL Colección Burton del difunto Quentin Keynes de la BL. QK libro Young, D. (ed.), *The Search for the Source of the Nile: [etc.]*. Reader Reader, John, *Africa: A Biography of the Continent*.

RGS Royal Geographical Society.

RM *Sir* Roderick Murchison Bart.

RMCA Museo Real de África Central.

Sanderson Sanderson, G. N., *England, Europe and the Upper Nile 1882-1899*.

SD Diarios y cuadernos de campo de Stanley, desde 1866 hasta 1901.

S&N Stanley, Richard y Neame, Alan (eds.), *The Exploration Diaries of H. M. Stanley*.

Shadows Collins, R. O., *Shadows in the Grass: Britain in the Southern Sudan, 1918-1956*.

Shaw Dr. Norton Shaw.

Shipman Shipman, Pat, *To the Heart of the Nile*.

Smith Smith, Iain R., *The Emin Pasha Relief Expedition 1886-1890* .

Stanley, *Auto* Stanley, Dorothy (ed.), *The Autobiography of Sir Henry Morton Stanley*.

TDC Stanley, H. M., *Through the Dark Continent*, 2 vols.

Travels Petherick, John, y Petherick, Harriet Ediman, *Travelsin Central Africa* (vol. I) y *Exploration of the Western Nile Tributaries* (vol. II).

Tucker Bryaruhanga, Christopher *Bishop Alfred Robert Tuckerand the Establishment of the Anglican Church*.

Udal I Udal, John O., *The Nile in Darkness*, vol. I: *Conquest and Exploration 1504-1862*.

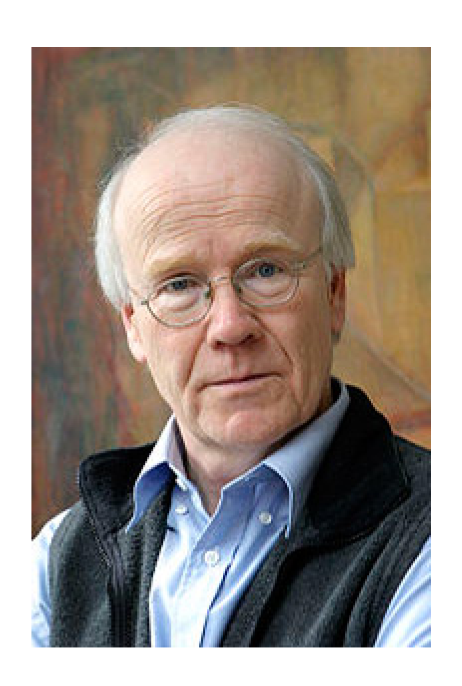
Udal II Udal, John O., *The Nile in Darkness*, vol. II: *A FlawedUnity 1863-1899*.

Walk Grant, James, *A Walk Across Africa*.

WLT Speke, John H., *What Led to the Discovery of the Source of the Nile*.

Yeoman Yeoman, Guy, *Quest for the Secret Nile*.

Zanzibar Burton, Richard F., *Zanzibar: City, Island and Coast*, 2 vols.



TIM JEAL, (27 de enero de 1945, Londres, Inglaterra), novelista británico y biógrafo de notables victorianos, autor de la biografía «Stanley: The Impossible Life of Africa's Greatest Explorer» (2007) fue *Sunday Times Biography of the Year* y ganó el *National Book Critics' Circle Award* en la categoría de biografías. Antes, en 1973, su biografía de Livingstone fue *Notable Book of the Year* de la «New York Times Book Review» y uno de los *Best and Brightest of the Year* del «Washington Post Book World».

Table of Contents